# La hija de Stalin

*La extraordinaria y tumultuosa vida de Svetlana Alliluyeva*

Rosemary Sullivan

DEBATE

# La hija de Stalin

*La extraordinaria y tumultuosa vida de Svetlana Alliluyeva*

Rosemary Sullivan

DEBATE

# La hija de Stalin

## La extraordinaria y tumultuosa vida de Svetlana Allilúieva

ROSEMARY SULLIVAN

Traducción de
Hugo López Araiza Bravo

DEBATE

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

# Índice

La hija de Stalin

Árbol genealógico de los Dzhugashvili

Árbol genealógico de los Allilúiev

Prefacio

Prólogo

PRIMERA PARTE. Los años del Kremlin

1. Aquel lugar soleado
2. Una niña sin madre
3. La anfitriona y el campesino
4. El Terror
5. El círculo de secretos y mentiras
6. Una historia de amor
7. Una boda judía
8. La Campaña Anticosmopolita
9. Todo en silencio, como antes de la tormenta
10. La muerte del *vozhd*

SEGUNDA PARTE. La realidad soviética

11. Regresan los fantasmas
12. La hija del Generalísimo
13. Posdeshielo
14. El brahmán gentil
15. En la ribera del Ganges

TERCERA PARTE. Huida a Estados Unidos

16. Ópera bufa
17. Furia diplomática
18. Abogados trabajando
19. La llegada
20. Un personaje misterioso
21. Cartas a un amigo
22. Un rechazo cruel
23. Sólo un año
24. El fiasco de Taliesin
25. El cortesano de la montenegrina
26. La hija de Stalin cortando el pasto
27. Un topo de la KGB
28. Lana Peters, ciudadana estadounidense
29. La jungla moderna de la libertad

CUARTA PARTE. Aprender a vivir en Occidente

30. Calle Chaucer
31. De vuelta en la URSS
32. Interludio en Tbilisi
33. La realidad estadounidense
34. “Nunca uses falda ajustada si pretendes suicidarte”
35. Querida, no han cambiado nada
36. Retorno final

Agradecimientos

Lista de personajes

Fuentes

Bibliografía

Sobre este libro

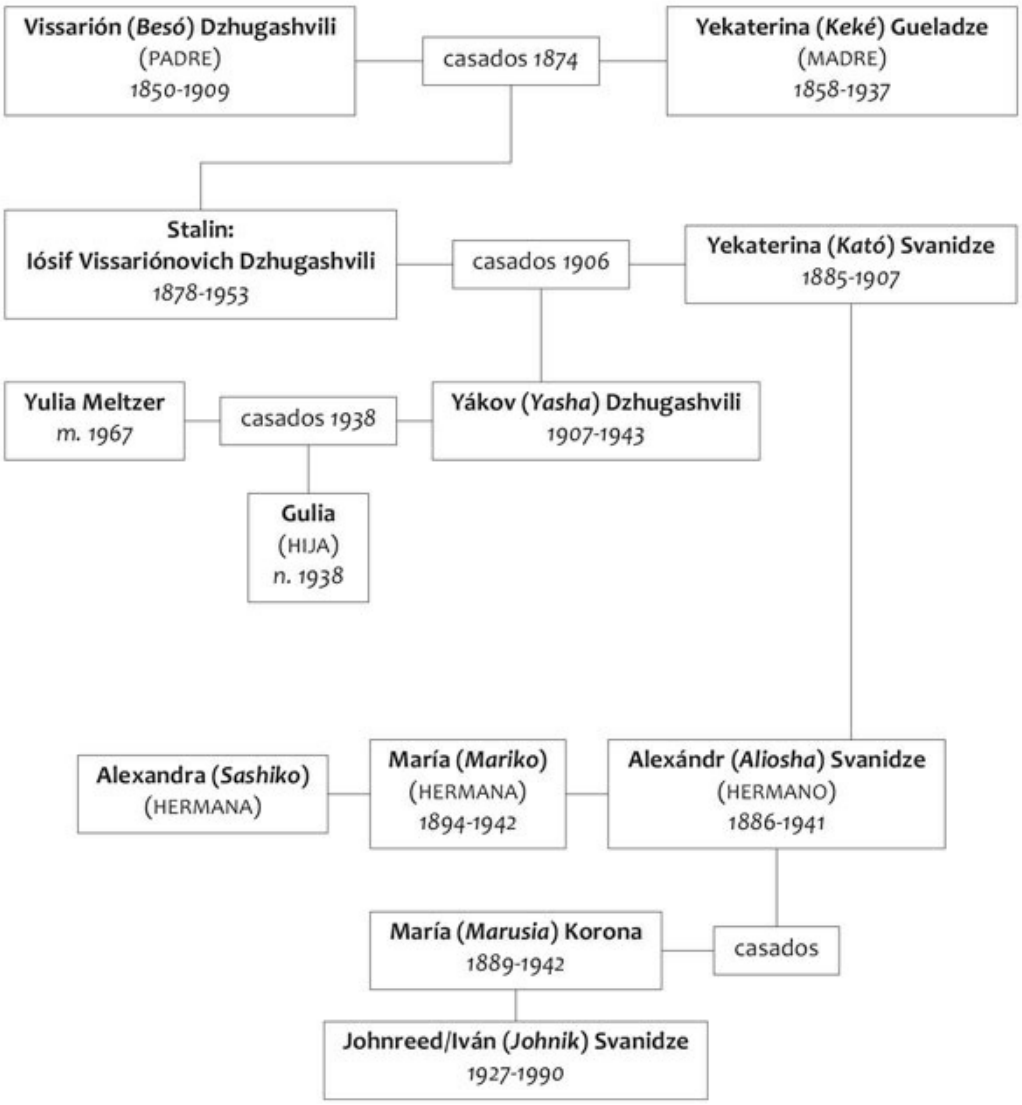
Sobre Rosemary Sullivan

Créditos

Notas

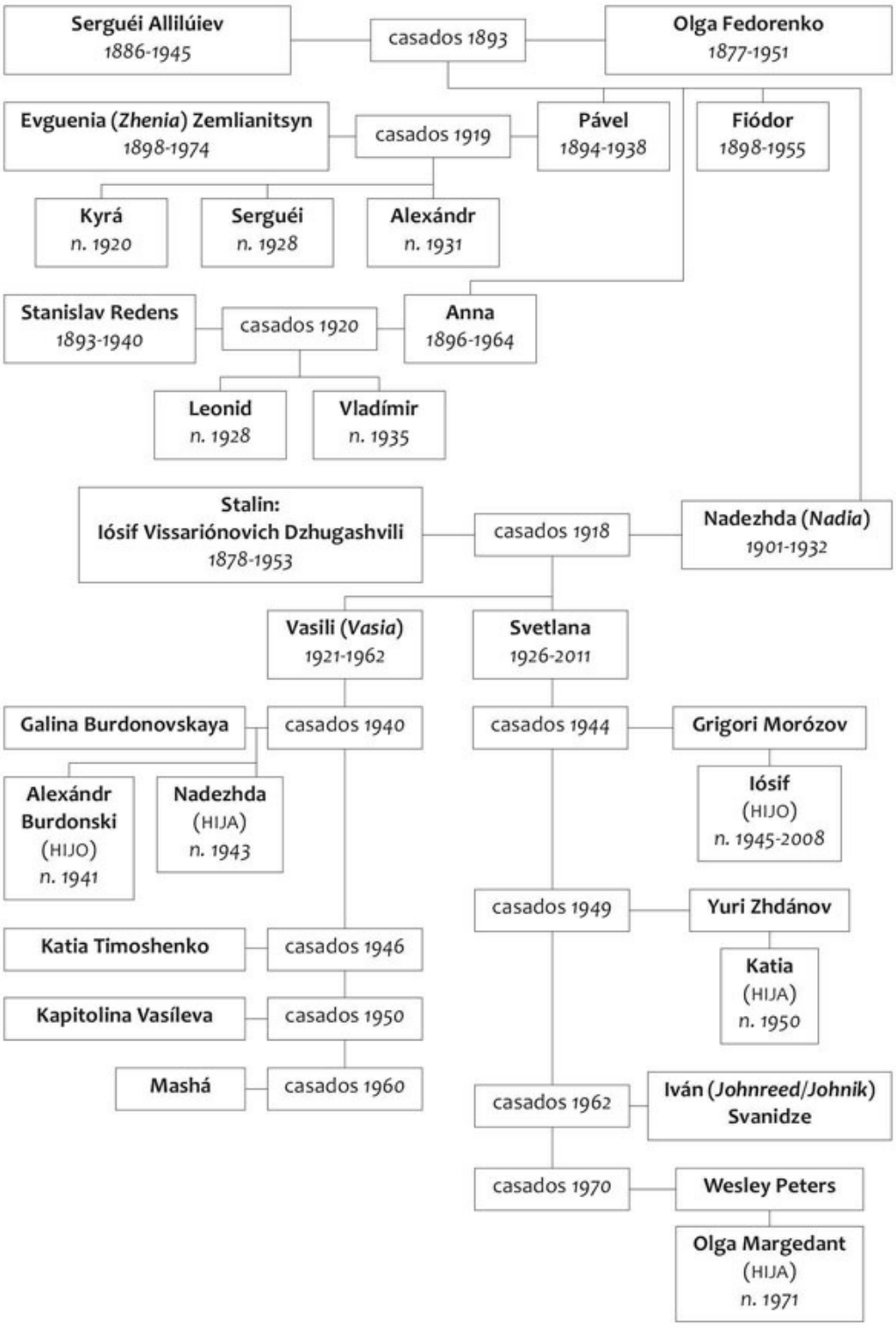
*Para mi madre,*
*Leanore Marjorie Guthrie Sullivan*

# ÁRBOL GENEALÓGICO DE LOS DZHUGASHVILI



Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

# ÁRBOL GENEALÓGICO DE LOS ALLILÚIEV



# Prefacio

¿Qué significará haber nacido y ser hija de Stalin, cargar con el peso de ese nombre durante toda la vida y nunca liberarse de él? En la URSS, Stalin era mítico. Era el *vozhd*, el líder supremo que convirtió a la Unión Soviética en una superpotencia y ganó la guerra contra los nazis. Sin embargo, para sus millones de víctimas soviéticas, fue el hombre responsable del terror y del infame gulag. En Occidente lo catalogaron como uno de los dictadores más brutales del mundo. Por mucho que lo intentara, Svetlana Allilúieva nunca pudo escapar de la sombra de Stalin. Como ella misma lo lamentó: "Vaya a donde vaya, ya sea a Australia o a alguna otra isla, siempre seré prisionera política del nombre de mi padre".[1]

En la URSS su vida fue terriblemente dolorosa. Su madre, Nadezhda Allilúieva, se suicidó cuando Svetlana apenas tenía seis años y medio de edad. Durante la Gran Purga, a finales de la década de 1930, Stalin no eximió a su familia. Sus amados tíos María y Alexándr Svanidze, cuñados de Stalin por parte de su primera esposa, fueron arrestados y ejecutados como enemigos del pueblo; el hijo de ambos, Johnik, compañero de juegos de Svetlana, desapareció. Su tío Stanislav Redens, esposo de Anna, hermana de su madre, fue ejecutado. Su tío Pável, hermano de su madre, murió de un ataque al corazón por la impresión. Cuando Svetlana acababa de cumplir 17 años, su padre sentenció a su primer amor, Alexéi Kápler, a 10 años de gulag. En 1943 los nazis mataron a su medio hermano Yákov, en un campo de prisioneros. En 1947 y 1948, durante la ola de represión conocida como la Campaña Anticosmopolita, la hermana de su madre, Anna, y la viuda de Pável, Zhenia, fueron sentenciadas a siete años en confinamiento solitario. La hija de Zhenia, Kyrá, fue encarcelada y después exiliada.

Tras la muerte de su padre, en 1953, las tragedias continuaron. Su hermano mayor, Vasili, fue arrestado y finalmente murió de alcoholismo en 1962. Sus amigos literatos de mediados de los sesenta fueron enviados a campos de trabajo forzado. Cuando por fin encontró la paz en una relación amorosa con un hombre llamado Brajesh Singh, le negaron oficialmente el derecho a casarse con él antes de que muriera, aunque sí le autorizaron llevar sus cenizas de vuelta a la India.

A la mitad de su vida, a los 45 años de edad, Svetlana Allilúieva decidió impulsivamente desertar. La noche del 6 de marzo de 1967 entró en la embajada estadounidense en Nueva Delhi

para solicitar asilo. Deseaba huir de su pasado y buscar la libertad que le negaban en la Unión Soviética, donde decía que la trataban como propiedad estatal. Al principio, el Departamento de Estado norteamericano le negó la entrada a EUA, porque su deserción desestabilizaría las relaciones con los soviéticos. Esperó en Suiza mientras los diplomáticos buscaban un país que la acogiera.

Cuando por fin la admitieron con una visa de turista, los estadounidenses la recibieron como la desertora más famosa de los que habían huido de la URSS. Muy pronto se convirtió en la desertora millonaria: le compraron *Rusia, mi padre y yo*, las memorias que había escrito en 1963 y que extrajo de la Unión Soviética tras su salida, por un adelanto de 1.5 millones de dólares. Pero no entendía el concepto de dinero: regaló una buena parte y muy pronto perdió el resto por las maquinaciones de Olgivanna Wright, la viuda de Frank Lloyd Wright, quien la engañó para que se casara con Wesley Peters, el arquitecto en jefe de la Fundación Taliesin, también de Wright. A los 45 años de edad, Allilúieva dio a luz a Olga Peters. Su hija fue un consuelo. Había abandonado a su hijo de 21, Iósif, y a su hija de 16, Katia, al huir de su país de origen. Las intrigas de la KGB le impidieron contactarlos durante los siguientes 15 años.

Su humor lacónico ayudaba. Decía cosas como: “Ya no tengo la agradable ilusión de poder librarme de la etiqueta de ‘hija de Stalin’… No puedes lamentar tu destino, pero yo sí lamento que mi madre no se haya casado con un carpintero”.[2] Pasó la mayor parte de sus 44 años como nómada en Occidente: se mudó más de 30 veces, e incluso desertó de nuevo cuando retornó a la Unión Soviética por un tiempo.

La tacharon de inestable. El historiador Robert Tucker señaló que “a pesar de todo, ella era, en cierto sentido, igual a su padre”.[3] Y sin embargo, es impresionante lo poco que se parecía a él. No creía en la violencia. Tenía la resistencia de quien asume riesgos, una entrega a la vida y un optimismo inesperado, aun cuando su existencia padeció, de la manera más desgarradora, las brutalidades del siglo XX, con lo cual pudo conocer el lado oscuro de la experiencia humana como poca gente lo hace. Atrapada entre dos mundos en las luchas de poder entre Oriente y Occidente durante la Guerra Fría, ningún bando la trató bien. Tuvo que aprender lentamente cómo funcionaba Occidente. El proceso de su educación es fascinante y casi siempre triste.

A Allilúieva le costaba trabajo explicar a su padre, tanto como a cualquiera. Su actitud hacia Stalin era paradójica. Rechazaba inequívocamente sus crímenes, pero él era el padre que, en sus recuerdos infantiles, había sido amoroso… hasta que dejó de serlo. Buscó, con poco éxito, entender qué había motivado sus políticas brutales. “No creo que haya sufrido cargos de conciencia; no creo que los haya sentido. Pero tampoco era feliz, porque había alcanzado sus máximos deseos matando a muchos, aplastando a otros y recibiendo la admiración de algunos.”[4]

Sin embargo, advertía que describirlo sólo como simplemente monstruoso sería un grave error. La pregunta es qué le ocurrirá a un ser humano en su vida privada y en un sistema político particular que dicte tal historia. Siempre insistió en que su padre nunca actuó solo. Tuvo miles de cómplices.

Svetlana Allilúieva pensó que en Occidente podría construirse una vida privada como escritora y encontrar a alguien con quien compartirla. A pesar de sus esfuerzos heroicos, creyó que había fallado, aunque hay quienes no están tan seguros. Es sorprendente que haya sobrevivido bajo esas circunstancias.

PRÓLOGO

# La deserción

A las 7:00 p.m. del 6 de marzo de 1967, un taxi se acercó a las puertas abiertas de la embajada estadounidense en la avenida Shantipath, en Nueva Delhi. Observado de cerca por el guardia de la policía india, avanzó lentamente por la vereda circular. La pasajera en el asiento trasero se asomó para ver el gran espejo de agua, sereno bajo la penumbra. Unos cuantos patos y gansos todavía flotaban entre los chorros que brotaban de su superficie. Las paredes externas de la sede diplomática estaban construidas con bloques perforados de concreto, lo que le daba al edificio una apariencia ligera, etérea. La mujer se dio cuenta de lo diferente que era respecto de la impasible e institucional embajada soviética de la que acababa de salir. De modo que así era Estados Unidos.

Svetlana Allilúieva subió la amplia escalinata y observó el águila estadounidense empotrada en las puertas de cristal. Había tomado de manera precipitada todas las decisiones importantes de su vida. En cuanto cruzara ese umbral, sabía que su antigua vida estaría irrevocablemente perdida. No tenía duda de que la ira del Kremlin caería pronto sobre su cabeza. Se sintió desafiante. Se sintió aterrorizada. Había tomado la decisión más importante de su vida: había escapado; pero no tenía idea a dónde. No dudó. Apretó su pequeño portafolios en una mano y tocó el timbre.

Danny Wall, el marino de guardia en la recepción, abrió la puerta. Miró a la pequeña mujer parada frente a él. Era de mediana edad, estaba bien vestida y carecía de señas particulares. Estaba a punto de decirle que la embajada se hallaba cerrada cuando ella le entregó su pasaporte. Se puso pálido. Cerró la puerta detrás de la mujer y la acompañó hasta un pequeño cuarto adyacente. Entonces llamó por teléfono a Robert Rayle, el segundo secretario de la representación diplomática, que estaba a cargo de los que llegaban sin cita: los desertores. Rayle se encontraba fuera, pero cuando devolvió la llamada minutos después, Wall le dio el código secreto que indicaba que la embajada tenía a un desertor soviético, lo último que esperaba Rayle aquella tranquila noche de lunes en la capital india.

Cuando Rayle llegó a la embajada a las 7:25, le señalaron la sala en la que una mujer hablaba con el cónsul George Huey. Se volvió hacia Rayle tras entrar, y lo primero que le dijo fue:

“Bueno, quizá no crea esto, pero soy la hija de Stalin”.[1]

Rayle observó a la recatada y atractiva mujer de pelo cobrizo y ojos azul pálido que le sostenía la mirada. No encajaba con la imagen de la hija de Stalin, aunque no podría decir en qué consistía dicha apariencia. Ella le entregó su pasaporte soviético. De un vistazo vio el nombre: Ciudadana Svetlana Iósifovna Allilúieva. Iósifovna era el patronímico correcto, pues significaba “hija de Iósif”. Barajó las posibilidades. Podría ser un topo soviético; podría tratarse de una agente de contrainteligencia; podría estar loca. George Huey preguntó, perplejo: “¿Así que dice que su padre fue Stalin? ¿*El* Stalin?”[2]

Como funcionario a cargo de los desertores del bloque soviético, Rayle era responsable de confirmar su autenticidad. Tras una corta entrevista, pidió disculpas y fue al centro de comunicaciones de la embajada, donde mandó un cable a la central en Washington, para pedirles todos los archivos sobre Svetlana Iósifovna Allilúieva. La respuesta llegó una hora después: “Sin rastro”. La central no sabía nada de ella: no había archivos de la CIA ni del FBI ni del Departamento de Estado. El gobierno de EUA ni siquiera sabía que Stalin *tuviera* una hija.[3]

Mientras esperaba una respuesta de Washington, Rayle interrogó a Svetlana. ¿Cómo había llegado a la India? Dijo que salió de la URSS el 19 de diciembre en una misión ceremonial. El gobierno soviético le había dado un permiso especial para viajar a la India y esparcir las cenizas de su “esposo”, Brajesh Singh, en el Ganges, en su aldea natal —Kalakankar, Uttar Pradesh—, como dictaba la tradición hindú. Añadió amargamente que como Singh era extranjero, Alexéi Kosyguin, jefe del Consejo de Ministros, había rechazado personalmente su petición de matrimonio, pero tras la muerte de Singh, le permitieron llevar sus cenizas a la India. En los tres meses que pasó ahí, se había enamorado del país y había pedido que se le permitiera quedarse. Le negaron la petición. “El Kremlin me considera propiedad estatal”, señaló con asco. “¡Soy la hija de Stalin!” Le dijo a Rayle que, bajo presión soviética, el gobierno indio se había negado a extender su visa. Estaba harta de que la trataran como “reliquia nacional”. No quería volver a la URSS. Miró firmemente a Rayle y destacó que había ido a la embajada estadounidense a pedir asilo político al gobierno de EUA.[4]

Hasta entonces, Rayle sólo pudo concluir que esa mujer totalmente calmada creía lo que estaba diciendo. Entendió de inmediato las implicaciones políticas si su historia resultara cierta. Si en serio era la hija de Stalin, pertenecía a la realeza soviética. Su deserción sería un profundo golpe psicológico a la Unión Soviética, y harían lo que fuera para recuperarla. La embajada estadounidense terminaría en el centro de una tormenta política.[5]

Rayle aún tenía sospechas. Le preguntó por qué no se llamaba Stálina ni Dzhugashvili, el apellido de su padre. Ella le explicó que en 1957 se había cambiado el nombre de Stálina a Allilúieva, el apellido de soltera de su madre Nadezhda, como era el derecho de cualquier

ciudadano soviético.

Entonces le preguntó dónde se estaba quedando. “En la casa de huéspedes de la embajada soviética”, contestó, tan sólo a unos cientos de metros de distancia. ¿Cómo había logrado escurrirse de la sede diplomática soviética sin que lo advirtieran?, preguntó. “En este momento hay una enorme recepción para una delegación militar soviética que viene de visita, y el resto está celebrando el Día Internacional de la Mujer”, respondió. Entonces le preguntó cuánto tiempo tenía antes de que se percataran de su ausencia en la casa de huéspedes. Explicó que contaba con unas cuatro horas, porque todo mundo estaría borracho. En ese mismo instante la esperaban en casa de T. N. Kaul, el ex embajador de la India en la URSS. Con un pánico repentino, dijo: “Debería hablarle a su hija, Preeti, para hacerle saber que no voy a llegar”.[6]

Para Rayle, eso fue una pequeña prueba. Contestó: “Está bien, déjeme marcar por usted”. Buscó el número, marcó y le dio el auricular. Escuchó mientras les explicaba a T. N. Kaul y a su hija que tenía jaqueca y no iba a llegar a cenar. Se despidió afectuosamente de ambos.[7]

Luego le pasó a Rayle un fajo de hojas maltratadas. Era un manuscrito ruso titulado *Rusia, mi padre y yo*, con su firma como autora. Le explicó que eran sus memorias sobre cómo había sido crecer en el Kremlin. El embajador Kaul, de quien ella y Brajesh Singh se habían hecho amigos en Moscú, había sacado el manuscrito de la URSS en enero del año anterior. En cuanto ella llegó a Nueva Delhi, se lo devolvió. Era sorprendente: la hija de Stalin había escrito un libro. ¿Qué revelaría de su padre? Rayle preguntó si podía sacarle una copia, y ella asintió.

Después, siguiendo sus consejos de redacción, Svetlana escribió una petición formal de asilo político en Estados Unidos y firmó el documento. Cuando Rayle le advirtió que, en ese punto, no podía prometerle definitivamente el asilo, Svetlana demostró su astucia política. Contestó: “Si Estados Unidos no podía o no quería ayudarle, no creía que ningún otro país representado en la India estaría dispuesto a hacerlo”. Estaba decidida a no volver a la URSS, y su única alternativa sería contarle su historia “completa y con franqueza” a la prensa, con la esperanza de conseguir el apoyo público en la India y Estados Unidos.[8] Negarse a proteger a la hija de Stalin no pintaría bien en casa. Svetlana entendía cómo funcionaba la manipulación política. Había tenido una vida entera de lecciones.

Rayle acompañó a Svetlana a un cuarto en el segundo piso, le dio una taza de té y le sugirió que escribiera una declaración: una breve biografía y una explicación de su deserción. En ese momento se disculpó de nuevo, porque tenía que consultar a sus superiores.

Esa noche, el embajador de EUA, Chester Bowles, estaba enfermo y en cama, así que Rayle caminó durante 10 minutos a su casa en compañía del jefe de estación de la CIA. Bowles admitiría más tarde que no quiso conocer en persona a Svetlana porque simplemente podría haberse tratado de una lunática. En presencia del asistente especial de Bowles, Richard Celeste,

los hombres discutieron la crisis. Rayle y sus superiores se percataron de que no tendrían suficiente tiempo en Nueva Delhi para determinar la autenticidad de Svetlana antes de que los soviéticos descubrieran su ausencia. Bowles creía que la Unión Soviética podía ejercer tanta presión sobre el gobierno indio, al que le estaba proveyendo equipo militar, que si descubría que Svetlana se hallaba en la embajada estadounidense, las fuerzas indias exigirían su expulsión. La embajada tendría que sacarla del país.

A las 9:40 p.m. mandaron un segundo cable a la central en Washington con un reporte más detallado;[9] decía que Svetlana tenía cuatro horas antes de que la embajada soviética reparara en su ausencia. El mensaje concluía: "A menos de que se nos aconseje lo contrario, trataremos de meter a Svetlana en el vuelo Qantas 751 hacia Roma, que sale de Dehli a las 1945Zulu (1:15 a.m. hora local)". Once minutos después, Washington confirmó de recibido el cable.[10]

Los hombres discutieron sus opciones. Podían negarle su ayuda a Svetlana y decirle que regresara a su embajada, donde era poco probable que hubieran notado su ausencia. Pero había dejado claro que le daría la noticia a la prensa internacional. Podían mantenerla en la Casa Roosevelt o en la cancillería, informarles a los indios que había pedido asilo en Estados Unidos y esperar la decisión de la corte. El problema con esa opción consistía en que el gobierno indio podría tomar a Svetlana por la fuerza. La embajada podría tratar de sacarla de la India en secreto. Ninguna opción era buena.

El factor decisivo fue que Svetlana portaba consigo su pasaporte soviético. Era algo sin precedentes. Los pasaportes de ciudadanos soviéticos en el extranjero siempre se confiscaban, y sólo se les devolvía al abordar sus vuelos de vuelta a casa. Esa tarde, el embajador soviético en la India, I. A. Benedíktov, había organizado una comida de despedida para Svetlana. Fue un evento adusto. Estaba furioso con ella porque había retrasado su salida de la India mucho más allá del mes autorizado por su visa rusa, y Moscú exigía su regreso. Estaba poniendo en juego su carrera. Tenía que abordar ese vuelo a Moscú el 8 de marzo.

"Bueno, si me tengo que ir —dijo ella—, ¿dónde está mi pasaporte?" Benedíktov le ordenó a su asistente: "Dáselo".[11] En ese momento, Svetlana demostró que en realidad era la hija de Stalin. Cuando exigía algo, no podían negárselo. Benedíktov cometió un grave error, por el que pagaría más tarde. Para los soviéticos, Svetlana era la desertora más importante en haber abandonado la URSS.

Sentado en su cama de enfermo, Chester Bowles tomó una decisión. Con sus papeles indios en orden y su pasaporte ruso, Svetlana podía salir de la India abierta y legalmente. Ordenó que le sellaran una visa de turista clase B-2 en su mismo pasaporte. Tendría que renovarla a los seis meses. Le preguntó a Bob Rayle si podía sacarla de la India. Rayle accedió. Los hombres volvieron a la embajada.[12]

Eran las 11:15 p.m. “Mientras se preparaban para salir al aeropuerto, Rayle giró hacia Svetlana. “¿Entiende a cabalidad lo que está haciendo? Está quemando todas sus naves.” Le pidió que lo pensara con detenimiento. Ella contestó que ya había tenido mucho tiempo para pensar. Entonces él le entregó 1 500 dólares de los fondos discrecionales de la embajada para facilitar su arribo a Estados Unidos.

Rayle le llamó a su esposa, Ramona, para pedirle que empacara sus maletas para un viaje de varios días y que lo alcanzara en el aeropuerto Palam en una hora. No le dijo a dónde iba. Luego fue a la oficina de Qantas Airlines y compró dos boletos abiertos de primera clase a Estados Unidos, con escala en Roma. Pronto se reunió con los demás estadounidenses en el aeropuerto: para entonces había por lo menos 10 miembros del personal de la embajada deambulando por la terminal relativamente desierta, pero sólo dos estaban sentados con Svetlana.[13]

Svetlana pasó fácilmente por la aduana y migración, y en cinco minutos, con una visa de salida india válida y su visa de visitante estadounidense, alcanzó a Rayle en la sala de vuelos internacionales. Cuando Rayle le preguntó si estaba nerviosa, contestó: “Para nada”, y sonrió. Su reacción era adecuada. Svetlana era, en el fondo, una jugadora. A lo largo de su vida tomó decisiones monumentales por mero impulso, y luego asumió las consecuencias con un abandono casi placentero. Siempre dijo que su historia favorita de Dostoievski era *El jugador*.

Aunque tranquilo en apariencia, Rayle permanecía profundamente ansioso. Estaba convencido de que, en cuanto descubrieran que había desaparecido, los soviéticos sin duda insistirían en que la entregaran. Si la descubrían en el aeropuerto, la policía india la arrestaría, y no habría nada que él pudiera hacer. Sentía que las consecuencias para ella serían graves. La ejecución habría sido al viejo estilo estalinista, pero su padre llevaba 14 años muerto. Aun así, el actual gobierno soviético tenía mano dura con los desertores, y el encarcelamiento siempre era una posibilidad. Por la mente de Rayle también deben haber pasado los recientes juicios de los escritores Andréi Siniavski y Yuli Daniel. En 1966 los habían sentenciado a campos de trabajo forzado por sus escritos “antisoviéticos”, y seguían pudriéndose ahí. El Kremlin no se arriesgaría a un juicio público de Svetlana, pero podría desaparecerla en los rincones de una institución psiquiátrica. También Svetlana debe haber tenido eso en mente. Siniavski era su amigo íntimo. Por lo menos sabía que, si la aprehendían, nunca más le permitirían salir de nuevo de la Unión Soviética.

El vuelo de Qantas a Roma aterrizó puntual, pero el alivio de Rayle se convirtió en terror cuando oyó el anuncio de que se atrasaría. El avión tenía dificultades mecánicas. Los dos se quedaron sentados en el área de salidas mientras los minutos se convertían en horas. Para lidiar con la tensión creciente, Rayle se levantaba periódicamente para ver los mostradores de llegadas. Sabía que el vuelo usual de Aeroflot desde Moscú llegaba a las 5:00 a.m., y una gran delegación de la embajada soviética siempre venía a recibir a los mensajeros diplomáticos y a los dignatarios

que llegaran o partieran. Los miembros del personal de Aeroflot ya estaban comenzando a abrir su ventanilla. Por fin anunciaron la salida hacia Roma. A las 2:45 a.m., el vuelo de Qantas a Roma estaba en el cielo.

Mientras volaban, un cable sobre la *desertora* llegó a la embajada estadounidense en Nueva Delhi. En Washington, Donald Jameson, que fungía como conexión de la CIA con el Departamento de Estado, le había informado de la situación al subsecretario sustituto de esa dependencia, Foy Kohler. La reacción de este último fue impresionante: explotó. "¡Díganles que corran a esa mujer de la embajada. No le ayuden en lo absoluto!" Kohler acababa de fungir como embajador estadounidense en la URSS y creía haber iniciado en persona un deshielo en las relaciones con los soviéticos. No quería que la deserción de la hija de Stalin, sobre todo si coincidía con el 50 aniversario de la Revolución rusa, enturbiara las aguas. Cuando el personal de la embajada leyó el cable que rechazaba la solicitud de asilo de Svetlana, contestó: "Es demasiado tarde. Ya se fueron. Están de camino a Roma".[14]

El personal no revisó el estado del vuelo de Qantas. Si hubieran descubierto que Svetlana y Rayle permanecieron sentados durante casi dos horas en el aeropuerto y podían haberlos llamado de vuelta, Svetlana habría sido regresada a la embajada y "corrida". Todo el curso de su vida habría sido distinto. Pero la vida de Svetlana siempre parecía pender de un hilo, y la suerte o el destino la mandaban por un camino en vez del otro. Llegaría a llamarse a sí misma una gitana. La hija de Stalin, siempre viviendo a la sombra del nombre de su padre, nunca encontraría un lugar seguro para aterrizar.

# PRIMERA PARTE

# Los años del Kremlin

# 1

# Aquel lugar soleado

A lo largo de su vida, Svetlana observaba las fotografías de su más tierna infancia y cavilaba ante ellas mientras sentía esa hermosa y brutal nostalgia de cuando las fotos atrapan el tiempo. Su madre siempre había sido la que tomaba las fotos. Todos en las reuniones familiares estaban tan jóvenes y vivaces, tan simples y animados, con expresión de día de campo. Los primeros seis años y medio de su vida, hasta la muerte de su madre en 1932, fueron, en la mente de Svetlana, los años del sol. Solía hablar de "aquel lugar soleado al que llamo mi infancia".[1]

¿Quién puede vivir sin recuerdos? Siempre miramos a nuestra infancia, pues nuestro núcleo está forjado por la impronta de nuestros padres, y siempre nos preguntaremos qué tanto nos determinó ese molde. Svetlana creía obstinadamente en su infancia feliz, incluso aunque poco a poco comprendió que le debía su seguridad a tanta sangre derramada. ¿Qué tenía esta extraña infancia para que siempre volviera a ella en busca de consuelo?

Svetlana creció en el Kremlin, la ciudadela de los zares, una fortaleza amurallada a orillas del río Moskova, casi como una pequeña aldea autónoma, pero con torres, catedrales y palacios imponentes, con la Plaza de las Catedrales en el centro y portones masivos que dan a la Plaza Roja y al resto de la ciudad. Podría pensarse que esta fortaleza real era imposiblemente fastuosa, pero cuando nació ahí, en 1926, la segunda hija de Iósif y Nadezhda ("Nadia") Stalin, la Revolución rusa apenas tenía nueve años de edad. El público siempre la consideraría la princesa del Kremlin, pero la disciplina bolchevique de su padre dictaba una vida relativamente modesta.

Los Stalin vivían en el antiguo Palacio Poteshny, un edificio de tres pisos erigido en 1652. Se le conocía como el Palacio de la Diversión y había fungido como teatro cómico hasta que, en el siglo XIX, fue sede de las oficinas de la Ojrana, la policía secreta del zar. El Poteshny mantenía sus elegantes candelabros teatrales y sus escaleras alfombradas, por las que los Stalin subían a su sombrío departamento de techo alto en el segundo piso.

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

Retrato de familia, *ca*. 1930. *De pie, desde la izquierda*: Mariko y María Svanidze, las cuñadas de Stalin de su primer matrimonio. *Sentadas al centro, desde la izquierda*: Alexandra Andréievna Bychkova (la nana de Svetlana), Nathalie Konstantínova (institutriz) y la tía materna de Svetlana, Anna Redens. *Primera fila, desde la izquierda*: Svetlana y su hermano, Vasili, con la hija de Nikolái Bujarin sentada en sus piernas. *De pie a la derecha*: Serguéi Allilúiev, el abuelo materno de Svetlana.

Svetlana recordaba ese departamento: "Había [una habitación] para la institutriz, y un comedor lo suficientemente grande para un piano de cola… Además, había una biblioteca, el cuarto de Nadia y el minúsculo dormitorio de Stalin".[2] Contaba con dos cuartos para los niños (ella compartía el suyo con su nana), una cocina, la habitación del ama de llaves y dos baños. Todas las habitaciones se calentaban con estufas de leña. Ella describió el departamento como "hogareño, con muebles aburguesados". Las familias de otros dirigentes bolcheviques vivían al otro lado del camino, en el edificio de la Guardia Montada, y pasaban a visitar sin avisar.

Acorde con la ideología del Partido, no había propiedad privada. Todo pertenecía al Estado,

hasta las copas y la platería, lo que significaba, en realidad, que todo el mundo podía tomar lo que quisiera. En los primeros días, hasta los miembros del Partido tenían cartillas de racionamiento, pero su uso era hipotético. En un país en el que la población se estaba muriendo de hambre, la comida siempre alcanzaba para las reuniones íntimas a las que concurrían los magnates del Partido en alguno de sus departamentos. A todos los dirigentes se les asignó una de las dachas campestres abandonadas por las clases ricas que huyeron durante los primeros días de la Revolución.

Cuando nació Svetlana, el 28 de febrero, entró a un hogar ya abarrotado. Su hermano Vasili había llegado al mundo cinco años antes, el 21 de marzo de 1921. La leyenda contaba que Nadia, demostrando austeridad bolchevique y una voluntad de hierro, había caminado al hospital tras la cena para parir a su hijo. Ya que había pasado lo peor, llamó a casa para felicitar a Stalin. El medio hermano de Svetlana, Yákov Dzhugashvili, el hijo del primer matrimonio de Stalin, también se había unido a la casa en 1921. Yákov era 19 años más grande que Svetlana y se convertiría en su paladín, hasta su muerte brutal en un campo de prisioneros nazi.

La vida familiar era chejoviana, con parientes entrando y saliendo del departamento en el Kremlin. Había dos ramas de la familia: los Allilúiev y los Svanidze. La familia de Nadia iba de visita constantemente. Entonces, el clan extendido incluía a los padres de Nadia, Olga y Serguéi Allilúiev; sus hermanos, Fiódor y Pável; la esposa de Pável, Evguenia (“Zhenia”); su hermana, Anna, y el esposo de Anna, Stanislav Redens. Todos los miembros de la familia desempeñarían papeles trágicos en la narrativa de Stalin.

La rama Svanidze llegó de Georgia en 1921, como sombras salidas del pasado de Stalin. En 1906, cuando el georgiano Iósif Stalin apenas era un agitador local que fomentaba la revolución con el seudónimo Sosó, se casó con la hermana de un amigo de la escuela y compañero revolucionario clandestino, Alexándr (“Aliosha”) Svanidze. En aquellos días prerrevolucionarios, cuando el triunfo de los bolcheviques parecía imposiblemente distante, las tres hermanas Svanidze atendían una casa de alta costura en Tiflis (Tbilisi) llamada Atelier Hervieu. La sala de espera siempre estaba llena de condes, generales y oficiales de policía. Mientras las hermanas ajustaban el vestido de la esposa de un general en un cuarto, los revolucionarios discutían sus planes de sabotaje en el cuarto de al lado y escondían sus documentos secretos en los elegantes maniquíes.[3]

La hermana menor, la exquisitamente encantadora Yekaterina Svanidze, a quien todo el mundo llamaba Kató, se enamoró del misterioso y ocurrente camarada Sosó. Entonces era cabeza de la facción bolchevique en Tiflis, y no era extraño que la policía secreta del zar viniera a buscarlo con frecuencia. Kató se embarazó a los meses de su boda y dio a luz a Yákov en marzo de 1907. Poco después le dio tifo. La familia reportó que Kató, de apenas 22 años, murió en los

brazos de Sosó el 22 de noviembre de 1907. En el funeral, un desconsolado Sosó se lanzó a la tumba junto con el ataúd y luego desapareció dos meses.

Al mirar atrás, Stalin le diría a su hija, Svetlana, que Kató "era muy dulce y hermosa: me derretía el corazón"; pero no lo suficiente, al parecer, para que asumiera la responsabilidad de su recién nacido. Abandonó a Yákov con su suegra y las hermanas Svanidze. Uno de los pocos contactos que tuvo la familia con Stalin fue una carta desde Siberia durante uno de sus exilios prerrevolucionarios, en la que les pedía que le enviaran vino y mermelada.[4]

En una visita a Georgia en 1921 la familia Svanidze incitó a Stalin a llevarse a su hijo de 14 años de vuelta a Moscú. El cuñado de Stalin, Aliosha Svanidze, que había sido muy cercano a él en sus primeros tiempos de revolucionario, también los acompañó y se llevó consigo a sus hermanos, Mariko y Sashiko, por lo que se unieron a la élite del Kremlin. Un georgiano europeizado, Aliosha había estudiado en Alemania y era un poco dandy. Su hermosa y extravagante esposa, María, de una acaudalada familia judía, que había cantado en la ópera de Tiflis antes de casarse con él, lo acompañó. Habrían estado mucho más seguros si se hubieran quedado en Georgia.

Artiom Serguéiev, el hijo adoptivo de Nadia y Stalin, los visitaba de vez en cuando. Su padre había muerto en 1921 mientras probaba un nuevo tren de alta velocidad propulsado por un motor de avión. Aunque la madre de Artiom seguía viva, Stalin adoptó al muchacho, según la tradición bolchevique de asumir el cuidado de los huérfanos de miembros del Partido. Artiom se convirtió en el mejor amigo de Vasili, hermano de Svetlana.

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

La primera esposa de Stalin, Yekaterina “Kató” Svanidze, muerta en 1907.

La única persona que siempre estuvo ausente de estas reuniones familiares fue la madre de Stalin, Yekaterina, a quien de cariño llamaban Keké. Nadia le escribía a su suegra cartas alentadoras: “Las cosas aquí parecen ir bien; estamos muy bien. Los niños están creciendo… En general, tenemos horriblemente poco tiempo libre Iósif y yo… De todos modos, no me quejo, y hasta ahora lo he afrontado todo con bastante éxito”.[5]

Aunque había visitado el Kremlin una vez para conocer a Nadia, la madre viuda de Stalin se negó a abandonar su amada Georgia. Vivía en el viejo Palacio del Virrey en Tiflis, donde prefirió ocupar una habitación en la planta baja junto al ala de los sirvientes, mientras que los pisos superiores estaban reservados para funciones sociales.

Para Svetlana, quien parece sólo haberla visto una vez en Georgia, su abuela paterna, Keké, era una extraña, y por lo tanto apenas formaba parte de su mitología familiar. Svetlana conocía las historias: que su abuelo Vissarión “Besó” Dzhugashvili había sido un zapatero que, en sus arranques de ebriedad, golpeaba brutalmente a su hijo, hasta que Keké terminó por correrlo. Keké había hecho un gran esfuerzo económico para mandar a Iósif a la Escuela Eclesiástica de Gori y luego al Seminario de Tiflis, con la intención de que se convirtiera en sacerdote. Svetlana siempre dijo que la infame brutalidad de los sacerdotes ortodoxos, que castigaban a sus alumnos aislándolos durante días en celdas estilo calabozo, había forjado la afición por la crueldad de su padre.

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

La madre de Stalin, Yekaterina “Keké” Dzhugashvili, que rehusó dejar su Georgia natal para visitar Moscú.

Ya de adulta, Svetlana sólo de vez en cuando hablaba de su padre a sus amigos, pero una de las cosas que sí dijo fue que la única persona a la que su padre le tuvo miedo fue a su propia madre.[6] Pero era tal la mistificación en la que su padre se envolvía que ni siquiera su hija supo su verdadera fecha de nacimiento. En realidad Stalin nació el 6 de diciembre de 1878, un año antes de lo que aseguraba.[7] Siguiendo su hábito de inventar la mayor parte de su propia biografía, Stalin eligió el 21 de diciembre de 1879 como su cumpleaños oficial. La familia siempre celebró aquel día.

Así, pues, era la familia íntima de Svetlana. Ella aseveraba que en el centro de todo estaba su madre, Nadia, quien murió cuando Svetlana tenía seis años y medio. ¿Qué recuerda de su madre una niña de esa edad? Por su desaparición repentina, Nadia se volvió una clave para entender la vida emocional de Svetlana. La fotografía que más le gustaba a Svetlana era una en la que su madre la carga de recién nacida. Era una prueba de amor materno.

Svetlana no podía recordar el rostro de su madre, pero sí se acordaba del olor de su perfume

Chanel, que Nadia usaba a pesar de la desaprobación de Stalin. Su madre entraba a su cuarto para darle las buenas noches, la tocaba, luego tocaba su almohada, y Svetlana se quedaba dormida inmersa en ese perfume. No obstante, apenas podía recordar que su madre la besara o le acariciara el cabello.[8]

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

Svetlana, a los seis años de edad, con su hermano de 11 años, Vasili, en una foto de 1932, tomada antes de que su madre se suicidara, el 9 de noviembre.

Svetlana sentía que había sido una niña silenciosa y obediente. Tres décadas después escribiría: "[Mi madre] esperaba bastante de mí", todavía dolida por tener pocos recuerdos de cariño en el trato que le dio su madre.[9] Pero había una cosa en particular que sí conservaba: el recuerdo de su madre dibujando con su dedo un pequeño cuadro sobre su corazón y diciéndole: "Ahí es donde tienes que enterrar tus secretos".[10] En el traicionero mundo político del Kremlin, Nadia mantenía sus sentimientos y sus secretos escondidos, algo que su hija, que se ganaría mala fama por sus arrebatos emocionales, no emuló.

Cuando era niña, claro que Svetlana creía que su madre era hermosa. En retrospectiva, pensaba que su madre mostraba su amor por medio de su dedicación a la educación de sus hijos, que tomó entre sus manos desde su niñez más temprana y que, para Svetlana, la convirtió en el modelo de la madre entregada.

Nadia es una figura elusiva en el universo Stalin. Era una chica de 16 años cuando, según la familia y su hija, se enamoró loca y apasionadamente del Stalin de 39, que ya era aliado leal de Lenin y una estrella en el firmamento bolchevique. Para molestia de sus padres, huyó con él en 1918 para unirse a la Revolución y se convirtió en su secretaria. Nadia era testaruda, terca, puritana e idealista. Para los extraños parecía fría, pero ese exterior escondía un temperamento apasionado y volátil.

La calidez de Nadia, al igual que su frustración, sale a flote en una carta a la tía de su hijo adoptivo Yákov, María Svanidze, a quien claramente le tenía mucho cariño. María y su esposo, Alexándr, vivían en Berlín, donde él trabajaba para el Banco de Comercio Exterior soviético. Nadia escribió la carta justo antes del nacimiento de Svetlana, quien, a pesar de la ambivalencia de su madre acerca del embarazo, obviamente atesoraba la carta, pues la tradujo ella misma al inglés y la guardó:

> *11 de enero de 1926*
> Querida Marusia:
>
> Me escribes que te sientes aburrida. Sabes, querida, que es lo mismo en todos lados. Yo no tengo nada que ver con nadie en Moscú. A veces eso hasta parece raro: en tantos años no desarrollar amistades cercanas, pero eso depende del carácter. Es raro que me sienta mucho más cercana a quienes no pertenecen al Partido; me refiero a las mujeres. Es mucho más simple llevarse con ese público.
>
> Me arrepiento de haberme impuesto de nuevo fuertes vínculos familiares. [Aquí Svetlana añadió una nota al pie: "N. S. Allilúieva estaba esperando a su hija Svetlana en ese entonces".] Eso no es tan fácil en nuestros días, porque parece que hay tantos prejuicios nuevos, como que si no estás trabajando eres una "babá" [Svetlana define esto en el margen de la carta de Nadia como "una campesina"] aunque quizás una tan sólo no trabaje porque no tiene las credenciales adecuadas. Y ahora que voy a tener asuntos familiares, es imposible pensar en mis credenciales. Te aconsejo, querida Marusia, que obtengas alguna habilidad para Rusia mientras estés en el extranjero. Lo digo en serio. Simplemente no puedes imaginarte lo desagradable que es trabajar meramente para ganarse la vida, haciendo cualquier trabajo; una debe tener una especialidad, una especialización que te libere de la dependencia en los demás…
>
> Bueno, mi querida Marusia, no te sientas sola, obtén las credenciales necesarias y vuelve con nosotros la próxima vez. Estaremos muy felices de verte. Iósif me pide que te mande saludos. Tiene muy buenos sentimientos por ti (dice: "Es una *babá* lista"). No te enojes: ésa es su manera usual de tratarnos a las mujeres…
>
> Te beso y me despido,
> *Nadia*.[11]

Nadia estaba harta de ser una sombra en el Kremlin y se mostraba decidida a no ser una *babá*.

Tan pronto como nació Svetlana, Nadia, en ese entonces de 25 años de edad, buscó una nana que cuidara de su recién nacida para tener la libertad de emprender su propia educación. Tras entrevistar a candidatas potenciales, se decidió por Alexandra Andréievna Bychkova.

Alexandra Andréievna sabía ser leal. Nació en 1885 en una hacienda en Riazán, al sureste de Moscú, y trabajó como sirvienta, cocinera, enfermera y ama de llaves hasta que se unió al hogar petersburgués de Nikolái Yevréinov, director de teatro y crítico, y miembro de la *intelligentsia* liberal prerrevolucionaria. La familia Yevréinov le enseñó a leer y escribir a la analfabeta Alexandra Andréievna. Cuando el estallido de la Revolución los obligó a huir a París, la invitaron a acompañarlos, pero ella se rehusó a abandonar la patria. Durante las hambrunas de principios de los años veinte huyó con su hijo sobreviviente (el otro había muerto de hambre) a Moscú, donde Nadia Stálina la descubrió y la contrató.[12]

Alexandra Andréievna era una cuentacuentos asombrosa que enhebraba su conversación con proverbios rusos y llenaba los oídos de los niños de historias de su aldea y de sus años "teatrales" en San Petersburgo. Su mayor don era su capacidad de mantener silencio mientras sobrevivía a todas las vicisitudes a través de los años en el hogar de los Stalin. Svetlana diría de ella: "Para mí, durante toda mi vida, ella fue un ejemplo de calma, trabajo duro, calidez, algún tipo de tranquilidad épica y un optimismo sin fin".[13]

Nadia le dio a la nana de Svetlana la estricta orden de que en su encargo nunca estuviera ociosa. Svetlana recordaba que su nana la llevaba al preescolar para tomar clases de música con otros 20 niños. Svetlana cantaba en un coro infantil y pronto aprendió a leer y transcribir música, y a tocar el piano. Alexandra Andréievna se quedó con Svetlana durante 30 años, hasta su muerte en 1956, y también fue nana de sus hijos. Si Svetlana tuvo algún cimiento ético en el universo Stalin, tan moralmente ambiguo, fue gracias a su nana Alexandra Andréievna. "De no haber sido por la calidez uniforme y constante que su grande y amable persona exudaba —escribió más tarde Svetlana— habría perdido la cabeza hace mucho tiempo."[14]

En 1928, cuando Svetlana tenía dos años, Nadia se inscribió a la Academia Industrial para estudiar fibras sintéticas, una nueva rama de la química. También había interminables juntas del Partido, y el poco tiempo libre que tenía Nadia lo pasaba con Stalin. Contrató tutores para que supervisaran la educación de sus hijos, mientras ella casi siempre estaba ausente.

Como lo dijo Svetlana con algo de resentimiento: "No estaba de moda en ese entonces que una mujer, especialmente si era miembro del Partido, pasara mucho tiempo con sus hijos".[15] Todas las esposas del Kremlin tenían trabajo en el Partido. En su tiempo libre algunas aprendieron tenis. Había canchas de tenis y juegos de croquet en los prados de las dachas. Era una réplica inquietante del estilo de vida de la vieja aristocracia zarista.

Nadia contrató a un ama de llaves alemana de Latvia, Carolina Til, para que se encargara del

departamento en el Kremlin, y le delegó todo a su eficiencia germana. También contrató a una institutriz para Svetlana y a un tutor para Vasili, como habían hecho los zares. Svetlana aprendió a leer y escribir en alemán y en ruso a los seis años.

La vida de todos los niños en los numerosos departamentos del Kremlin seguía una rutina similar, administrada por institutrices y tutores. Pero no todo era disciplina. Stepán Mikoián, cuyo padre era un viejo bolchevique y un hombre de Estado bolchevique, uno de los pocos que sobrevivieron a las purgas estalinistas, vivía en el edificio de la Guardia Montada y solía jugar con Vasili y Svetlana. Recordaba tardes en las que todos los hijos de los funcionarios del gobierno, incluido el personal —debe de haber habido 30 o 40 niños— correteaban por los jardines. Svetlana era hombruna y escalaba sin miedo el Cañón del Zar, el cañón más grande del mundo, igual que todos los demás.[16]

Svetlana recordaba sólo una vez haber pasado el día entero con su madre. Recordaba mirar con admiración cómo Nadia limpiaba con furia la parte inferior de la bañera con patas de garra y luego el resto del departamento. Era demasiado joven para entender que probablemente el motivo fuera menos la obsesión de su madre por la limpieza, aunque sí la tuviera, que el enojo reprimido de una esposa, porque había mucha infelicidad en la familia Stalin. Stalin y Nadia peleaban con frecuencia. Años después, Polina Mólotov, amiga cercana de Nadia, le dijo a Svetlana: “Tu padre fue duro con [tu madre]. Ella tuvo una vida difícil con él. Todo mundo lo sabía. Pero pasaron muchos años juntos. Tenían una familia, hijos, un hogar y todos querían a Nadia”. Aunque no fuera un matrimonio feliz, preguntó Polina: “¿Qué matrimonio sí lo es?”[17]

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

*Desde la izquierda*:
Carolina Til, el ama de llaves, y la nana Alexandra Andréievna Bychkova.

Como su madre era fría, Svetlana obtuvo las reacciones emocionales que añoraba de su padre. Era la hija preferida de Stalin. La llamaba su "gorrioncita" o su "mosquita". Volaba a sentarse en sus piernas y de él obtuvo los besos y las caricias que su madre le escatimó. Dio por sentadas sus ausencias constantes, que hicieron que sus apariciones fueran tanto más dramáticas y a la niña tanto más necesitada.

Fue Nadia quien acogió al lado Svanidze de la familia. Protegía en particular a Yákov, a quien Stalin aparentemente trataba con desprecio. El chico adolescente sólo hablaba georgiano cuando se unió al hogar. Svetlana pensaba que ésa era una de las razones por las que no parecía agradarle a su padre. Se dice que Stalin era consciente de su propio acento georgiano al hablar ruso. Svetlana diría que su padre "hablaba bien ruso en su forma más simple, más coloquial… En ruso no podía ser un orador ni un escritor elocuente, pues le faltaban sinónimos, matices, profundidad".[18] En vez de eso usaba el silencio para afirmar su autoridad, una herramienta mucho más efectiva para controlar a los demás, quienes nunca podían adivinar por completo lo que Stalin estaba pensando.

Cuando era niña Svetlana ni siquiera sabía que las raíces de su padre fueran georgianas. Una vez, su hermano Vasili, que la molestaba todo el tiempo, le dijo que la familia era georgiana.

Cuando Svetlana le preguntó qué significaba ser georgiano, aquél le dijo que “iban por ahí con largas capas circasianas y cortaban a todo mundo con dagas”.[19] Svetlana afirmaba que Stalin, intentando distanciarse de sus raíces, prohibió a sus colegas georgianos que le trajeran los regalos típicos de vino y frutas georgianos, alegando que tal generosidad se hacía a expensas del público, y Nadia coincidía con él.

Al mirar atrás, Svetlana aseveraba que el cuarto que más le gustaba de su departamento moscovita era el de su madre. En ausencia de ésta, iba ahí cada vez que podía para sentarse en su gruesa alfombra oriental color frambuesa o para acurrucarse en el anticuado *tajta* (diván) georgiano, con sus colchones bordados. Le encantaba tocar los libros en el escritorio y la mesa de dibujo de Nadia. Dado el peligroso hogar en el que creció, Svetlana necesitaba esa imagen idealizada de la madre adorada para su supervivencia psíquica, pero el extraño sólo ve a una madre ausente y a una niña desesperada y emocionalmente necesitada. Por supuesto, la verdad era que la misma Nadia apenas sobrevivía.

## La vida en Zubalovo

Enterrado en la mente de los afortunados hay un paisaje infantil, un lugar de magia e imaginación, un lugar seguro. Es fundamental y volvemos a él en memorias y sueños a lo largo de nuestra vida. A pesar del rumbo que tomaría su vida, Svetlana tenía un lugar así.

Como miembro del círculo íntimo de Lenin, a Stalin le dieron una dacha llamada Zubalovo. No estaba lejos de la aldea de Usovo, a unos 30 kilómetros de Moscú. La familia pasó ahí los fines de semana y los veranos de 1919 a 1932, y la familia extendida siguió visitándola hasta 1949, mucho después de la muerte de Nadia.

La dacha tenía el nombre de su antiguo dueño, Zubalov, un magnate del petróleo armenio, de Bakú. Toda el área alrededor de Usovo había servido como refugio vacacional para los ricos del Moscú prerrevolucionario. Cuando los dueños huyeron durante la Revolución, las dachas se repartieron entre la élite del Partido. Stalin y Anastás Mikoián obtuvieron Zubalovo. Había más que un poco de venganza en esto. Los dos habían dirigido huelgas para protestar contra las largas jornadas y las miserables condiciones de trabajo en las refinerías de Zubalov, en Bakú, Azerbaiyán, y en Batumi, Georgia.

Había tres casas separadas en la extensa propiedad de Zubalovo: la casa grande, la casa chica y el bloque de servicios, todas rodeadas por una barda de ladrillos. La grande la tomaron Mikoián y otras familias de viejos bolcheviques. Los hermanos de Nadia, los Allilúiev, y algunos de los Svanidze, usaron el bloque de servicios, mientras que Stalin y Nadia tenían la dacha menor.

Siempre estaba llena de visitas.[20]

Stalin mandó a remodelar inmediatamente la dacha; le quitaron los frontones y los muebles viejos. También mandó construir un balcón en el segundo piso —"el balcón de padre"— y una terraza que abarcaba la parte trasera de la casa. Stalin y Nadia ocupaban la planta alta, mientras que niños, parientes y amigos de visita vivían abajo. Arbustos de lilas enmarcaban el frente de la casa y había una arboleda de abedules blancos a poca distancia. También había un estanque de patos, un colmenar, un corral para gallinas y faisanes, un huerto de árboles frutales y un claro en el que se plantaba alforfón para atraer a las abejas. Esa finca bolchevique cumplía casi la misma función que cuando pertenecía a la élite industrial, "una pequeña finca con una rutina campestre propia", como la describió Svetlana.[21]

De niña, Svetlana conocía el paisaje como su propia piel. Sabía dónde encontrar las mejores setas; pescó en cada arroyo y en cada estanque con su abuelo y su hermano y descubrió dónde descansaban las truchas en las estelas. Sabía dónde recoger bayas entre las zarzas, lo que le dejaba los brazos y las piernas llenos de arañazos. Llevaba a casa cubetas de bayas para la cocinera y, contenta y exhausta, esperaba elogios. Svetlana tenía su propia parcela que atender en el jardín y sus propios conejos que criar. El olor de los alerces, la corteza blanca de los abedules descarapelados, el pomposo verde de las hojas nuevas, el olor de la tierra rusa, todo eso se imprimió en su mente.

Durante el verano, muchos niños de la élite llegaban de visita. Ella los llevaba al corral para recolectar los huevos de los faisanes y las gallinas de Guinea, o salía con ellos en expediciones para recoger setas. En la finca tenían una casa del árbol para encaramarse, y columpios, y un subibaja para balancearse. Los niños iban a acampar al bosque: dormían en un cobertizo y pescaban en el río local. Cocinaban sus presas en la fogata y horneaban huevos de faisán en las cenizas calientes.

Los parientes entraban y salían flotando de Zubalovo: sus abuelos Olga y Serguéi Allilúiev; su tía Anna y su tío Stanislav, y el tío Pável y la tía Zhenia. El tío Pável contaba historias de la época tras la Guerra Civil, cuando Lenin lo envió en una expedición al extremo norte en busca de hierro y carbón. Habían vivido en tiendas, montado renos y fabricado su ropa con pieles de reno. Los Svanidze también iban a la dacha, sobre todo el tío Aliosha y su dramática esposa, María. Stalin casi siempre estaba ahí, pero se mantenía absorto. Siempre estaba trabajando en su mesa de la terraza.

Los abuelos de Svetlana, Olga y Serguéi, eran las presencias dominantes de la dacha. Fue Serguéi quien llevó a Stalin al hogar de los Allilúiev. El hijo ruso de un siervo liberto se había entrenado como mecánico y trabajaba en las playas de maniobras de Tiflis cuando se unió al Mesame Dasi (Tercer Grupo), el partido socialista georgiano formado a principios de la década

de 1890. Conoció a Stalin en 1900, cuando su futuro yerno ya era famoso localmente por su brillante organización y sus exhortaciones políticas en las manifestaciones obreras clandestinas por el Día del Trabajo. En aquellos días Serguéi estaba a cargo sobre todo de imprimir propaganda marxista, pósteres y panfletos, por lo que lo arrestaron y encarcelaron siete veces. No está claro si participó en la violencia revolucionaria, aunque pareció no tener objeciones cuando los revolucionarios usaron a su hija de nueve años, Anna, como camello para cargar cartuchos explosivos cosidos en su ropa interior en el tren de Tiflis a Bakú.[22] Serguéi le ofreció el departamento familiar como refugio a Stalin cuando se escondía de la policía secreta del zar.

Olga era un personaje más complejo. En 1893 se había fugado con Serguéi, que era el inquilino de la familia, para huir de su tiránico padre. Ella tenía 16 años; él, 27. Parecía una aliada dispuesta en la política revolucionaria de Serguéi. Su vida y las vidas de sus cuatro hijos habían sido un relato de mudanza constante de ciudad en ciudad, de redadas policiales, de miedo, de mantener secretos, de visitar a Serguéi en prisión y de ver desaparecer a sus amigos. Distribuía panfletos marxistas, igual que sus jóvenes hijas, una práctica peligrosa que podía acarrearles una sentencia de prisión, como a su padre. Ella fue quien sugirió que su departamento petersburgués en la calle Rozhdestvenskaia fuera el escondite de Lenin en el verano de 1917, cuando se quedó varios días antes de huir a Finlandia durante la aparente disolución de la Revolución, sólo para volver y organizar el triunfo bolchevique en octubre de ese año. Y también veía con buenos ojos las visitas de Stalin. Éste era efusivo en su gratitud a Olga e incluso le escribió desde su exilio siberiano:

> *25 de noviembre de 1915*
> Olga Evguénievna:
> Estoy más que agradecido con usted, querida Olga Evguénievna, por sus amables y buenos sentimientos hacia mí. Nunca olvidaré la preocupación que me ha mostrado. Espero el día en que termine mi periodo de exilio y pueda ir a Petersburgo, para agradecerles, a usted y a Serguéi, personalmente, por todo. Todavía me faltan dos años para completarlo… Saludos a los niños y las niñas…
> Respetuosamente suyo,
> *Iósif* [23]

Ése era el yerno que un día traicionaría toda su confianza.

En cuanto su hija más joven, Nadia, cumplió 14 años de edad, Olga afirmó su independencia entrenando como partera. Cuando Rusia ingresó a la Primera Guerra Mundial, se unió a la Cruz Roja y atendió a los heridos que llegaban del frente alemán. Vivía sobre todo en el hospital y, según su hijo Pável, comenzó a tener amantes.

Cuando comenzaron a residir en Zubalovo, Serguéi y Olga ya estaban totalmente alienados. Él llegaba de un extremo de la dacha, ella del otro, y se miraban por encima de la mesa del

comedor. A Serguéi lo habían marginado como viejo bolchevique, aunque siguió siendo un creyente apasionado, mientras que Olga parecía escéptica y fue la primera en sospechar la verdadera naturaleza de su yerno.

Durante esos largos veranos en la dacha, aquella parecía una familia georgiana típica, explosiva y de mal genio: el abuelo Serguéi, enojado cuando un niño estaba inquieto en la mesa, le vaciaba la sopa en las piernas. Olga había vuelto a su religión ortodoxa oriental. Cuando los hijos de Stalin y sus amigos, criados en la ideología atea del comunismo, se burlaban de las creencias de la abuela Olga, les contestaba: "¿Dónde está su alma? Lo sabrán cuando les duela". [24] Sin embargo, no parecían molestarle la ascendencia y los beneficios que le daban la posición de su yerno.

Svetlana, que heredó el pelo rojo y los ojos azules de Olga, se identificaba con su abuela. Aseveraba que su madre le había prohibido a su abuela visitar el departamento del Kremlin porque resentía las constantes críticas de Olga contra su devoción bolchevique a su carrera y el hecho de no quedarse nunca en casa con sus hijos. Svetlana quizás oyó eso de sus tías, pues difícilmente constituye el recuerdo de una niña de seis años. Al parecer, Olga le gritaba a Nadia que ella había criado cuatro hijos, aunque a Nadia, al recordar su niñez fracturada, aquello puede haberle resultado irónico. Olga era explosiva, pero no particularmente autorreflexiva, atributos que al parecer también heredó su nieta Svetlana. Cuando era niña, Svetlana no debió haber entendido muchos de esos complejos trasfondos familiares. ¿Qué niña sí lo hace? En Zubalovo, sus abuelos, y sobre todo su abuelo, eran sustitutos paternos benevolentes. Serguéi tenía un taller mecánico en una choza separada de la dacha e invitaba a los niños a jugar con sus herramientas y construir cosas. A veces colgaba dulces de los árboles para que los pizcaran y se los llevaba en largas caminatas por el bosque, en busca de setas.

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

El abuelo materno de Svetlana, Serguéi Allilúiev, a finales de la década de 1920.

Gran parte de la élite del Partido Bolchevique compartía esos veranos en Zubalovo. Svetlana los llamaba tíos a todos. El "tío Voroshílov" y el "tío Mikoián" iban a la dacha de Stalin con sus familias. Uno de los visitantes que más le gustaban era el viejo camarada de Stalin, Nikolái Bujarin, que llenaba la dacha de risas y a quien todo el mundo quería. Le enseñó a andar en bicicleta a la nana de Svetlana y siempre llevaba animales a la dacha y a los jardines del Kremlin: erizos, culebras rayadas, halcones y hasta un zorro domesticado. Mucho después de que Stalin ordenara ejecutar a Bujarin en el último juicio falso de 1938, su zorro domesticado siguió corriendo por los jardines del Kremlin. También iban otros amigos, como Sergó Ordzhonikidze y su esposa, Zinaida. A los seis años de edad, Svetlana veía las fiestas de los adultos con curiosidad infantil: Semión Budionny tocaba el acordeón y los adultos cantaban canciones típicas rusas. A veces Nadia incluso bailaba la *lezguinka* georgiana, y Stalin, que tenía una excelente voz y era bien entonado, también podía cantar. Sólo Mikoián, Budionny y Klíment Voroshílov sobrevivieron a Stalin. Esos "tíos" y "tías" comenzaron a desaparecer a mediados de los años

treinta; muchos fueron ejecutados, y algunos, como Ordzhonikidze, se suicidaron. Svetlana sólo recordaba que, cuando era niña, no podía entender a dónde se habían ido todos. La gente sólo "se esfumaba". Nadie explicaba por qué.[25]

Stalin tenía 48 años cuando nació Svetlana y prefería sus vacaciones sin niños ruidosos. Él y Nadia solían ir de vacaciones a Sochi, en el Mar Negro, donde los baños termales ayudaban con su reumatismo, seguramente consecuencia de sus muchos exilios siberianos. Al parecer era frecuente que toda una comitiva de miembros del Partido fueran al sur en una flotilla de coches. Svetlana atesoraba las fotografías de su madre de esos viajes. Estaba la imagen de Ável Yenukidze, el querido padrino de su madre, en picnics en la playa. Otros miembros del Politburó, como Mólotov, Mikoián y Voroshílov, también estaban presentes. Ir juntos de vacaciones era parte de la ortodoxia del Partido. Stalin tenía un brazo deforme como secuela de accidentes infantiles y un pie palmeado, por lo que nunca nadaba. Prefería tirarse en una tumbona en la playa y revisar documentos. Svetlana cumplió cinco años antes de que le permitieran acompañar a sus padres a su dacha en Sochi.

Al revisar sus memorias, escritas a los 38 años, Svetlana sólo podía hablar de las "muertes" de esos dirigentes, no de sus asesinatos. "Sólo quiero escribir lo que sé y recuerdo y vi yo misma"; así es como mantiene a raya el trauma psicológico.[26] Pero ahí comienza el quiebre: Zubalovo alguna vez fue un lugar de luz y magia en el que viejos amigos, camaradas revolucionarios, se reunían para compartir veranos y risas con sus hijos. Y luego todo se tornó de un negro homicida.

En retrospectiva, Svetlana no podía negar la paradoja de esa felicidad infantil. Su aislamiento privilegiado la protegió del terrible sufrimiento de la época: las brutales luchas internas del Partido mientras Stalin afirmaba su dominio sobre sus rivales con purgas de viejos bolcheviques y la élite del Partido; la muerte de millones de campesinos por hambrunas causadas por la colectivización forzada del campo en nombre de la rápida industrialización. Los bolcheviques sin clases habían replicado el régimen zarista: ahora el pueblo eran los siervos y los dirigentes se amurallaban tras lindes seguros. Todavía no había los excesos burgueses por los que se volvería famoso el régimen después de la guerra.

Svetlana tampoco podía negar la magia de ese primer mundo, cuando vivía con la inconsciencia atemporal de una niña en un lugar poblado por sus seres queridos. ¿Acaso debería haber rechazado todo ese mundo? Pero estaba en el núcleo de una paradoja. ¿Cómo podía ser terrible un mundo que parecía maravilloso? Su padre la acariciaba y la quería y le prodigaba besos paternales de tabaco cuando, a instancias de su nana, corría hacia él con regalos de violetas y fresas. ¿Cómo podía ser ya al mismo tiempo uno de los dictadores más sanguinarios del mundo, aguardando su hora?

Svetlana aseguraba que su infancia había sido normal, llena de parientes cariñosos, amigos, vacaciones, placer. Incluso aseveraba que había sido modesta. Y para la hija de un jefe de Estado quizás lo fuera, aunque los millones de rusos desplazados y muertos de hambre habrían estado indignados.

En sus memorias escribió: “Aunque sólo sea por respeto a su recuerdo, por amor y gratitud profunda a lo que fueron para mí en ese lugar soleado al que llamo mi infancia, debería contarles de ellos”.

Era una declaración caprichosa, pues los recuerdos estaban llenos de paradojas y frustraciones. “Sigo intentando recuperar lo que se fue, los días soleados y perdidos de mi infancia”, escribiría más de 30 años después, como si reconociera la imposibilidad de hacerlo.[27]

Desde el punto de vista de la niña, quizás el mundo haya sido puro sol, aunque con su intuición infantil ya debió haber sospechado las grietas de su paraíso. Desde una perspectiva adulta, era un embrollo laberíntico de dolor y ansiedad.

# 2

# Una niña sin madre

Durante la tarde del 7 de noviembre de 1932 Svetlana estuvo parada con su madre frente a la muchedumbre, viendo a los soldados marchar por la Sala de las Columnas en honor del decimoquinto aniversario de la Gran Revolución. Era la primera vez que le permitían asistir a la celebración anual. Fue un festival extraordinario, con acróbatas en zancos, escupefuegos y circenses entrando y saliendo de la multitud de miles de personas. Miró hacia su padre en la plataforma, donde su imagen gigante colgaba detrás de los magnates del Partido alineados sumisamente a ambos lados del *vozhd*. Svetlana apenas tenía seis años y medio, pero comprendió que su padre era el hombre más importante del mundo.

Más temprano ese día su madre la había llamado a su cuarto. “Veía a mi madre tan poco que recuerdo muy bien nuestro último encuentro.” Svetlana se sentó en su tajta preferida y escuchó a su madre darle una larga lección de modales y buen comportamiento. “¡Nunca bebas vino!”, le dijo.[1] Nadia y Stalin siempre se peleaban cuando él metía su dedo en el vino y luego en la boca de sus hijos. Ella reclamaba que iba a convertir a sus hijos en alcohólicos. Sus últimas palabras a Svetlana coincidían con su personalidad. Nadia descartaba por autoindulgente la efusividad emocional que asociaba con su madre, Olga, y su hermana, Anna. Llorar, hacer confesiones, quejarse e incluso ser franca no estaban en su repertorio. Lo más importante era hacer tu deber y esconder tus secretos en el pequeño cuadrado sobre tu corazón.

Cuando su nana la metió en la cama, Svetlana le contó cómo el tío Voroshílov dirigió todo el desfile montado sobre un caballo blanco.

La mañana del 9 de noviembre Alexandra Andréievna levantó temprano a los niños y los sacó a jugar en la oscura, lluviosa alba. Cuando los embutieron en un carro horas después, todo el personal parecía estar llorando. Los llevaron a la nueva dacha en Sokolovka. Stalin había comenzado a indulgir su afición por construir dachas y ese otoño la familia iba a usar la dacha de Sokolovka en vez de Zubalovo. La casa era sombría, con un interior oscuro al que apenas le entraba la luz. Los niños sabían que algo estaba terriblemente mal y no dejaban de preguntar dónde estaba su madre. Finalmente, Voroshílov llegó para llevarlos de vuelta a Moscú. Estaba

llorando. Parecía que su padre había desaparecido.

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

Nadia con una joven Svetlana, *ca.* 1926.

Se han formado tantos recuentos apócrifos de la noche anterior que es imposible distinguir verdad y ficción, hechos y chismes, pero puede reconstruirse un boceto aproximado de la noche.

La tarde del 8 de noviembre Nadia estaba en el departamento en el Palacio Poteshny, preparándose para la inevitablemente tempestuosa fiesta por la Revolución. Su hermano Pável, de momento despachado en Berlín como representante militar de la misión comercial soviética, estaba de visita y le había traído regalos, entre ellos un precioso vestido negro. Las esposas del Kremlin siempre se quejaban de que cuando se encontraban a Nadia con el elegante costurero del Comisariado de Asuntos Internos en el puente Kuznetski, reservado para la élite del Partido, siempre elegía la ropa más ocre y aburrida. Les divertía que todavía cumpliera con la ética bolchevique de la modestia, tan pasada de moda.[2] Esa noche, con su elegante vestido negro,

estaba preciosa; incluso se había puesto una rosa roja en el pelo negro.

Acompañada por su hermana, Anna, Nadia cruzó la vereda nevada hacia el edificio de la Guardia Montada y entró al departamento del camarada Voroshílov, el comisario de la defensa y anfitrión de la celebración de aniversario para los magnates del Partido y sus esposas. Stalin caminó por la calzada desde su oficina en el Palacio Amarillo en compañía del camarada Mólotov y su director de economía, el camarada Valerián Kúibyshev. Sólo los acompañaban uno o dos guardias, aunque el Politburó le había prohibido al *vozhd* que "caminara a pie por la ciudad".[3] El Politburó había concluido que Stalin ya no estaba seguro; tan odiadas eran las políticas de terror que ya había adoptado contra los llamados saboteadores industriales, expertos burgueses y terroristas políticos que conspiraban con potencias extranjeras. El asesinato parecía una posibilidad real.

Para todos, ésta era una ocasión para relajarse. La comida llegó desde la cocina del Kremlin —un amplio festín de entradas, pescados y carnes, con vodka y vino georgiano— y la servía el ama de llaves. Los hombres, muchos aún portando las túnicas y las botas que eran una regresión a su pasado revolucionario, y las mujeres en sus vestidos de diseñador, se sentaron a la mesa del banquete. Stalin se sentó en su lugar usual, al centro de la mesa, frente a Nadia. Era un grupo exuberante y bebedor, dispuesto a empinarse brindis tras brindis por los viejos triunfos revolucionarios y los nuevos logros industriales.

En los reportes anecdóticos de las múltiples memorias dejadas por los presentes en la fiesta aquella noche, los relatos coalescen en los siguientes detalles. Stalin estaba borracho y coqueteaba groseramente con Galina, una actriz de cine y esposa del comandante del Ejército Rojo, Alexándr Yegórov, lanzándole bolas de pan. A Nadia le pareció repugnante, o simplemente ya estaba cansada de todo. Había chismes del actual devaneo de Stalin con una estilista del Kremlin. A Stalin le gustaba confiar su adulterio a aquéllos de quienes se podía asegurar la discreción, y una estilista que trabajara en el Kremlin habría pertenecido a la policía secreta. Nadia ya lo había vivido todo y sabía que esas aventuras nunca duraban, aunque ni ella ni nadie más parecía saber qué tan lejos llegaban. Años después, el guardaespaldas de Stalin, Vlásik, le hizo a Svetlana el sugerente comentario de que su padre "después de todo sí era un hombre".[4] Esa noche se vio a Nadia bailando coquetamente con su padrino georgiano, Ável Yenukidze, entonces administrador del complejo del Kremlin, la estratagema usual de una mujer enojada para demostrar su indiferencia fingida a los devaneos de su esposo.

Muchos recuentos sostienen que fue un brindis político lo que enardeció a Nadia. Stalin brindó por "la destrucción de los enemigos del Estado" y se percató de que Nadia no alzó su copa. Le gritó desde el otro lado de la mesa: "Oye, tú, ¿por qué no estás tomando? ¡Bebe!"[5]

Ella contestó con saña: "No me llamo *Oye*", y salió a zancadas de la sala. Los juerguistas

pudieron oírla gritar sobre su hombro: “¡Cállate! ¡Cállate!”, mientras salía. La sala cayó en un silencio pasmoso. Ni siquiera su esposa podía atreverse a darle la espalda a Stalin. Él sólo murmuró con desdén: “Qué idiota”, y siguió bebiendo.

La amiga cercana de Nadia, Polina Mólotov, corrió detrás de ella. Según Polina, ella y Nadia dieron varias vueltas al Kremlin mientras Polina le recordaba cuánta presión tenía encima Stalin. Estaba borracho, lo que era raro: sólo estaba relajándose. Polina dijo que Nadia estaba “completamente tranquila” cuando se dieron las buenas noches en las primeras horas antes del alba.

Cuando Nadia volvió a su departamento en el Kremlin, entró a su cuarto y cerró la puerta. Después de 14 años de matrimonio, ella y Stalin dormían separados. El cuarto de ella estaba al fondo de un pasillo, a la derecha del comedor. El cuarto de Stalin estaba a la izquierda del comedor. Los cuartos de los niños estaban en otro pasillo, y mucho después, sobre ese corredor, estaban las habitaciones de los sirvientes.

En algún punto de la madrugada Nadia tomó la pequeña pistola Máuser que su hermano Pável le había regalado y se disparó en el corazón.[6]

Nadie parece haber oído el disparo; definitivamente no los niños y ninguno de los sirvientes. En aquellos días el guardia se quedaba afuera, en la puerta. Stalin, si estaba en casa, parece haber estado dormido.

El ama de llaves, Carolina Til, le preparó el desayuno a Nadia, como cada mañana. Declaró que cuando entró al cuarto encontró a Nadia tirada en el suelo junto a su cama en un charco de sangre y la pequeña pistola Máuser aún en su mano. Til corrió a la guardería para despertar a la nana de Svetlana, Alexandra Andréievna, y regresaron juntas al cuarto de Nadia. Las dos mujeres recostaron el cuerpo de Nadia en la cama. En lugar de llamar a Stalin, cuya reacción prevista les aterraba, telefonearon al padrino de Nadia, Ável Yenukidze, y luego a Polina Mólotov. El grupo esperó. Por fin despertó Stalin y entró al comedor. Se volvieron hacia él: “Iósif, Nadia ya no está entre nosotros”.

Más tarde surgieron rumores de que, después de la fiesta, Stalin se había ido a Zubalovo con otra mujer y había llegado a casa casi rozando el alba. Ella y Nadia se pelearon, y él le disparó. Stalin era una suerte de imán de mitos vengativos, pero éste es poco probable. Es más convincente la certeza de los parientes de que Nadia se suicidó, y estaban enojados: ¿cómo podía abandonar así a sus hijos?

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

Nadia y Stalin juntos en un día de campo, de una foto tomada a principios de la década de 1920.

También dijeron que Nadia dejó una nota de despedida amarga y acusatoria para Stalin, aunque supuestamente él la destruyó inmediatamente después de leerla. La esposa de Pável, Zhenia, reportó que durante los primeros días Stalin estaba atónito. “Decía que tampoco quería seguir viviendo… Estaba en tal estado que tenían miedo de dejarlo solo. Tenía arranques de cólera esporádicos.”[7]

La familia necesitaba creer que estaba devastado, y es posible que lo estuviera. A su modo, había amado a Nadia, como certifican sus cartas de amor. Incluso los dictadores pueden ser sentimentales. Pero su reacción fue cruelmente egocéntrica y centrada en sí mismo. La cuñada de Stalin, María Svanidze, registró en su diario privado el momento en que le dijo a Stalin que culpaba a Nadia: “¿Cómo pudo abandonar a dos hijos Nadia?” Él contestó: “Los niños ya la olvidaron después de unos días, pero yo me quedé incapacitado por el resto de mi vida”.[8] Es difícil imaginar que un padre diga eso de niños en duelo, pero la autocompasión de Stalin parece

convincente. Svetlana siempre creyó, más realista, que el suicidio de su madre exacerbó la paranoia de Stalin: no se podía confiar en nadie; hasta los más cercanos traicionaban.

¿Por qué se mató Nadia, apenas de 31 años? Nunca sabremos la verdad, pero las especulaciones abundan. La explicación más fácil es que estaba mentalmente enferma. Al principio, hasta Svetlana creyó eso. El historiador Simon Sebag Montefiore escribe: "El reporte médico [de Nadia], preservado por Stalin en su archivo, y los testimonios de sus conocidos confirman que Nadia padecía una enfermedad mental seria, quizás trastorno bipolar o trastorno límite de la personalidad… y una enfermedad en el cráneo que le daba migrañas". Nadia sufría muchos otros males. Había tenido varios abortos, un anticonceptivo común en esos tiempos, lo que resultó en ciertos problemas ginecológicos.[9] Se refugiaba en spas y spas alemanes, una indulgencia, de hecho casi un fetiche, de la mayor parte de la élite del Partido.

Pero Svetlana llegó a creer que la desesperación de su madre estaba motivada por su oposición a las políticas represivas de Stalin. La pregunta es si esta idea tiene alguna credibilidad.

Por su correspondencia de adolescente es fácil considerar a Nadia una joven comunista dogmática e idealista. Durante la Guerra Civil que asoló el país tras el triunfo bolchevique, pareció capaz de racionalizar la violencia como necesaria para la supervivencia de la Gran Revolución. Cuando, en junio de 1918, Lenin mandó a Stalin a Tsaritsyn (renombrada Estalingrado en 1925) con 450 guardias rojos para asegurar el suministro de comida hacia Moscú y Petrogrado, la Nadia de 17 años y su hermano Fiódor lo acompañaron como asistentes. Jalaron un vagón a una vía muerta y Stalin lo usó como cuartel general. Todavía no habían registrado su matrimonio, pero bajo las convenciones bolcheviques ya se consideraba que Nadia era la esposa de Stalin.

Stalin comenzó inmediatamente a purgar la ciudad de presuntos contrarrevolucionarios. Cuando escribió repetidamente a Lenin para pedirle poderes militares absolutos, Nadia mecanografió sus cartas. Cuando Lenin le ordenó ser más "despiadado" e "inmisericorde", Stalin contestó: "Ten la seguridad de que nuestra mano no temblará".

Stalin ejecutó una campaña de "terror ejemplar". Quemó aldeas para demostrar las consecuencias de no obedecer las órdenes del Ejército Rojo y para mostrar lo que provocaría el sabotaje contrarrevolucionario. Su entusiasmo por la violencia indiscriminada no pareció perturbar a Nadia, que tecleaba sin fin en su vagón de tren.

Nadia amaba a Stalin y parecía cómoda racionalizando, de hecho hasta glamorizando, el culto bolchevique a la violencia. Las apasionadas cartas de amor que se mandaban cuando estaban separados tenían una intensidad eléctrica, aunque convencional. Tan tarde como junio de 1930, cuando Nadia estaba en Carlsbad curándose de jaquecas debilitantes (otro reporte sugiere que de hecho sufría dolores abdominales agudos, posiblemente de un aborto), Stalin escribió: "Tatka [el

apodo georgiano con el que la llamaba de cariño], escríbeme algo, por favor… Estoy muy solo aquí, Tatochka. Estoy sentado en casa, solo, como un buhíto. No he ido al campo: demasiado trabajo. Ya acabé mis tareas. Planeo ir pasado mañana al campo, a los niños. Bueno, adiós. No te quedes allá tanto tiempo, vuelve pronto. Te-be-so. Tuyo, Iósif".[10] Una de las cartas de ella terminaba: "Te ruego que te cuides mucho. Te mando un beso cálido, como el que me diste en mi partida. Tuya, Nadia".[11]

Pero la vida doméstica con Stalin tenía un tenor diferente y era extremadamente volátil. Nadia intentó dejarlo por primera vez en 1926, cuando Svetlana apenas tenía seis meses. Tras una pelea, empacó con Svetlana, Vasili y la nana de Svetlana y tomó el tren a Leningrado (como renombraron a San Petersburgo en 1924, tras la muerte de Lenin), donde les dejó claro a sus padres que había abandonado a Stalin y que pretendía hacer su propia vida. Él le habló por teléfono y le rogó que regresara. Cuando ofreció ir por ella, contestó: "Puedo regresar yo misma. Le va a costar demasiado al Estado si vienes hasta acá".[12]

El segundo año de Nadia en la Academia Industrial, 1929, fue el Año del Gran Giro y la colectivización forzada de los campesinos en *koljozy*, o granjas colectivas. El proceso fue brutal. Para arrancar de raíz al sector privado, se cerraron los mercados de las aldeas y se confiscó el ganado. Los *kulaks*, o campesinos prósperos (tener una vaca podía considerarse prosperidad), fueron deportados. Bajo esta política, conocida como deskulakización, los campesinos, "tratados como ganado… casi siempre morían en tránsito de frío, hambre, golpizas en los convoyes y otras miserias". Para el año de la muerte de Nadia, 1932, el infame Gulag (campos de trabajo forzado) tenía "más de un cuarto de millón de personas", y 1.3 millones, "sobre todo kulaks deportados", estaban viviendo como "colonos especiales".[13]

En 1932 y 1933 la hambruna asoló Ucrania. Stalin y sus ministros estaban enviando el suministro de grano al extranjero para pagar por fundidoras y tractores con el propósito de mantener el rápido ritmo de la industrialización. Aunque el Politburó ucraniano rogó por ayuda de emergencia, no llegó asistencia. Murieron millones. En 1932 algunos compañeros de Nadia en la Academia Industrial fueron arrestados por denunciar la hambruna. También había rumores de que Nadia se oponía a la "colectivización y su inmoralidad". Crítica de Stalin, simpatizaba en secreto con Nikolái Bujarin y la oposición derechista. Stalin le ordenó a Nadia que se alejara de la Academia durante dos meses.[14]

En los primeros tiempos Nadia intentó ejercer cierta influencia. Cuando Stalin estaba de vacaciones en Sochi, solo, en septiembre de 1929, Nadia le escribió una carta cuidadosa; le reportó que el Partido estaba explotando por una disputa en *Pravda*; se había publicado un artículo sin el visto bueno de la jerarquía del Partido. Aunque muchos habían visto aquel artículo, todo el mundo le estaba echando la culpa a su amigo Leonid Kovaliov, y exigían su

despido. En una larga carta con el simple saludo “Querido Iósif”, escribió:

> No te enojes conmigo, pero en serio me duele Kovaliov, pues sé del trabajo colosal que ha hecho en el periódico… Despedir a Kovaliov… es simplemente monstruoso… Kovaliov parece muerto… Sé que detestas que interfiera, pero de todos modos creo que deberías revisar este resultado totalmente injusto… No puedo quedarme indiferente ante el destino de tan buen trabajador y camarada mío… Adiós, te beso con cariño. Por favor, contéstame.[15]

Stalin le escribió cuatro días después: “¡Tatka! Recibí tu carta sobre Kovaliov… Creo que tienes razón… Obviamente, lo están usando de chivo expiatorio. Haré todo lo que pueda, si no es demasiado tarde… Extraño a mi Tatka muchas, muchas, muchas veces. Tuyo, Iósif”.[16] Stalin sí actuó a instancias de Nadia y le escribió a Sergó Ordzhonikidze, a cargo de adjudicar los casos de desobediencia a las políticas del Partido, para decirle que usar a Kovaliov de chivo expiatorio era “un método muy barato, pero incorrecto y poco bolchevique de corregir las propias faltas… Kovaliov… BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA habría permitido NUNCA que se imprimiera una línea sobre Leningrado sin la aprobación silenciosa o directa de alguien en el departamento”.[17] Finalmente despidieron a Kovaliov de *Pravda*, no como “enemigo del pueblo”, sino como “hijo descarriado del Partido”.[18]

Nadia volvió a escribir, de manera bastante lastimera: “Estoy muy contenta de que me hayas demostrado tu confianza en el asunto de Kovaliov”, e inmediatamente reportó que la academia era muy amigable. “Los logros académicos se juzgan según las reglas: ‘kulak’, el ‘centro’, el ‘pobre’. Diario nos reímos de eso. Ya me caracterizaron como derechista”, una confesión extraña para Stalin, quien pronto destruiría la llamada oposición de derecha.[19]

Claramente había cada vez más tensión entre Nadia y Stalin. Le escribió en el verano de 1930: “Este verano no sentí que te agradaría que pospusiera mi partida, sino al contrario. El último verano sí lo sentí, pero ahora no… Contéstame, si no te desagrada mucho mi carta, o si no, como quieras”.[20] Él le contestó para decirle que sus reproches eran “injustos”.[21] En octubre ella escribió: “Sin noticias de ti… Tal vez cazar perdices te tenga demasiado absorto, o tal vez sólo te dé pereza escribir”.[22] Stalin contestó con ironía: “Últimamente has comenzado a elogiarme. ¿Qué significa eso? ¿Buenas o malas noticias?”[23] Las cartas de Nadia a Stalin en Sochi solían contener reportes del hambre en Moscú, las largas filas por comida, la falta de combustible, el deterioro de la ciudad. “Moscú se ve mejor ahora, pero en algunos lugares parece una mujer que se cubrió con polvo los defectos, sobre todo tras la lluvia, cuando la pintura se corre… Una desearía que estas deficiencias algún día salieran de nuestras vidas, y la gente se sintiera de maravilla y trabajara admirablemente bien”.[24]

Para el momento de su suicidio es posible que Nadia no fuera esquizofrénica, sino que

estuviera desilusionada con la política revolucionaria de su marido. La noche de su muerte se negó a alzar su copa en el brindis de Stalin por "la destrucción de los enemigos del Estado".

Una amiga de Nadia, Irina Gogua, quien la conocía desde su infancia en Georgia, cuando los niños Allilúiev, por no tener baño en su propio departamento, iban a bañarse cada sábado a su casa, recordó cómo se comportaba Nadia en presencia de Stalin:

> [Nadia] entendía mucho. Cuando regresé [a Moscú], comprendí que sus amigos estaban arrestados en algún lugar de Siberia. Ella… exigió ver su caso. Así que entendía mucho… En presencia de Iósif parecía un fakir que se presenta descalzo en el circo y camina sobre vidrios rotos. Con una sonrisa para la audiencia y una aterradora intensidad en los ojos. Así era en presencia de Iósif, porque nunca sabía qué vendría después —qué clase de explosión—; era un canalla. La única criatura que lo suavizaba era Svetlana.

Gogua no se sorprendió cuando oyó el chisme del suicidio de Nadia. Aunque la verdad de su suicidio fuera suprimida inmediatamente, Gogua sostenía que era sabida en los organismos de seguridad. Añadió un detalle interesante a su historia: "Nadezhda tenía rasgos muy perfectos y muy hermosos. Pero aquí está la paradoja. El hecho de que fuera hermosa sólo se notó tras su muerte… En presencia de Iósif, siempre era como un fakir, siempre tensa por dentro".[25]

Tan recientemente como 2011, Alexándr Allilúiev, el hijo del hermano de Nadia, Pável, ofreció un detalle convincente en el rompecabezas del suicidio de Nadia con un pedazo de la historia que le legaron sus padres.[26]

Pável estaba en el trabajo cuando oyó la noticia de que su hermana se había suicidado. Inmediatamente llamó a su esposa, Zhenia. Le dijo que se quedara donde estaba; que ya iba a la casa. Cuando llegó, le preguntó dónde había escondido el paquete de papeles que les había dado Nadia. "En las sábanas", contestó Zhenia. "Tráelo", le dijo.

Nadia había estado planeando dejar a Stalin. Pretendía ir a Leningrado, e incluso le había preguntado a Serguéi Kírov, jefe del Partido Comunista ahí, si podía conseguirle un trabajo en la ciudad. En el paquete de papeles que dejó con su hermano supuestamente había una carta de despedida para él y su esposa.

Zhenia mantuvo en secreto la existencia de la carta durante dos décadas, y sólo le habló de su contenido a su hijo, Alexándr, en 1954, tras la muerte de Stalin. Le dijo a su hijo que Nadia había escrito que "ya no podía vivir con Stalin. Ustedes lo toman por alguien más. Pero es un Jano de dos caras. Le pasará por encima a todo el mundo, incluyéndolos a ustedes". Alexándr comentó: "Todos terminamos enterándonos de qué clase de persona era el camarada Stalin, pero en ese entonces sólo Nadia lo sabía".

Zhenia le preguntó a Pável qué deberían hacer con la carta, y él contestó: "Destrúyela". La destrucción de la carta y los documentos, por supuesto, vuelve imposible verificar la historia,

como sucede con tantas historias sobre el inescrutable Stalin.

De adulta, Svetlana siempre creyó que Nadia se había suicidado porque había concluido que no tenía escapatoria. ¿Cómo podía esconderse de Stalin? La nana de Svetlana le contó más tarde que había escuchado una conversación de Nadia con una amiga unos días antes de su suicidio.

Nadia dijo que "todo la aburría, estaba harta de todo y nada la hacía feliz". "¿Qué hay de los niños?", preguntó la amiga, incrédula. "Todo, hasta los niños", contestó Nadia.[27] Tal aburrimiento era una señal de depresión profunda, pero para su hija fue un relato difícil de escuchar. Su madre había estado "demasiado aburrida". Las reacciones de Svetlana hacia su madre siempre pendularían, irresueltas, entre idealizaciones sentimentales y un enojo amargo.

Svetlana no podía recordar cómo ni cuándo le avisaron que su madre había muerto, ni siquiera quién se lo dijo. Recordaba el funeral de Estado, que empezó a las 2:30 del 9 de noviembre. La noticia de la muerte de Nadia había sido impresionante, y cientos de miles de moscovitas querían despedirse de ella, aunque muchos escucharan su nombre por primera vez. Stalin mantenía su vida familiar muy privada.

El ataúd abierto de Nadia estuvo en la sala de asambleas de la GUM; un enorme edificio con patios interiores, que acogía oficinas gubernamentales y la tienda departamental GUM. Irina Gogua recordaba que las filas de gente afuera eran tan largas que parte del público, ignorante, se preguntaba qué estaban regalando en las tiendas.[28] Svetlana recordaba que Zina, la esposa del tío Sergó Ordzhonikidze, la tomó de la mano y la llevó al féretro, donde esperaba que besara la fría cara de su madre y se despidiera de ella. En vez de eso gritó y retrocedió.[29] Esa imagen de su madre en el ataúd se le incrustó en la mente, para nunca salir de nuevo. La sacaron corriendo de la sala.

Colección Meryle Secrest, Archivos de la Institución Hoover, Universidad de Stanford.

Los dolientes caminan junto al ataúd de Nadia durante la procesión hacia el Cementerio Novodéviche, en noviembre de 1932. Vasili es el niñito en primera fila. Svetlana no estuvo presente.

Hay varias versiones del comportamiento de Stalin en la ceremonia. En una de ellas, sollozó, y Vasili le tomó la mano y le dijo: “No llores, papá”. En otra, Mólotov, el esposo de Polina, siempre recordó la imagen de Stalin acercándose al féretro con lágrimas corriéndole por las mejillas. “Y dijo tan triste: ‘No la salvé’. Lo oí y lo recordé: ‘No la salvé’.”[30] En el recuento de Svetlana, Stalin se acercó a la caja y, repentinamente furioso, lo empujó, diciendo: “Se fue como enemiga”.[31] Le dio la espalda abruptamente al cuerpo y se fue. ¿Acaso Svetlana escuchó eso? La anécdota suena a un vituperio contra el pasado y no parece la observación de una niña de seis años en plena histeria. Tal vez fuera la historia de alguien más.

*Pravda* reportó la muerte de Nadia de forma superficial, sin explicaciones. Su suicidio era secreto de Estado, aunque todos en el *apparat* lo supieran. A los niños, junto con el público, les contaron otra historia: Nadia había muerto de peritonitis tras un ataque de apendicitis.

Pasarían 10 años antes de que Svetlana se enterara de la verdad del suicidio de su madre. Aunque esto pueda parecer sorprendente, es totalmente verosímil. El terror que Stalin había comenzado a esparcir a su alrededor infectó sobre todo a sus seres más cercanos. ¿Quién se atrevería a decirle a la hija de Stalin que su madre se había suicidado? A muchos les dispararon sólo por saber la verdad. Muy pronto se volvió “descortés” hasta mencionar el nombre de Nadia.

A Stalin claramente le impresionó la muerte de Nadia, pero la superó. Le escribió a su madre: “Los niños se inclinan ante ti. Tras la muerte de Nadia, mi vida privada ha sido muy difícil, pero un dictador siempre debe ser valiente”.[32]

Pero para los niños muy jóvenes, las cicatrices causadas por la muerte de una madre son profundas, en parte porque la muerte no es algo que sus jóvenes mentes puedan aprehender: sólo entienden el abandono. El hermano adoptivo de Svetlana, Artiom Serguéiev, recordaba la fiesta de siete años de Svetlana, cuatro meses tras la muerte de su madre. Todos llevaron regalos. Aun sin estar segura de lo que implicaba la muerte, Svetlana preguntó: “¿Qué me mandó mamá desde Alemania?”[33] Pero tenía miedo de dormir sola en la oscuridad.

Una amiga de la infancia, Marfa Peshkova, de siete años, nieta del famoso escritor Maxim Gorki, recordaba haber visitado a Svetlana tras la muerte de Nadia. Svetlana estaba jugando con sus muñecas. Había retazos de tela negra por todo el piso. Estaba tratando de vestir a sus muñecas con la tela negra y le dijo a Marfa: “Es el vestido de mamá. Mamá se murió y quiero que mis muñecas usen el vestido de mamá”.[34]

# 3

# La anfitriona y el campesino

Svetlana siempre dividió su vida en dos partes: antes y después de la muerte de su madre, cuando su mundo cambió por completo. Su padre decidió mudarse inmediatamente del Palacio Poteshny, donde la sombra de Nadia flotaba en cada rincón. Nikolái Bujarin ofreció cambiarle su departamento en la planta baja del Senado del Kremlin, también conocido como el Palacio Amarillo, donde Lenin había tenido su residencia privada. Stalin aceptó.

El departamento era largo y angosto, con techos en bóveda y cuartos oscuros; alguna vez había sido una oficina. Svetlana lo odiaba. El único objeto familiar era una fotografía de Nadia en Zubalovo, con un hermoso chal bordado; Stalin hizo que agrandaran la foto y la colgó en el comedor, sobre un aparador de tallado elaborado. Svetlana llenó su cuarto de recuerdos de su madre. La oficina de Stalin estaba en el piso de arriba, y el Politburó se reunía en el mismo edificio.

El hogar de Svetlana ahora estaba lleno de extraños vigilantes. Lo manejaban con un modelo militar, con un personal de agentes de la OGPU (la policía secreta), a quienes llamaban "personal de servicio" en vez de sirvientes. Stalin obviamente creía que el régimen cuasi militar de su hogar era apropiado. Nadie iba a consentir a sus hijos. Sin lujos, sin indulgencias. Probablemente también creyera que la seguridad era necesaria: había enemigos por doquier.

Para Svetlana, hasta la amada Zubalovo se había alterado. Cuando ella y Vasili regresaron allá tras la muerte de su madre, la devastó ver que la casa en el árbol, a la que llamaban "Robinson Crusoe", había sido desmantelada, y los columpios habían desaparecido. Por razones de seguridad, cubrieron las veredas de arena con feo asfalto negro, y desenterraron las hermosas lilas y arbustos de cerezas. Aunque la familia extendida todavía frecuentaba Zubalovo los fines de semana y el abuelo Serguéi vivía ahí la mayor parte del tiempo, Stalin volvió en pocas ocasiones a la dacha.

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

Stalin con Vasili y una Svetlana de ocho años.

La abuela Olga siguió viviendo en el Kremlin, en un pequeño departamento de otro edificio. Con sus tapetes caucásicos, su *tajta* cubierta de cojines bordados y el viejo cofre lleno de fotografías, el departamento de Olga era el único espacio hospitalario en ese extraño mundo nuevo. Cuando Svetlana iba de visita, siempre se encontraba a su abuela despotricando contra el nuevo régimen. Decía que los "empleados estatales" eran un desperdicio de dinero público. El personal contestaba que ella era "una vieja loca quisquillosa".[1]

Pronto fue claro que Stalin no tenía la menor intención de vivir en el Kremlin. Poco después de la muerte de Nadia, hizo que su arquitecto preferido, Mirón Merzhánov, le diseñara una dacha nueva en la aldea de Volýnskoie, en el distrito de Kuntsevo, a unos 24 kilómetros a las afueras de Moscú. La llamó Blízhniaia, la "dacha cercana". Se rumoraba que Stalin había elegido ese nombre por su útil vaguedad en las conversaciones telefónicas, que podrían ser espiadas por enemigos. La dacha, de 16 cuartos y pintada de verde camuflaje, estaba en el centro de un

bosque. Para acercarse a ella uno tenía que conducir por un angosto camino de asfalto y pasar por una reja de cinco metros de alto con reflectores, tras la cual había una segunda barrera de alambre de púas. Svetlana detestaba la nueva dacha de su padre. Llegó a decir que la dacha y el departamento del Kremlin siguieron apareciendo en sus pesadillas durante décadas.

Para 1934 Stalin se había mudado a su dacha de Kuntsevo. La mayoría de las tardes bajaba por las escaleras del Palacio Amarillo para cenar en el departamento del Kremlin con sus hijos. Lo acompañaban miembros de su círculo íntimo, todos hombres. Svetlana corría al comedor. Su padre la sentaba a su derecha. Mientras los hombres hablaban de negocios, ella miraba la fotografía de su madre, enmarcada sobre el aparador. Su padre se volvía hacia ella, le preguntaba por sus calificaciones y le firmaba su agenda escolar. Al final de la comida, Stalin despedía a sus hijos y continuaba sus discusiones con los miembros del Politburó hasta la madrugada. Luego partía a Kuntsevo, donde dormía. A veces subía a la planta alta con el abrigo puesto para darle a su hija durmiente un beso de buenas noches.

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

La abuela materna de Svetlana, Olga Allilúieva, en una fotografía sin fecha.

La vida en la dacha de Kuntsevo también tenía un tono militar, con comandantes y guardaespaldas. Dos cocineros, una limpiadora, choferes, vigilantes, jardineros y las mujeres que servían la mesa trabajaban por turnos. También ellos eran empleados de la OGPU. Valentina Istómina —todos, incluyendo a Svetlana, le decían Valechka de cariño— no tardó en unirse a la casa como ama de llaves personal de Stalin, y se quedó con él 18 años. Según Mólotov, había muchos rumores sin confirmar de que era su compañera de lecho.[2]

Aunque a la nana Alexandra Andréievna se le permitió quedarse con Svetlana en el departamento del Kremlin, llegó una nueva institutriz, Lidia Georgievna, en 1933. A Svetlana le desagradó inmediatamente, por regañar a su nana: "Recuerde su lugar, camarada". Svetlana, de siete años de edad, le gritó: "No te atrevas a insultar a mi nana".[3]

Con la pérdida de su madre, la devastación de Svetlana era palpable, y dirigió su necesidad de cariño hacia su padre. Pasó agosto de 1933 en Sochi, con su nana. Desde ahí le escribió a su padre, que estaba en Moscú:

> *5 de agosto de 1933*
> Hola, mi querido papochka:
> ¿Cómo estás viviendo y cómo está tu salud? Recibí tu carta y estoy contenta de que me permitas quedarme aquí y esperarte. Me preocupaba que me fuera yo a Moscú y tú vinieras a Sochi y no te volviera a ver. Querido papochka, cuando vengas no me vas a reconocer. Me bronceé mucho. Cada noche oigo el aullido de los lobos. Te espero en Sochi.
> Te mando un beso.
> *Svetanka.*[4]

Habían pasado nueve meses desde la muerte de su madre. Una niña, con miedo a la oscuridad, escucha a los lobos aullando en el bosque y le preocupa que su padre vaya a desaparecer. Tenía siete años. Esperó. Esa insaciable hambre emocional regresaría sin aviso a sabotear a Svetlana durante toda su vida.

Parece que Stalin sí era un poco consciente de las necesidades psicológicas de su joven hija. Kandid Charkviani, un escritor y político de visita a quien Stalin admiraba y promovía, describió en sus memorias lo impresionado que estuvo al descubrir que "Stalin, alguien que carecía en absoluto de sentimentalismo, expresara un cariño tan atípico hacia su hija. 'Mi Anfitrioncita', decía Stalin, y sentaba a Svetlana sobre sus piernas y le daba besos. 'Desde que perdió a su madre no he dejado de decirle que es el ama de casa', nos dijo Stalin".[5]

Stalin tenía diminutivos cariñosos para Svetlana. Era su "mariposita", su "mosquita", su "gorrioncito". Desarrolló un juego para ella, que siguieron "jugando hasta que cumplió 16 años. Cada vez que ella le pedía algo, él decía: "¿Por qué me lo pides? Da la orden y me encargaré de inmediato". La llamaba su anfitriona y le dijo que él era su secretario: ella estaba a cargo. Bajaba

de su oficina en la planta alta del Palacio Amarillo y caminaba por el pasillo, gritando: "¡Anfitriona!"

Pero seguía siendo Stalin. También le inventó una amiga imaginaria llamada Liolka. Era el doble de Svetlana, una niñita perfecta. Su padre diría que acababa de ver a Liolka y había hecho algo maravilloso, que Svetanka (el diminutivo cariñoso que usaba Stalin) debería imitar. O dibujaba a Liolka haciendo esto o aquello. En secreto, Svetlana odiaba a Liolka.

Cuando estaba en su dacha en Sochi, Stalin le escribía cartas a su hija con la letra grande de un niño, y las firmaba "Papito":

> Para mi anfitriona Svetanka:
>
> Ya no le escribes a tu papito. Creo que ya te olvidaste de él. ¿Cómo estás de salud? No estás enferma, ¿o sí? ¿Qué has hecho? ¿Has visto a Liolka? ¿Cómo están tus muñecas? Pensé que me iba a llegar una orden tuya pronto, pero no. Lástima. Estás hiriendo los sentimientos de tu papito. Olvídalo. Te mando un beso. Estoy esperando oír de ti.
>
> *Papito.*[6]

Stalin se llamaba a sí mismo el Secretario Número 1. Svetlana le escribía notas cortas al Secretario Número 1 con sus órdenes y las pegaba con tachuelas en la pared cerca del teléfono sobre su escritorio. Lo divertido era que también enviaba misivas a todos los demás "secretaritos" del Kremlin. A los ministros de gobierno, como Lázar Kaganóvich y Viacheslav Mólotov, no les quedaba más opción que seguirle el juego.

Stalin siempre pasaba varios meses cada otoño trabajando solo en su dacha sureña de Sochi; Svetlana quedaba en manos de su nana. Le escribía cartas cariñosas a su padre, pero uno puede escuchar la diligencia y la indecisión en su tono:

> *15 de septiembre de 1933*
>
> Hola, mi querido Papochka:
>
> ¿Cómo estás viviendo y cómo está tu salud? Yo llegué bien, pero mi nana se enfermó mucho en el camino. Pero ahora todo está bien. Papochka, no me extrañes, mejórate y descansa y yo trataré de estudiar con excelencia por tu felicidad…
>
> Te mando un beso profundo.
>
> *Tu Svetanka.*[7]

Las cartas que le escribía Stalin a Moscú podían ser afectuosas y juguetonas:

> *18 de abril de 1935*
>
> ¡Hola, Anfitrioncita!
>
> Te estoy mandando toronjas, mandarinas y un poco de fruta cristalizada. ¡Come y disfruta, mi Anfitrioncita!… Te reporto, camarada Anfitriona, que estuve un día en Tiflis. Fui con mi madre y le di tus

> saludos y los de Vasia. Está bien, más o menos, y les manda a los dos un beso grande. Bueno, eso es todo por ahora. Te doy un beso. Te veré pronto.[8]

Firmaba sus cartas: “Del desdichado secretario de Svetanka-anfitriona, el pobre campesino I. Stalin”.

Nikita Khrushchov recordaba a Svetlana como una niñita preciosa que “siempre iba bien vestida, con una falda ucraniana y una blusa bordada, y con su pelo rojo y sus pecas parecía “una muñeca arreglada”.

> Stalin decía: “Bueno, anfitriona, atiende a los invitados”, y ella huía a la cocina. Stalin explicaba: “Siempre que se enoja conmigo, dice: ‘Voy a la cocina a acusarte con el cocinero’. Siempre le ruego: ‘¡Perdóname! ¡Si me acusas con el cocinero, será mi fin!’ ”. Entonces Svetlanka [*sic*] decía firmemente que acusaría a su papá si volvía a hacer algo malo.[9]

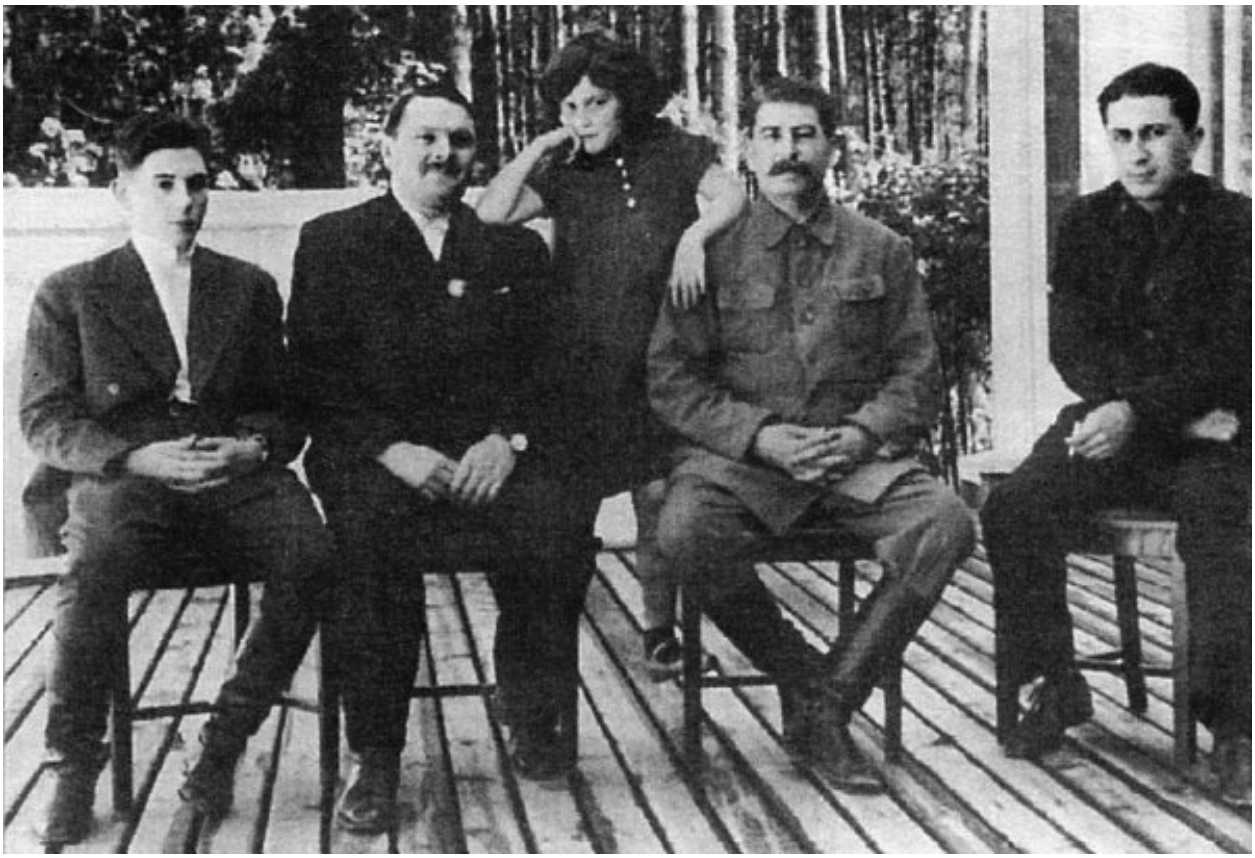
El juego de la Anfitriona y el Campesino puede haber parecido encantador, pero tenía un lado oscuro. Khrushchov sostenía que sentía lástima por la pequeña Svetlana “como la sentiría por una huérfana. Stalin era tosco y poco atento… La quería, pero… El suyo era el cariño que le tiene un gato a un ratón”.

El Kremlin tenía un pequeño cine en el sitio en el que había estado el Jardín de Invierno, conectado por pasadizos con el Senado del Kremlin. Tras la cena de dos horas usual, que terminaba a las 9:00 p.m., Svetlana le rogaba a su padre que la dejara quedarse a ver.

Stalin veía todas las películas nuevas en el Kremlin antes de que las estrenaran al público, así que las que Svetlana veía casi siempre eran rusas: *Tchapaief*, *El circo*, *Volga-Volga*. Pero a Stalin le encantaban los *westerns* estadounidenses y, sobre todo, las películas de Charlie Chaplin, que le causaban ataques de risa… excepto *El gran dictador*, que fue prohibida. Ella siempre recordó con nostalgia esos tiempos: “Ésos son los años que me dejaron con el recuerdo de que él me quería y trataba de ser un padre para mí y criarme lo mejor que pudiera. Todo eso colapsó al llegar la guerra”.[10]

Tras la muerte de su madre, diría Svetlana, su padre se convirtió en “la autoridad definitiva e incuestionable en todo para mí”. Nadie era más brillante en manipulación psicológica que Stalin, el “pobre campesino” que controlaba a su “anfitrioncita”. Svetlana pasaría toda su vida tratando de arrancar la máscara de docilidad que se había inventado para su padre. A veces lo lograba, espectacularmente, sólo para descubrir que la máscara se le escurría de vuelta sobre la cara. Se estaba formando una paradoja: era una niña que podía mangonear a los miembros más poderosos del Politburó como si fueran sus secretarios, pero también, una niñita horriblemente solitaria que aprendió a comportarse.

Aunque suela decirse que la familia se desintegró tras la muerte de Nadia, sus miembros lo refutan. Todos ellos —el abuelo Serguéi y la abuela Olga, el tío Pável y la tía Zhenia, la tía Anna y el tío Stanislav, el tío Aliosha y la tía María Svanidze— siguieron visitándolos. Durante los siguientes dos o tres años los Allilúiev y los Svanidze se mantuvieron cercanos a Stalin. Viajaban juntos a Sochi en verano, y celebraban Año Nuevo y los cumpleaños en la dacha de Kuntsevo de Stalin.[11]



Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

*Desde la izquierda*: Vasili, el futuro presidente del Soviet Supremo Andréi Zhdánov, Svetlana, Stalin, y el medio hermano de Svetlana, Yákov, en la dacha de Stalin en Sochi, *ca*. 1934.

Incluso es posible que Stalin mantuviera alguna apariencia de vínculos familiares. Cuando Svetlana tenía nueve años, hizo los arreglos para que ella, Yákov y Vasili visitaran a su madre, Keké, en Tiflis. Era 1935, dos años antes de la muerte de Keké. Aunque el palacio de Tiflis fuera espléndido, seguía viviendo como campesina en un cuarto de la planta baja. La visita no fue un éxito. Keké aterrorizaba a Svetlana. Sentada en su catre de hierro y rodeada de ancianas vestidas de negro que parecían cuervos, trató de hablarle a Svetlana en georgiano. Sólo Yákov hablaba

georgiano. Svetlana tomó los dulces que le ofreció su abuela y salió lo más pronto que pudo.

Stalin no fue a aquel viaje, aunque sí logró visitar a su madre antes de su muerte, durante su última enfermedad. Supuestamente, fue en esa visita que Keké le hizo el famoso reproche a su hijo. Le preguntó: "¿Iósif, quién eres exactamente ahora?" Stalin contestó: "¿Se acuerda del zar? Bueno, soy como un zar". Keké respondió: "Qué lástima que nunca fuiste sacerdote". Svetlana reportó que su padre siempre contaba esa conversación "con deleite".[12]

Svetlana ahora asistía a la Escuela Modelo 25 en la calle Staropimenovski, en el centro de Moscú. Su hermano Vasili, en ese entonces de 12 años de edad y en quinto grado en la menos rigurosa Escuela 20, fue transferido a la Escuela Modelo 25 con ella. De lunes a viernes a las 7:45 a.m. una limusina del Kremlin dejaba a Svetlana y a Vasili en la Plaza Pushkin. Caminaban la corta distancia a la escuela, cruzaban las enormes puertas de roble y subían las escaleras al segundo piso, donde los retratos de su padre y de Lenin estaban colgados en el muro del imponente rellano.

Los años escolares de Svetlana coincidieron con el culto a la personalidad. La imagen de Stalin aparecía en todos lados y comenzó a recibir elogios en pomposos epítetos que iban del Gran Timonel al Mejor Amigo de la Mujer Soviética. Su parienta María Svanidze insistía en que no era vanidad personal. Según ella, Stalin sostenía que "el pueblo necesita un zar, es decir, alguien ante quien puedan inclinarse y en cuyo nombre puedan vivir y trabajar".[13] Esa excusa no es totalmente convincente, aunque parecería que el astuto cálculo político del impacto de la propaganda, tanto como la megalomanía, sí motivó el culto a la personalidad de Stalin. En todo caso, Svetlana subía las escaleras para encontrarse con el rostro de su padre cada mañana.

Colección Meryle Secrest, Archivos de la Institución Hoover, Universidad de Stanford; cortesía de Chrese Evans.

Svetlana en su salón en la Escuela Modelo 25 en Moscú, sentada en el tercer pupitre de la segunda fila, en 1935.

La Escuela Modelo 25 no era una escuela ordinaria. Tal como la describió un ex pupilo, era "la escuela a la que iban los hijos de los peces gordos".[14] Había palmas y limoneros salpicando los pasillos, y manteles blancos en las mesas de la cafetería. Los estudiantes incluían a los hijos de los famosos y los poderosos: los hijos de actores, escritores, un explorador del Ártico, un ingeniero aeronáutico, miembros del Comité Ejecutivo del Comintern y el Politburó, y otros altos funcionarios del gobierno. Había muchas limusinas.

La Escuela Modelo 25 era un liceo soviético con estándares educativos muy altos. Para 1937 su biblioteca, con su estandarte esplendente, SIN CONOCIMIENTO NO HAY COMUNISMO, tenía 12 000 volúmenes y suscripciones a 40 revistas y periódicos. Junto a la biblioteca había una sala silenciosa en la que los niños jugaban dominó, croquet de mesa y ajedrez.

La escuela tenía clubes de teatro, baile de salón, literatura, fotografía, modelaje de aviones y automóviles, radio y electrónica, paracaidismo y ajedrez. El club de box y el de atletismo entrenaban en las calles adyacentes. Había competencias deportivas, un equipo de tiro y torneos de voleibol. Tenían un doctor y un dentista residentes. Los niños iban de excursión a la famosa Galería Tretiakov de Moscú y a la finca de Tolstói, y sus vacaciones eran en sanatorios en el Mar Negro. Incluso mientras el tren cruzaba la Ucrania asolada por la hambruna de camino a sus campamentos de verano en Crimea, a principios de los treinta, y aunque las plataformas de las estaciones estaban abarrotadas de gente hambrienta mendigando comida, los estudiantes permanecieron bajo el hechizo de su escuela. Sus maestros no discutían la hambruna.

La Escuela Modelo 25 era tratada como un "escaparate del socialismo", y miles, extranjeros incluidos, llegaban de visita. Reporteros y fotógrafos seguían su estela. El cantante estadounidense Paul Robeson inscribió a su hijo ahí en 1936, aunque con un nombre falso. Pero había escuelas fuera de Moscú que los extranjeros no visitaban, escuelas en las que, a principios de los años treinta, los estudiantes no tenían papel (escribían notas en los márgenes de los libros viejos) y las plumas estaban racionadas. Debido a la escasez de pupitres, las clases se impartían por turnos. Las escuelas cerraban por falta de leña o de querosén para las lámparas. Fuera de la capital, la devastación de la colectivización forzada y los ataques contra los kuláks, que provocaron una hambruna general, implicaban que usualmente hasta 40% de los estudiantes renunciara. Muchos de ellos habían muerto.[15]

En 1929 Andréi Búbnov, comisario de la Ilustración y jefe del Departamento de Agitación y Propaganda del Partido Comunista (Agitprop), llamó a todas las escuelas "a sumergirse en una guerra de clases para la transformación de la economía y la sociedad soviéticas". Se esperaba que estudiantes y maestros de la Escuela Modelo 25 internalizaran el credo estalinista: "Respetar la obediencia, jerarquía y autoridad institucionalizada; creer en la razón, optimismo y progreso;

reconocer la posible transformación de la naturaleza, sociedad y seres humanos, y aceptar la necesidad de la violencia".[16]

A todos los niños soviéticos los entrenaban comunistas. Primero eran octubristas, luego pioneros, luego komsomoles. Uno se convertía en octubrista en primer año, el 7 de noviembre (octubre en el antiguo calendario juliano), Día de la Revolución. Todos recibían una estrella roja con un círculo blanco en el que estaba la cabeza del bebé Lenin.

Uno se convertía en pionero en tercer año. Los niños recibían paliacates triangulares rojos que tenían que usar diario. También recibían pines de pioneros con el lema: ¡SIEMPRE LISTOS! Svetlana usó con orgullo su uniforme de pionera y marchó entusiasmada con el contingente de la Escuela Modelo 25 en los desfiles anuales del Día del Trabajo en la Plaza Roja. "Lenin era nuestro ícono; Marx y Engels, nuestros apóstoles; sus palabras eran la verdad del Evangelio", diría en retrospectiva.[17] Y ni hay que decir que su padre tenía razón en todo, "sin excepción".

Es interesante comparar la reputación de los hijos de Stalin en la escuela: eran polarmente opuestos. La mayoría de los compañeros de Vasili lo recordaban como un niño divertido y revoltoso que todo el tiempo estaba en problemas. A su amigo más cercano le decían Granjerito (Koljóznik): la familia del chico acababa de migrar del campo y su madre fregaba los pisos de la escuela.

Vasili era famoso por sus bromas. Alguna vez había habido una iglesia junto a la Escuela Modelo 25 y los montículos de las tumbas todavía eran visibles en su cementerio abandonado. Una de las correrías preferidas de Vasili era colarse al cementerio con sus amigos para desenterrar huesos.[18] Y ya era conocido por malhablado. Cuando los maestros lo regañaban, decía que sería mejor "si recordaran de quién soy hijo".

Hubo un momento divertido cuando interrumpió a propósito una película que les estaban mostrando a maestros visitantes y sus instructores gritaron: "Stalin, fuera". Todos se congelaron hasta que vieron al diminuto Vasili salir a trancos. Cada vez que trataba de intimidar a la administración y a los maestros con su nombre, le mandaban reportes a Stalin, quien había dado instrucciones firmes de que trataran a sus hijos igual que a todos los demás.

Sólo Svetlana parecía haber medido el costo que implicó para Vasili el suicidio de su madre cuando apenas tenía 11 años. Creía que la desaparición de Nadia de sus vidas había destruido por completo a su hermano. Comenzó a beber a los 13, y cuando estaba ebrio solía dirigir su veneno hacia su hermana. Cuando su lenguaje sucio y sus crudas historias sexuales se volvían demasiado explícitas, Yákov, su medio hermano, intervenía para defenderla. Más tarde le diría a varios entrevistadores: "Mi hermano me brindó una temprana educación sexual del tipo más sucio".[19] No profundizó, pero está claro que mantenía a Vasili a una distancia segura.

Decía que había descubierto que quería a su hermano hasta que murió. En 1937 Vasili por fin

fue transferido a la Escuela Especial 2 de Moscú, donde siguió aprovechando su nombre, negándose a hacer la tarea, tirando cervatanazos en clase, silbando, cantando y saliéndose del salón. Pero en su nueva escuela los administradores trataron de encubrir sus faltas e incluso le permitieron saltarse sus exámenes finales. Al maestro alemán que trató de reprobarlo lo amenazaron con despedirlo. Incluso cuando un exasperado Stalin ordenó que llevaran una "agenda secreta" de su conducta, los altos funcionarios lo protegían. También hay un rumor mucho más oscuro unido a su nombre. Vasili quizás haya "provocado el arresto de los padres de un chico que lo venció en una competencia de atletismo".[20]

En 1938 el chico de 17 años fue enviado a la Escuela de Aviación Militar Kachinsk, donde Stalin creía que encontraría la disciplina que necesitaba, pero de nuevo exigió y recibió privilegios especiales. Vasili estaba aprendiendo el poder del nombre de su padre, lo que finalmente resultaría en su perdición.

Mientras tanto, Svetlana llevaba su agenda diligentemente a casa, con un historial de su trabajo académico y su conducta. Durante la cena en el Palacio Amarillo, su padre la examinaba y la firmaba, como se requería que lo hicieran los padres atentos. Estaba orgulloso de ella. Era una niñita buena. Su adoctrinamiento estaba claro en las palabras que registró como estudiante de tercer año en un testamento que celebraba los logros de Nina Groza, la administradora de la escuela: " 'Bajo su dirigencia nuestra escuela ha entrado en las filas de las mejores escuelas de la Unión Soviética'. Svetlana Stalina".[21] Svetlana se había convertido en uno de los pequeños "guerreros del comunismo".

Hasta cumplir los 16 años, como muchos de sus compañeros, Svetlana siguió siendo una comunista idealista, que aceptaba sin pensarlo la ideología del Partido. En retrospectiva, le impresionaría cómo esa ideología exigía la censura de todo pensamiento privado y llevó a la hipnosis masiva de millones. La llamaba "la mentalidad de los esclavos". Vasili aprendió a manipular cínicamente el sistema, que, por su misma naturaleza, favorecía la corrupción. No tardó en comprender que la mejor forma de avanzar era traicionando a alguien más.

# 4

# El Terror

El 6 de diciembre de 1934, dos años tras la muerte de su madre, Svetlana, de ocho años, estaba en la Sala de las Columnas, asistiendo al funeral de Estado de Serguéi Kírov. Era uno de sus "tíos" favoritos, con el que había jugado a la Anfitriona. Tan sólo unos días antes, el clan extendido de los Stalin había asistido a una comedia llamada *La resaca tras el festín* en el Teatro Maly, y luego su padre los había invitado a todos a cenar en Kuntsevo. El tío Serguéi les había mandado *snetki* (pejerreyes) de Leningrado. Ahora el tío Serguéi también estaba muerto. "No me gustaba esa cosa llamada Muerte. Me aterraba… Desarrollé un miedo a los lugares oscuros, habitaciones oscuras, profundidades oscuras", le diría Svetlana más tarde a un amigo.[1]

El 1º de diciembre, a las 4:30 p.m., Serguéi Kírov, secretario del Partido en Leningrado, fue asesinado en el corredor de su oficina, en el Instituto Smolny, cuartel general del Partido Comunista local. El asesino de Kírov, Leonid Nikoláiev, había entrado descaradamente al edificio para dispararle. Según los reportes iniciales de la NKVD, el móvil de Nikoláiev fue vengarse de la relación adúltera de Kírov con su esposa, pero no tardó en anunciarse que Nikoláiev era miembro de una organización terrorista contrarrevolucionaria que conspiraba para derrocar al gobierno. A finales de diciembre, Nikoláiev, junto a 14 coacusados, fue enjuiciado y ejecutado.

Los Kírov, los Stalin, los Allilúiev y los Svanidze estuvieron juntos en la austera Sala de las Columnas. En su diario privado, más tarde confiscado por la policía secreta, María Svanidze describió la escena:

> La sala estaba bien iluminada, decorada con pesados estandartes de felpa que llegaban al techo… En el centro… yacía… un ataúd muy simple de algodón rojo con juncos… la cara [de Kírov] era verdiamarilla, con la nariz afilada, los labios herméticamente cerrados, con líneas profundas en frente y mejillas, con las comisuras enroscadas hacia abajo en un doloroso silencio. Podía verse una gran mancha azul que iba de la sien izquierda al pómulo izquierdo. En torno al ataúd había muchas coronas fúnebres con listones inscritos por las organizaciones.

Cortesía de RGASPI (Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política), fondo 558, inventario 11, doc. 1653, p. 23.

Celebración del cumpleaños de Stalin en la dacha Blízhniaia, el 21 de diciembre de 1934. *Fila superior, desde la izquierda*: Anna Redens, Dora Khazán (esposa del miembro del Politburó Andréi Andréiev), Yekaterina Voroshílova (esposa del oficial militar soviético Klíment Voroshílov). *Fila del centro, desde la izquierda*: María Svanidze, María Kaganóvich (esposa de Lázar Kaganóvich, el *Lobo del Kremlin*), Sashiko Svanidze, Stalin, Polina Mólotov (esposa de Viacheslav Mólotov, protegido de Stalin), Klíment Voroshílov (el "tío Voroshílov" de Svetlana). *Fila inferior, desde la izquierda*: Anna Eliava (esposa de Gueorgui Eliava, un prominente científico georgiano), Zhenia Allilúieva (esposa del cuñado de Stalin) y Dmitri Manuilski (diputado soviético) y su esposa.

A las 11 de la noche aparecieron los dirigentes, precedidos por Stalin.

> Iósif sube al estrado y se dirige al ataúd, su cara está contrita de dolor, besa la frente del difunto Serguéi Mirónovich. Todo esto nos atraviesa el alma, sabemos lo cercanos que eran, y todos en la sala sollozamos. Puedo escuchar a través de mis sollozos los sollozos de los hombres a mi alrededor.[2]

María registró que inmediatamente después de recibir la noticia de la muerte de Kírov, el hermano de Nadia, Pável, visitó a Stalin en su dacha. Sentado con la cabeza entre las manos, Stalin aulló: "Ahora sí estoy huérfano". Pável se conmovió tanto que corrió de inmediato a abrazar y a besar a su cuñado.

Pero Stalin no estaba en su dacha. La escena del cariño de Pável quizás haya ocurrido varios días después. En lugar de eso, Stalin estaba en su oficina del Kremlin. Tan pronto como le llegó la noticia del asesinato, a las 5:00 p.m., un Stalin mucho menos sensiblero reunió a su Politburó y a Guénrij Yagoda, jefe de la NKVD, para que dispusiera un tren nocturno a Leningrado.

Probablemente esa noche esbozara la Ley del 1º de Diciembre, “que indica a la policía y a las cortes que traten los casos de terrorismo sin demora, rechacen las apelaciones y ejecuten sentencias de muerte inmediatamente después de la condena”.[3] Al simplificar así las reglas de la investigación, durante los siguientes tres años lo que había comenzado como la expulsión de contrarrevolucionarios del Partido se convertiría en represión masiva.

Algunos creían que Stalin había ordenado el asesinato. Kírov era demasiado popular y estaba a favor de desacelerar la política estalinista de la industrialización veloz. Hay poca evidencia que apoye esta teoría, pero sí es cierto que el asesinato de Kírov le brindó un inicio importante y necesario al subsecuente Gran Terror, en el que cientos de miles desaparecieron en “operativos masivos”.

Como consecuencia de la colectivización y la deskulakización (campaña soviética de represión política, incluyendo deportaciones y ejecuciones, de supuestos campesinos ricos) la OGPU (la policía secreta, renombrada NKVD en 1934) ya había extendido sus tentáculos a todos los niveles de la sociedad, para cazar enemigos de clase. La intervención de llamadas, la vigilancia, la presión de informantes, el encarcelamiento en confinamiento solitario, las confesiones obtenidas por tortura… todo eso se volvió la norma. La información comprometedora mutaba como virus, e implicaba a cientos de miles.

En 1935 y 1936, cuando estaban en marcha los arrestos masivos, se desató la histeria colectiva. En el cenit del Gran Terror, durante “tan sólo 17 meses entre 1937 y 1938, arrestaron a 1.7 millones de personas, fusilaron a más de 700 000 de ellas y mandaron a otras 300 000 a 400 000 al severo exilio de Siberia, Kazajistán y otros lugares lejanos”. Para 1938, como resultado de la represión perpetrada por la NKVD, la población carcelaria del Gulag había crecido a dos millones.[4]

Como niña de 11 años, Svetlana no podía entender nada de eso, pero comenzó a sentir personalmente el impacto de ese nuevo clima de terror cuando regresó de sus vacaciones en Sochi al terminar el verano de 1937. Carolina Til, el ama de llaves alemana que llevaba 10 años con la familia, había sido despedida por poco fiable.[5] La lugarteniente Alexandra Nakashidze apareció en su lugar. Nakashidze había reorganizado por completo el cuarto de Svetlana: sacó todos los muebles de su madre y vació su armario de recuerdos infantiles. Las pocas cosas atesoradas que la ataban a su madre —una caja esmaltada con dragones, un minúsculo vaso y algunas copas— habían desaparecido. Cuando Svetlana le pidió a su nana que se quejara por la pérdida, su nana replicó que no había nada que hacer: todo le pertenecía al Estado.[6]

Nakashidze trabajaba para las Fuerzas de Seguridad del Estado de la NKVD. Una joven de

menos de 30 años era inhábil como ama de llaves, pero ser ama de llaves no era su función. Se suponía que se acercara a Svetlana y a su hermano Vasili para escrutar a sus amigos y conocidos.

A partir de aquel otoño de 1937 a Svetlana le asignaron un guardaespaldas llamado Iván Krivenko, un hombre amargado y amarillento que le desagradó de inmediato. La seguía a todos lados: a la escuela, al teatro, a las clases de música. Un día lo descubrió esculcando su mochila y leyendo su diario.

En la escuela se encontró con un nuevo régimen. Se le prohibió usar el guardarropa común; tenía que colgar su abrigo en un pequeño cuarto junto a la oficina de la escuela. Ya no se le permitía comer con los demás estudiantes. Ahora comía un almuerzo traído de casa en un pequeño rincón separado con biombos del comedor, bajo el escrutinio de un oficial de la NKVD, lo que la sonrojaba de vergüenza.

Luego hubo problemas con Misha, uno de sus amigos más cercanos. Pelirrojo y pecoso como Svetlana, Misha era un lector apasionado al que conocía desde los ocho años. A los dos les encantaba saquear las extensas bibliotecas de sus padres y discutir los libros que encontraban. Como chicos de 11 años, compartían una pasión por Maupassant y estaban locamente absortos en Julio Verne y en los cuentos de indios del autor estadounidense James Fenimore Cooper. En la escuela se pasaban pequeñas notas de amor en papel secante y hablaban por teléfono casi diario. Entonces los padres de Misha, que trabajaban para editoriales estatales, fueron arrestados. La institutriz de Svetlana le llevó sus notitas de amor al director de la escuela e insistió en que transfirieran a Misha a otro salón. Claramente Misha era una influencia peligrosa, con sus padres "poco fiables", y la amistad se eliminó. Pasarían 19 años antes de que se encontraran de nuevo. [7]

Desde los primeros días de la Revolución, la ideología bolchevique había formado una tradición de identificar a "enemigos del pueblo" y "elementos antisoviéticos". Los juicios falsos y la falsificación de evidencia casi habían sido comunes y corrientes desde la Guerra Civil. La gente estaba entrenada para creer en conspiraciones contra el gran experimento soviético. Tras los dos grandes juicios falsos diseñados por Stalin en agosto de 1936 y enero de 1937, en los que la mayoría de las víctimas era de la vieja guardia del Partido Bolchevique, la tía de Svetlana, María Svanidze, escribió en su diario secreto:

> *17 de marzo de 1937:*
> Mi alma arde de enojo y odio, su muerte no me satisface. Deberían torturarlos, quemarlos vivos por todos sus actos malvados. Vendepatrias, parásitos del Partido. ¡Y tantos! Ay, querían arruinar nuestra sociedad, querían arruinar todas las victorias de la Revolución, matar a nuestros esposos, a nuestros hijos…
>
> Desaparición sin fin de personas con grandes nombres, que por años fueron nuestros héroes, tuvieron grandes cargos, confiábamos en ellos y los recompensamos muchas veces; resultaron ser nuestros enemigos, traidores del pueblo, vendidos… ¿Cómo pudimos no ver todo esto?[8]

María Svanidze creyó en su culpabilidad hasta que la arrestaron a ella.

El 21 de diciembre María y Alexándr Svanidze fueron los primeros parientes de Svetlana que se llevó la NKVD.

Según Anastás Mikoián, Alexándr Svanidze era como un hermano para Stalin. Fue vicepresidente de la mesa del Banco Estatal de la URSS en 1937 y había hecho trabajo sensible para Stalin en Alemania durante varios años. En abril Stalin le ordenó a Nikolái Yézhov, el nuevo jefe de la NKVD (el jefe anterior, Guénrij Yagoda, estaba esperando su ejecución), que comenzara la purga del personal del Banco Estatal.

Pável y Zhenia Allilúiev habían organizado una fiesta para estrenar su departamento. Fue un evento festivo y elegante. María y Alexándr habían asistido y luego regresado a su propia residencia. Tras la medianoche, el hijo de los Svanidze, Johnik, así llamado por John Reed, el famoso autor estadounidense de *Diez días que sacudieron al mundo*, tocó el timbre de Pável y Zhenia. "Arrestaron a mamá y papá —gimió—. Se la llevaron con su hermosa ropa puesta."[9] También arrestaron a la hermana de Alexándr, Mariko, y al hermano de María. Johnik, el compañero de juegos de Svetlana desde Zubalovo, no tardó en desaparecer también.

Para Svetlana era inconcebible que el tío Aliosha y la tía María fueran "enemigos del pueblo". Creía que eran "víctimas de algún terrible malentendido, que 'ni siquiera padre en persona' podía desenmarañar".[10] Todos en la familia se asustaron y trataron de mandarle mensajes a Stalin por medio de Svetlana. Cuando se los entregaba, Stalin decía: "¿Por qué repites todo como tambor vacío?" Le ordenó que dejara de "abogar".

Alexándr Allilúiev, el hijo de Pável y Zhenia, cuenta cómo María Svanidze logró contrabandearle una carta a su madre desde la cárcel. La carta estaba escrita en una camisa: "Zhenia, no puedes imaginarte lo que está pasando aquí. Estoy segura de que Stalin no sabe de esto. Te pido un favor. Házselo saber". Sin decirle a su esposo, Zhenia mecanografió la carta de María y se la llevó a Stalin. La respuesta de Stalin fue fría y medida: "Zhenia, te pido que nunca me traigas una carta así otra vez".

Ese verano de 1938 el tío Pável visitaba con frecuencia el departamento del Kremlin, con la esperanza de interceder a favor de los Svanidze. Se sentaba desalentado en el cuarto de Svetlana o de Vasili, suspirando profundamente mientras esperaba a Stalin. Alexándr explicó su futilidad: "Por aterrador que suene, la gente estaba dividida en categorías. No podías interceder por aquellos para los que Stalin había hecho arreglos en persona".[11]

No tardó en comenzar una purga en el ejército. Pável era subjefe de la División de Tanques Blindados. El 1º de diciembre, cuando Pável regresó de sus vacaciones en Sochi y fue a su oficina, descubrió que habían arrestado a la mayoría de sus colegas en la División de Tanques.

Le dio un infarto ahí mismo.

La NKVD llamó a su mujer, Zhenia, para preguntarle qué le había dado de desayunar a su esposo. Cuando Zhenia llegó al hospital, Pável ya estaba muerto. Todos se quedaron aterrados mientras Zhenia le arrancaba la ropa a su marido. Estaba buscando hoyos de bala. Su esposo le había dicho: "Si vienen por mí, voy a darme un tiro yo mismo".[12]

De hecho, Pável ya había tenido algunos infartos. Se trataba de una muerte natural, si era natural que un hombre sucumbiera ante la aterradora presión de una época tan brutal. En su procesión fúnebre pusieron el cuerpo de Pável en un armón de artillería, y los dolientes se dirigieron al Cementerio Novodéviche. Aunque Stalin sí le habló a Zhenia para ofrecerle sus condolencias, no asistió; dijo que sería fácil organizar su asesinato en un funeral. En retrospectiva, el hijo de Pável, Alexándr, sentía que "era una excusa fácil".

Otros miembros de la familia trataron de rogarle a Stalin que protegiera a sus parientes. El abuelo Serguéi esperaba durante horas en el sofá del departamento del Kremlin hasta que Stalin llegaba de madrugada. Stalin corría a su antiguo protector burlándose de él. "Así que vino a verme. Exacto. Exacto", repetía Stalin, imitando la manera de hablar que siempre usaba el abuelo Serguéi.[13]

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

La familia Allilúiev-Redens en 1937. *Última fila, de izquierda a derecha:* Pável Allilúiev (tío materno de Svetlana); Tatiana Moskaliova (la nana); Stanislav Redens (cuñado de Stalin) con su hijo Vladímir en brazos; la esposa de Stanislav, Anna

Allilúieva Redens. *Al frente, de izquierda a derecha*: los primos maternos de Svetlana, Serguéi (hijo de Pável Allilúiev) y Leonid (hijo de Stanislav Redens).

La abuela Olga estaba furiosa con su yerno: “No pasa nada que él no sepa”. Olga tenía razón: Stalin lo sabía todo. En su dacha de Kuntsevo o en su jardín en Sochi pasaba horas en su terraza trabajando con sus papeles, pluma azul en mano. Tenía 383 “álbumes” que le había dado el jefe de la NKVD, Yézhov, y que contenían los nombres de 44 000 víctimas propuestas. Stalin tachaba los nombres de los condenados y palomeaba los de los perdonados. A pesar de lo que debió de haber sido una carga de trabajo onerosa para el *vozhd*, Stalin encontraba tiempo para esta tarea. [14]

Stanislav Redens, el esposo de la hermana de Nadia, Anna, fue arrestado poco después de la muerte de Pável. El 19 de noviembre Redens regresó de Kazajistán, donde había estado fungiendo como comisario del pueblo para asuntos internos. Svetlana conocía a un tío Stanislav entusiasta, lleno de vida y amable con los niños. No conocía a la figura pública. Como jefe del OGPU en Ucrania había participado en las purgas de principios de la década de 1930, pero ahora, como alto funcionario de la NKVD, él mismo era un objetivo. Arrestaron a Redens el 22 de noviembre. Como otros cientos de miles, fue víctima de la violencia en la que alguna vez había participado.

Aparentemente, Stalin en persona arregló que la tía Anna visitara a su marido en la Cárcel de Lefórtovo para ofrecerle su garantía personal de libertad y seguridad para sus hijos si confesaba sus crímenes contrarrevolucionarios. Stanislav mandó a Anna de vuelta, tras decirle que no se podía confiar en una promesa de Stalin. Stalin aprobó la ejecución de su cuñado el 12 de febrero de 1940.[15]

Nada les pasó a Anna ni a sus hijos. Incluso les permitieron quedarse con su departamento en el complejo gubernamental llamado la Casa del Embarcadero; era una concesión inusual para las esposas de funcionarios en desgracia. Sin embargo, a Anna y a sus hijos les prohibieron visitar a Svetlana y a Vasili en el Kremlin, aunque sí les permitieron verlos en Zubalovo.

En 1939 la NKVD también trató de deshacerse de la nana de Svetlana. Los agentes le reportaron a Stalin que Alexandra Andréievna había estado casada con un empleado de la policía zarista antes de la Revolución y por lo tanto era “poco fiable”. Cuando se enteró de “la conspiración” para deshacerse de su nana, Svetlana se puso histérica y le rogó a su padre que interviniera. Casi se sorprende cuando él se enojó y acalló a la policía secreta. “Mi padre no soportaba las lágrimas”, dijo. Debió de haberlo conmovido: probablemente habría sido cierto que él no podía soportar las lágrimas de su hija.[16]

Un día de escuela, en 1940, Svetlana se percató de que su amiga Galia estaba llorando. Cuando le preguntó qué pasaba, Galia le contestó que habían arrestado a su padre la noche

anterior. Su madre le había pedido a Galia que le diera a Svetlana una carta para Stalin. En la cena de esa noche, Svetlana le dio la carta en presencia de sus colegas del Politburó y le rogó que hiciera algo. Stalin se enojó y replicó: "La NKVD nunca se equivoca". Svetlana comenzó a llorar y dijo: "Pero yo quiero a Galia". Stalin contestó secamente: "A veces te ves forzado a ir en contra hasta de tus seres queridos".[17]

Tras discutir el caso con sus compañeros de cena, incluyendo a Mólotov, Stalin reprendió a Svetlana largamente, advirtiéndole que nunca más sirviera de buzón para cartas de súplica de sus amigos de la escuela. Pero su ruego funcionó. Tras unos días, el padre de Galia fue liberado de prisión y volvió a casa. Ahora, sin embargo, Svetlana entendía algo: "La vida de un hombre dependía por completo de la palabra de mi padre".[18]

Una atmósfera de miedo inundó la Escuela Modelo 25, donde estaba en curso una campaña propagandística que promovía la "vigilancia". Había advertencias de espías y agitadores antisoviéticos que escribían en tinta invisible, se pasaban notas secretas y las quemaban.

Aunque parece que no encarcelaron ni mataron a ninguno de los maestros ni administrativos de Svetlana, los padres de algunos de sus compañeros no tuvieron tanta suerte. Sin embargo, mientras uno de sus padres evitara el arresto, se les permitía a los niños quedarse en la escuela. Todo era horriblemente confuso e imposible de penetrar. Un pupilo explicó el arresto de su padre diciendo: "Creo en la inocencia de mi padre, pero los órganos de seguridad no se equivocan. Así que deben haberlo engañado para convertirlo en instrumento de nuestros enemigos".[19]

Pero en general nadie hablaba de lo que estaba pasando. Svetlana recordaba: "Todo era como si cargáramos con el lastre de una desgracia".[20] Los niños seguían trabajando lo mejor que podían, aunque ella siempre sabía cuándo había ocurrido un arresto. Le ordenaban al director que sacara al niño de su salón por ser una influencia potencialmente peligrosa de "elementos poco fiables".

Fotografía de Sovfoto/uig vía Getty Images.

Una joven Svetlana sentada en las piernas de Lavrenti Beria, el infame jefe de la NKVD, mientras su padre trabaja en el fondo, en una fotografía tomada en 1935 o 1936.

Claro que Svetlana, de 14 años de edad, no le encontraba más sentido a estas tragedias que los demás. Ya adulta, las explicaría así: “Tuvieron que pasar muchos años antes de que todo lo que había pasado, no sólo en nuestra familia, sino en todo el país, pudiera emparejarse en mi mente con el nombre de mi padre, antes de que pudiera darme cuenta de que todo lo había hecho él”. [21] Sus palabras “emparejarse en mi mente” están cargadas del terror de esa revelación.

Sobre sus parientes perdidos, sin embargo, podía escribir con nostalgia concentrada. “Formaban un círculo que brotó alrededor de mi madre y desapareció poco después de su muerte, al principio no tan rápido, pero final e irrevocablemente.”[22] Llegó a creer que si su madre estuviera viva, no habría aceptado lo que pasaba. En sus momentos más oscuros, Svetlana creía que también su madre habría sido una víctima inevitable de su padre.

En esa etapa es probable que Stalin no apuntara a propósito contra miembros de su familia; simplemente se rehusaba a salvarlos. Tuvieron la mala fortuna de moverse en los círculos de poder que se traslapaban con los designados para la liquidación. Habían jugado el juego del poder y el privilegio, y habían perdido. Y le dieron a Stalin la coartada perfecta: podía negar que

él estuviera dirigiendo las purgas. Podía decir: “No soy yo. También está pasando en mi familia”.

Uno de los dispositivos de toda dictadura es la seudolegalidad del sistema judicial bajo el cual se cometen los crímenes más grotescos. Tras el arresto de María y Alexándr Svanidze, en diciembre de 1937, siguió una “investigación” exhaustiva de la NKVD, que duró tres años y medio. Acusado de “participación activa en un grupo nacionalista georgiano”, “organización antisoviética de derecha” y “conspirar contra la vida de L. Beria”, el 23 de enero de 1941, bajo órdenes personales de Beria, A. S. Svanidze murió fusilado.

Su esposa, María Onissimovna Svanidze, acusada de “esconder las actividades antisoviéticas de su esposo” y “hablar abiertamente en contra de uno de los dirigentes del PCUS y el gobierno soviético/Beria”, fue ejecutada el 3 de marzo de 1942. Ese mismo día fusilaron a la hermana de A. S. Svanidze, Mariko Svanidze.

En 1955, tras la muerte de Stalin, A. I. Mikoián ordenó un reporte especial sobre el caso de María y Alexándr Svanidze. El 6 de enero de 1956 el procurador militar, V. Zhabin, informó a Mikoián que “tras protestas del magistrado a cargo de la investigación, se abandonó el caso de A. S. Svanidze y M. O. Svanidze por ausencia de crimen”.[23] El fraseo es convulso. Lo que significaba es que el caso contra los Svanidze por traición continuó mucho tiempo después de su ejecución. Pero ahora podían “rehabilitarlos” póstumamente, porque no habían cometido ningún crimen.

# 5

# El círculo de secretos y mentiras

Para Svetlana éstos fueron “años de aniquilación constante de todo lo que mi madre había creado, de eliminación sistemática de su mismo espíritu”.[1] La gente a la que Svetlana había querido y que le había dado una infancia segura había desaparecido, y ella no sabía por qué. Un muro de silencio rodeaba las cosas demasiado peligrosas como para hablar de ellas. Cuando Svetlana le preguntó a su abuela qué les había pasado a sus parientes, Olga dijo: “Sólo es algo que pasó. Fue el destino”. Su nana le aconsejó: “No preguntes”.[2]

La familia encontró formas de disimular el horror y seguir adelante, por medio de la negación o replegándose en mitos consoladores. Aunque Stalin le dijo personalmente a Anna Redens que habían ejecutado a su esposo, Stanislav, ella siempre insistió en que había escapado a Siberia. La familia siguió pasando fines de semana en Zubalovo. Los jóvenes esquiaban o caminaban por el bosque, siempre con un guardaespaldas a rastras. A los 14 años Svetlana estaba ansiosa por afirmar su independencia.

Le escribió a su padre sugiriendo que ya no era una niña: “Hola, mi querido padre, ya no esperaré más órdenes tuyas. Ya no soy una chiquilla como para divertirme con eso”.[3] Unas semanas después, escribió de nuevo. Extrañamente, era como si hubiera asumido la voz exigente y coqueta de su madre, Nadia. Tal vez fuera la única forma de atraer la atención de Stalin.

> *22 de agosto de 1940*
> Mi querido, querido Papochka,
>
> ¿Cómo estás viviendo? ¿Cómo está tu salud? ¿Nos extrañas a mí y a Vasia [Vasili]? No. Papochka, te extraño horriblemente. Sigo esperándote y sigues sin venir. Siento con “mi hígado” que estás tratando de engañarme otra vez —me refiero a una falta de alegría— y no hay directiva y no vienes. Ay, yai, yai…
>
> Ahora con geografía es un desastre otra vez. Como ya se añadieron cinco repúblicas más, hay más territorio, más población y hay un mayor número de espacios industriales, pero nuestro libro de texto es de 1938, y como tenemos sobre todo la geografía económica de la URSS, hay muchas cosas que faltan en el libro de texto… También hay mucha mierda… OK. Te mando un beso profundo, mi querido Papochka. Hasta que nos veamos de nuevo.
>
> Tuya,
>
> *Svetlana.*[4]

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

Svetlana, a los 11 años, con el paliacate del grupo soviético juvenil Jóvenes Pioneros.

¿Cómo habrá reaccionado Stalin a que su hija bocona de 14 años criticara su libro de texto y dijera que era pura mierda? No es sorpresa que Stalin fuera misógino. Una vez, Svetlana escuchó a su padre y a Vasili hablando de mujeres. Vasili dijo que prefería una mujer con la que pudiera conversar. “Mi padre soltó una carcajada: ‘¡Mírenlo, así que quiere una mujer con ideas! ¡Ja! Ya nos conocemos a ésas: arenques con ideas, piel y hueso’”.[5] ¿Estaría hablando de su madre? El comentario le caló tan hondo que nunca lo olvidó.

Svetlana se estaba convirtiendo en una joven inteligente. En la escuela le encantaba la literatura y valoraba lo exótico. Su recuerdo preferido de Zubalovo eran las dos yurtas que hubo instaladas en el jardín durante su adolescencia. Su tío Aliosha Svanidze, ahora muerto, las había traído de un viaje que había hecho a Guangxi, en China. De pubertos, ella y sus cuatro primos —Leonid, Alexándr, Serguéi y Vladímir— se sentaban en aquellas extrañas viviendas y se

imaginaban a sus habitantes.

Las yurtas eran estructuras redondas hechas de tiras de madera, con paredes aisladas con fieltro estampado y pisos cubiertos de gruesas alfombras de fieltro. En cada yurta había un Buda sentado en una caja de madera sobre un cofrecito rojo. La modesta sonrisa del Buda y su misterioso tercer ojo cautivaban a Svetlana. Era el primer ícono de un dios que había visto en su vida. Medio siglo después aún podía describirle esas yurtas con precisión a un amigo.[6]

La fascinación de Svetlana por otras culturas está implícita aquí, pero su padre no compartía su curiosidad. Stalin detestaba viajar; no tenía un verdadero interés por otras culturas y, una vez en el poder, sólo salió de la Unión Soviética dos veces, para las conferencias de paz con los Aliados. A Svetlana nunca se le permitió viajar fuera del marco de Sochi y Moscú. Cumpliría 29 años (con su padre muerto) antes de visitar Leningrado. Aunque ésa era la norma para los ciudadanos soviéticos, significaba privar a una mente joven y curiosa.

Cuando Svetlana tenía 15 años, las yurtas desaparecieron, junto con todo su mundo, de un solo golpe.

La Segunda Guerra Mundial llegó de pronto, aunque no sin advertencia, a la Unión Soviética. El 22 de junio de 1941, a las 4:00 a.m., Stalin, que estaba dormido en el sofá de su dacha de Kuntsevo, se despertó por una llamada de su jefe de personal, el mariscal Gueorgui Zhúkov, para informarle que aviones alemanes estaban bombardeando Kiev, Vilna, Sebastopol, Odesa y otras ciudades. Un total de 147 divisiones alemanas habían cruzado la frontera y ya estaban avanzando a marcha forzada por Ucrania.[7]

Durante meses Stalin había recibido reportes de las agencias de inteligencia británica y soviética de que Hitler estaba planeando lanzar una invasión, con el nombre clave Operación Barbarroja, el 22 de junio. Según Stepán Mikoián, incluso habían vuelto a advertirle a Stalin esa misma medianoche. En presencia del padre de Mikoián y de varios miembros más del Politburó, le informaron a Stalin que acababan de aprehender a un soldado alemán desertor que sostenía que el ataque llegaría por la mañana. Pero como explicó el hijo de Mikoián: “La actitud de Stalin hacia la información de la inteligencia reflejaba su desconfianza extrema. Era de la opinión de que todos eran capaces de engaño o traición”. Cuando sus agentes en el campo le mandaban “reportes alarmantes”, Stalin ordenaba que los trajeran de vuelta y los deportaran a los campamentos para “volverlos polvo”.[8]

Stalin insistía en que Hitler respetaría el pacto de no agresión que los dos líderes habían firmado en 1939. La URSS no *provocaría* una guerra. En privado, sabía que el ejército soviético no estaba listo: sus purgas de las fuerzas armadas habían calado demasiado hondo. Ahora el

frente era anárquico, las tropas rusas estaban en fuga y Stalin tenía la culpa. Hitler había sido desastrosamente más hábil que él.

El 29 de junio, cuando los alemanes rodearon a 400 000 tropas defensoras rusas y tomaron la ciudad de Minsk, en Belarús —con lo que se regalaron una ruta directa a Moscú—, Stalin se subió al carro que lo esperaba afuera del Kremlin y se volvió hacia sus camaradas. "Todo está perdido —dijo—. Lenin nos dejó un gran legado, pero nosotros, sus herederos, lo cagamos por nuestros culos."[9] Soltó improperios durante todo el camino a Kuntsevo y anunció su renuncia. Durante dos días Stalin se mantuvo en silencio en su dacha. Hubo rumores de una crisis nerviosa, pero es poco probable. Es más convincente la idea de que Stalin estuviera probando a sus camaradas para ver si su dirigencia sobreviviría a la crisis.[10]

Un contingente de ministros asustados, incluyendo a Beria, Mikoián y Mólotov, fue a Kuntsevo a pedirle que regresara a trabajar como jefe de un nuevo "supergabinete de guerra". No podían imaginar organizar la guerra sin Stalin. Anastás Mikoián explicó: "El solo nombre de Stalin era una gran fuerza para levantar la moral del pueblo".

El 3 de julio, Stalin se dirigió a la nación con su nuevo título, comandante supremo, y declaró que el conflicto inminente sería la Gran Guerra Patriótica. Exhortó al pueblo a "unir fuerzas en torno del Partido de Lenin y Stalin". Stalin ahora era algo más, una idea; ya no sólo él mismo. Advirtió que, en este "despiadado conflicto", todos los "cobardes, desertores y creadores de pánico" serían aplastados sin compasión.[11]

Al ver hacia atrás desde su adultez, Svetlana diría que su padre se negó a admitir que Hitler lo había engañado. "Se consideraba a sí mismo infalible… su talento político, sin igual." Cuando terminó la guerra, Svetlana recordaba su hábito de decir constantemente: "¡Ech, junto a los alemanes habríamos sido invencibles!" Y luego añadía: "¿Así que creyeron que podían engañar a Stalin? ¡Sólo míralos, al que trataron de engañar era al mismísimo Stalin!" Svetlana siempre se impresionaba cuando su padre hablaba de sí mismo en tercera persona; siempre le maravilló que nunca se le ocurriera que "podía engañarse a sí mismo".[12]

Incluso mientras intentaba controlar el desastre de la guerra, Stalin tomó medidas para proteger a su hija. Le pidió a su cuñada, Zhenia, que se llevara a la familia a su dacha en Sochi. "La guerra será larga —le dijo—. Se derramará mucha sangre… Por favor, llévate a Svetlana al sur."[13]

Sorprendentemente, Zhenia se negó, alegando que debía alcanzar a su esposo (se había casado de prisa tras la muerte de Pável) y salvaguardar a sus propios hijos. Nadie le decía que no a Stalin. Nunca olvidaba ni perdonaba una sola traición, y esperaría años para cobrar su venganza, como lo descubriría Zhenia.

Stalin acudió luego a la hermana de Nadia, Anna. Ésta se abrió paso por las turbas de miles de

evacuados que trataban desesperadamente de salir de Moscú, y logró meter a la ansiosa tropita de parientes de Stalin en un tren en dirección al sur, al Mar Negro. Anna y sus dos hijos; sus padres, Serguéi y Olga; la esposa de Yákov, Yulia, y su hija Gulia, y Svetlana y su nana se apretujaron escandalizados en un compartimiento privado. El 23 de junio, un día después de la invasión alemana, Stalin mandó a sus hijos, Yákov y Vasili, y a su hijo adoptivo, Artiom, al frente.

La familia pasó el verano en Sochi. Marfa Peshkova, amiga de Svetlana, también había evacuado Sochi y visitó la dacha de Stalin una mañana. Svetlana entró al cuarto con aire consternado y, según reportó Marfa, dijo: "Tuve un sueño muy raro anoche. Es como si viera un gran nido en un árbol. Había un águila en el nido, con crías al lado. Y de pronto el águila toma a una de las crías y la arroja fuera del nido. La cría cae y muere". Y entonces Svetlana lloró. "¿Sabes? Algo horrible le pasó a Yasha [el apodo familiar de su hermano Yákov]." Su último adiós había sido por teléfono, justo antes de partir al frente.[14]

No mucho después de su sueño, Svetlana contestó el teléfono y oyó la voz de su padre del otro lado. Preguntó por Yákov y Stalin contestó: "Yasha fue tomado prisionero". Antes de que tuviera tiempo de responder, añadió: "No le digan nada a su esposa por el momento". Yulia estaba sentada, ansiosa, en un sofá cercano, escrutando el rostro de Svetlana. Ésta pensó que su padre estaba siendo atento y le susurró a Yulia: "Él tampoco sabe nada".[15] No pudo soportar decirle la verdad.

Svetlana quedó devastada por la llamada de su padre. En los últimos años se había acercado mucho a su medio hermano. Aunque fuera 19 años mayor que ella, estudiaban juntos en la *bania* que Stalin había instalado en Zubalovo, extendían sus cobijas entre las fragantes ramas de abedul y se acurrucaban con sus libros.

La relación de Stalin con su hijo mayor siempre había sido mala. Según la familia, acosaba a Yákov sin tregua, lo llamaba blando y despreciable. Stalin desaprobó el primer matrimonio de Yákov, y el chico de 22 años, desesperado, trató de darse un tiro, pero la bala sólo rozó su pecho. Stalin le escribió a Nadia desde Sochi: "Infórmale a Yákov de mi parte que actuó como vándalo, aplicó chantaje y no tengo nada más en común con él".[16] Yákov se fue a Leningrado y no volvió a ver a su padre en ocho años, pero Svetlana siempre lo defendió. "La amabilidad y compostura de Yákov irritaban a mi padre, quien fue volátil e impetuoso hasta sus últimos años."[17]

Tras la muerte trágica de su primogénito, el matrimonio de Yákov terminó en divorcio. Tal vez para reconciliarse con su padre, abandonó su carrera como ingeniero y entró a la Academia Militar Frunze de Moscú, en 1935. En 1936 se casó con Yulia Meltzer. Otra vez, Stalin no dio su aprobación. Según Svetlana, fue porque Yulia era judía, y a su padre "nunca le agradaron los judíos, aunque en esos tiempos no era tan descarado al expresar su odio hacia ellos como

después de la guerra”.[18] Su hija, Gulia, nació en 1938. Los veranos antes de la guerra iban a Zubalovo, donde Yákov, que todavía buscaba aprobación desesperadamente, trataba de agraciarse con su padre.

A principios de septiembre Sochi ya no era un refugio seguro, y la familia volvió a Moscú. La desolación de la guerra ya era palpable. Desde las ventanas del departamento del Kremlin Svetlana podía ver un enorme hoyo en la esquina del Edificio del Arsenal, enfrente, donde había caído una bomba alemana. Vasili estaba en el departamento y se había caído de la cama cuando las ventanas reventaron.[19] Svetlana se aterró al descubrir que había caído una bomba en la Escuela Modelo 25. Claro que ya había sido evacuada. Había equipos de construcción levantando apresuradamente un refugio antibombas dentro del metro para el gabinete de guerra.

Tras su llegada, Stalin le explicó a Svetlana que habría nuevos planes: “La hija de Yasha puede quedarse contigo un tiempo. Pero parece que su esposa es deshonesta. Tendremos que ver eso”. Svetlana estaba estupefacta y no tenía idea de qué hablaba su padre. ¿Cómo podía ser deshonesta Yulia?

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

Yákov con su hija, Gulia, 1939.

Yulia fue arrestada y encarcelada en Lubianka. ¿Sería posible que otra parienta fuera a desaparecer así? Cuando ocurrió la última ola de arrestos familiares, en 1938, Svetlana tenía 12 años. Ahora tenía 15, pero de todos modos no entendía. ¿Quién le estaba haciendo eso a su familia?

El 16 de agosto Stalin promulgó la Orden 270, que condenaba a quienes se rindieran o fueran capturados como "traidores a la patria". Las esposas de los oficiales capturados debían ser arrestadas y encarceladas.[20] Yákov era un traidor: Yulia debía ser arrestada. No habría excepciones con el hijo de Stalin.

Mientras tanto, la pobre Yulia estaba en confinamiento solitario en las oscuras entrañas de la temible Lubianka. La "investigación" tardaría un año y medio. Cuando los alemanes avanzaron, la transfirieron a una prisión en Engels, en el Volga.[21] Cuando por fin la liberaron, en la primavera de 1943, su hija de cinco años, Gulia, no la reconoció y tuvieron que animarla a que se acercara a su madre. Nunca le dieron una explicación del encarcelamiento a Yulia. Simplemente le dijeron que estaba libre. Jamás volvió a hablarle a Stalin.

Las noticias de lo que realmente le había pasado a Yákov se filtraron lentamente. Llegó un reporte de Iván Sapeguin, comandante del 303º Regimiento de Artillería Ligera. Cuando rodearon y arrasaron a la división blindada de Yákov en Vitebsk, Belarús, el 12 de julio de 1941, el comandante de división huyó del campo de batalla, pero Yákov quedó separado de su unidad y fue tomado prisionero.

El mando alemán inmediatamente le informó a Stalin por cable de la captura de su hijo y la usó con fines propagandísticos. Tiraron panfletos con una fotografía de Yákov en uniforme, sin cinturón ni charreteras y rodeado de oficiales alemanes sobre las tropas soviéticas; decían que si el hijo de Stalin se había rendido, la resistencia contra el ejército alemán era inútil.[22]

Yákov languideció en varios campos de prisioneros hasta la primavera de 1943, cuando, tras su desastrosa derrota en la Batalla de Stalingrado, los alemanes trataron de intercambiarlo por el mariscal de campo Friedrich Paulus. Stalin rechazó el intercambio de prisioneros. Esa primavera Yákov fue ejecutado o se suicidó; nunca se supo qué ocurrió. Pasarían varios años antes de que Svetlana conociera el destino de su hermano. En eso estaba igual que millones de sus compatriotas soviéticos.

Colección Meryle Secrest, Archivos de la Institución Hoover, Universidad de Stanford.

Yákov fungió como oficial de artillería del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial y fue capturado por los alemanes el 16 de julio de 1941.

Con los alemanes a la puerta de Moscú y la inminente invasión de la ciudad, Kúibyshev, al sureste, fue elegida como capital alterna. A principios de octubre de 1941 el personal gubernamental, las misiones diplomáticas extranjeras y las instituciones culturales comenzaron una evacuación apresurada. El cuerpo momificado de Lenin ya había sido sacado de su mausoleo y enviado en un tren secreto a Tiumén, en Siberia.

Mientras Moscú se llenaba del humo de las fogatas de archivos quemados, empacaron las pertenencias de la familia Stalin en una camioneta. La mayor parte de la familia ya estaba en Kúibyshev, pero todavía no estaba claro si Stalin también evacuaría, aunque se suponía que sí lo haría. La dacha de Kuntsevo estaba plagada de trampas y había un tren secreto listo para transportar a Stalin en un apartadero.

En Kúibyshev vaciaron de sus exhibiciones a un pequeño museo local en la Calle de los Pioneros y lo pintaron para alojar a la familia Stalin, junto con guardaespaldas, cocineros y meseros. La nana de Svetlana fue con ella, al igual que Mijaíl Klímov, su “perro guardián de la policía secreta”, como lo llamaba. La joven esposa de Vasili, Galina (se habían casado en 1940, cuando Vasili tenía 19 años), también estaba ahí. Aunque la abuela Olga sí fue, el abuelo Serguéi

decidió que regresaría a Tbilisi y pasaría la mayor parte de la guerra en Georgia. A instancias de Svetlana, pronto le permitieron a la bebé de Yákov, Gulia, que se les uniera.

Stalin prefirió quedarse a dirigir la guerra en Moscú. Svetlana le escribió a su padre desde Kúibyshev el 19 de septiembre de 1941.

> Mi querido Papochka, mi querida felicidad. Hola.
>
> ¿Cómo estás viviendo, mi querido secretario? Yo estoy bien aquí…
>
> Sólo te extraño… Si me lo permites, puedo ir en avión allá por dos o tres días…
>
> No me gusta mucho la ciudad… Hay mucha, y no sé por qué, gente ciega… Una de cada cinco personas es discapacitada. Muchos pobres y niños de la calle. A Kúibyshev, durante la guerra, mucha gente llegó de Moscú, Leningrado, Kiev, Odesa y otras ciudades, y los locales tratan a los forasteros con un enojo que no esconden…
>
> Y ahora Hitler va a venir y bombardear este lugar… ¿Papá, por qué los alemanes siguen y siguen viniendo? ¿Cuándo los van a patear por fin en la nuca? A fin de cuentas, no podemos renunciar a todas nuestras zonas industriales.
>
> Papá, te tengo una petición más. La hija de Yasha [Yákov], Galechka [Gulia], está ahora mismo en Sochi… Me gustaría mucho que me trajeran a Galechka aquí. Ahora no tiene a nadie…
>
> Te mando muchos muchos besos de nuevo.
>
> *Svetanka.*[23]

La Svetlana quinceañera era primero petulante, luego rogona, después ingenua y, por fin, generosa. Era una hija que temía por su padre tan lejos y en peligro, una hija con expectativas: debían llevarla a verlo en avión. El 28 de octubre Stalin le dio permiso de viajar a Moscú. Fue el día en que bombardearon el Teatro Bolshói, los edificios universitarios en la calle Mojovaia y el edificio del Comité Central en Staraia Ploshchad (Plaza Vieja). Encontró a su padre en su refugio antibombas, al que se llegaba por un elevador que descendía 30 metros en la tierra. Los comisarios habían replicado exactamente sus habitaciones de Kuntsevo. Las líneas telefónicas serpenteaban por los cuartos. Stalin estaba en contacto constante con el frente. Svetlana, por supuesto, estorbaba.

Mientras que millones de personas morían de hambre en las ciudades sitiadas, la vida en Kúibyshev casi siempre tenía una normalidad extraña, surreal. Los músicos evacuados de Moscú formaron una orquesta filarmónica, y había conciertos. La Séptima Sinfonía de Shostakóvich se estrenó en Kúibyshev y la transmitieron por todo el mundo. La guerra tenía una presencia sombría. Los centros de salud y la mayor parte de los hospitales de la ciudad se convirtieron en hospitales de base conforme llegaban los heridos con lesiones devastadoras.

Habían construido un cine hechizo en el ex museo, junto a la cocina, y ahí todos veían los noticieros del frente. Los camarógrafos estaban en las trincheras y acompañaban a los tanques en su avance. Svetlana miró batallas a las afueras de Moscú. Pronto perdió su ingenuidad respecto

del sentido de la guerra.

Esa primavera en Kúibyshev, Svetlana hizo un descubrimiento devastador, que declararía que destrozó su vida. Su padre le había indicado que siguiera con sus habilidades de inglés ahora que la Gran Bretaña y Estados Unidos eran aliados de Rusia, así que había comenzado a leer cualquier revista inglesa o estadounidense que le cayera en las manos. Leía *Life*, *Fortune*, *Time* y el *Ilustrated London News*. Un día de esa primavera (acababa de cumplir 16 años) se topó con un artículo sobre su padre. Mencionaba, "no como noticia, sino como hecho conocido por todos", que su esposa, Nadezhda Serguéievna Allilúieva, se había matado la noche del 8 de noviembre de 1932".[24]

El impacto de la revelación le detuvo el corazón. Svetlana corrió con su abuela, artículo en mano, y exigió saber si su madre se había suicidado y por qué se lo habían escondido. Olga contestó que sí, que era verdad. Nadia tenía una pistola. Había sido un regalo de Pável. Olga no dejaba de repetir: "¿Quién lo habría pensado?"

Marfa Peshkova recordaba que Svetlana le había mostrado la revista con el artículo. "Lo recuerdo muy bien. Me mostró una fotografía. Era una fotografía de su madre en el ataúd. Ella nunca lo había visto. Y en algún lugar… no estaba segura de la muerte de su madre. Se rumoraba que había muerto de apendicitis, de una operación fallida o algo por el estilo. Para ella fue impactante."[25]

Cuando Svetlana leyó el artículo, no quiso creerlo, pero su abuela lo confirmó. Su madre se había matado. Sólo ella, su hija, parecía no saberlo. Su enojo ante la traición de su madre debió haber sido profundo. Y dirigió ese enojo hacia su padre. Sabía cómo podía ser. Lo había visto volverse malvado y hasta brutal. Estaba segura de que había sido su crueldad lo que empujó a su madre al suicidio. Entonces comenzó a cambiar su fidelidad a la memoria de su madre, pero como todos los huérfanos de los suicidas, necesitaría décadas para perdonar a Nadia por abandonarla.

Las cosas que habían sido misteriosas antes se volvieron claras de pronto. Cuando su padre le dijo por teléfono: "No le digan nada a Yulia por el momento", no había sido por atento. Era por suspicaz. La sola idea de que Yulia y Yákov traicionaran a su país era inconcebible. Svetlana comenzó el lento proceso de percatarse de que su padre era capaz de condenar a gente inocente a prisión, e incluso a muerte.

Al mirar hacia atrás, diría: "Todo el asunto casi me volvió loca. Algo en mí se destruyó. Ya no era capaz de obedecer las órdenes y la voluntad de mi padre, ni admitir sus opiniones sin chistar".[26] Ésa es la voz de una adulta, pero seguramente la confusión adolescente de Svetlana fue abrumadora. ¿Qué era más devastador: su creencia en que su padre era responsable de la muerte de su madre o su descubrimiento de que su madre no la había querido lo suficiente para

no matarse?

En todos lados —en casa, en la escuela— su padre era el líder sabio, veraz. El nombre de Stalin estaba unido a la victoria de la guerra. Era el gran Stalin. Sólo él podía salvar a Rusia. Dudar de él era *blasfemia*. Pero Svetlana había comenzado a dudar.

# 6

## Una historia de amor

En enero de 1942 el Ejército Rojo había alejado a la Wehrmacht de las puertas de Moscú. Los restos esqueléticos de los tanques alemanes yacían como cáscaras quemadas afuera de la ciudad. Hitler había calculado demasiado mal la astucia de las tácticas de defensa rusas y la brutalidad de su invierno. Se estima que un millón de rusos, militares y civiles, murieron, pero Stalin ganó la batalla por Moscú. En junio, Svetlana y su comitiva obtuvieron permiso para regresar a Moscú. El otoño anterior un incendio casi había destruido la dacha de Zubalovo; la familia se mudó al ala superviviente. Para octubre habían construido en el casco una fea casa nueva, pintada de verde militar.

Svetlana no vio a su padre hasta agosto, cuando la citaron a la dacha de Kuntsevo para asistir a una cena en honor de Churchill. El primer ministro británico voló a Moscú para consultar la estrategia aliada. Las noticias que traía Churchill no eran buenas. No habría un segundo frente aliado para distraer a Hitler de su asalto contra la URSS en un buen rato.

Svetlana no tenía idea de por qué la habían convocado a esa cena. Su padre le había prohibido cualquier interacción con extranjeros, y nunca la incluyeron en los círculos diplomáticos. Cuando se la presentó a Churhill y dijo que era pelirroja, éste comentó que él también había sido pelirrojo, pero, agitando el puro sobre su calva, dijo: “Mírame ahora”. Fue demasiado tímida para responder. No pasó mucho tiempo antes de que su padre la besara y le dijera que se fuera. Al reflexionar sobre ese extraño momento mucho tiempo después, Svetlana concluyó que su padre había estado actuando para Churchill, mostrándole lo encantadora que era su vida doméstica.[1]

Svetlana todavía era una colegiala en décimo año. Estaba leyendo a Schiller, Goethe, Gorki, Chéjov, y a los poetas Maiakovski y Yesenin. Le encantaba Dostoievski, aunque su padre hubiera prohibido sus libros. Lentamente se estaba convirtiendo en una joven de mentalidad independiente. Pero según su amiga Marfa Peshkova, Stalin cada vez aprobaba menos a su hija adolescente. Si usaba una falda arriba de las rodillas, shorts, o calcetines en vez de calcetas, se enfurecía: “¡Qué es esto! ¿Andas por ahí desnuda?” Le ordenó que usara *sharovary* (pantalones

abombados que se recogen en los tobillos) y le mandó a hacer un vestido que le cubriera las piernas.[2] Sus reprimendas solían hacer llorar a Svetlana, pero ella era terca y llevó su rebeldía con astucia. Le subió lentamente el dobladillo a su vestido, hasta que otra vez estuvo arriba de las rodillas. Sabía que su padre estaba demasiado ocupado para darse cuenta.

Colección Meryle Secrest, Archivos de la Institución Hoover, Universidad de Stanford; cortesía de Chrese Evans.

Svetlana, a los 16 años.

En el otoño de 1942 entró una nueva estudiante a la Escuela Modelo 25: Olga Ríkina. Olga tenía antecedentes inusuales para esa escuela de élite. Venía de una familia judía pobre que vivía en un departamento comunal de una habitación, compartido con otras dos familias. En junio de 1941 evacuaron a su familia a Prenza, y Olga perdió un año escolar antes de volver a Moscú. La Escuela Modelo 25 tenía un lugar especial para niños así. La inscribieron y la mandaron a vivir con su abuela.

Los recuerdos escolares de Olga fueron sobre todo infelices. Aunque los maestros nunca trataban diferente a los estudiantes pobres, los demás chicos la hacían consciente de su

inferioridad. Al mirar atrás, diría: “Sólo una persona, que aparentemente tendría la mayor razón para ser engreída… era una verdadera ‘personalidad’, no atada a su posición. Era Svetlana Stálina”.[3]

No tardaron en convertirse en compañeras de pupitre. Después de la escuela daban largas caminatas por el río Moskova, aunque casi siempre se interrumpían cuando Svetlana decía de pronto: “No puedo llegar tarde. Mi papá va a venir. No lo he visto en dos semanas”. Olga tenía la impresión de que, como la mayoría de la gente, Svetlana pensaba en su padre como el “gran Stalin, pero no exactamente como un padre”.[4]

En la escuela, Svetlana no se pavoneaba por ser hija de Stalin. A menudo se quejaba de que los demás estudiantes la vieran como si fuera una “iniciada” y tuviera acceso a información secreta. Pero le aseguraba a Olga: “Yo no sé nada, ni me importa”. Odió a la maestra que le hizo escribir listas de todo lo que tenía el nombre de su padre: la montaña en Perm, Stalingrado en el Volga, el coche ZiS (Závod imeni Stálina, Fábrica en Nombre de Stalin). Olga recordaba: “Pobre Svetlana. Tenía tantas ganas de ser igual a los demás. Recuerdo que una vez le pisó el pie a un joven y [éste] la llamó ‘vaca zanahoria’: hasta irradiaba alegría”.

Un indicio de su estatus, sin embargo, era que Svetlana tenía a su guardaespaldas, Mijaíl Klímov, quien la había acompañado en la evacuación a Kúibyshev. La mayoría de los hijos de la élite tenía guardaespaldas; los Mólotov tenían tres. Los guardaespaldas tenían su propio cuarto junto al guardarropa de la escuela, donde pasaban el día. Olga y Svetlana tocaban el piano e iban con frecuencia al conservatorio a escuchar música de sus compositores preferidos: Bach, Mozart, Chaikovski o Prokófiev. Klímov compraba los boletos. Si había música de violín en el programa, se quejaba: “Vamos a aserrar madera otra vez”, y se sentaba detrás de ella, temblando.[5] Svetlana declaraba haberle agarrado cariño a Klímov, pero era desconcertante traer siempre a alguien haciéndole sombra.

Tras su regreso a Moscú, Svetlana pasaba mucho de su tiempo en la dacha de Zubalovo, mientras que su padre, preocupado por la guerra, casi siempre estaba en su búnker, resguardado con su Politburó. Su hermano Vasili también vivía en Zubalovo con su esposa, Galina. Ahora de 21 años, Vasili se había graduado del Instituto de Aviación Lípetsk. Se convirtió en capitán en octubre de 1941. Para febrero de 1942 ya lo habían ascendido a coronel. Su amigo Stepán Mikoián, herido y en el hospital, recordó su sorpresa cuando Vasili lo visitó en Kúibyshev con su uniforme de coronel. Según Mikoián, Vasili le explicó más tarde que su padre se lo había llevado aparte y le había dicho que no quería que volara. Ya habían perdido a muchos hijos de la élite: al hermano de Mikoián, al hijo de Khrushchov, al héroe de guerra Timur Frunze. Nombraron a Vasili jefe del Mando de Inspección de la Fuerza Aérea, para mantenerlo en tierra. Sólo voló en una o, a lo mucho, dos misiones de combate. Aunque Stalin solía ser estricto y grosero con

Vasili, Stepán Mikoián creía que de hecho quería a su hijo. Vasili no tardó en tener una oficina elegante en Moscú, en la Calle Pirogov.[6]

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

El hijo menor de Stalin, Vasili, era coronel de la Fuerza Aérea del Ejército Rojo cuando le tomaron esta foto en 1943.

Vasili se rodeó de colegas pilotos y los trataba como cortesanos. Le gustaba agasajarlos en Aragvi, su restaurante georgiano preferido, donde la comida era espléndida aunque la guerra rugiera y siguieran bombardeando Moscú.

Colección privada de Stepán Mikoián; cortesía de Stepán Mikoián.

Svetlana con su amigo Stepán Mikoián, el hijo del añejo funcionario soviético Anastás Mikoián, en 1942.

Aquel otoño, Vasili convirtió Zubalovo en una casa de fiesta para sus amigos. La mayoría de los invitados de alguna manera estaban involucrados con la guerra: pilotos que volaban en misiones de bombardeo; cineastas que filmaban en el frente, casi siempre desde dentro de las trincheras o con cámaras montadas en tanques; escritores que trabajaban como periodistas para cubrir el conflicto. Las veladas tenían una pomposidad hemingwayesca. Todos iban a ver películas al pequeño cine privado de la dacha y a escuchar las tonadas de jazz estadounidense que sonaban constantemente en el reproductor. Había largas noches de borrachera con gente bailando *fox-trot.* Para muchos, el duro filo de la muerte enmarcaba el momento con una intensidad desconocida en tiempos de paz.

Vasili insistía en que su hermana fuera a las fiestas. Svetlana más bien observaba la bacanal desde los márgenes. Las amigas que asistían, como Marfa Peshkova, se percataron de que de pronto se había convertido en una joven atractiva, aunque aún pareciera encerrada en su tormento privado. A veces las fiestas se salían de control. Una vez, cuando Vasili estaba muy borracho,

insistió en que su esposa embarazada contara un chiste. Como ésta se negó, la golpeó, aunque por suerte cayó en un sofá. Enfurecida, Svetlana corrió a su hermano de la casa junto con sus amigos ebrios. Pero las fiestas continuaron.[7]

Svetlana suponía que nadie la notaba, pero había atraído la atención de Alexéi Yakovlévich Kápler. El judío Kápler, entonces de 38 años, era uno de los guionistas más famosos de la URSS. Era autor de las películas épicas *Lenin en octubre* y *Lenin en 1918*, y en 1941 ganó el prestigioso Premio Stalin. Kápler supuestamente estaba trabajando con Vasili en una película sobre pilotos de la fuerza aérea, aunque pasaban las noches bebiendo y nunca hicieron el filme. Kápler estaba en el círculo íntimo de la cabeza de Estado: mejor amigo del hijo del dictador, quien era salvaje y estrafalario. Era algo embriagador. Obviamente era un hombre al que le encantaba tomar riesgos. Aunque era casado, él y su esposa estaban separados, para su angustia, y estaba solo.

Dominio público.

Una fotografía sin fecha del joven Alexéi Kápler, probablemente una de las 200 robadas del escritorio de Svetlana por el agente de la KGB Victor Louis.

Una noche, el grupo de Zubalovo fue invitado a un preestreno en la Calle Gnezdnikovski, y Svetlana terminó hablando de películas con Kápler. Todos esos años de ver películas en el

Kremlin con su padre rindieron frutos. Kápler estaba intrigado. Al describirle su impresión a un periodista, años después, Kápler dijo que lo había sorprendido. Svetlana no era como las demás chicas del séquito de Vasili. No era lo que esperaba. Lo cautivaron "su gracia e inteligencia… la manera en la que le hablaba a la gente a su alrededor, y la crítica que hacía de varios aspectos de la vida soviética; a lo que me refiero en realidad es a su libertad interior".[8] Sus "juicios" eran "aventurados, y sus modales, poco pretenciosos". No estaba acicalada como las demás mujeres con sus atuendos preciosos, que se pavoneaban para llamar la atención. Usaba "ropa práctica y bien hecha".

El 8 de noviembre organizaron una fiesta en Zubalovo para celebrar el aniversario de la Revolución. Para sorpresa de Svetlana, Kápler la sacó a bailar. Se sintió incómoda y torpe. Era tan joven. Él le preguntó por qué parecía triste y por el precioso broche que traía puesto, un toque decorativo en su austero atuendo. ¿Sería un regalo?, se preguntaba. Svetlana le explicó que había sido de su madre y que ese día era el décimo aniversario de su muerte, aunque nadie más parecía acordarse de ese suceso ni darle importancia.[9] Mientras la abrazaba, ella le soltó su vida. Habló de su infancia y de las pérdidas que había sufrido, aunque no platicó mucho acerca de su padre. Kápler entendió que "algo parecía separarlos".

Encantador, atrevido, culto, experimentado, Kápler era irresistible para una chica idealista de 16 años. Y parecía sentirse igual de atraído hacia ella.

Le llevó libros prohibidos, incluyendo *Por quién doblan las campanas*, de Hemingway. Se había apropiado de una traducción rusa que circulaba en privado entre amigos. La novela había sido prohibida oficialmente: el retrato de Hemingway del sanguinario comisario comunista que dirigía las purgas de trotskistas en la Guerra Civil española era muy revelador.

La pareja buscaba pretextos para estar juntos. Claro que sus reuniones tenían que mantenerse ocultas de Stalin. Kápler esperaba a Svetlana afuera de su Escuela Modelo, acechando, avergonzado, en la vereda. Caminaban por el bosque, él con la mano de ella en el bolsillo, o paseaban por las calles moscovitas durante los apagones, o iban a la Galería Tretiakov, que no tenía calefacción, y deambulaban por las salas durante horas. Asistían a proyecciones privadas en el Club de Artistas del Cine y al Ministerio de Cinematografía en la Calle Gnezdnikovski. Se encontraban en el Bolshói y eran más felices cuando tenían la oportunidad de caminar por el vestíbulo durante la presentación.[10]

Mijaíl Klímov, el guardaespaldas de Svetlana, siempre estaba unos pasos detrás de ellos. Kápler hasta disfrutaba su compañía y le ofrecía un cigarro de vez en cuando. Svetlana sentía que Klímov era amable e incluso compadecía su "vida absurda". Tal vez pensaran que no los

traicionaría, pero de hecho Klímov estaba aterrado por su relación creciente. Sabía que Stalin tenía intervenido el teléfono de su hija, que abría su correspondencia y que los agentes de la NKGB le mandaban reportes diarios de todas sus actividades. (La NKGB [Comisariado del Pueblo para la Seguridad del Estado] fue renombrada MGB [Ministerio para la Seguridad del Estado] en 1946.)

Después de todo, ¿qué estaban haciendo? Con su guardia constantemente pisándoles los talones, no podían ser nunca amantes físicos, y eso cargaba su relación de una desesperación romántica. Ella creía que Kápler era "la persona más lista, más amable, más inteligente de la Tierra". Para él, ella era una Lolita brillante, una niña con ansias de aprender del mundo. Era tan espantosamente solitaria, "rodeada y oprimida por una atmósfera digna de un dios". "Sveta realmente me necesitaba", diría Kápler.[11]

Los amantes disfrutaron sus pequeños engaños sin preocuparse. Los amigos de Kápler le decían Liusia (que suena a nombre de mujer). Svetlana iba al departamento de su abuela en el Kremlin para hablarle a Kápler. La abuela Olga siempre creyó que hablaba con una amiga.

Kápler no tardó en irse con el encargo de cubrir la guerrilla en Belarús, uno de los frentes partisanos más peligrosos, y luego viajó a Stalingrado para cubrir la Batalla de Stalingrado para *Pravda*. En el número del 14 de diciembre, publicó un artículo llamado "Cartas del Lugarteniente L de Stalingrado: Carta Uno", por el Corresponsal Especial A. Kápler. La carta fingía ser la descripción de Stalingrado hecha por un soldado a su amada:

> Hoy nevó. Es invierno en Stalingrado. El cielo descendió y se volvió tan bajo como el techo de una izbá… ¿Cómo te va ahora? ¿Te acuerdas de Zamoskvoreche? ¿De nuestra cita en la galería Tretiakov? Cómo, cuando cerraron, el guardia nos corrió tocando su campana, y cómo no pudimos recordar frente a qué pintura nos sentamos todo el día, mientras nos mirábamos a los ojos. Hasta ahora, no sé nada de esa pintura excepto que fue maravilloso sentarnos frente a ella, y le agradezco al artista por eso.[12]

Kápler continuó describiéndole la guerra a su amante. El artículo se lee como un guión cinematográfico sobre la pureza heroica de la guerra, en la que el amor, el sufrimiento, la amistad y la muerte están mil veces más concentrados que en la vida diaria. Absortos como estaban en el furor de la obsesión romántica, era como si los amantes también estuvieran viviendo en una película. Kápler terminó su carta en tono de añoranza: "Ya casi es de noche. Ya casi es de noche también en Moscú. Puedes ver el muro desgastado del Kremlin desde tu ventana y el cielo sobre él, el cielo de Moscú. Tal vez también esté nevando allá. Tuyo, *L*".

Es imposible imaginarse la indignación de Stalin cuando leyó eso y reconoció la referencia a Svetlana. Kápler se había atrevido a escribirle una carta de amor a la hija del dictador, una indiscreción que debía haber sido inimaginable. Marfa Peshkova recordaba que Svetlana llevó el

periódico a la escuela. Aunque Svetlana comprendía el peligro de las palabras de Kápler, también era claro que estaba profundamente conmovida.[13]

Cuando Kápler regresó a Moscú para las celebraciones de Año Nuevo, Svetlana le dijo que no debían encontrarse, ni siquiera llamarse. Lograron mantener silencio hasta finales de enero y luego continuaron sus llamadas telefónicas. Desarrollaron un código. Él o ella llamaban y exhalaban dos veces, para decir, sin palabras: "Aquí estoy. Te recuerdo", y colgar.[14]

Una noche, a principios de febrero, Kápler recibió una llamada. La voz áspera al otro lado de la línea pertenecía al coronel V. Rumiántsev, segundo al mando del servicio de seguridad de Stalin. Le dijo a Kápler que los agentes de seguridad lo sabían todo y le sugirió que se fuera inmediatamente de Moscú. Kápler le contestó: "Váyase al diablo".[15]

Durante febrero, Kápler y Svetlana reanudaron sus caminatas por el bosque y sus salidas al teatro, con su guardaespaldas a rastras. A finales de febrero organizaron una última cita en un departamento cerca de la Estación Kursk, usada por los amigos pilotos de Vasili para sus misiones. Pero el fiel Mijaíl Klímov se quedó con ellos. Svetlana lo convenció de que se sentara en un cuarto contiguo, aunque él insistió en dejar la puerta abierta. En silencio, los amantes se besaron por última vez. Estaban extáticos por tocarse, afligidos por separarse; su despedida fue devastadora para Svetlana. Era el 28 de febrero, día de su cumpleaños. Acababa de cumplir 17 años.

Kápler estaba preparándose para ir a Tashkent, para filmar una película basada en su guión *En defensa de la patria*. Reportó que el 2 de marzo fue a una junta de comité para la industria cinematográfica. Cuando salía de su auto, un hombre se le acercó, le mostró su placa y le dijo que volviera a meterse. El hombre se subió al asiento del pasajero, y cuando Kápler preguntó a dónde iban, contestó: "A Lubianka".

Kápler respondió: "¿Hay alguna razón para esto? ¿Me han acusado de algo? ¿Hay una orden de arresto en mi contra?"

El hombre no dijo nada. Kápler podía ver que un Packard negro los estaba siguiendo. En el asiento del pasajero reconoció al general Nikolái Vlásik, jefe de seguridad personal de Stalin, y supo que estaba condenado. Fueron a la Plaza Lubianka, donde la estatua de Félix Dzerzhinski, fundador de la policía secreta de Lenin, la Checa, miraba fijamente la temible prisión. Las pesadas puertas de la Lubianka se abrieron. El enorme edificio neobarroco era sinónimo del terror de la NKVD. En la época de los zares había sido una empresa de seguros y todavía mantenía su imponente entrada de mármol y sus pisos de parquet. Abajo, en su sótano laberíntico, estaban las celdas y las salas de tortura que habían tenido tanto uso a finales de la década de 1930.

Kápler comprendió que era de máxima prioridad cuando llegó el viceministro Bogdán Kobúlov. No hubo mención de Svetlana. Y el nombre de Stalin tampoco apareció. Estaban

acusando a Kápler de contacto con extranjeros —lo cual era irrefutable: conocía a todos los corresponsales extranjeros en Moscú— y de espiar para Inglaterra.

Cortesía de la autora.

La infame prisión y cuartel general de la KGB en la Plaza Lubianka de Moscú (conocida informalmente como “la Lubianka”), donde Beria tenía su oficina, todavía se ve casi igual a como lo era en tiempos de Stalin.

Kobúlov entonó: “Alexéi Yakovlévich Kápler, con base en el artículo 58 de nuestra ley, está usted bajo arresto por hacer conocidas en sus discursos sus opiniones antisoviéticas y contrarrevolucionarias”. No se requirió juicio. No pudo montarse una defensa. Sin embargo, en vez de los 10 años usuales para su delito sólo lo sentenciaron a cinco años en un campo de trabajo.[16]

Confiscaron e inventariaron sus pertenencias para que las firmara. No le permitieron comunicarse con su esposa, Tatiana Zlatogórova, y definitivamente tampoco con Svetlana. Pero Kápler era demasiado famoso para desaparecer sin más. La guerra había soltado algunas lenguas, sobre todo en el ejército y en el frente, y su arresto fue un gran escándalo.[17] Sin embargo, ni sus películas épicas ni las apelaciones de sus colegas más valientes ayudaron. Todos sabían que

la causa de su arresto era su indiscreta aventura con la hija del *vozhd*.

En retrospectiva, Kápler diría que sabía que la relación con Svetlana terminaría inevitablemente, pero que estaba extrañamente hechizado. Cuando le preguntaron por qué no siguió el consejo del general, Kápler contestó: "¿Quién sabe? También era una cuestión de dignidad".[18] Lo que lo atrajo a Svetlana fue lo que él llamó "su libertad interior", sus "juicios atrevidos". En su fuero interno, era un "embeleso inocente", no una seducción. Reconocía su desesperación; sentía que la entendía.

El 3 de marzo Stalin llegó al departamento del Kremlin precisamente cuando Svetlana se estaba preparando para ir a la escuela. Su nana, Alexandra Andréievna, todavía estaba en el cuarto. Apoplético de ira, le exigió a Svetlana que le entregara las cartas de su "escritor". Escupió la palabra *escritor*. Dijo que conocía todo el cuento. Cargaba sus conversaciones telefónicas en el bolsillo del pecho. "Tu tal Kápler es un espía británico —gritó—. Está bajo arresto." Petrificada, Svetlana entregó todo lo que Kápler le había dado: cartas, fotografías y libretas, mientras protestaba que lo amaba. Su padre se volvió hacia su nana con ironía fulminante: "Ah, lo ama", y le dio a su hija una bofetada que le cruzó el rostro. Era la primera vez que la golpeaba. "Sólo mira… mira lo bajo que ha caído… Estamos en una guerra así y ella está ocupada cogiendo todo el tiempo." Su nana logró tartamudear: "No. No. No. La conozco". Stalin se volvió hacia Svetlana. "Mírate. ¿Quién te querría? ¡Idiota! Él está rodeado de mujeres."[19] La ironía de que él mismo había tenido 39 y Nadia 16 cuando se enamoró de ella no se le ocurrió a Stalin.

Svetlana estaba tan impresionada que le tomó un momento darse cuenta de que su padre había llamado a Kápler un espía británico. Estaba paralizada. Sabía lo que significaba eso. Cuando volvió de la escuela esa noche, Stalin estaba en el comedor, leyendo y rompiendo las cartas de Kápler. "¡Escritora! —reportó Svetlana que decía—. ¡No puede escribir en ruso decente! Ni siquiera pudo conseguirse a un ruso." Svetlana creía que en la mente de su padre "el hecho de que Kápler fuera judío era lo que más le molestaba". No intentó contactarlo. Sabía que ni siquiera podía hablar con sus amigos sin que se lo reportaran a Stalin, y el destino de Kápler empeoraría. Ahora entendía que su padre "*era* el Estado".[20]

Kápler estuvo un año en confinamiento solitario en la cárcel de Lubianka antes de ser transferido a Vorkutá, en Siberia. El periodista italiano Enzo Biagi recordó que en el trayecto en el "cuervo negro", el camión carcelario, lo acompañaban otros "desviados… terroristas, trotskistas y ex socialdemócratas". Vorkutá era la sede de un complejo carcelario en el centro minero de carbón en la República Autónoma de Komi. El complejo tenía la reputación de profunda brutalidad y explotación.

Pero la suerte de Kápler se mantuvo. El director del campo, Mijaíl Máltsev, a quien habían

asignado el año anterior para que convirtiera a Vorkutá en una ciudad modelo, lo eligió como el prisionero más famoso del campo para que fuera el fotógrafo oficial de la ciudad y del complejo carcelario. Designaron a Kápler como uno de los *zazonniki* (prisioneros sin fronteras), con permiso para vivir y trabajar fuera del área de la prisión.[21] Kápler no tardó en unirse al Teatro de Drama Musical de Vorkutá, un colectivo de prisioneros en el que conoció a la actriz Valentina Tokárskaia, de quien se volvió amante. En el gulag soviético siempre había distinciones surreales que dictaban la supervivencia o la muerte.

Cuando completó su sentencia de cinco años, liberaron a Kápler y le advirtieron que por ninguna circunstancia volviera a Moscú. Decidió ir a Kiev, donde vivían sus padres, pero no sin antes colarse a Moscú con la esperanza de ver a su esposa. Sólo se quedó dos días y no intentó ver a Svetlana. Cuando abordaba el tren para Kiev lo rodearon policías vestidos de civil. Lo sacaron del tren en la siguiente estación. Lo sentenciaron a otros cinco años, esta vez a trabajo forzado en una mina en Intá, también en la cuenca minera del Pechora, donde las condiciones eran brutales. Sólo las visitas de Valentina y sus paquetes de comida lo mantuvieron vivo y cuerdo.

El primo de Svetlana, Vladímir Allilúiev, recordó el disturbio que surgió en Zubalovo inmediatamente tras el arresto de Kápler. Así lo describió: “Corrieron a todos de ahí. A todos les molieron los sesos bien duro”. Stalin ordenó que “desterraran” a Svetlana de la dacha, por “depravación moral”. A Vasili lo sentenciaron a 10 días en una cárcel militar, por degeneración. Al abuelo Serguéi y a la abuela Olga los mandaron a un sanatorio del ministerio, por no haber intervenido. Al ama de llaves, la lugarteniente Sasha Nikashidze, que había espiado a los amantes y leído las cartas de Kápler, la despidieron. Zubalovo se cerró.[22]

Cuando enviaron a Kápler a Siberia, Svetlana supo que su padre lo había ordenado. “Era un despotismo tan obvio y sin sentido que no pude recuperarme de la impresión en mucho tiempo.”[23] Pero el encarcelamiento de Kápler y el descubrimiento del suicidio de su madre por fin habían “cortado la burbuja de ilusiones. Mis ojos estaban abiertos y ya no podía apelar a mi ceguera”.[24]

# 7

# Una boda judía

Tras cinco meses de un combate urbano brutal que dejó más de un millón de muertos, la Batalla de Stalingrado terminó con una victoria rusa el 31 de enero de 1943, cuando el mariscal de campo Friedrich Paulus, comandante del Sexto Ejército Alemán, y su personal se rindieron.[1] El hijo de Stalin, Yákov Dzhugashvili, que había estado languideciendo en un campo de prisioneros desde su captura en 1941, era un rehén valioso. El conde Folke Bernadotte, de la Cruz Roja, se acercó al vicepresidente del Consejo de Ministros, Viacheslav Mólotov, para ofrecerle un intercambio de prisioneros: un mariscal de campo por el hijo de Stalin. Mólotov le transmitió la oferta a Stalin. Según él, Stalin se negó rotundamente. "Todos son mis hijos", dijo.[2]

Desde el arresto de Alexéi Kápler a principios de marzo, Svetlana casi no había visto a su padre. Una mañana, Stalin la convocó a su oficina y le dijo secamente: "Los alemanes propusieron que intercambiemos a uno de sus prisioneros por Yasha. ¡Quieren que haga un trato con ellos! No lo haré. Guerra es guerra". Su padre no dijo más sobre su hermano, sino que le restregó un documento de su correspondencia con Roosevelt, ladrando: "¡Traduce! Has estado estudiando todo ese inglés. ¿No puedes traducir nada?" Entonces se acabó la audiencia. Parece no cuadrar con su personalidad que Stalin involucrara a su hija en un secreto de Estado, pero si su recuento del momento es preciso, le dio la noticia de manera brutal. En la mente de Svetlana, se estaba "lavando las manos" respecto de su hijo.[3]

A mediados de abril de 1943 Yákov había muerto. Al mirar atrás, Svetlana creía que el servicio de inteligencia le había informado a su padre de la muerte de su hijo, pero mantuvo la información en secreto.[4]

En 1945, tras el fin de la guerra, comenzaron a filtrarse lentamente reportes de Yákov desde Alemania. Uno llegó del comandante de la SS Gustav Wegner, jefe del batallón que vigilaba el campo de prisioneros cerca de Lübeck, en el que tenían a Yákov. Declaraba haber presenciado su muerte. Cuando los prisioneros estaban haciendo ejercicio, Yákov cruzó la tierra de nadie hacia la cerca electrificada. El centinela gritó: "Alto", pero Yákov siguió caminando. En cuanto llegó a la cerca le dispararon. Se derrumbó sobre las primeras dos filas de alambre de púas electrificado,

donde su cuerpo quedó colgado durante 24 horas, hasta que lo llevaron al crematorio.[5]

Cortesía de la autora.

La Casa del Embarcadero, al otro lado del río frente al Kremlin, en el barrio moscovita de Bersénevka, fue construida para alojar a la élite soviética, y fue el primer hogar de los recién casados Svetlana y Grigori Morózov.

Otro reporte llegó de I. A. Serov, viceministro de asuntos internos del gobierno soviético en Alemania, a quien en 1945 le asignaron descubrir los detalles del destino de Yákov. Serov añadió otro detalle. Cuando el centinela gritó: “Alto”, Yákov se abrió la camisa y gritó: “¡Dispara, escoria!”[6]

Stalin no salvó a su hijo, pero incluso la familia de Yákov creía que no tenía más opción que rechazar el intercambio de prisioneros. No podía parecer que protegía a su propio hijo mientras millones de sus hijos rusos morían. En el primer año de la guerra, dos tercios de los tres millones de prisioneros soviéticos, tomados sobre todo en el cerco de junio de 1941, estaban muertos a finales de diciembre. Al final de la guerra, por lo menos tres de los cinco millones de prisioneros soviéticos habían muerto.[7]

Svetlana creía que su amado medio hermano había muerto como "héroe silencioso. Su heroísmo fue tan desinteresado, honorable y modesto como había sido toda su vida". Y no perdonó a su padre. Al igual que muchos rusos, sentía que Stalin había traicionado a todos sus soldados con la draconiana Orden 227, anunciada el 28 de julio de 1942, conocida coloquialmente como "Ni un Paso Atrás". La orden incluía la declaración: "Los causantes de pánico y los cobardes serán exterminados al instante". Se establecieron brigadas penales de desertores y las enviaron donde el combate era más feroz.[8] Cuando liberaron a los prisioneros de guerra soviéticos de los campos alemanes en 1945 y los repatriaron, muchos fueron enviados a campos siberianos con sentencias hasta de 25 años por rendirse ante el enemigo. "Creo que Yákov comprendió que volver a nuestro país tras el fin de la guerra no terminaría bien para él", comentó enfático el amigo de Svetlana, Stepán Mikoián.[9]

Esa primavera, Svetlana se graduó de la Escuela Modelo 25. Su padre la convocó a su dacha de Kuntsevo y le preguntó qué pretendía estudiar en la universidad. Cuando contestó: "Literatura", Stalin se mofó: "¡Quieres ser una de esas bohemias!", e insistió en que se inscribiera a historia en la Universidad de Moscú. Sesenta y dos años después, Svetlana le escribió a su amigo Robert Rayle al respecto. Su amargura hacia su padre no había disminuido.

> Mi propio Padre, un hombre muy posesivo, y un Dictador de todo + todos… no me dejó iniciar, como chica de diecisiete, mi propia vida y profesión… Él quería que me convirtiera en una marxista educada, que lo siguiera, que estuviera con él, que fuera un "miembro válido" del CPSU (el Partido). Tal era su amor dictatorial por mí… Todos obedecían sus deseos (¡durante la segunda Guerra Mundial, 1943!) y comencé a estudiar Historia Moderna, aunque la odiaba con todo el corazón.[10] [En sus cartas, Svetlana subrayaba, ponía mayúsculas y añadía notas marginales y el dibujo ocasional, lo que les daba el inquietante énfasis de su voz.]

Svetlana tenía la esperanza secreta de convertirse en escritora. Olga Ríkina comprendió las cuitas de su amiga y decidió cambiar su propia carrera. La madre de Olga, que en ese entonces trabajaba como lectora superior de reportes estadounidenses en *Pravda*, sugirió que las chicas se especializaran en historia moderna de Estados Unidos. Entonces este país era ideológicamente aceptable, porque eran aliados. Escribió ensayos sobre el *New Deal* de Roosevelt, sobre sindicatos estadounidenses y sobre la política exterior de Estados Unidos en Sudamérica y Europa. Terminó sabiendo más de esa nación que muchos estudiantes europeos, e incluso que algunos estadounidenses.

Aquel diciembre le pidió a su padre que despidiera a su guardaespaldas: era humillante traer "cola". Tenía 17 años y medio y quería caminar por la calle sola. Recordó la respuesta de su padre: "Al diablo contigo, entonces. Que te maten si quieres. No es de mi incumbencia".[11] Nunca invitó a amigos de la escuela al Kremlin, porque le avergonzaba que necesitaran un pase

para cruzar la puerta. Olga Ríkina sólo recordaba que Svetlana la hubiera invitado a casa una vez. Era 1944. El último examen final de su primer año incluía ensamblar un rifle. La armería de la universidad estaba cerrada, pero Svetlana dijo que tenía un rifle en casa. Olga recordaba haber pasado frente a la puerta bien resguardada de Stalin en el departamento del Kremlin. La nana de Svetlana les sirvió de comer mientras practicaban cómo ensamblar el rifle.[12]

Sin embargo, tras ese último examen, Svetlana comenzó a distanciarse de su grupo. Parecía estar pasando su tiempo con un estudiante llamado Grigori (Grisha) Morózov (el apellido familiar de hecho era Moroz, pero los miembros de la familia lo habían cambiado para esconder sus orígenes judíos).[13] Cuatro años mayor y amigo íntimo de Vasili, Morózov era alguien a quien Svetlana conocía desde la preparatoria. Comenzaron a salir e iban con frecuencia al teatro o al cine.

Es posible que Svetlana se hubiera deshecho de su guardaespaldas, pero las fuerzas de seguridad todavía la observaban. No tardó en recibir una llamada del general Vlásik, jefe de seguridad de Stalin. La conversación fue entrecortada: "Escucha, este joven judío tuyo, ¿qué hay entre ustedes?" Ella contestó: "¿El judío?" Estaba atónita. Nadie hacía distinciones étnicas abiertamente… aún. Pasaría un par de años antes de que el antisemitismo se convirtiera en política de Estado. Dijo que conocía a Grigori Morózov de la escuela. Estaban saliendo, era todo.

El general Vlásik le dijo que lo sabía todo: por ejemplo, que Morózov quería entrar al nuevo Instituto de Relaciones Internacionales, pero que necesitaba una prórroga militar. "Podemos ayudar. ¿En serio quieres que lo eximan del ejército?" Cuando dijo que sí, el general contestó: "Okey. Lo haremos. Lo eximiremos". El general Vlásik también podía decidir el destino de la gente con una llamada telefónica.[14]

Svetlana no estaba enamorada de Morózov —seguía añorando a Alexéi Kápler— pero estaba buscando una salida a su vida en el Kremlin. Sentía que su padre ahora la trataba con cierto desprecio, como si de alguna forma la hubieran "mancillado": "Ya no era su niñita. Había crecido mal". Morózov la llamaba constantemente. Cuando por fin le propuso matrimonio, ella aceptó. "Era lindo. Yo me sentía sola, y me amaba." Dijo que le preguntaría a su padre.

Svetlana declaró que cuando fue a Kuntsevo por el permiso de Stalin, su padre dijo abiertamente que no aprobaba el matrimonio porque Morózov era judío. Echaba humo. "Los sionistas te lo echaron encima." Fue "imposible convencerlo de que no era el caso".

Svetlana creía que su padre era profundamente antisemita y que ese rasgo creció conforme se convenció cada vez más de la existencia de una conspiración judía contra la Unión Soviética. Al final, al parecer le dijo: "Al diablo contigo. Haz lo que quieras".[15]

Stalin no detuvo la boda, pero se negó categóricamente a conocer a Morózov, y aunque siguió apoyando económicamente a la pareja, mantuvo su palabra. Morózov nunca conoció a su suegro.

Como eran tiempos de guerra, no hubo celebración nupcial.

Con el permiso de Stalin, la joven pareja se mudó a la Casa del Embarcadero. Era un enorme complejo de 505 departamentos, diseñado por el arquitecto Borís Iofán y completado en 1931. Construido en la ribera del río Moskova, frente al Kremlin, el complejo cubría una hectárea y era el bloque de departamentos más grande de Europa. La Casa del Embarcadero estaba pensada como residencia para funcionarios del Partido y otros miembros de la élite. Tenía un teatro, tiendas exclusivas y una cocina colectiva en la que los residentes podían ordenar cenas precocidas. Varios parientes de Svetlana se habían mudado allá en 1937, incluidas las familias de la tía Anna y la tía Zhenia. Sin embargo, era un edificio siniestro. En la época zarista habían construido un túnel bajo el río, y cuando levantaron el nuevo complejo alinearon su bloque 12 con el túnel. La policía secreta podía subir por las escaleras de atrás. Svetlana y Morózov vivían en el departamento 370, en la novena entrada.

Marfa Peshkova recordaba que, una vez fuera del Kremlin, Svetlana parecía haberse vuelto mucho más independiente. Organizaba fiestas en el departamento para sus amigos literatos, en las que leían y discutían sus poemas. Cuando llegaban amigos de visita, siempre insistía en voltear el retrato de su padre hacia la pared.[16] Pero no tardó en embarazarse; tenía 18 años. Cuando Stalin se enteró del embarazo de Svetlana hizo que reabrieran Zubalovo, arguyendo que una madre preñada necesitaba el aire del campo. Como siempre, el mensaje de Stalin era ambiguo: justo la suficiente demostración de vínculos familiares para mantener a su hija pendiendo.

El 9 de mayo de 1945 los radios retumbaron con el anuncio del final de la guerra en Europa. Muchedumbres jubilosas inundaron las calles de Moscú. El embajador de Estados Unidos, George Kennan, se asomó al balcón de la embajada estadounidense y miró a las miles de personas en el pavimento lanzar gente al aire y pasarla por manos amistosas. Y dar vivas a Estados Unidos. Este país había ayudado a la URSS a vencer a los alemanes. Una ayuda bélica que había incluido de todo, desde armamento hasta víveres. Kennan saludó a la multitud, se irguió y gritó: “Felicidades en este día de victoria. Todo el honor a los aliados soviéticos”. Pero se mantuvo pensativo. Temía las intenciones de Stalin. La Italia y la Alemania fascistas habían sido derrotadas, pero sentía que “un tercer Estado totalitario estaba listo para dominar gran parte del mundo de la posguerra”. Kennan terminaría siendo un personaje importante en la vida de Svetlana, pero por el momento ni siquiera sabía que Stalin tuviera una hija.[17]

Svetlana llamó a su padre por teléfono. “¡Felicidades por tu victoria, papá! Acabo de enterarme de que se acabó la guerra.” Stalin contestó: “Sí, muchas gracias. Sí, ganamos”. Le preguntó qué estaba haciendo. Le dijo que estaba a punto de dar a luz. Él dijo: “Bueno, está bien, cuídate”.[18] Y eso fue todo. No la invitó a celebrar la victoria con su esposo. Svetlana y

Morózov tuvieron su fiesta de celebración en su propio departamento.

La guerra había terminado, pero el precio para la URSS fue impresionante. De los 34.5 millones de hombres y mujeres movilizados, un increíble 84% terminaron muertos, heridos o capturados. Las muertes militares totales se estiman en 8.6 millones, aunque los cálculos han alcanzado los 23 millones; por lo menos 17 millones de civiles perdieron la vida, pero la cifra es imprecisa, porque los registros estadísticos no incluyen a los cientos de miles que fallecieron de hambre. "La población soviética sufrió con toda desproporción respecto del sufrimiento de los aliados soviéticos." No hubo una parte del país que escapara a la carnicería. Había sido el "desastre del siglo".[19]

El único hijo de Svetlana y Morózov, Iósif, nació dos semanas después del Día de la Victoria. Ella insistió en que el nombre no era una súplica encubierta a su padre. Los dos abuelos del niño se llamaban Iósif. Por fin, aquel agosto Svetlana llevó al recién nacido a conocer a su abuelo, a su dacha de Kuntsevo. Resultó ser el día en que los estadounidenses bombardearon Hiroshima. "Mi padre se percató de mi presencia, claro, pero mis nuevas —que había tenido un hijo— no importaban mucho en ese contexto. Volví a casa."[20]

A Svetlana le quedaban pocos vínculos con su padre. Si lo llamaba por teléfono, a veces Stalin decía que estaba ocupado y colgaba bruscamente. Le tomaba semanas hallar el valor para llamar de nuevo. Ella y Morózov continuaron sus estudios. Su hijo vivía sobre todo en Zubalovo, con sus dos nanas: la antigua nana de Svetlana, Alexandra Andréievna Bychkova, y la nana que cuidaba de Gulia, la hija de Yákov. La mayoría de las mujeres soviéticas abandonaban así a sus hijos. Mientras que la élite dejaba a sus hijos con nanas, la mayoría los dejaba en guarderías el lunes por la mañana y los recogía el viernes por la tarde; de lo contrario, los encargaban con sus *babushkas* (abuelas). Aunque fuera una práctica común, Svetlana no parecía recordar el amargo resentimiento que había sentido por la ausencia de su madre. Los parientes de Svetlana comentaban lacónicamente: "No fue una madre cálida", pero luego añadían que nunca había aprendido lo que era una madre.[21]

Según casi todas las fuentes, Morózov era un joven encantador y el matrimonio comenzó bien. Décadas después, Svetlana recordaría lo simple que había sido la vida y lo felices que fueron de estudiantes.[22] Pero en diciembre de 1945, a un año y medio de matrimonio, las cosas parecían ir mal. Probablemente hubiera varias razones de la alienación entre ella y Grigori, claro, pero una, según su amiga Marfa Peshkova, fue la cantidad de parientes de Morózov que llegaban de visita y pedían un mejor departamento o que sus hijos entraran a varias escuelas e instituciones de élite.[23] Su primo Vladímir Allilúiev tildaba a Morózov de oportunista. "El esposo de Svetlana llenaba el departamento de amigos suyos y constantemente pedía comodidades y favores. Svetlana se vio relegada al rincón trasero."[24] Svetlana seguía siendo tímida en una

reunión pública, y esa imagen de ella convertida en sombra en su propio hogar, entre los invitados de su esposo, no es improbable.

Los rumores en los círculos internos del Kremlin sostenían que Stalin había tramado el divorcio, aunque Svetlana siempre lo negó. El problema principal estaba en otro lado. Apenas había cumplido 19 años cuando tuvo a Iósif, y no tardó en embarazarse otra vez. Declaró haber tenido tres abortos dolorosos durante sus tres años de matrimonio.[25] Puede parecer impactante, pero el aborto siempre fue una forma común de control de natalidad en la Unión Soviética, hasta que, junto con la homosexualidad, se declaró ilegal cuando el censo indicó una caída drástica de la población. Y aun entonces siempre hubo excepciones.[26] Cuando Svetlana por fin se puso gravemente enferma tras sufrir otro aborto, decidió huir. Le dijo a Grigori que se mudaba de vuelta al Kremlin y se llevaba a Iósif con ella.

El matrimonio de Grigori y Svetlana terminó en 1947. Un día no le permitieron a Mórozov entrar a la Casa del Embarcadero. El hermano de Svetlana, Vasili, había tomado el asunto en sus manos. Cuando una pareja se casaba en la Unión Soviética, el pasaporte soviético de la esposa —todos los ciudadanos soviéticos necesitaban por ley un pasaporte— se sellaba y se le añadía el apellido de su marido. Un nuevo sello indicaba un divorcio. Vasili tomó los pasaportes de Morózov y Svetlana y los devolvió a su estado virginal: simplemente retiró los sellos originales. Era como si nunca se hubieran casado.

Stalin estaba contento por el divorcio. Había construido una dacha nueva en Kholódnaia Rechka, al norte de Gagra, en la costa de Abjasia, y ahora ordenó que le construyeran una dacha a Svetlana cerca. Ella fue de visita. Era la primera vez en mucho tiempo que padre e hija estaban juntos durante un periodo extendido.

Stalin mantuvo su horario usual: levantarse a las 11:00 a.m. y cenar a las 10:00 p.m. Svetlana recordaba que Andréi Zhdánov, Lavrenti Beria y Gueorgui Malenkov llegaban a cenar desde sus dachas cercanas. Como de costumbre, la comida duraba hasta las 4:00 a.m. Stalin obligaba a sus camaradas a brindis eternos —se decía que le gustaba emborracharlos para ver qué revelaban con la guardia baja— y las cenas terminaban con los guardaespaldas cargando a sus jefes “muertos de alcohol”, muchos, como recordaba Svetlana, “tras haber pasado un rato tirados en el baño, vomitando”.[27]

Cuando ella y su padre estaban solos era difícil encontrar temas de conversación, aparte de la comida que les servían y los detalles botánicos de las plantas cercanas. Tenía cuidado de no hablar de otras personas, en caso de que por error dijera algo de alguien que pudiera levantar sospechas en su padre. Nunca sabía qué decir ni, más importante aún, qué no decir. Lo más fácil era cuando le leía.

Desalentada por todo el asunto, Svetlana volvió a Moscú después de tres semanas, pero en

cuanto estuvo de vuelta en el departamento del Kremlin, con su hijo Iósif, otra vez se sintió atrapada en un sarcófago. Se desesperó. Dada su historia psicológica, Svetlana no sabía estar sola. Sola, se sentía totalmente expuesta. Pensaba que sólo estaría segura si lograba entrelazar su vida con otra, pero entonces, ya que lo lograba, se sentía sofocada, un patrón que le llevaría décadas romper, si es que lo logró algún día.

# 8

# La Campaña Anticosmopolita

Después de la guerra, todos en la Unión Soviética esperaban un relajamiento de las restricciones. La Gran Guerra Patriótica se había ganado a un precio inmenso y por medio de un sacrificio heroico. Había mucho que reconstruir. Seguramente ahora la tan prometida era de abundancia socialista estaba próxima. En vez de eso, una nueva ola de represión estaba por comenzar. Con el culto a la personalidad que incitó, Stalin había consolidado su poder y asumido el patrón del dictador. Su hijo adoptivo, Artiom Serguéiev, recordaba un incidente en el que había oído a Stalin reprender a su hijo Vasili por explotar el nombre de Stalin.

"Pero yo también soy un Stalin", había dicho Vasili.

"No, no lo eres —contestó Stalin—. Tú no eres Stalin y yo no soy Stalin. Stalin es el poder soviético. Stalin es lo que es en los periódicos y en los retratos, no eres tú, ¡ni siquiera yo!"[1]

El poder, su preservación y su ejecución, había llenado el vacío de un ser humano. Stalin ahora era una idea, infalible. Y seguía librando una guerra. La propaganda dejaba claro que la Unión Soviética tenía enemigos que buscaban destruirla.

Fue Winston Churchill quien insertó el término Cortina de Hierro en la imaginación del público. El 5 de marzo de 1946, en un gimnasio de la Universidad de Westminster, en Fulton, Missouri, Churchill declamó: "Desde Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático, una cortina de hierro ha atravesado el continente".[2] Los estadounidenses, quienes aún creían que Stalin era Uncle Joe (el Tío Pepe), creyeron que Churchill se estaba entrometiendo. Pero su actitud no tardaría en cambiar.

Apenas un año tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, comenzó la Guerra Fría: el mundo estaba dividido en la esfera capitalista y la esfera comunista. En el fondo acechaba la aterradora amenaza de la bomba atómica detonada sobre Hiroshima. Stalin ahora estaba seguro de que Estados Unidos pretendía atacar a la Unión Soviética tarde o temprano. En 1946 puso al meticuloso burócrata Lavrenti Beria a cargo de la investigación atómica. Se construyeron asentamientos altamente restringidos en regiones remotas para los científicos soviéticos. Los hábiles espías soviéticos no tardaron en llevar a Stalin los secretos atómicos que deseaba. La

primera bomba atómica soviética se detonó en 1949.

Cortesía de rgaspi (Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política), fondo 558, inventario 11, doc. 1653, p. 23.

A finales de la década de 1940 Stalin se había vuelto contra muchos de los parientes que habían celebrado su cumpleaños con él en 1934. *Fila superior, a la izquierda*: Anna Redens fue arrestada en 1948 (su esposo, Stanislav, había sido ejecutado en 1940). *Fila central*: María Svanidze *(a la izquierda)* fue ejecutada en 1942; aunque Sashiko Svanidze *(la tercera desde la izquierda)* sobrevivió, su hermana Mariko fue ejecutada en 1942; Polina Mólotov *(a la izquierda de Stalin)* fue arrestada en 1948. *Fila inferior, segunda desde la izquierda*: Zhenia Allilúieva fue arrestada en 1947.

Aunque el campo de juego de la guerra atómica se estaba emparejando, las sospechas entre los dos países habían crecido exponencialmente desde 1946. En 1947 el presidente Truman firmó la Ley de Seguridad Nacional, con lo que estableció la Agencia Central de Inteligencia (CIA). A principios de 1948, la CIA ya había ayudado a arrebatarles las elecciones italianas a los comunistas.[3] Ahora, el juego mortal del espionaje internacional estaba en marcha.

La CIA espiaba a sus propios ciudadanos, en una campaña nacional de miedo. Comenzando tan pronto como 1945, el Comité de Actividades Antiestadounidenses (HUAC, por sus siglas en ingés) comenzó a cazar espías soviéticos y simpatizantes comunistas. El senador Joseph McCarthy creó paranoia con su insensata propaganda contra el Temor Rojo, y sus audiencias públicas

sensacionalistas victimizaron a miles de estadounidenses. Pero Stalin fue mucho más lejos. Volvió a su policía secreta, la MGB (Ministerio de Seguridad del Estado), contra su propio pueblo, de una manera aún más asesina. Instigar el miedo y luego controlar con él siempre fue su estrategia, y como había aprendido desde los primeros tiempos, tenía que mantener el miedo andando. Su solución fue tramar una campaña de purificación ideológica que se conoció con el nombre de Campaña Anticosmopolita. Todo contacto con Occidente y su cultura fue declarado subversivo. Estaba prohibido tener cualquier conversación o transacción con extranjeros; querer casarse con uno era un crimen. Los viajes al extranjero se restringieron a altos funcionarios del Partido o a aquéllos acompañados por "encargados". Un velo de silencio cubrió al país. Nadie se atrevía a expresar cualquier crítica contra el Gran Stalin, que había ganado la guerra. Como dijo Serguéi Pávlovich Allilúiev: "Nadie lo hacía. Simplemente no era aceptable, ni posible".[4]

A finales de 1947 la nueva ola de represión golpeó a la familia Stalin. A las cinco de la tarde del 10 de diciembre, Zhenia, la viuda de Pável Allilúiev, ahora de 49 años y casada de nuevo, se encontraba en su departamento en la Casa del Embarcadero. Estaba ocupada con su sastre, cosiendo un nuevo vestido para celebrar el Año Nuevo. La hija casada de Zhenia, Kyrá, de 27 años de edad, estaba de visita con sus amigos teatreros, ensayando *La petición de mano*, de Chéjov, en el comedor. Los hijos de Zhenia —Serguéi, de 19, y Alexándr, de 16— también estaban ahí, al igual que su frágil madre, que vivía con ellos. Sonó el timbre. Kyrá abrió. Dos militares, el coronel Máslennikov y el mayor Gordéiev, estaban a la puerta. "¿Está Evguenia Alexándrovna en casa?", preguntaron. "Sí, pasen", contestó Kyrá, y siguió ensayando la obra. Entonces Kyrá oyó a su madre decir: "La cárcel y la mala suerte son dos cosas que no se pueden evitar".[5]

Se llevaron a Zhenia con lo que traía puesto. De prisa les dio un beso de despedida a sus hijos y les dijo que no se preocuparan, porque "no tenía culpa alguna". A todo el que llegó al departamento esa noche se le ordenó que se sentara y esperara. Los agentes se llevaron fotografías familiares en las que aparecían Stalin y Svetlana y Vasili, junto con todos los libros autografiados.

Transportada a la Cárcel Vladímir, Zhenia fue acusada de espionaje; de envenenar a su esposo, Pável, que había muerto de un infarto nueve años atrás, y de interactuar con extranjeros. La mantuvieron en confinamiento solitario. No le permitieron a sus hijos contactarla.

Zhenia confesó a todas las acusaciones. Más tarde le diría a su hija: "¡Firmas lo que sea ahí adentro, con tal de que te dejen en paz y no te torturen!" En prisión, bombardeada por los gritos de las víctimas que rogaban que las mataran, se tragó vidrios. Sobrevivió, pero sufrió las consecuencias con problemas estomacales el resto de su vida.[6]

El arresto nocturno había sido tan surreal que el miedo se activó hasta después. Alexándr

Allilúiev recordaba que su hermano Serguéi se tumbaba en la cama, esperando sin respirar a escuchar que el elevador se detuviera en su piso. Los crujidos u otros ruidos en la escalera lo hacían temblar. Unas semanas después, como a las seis de la tarde, el elevador sí se detuvo. Kyrá estaba de visita, como lo sabía, por supuesto, la policía secreta. Permanecía sentada, leyendo *Guerra y paz*. Cuando abrió la puerta, vio que eran los comandantes otra vez. Sus hermanos se pararon detrás de ella para protegerla. Cuando los agentes le leyeron a Kyrá la orden de arresto, su abuela lloró. "Abuela, no te humilles, no llores, no debes hacerlo", recordó haber dicho Kyrá.

La llevaron a un coche. Mientras conducían por Moscú y veía las calles desaparecer tras de sí, se preguntó si volvería a ver la ciudad otra vez. El viaje a través de la ciudad nocturna sucedió en un silencio opresivo, hasta que las pesadas puertas de la cárcel Lubianka se abrieron y el coche entró al patio. Kyrá se mantuvo estoica hasta que le quitaron todo y la metieron a una celda. Entonces lloró.

Su interrogador la acusó de esparcir rumores sobre el suicidio de Nadia. Estaba perpleja. No sabía que Nadia se había suicidado. Siempre se había creído el cuento de la apendicitis. "Yo era de la clase de familia en la que no era aceptable hablar más de lo necesario. No había chismes… Necesitaban acusarnos de algo, así que eso fue lo que me inventaron: se suponía que había hablado con todo el mundo".[7] La mantuvieron en confinamiento solitario seis meses. Caminaba por su celda, preguntándose qué había hecho. Siempre había sido una buena Pionera, una buena Komsomolka.

> Mi única pista radicaba en que era parienta de Stalin y sabía que Beria seguramente le diría a Stalin algo que creería. Mi madre era muy franca, amaba la libertad, era sincera con Stalin e igual de honrada con Beria. Era evidente que le había desagradado a Beria desde el instante en que cruzaron miradas. Me percaté de que todo eso tenía que haber sido instigado por Beria. En ese entonces Stalin estaba profundamente bajo su influencia. [8]

La gente le aconsejó a Kyrá que le escribiera a Stalin desde la cárcel, pero ella se negó. Era mejor no recordarle a Stalin que existía. Pero su lógica (y la de la mayoría de la gente) estaba tan retorcida en ese clima de miedo que aun podía racionalizar, e incluso justificar, los motivos de Stalin. Su hermano Alexándr explicó:

> Sólo podíamos suponer que debía de haber habido alguna culpa menor, algo que tuviera que ver puramente con relaciones personales y lealtad a Stalin. Definitivamente creíamos que ese arresto simplemente no habría podido ocurrir sin conocimiento de Stalin. Y si decidía algo tan extremo como arrestar a sus propios parientes cercanos, entonces, pensábamos, tenía que haber una razón. Era una medida cruel, desde nuestro punto de vista. Pero desde el suyo tenía que ser una medida legítima.[9]

El segundo esposo de Zhenia, N. V. Molóchnikov, un ingeniero judío, fue arrestado poco después. Cuando los hijos de Zhenia preguntaron qué les dirían a sus amigos de la ausencia de su madre y su padrastro, la NKGB les aconsejó que dijeran: "Nuestros padres están en un viaje prolongado". "¿Pero hasta cuándo?", preguntaron. "Hasta un anuncio especial." Varios amigos de Kyrá también fueron arrestados.

El 28 de enero de 1948 fueron por la tía de Svetlana, Anna, la hermana mayor de Nadia y viuda de Stanislav Redens. Sus hijos —Vladímir, de 12, y Leonid, de 19— estaban en el departamento. Todos dormían. Un coronel, seguido de varios agentes, tocó la puerta a las 3:00 a.m. Le mostraron a Anna la orden de arresto. Mientras se la llevaban, Anna dijo: "Qué extraña serie de infortunios cae sobre nuestra familia Allilúiev". Los niños se sentaron con su nana mientras los hombres registraban el departamento. En su memoria, eso duró un día y una noche.

Anna fue acusada de difamar a Stalin. Sus interrogadores habían recolectado denuncias de parientes, amigos y conocidos. Sin embargo, cuando le exigieron que firmara una confesión, su hijo Vladímir afirma que se negó. Dijo orgulloso: "Cuando arrestaron a mi madre, no lograron que firmara nada, ni siquiera por la fuerza. Era terca, no pudieron quebrarla, ni siquiera poniéndola en solitario".[10]

En 1993, unos 45 años después, cuando los archivos de los antiguos prisioneros se abrieron a las familias, se le permitió a Vladímir Allilúiev examinar el expediente de rehabilitación de su madre, P-212.[11] La última dimensión de la tragedia fue que habían forzado a Zhenia y a Kyrá a firmar condenas de Anna.

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

Acusada de difamar a Stalin, Anna Redens fue arrestada en 1948 y no fue liberada sino hasta 1954.

La Casa del Embarcadero se ganó un nuevo apodo: la Casa de Detención Preliminar. (El acrónimo ruso DOPR es el mismo para ambos). Ahora era una casa fantasma, y los hijos de Zhenia y de Anna se estrecharon en busca de consuelo. El tío Fiódor, hermano de Nadia, vivía en el mismo complejo y los visitaba con frecuencia. “Todos estábamos impresionados: impresionados, deprimidos, sorprendidos. Pero seguíamos manteniéndonos unidos, como siempre lo habíamos hecho, y entonces más que nunca”, recordó Leonid, el hijo de Anna Allilúieva.[12]

Svetlana trató de interceder ante su padre. Cuando le preguntó qué habían hecho sus tías y su prima, aquél le contestó: “Hablaban mucho. Sabían demasiado y hablaban demasiado. Y eso ayudaba a nuestros enemigos”. Todos debían rehuir a las familias de las personas purgadas, y ellas no lo habían hecho. Cuando Svetlana protestó, la amenazó: “Tú misma haces declaraciones antisoviéticas”.[13]

Alexándr, hijo de Zhenia, recordaba haberse encontrado a Svetlana en el Puente de Piedra aquel invierno. Ambos comprendían que era muy peligroso hablar abiertamente. La abuela

materna de Alexándr le advirtió: “No le escribas a la pecosa”. Se encontraban de vez en cuando, subrepticiamente, en la pista de patinaje entre las píceas.[14]

La abuela Olga todavía vivía sola en el Kremlin, donde se sentaba rumiando la suerte de sus cuatro hijos. Su hijo mayor, Pável, y su hija menor, Nadia, estaban muertos. Su segundo hijo, Fiódor, era discapacitado mental y vivía una vida a medias como consecuencia de un trauma sufrido en 1918, durante la Guerra Civil. Y su hija mayor, Anna, estaba en la cárcel. Olga no podía entender por qué Stalin había metido a Anna a la cárcel. A Svetlana le daba cartas para Stalin, en las que apelaba por la libertad de su hija, pero recibía las cartas de vuelta. ¿Qué caso tenía?

Tras los arrestos, no tardaron en prohibir a los nietos que visitaran el Kremlin, así que Olga iba cada fin de semana a verlos a sus departamentos en la Casa del Embarcadero. Para Olga estaba muy claro que Stalin era responsable del encarcelamiento de sus madres. Serguéi, hijo de Zhenia, recordaba sus visitas de esa época: “Abue se refería al lugar en el que nuestras madres estaban confinadas nada más y nada menos que en la Gestapo, aunque no se lo dijera en la cara a Stalin. ¡Sabía lo que significaba esa palabra! ¡Su humor negro! Sabía cosas; no tenía ilusiones. Tampoco estaba lejos de la verdad, como nos dimos cuenta después”.[15]

El abuelo Serguéi murió en 1945. Por suerte, no vivió para presenciar el arresto de su hija mayor, la niña que alguna vez había cargado municiones para la causa revolucionaria y se había negado a lavarse la mano durante un año entero después de saludar a Lenin con ella. Pero los ideales de Serguéi habían muerto mucho antes que él.

A pesar de los comentarios de la abuela Olga, la familia decidió concentrar su enojo en Lavrenti Beria. Alguien tenía que estar en contra de ellos. Debía ser Beria el que le llevara cuentos de deslealtad y perfidia a Stalin.

Beria era un mingreliano de Georgia occidental. La familia creía que había buscado la muerte del esposo de Anna, Stanislav Redens, en 1938, porque Redens sabía secretos de su pasado.[16] Diez años después, todavía creían que estaba tras ellos. Pero por mucho que Beria haya inflamado la paranoia de Stalin, él siempre tuvo el control. En vez de ver la oscuridad total y la desaparición de toda confianza que habría implicado echarle la culpa directamente a Stalin, la familia se aferró a sus ilusiones. Serguéi Allilúiev, hijo de Zhenia, admitió que eso les facilitaba las cosas. Era “más simple explicarlo todo así”. Alexándr Allilúiev dijo: “Es una protección natural”. Reprimir una idea terrible “evita que uno se vuelva completamente loco, que pierda la cabeza”.

Al mirar atrás, Serguéi añadiría: “Lo terrible para el país en los años treinta y cuarenta es que comenzaron a arrestar a gente por aquí y por allá, y la gente comenzó a acostumbrarse, como si fuera normal. ¡Eso es lo que era tan horrible! Todo el mundo creía que eso era lo que tenía que

ser”.[17]

Mientras tanto, Stalin estaba dedicado a una campaña más amplia, que exigía toda su atención. La Campaña Anticosmopolita estaba evolucionando hacia una gradual y metódica eliminación de la influencia judía en la vida social, política y cultural del país.

A Stalin le enfurecía en particular el Comité Antifascista Judío (CAJ), creado en 1942 y encabezado por Solomón Mijoels, director del Teatro Estatal Judío de Moscú. El tonto había servido como buena herramienta propagandística para ganar el apoyo de los judíos estadounidenses y decenas de millones de dólares de ayuda financiera, pero ahora estaba mostrando un “nacionalismo burgués” al intentar promover la identidad nacional y cultural judía.

La noche del 12 de enero de 1948 mataron a Solomón Mijoels. Svetlana declaró haber sido testigo del asesinato. Escuchó a su padre en el teléfono:

> Un día, en la dacha de mi padre, durante una de mis escasas reuniones con él, entré a su cuarto mientras hablaba con alguien por teléfono. Le estaban reportando algo y él escuchaba. Luego, como resumen de la conversación, dijo: “Bueno, es un accidente automovilístico”. Recuerdo tan bien su forma de decirlo: no una pregunta, sino una respuesta, una afirmación. No estaba preguntando, estaba sugiriendo: “un accidente automovilístico”. Cuando colgó, me saludó, y poco después dijo: “Mijoels murió en un accidente automovilístico”.

Cuando al día siguiente Svetlana fue a clases a la universidad, una amiga, cuyo padre trabajaba en el Teatro Judío, estaba llorando. Los periódicos reportaban que Solomón Mijoels había muerto en un “accidente automovilístico”. Pero Svetlana sabía la verdad.

> [Mijoels] había sido asesinado y no hubo accidente. “Accidente automovilístico” era la versión oficial, la coartada sugerida por mi padre cuando le reportaron el acto sombrío. Mi cabeza comenzó a palpitar. Conocía demasiado bien la obsesión de mi padre con conspiraciones “sionistas” a la vuelta de cada esquina. No era difícil adivinar por qué le habían reportado directamente ese crimen en particular.[18]

Mijoels había sido enviado a la ciudad de Minsk, en Belarús, para reseñar una obra que estaban considerando para el Premio Stalin. Se registró en el hotel. A la mañana siguiente, trabajadores callejeros descubrieron su cuerpo maltratado tirado en un montón de nieve. No hubo investigación ni esfuerzos por explicar por qué Mijoels había estado fuera de su hotel a medianoche, ni cómo podría haber ocurrido un choque automovilístico tan letal en una tranquila calle secundaria de la ciudad de Minsk.[19] En un funeral público elaboradamente montado, el cuerpo de Mijoels yació en el Teatro Estatal Judío de Moscú durante un día entero, mientras los

dolientes desfilaban ante él. Pero a pocas personas les impresionó la farsa de despedida ceremonial de uno de los directores y actores más famosos de la Unión Soviética.

Irónicamente, por razones estratégicas, el de Stalin fue uno de los primeros gobiernos en reconocer al Estado de Israel, en mayo de 1948, y aquel otoño le dio la bienvenida a Golda Meir, la embajadora israelí en la URSS. Stalin esperaba que el nuevo Estado judío tomara una postura prosoviética, pero cuando Israel se inclinó hacia Estados Unidos, Stalin enfureció. Miles de personas habían recibido a Golda Meir en mayo cuando asistió a una sinagoga en Moscú durante el Rosh Hashaná. Era claro para Stalin que los judíos rusos que apoyaran entusiastas a Israel eran sionistas peligrosos. Tenían amigos y lazos familiares en Estados Unidos. Si se desataba la guerra contra ellos, traicionarían a la URSS.

En 1948 comenzaron a aparecer artículos en *Pravda* y en *Kultura i zhizn* que acusaban a los críticos literarios, de música y de teatro, la mayoría de los cuales eran judíos, de "sabotaje ideológico". Los etiquetaron de "cosmopolitas sin raíces". Eran "gente sin identidad" y "vagabundos sin pasaporte".[20] Los judíos eran desleales por definición y se resistían al proyecto soviético de asimilación total de las etnias nacionales. Se identificaban como judíos. En 1952 ejecutaron a 12 miembros del CAJ.

Sin percatarse, Svetlana desempeñó un papel secundario en esa intriga. Sabiendo que era un objetivo, meses antes de su asesinato Solomón Mijoels había buscado información sobre Svetlana y Grigori Morózov, con la esperanza de que el judío Morózov intercediera ante su suegro para aplacar la virulenta campaña antisemita que estaba surgiendo en Moscú. Ese imperdonable acercamiento a su propia familia confirmó la decisión de Stalin de eliminar a Mijoels. El crimen era específico: "Mijoels conspiró con círculos de inteligencia estadounidense y sionista para recabar información sobre el líder del gobierno soviético".[21]

A finales de 1948 arrestaron a Iósif Morózov, el padre del ex esposo de Svetlana. Cuando Svetlana lo descubrió y acudió a su padre para apelar por la libertad del viejo, Stalin enfureció. "Ese primer esposo tuyo te lo echaron encima los sionistas", le dijo de nuevo. " 'Papá —traté de objetar—, a los jóvenes no podría importarles menos el sionismo.' '¡No! No entiendes —fue la respuesta mordaz—. Toda la generación vieja está contaminada de sionismo y ahora se lo están enseñando a los jóvenes también.' "[22]

Pero cuando se trataba de su familia, las razones de su padre eran personales.

Tratando de defender a su tía Zhenia, Svetlana le escribió una extraña carta a su padre el 1º de diciembre de 1945:

> Papochka:
>
> En cuanto a Zhenia, y ahora que la conversación sobre ella ha comenzado, me parece que este tipo de dudas te llegaron porque se volvió a casar muy rápido, y me compartió un poco la razón de eso. Yo no se lo

pregunté. Definitivamente te lo contaré cuando vengas. Si tienes este tipo de dudas de otra persona es indigno, aterrador e incómodo. Además, [el problema] probablemente no esté en Zhenia y en lo que sufre su familia, sino que la cuestión principal es: recuerda que se habló bastante de mí. ¿Y quiénes eran ellos? Pueden irse al diablo.

*Svetanka.*[23]

Nunca sabremos los detalles de esa conversación, pero Svetlana parecía creer que su padre todavía estaba enojado con Zhenia por haberse casado con tanta prisa tras la muerte de su esposo, Pável, en 1938. Por supuesto, circulaban rumores de que Zhenia se había vuelto a casar muy rápido para evitar la atención indeseada de Stalin. Ella y Stalin habían sido cercanos. Sin embargo, lo más convincente es que la prisa indecorosa de Zhenia la volviera poco fiable a ojos de Stalin. Svetlana le aseguró a su padre que sólo eran chismes y que ella podía explicarlo.

Pero puede haber sido más que eso. Stalin ahora estaba cuidando con esmero su reputación, y las tías "hablaban demasiado". Al mirar atrás, Svetlana concluiría: "No hay duda de que [mi padre] recordaba lo cercanas que habían estado [las tías] a todo lo que pasó en nuestra familia, que sabían todo del suicidio de mamá y de la carta que había escrito antes de su muerte".

Svetlana también recordaba la descripción que Zhenia hizo de su padre al desatarse la guerra en 1941. " 'Nunca había visto a Iósif tan aplastado y tan confuso', era la manera en que lo describió… 'Me asusté aún más cuando vi que él también estaba casi en pánico.' " Svetlana estaba segura de que su padre recordaba esto. Añadió con rencor: "No quería que los demás lo supieran. Así que Evguenia [Zhenia] Allilúieva pasó 10 años en confinamiento solitario".[24] ¿Podría ser que la razón del encarcelamiento de Zhenia fuera tan simple como el hecho de haber visto a Stalin en un momento de debilidad?

Sin embargo, parece probable que el encarcelamiento de Anna haya sido un acto de venganza personal de Stalin. La llamaba "una tonta sin principios… ese tipo de bondad es peor que cualquier maldad".[25] Durante los últimos años de la guerra, Anna le había ayudado a su padre, Serguéi, a escribir sus memorias. Su libro cuidadosamente autocensurado fue publicado con el título de *Proydenny put* [Un camino recorrido] en 1946, a un año de su muerte. Mientras tanto, Anna había decidido escribir sus propias memorias. Cuando entregó el manuscrito de *Reminiscencias* para el veto oficial, una periodista de nombre Nina Bam lo editó sustancialmente y pasó sin peligro con el triunfo de los bolcheviques en 1917. Parecían unas inofensivas y conmovedoras memorias personales, pero los miembros de la familia estaban horrorizados. Le rogaron que no publicara el libro. Anna sólo se rió y dijo que estaba trabajando en el segundo tomo.

Cuando *Reminiscencias* se publicó, en 1946, recibió halagos, pero la familia había tenido razón en advertir el peligro de ese hecho. En mayo de 1947 apareció una reseña salvaje en

*Pravda*, escrita por Piótr Fedoséiev, titulada “Pensamiento irresponsable”. El ataque era impresionante. Fedoséiev llamó a Anna un parásito que se alimentaba de Stalin y presumía de intimidad familiar. Las hagiografías y los encomios oficiales eran obligatorios, pero estaba prohibido escribir de Stalin de forma tan íntima. No quería que las historias personales oscurecieran al ícono.

Pero el reseñista, Fedoséiev, quería dejar claro un punto más amplio:

> Es, sobre todo, intolerable cuando autores de este tipo intentan escribir unas memorias sobre el desarrollo del Partido Bolchevique, [que encarna] la experiencia histórica de la lucha por la libertad del proletariado contra la esclavitud capitalista, por la creación de la forma de vida más justa y más libre en la Tierra.

Para proteger la “vida libre, alegre, realmente humana” que se suponía que era la sociedad soviética, Anna fue sentenciada a 10 años. Es difícil dar crédito, pero una gran porción de la población soviética, bombardeada de propaganda y aislada del resto del mundo, creía esa versión de sus vidas.

Sin embargo, el verdadero error de las memorias de Anna fue que no puso a Stalin en el centro de la historia. Su retrato de la Revolución estaba errado:

> “Stalin salvó la preciada vida de Lenin para el Partido, para el pueblo y para toda la humanidad al oponerse firmemente a la aparición de Lenin ante el tribunal [impuesto por el gobierno provisional] y al resistir las sugerencias de los traidores Kámenev, Rýkov y Trotski” (*Iósif Vissariónovich Stalin: Breve biografía*, p. 63). Ésa es la verdad real respecto a la cuestión que A. Allilúieva distorsionó y torció en sus seudomemorias.[26]

El reseñista concluyó que Anna era “una narcisista”, “una oportunista”, “una autopromotora”, que esperaba recibir muchas regalías. Svetlana podía ver las frases del catálogo de su padre enhebradas en la reseña.[27]

En retrospectiva, Svetlana lo explicaría así: “Mi padre necesitaba… sacar de la historia, de una vez por todas, a los que se habían interpuesto en su camino, a los que de hecho habían fundado y creado el Partido y logrado la Revolución”.[28] Lo que Anna hizo mal fue hablar de Stalin como ser humano. En su mente, él ya era un personaje histórico. El libro fue prohibido y Anna desapareció.

Svetlana vio poco a su padre durante esa época tortuosa, pero a principios de noviembre de 1948, cuando estaba de vacaciones en el sur, Stalin la convocó para que lo visitara en su dacha. “De pronto comenzó a hablarme por primera vez de mi madre y cómo murió.” De hecho, era 8 de noviembre, aniversario de la muerte de Nadia. “Me tomó por sorpresa —recordó—. No tenía idea de qué decir, le tenía miedo al tema.”

Stalin seguía buscando culpables. “Qué pistolita tan miserable era —comentó—. No era más

que un juguete. Pavlusha se la había llevado. ¡Qué lindo darle eso a alguien!" Luego recordó lo cercana que fue Nadia respecto de Polina Mólotov. Polina había sido "mala influencia". Comenzó a maldecir la novela *El sombrero verde*, que Nadia había estado leyendo poco antes de morir. En varias ocasiones declaró que ese "libro vil" le había distorsionado el pensamiento.[29]

*El sombrero verde*, publicado en 1924, era una novela rosa mediocre, probablemente aceptable en los círculos bolcheviques porque satirizaba a la clase alta británica. En la novela, la heroína aristócrata y moralista, traicionada por su amante, se suicida como gesto de su desprecio hacia la aprobación de su círculo de élite. Un libro no mató a Nadia, pero Stalin creía que había influido en su decisión de suicidarse. Esta similitud traza un retrato de Nadia como una mujer joven con un orgullo heladamente inquebrantable y un extraño idealismo.[30] En los círculos culturales de la década de 1920 varios suicidios, especialmente los de los poetas Maiakovski y Yesenin, habían creado cierto culto romántico por el suicidio. Claro que eso sólo era en el círculo de la *intelligentsia*. Normalmente, el suicidio era considerado una traición contra la colectividad.

A Svetlana toda la conversación con su padre le resultó terriblemente dolorosa. Sentía que estaba buscando cualquier razón, excepto la verdadera para el suicidio de su madre: se negaba a ver las cosas que habían hecho tan insoportable la vida de Nadia con él. Y de pronto estaba asustada. Su padre parecía estar hablándole como adulta por primera vez, pidiéndole su confianza. "Pero habría preferido que me tragara la tierra a tener ese tipo de confianza."

Aquel noviembre, Svetlana regresó a Moscú con su padre. Cuando el tren se detenía en las estaciones, se bajaban a pasear. No había más pasajeros y las plataformas estaban vacías. Stalin caminaba hasta la locomotora, charlaba con el ingeniero y con los pocos trabajadores ferroviarios que tenían pase de seguridad, y luego regresaba al tren, al parecer sin percatarse de que todo el asunto era "un espectáculo siniestro, triste, deprimente", como lo veía Svetlana. Su padre era prisionero de su propio aislamiento, un aislamiento qué él había construido. Antes de que el tren entrara a la estación de Moscú, se desvió a un apartadero, y los dos pasajeros descendieron. El general Vlásik y los guardaespaldas estaban ahí para recibirlos, jadeando y protestando mientras Stalin los insultaba.[31]

Padre e hija se separaron, ninguno de ellos satisfecho con el otro. Para Svetlana era imposible estar con su padre. Después de verlo, siempre le tomaba días recuperar el equilibrio. "Ya no sentía nada por mi padre, y después de cada reunión tenía prisa por alejarme."[32] Sin embargo, eso no era del todo cierto. Svetlana nunca pudo repudiar por completo a su padre. Su negra sombra siempre se mantuvo sobre ella, imposible de exorcizar. Estaba el padre al que le tenía lástima y estaba el dictador. Siempre creería que, en algún lugar de su interior, su padre la quería.

# 9

## Todo en silencio, como antes de la tormenta

En 1949 Svetlana estaba viviendo otra vez en el departamento del Kremlin. Como lo había hecho desde hacía años, su padre vivía en la dacha de Kuntsevo. Iván Borodachev, comandante de seguridad del Estado, manejaba el hogar con rigor. Mantenía una lista de cualquier libro que Svetlana tomara de la biblioteca de su padre para leerlo en el comedor y los tachaba cuando los regresaba a los estantes. Después de la guerra, Stalin había iniciado un régimen de prueba de toda su comida. Doctores especiales analizaban químicamente cada pizca de comida que llegara de la cocina. Todos los alimentos llegaban con sellos oficiales: no se hallaron elementos venenosos. De vez en cuando "el doctor Diákov se aparecía en nuestro departamento del Kremlin con sus tubos de ensayo y tomaba muestras del aire en nuestros cuartos". Svetlana comentó secamente: "Si consideramos que… los sirvientes que limpiaban los cuartos sobrevivieron, todo debe haber estado en orden".[1]

Svetlana ahora era una mujer divorciada con un hijo de cuatro años. Su nana, Alexandra Andréievna, cuidaba de Iósif en la dacha de Zubalovo. Aquella primavera Stalin visitó la dacha para conocer a su nieto. A Svetlana le aterraba la idea de la visita de su padre. Como se había negado a conocer a Grigori Morózov, le preocupaba que también rechazara a su hijo. "Nunca olvidaré lo asustada que estaba", dijo en retrospectiva. Iósif "era muy atractivo, tenía un aire un poco griego o georgiano, con unos ojos judíos enormes y brillantes y pestañas largas. Estaba segura de que mi padre no lo aprobaría. No se me ocurría cómo podría hacerlo".[2]

Sin embargo, Stalin reaccionó con calidez ante el niño y jugó con él media hora en el bosque. Hasta halagó al pequeño Iósif: "Es un niño guapo: tiene lindos ojos", palabras de afecto de un hombre truculento que rara vez halagaba. Stalin sólo vería a su nieto dos veces más. Irónicamente, Iósif recordaría a su abuelo con cariño; siempre tuvo una fotografía de él en su escritorio.

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

Svetlana con sus primeros dos hijos, Iósif y Katia, en 1953.

Svetlana se graduó de la Universidad de Moscú en junio de 1949, con especialidad en historia moderna. Inmediatamente entró a la maestría en literatura rusa. Esta vez su padre fue indiferente a su pasión por "¡esos bohemios!"

Si la versión de Svetlana de sí misma es que era pasiva y vulnerable, los demás no siempre la veían así. Su primo Vladímir dijo que su carácter era "duro y desequilibrado", aunque fuera "valiente e independiente, con sus propios principios, acorde con la tradición de los Allilúiev".[3] Su amigo Stepán Mikoián sentía que su timidez en parte era un camuflaje. "Svetlana era muy tímida y tranquila cuando todo estaba tranquilo, y cuando estaba en contra de algo, era muy fuerte."[4]

Kandid Charkviani, entonces primer secretario del Partido Comunista de Georgia, quien había conocido a Svetlana de niña, recordaba haberla visto una vez en el lago Ritsa, donde Stalin estaba de vacaciones. Svetlana había ido de visita. Según Charkviani, podía hacerle frente a su padre. Después de algunos días, en presencia de él y de Mikoián, le dijo a su padre que quería

irse a Moscú. Stalin no quería dejarla ir: "¿Por qué la prisa? —preguntó—. No estás en casa de un extraño, ¿o sí?" Le contestó que tenía asuntos urgentes.

"Dejemos de discutir esto, vas a quedarte aquí, conmigo", insistió Stalin.

Pero a lo largo de la noche, Svetlana repitió su petición. Finalmente, Stalin perdió la paciencia: "Está bien, si eso es lo que quieres, vete. No puedo obligarte a que te quedes por la fuerza", le dijo a su caprichosa hija, y ella se fue feliz a su cuarto, probablemente a empacar.

Charkviani recordaba el comentario de Mikoián al salir del comedor: "Eso lo sacó de su padre: lo que quiera que le surja en el corazón, definitivamente tiene que hacerlo".[5]

Pero sus rebeliones eran menores. En el otoño de 1949, según Svetlana, su padre arregló que se casara con Yuri Zhdánov, hijo del difunto presidente del Soviet Supremo y su antiguo segundo al mando, Andréi Zhdánov, que había muerto el verano anterior. Svetlana recordó: "Mi padre… siempre tuvo la esperanza de que las dos familias se unieran en matrimonio", como si fuera una boda entre dinastías.[6] Stepán Mikoián estaba de acuerdo en que el matrimonio fue idea de Stalin. Lo sabía: él había sido uno de los candidatos a consideración hasta que se casó.[7]

Según Mólotov, de sus ministros "Stalin quería más a [Andréi] Zhdánov. Lo valoraba por sobre todos los demás".[8] Zhdánov era divertido, desenfadado e inofensivo. Stalin lo había hecho jefe de Ideología, encargado de aplicar la Campaña Anticosmopolita de represión contra los artistas y los intelectuales, lo que hizo de una forma tan despiadada que le pusieron su nombre: Zhdánovshchina, el periodo de Zhdánov.

Stalin tenía un lazo igual de fuerte con el hijo de Zhdánov, Yuri, quien desde su más temprana adolescencia solía quedarse en la dacha de Stalin en Sochi. Yuri apenas tenía 28 años y acababa de titularse como químico cuando Stalin lo nombró jefe del Departamento de Ciencias del Comité Central. Yuri le diría más tarde a Svetlana que él no había querido el puesto. "Ay, ya conoces esos lugares. La entrada es gratis, pero pagas al salir", diría.[9] Pero uno no le negaba nada a Stalin.

Aun así, es impresionante que Yuri haya entrado tan despreocupadamente a su boda: ya había probado la ira de Stalin. El año anterior se había embrollado en lo que se conocería como el Caso Lysenko.

T. D. Lysenko era un agrónomo farsante que dominaba el mundo de la botánica soviética. Rechazó los descubrimientos modernos de la genética y declaró haber producido nuevos vegetales mediante un proceso de hibridación: su más famoso fue una papa-jitomate. Era ciencia absurda, pero a Stalin le encantaba, así que nadie se atrevía a desafiarlo.[10]

El 10 de abril de 1948 Yuri ofreció una ponencia que era "ligeramente crítica" de las teorías de Lysenko, aunque no lo mencionó por su nombre. Yuri, su padre Andréi y otros dos, que habían aprobado la ponencia, fueron convocados a una reunión del Politburó en la oficina de Stalin en el

Kremlin al día siguiente. Stalin estaba furioso. “Esto es inaudito. Presentaron un reporte del joven Zhdánov sin conocimiento del Comité Central.” Hay reportes de que Stalin dijo: “Tenemos que castigar al culpable de forma ejemplar. Es necesario interrogar al padre y no a los hijos”. Dos meses después, Andréi Zhdánov, que bebía bastante, sufrió un infarto y lo mandaron a recuperarse a un sanatorio en Valdái. Murió a finales de agosto, de una trombosis coronaria masiva.

Yuri Zhdánov no tardó en publicar una carta de disculpa en *Pravda*, dirigida al camarada I. V. Stalin, en la que admitía sus “errores”, propiciados por “falta de experiencia e inmadurez”.[11] Su disculpa no fue sincera, por supuesto, pero el joven, aterrado, puso su vida antes que su ciencia. A Svetlana le dijo en privado: “¡Ahora la genética está acabada!”[12]

Claramente, Stalin lo había perdonado. Según Sergó Beria, a quien le encantaba el chisme, Stalin jugó al alcahuete. “Me gusta [Yuri] —le dijo a Svetlana—. Tiene futuro y te quiere. Cásate con él.”[13] Svetlana declaró que estaba cansada de resistirse a su padre —ahora estaba viejo— y simplemente cedió. Stalin no asistió a su elaborada boda, pero el gobierno organizó su luna de miel en el Mar Negro. Salió mal. A ella le encantaba el mar; él se mareaba. A él le encantaban las montañas; ella sufría mal de altura.

Los parientes y amigos sintieron que Yuri había dado buena impresión. Stepán Mikoián lo recordaba “sereno e inteligente, pero divertido a la vez”. Era un buen pianista aficionado.[14] Yuri adoptó de inmediato al hijo de Svetlana, Iósif, y madre e hijo se mudaron al espacioso departamento de la familia Zhdánov en el Kremlin.

Testigo de la vida de Svetlana en esa época fue la actriz Kyrá Nikoláievna Golovkó.

Kyrá conoció a Svetlana y a Zhdánov en el verano de 1949, cuando ella y su esposo, Arseni, que era jefe de personal de la marina de la URSS, estaban de vacaciones en el mismo spa. La pareja no tardó en mudarse a la Casa del Embarcadero. No habían querido mudarse al “Centro de Detención” en lugar de a su cómodo departamento de tres habitaciones, pero la sugerencia vino de Stalin. Como lo dijo Kyrá: “[Stalin] se preguntó de paso si no querríamos mudarnos. Rara vez era directo con ese tipo de cosas”.[15] Pero pudo haber sido fatal no entender la indirecta. La pareja recibió el departamento de cinco habitaciones de un almirante de la marina que había sido arrestado por entregar secretos militares a los británicos y a los estadounidenses.

En la Casa del Embarcadero organizaron pequeñas fiestas para la familia y amigos íntimos. La primera noche que acudieron Yuri y Svetlana, aquél inmediatamente fue hacia el piano, tocó e invitó a Kyrá a que se le uniera en dueto. Las fiestas caseras eran animadas, con cantos, baile, discos y discusiones. Pero Kyrá se percató de que Svetlana se sentaba en un rincón, “de alguna manera retirada de toda compañía”, hablaba en silencio y nunca bailaba. Se vestía de cierta forma estricta, con vestidos a la medida de materiales caros, casi siempre adornados con un

pequeño diamante o un broche de granate. Kyrá notó que era delgada, con una hermosa figura atlética. Usaba tacones bajos y se encorvaba un poco, probablemente porque su esposo era más bajo.

Un día, Svetlana le preguntó a Kyrá cómo había entrenado su voz. Kyrá contestó que tenía una maestra maravillosa, una antigua aristócrata de nombre Sofía Raczynskáia. Svetlana estaba emocionada. Se quejó de que, por naturaleza, tenía una voz muy baja, y ahora, como estudiante de posgrado, debía dar clase en la universidad. Además, Yuri tenía una voz maravillosa. "Es muy gregario y le encanta cantar, mientras que yo, como puedes ver… Yuri está en el piano y yo me siento sola." Kyrá prometió pedirle a su maestra que le diera clases de voz a Svetlana.

Cuando Kyrá la abordó al día siguiente, a Raczynskáia casi le da un infarto. Se desplomó y sus manos temblaban mientras decía: "¡Kyrá! ¿Qué me estás haciendo?" Kyrá la ayudó a sentarse. Le explicó lo linda que era Svetlana. Tras mucha persuasión, Raczynskáia accedió. "Bueno, Kyrá, lo haré por ti."

Pocos días después, Raczynskáia esperaba la llegada de su nueva pupila.

Vivía en un departamento comunal en la calle Voróvskogo, en un cuarto muy grande lleno de gabinetes antiguos, un piano, pilas de libros y cajas de recuerdos. Dos horas antes de la clase tocaron a la puerta. Entraron tres hombres vestidos de civiles. Registraron su cuarto, lo pusieron todo de cabeza. No se dijo nada. Antes de irse, devolvieron todo a su lugar exacto.

Svetlana, ignorante de lo que acababa de pasar, llegó 20 minutos después con flores, una caja de dulces y dos bolsas de comida. Raczynskáia no tardó en aprender a no contarles a sus amigos acerca de Svetlana. Cuando le habló a un conocido de su nueva pupila, desapareció de su vida durante años.

Las clases continuaron. Cada vez, tres policías vestidos de civiles llegaban dos horas antes que Svetlana para "sacudir" el cuarto. Cada vez eran tres hombres distintos, pero cada vez se comportaban de manera idéntica. Perturbada por ese mimetismo mecánico, Raczynskáia le habló a Kyrá para reportarle la trinidad de trajeados. Sintiéndose culpable, Kyrá dijo que le pediría a Svetlana que dejara las clases. Raczynskáia contestó: "¡No, no! Si Svetlana lo necesita, continuaremos". Como dijo Kyrá: "Sofía Andréievna, a pesar de su edad, era una jugadora".

Así vivía gran parte de la *intelligentsia* soviética, sobre todo en Moscú. Espías, informantes, la policía secreta eran legión. Nunca era posible entender qué sucedía tras bambalinas; uno sólo sentía el impacto. Era como vivir en arenas movedizas y fingir que el piso era sólido.

Fue por ceguera voluntaria que Svetlana, quien le daba la mayor importancia al arte y a la literatura, siguió la directiva de su padre y terminó en el hogar de los Zhdánov. Como ejecutor de la Zhdánovshchina, el padre de Yuri había sido el funcionario más odiado por artistas e intelectuales. Había suprimido la música de Prokófiev, Khachaturián y Shostakóvich, por "extraña al pueblo soviético y a su gusto artístico", y había prohibido la obra de muchos

escritores.[16]

La Galería Tretiakov, a donde Svetlana solía ir con su amado Alexéi Kápler, montó una exposición aquel invierno de 1949 en honor del septuagésimo cumpleaños de Stalin (en realidad cumplía 71). Cada lienzo era un retrato grotesco de Stalin: el abuelo amable, el héroe de guerra, el caballero legendario. Cuando vio la exhibición, Svetlana quedó devastada. Estaban prostituyendo el arte para gratificar a su padre. Pero ahí estaba ella en la familia Zhdánov, donde se había originado la Zhdánovshchina. ¿Qué esperaba?[17]

Todo el proyecto marital resultó un desastre, otro error. Incluso, tras la muerte de Zhdánov el año anterior, su familia mantenía la retórica de *pártiinost* (mentalidad de partido). El departamento estaba lleno de botín —jarrones, alfombras, obras de arte— traído de Alemania tras la guerra. "El espíritu partidista más ortodoxo regía en la casa en la que vivía, pero… todo era hipócrita, una caricatura meramente de espectáculo."[18]

Svetlana no tardó en embarazarse de nuevo. Durante todo el primer invierno de su matrimonio estuvo muy enferma. Entró al hospital aquella primavera de 1950 y se quedó ahí un mes y medio. Resultó que Svetlana y su esposo tenían tipos de sangre incompatibles, lo que le provocó a ella una toxicosis que le afectó los riñones. Casi muere. Su bebé nació en mayo, prematura dos meses, y tras el parto Svetlana pasó otro mes en el hospital.[19]

Sintiéndose sola y con falta de cariño, acudió a su padre para desahogar sus penas, y le dijo de su nueva nieta, Yekaterina (Katia).

Stalin le contestó:

> ¡Querida Svetochka!
>
> Recibí tu carta. Estoy muy contento de que hayas salido sin mayor problema. Los padecimientos de los riñones son cosa seria. Ni qué decir de tener un hijo. ¡¿De dónde sacaste la idea de que te había abandonado?! Es el tipo de cosas que la gente sueña. Te aconsejo que no creas en tus sueños. Cuídate. Cuida a tu hija también. El Estado necesita gente, incluso a los prematuros. Sé paciente un poco más de tiempo: nos veremos pronto. Le mando un beso a mi Svetochka.
>
> *Tu papito*[20]

Aunque su padre no la visitó en el hospital, a Svetlana le alegró recibir su carta. Pero siempre había un comentario cruel: el Estado necesitaba a su bebé prematura, quien en ese instante estaba luchando por su vida.

El matrimonio duró un año más, pero era obvio para Svetlana y para Yuri que estaba condenado al fracaso. Svetlana y la madre de Yuri no se aguantaban. En la Sección de Ciencias del Comité Central, Yuri seguía sintiendo apretarse el nudo. En vez de acercarse, ambos se refugiaron en sus propias cuitas. Svetlana se quejaba:

> Él llegaba tarde a casa, pues era costumbre en aquellos años trabajar hasta las 11 de la noche. Tenía sus propias preocupaciones, y con su falta de emoción innata no tenía el hábito de prestarle mucha atención a mis cuitas ni a mi estado mental. Además, cuando estaba en casa, se hallaba completamente bajo el pulgar de su madre… A mí, con mi crianza más relajada, no tardó en serme imposible respirar.[21]

Es difícil pensar que la crianza de Svetlana haya sido relajada. Probablemente se refería a que su hogar estaba lleno de ruido emocional: la abuela Olga, Anna y Zhenia siempre decían lo que pensaban. Y ella, tras la fachada pública dócil, era "vehemente respecto a todo".[22]

Pero era más complicado que las fachadas. Ni a ella ni a su esposo les era posible ir a los oscuros espacios interiores en los que ardían el miedo y el enojo. No era posible afrontar emociones reales en esas familias en las que no se decía nada. ¿Acaso ella y Yuri reprocharon al padre de él, al de ella, lo que estaba pasando en el mundo más allá de sus paredes? Parece imposible. ¿Acaso lo que ella llamaba una "falta de emoción innata" era simplemente la incapacidad de hablar con franqueza? Y sin embargo también era verdad que en los círculos bolcheviques ortodoxos ciertos tipos de emociones eran considerados como debilidad o autoindulgencia.

Su vieja conocida, la actriz Kyrá Golovkó, pasaba frente al Kremlin un día. Cuando ésta oyó una voz que la llamaba, tembló de miedo, pero luego levantó la vista y vio que Svetlana se le acercaba. Habían perdido el contacto, cada una consumida por sus propias preocupaciones.

Svetlana le rogó a Kyrá que caminara con ella. Necesitaba hablar. Le dijo que quería divorciarse de Yuri. Kyrá se sorprendió. Para ella, Yuri y Svetlana habían parecido tan enamorados: esas clases de voz, usar tacones bajos, "todo lo hacía por Yuri". Y estaba su hija nueva, Katia.

Kyrá recordaba las palabras de Svetlana:

> "Es la madre de Yuri. Desde el principio estuvo en contra de que me casara con él. Y ahora todos estamos al borde del desastre. Incluso llegó al punto de que acudí corriendo a mi padre."
>
> "¿Y él qué dijo?", pregunté.
>
> "Dijo que el matrimonio es una cadena interminable de concesiones mutuas y que si das a luz a un hijo, tienes que salvar a la familia de alguna forma."
>
> "¿Le contaste a Yuri sobre esa conversación?"
>
> "Sí, pero casi no tuvo efecto. Su madre cree que yo arruiné su talento como científico y como pianista."

Para entonces, las dos mujeres habían llegado al Teatro de Moscú, donde se separaron. Kyrá comentó: "Así terminó mi relación relativamente cercana con Svetlana".[23]

Svetlana y Yuri se separaron. A sabiendas de que no les permitirían divorciarse sin el permiso de Stalin, le escribió cautelosamente a su padre, con la firma: "Tu ansiosa hija":

*10 de febrero* [sin año]

Querido Papochka:

Me gustaría mucho verte para contarte cómo estoy viviendo. Me gustaría decirte todo esto en persona: cara a cara.

Respecto de Yuri Andréievich Zhdánov, finalmente decidimos separarnos, incluso antes de Año Nuevo… Durante dos años, no hemos sido marido y mujer, sino algo indescriptible.

Sobre todo después de que me demostró —no con palabras, sino con acciones— que no me tiene cariño, ni un poco, y que no me necesita. Y después de eso repitió, por segunda vez, que debería dejar a mi hija con él. Definitivamente no…

Así que, Papochka, espero verte, y tú, por favor, no te enojes conmigo por informarte de estos sucesos *post-factum*. Estabas consciente de esto desde antes.

Te mando un beso profundo.[24]

En el verano de 1952 Svetlana obtuvo permiso de su padre para divorciarse de Yuri.

Otra vez es Kandid Charkviani quien reporta la historia acerca de cómo Svetlana abordó a Stalin para hablarle de sus últimas intenciones:

Yo ya había llegado a la residencia de Stalin en Kuntsevo. Tras una breve discusión, I. Stalin se disculpó. "No te aburras", dijo, y salió del cuarto. Un rato después volvió recién rasurado y con un saco y pantalones de servicio bien planchados. Antes de comenzar a discutir los asuntos que había traído, tocaron a la puerta. La invitada resultó ser Svetlana. Stalin la saludó con entusiasmo, la besó y, mientras señalaba su saco, dijo: "Mira cómo me arreglé para ti, hasta me rasuré". Svetlana me dio la mano y nos sentamos todos a la mesa.

Tras intercambiar algunas banalidades, cundió el silencio. Stalin esperaba que Svetlana comenzara a hablar, pero ella se mantuvo callada.

"Ya sé qué vas a decir —dijo Stalin por fin—. ¿Así que aún insistes en tu decisión de divorciarte?"

"¡Padre!", rogó Svetlana…

"¿Qué te molesta? ¿Por qué quieres el divorcio?"

"No soporto a mi suegra. No he logrado ajustarme a sus costumbres", murmuró Svetlana.

"¿Y tu esposo? ¿Qué dice tu esposo?"

"Apoya a su madre en todo."

"Está bien, si es lo que decidiste, divórciate. Esas cosas no se pueden arreglar por la fuerza. Pero quiero que sepas que no me gusta tu actitud hacia la vida en familia."[25]

En retrospectiva, Svetlana diría que Zhdánov era muy inteligente, culto y talentoso en su campo, y un padre maravilloso, pero que vivían en universos diferentes. Él también quería el divorcio. Se mantuvo amistoso con ella y dedicado a su hija, Katia, y se llevaba a ambos niños en sus caminatas y expediciones arqueológicas.[26]

Stalin le dio permiso a su hija dos veces divorciada de irse del Kremlin, y le asignó un departamento en la Casa del Embarcadero. Su antigua nana, Alexandra Andréievna, la acompañó, quizás más como responsabilidad que como ayuda. El departamento número 179, en el tercer piso, entrada siete, era modesto —cuatro habitaciones y una cocina—, pero

definitivamente de un lujo extremo comparado con los departamentos comunales en los que estaba hacinada la mayoría de los moscovitas, donde varias familias podían compartir un solo cuarto dividido con planchas de triplay y siempre había peleas por la cocina y el baño comunales, y reportes constantes al Comité de Alojamiento por niños ruidosos criados como vándalos.

Svetlana ya tenía 26 años y estaba en el último año de su maestría. Su padre le preguntó cómo iba a sobrevivir. Como había dejado a Zhdánov, no tenía derecho a una dacha gubernamental ni a un carro oficial con chofer. Una nueva ley de 1947 había decretado que los parientes de los miembros del gobierno ya no serían alimentados y vestidos con fondos públicos. Svetlana recordó que su padre prácticamente le escupió: "¿Y tú qué eres, un parásito que vive de lo que le dan?… Departamentos, dachas, coches, no creas que son tuyos. Nada de eso te pertenece".

Ella le explicó que no necesitaba una dacha ni un chofer. Su beca de estudiante de posgrado bastaba para pagar sus comidas, las de los niños y el departamento. Su padre se calmó. Creyendo que era una cifra magnífica, le dio varios miles de rublos. No sabía que la moneda estaba tan devaluada que esa cantidad apenas cubriría los gastos durante un par de días. Svetlana no dijo nada.[27] Llevó a los niños a visitar a Stalin en su dacha el 8 de noviembre. Fue la primera vez que éste vio a Katia, de dos años y medio, y la única vez que estuvieron juntos él, Svetlana y sus dos nietos. También era el vigésimo aniversario de la muerte de Nadia, aunque no lo mencionaron. Svetlana se preguntaba si su padre recordaría que era la fecha en la que su madre se había suicidado.

Odiaba la dacha de su padre. Los cuartos eran feos. Tenía enormes fotografías cortadas de la revista *Ogoniok* colgadas de los muros en marcos baratos: una niñita con un becerro, algunos niños sentados en un puente. Niños de otros. Ni una sola fotografía de sus propios nietos. Los cuartos idénticos —un sillón, una mesa, sillas; un sillón, una mesa, sillas— la asustaban. La pequeña fiesta salió bien, pero Svetlana sintió que la reacción de su padre hacia ella era de indiferencia. En cuanto vio a Katia, Stalin se echó a reír. Svetlana se preguntaba si a su padre le habría gustado que fueran una familia otra vez. Cuando fantaseaba que ella y sus hijos vivirían con él bajo el mismo techo, se daba cuenta de que su padre estaba acostumbrado a la libertad y a su soledad, que aseguraba que había logrado apreciar durante sus largos exilios siberianos. "Nunca habría creado un solo hogar, algo remotamente parecido a una familia, una existencia compartida, aunque los dos lo quisiéramos. Supongo que en realidad no quería."[28]

Fue sola y sin regalo a celebrar su cumpleaños número 73 (74) el 21 de diciembre. Beria, Malenkov, Bulganin y Mikoián estaban en la fiesta. Khrushchov entraba y salía. Mólotov no era bienvenido: Stalin lo había señalado para una humillación salvaje en el Decimonoveno Congreso de aquel octubre, y su esposa, Polina, había sido exiliada a Kazajistán por hablar en *yiddish*

durante un coctel oficial y declarar descuidadamente que era “hija del pueblo judío”.[29]

Stalin estaba animado. El personal de la cocina preparó un festín georgiano. Incluso con las “pruebas de veneno” realizadas en la cocina Stalin se aseguraba de que alguien probara cualquier platillo antes de comerlo. Khrushchov recordaba el ritual: “Stalin decía: ‘Mira, aquí están los menudos, Nikita. ¿Ya los probaste?’ ”. Khrushchov contestaba: “ ‘Ay, se me había olvidado’. Me daba cuenta de que quería probarlos él, pero le daba miedo. Yo los probaba y sólo entonces comía él también”.

Cuando Stalin puso canciones populares rusas y georgianas en el gramófono, todos comenzaron a bailar. Khrushchov lo describió así: “Deambulaba por ahí con los brazos extendidos. Era evidente que nunca había bailado antes”. Entonces apareció Svetlana. Khrushchov recordó:

> En cuanto apareció esta joven sobria, Stalin hizo que bailara. Yo notaba que estaba cansada. Apenas se movía al bailar. Bailó un poco y trató de detenerse, pero su padre siguió insistiendo. Ella fue a pararse junto al reproductor, con el hombro recargado contra la pared. Stalin fue hacia ella y yo me les uní. Nos paramos juntos. Stalin se tambaleaba. Dijo: “Bueno, idiota, Svetlanka [*sic*], ¡baila! ¡Tú eres la anfitriona, así que baila!”
>
> Ella dijo: “Ya bailé, papá, estoy cansada”. Ante eso, Stalin la agarró del fleco con el puño y jaló. Pude ver que su cara se enrojecía y se le humedecían los ojos… La jaló más fuerte y la arrastró a la pista.[30]

Svetlana negó que su padre la hubiera jalado del pelo hasta la pista, pero esa fiesta de cumpleaños fue su último encuentro con él. Stalin definitivamente estaba borracho. Tal vez estuviera presumiendo. Justo estaba tramando su última y más aterradora campaña ideológica: el “Complot de los Médicos”.

El 13 de enero de 1953 la agencia de noticias TASS publicó una declaración del gobierno que anunciaba oficialmente el complot.

> De última hora.
>
> Arresto de un grupo de médicos subversivos.
>
> Hace algún tiempo, los cuerpos de seguridad del Estado descubrieron a un grupo de médicos terroristas que se propusieron interrumpir las vidas de figuras públicas prominentes de la Unión Soviética al administrarles tratamientos dañinos.[31]

El editorial de *Pravda* de aquel día se tituló: “Espías y asesinos malvados enmascarados de profesores en medicina”. Los “médicos asesinos” fueron llamados “homicidas de bata”. Nueve doctores, seis de ellos judíos, fueron identificados por su nombre.

El doctor Yákov Rapoport, un distinguido patólogo soviético, fue arrestado el 3 de febrero. En sus memorias describió la atmósfera de esos días: “Estábamos conscientes de una creciente

densidad de la atmósfera política y social, una densa opresión cercana a la asfixia. El sentimiento de alarma, la premonición de un desastre terrible e inevitable, a veces lograba una intensidad de pesadilla, apoyada, además, por hechos reales".[32]

El público, en histeria colectiva por los reportajes, maldijo a los asesinos sanguinarios y clamó venganza. La gente se negó a que la trataran médicos judíos.

El doctor Rapoport fue arrestado por homicidio y por ser miembro de una organización terrorista antisoviética. Como todos los médicos, lo sometieron a un "levantón secreto", el término que utilizaba la MGB para una desaparición repentina. Los hombres de la MGB llegaban por sus objetivos a media noche, registraban todas sus pertenencias y confiscaban libretas de ahorros, bonos y todo el dinero. Era una estrategia para empobrecer a las familias y ver qué conspiradores amigos acudirían en su ayuda. Al encontrar a la esposa o a los hijos de un arrestado en la calle, la gente evitaba mirarlos. Los prisioneros iban a la Cárcel de Lubianka o a la de Lefórtovo. Como no tenían idea de qué estaba pasando, los parientes esperaban aterrados a que la policía secreta volviera.

El doctor Rapoport recordaba que, "al principio, el Complot de los Médicos no tenía tintes nacionalistas; estaban implicados médicos rusos y judíos. Pero no tardó en tomar un matiz antisemita". Había judíos en todos los estratos de la sociedad soviética y Rusia tenía un largo historial de antisemitismo al cual acudir para inducir a la gente a creer cualquier calumnia en su contra. Lo único que Stalin necesitaba eran las confesiones de los médicos. La estrategia probada era simple: "Si confiesan, debe ser verdad".

También es prácticamente seguro que habría seguido un "Complot de los Escritores". El reporte de una fuente en el Sindicato de Escritores, enviado al Departamento de Propaganda del Comité Central, sostenía que la *Gaceta Literaria* "mimaba a los judíos y estaba dominada por judíos". Su editor, el reconocido escritor y héroe de guerra Konstantín Símonov, supuestamente era Simónovich, nacido en una familia judía, hijo de un tabernero de la finca de la condesa Obolénskaia. De hecho, Símonov no era judío. Era hijo de la princesa, no condesa, Obolénskaia, y su padre era Mijaíl Símonov, un coronel del ejército zarista. Símonov se rió cuando oyó la calumnia, pero no tardaría en preocuparse al descubrir que lo estaban identificando como jefe de un grupo de personas en el mundo literario moscovita conectado con la conspiración cosmopolita. Su editor le advirtió: "Hay unos bastardos allá afuera que quieren cavar tu tumba, pase lo que pase. Y recuérdalo, por absurdo que sea, lo dijeron con tanta seriedad que no podía creer lo que oía".[33] Así se convertía uno en objetivo.

Svetlana recordaba la atmósfera de ese último año. "Durante el invierno de 1952-1953 la oscuridad se tornó insoportablemente densa." Fue "horriblemente difícil para mí, como para todos. Todo el país se estaba asfixiando. Las cosas eran insoportables para todos".[34] Había

tantos parientes, amigos y conocidos en la cárcel o en un campo: sus tías y su prima por "balbucir" demasiado, Polina Mólotov por conspiración sionista, y Lina Stern por ser miembro del Comité Antifascista Judío. Svetlana había consultado a Stern por el tratamiento de meningitis tuberculosa del hijo de una amiga íntima.

Svetlana escuchó cómo Valechka, la fiel ama de llaves de su padre, le dijo que Stalin estaba "extremadamente preocupado por cómo resultaron las cosas". Valechka le había oído decir que "no creía que los doctores fueran 'deshonestos' y que la única evidencia en su contra eran los 'reportes' ".[35] Pero hasta Svetlana debió haber sabido entonces que era una formalidad de su parte. Stalin, el actor consumado, fingía mantenerse al margen mientras los demás le entregaban reportes de enemigos, a quienes no podía negarse a castigar, mientras que, por supuesto, era el titiritero que manipulaba los hilos tras la escenografía.

En ese entonces, Svetlana oyó rumores de que era inminente una tercera guerra mundial contra Occidente. Un amigo de su hermano, coronel de artillería, le dijo: "Ahora es momento de comenzar, de luchar y conquistar, mientras tu padre sigue vivo. Ahora podemos ganar". ¿En serio estaba en pie esa conspiración bélica? Los amigos de Vasili eran impulsivos y poco confiables, pero George Kennan, el embajador estadounidense en la URSS, fue expulsado sólo cuatro meses después. Aun así, es poco probable que Stalin planeara una guerra total. Algunos historiadores creen que estaba organizando una importante deportación de judíos, aunque sólo se basan en rumores. Lo que sea que estuviera pasando, el destino de los médicos estaba en juego. Y la presión era insoportable. Todos tenían miedo de hablar. Todos guardaban silencio, "muy tranquilos, como antes de la tormenta".[36]

Y entonces murió Stalin.

# 10

# La muerte del *vozhd*

El 2 de marzo mandaron llamar a Svetlana a su clase de francés en la Academia de Ciencias Sociales y le dijeron que había un coche esperándola afuera para llevarla a Kuntsevo. Sintió un vértigo repentino. Sólo su padre le hablaba desde Kuntsevo. Algo estaba mal, hacía días que no lograba localizarlo. Cuando llamaba, los guardias le decían que no fuera, que no era un momento apropiado y que dejara de llamar.[1]

La noche del 1° de marzo se había sentido tan inquieta que fue a la dacha de su amiga Lucía Shvérnik. Vieron una película muda llamada *El jefe de estación*, basada en una historia de Pushkin, en la que un viejo muere en una cuneta mientras busca a su hija perdida. Cuando la hija por fin regresa a su pueblo, sólo encuentra la tumba de su padre. “Esa película me hizo llorar —recordaba Svetlana—. Me pegó por completo. [Mi padre] me estaba llamando. Era una llamada silenciosa. Probablemente yo era la única persona en el mundo a la que habría llamado.”[2] El comentario es conmovedor, pero difícilmente cierto. Mientras yacía en su lecho de muerte, la noche del 1° de marzo, es poco probable que Stalin le enviara una llamada de auxilio silenciosa a Svetlana, por mucho que ella añorara que lo hiciera. Es desgarrador que ella pensara que lo hacía.

Todo lo que tenga que ver con Stalin involucra cierto misterio o intriga. Su lenta muerte no es la excepción. ¿Qué sucedió realmente en sus últimos días? Lo que sigue es un bosquejo general.

La noche del 27 de febrero Stalin fue al Teatro Bolshói a una presentación de *El lago de los cisnes*, de Chaikovski. Al día siguiente era el cumpleaños número 27 de Svetlana, pero su padre no la invitó a acompañarlo.

Esa noche convocó a cuatro miembros del Politburó —Beria, Malenkov, Bulganin y Khrushchov— al Kremlin para ver su película nocturna de costumbre, ignorando por completo, una vez más, el cumpleaños de su hija. De la cena de la noche del 28 de febrero Khrushchov reportó que Stalin se veía “alegre y vivaz”. Los hombres regresaron a su dacha de Kuntsevo por el bufet georgiano de costumbre. Supuestamente, uno de los temas que sacó Stalin fue el interrogatorio de los médicos.

Colección privada de Stepán Mikoián; cortesía de Stepán Mikoián.

Svetlana en el funeral de su padre, en marzo de 1953.

"¿Ya confesaron los médicos? —se dice que preguntó Stalin—. Díganle a Ignátev [jefe de la MGB] que si no obtiene confesiones completas, lo acortaremos una cabeza." Beria contestó: "¡Confesarán… Completaremos la investigación y vendremos a pedirte permiso para organizar un juicio público".[3]

La credibilidad de esta conversación es cuestionable —tras los hechos, cada participante forjó su propia versión para sus propios fines—, pero la sugerencia de que tramaban un juicio público de los médicos no es inverosímil.

Khrushchov declaró que, cuando se despidieron, Stalin "no dio la menor muestra de malestar físico".[4] Según el reporte de sus guardias, Stalin se recostó en el diván de su "comedorcito" y les dijo: "Ustedes también pueden tomar una siesta. No voy a llamarlos".

La mañana siguiente, 1° de marzo, el personal de Stalin esperaba su llamado. Normalmente se levantaba a las 11:00 a.m. La ansiedad de sus guardias creció conforme pasaba el día y no surgía ningún ruido de su cuarto. De todos modos nadie tuvo el valor de molestarlo. Finalmente, a las 6:00 p.m., se encendió una luz en su habitación. Stalin obviamente estaba despierto, pero no los llamó y, a menos que lo hiciera, nadie se atrevía a entrar a su cuarto.

A eso de las 10:00 p.m. el mensajero del Kremlin llegó con un paquete de correspondencia del Comité Central. El guardaespaldas de Stalin, Piótr Lozgachov, a cargo de la entrega de la correspondencia, caminó con paso firme por el corredor que llevaba a su *suite*: uno nunca se acercaba sigilosamente a Stalin. Describió la escena:

> Ahí estaba el Jefe tirado en el piso con la mano derecha en el aire. Me petrifiqué. Mis manos y mis piernas no me obedecían… El Jefe no podía hablar… Corrí hacia él y le dije: "Camarada Stalin, ¿qué pasa?" Se había orinado encima mientras estaba ahí tirado… Dije: "¿Quizás debería llamar al médico?" Hizo un ruido incoherente, como Dz-dz… Lo único que podía hacer era seguir *"dz"eando*. Su reloj de bolsillo y una copia de *Pravda* estaban tirados en el piso… [El reloj] mostraba las 6:30, así que debió de haber pasado a las 6:30… Levanté el auricular del teléfono interno.[5]

Cuando llegaron los demás guardias el jefe estaba inconsciente. Lo llevaron al sofá del comedor grande. Les hablaron a Beria; a Ignátev, que ahora estaba a cargo de la seguridad personal de Stalin, y a Malenkov, quien les habló a Khrushchov y a Bulganin, y luego esperaron. Lozgachov declaró que su pelo encaneció aquella noche.[6] Nadie llamó a un médico.

Las historias no coinciden. Supuestamente, los cinco hombres llegaron en momentos diferentes, vieron a Stalin durmiendo tranquilamente y se fueron, molestos por que los guardias los hubieran llamado. "No causen pánico", aseguran que los regañó Beria. Khrushchov dijo que no necesitaban estar ahí cuando Stalin despertara y se descubriera en una condición tan "impropia": había estado tirado en su propia orina toda la noche.[7]

No llamaron a los médicos sino hasta las 7:00 a.m. (otros reportes dicen que a las 9:00 a.m.) del 2 de marzo, doce horas y media después de la caída de Stalin y nueve horas después de su pérdida de conocimiento. Existen teorías de que el retraso fue deliberado, para privar a Stalin de la atención médica necesaria. Es igual de probable que todos los presentes, incluyendo los colegas de Stalin, estuvieran demasiado asustados para tomar una decisión. Si Stalin volvía en sí, podría creer que convocar a un médico era una conspiración traicionera para hacerse del poder. Ciertamente no era el momento más oportuno para que Stalin requiriera los servicios de un médico.

La última vez que el médico personal de Stalin, el doctor Vladímir Vinogradov, lo había examinado, le diagnosticó arterioesclerosis y recomendó un tratamiento médico rígido. También sugirió que Stalin se retirara. Vinogradov era un médico con principios, pero un hombre imprudente. Indignado, Stalin ordenó la destrucción de su historial médico. Vinogradov fue arrestado el 4 de noviembre, en conexión con el Complot de los Médicos.[8] El tratamiento se entorpeció más por el hecho de que varios de los mejores especialistas del país estaban en la cárcel.

Cuando llegó un equipo de médicos, dirigido por el profesor P. Y. Lukomski, "estaban

temblando tanto como nosotros", observó el guardaespaldas Lozgachov. Las manos del dentista que le quitó la dentadura falsa a Stalin temblaban tanto que se le cayó al suelo. Un neuropatólogo, un terapeuta y una enfermera montaron guardia. Entraron con tanques de oxígeno.[9]

Cuando llegó el coche de Svetlana, Khrushchov y Bulganin la recibieron llorando. Ella pensó que su padre estaba muerto. Pero luego le dijeron que entrara: Beria y Malenkov le informarían de la situación.

La dacha, normalmente tranquila, era un caos. Una turba de doctores rodeaba a su padre "aplicándole sanguijuelas en cuello y nuca, haciendo cardiogramas y tomando placas de sus pulmones. Una enfermera no paraba de ponerle inyecciones y un médico lo anotaba todo en una libreta".[10] En su primer recuento del incidente después de los hechos, Svetlana declaró estar satisfecha con el tratamiento: "Todo se hizo como se debe". La única rareza fue que le dijeron que habían encontrado a su padre en el suelo a las 3:00 a.m. De hecho, lo habían descubierto por lo menos cinco horas antes. Dada la condición de Stalin, ¿acaso los dirigentes estaban escondiendo el retraso?

Svetlana sabía que en ese mismo instante una sesión especial de la Academia de Ciencias Médicas estaba discutiendo el caso de su padre. Pensó que era ridículo. "Todos corrían por ahí tratando de salvar una vida que ya no podía salvarse." El miedo inundó el cuarto y comenzó la caza de expertos para salvarlo.

La noche del 2 de marzo el doctor Yákov Rapoport estaba en su celda de la Cárcel de Lefórtovo, esperando otra sesión de tortura. Le habían dicho que se le estaba acabando el tiempo para admitir "voluntariamente" su culpa. Stalin en persona seguía el curso de la investigación y estaba "descontento". Cuando sus interrogadores entraron a su celda, tomaron desprevenido a Rapoport, quien creía que ése era su fin, pero su torturador le dijo que necesitaba su opinión de experto. ¿Podría el doctor decirle lo que era la "respiración de Cheyne-Stokes"? Cabe suponer que los médicos de Stalin habían aventurado eso como diagnóstico.

Rapoport contestó que era la "respiración espasmódica e interrumpida" de los infantes y los adultos que sufren "lesiones en los centros respiratorios del cerebro… como tumores cerebrales, hemorragias cerebrales, uremia o arteriosclerosis severa". ¿Podría recuperarse alguien con ese padecimiento?, preguntó su interrogador. "En la mayoría de los casos la muerte es inevitable", contestó Rapoport.[11] Le pidieron que recomendara a un especialista moscovita para tratar a un paciente así. El médico nombró a ocho, pero dijo que, desafortunadamente, todos estaban en prisión. Rapoport supuso que la MGB estaba tramando un caso contra uno de los médicos. No tuvo idea, hasta después de su liberación, de que el paciente por el que su interrogador lo había consultado era el mismo Stalin.

Para Svetlana, la escena de la muerte de Stalin fue una comedia negra. Miró disgustada cómo entraban con un respirador artificial. Ninguno de los médicos presentes sabía usarlo. Se quedaron ahí hablando en murmullos o caminando de puntitas junto al cuerpo en el diván. Cuando el profesor Lukomski se acercó al inconsciente Stalin debió haber pensado en la suerte de sus colegas en sus celdas, pues temblaba con tal trepidación que Beria le gritó: "¿Usted es médico, no? Pues tómele bien el pulso".[12]

Vasili no tardó en llegar, totalmente ebrio y gritando que los médicos habían matado a su padre. Aseguraba que lo habían envenenado. Luego salió corriendo de la dacha. Cada vez que volvía, gritaba las mismas acusaciones. Svetlana sintió que su hermano actuaba "como el príncipe que acabara de heredar el trono".

Svetlana fue el único miembro de la familia inmediata de Stalin en acudir a la larga vigilia de su muerte. Los primos que pudieron haber estado tenían prohibida la entrada a la dacha. Sus tías estaban en la cárcel. En busca de consuelo, de vez en cuando iba a sentarse con los sirvientes a la cocina.

Le impresionó la complejidad de sus propias emociones, alternativamente de amor y alivio: "Durante aquellos días, cuando por fin encontró la paz en su lecho de muerte y su rostro se tornó hermoso y sereno, sentí que mi corazón se rompía de duelo y amor. Ni antes de eso ni desde entonces he sentido un henchir tan poderoso de emociones fuertes y contradictorias".[13]

Quizás haya visto la cara del hombre que habría sido, si, como creía, no hubiera sometido toda su humanidad a una idea: la idea de *Stalin*, símbolo del poder soviético. Y extrañamente, sintió culpa: no había sido una buena hija. "Fui más una extraña que una hija, y nunca un auxilio a este espíritu solitario, a este viejo enfermo, cuando lo dejaron completamente solo en su Olimpo."

El duelo distorsiona la realidad. Svetlana tenía poca influencia real en su padre. La fantasía de que podría haberlo salvado requería un enemigo que lo hubiera corrompido. Miró a Beria reptar por la cama de Stalin, inclinarse servilmente para asegurarle su lealtad al líder cuando Stalin abrió los ojos y creyeron que podría recobrar el conocimiento, y luego asumir el papel dominante de líder supremo y dictar órdenes a los demás cuando estuvo seguro de que Stalin moriría. Svetlana decidió que Lavrenti Beria era el enemigo. Era el "astuto cortesano" que había logrado engañar a su padre, su Yago, que había "usado su malicia para inducir" a su padre a cometer muchos crímenes. Eso era absurdo, una ceguera voluntaria en la que muchos de los familiares se coludieron en lugar de afrontar la maldad que Stalin, un hombre al que habían querido y que les había manifestado cariño, perpetró en su contra. Querían creer que Beria había alimentado el ansia de venganza de Stalin hasta convertirla en paranoia.

Eso puede haber sido parcialmente cierto. Podría acusarse a todos los miembros del Politburó y a su sistema de atizar las intrigas de Stalin. Todos eran perpetradores, pero todos sabían que

Stalin estaba al mando, y todos tenían mucho que temer, sobre todo Beria. Él había empezado a sospechar que Stalin estaba preparando su caída. Él era un mingreliano de Georgia occidental. En 1951 denunciaron a un grupo nacionalista mingreliano con base en París de manejar una red de espionaje en Georgia, una conspiración conocida como el Caso Mingreliano, y no tardaron en arrestar a varios de sus miembros prominentes. El líder del grupo fue identificado como el tío de la esposa de Beria.[14] Eso se acercaba mucho. Beria conocía los métodos de Stalin. Debió haber rezado por su muerte.

Los últimos estertores de Stalin fueron agonizantes. Yació inconsciente durante varios días, ahogándose en sus propios fluidos mientras la hemorragia cerebral se esparcía por su cráneo. Su rostro se oscureció gradualmente, sus labios se tornaron negros. Lo estaban estrangulando lentamente. En su agonía final, abrió los ojos y alzó una mano en lo que pareció un último gesto. Probablemente haya sido un último suspiro en busca de oxígeno, pero el gesto confundió a Svetlana de una forma reveladora:

> En lo que parecía el último instante abrió de pronto los ojos y arrojó una mirada a todos los que estaban en el cuarto. Fue una mirada terrible, demente o quizás enojada y llena de miedo a la muerte y a los rostros desconocidos de los médicos inclinados sobre él. La mirada recorrió a todos en un segundo. Entonces sucedió algo incomprensible e impresionante que no puedo olvidar ni entender hasta el día de hoy. De pronto levantó la mano izquierda como si estuviera apuntando hacia algo arriba y trayendo una amenaza sobre nosotros. El gesto era incomprensible y lleno de amenaza, y nadie podía estar seguro de qué hacía o a quién iba dirigido. Un momento después, tras un esfuerzo final, su espíritu se liberó de su carne.[15]

Khrushchov también notó el gesto. Pensó que sólo era el último reflejo de un organismo que moría.

La dacha de Kuntsevo de Stalin, con sus cuartos intimidantes, volvería a las pesadillas de Svetlana durante toda su vida, siempre fría, oscura y sofocante. Corría por sus pasillos interminables, sombríos, laberínticos, y despertaba en pánico. A su padre le encantaba la dacha. Ella creía que su alma estaba atrapada ahí. Después de que removieran su cuerpo, sólo la visitó una vez más.

Stalin murió a las 9:50 p.m. del 5 de marzo de 1952. Svetlana recordaba que todos se quedaron en un silencio helado en torno de la cama de Stalin. Muchos de ellos, creía, derramaron lágrimas genuinas. Khrushchov recordaba: “Cada uno de nosotros tomó la muerte de Stalin a su manera. A mí me fue muy dura. Para ser honesto, no fue tanto porque le tuviera cariño a Stalin, aunque sí se lo tenía… Más que por su muerte, me inquietó la composición del presídium que Stalin dejó y en particular el sitio que Beria se estaba arreglando”.[16] El cadáver no se había enfriado cuando Beria pidió a gritos su coche y su chofer. La intriga había comenzado.

Mientras los dirigentes corrían a la puerta, Svetlana terminó sola, luchando contra emociones

contradictorias de tristeza y alivio. Había perdido un padre y sufrido dolor y terror, pero también sentía que "cierto tipo de liberación" estaba por llegar. Un peso se estaba quitando de la mente y el corazón de todos, y esa "liberación" también sería para ella.

Al alba de la mañana siguiente, pusieron el cuerpo en una camilla y se lo llevaron para practicarle la autopsia. Svetlana esperó el aviso oficial en las noticias de las 6:00 a.m. en el comedor de los sirvientes. El anunciador entonó: "El corazón del compañero de armas de Lenin, del iluminado heredero de la lucha de Lenin, del maestro sabio, del jefe del Partido del Pueblo, ha dejado de latir".[17] Reportaron que Stalin había muerto en el Kremlin; una mentira, por supuesto, pero de pronto para Svetlana la muerte de su padre era real. Por fin lloró, rodeada por los sirvientes de Stalin. Sintió que no estaba sola. "Todos ellos también me conocían. Sabían que había sido una mala hija y que mi padre había sido un mal padre, pero que de todos modos me había querido, como yo a él".

Ése era el único hecho al que tenía que aferrarse, como si, al soltar esa creencia, ella fuera a desaparecer. Alguna vez dijo: "Era como si mi padre estuviera al centro de un círculo negro y cualquiera que se aventurara adentro desapareciera o fuera destruido de alguna forma".[18] Necesitaba creer, como acto de supervivencia, que la había querido.

Inmediatamente después de que se llevaran el cuerpo de su padre, la MGB llegó con camiones para sacar todos los muebles, incluyendo los teléfonos, de sus habitaciones. El cuerpo yació en la Sala de las Columnas durante cuatro días de duelo, del 6 al 9 de marzo. Svetlana y Vasili, con sus hijos, estaban entre los dolientes oficiales, pero el resto de la familia —el tío Fiódor, los hijos de Anna y de Zhenia— eran parias y sólo se les permitió ver el ataúd desde el área restringida opuesta al mausoleo, reservada a la gente cuya función en el funeral era representar a los ciudadanos ordinarios.[19]

El país se paralizó: los teatros y los cines cerraron y se suspendieron las clases en las escuelas. Las muchedumbres que convergían en la Plaza Roja y entraban a la Sala de las Columnas a ver el ataúd de Stalin eran tan grandes que la milicia no podía controlarlas. En las calles cercanas más de 100 personas, niños incluidos, murieron aplastadas. Para aquellos que habían sufrido, como el doctor Rapoport, era como si "hasta su cadáver tuviera sed de nuevas víctimas".[20]

Al autor Konstantín Símonov, que había creído que podía ser el siguiente en la lista de la represión, la comisión del funeral le informó que tenía que reportarse el 7 de marzo en la Sala de las Columnas, para unirse a la delegación de escritores. Le tomó dos horas abrirse paso entre la turba silenciosa. Tuvo que arrastrarse por debajo y entre los camiones que bloqueaban la calle Neglínnaia, donde el tumulto era tal que ni siquiera podía alcanzar su bolsillo para sacar su tarjeta de identidad del Comité Central, hasta que encontró la manera de escurrirse por detrás del Teatro Maly. Mientras estaba en la sala como parte de la guardia de honor de escritores,

Símonov vio a la hija de Stalin emerger del grupo familiar. Svetlana subió en silencio los pocos escaños hacia la plataforma en la que el ataúd de su padre descansaba y se paró largo tiempo ahí, mirando su cara. Y luego le dio la espalda y bajó los escalones. Sin lágrimas, sin beso de despedida.[21]

El 9 de marzo pusieron el ataúd en un armón de artillería y lo llevaron al mausoleo, para instalarlo junto al sarcófago que contiene el cadáver embalsamado de Lenin. Los dignatarios formaron una fila y subieron los escalones. La parte superior del cuerpo de Stalin estaba cubierta por una ventana de vidrio semicircular o cóncava. Cuando llegó su turno de ver el cuerpo, Símonov, acostumbrado a la "cara larga y encerada de Lenin", se impresionó por lo "horrible", lo "aterradoramente vivo" que Stalin se veía aún. Era como si una persona viva yaciera ahí cubierta de vidrio. Recordó la "sensación de miedo y peligro" que había tenido recientemente del futuro, un miedo que todavía lo estrujaba, pues no tenía idea de cómo iban a desarrollarse las cosas.

Millones de rusos hicieron fila para ver el cadáver y soltar su tristeza. Para muchos, no fue un acto hipócrita. El joven Oleg Kaluguin, que se convertiría en general de la KGB, recordaba su idolatría adolescente hacia Stalin:

> Para la mayoría de la gente, es difícil imaginar cómo una nación idolatró a tal monstruo, pero la verdad es que la mayoría de nosotros —los que no habíamos sentido el azote de su represión— lo hacíamos. Lo veíamos como el hombre que había dirigido al país en la guerra, convertido una nación retrógrada en superpotencia, desarrollado nuestra economía para que hubiera casa y empleo y comida para todos. Su maquinaria propagandística era omnipotente… Yo veneraba a Stalin.[22]

Stalin, el Hombre de Acero que había gobernado durante un cuarto de siglo, estaba muerto. Incluso los que lo odiaban tuvieron que encubrir su alivio ante su muerte. No era seguro expresar nada salvo devoción imperecedera al líder. ¿Quién sabe qué régimen lo sucedería?

SEGUNDA PARTE

# La realidad soviética

# 11

# Regresan los fantasmas

Tras la muerte de Stalin, comenzó a emerger gente del Gulag. Como a todos, a Svetlana le impresionó la cantidad. “Ha vuelto mucha gente, miles y miles que de alguna forma lograron sobrevivir… La escala a la que los muertos han vuelto a la vida es difícil de imaginar.”[1]

El 27 de marzo de 1953 la nueva dirigencia colectiva, nombrada por el Comité Central la noche en que Stalin yacía en su lecho de muerte, declaró una amnistía para los presos no políticos. Según el historiador Stephen Cohen, “casi un millón de reclusos de los campos, sobre todo criminales con sentencias breves”, fueron liberados de inmediato.[2] Fue Lavrenti Beria quien tomó la iniciativa de liberar a los prisioneros. Irónicamente, el Gulag se había convertido en una enorme carga para las arcas públicas, sin mencionar su inestabilidad creciente. La población del Gulag en la década de 1930 había sido relativamente dócil, pero ahora los campos alojaban a una gran cantidad de hombres antes armados, incluyendo prisioneros de guerra soviéticos y alemanes.

La amnistía inicial era para criminales reales que cumplían condenas de cinco años o menos, y también para los que estaban por ser condenados y se esperaba que cumplieran condenas de cinco años o menos. Claro que era difícil determinar quién era un criminal por liberar y quién un prisionero político. La liberación de prisioneros clasificados como “ ‘políticos’ se desarrolló lentamente durante los siguientes tres años, agonizantes para aquellos que seguían dentro”.[3]

La amnistía fue una jugada muy arriesgada para el nuevo gobierno. ¿Acaso los inocentes encarcelados injustamente albergarían sed de venganza? Nikita Khrushchov recordaba: “Teníamos miedo. Temíamos que el deshielo desatara una inundación que no pudiéramos controlar y que nos ahogara a todos”.[4]

Dominio público.

Esta fotografía de 1932 muestra a los prisioneros de un campo de trabajos forzados, uno de tantos administrados por el Gulag, la agencia gubernamental que operó en toda la Unión Soviética entre 1930 y 1960.

El 4 de abril, un día antes de cumplirse el mes de la muerte de Stalin, un anuncio oficial del Ministerio del Interior de la URSS interrumpió los noticieros de las 6:00 a.m. Los hombres acusados de involucramiento en el Complot de los Médicos fueron declarados inocentes.

> El Ministerio del Interior de la URSS ha examinado cuidadosamente todos los materiales de la investigación e información relacionada concernientes a un grupo de médicos acusados de sabotaje, espionaje y otras actividades subversivas con el objetivo de dañar a ciertos líderes soviéticos. Se ha establecido que los arrestos de los médicos presuntamente involucrados en el complot [nombraron a 15 médicos] por parte del Ministerio de Seguridad del Estado fueron ilegales y completamente injustificados.
>
> Se ha establecido que las acusaciones en contra de las personas arriba mencionadas son falsas y que los materiales documentales son inauténticos. Toda la evidencia dada por los acusados, quienes supuestamente se declararon culpables, fue obtenida por la fuerza por los investigadores del antiguo Ministerio del Estado con métodos estrictamente prohibidos por la ley soviética.[5]

El 3 de abril, un día antes del anuncio, sacaron al doctor Rapoport de su celda y lo invitaron a firmar sus propios papeles de liberación. Esperó en un cubículo mientras inventariaban y le devolvían sus pertenencias confiscadas. Los mismos oficiales que lo habían arrestado lo llevaron a casa. Eran las tres de la mañana cuando llegó a su complejo de departamentos en la calle Novopeshchanaia. Rapoport escribió acerca de aquel viaje:

> Es difícil describir lo que sentí durante aquel viaje por el Moscú nocturno, que durante décadas había estado envuelto en leyendas espeluznantes, mientras regresaba del inframundo, de un mundo lleno de horribles misterios… Estaba dichosamente consciente del hecho de que iba —no me transportaban— a casa, de que podía detener el coche y bajarme.[6]

En el departamento del tercer piso, la perra de Rapoport, Topsy, al reconocer a su amo en cuanto entró al vestíbulo comenzó a ladrar. Él diría con ironía: “Mi perra fue la primera en anunciarle al mundo el fin del Complot de los Médicos”. Cuando entró al departamento y abrazó a su sorprendida esposa, ella le preguntó si sabía que Stalin había muerto. No se lo habían dicho. Hasta entonces comprendió por qué lo habían liberado.

A la procuraduría soviética le tomó un largo tiempo procesar la liberación de los prisioneros del Gulag. Los millones de reos, incluyendo a aquellos que habían muerto, necesitaban “certificados de rehabilitación”, y hubo interminables y a veces deliberados retrasos de procedimiento. Ningún funcionario quería admitir que había arrestado a un prisionero con base en evidencia falsa, ni que ellos mismos estaban involucrados en la falsificación.

Según Svetlana, Khrushchov la ayudó a buscar en las cárceles a sus tías, a quienes habían sentenciado a 10 años de confinamiento solitario en 1948. Parecía que nadie sabía dónde las tenían. Tras la amnistía de marzo, Anna y Zhenia pasaron más de un año en prisión antes de ser liberadas. Al igual que otras familias, los Allilúiev esperaron angustiados, sin garantía alguna de que sus parientes siguieran vivas. Muchas personas habían sido arrestadas “sin derecho a correspondencia”: un eufemismo para la ejecución.

Anna volvió a casa la primavera de 1954. Su hijo Vladímir recordaba que la familia recibió una llamada telefónica mediante la cual les avisaron que su madre regresaría a casa. Su sobrina Kyrá, a quien ya habían liberado, fue a recogerla. Vestida como vagabunda con la ropa deshilachada que usaban todos los prisioneros, Anna parecía décadas más vieja y totalmente desorientada. Cuando Kyrá la llevó al departamento en el que la esperaban Svetlana y la familia, Anna no reconoció a su hijo menor. El joven que se paró para abrazarla no se parecía en absoluto al niño de 12 años al que había dejado. Cuando Anna preguntó por su madre, le dijeron que Olga había muerto en 1951, aún estoica ante las catástrofes que habían devastado a su familia.

El recuerdo de Svetlana de la vuelta a casa de Anna permaneció crudo. “La tía Anna estaba muy enferma cuando salió de la cárcel; ni siquiera reconoció a sus hijos, ni a nadie más. Sólo estaba sentada ahí, y sus ojos no eran los suyos. Estaban turbios, nublados.” Kyrá recordaba: “Tenía alucinaciones, oía voces que le hablaban y hablaba mucho sola”.[7]

Al igual que muchos prisioneros del Gulag, Anna habló poco de sus años en confinamiento solitario. Aunque conocía a la gente que la había denunciado, incluyendo a Zhenia y a Kyrá, dijo que lo entendía. “Stalin sí me arrestó por sus reportes, pero no fue culpa de ustedes, sino mía.” Qué quería decir con eso, no es claro. “Mi tía, Anna Serguéievna, fue indulgente con Stalin”, comentó el hijo de Zhenia, Serguéi, pero sólo hasta cierto punto. Dejó ir el pasado “por los hijos [de Stalin], Svetlana y Vasili, a quienes quería tanto”.[8] Pero, de hecho, el caso de Anna no fue poco común. Trágicamente, muchos, aun en el Gulag, seguían insistiendo en que Stalin no sabía nada. Los responsables eran sus malvados asesores.

La muerte de Anna, 10 años después, fue una tragedia. En 1964 la hospitalizaron en una clínica psiquiátrica. Svetlana lo contó con amargura:

> Tras seis años en prisión tenía miedo de las puertas cerradas. Terminó en un hospital, muy trastornada, hablando todo el tiempo. De noche, caminaba por los corredores, hablando sola. Una noche, una enfermera estúpida decidió que no debería caminar por el corredor, así que la encerró en su cuarto, aunque era sabido que no podía soportar las puertas cerradas. En la mañana la encontraron muerta.[9]

Zhenia Allilúieva volvió a casa el verano de 1954. Un día apareció en el departamento de la Casa del Embarcadero, donde, según su sorprendido hijo Alexándr, sus primeras palabras fueron: “¡Lo sabía! ¡Sabía que Stalin me liberaría!” En el recuerdo de Alexándr, su hermano Serguéi respondió secamente: “No te liberó, se murió”. Svetlana corrió a reconfortar a su tía, que no podía dejar de llorar.

Su hijo Alexándr recordaba los primeros días de libertad de su madre: “Mi madre no podía hablar cuando regresó: todos los músculos de su boca habían estado ociosos durante mucho tiempo mientras estuvo en solitario sin nadie con quien hablar. Pero gradualmente la habilidad volvió a ella”.

No mucho tiempo después de su liberación, Zhenia le pidió a Svetlana que la llevara a la dacha de Kuntsevo de Stalin. “Quiero ver qué queda”, le dijo Zhenia. Svetlana recordaba aquella visita:

> El cuarto estaba vacío; habían aniquilado todas las pertenencias y los muebles [de mi padre], se habían llevado todo y habían puesto otras cosas que no eran suyas. Había una máscara mortuoria blanca ahí en medio. [Zhenia] estaba cincuenteando, y después de la cárcel estaba muy débil. Se paró ahí tomándome de la mano, y lloró y lloró y lloró. Dijo: “Todo me duele. Todo. Los mejores días de nuestra vida ya se fueron.

Tenemos tan buenos recuerdos. Nos quedaremos con ésos, y todo lo demás tenemos que perdonarlo".[10]

Mientras sentenciaban a su madre y a su tía Anna a 10 años en confinamiento solitario, a Kyrá Allilúieva la exiliaron por cinco años a la ciudad de Shuia, a 290 kilómetros al noreste de Moscú. Siempre aseguró que su exilio no fue terrible. Trabajó para un teatro local y luego con niños discapacitados mentalmente, y siempre hubo gente buena que no la rechazó como criminal.

La sentencia de Kyrá expiró en enero de 1953, poco tiempo antes de la muerte de Stalin. Cuando volvió a Moscú con un "pasaporte sucio" (lo que indicaba que tenía antecedentes penales) encontró a sus hermanos viviendo en dos de los seis cuartos del departamento en la Casa del Embarcadero. Las demás habitaciones habían sido entregadas a empleadas de la MGB. Kyrá pensó que lo mejor sería vivir en otro lado. Zhenia pasaría años luchando por recuperar el control de su departamento.[11]

En esa familia era mejor no analizar los porqués del destino, sino simplemente aceptar de manera estoica la mano que repartía la vida. Y la familia compartía una estrategia de supervivencia. Alexándr, hijo de Zhenia, lo explicaba así: "Incluso después de que nuestras madres volvieran de la cárcel, nadie en la familia podía creer que Stalin hubiera instigado esos arrestos en persona. Siempre creyeron que la malvada iniciativa había venido de algún otro lugar y por lo tanto no podían culpar directamente a Stalin, ni sólo a él, por sus desgracias". Su hermano Serguéi añadió: "Creemos que la influencia de Beria en Stalin fue muy mala, porque así las cosas mejoran para nosotros. Sería mucho más simple explicar así las cosas".[12]

Svetlana compartía esa reacción. Culpaba a su padre de la tragedia familiar, pero culpaba más a Beria, y aun así siempre se maravilló: "Es muy raro que la familia no mostrara nada de enojo". Quizás entendió que en cierta forma la estaban protegiendo.

Cuando liberaron a sus tías, Beria ya estaba muerto. A Khrushchov sólo le había tomado unos meses tras la muerte de Stalin para darle un golpe a la dirigencia. En julio de 1953 Beria fue arrestado y acusado de encabezar un grupo de conspiradores que pretendía "tomar el poder y liquidar el sistema obrero-campesino soviético con el propósito de restaurar el capitalismo y la dominación de la burguesía".[13] Lo juzgaron en una corte marcial y lo mataron en diciembre, aunque la fecha de su ejecución está abierta a disputa.[14] Para la familia Allilúiev fue un gran alivio. "¡Para nosotros fue una gran fiesta!", dijo Serguéi, hijo de Zhenia.[15] Con la muerte de Beria había terminado una época.

El hermano de Svetlana, Vasili, nunca se recuperó de la muerte de su padre. Después del funeral de Stalin, lo convocaron al Ministerio de Defensa y le ofrecieron un mando en provincia. Cuando insistió en que sólo tomaría un mando en Moscú, el ministerio se rehusó. Vasili se quitó la insignia y renunció. Pasó el mes siguiente, abril, de parranda en restaurantes y bares, casi

siempre cayendo en furias de ebriedad durante las cuales denunciaba a funcionarios gubernamentales, quienes, sostenía, habían asesinado a su padre. El Ministerio de Defensa no estaba contento. Después de una pelea de borrachos con extranjeros, lo arrestaron el 28 de abril de 1953.

Vasili fue acusado de negligencia, de golpear a oficiales subalternos y de estar involucrado en tratos ilegales e intrigas de alto nivel que habían terminado en el encarcelamiento de algunas personas, incluso en su muerte. Sus antiguos aduladores lo denunciaron y un colegio militar lo sentenció a ocho años en la Cárcel Vladímirskaia, a 180 kilómetros al noreste de Moscú. No entendía cómo podía pasarle eso al hijo de Stalin. Envió cartas de súplica y cartas de indignación desde la cárcel, sin respuesta. A diferencia de su hermana, Vasili no entendía que, con su padre muerto, ahora no era nadie.

En el invierno de 1954 Khrushchov se apiadó de él e hizo que lo transfirieran al Sanatorio Barvija. Sus antiguos compinches no tardaron en presentarse con vodka y de nuevo empezaron las borracheras. Lo enviaron de vuelta a la cárcel. Svetlana y su tercera y esposa en turno, Kapitólina, fueron a visitarlo: les rogó que intercedieran, pero no había nada que pudieran hacer. [16]

Mientras estaba sentada en vigilia ante su padre moribundo, a principios de marzo de 1953, Svetlana había creído que se acercaba "algún tipo de liberación".[17] De hecho, no hubo tal. Siguió viviendo con sus dos hijos en el departamento 179 de la Casa del Embarcadero. Aunque sus dos ex esposos iban de visita, esencialmente vivía por su cuenta. Aprendió a ser doméstica: cocinaba un poco, cosía, usaba la estufa de gas, todo lo que sus sirvientes habían hecho antes. Le dieron una pensión gubernamental de 200 rublos al mes (unos 50 dólares de 1950), y cada uno de los niños recibía 100 rublos.[18]

Tenía un pequeño auto modelo Pobeda (Victoria). Cuando el Departamento de Administración del Comité Central del Partido Comunista exigió que lo intercambiara por un Volga, un coche más apropiado para la hija de Stalin, según un amigo, se "negó por principios".[19] También le asignaron una suntuosa dacha, pero su hermano adoptivo, Artiom Serguéiev, dijo que pidió que le dieran una dacha más pequeña. Le dijo: "No quiero estar en una dacha grande del Sovnarkom [Consejo de Comisarios del Pueblo]".[20] Al ser soviética, no tenía problema con que el Estado controlara toda la propiedad; sólo quería que la trataran como gente ordinaria. Claro que, comparada con la vasta mayoría de los soviéticos, seguía teniendo un estilo de vida muy privilegiado.

La dacha modesta que encontró estaba en Zhukovka, justo a las afueras de Moscú, y ella y sus hijos pasaban ahí los veranos y los fines de semana. Cuando estaba corta de dinero, sabiendo que la reconocerían en las tiendas, le pedía a la esposa de su primo Leonid, Galina, que le vendiera

algunos de sus abrigos o su joyería.[21] Habría sido un escándalo que descubrieran a la hija de Stalin vendiendo su ropa. En Zhukovka trató de recrear los placeres de su infancia. Los niños jugaban en el bosque, andaban en bicicleta a grandes velocidades por las veredas del pueblo, nadaban en los arroyos y acampaban en tiendas bajo las estrellas.

El hijo de Anna, Leonid, y su nueva esposa, Galina, recordaban que entonces Svetlana era aventurera. Le encantaban las bromas. El camino a Zhukovka estaba vigilado por casetas en las que policías atentos tenían la tarea de mantener a los forasteros fuera de la carretera. Cerca de ahí se encontraban las dachas de los funcionarios ricos del Partido, y también complejos especiales para científicos.

Un día, Galina vio abrirse de golpe el portón de la dacha de Svetlana y a su coche salir volando. Dos patrullas corrieron tras ella y la detuvieron. Los oficiales la abordaron. Hubo un momento de pasmo cuando reconocieron a la mujer a la que perseguían; luego se batieron en retirada. Cuando Svetlana llegó a la caseta donde tenía que detenerse pisó el acelerador. “Estaba encantada consigo misma”, recordaba Galina. Le encantaba mofarse de los burócratas.[22]

En 1954 Svetlana terminó y defendió su disertación “Desarrollo de las tradiciones realistas rusas en la novela soviética” y obtuvo su título de posgrado. Los libros en los libreros de su departamento iban de Chéjov y Dostoievski a Jack London y Maupassant. En la sala había una pequeña fotografía enmarcada en plata de su padre en uniforme de mariscal, una de su madre con ella recién nacida en brazos y fotografías de Iósif y Katia.

La solución de Svetlana para mantenerse ella y a sus hijos a salvo fue renunciar a la política. Llamaba a esa abstención “mi extraña y absurda doble vida”.[23] En el exterior vivía al borde de la élite gubernamental, disfrutando sus comodidades materiales. Por dentro, se sentía totalmente alienada de la élite. Añoraba ser anónima, pero la mayoría de la gente seguía considerándola la princesa del Kremlin. La tienda de departamentos GUM continuaba vendiendo el perfume Aliento de Svetlana. El gobierno había dejado claro que no debía hablar de su padre en público. Cualquier cosa relacionada con Stalin era propiedad estatal, y eso, comprendió, también la convertía a ella en propiedad estatal. De cualquier forma, no creía que la hija de Stalin pudiera decir nada útil. Lo que dijera sería filtrado por las reacciones de la gente hacia su padre y terminaría distorsionado. Muy pocos eran neutrales respecto de Stalin: la gente lo adoraba o lo injuriaba.

Sin embargo, hubo una vez en que habló en público. Se había unido al Partido Comunista en 1951, cuando su padre insistió en que era “impropio” que la hija de Stalin no fuera miembro. En general, se quedaba en silencio durante horas de reuniones del Partido obligatorias y aburridas, segura de que habrían notado su ausencia. Cuando el periodista Iliá Ehrenburg publicó su novela *El deshielo* en 1954, el Partido estaba indignado y quería censurarlo. El régimen cayó con mano

dura sobre Ehrenburg. Svetlana lo defendió con valentía.

El invierno tras la muerte de Stalin, Ehrenburg se apresuró a terminar su nueva novela. Fue una sensación inmediata, y su título entró al léxico ruso: la era postestalinista fue llamada el Deshielo, al principio con optimismo y luego con cinismo. El protagonista de la novela era un gerente fabril brutalmente indiferente que obligaba a sus obreros a vivir en condiciones miserables para cubrir cuotas industriales. Por medio de uno de sus personajes menores, un médico judío, también fue la primera novela en expresar el terror creado por el Complot de los Médicos.

Svetlana alzó la voz en la reunión del Partido y defendió a Ehrenburg, diciendo que "no podía entender qué culpa tenía Ehrenburg, si la misma prensa de nuestro Partido admitió los errores del pasado, y la gente inocente, condenada injustamente, está volviendo de la cárcel". Le dijeron secamente que su declaración era "irresponsable y políticamente inmadura".[24] Más tarde Svetlana le escribió a Ehrenburg una carta de admiración: "Estoy realmente agradecida por su extraña capacidad para encontrar palabras verdaderas, para decirlas en alto, sin la duplicidad que, para muchos de nosotros los miembros de la *inteligentsia* moderna soviética, se convirtió en instinto".[25]

Puede ser que tuviera en mente el proyecto de Ehrenburg *El libro negro*. En 1944, antes de que terminara la guerra, Ehrenburg organizó un equipo de dos docenas de escritores, incluyendo a Vasili Grossman, para recopilar y editar testimonios de sobrevivientes de las atrocidades alemanas contra los judíos soviéticos. Un millón y medio de judíos habían muerto a mano de unidades de ejecución que seguían a la Wehrmacht a territorio soviético. Ehrenburg abandonó asqueado el proyecto cuando quitaron el papel que desempeñaron los colaboradores soviéticos al traicionar a los judíos. *El libro negro* se mantuvo inédito durante décadas.

Sin embargo, en su vida privada Svetlana se siguió sintiendo aislada. Una amiga suya de entonces, Olga Kulikovski, la describió como "una de las mujeres más solitarias que he conocido en mi vida".[26] Añoraba conocer a alguien que no la viera como la hija de Stalin. En 1954, en un Congreso de Escritores Soviéticos en el Kremlin, creyó que había encontrado a esa persona.

Mientras caminaba entre el deslumbrante brillo dorado de la Sala de San Jorge, inesperadamente y para su sorpresa se encontró a Alexéi Kápler. Por un instante tuvo miedo de que la ignorara, pero fue tan animado como de costumbre. Simplemente salió del círculo de cineastas que lo rodeaba y dijo: "Hola". Luego le tomó la mano y se rió. Todos los que vieron el encuentro sabían la resonancia de tal gesto.

Kápler había sido liberado del campo de trabajos forzados de Intá en 1953, poco tiempo después de la muerte de Stalin, y había vuelto a Moscú con su nueva esposa, la actriz Valentina Tokárskaia, con quien se casó a los tres meses de su liberación. Sus visitas y sus paquetes de

comida lo habían mantenido con vida, y además, casarse les dio derecho legal a un amplio departamento en Moscú.

Svetlana y Kápler salieron juntos del Congreso, cruzaron el Parque Sokólniki, se sentaron en un diminuto café y retomaron la relación que su padre había terminado con tanta saña 11 años atrás. A Svetlana le aterraba que Kápler la responsabilizara de los horrores que había sufrido y le rogó que comprendiera por qué nunca había intentado contactarlo ni ayudarlo. Si lo hubiera hecho, su sufrimiento habría empeorado. Él no le contestó.

Sin embargo, sí le contó sobre su liberación del Gulag. Después de revisar su caso, le dijeron que estaba "rehabilitado": "Puede ir a casa ahora". Le dieron un teléfono, pero no se le ocurría a quién llamar. Finalmente le habló a su hermana, en Moscú, y le dijo: "Hola, te veré pronto. Quédate en casa. Voy para allá". Caminó lentamente desde la Cárcel de Lubianka. Era verano, julio. De pronto sintió que sus pies no lo aguantaban. Se sentó en una banca. Los niños jugaban en el parque, las hojas susurraban bajo la luz del sol; se echó a llorar. Le dijo a Svetlana: "Me senté ahí y lloré ríos de lágrimas. Luego fui a casa de mi hermana. Gracias a Dios me desahogué completamente antes de llegar allá". Un hombre desaliñado llorando solo en la banca de un parque no llamaba la atención en aquellos días.

La vieja atracción se encendió de nuevo. No tardaron en ser amantes secretos. A ella le sorprendía que él "siguiera siendo el mismo". Cincuenta años después, miraría hacia atrás y se maravillaría: "Sólo se reía de todo. Todo lo arreglaba con risa. Era capaz de eso. No mucha gente lo era".[27]

Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

Para 1954, Svetlana se había reencontrado con Alexéi Kápler, quien le tomó esta fotografía en la costa del Mar Negro.

Se llevó a su hijo Iósif en su pequeño Pobeda a Crimea, donde Kápler tenía un encargo. Pasaron días mágicos haciendo el amor a la orilla del mar mientras él no paraba de tomarle fotografías, pero le aseguró que sus citas nunca pasarían de ser una aventura. No lastimaría a su esposa. Su matrimonio con Valentina no era feliz, pero sentía lealtad hacia ella porque lo había ayudado a sobrevivir los cinco años brutales en Intá. Le dijo categóricamente a Svetlana que nunca se casaría con ella.

Sus amigos le advirtieron que no debía tomarse en serio a Kápler. Era un infiel crónico, pero Svetlana no se dejó disuadir. Le describió su reencuentro a Iliá Ehrenburg: “El milagro se mantuvo con vida… Nos vimos a los ojos y resultó que no habíamos olvidado una palabra de lo que nos habíamos dicho en entonces, que podíamos hablar, continuar las frases que habíamos empezado… Comprendernos con la misma facilidad y la misma naturalidad”.

Kápler le dijo que era imposible que su aventura durara. Sería “como llevar un cerillo

encendido al río y esperar que el agua ardiera. No puede pasar". Recordó esas bellas palabras, pero no su significado. Le preguntó: "¿Por qué no puede pasar?"[28]

Una noche, Svetlana se presentó en la entrada de artistas del teatro en el que se presentaba la esposa de Kápler y pidió que la llevaran a su camerino. La confrontó con la noticia de que ella y Alexéi eran amantes. Valentina sólo se rió y le dijo que ya lo sabía. Le informó a Svetlana que Alexéi era "perpetuamente infiel y en realidad sólo ha amado a su primera esposa". Svetlana no debería "dejarse llevar por su imaginación, porque incluso esto no duraría". "Poco a poco el rostro alerta de Svetlana se tornó indefenso." Quizás estaba escuchando las palabras de su padre: "Mírate. ¿Quién te querría? ¡Idiota! Él está rodeado de mujeres". Svetlana se retiró de inmediato, humillada.

Kápler le contó el final de la aventura al reportero italiano Enzo Biagi:

> Mi esposa era una persona muy reservada, muy cortés. Nunca hizo un escándalo ni provocó una pelea. Me contó de su reunión, de aquella visita extraña e inesperada. Me sorprendió la manera en que se había comportado Svetlana; para mí parecía incorrecto, tonto e innecesario. Svetlana no me había dicho nada a mí y había actuado sin consideración por nadie, excepto por ella misma. Ése fue el final de mi segundo matrimonio, el final de esa segunda parte de mi vida con Sveta.[29]

Por supuesto, a Kápler le fue fácil ignorar su propia culpa. Es cierto que la conducta de Svetlana fue indignante, aunque no fuera atípica de una mujer atrapada en una obsesión romántica, pero él no era lo que se diría un hombre muy condescendiente con ella, pues claramente tenía amantes a sus espaldas. Pasó un año tras el final de su relación con Svetlana antes de que Kápler dejara a Valentina y se mudara con una joven poeta de nombre Yulia Drúnina, la mujer que se convertiría en su tercera esposa. Y habría una tercera fase en su relación con Svetlana, cuando Yulia sugirió que la ayudaran en una época particularmente oscura.

Svetlana recogió los pedazos de sus expectativas destrozadas y siguió adelante. En 1955 obtuvo permiso para visitar Leningrado. Los rusos todavía necesitaban permiso para viajar de una ciudad a otra, al igual que lo requerían para cambiar de casa o de empleo. El hecho de que ésa fuera su primera visita a la ciudad que su madre amaba era muestra de lo estrecha que era su vida. Aunque Nadia nació en Bakú, Azerbaiyán, se había mudado a San Petersburgo, como se llamaba entonces la ciudad, a los seis años.

En Leningrado, Svetlana visitó el departamento de sus abuelos, Décima Calle Rozhdestvenskaia número 17. El Partido lo había convertido en museo. Cuando Lenin se escondió ahí, en julio de 1917, se quedó en el cuarto de su madre: una habitación diminuta con una cama de hierro, un tocador y una mesa. En el muro había fotos de su familia, de sus abuelos, de su madre, de sus tías y sus tíos cuando eran niños. En el cuarto de Pável todavía colgaba un

retrato del poeta inglés Byron, que le recordó lo románticos e idealistas que habían sido todos en las primeras etapas de la Revolución.

Todo parecía tan íntimo y a la vez tan irremediablemente perdido. Caminó por el departamento pensando en su madre todavía como una colegiala. Ése era el lugar en el que su progenitora de 16 años se había enamorado de su padre. “Sentí un aliento de calidez y amor de familia. Todavía había algo vital y vivo en el aire. Podía sentir el espíritu de mi madre, convencerme de que nunca había abandonado aquel lugar acogedor, que realmente nunca vivió en el Kremlin sin poder soportarlo. El Kremlin nunca fue para ella.”[30]

Ahora todos se habían ido. Nadia, muerta en 1932; Pável, muerto en 1938; el abuelo Serguéi, muerto en 1945; la abuela Olga, muerta en 1951; Yákov, muerto en un campo alemán de prisioneros de guerra; Anna y Fiódor, inaccesibles en sus mundos excéntricos y privados; Vasili, en la cárcel. Ella era la única superviviente entre fantasmas.

En 1956, justamente después de su septuagésimo cumpleaños, murió Alexandra Andréievna. Había sido la nana de Svetlana durante sus primeros 30 años de vida. Svetlana diría: “Tras las muchas pérdidas que había sufrido, la muerte de mi nana… fue mi primera pérdida real”, con lo cual se refería a la muerte de alguien a quien había conocido íntima y continuamente, alguien a quien había querido y que la había querido de vuelta sin condiciones.[31]

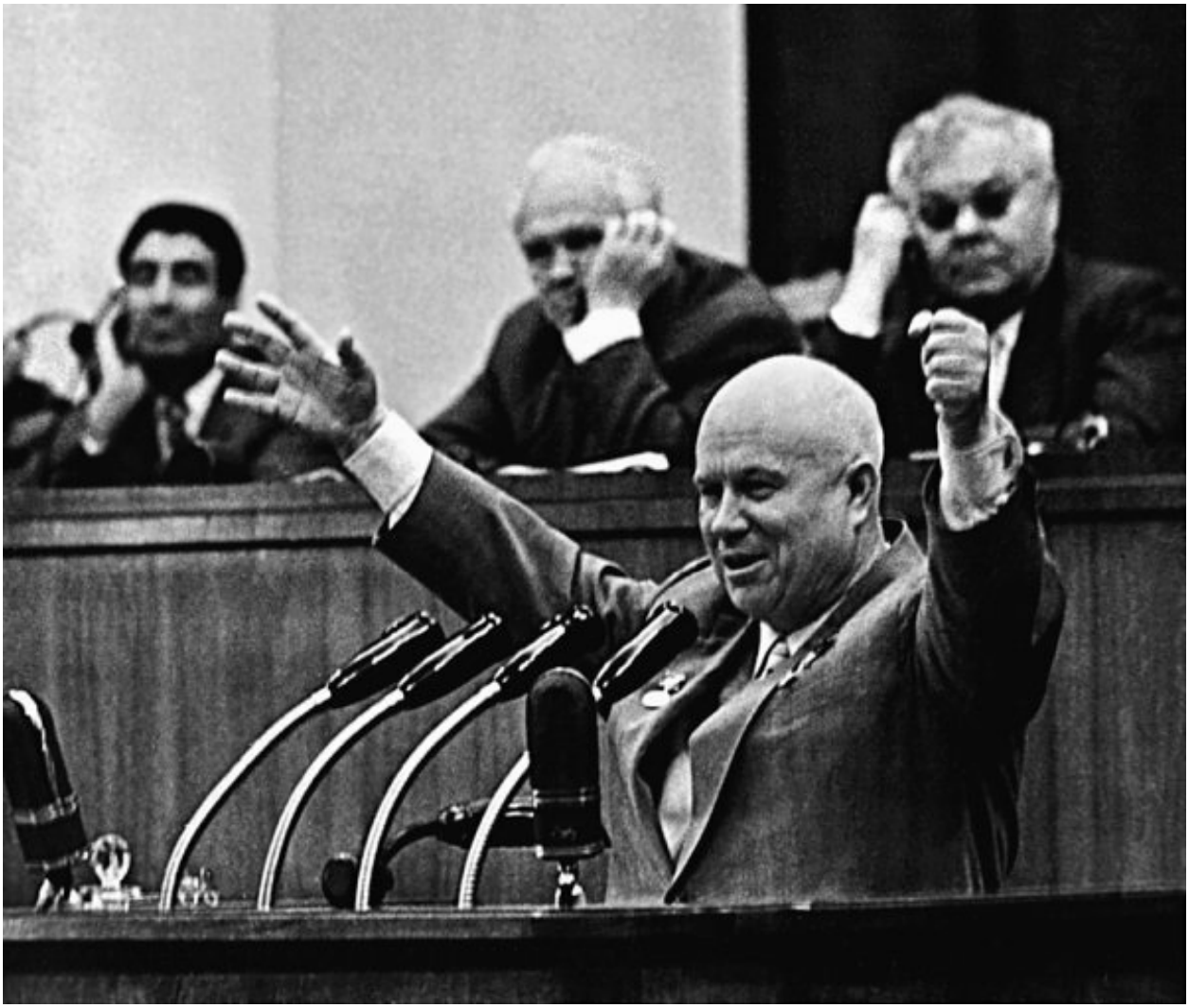
# 12

# La hija del Generalísimo

Una tarde de mediados de febrero de 1956 Svetlana recibió una llamada telefónica. Anastás Mikoián, vicepresidente del Consejo de Ministros, estaba al otro lado de la línea. Le dijo que tenía que hablar con ella urgentemente y que mandaría un coche para llevarla a su casa en las Colinas de Lenin. Cuando llegó, le dijo que Khrushchov iba a dar un discurso sobre su padre; el documento se haría público durante el Vigésimo Congreso del Partido, el 25 de febrero, a una semana. Necesitaba prepararla. La acompañó a la biblioteca y le dio el documento. "Lee esto. Después lo discutiremos, si es necesario. No hay prisa. Piénsalo."[1] Ya que lo terminara de leer, podía bajar a cenar con la familia.

Svetlana pasó varias horas sola en la biblioteca leyendo lo que se conocería como el "Discurso secreto" de Khrushchov. Cuando él lo declamó en el Congreso del Partido duró cuatro horas. El "Discurso secreto" fue un ataque devastador contra Stalin, a quien Khrushchov describía como "un hombre muy desconfiado, de suspicacia enfermiza". Acusó a Stalin de "originar el concepto *enemigo del pueblo*" y tramar un "culto a la personalidad". Desde 1935 Stalin había dirigido "arrestos y deportaciones masivos de varios miles de personas, ejecuciones sin juicio previo" y el asesinato de supuestos espías y revoltosos, que "siempre eran comunistas honestos". Khrushchov dijo: "Las confesiones de culpabilidad… se obtenían con la ayuda de torturas crueles e inhumanas… Stalin en persona aconsejaba a los jueces qué métodos de investigación usar: Los métodos eran simples: golpear, golpear y, una vez más, golpear". Khrushchov no mencionó su propio apoyo a las atrocidades de Stalin ni su autoría en las purgas ucranianas.[2]

El discurso fue una lectura agonizante para Svetlana, porque "creyó cada palabra". Más tarde escribiría: "Si tan sólo hubiera podido refutarlo todo, no creerlo; si tan sólo hubiera podido exclamar: '¡Es mentira! ¡No lo hizo!' Pero no podía… Todo era tan horrible que sentí ganas de aullar y huir de todos, yo incluida".[3] Bajó para reunirse con los Mikoián y simplemente dijo: "Todo es verdad". Mikoián contestó: "Esperaba que lo entendieras".[4]



Cortesía de Serguéi Khrushchov.

Nikita Khrushchov el 25 de febrero de 1956, durante su famoso “Discurso secreto”, en el que denunció a Stalin.

Aterrada de que la identificaran con su padre y la odiaran, Svetlana se autoimpuso el aislamiento. Ni siquiera buscó el consuelo de su familia. Se enteraron de la denuncia de Stalin al leer los reportes del discurso de Khrushchov en el periódico.[5]

En realidad el “Discurso secreto” no fue secreto. Khrushchov ordenó que se leyera en las reuniones del Partido Comunista por todo el país. Incluso una copia llegó al *New York Times*, que publicó extractos en su primera plana del 4 de junio.

La revelación de los crímenes de Stalin fue cataclísmica. El ícono propagandístico —“el creador de felicidad”, “el salvador del pueblo ruso” y “un genio entre mortales”— había sido un fraude todo ese tiempo, tan sólo otro político cruel y despiadado que cometió crímenes horribles con impunidad.

Al examinar a su propia generación en retrospectiva, el escritor Konstantín Símonov escribió:

> Si somos sinceros, no sólo no podemos perdonar a Stalin; no podemos perdonar a nadie, ni a nosotros mismos… Puede ser que no hayamos hecho nada malo, por lo menos a primera vista, pero lo malo es que nos acostumbramos a… Lo que ahora parece increíble y monstruoso de alguna forma se volvió cierto tipo de norma; casi parecía habitual. Vivimos entre todo eso como sordos, como si no escucháramos los disparos a nuestro alrededor todo el tiempo, a la gente a la que mataban, asesinaban, desaparecían.[6]

Símonov confesó que había vivido mucho tiempo en dualidad, sabiendo y negándose a saber: "en parte por cobardía, en parte por esfuerzos tercos por tranquilizarme, en parte por autochantaje y en parte por reticencia a tocar ciertas cosas aunque fuera en pensamiento".[7]

Después de marzo de 1956 las manifestaciones externas del culto a Stalin comenzaron a desaparecer. Quitaron sus retratos del Museo de la Revolución. Todos esos nombres que glorificaban a su padre, que, cuando era niña, Svetlana había tenido que escribir en largas listas para sus maestros, fueron cambiados. El coche ZiS fue renombrado ZiL, en honor al académico y sobreviviente del Gulag Dmitri Lijachov. El Monte Stalin, en el Pamir, se convirtió en el Monte Octubre. Incluso Stalingrado terminaría por convertirse en Volgogrado.

Varios amigos de Svetlana le dieron la espalda, pero algunos sólo sintieron simpatía. La nueva esposa de Alexéi Kápler, Yulia, sugirió que Svetlana debía de estar devastada, porque todo mundo parecía estar alejándose de ella. "Kápler la llamó para invitarla a visitarlos, y ella aceptó agradecida."[8]

Aquel año, 1956, fue muy difícil para Svetlana. La actriz Kyrá Golovkó recordaba habérsela encontrado en el departamento de unos amigos. Estaba "aun más cerrada y reprimida que hacía 12 años. Se veía muy mal y estaba vestida muy extrañamente". Kyrá actuaba en una obra en el MKhAT y alguien sugirió que fueran a verla todos. Svetlana dijo "con una voz queda, pero que definitivamente daba miedo: 'Yo no voy a ningún lado que no sea el Conservatorio' ". La obra, de pronto se dio cuenta Kyrá, contenía varios ataques al culto de la personalidad de Stalin. Cundió el silencio en el cuarto. Svetlana dijo que era hora de partir y se fue.[9]

Svetlana había comenzado a trabajar como asistente de investigación en el Instituto Gorki de Literatura Universal a principios de 1956. A los investigadores del instituto les advirtieron con antelación que la hija de Stalin se uniría a ellos. "No hagan alboroto —les dijeron—. Trátenla de manera normal, como a una persona cualquiera." Todavía había retratos de Stalin en los muros. Mientras estaba sentada sin notarlo bajo un retrato de su padre, un estudiante comentó cruelmente: "¿Crees que se parezca a su padre? ¡Sí, claro que se parece!"[10]

Uno de sus colegas en el Instituto Gorki, Alexándr Ushakov, recordó:

> Nuestro grupo se reunía a menudo. Bebíamos alcohol, tomábamos té, nos contábamos historias. En esos momentos cada quien quiere compartir algo. Pero ella normalmente se quedaba en silencio; a veces sonreía y

se reía… Entonces fumaba mucho… se sentaba en una silla… siempre se encorvaba un poco… y mientras los demás hablaban, siempre se quedaba en silencio. Dentro de una persona suceden algunos procesos difíciles. Ella tenía procesos difíciles, pero nunca salieron a la luz.

Muchos la creían una persona extraña. La gente como yo teníamos que explicarles a nuestros colegas: "Ya sabes, es la hija de Stalin. Vivió en condiciones particularmente duras. Siempre había una persona de las autoridades a su lado… No creas que es parecida a nosotros…"

Era introvertida. No le gustaba abrir su alma y sacar lo que tuviera dentro. Y, por supuesto, era víctima de todo el sistema a un alto grado… No era como los que, digamos, fueron encarcelados y sufrieron abusos horribles de las autoridades soviéticas… Pero la época la atravesó de lleno porque era la hija de Stalin; todas las ventajas y las desventajas del sistema la traspasaron por completo.[11]

A finales de marzo de 1956 todos los institutos del país habían recibido una copia del "Discurso secreto" de Khrushchov. Cuando lo leyeron desde el podio en el Instituto Gorki, muchos quedaron devastados por sus revelaciones. Svetlana se quedó en silencio entre la audiencia, sin decir una palabra, pero la extensión y el precio de su ostracismo son claros a partir de un breve encuentro. Cuando el hijo del famoso escritor Andréi Siniavski, que también trabajaba como investigador en el Instituto Gorki, se acercó a ella tras el discurso e hizo el gesto amable de ayudarle a ponerse el abrigo, ella se soltó a llorar.[12]

No tardó en unirse al equipo de investigación de Siniavski y se dedicó a recopilar documentos relacionados con la literatura rusa de las décadas de 1920 y 1930. El equipo tenía acceso a los libros prohibidos al público. Descubrió la novela distópica de Yevgueni Zamiatin, *Nosotros*, la exuberante literatura de los años veinte y las obras de artistas arrestados y aniquilados en la década de 1930. Se trataba de una narrativa rusa más subversiva y más cándida que las "mentiras canonizadas" que la habían obligado a estudiar bajo el espíritu de la Zhdánovshchina. La novela *Los demonios*, de Dostoievski, la abrumó. La vio como un modelo profético del mundo de su padre, en el que los revolucionarios, compelidos por conspiraciones internas y paranoicas, escalaban los escaños del poder sobre los cuerpos de sus compañeros.[13]

Tras su "Discurso secreto", Khrushchov comenzó a instituir varias reformas políticas y culturales. En las artes se relajó la censura y se permitió la entrada de algunas publicaciones extranjeras. Era un momento utópico que, tomando prestado el título de Ehrenburg, fue caracterizado como el Deshielo.

En esa atmósfera eufórica, Svetlana también se estaba convirtiendo en rebelde. Una amiga suya de entonces, Galina Bélaia, recordaba que Svetlana acostumbraba invitar a sus amigos al departamento de la Casa del Embarcadero. Andréi Siniavski y Antón Menshutin cantaban sus canciones "criminales" subversivas, en las que satirizaban las antiguas "canciones de las masas" soviéticas.[14] Galina y Svetlana sabían que Siniavski publicaba sus obras en el extranjero con el seudónimo Abram Tertz. La KGB ya toleraba la *samizdat* (literalmente, autopublicación), más o

menos, pero contrabandear un manuscrito para publicarlo en el Occidente antisoviético seguía estando estrictamente prohibido.

En septiembre de 1957 Svetlana decidió cambiar su apellido de Stálina por el de su madre, Allilúieva. Dijo que el sonido metálico de Stalin le laceraba el corazón. Voroshílov, presidente del presídium del Sóviet Supremo, que había sido amigo de su madre, no mostró sorpresa alguna y sólo dijo: "Hiciste bien".[15]

Aunque hacía mucho que abandonó el edificio, Svetlana seguía siendo la princesa del Kremlin y objeto de un intenso escrutinio. Durante los primeros tiempos de la Revolución, las mujeres, al igual que los hombres, daban rienda suelta a su conducta sexual, pero ahora la sexualidad hambrienta, exploradora y autodirigida de Svetlana la hacía vulnerable al chisme. Irónicamente, fue su padre quien había instigado ese puritanismo burgués. La gente intrigaba acerca de sus dos matrimonios y sus "numerosas" aventuras sexuales.

De hecho, sí tuvo una breve aventura con Yuri Tomski, el hijo de Mijaíl Tomski, un líder sindical que, cuando la NKVD intentó arrestarlo en 1936, se suicidó. Yuri creció como huérfano en el Gulag. El escritor Borís Runin describió la aventura en sus memorias:

> De pronto, ayer en la noche, Svetlana Allilúieva entró a Koktebel en su Pobeda, con Yuri Tomsky. Hace mucho tiempo, Tomsky estuvo en el mismo grupo de Jóvenes Pioneros que Svetlana. Obviamente: en el Kremlin. Y ahora, tras años de cumplir sentencia en los campos, aparentemente está en unión marital con ella. Poco después de casarse, Svetlana lo metió en su coche y lo trajo aquí, al mar. Sin embargo, la Casa de las Artes no les permitió quedarse ahí sin un paquete de vacaciones. Pasaron el primer día en una costa que aún estaba vacía en ese momento. Lo pasaron en su coche… y qué le podían hacer… tuvieron que realizar tareas básicas. Svetlana trató de cocinar algo, de lavar algo. Y comenzó a correr un rumor en la Casa de las Artes que rápidamente reunió a muchos curiosos en la playa: una princesa haciendo el quehacer.[16]

Runin estaba equivocado. Svetlana no estaba casada con Tomsky. El placer derivado de su humillación era malvado: la princesa reducida a lavar su ropa en público mientras la audiencia la mira con morbo.

A finales de la década de 1950 Svetlana conoció al poeta judío David Samóilov y se enamoró profundamente de él. Tan sólo seis años mayor que ella, era guapo, con un rostro abierto y extraordinariamente cándido que casi siempre portaba una sonrisa irónica. Ya se había ganado una reputación de erudito y mujeriego, y se convertiría en uno de los mejores poetas de la generación de la posguerra, con algunos poemas sobre la guerra, pero también con otros que expresan una sensación casi mística de la naturaleza que debió haber atraído a Svetlana.

Su primer encuentro sucedió cuando la esposa de Stepán Mikoián, Ella, organizó una fiesta de cumpleaños a la que invitó a Borís Gribánov, su colega en la Imprenta de Literatura Infantil. Ella y Stepán vivían en un departamento de cinco habitaciones en la Casa del Embarcadero. Gribánov

decidió invitar a su amigo íntimo David Samóilov, quien estaba ávido de ver cómo vivía la élite del país.

En la cena, Samóilov se sorprendió al descubrir que su compañera de asiento era Svetlana Allilúieva. Le pareció extremadamente atractiva, pero no podía sacarse de la cabeza la idea de que en realidad estaba hablando con la hija de Stalin.

Con Anastás Mikoián en la cabecera, según Gribánov, Svetlana y Samóilov no tardaron en entrar en un coqueteo apasionado:

> Tras sólo 15 minutos, sin prestar atención al mismísimo Mikoián —para Svetlana era más que natural: estaba acostumbrada a considerar a los camaradas de su padre sus sirvientes, y para Samóilov el poeta el rango no significaba nada—, en resumen, tras 15 minutos, se besaban con pasión. Mi esposa y yo nos fuimos y dejamos a mi amigo a su suerte.[17]

La imagen de la pareja besándose apasionadamente en público no concuerda con la imagen más bien recatada de Svetlana que pinta la mayoría, y Stepán Mikoián no recordaba un encuentro tan erótico,[18] pero no importa lo que haya pasado: Samóilov y Svetlana se fueron a casa juntos. A la mañana siguiente, Borís Gribánov recibió una llamada telefónica en su oficina. Samóilov estaba al otro lado de la línea, "soltando risitas".

> "¡Boria, nos la chingamos!"
> [Gribánov preguntó]: "¿Y yo qué tengo que ver?" Estaba paralizado.
> "No, no, no discutas. ¡Lo hice en nombre de los dos!"[19]

Pero muy pronto, lo que comenzó como una "broma", para usar el término de Gribánov, se convirtió en una aventura amorosa. Samóilov no había contado con que le atraerían la inteligencia y la obvia sinceridad de Svetlana. Y eso a ella debió haberle parecido electrizante: un poeta lírico, miembro de la vanguardia izquierdista, y al igual que ella, más dedicado a la musa que a la política.[20]

Sin embargo, Svetlana todavía inspiraba miedo en los demás. Gribánov recordaba una ocasión en que él, Samóilov y Svetlana visitaron a su amigo Tak Melamid. Por casualidad fue 5 de marzo, el aniversario de la muerte de Stalin. Durante las denuncias contra Stalin que formaron parte inevitable de la conversación, Svetlana permaneció callada. Mientras iban hacia el elevador, la esposa de Melamid le preguntó a Gribánov quién era la "encantadora mujer" que habían traído, y casi le da un infarto al oír su nombre: Svetlana Allilúieva.

A la mañana siguiente llamó por teléfono a Gribánov y le dijo histérica que debió haberles advertido. Ella y su esposo pasaron la noche en vela, tratando de recordar todo lo que habían dicho sobre Stalin. Gribánov trató de calmarla, asegurándole que Svetlana era una mujer muy

culta y que nada de lo que dijeran de su padre le afectaba, pero el hábito del miedo estaba tan arraigado en la URSS que los Melamid no se tranquilizaron.

Los amantes se encontraban en el departamento moscovita de Svetlana o en su pequeña dacha de Zhukovka. Borís Gribánov era un testigo ocasional. Normalmente se les unía en un restaurante en la Pista de Carreras de Moscú durante días sin carrera o almorzaban en el restaurante Séverni en el distrito Márina Roshcha. El 9 de mayo a los dos hombres les gustaba reunirse con sus amigos veteranos de guerra en un restaurante llamado Berlín, para celebrar el Día de la Victoria. Las celebraciones terminaron cuando Samóilov dijo: "Boria, creo que sería apropiado concluir un día que comenzó tan hermosamente en casa de la hija del Generalísimo".

Samóilov y Gribánov siguieron la costumbre de aparecerse en el departamento de Svetlana con una botella de coñac y sostener largas conversaciones tranquilas. Gribánov se percató de que no había un solo retrato de Stalin en los muros de la casa (para entonces ella debió de haber guardado la pequeña foto de su padre con el marco plateado). Sólo había una gran fotografía de su madre. Aunque a los dos hombres les daba curiosidad, ninguno de ellos quería explotar a Svetlana como fuente de información sobre su padre, y casi no hablaban de él.

Sin embargo, había un problema en la relación de Svetlana con Samóilov: quería que se casara con ella. Iba a la editorial en la que trabajaba Borís Gribánov, lo sacaba a rastras de su oficina y lo llevaba a pasear al campo, para tener siempre la misma conversación:

> "Boria —le decía—, tiene que casarse conmigo."
> "Svetík [como la llamaba de cariño]… nunca va a pasar."
> "¿Pero por qué?", preguntaba indignada.
> "Porque él es un poeta, y tú, una princesa", le contestaba sin rodeos.[21]

La necesidad compulsiva de transitar al matrimonio surgió en todas las aventuras de Svetlana. Era como si, sin importar lo que le hubiera enseñado la experiencia, creyera que el matrimonio le brindaría un baluarte contra una pérdida de otro modo inevitable. En el fondo era una huérfana emotiva con una fragilidad trágica que siempre amenazaba con hundirla. ¿Cómo podía ser de otro modo? Las cosas reventaban cuando arrastraba a los demás a su tormenta emocional.

En su libro *Notas diarias*, publicado años después, Samóilov escribió sobre Svetlana. Describe el fin de su relación en una entrada fechada el 17 de noviembre de 1960:

> Hoy, Svetl vino a mi casa inesperadamente y… me lanzó un guante. Por la mañana, en el teléfono, otra vez traté de evitar una conversación con ella. Es tan difícil hablar como superar una enfermedad o escribir un poema épico. Ella, como siempre, cometió un acto de princesa: se apareció frente a mí y me aventó un guante, un volumen de [el poeta Konstantín] Sluchevski y una vieja cruz de san Jorge sobre la mesa, lamentables recuerdos de mi enamoramiento.
>
> Sólo en retrospectiva puede uno apreciar el conmovedor absurdo de sus actos dictados por la intensidad de

> sus sentimientos, el tempestuoso temperamento de su padre y la soledad. En ese momento experimentas un difícil sentimiento de lástima, admiración e indignación. Es una esclava de sus pasiones; dentro de un esclavo siempre mora un tirano…
>
> Nunca en mi vida me había sacudido y capturado tan directamente la tragedia de alguien más. Y nunca había sentido una necesidad tan intensa de huir de alguien, del círculo de su tragedia irresuelta y sofocante. [22]

En 1967, cuando Samóilov escuchó la noticia de la deserción de Svetlana, escribió, algo escarmentado, en su diario: “Es más magnífica de lo que creía”. Con tristeza añadió: “Comprendí y valoré poco a las mujeres que me eran cercanas”.[23]

La tragedia, según Samóilov, consistía en que “Svetlana estaba condenada a cargar la cruz de su origen por el resto de su vida”. Nunca podría renunciar a su padre por completo, aunque renunciara desafiante a su “legado espiritual”, una paradoja o dualidad con la que era imposible vivir.

Puede ser que la situación de Svetlana haya sido aún más compleja. Seguramente una cosa es ser hijo del dictador, pero otra muy distinta es ser su hija. Al hijo se le exige que sea como su padre y casi siempre se convierte en una parodia suya, con efectos desastrosos en el caso de Vasili. Pero Stalin sentía un apego especial por Svetlana. Le había dado su amor paterno, tal como era: superficial, intermitente, grosero; muchas veces cruel. Exigía una sumisión abyecta. Estaba envenenado con desdén: “Mírate. ¿Quién te querría? ¡Idiota!” Sin embargo, para ella muchas veces pareció seductoramente real. La verdad es que Svetlana no sabía lo que era el amor. Alguna parte profunda de su ser probablemente creyera que no podía ser amada. Todavía seguía buscando un sustituto de amor romantizado e idealizado. En eso no era diferente de muchas mujeres, aunque quizás su caso haya sido extremo. Sentía que necesitaba a un hombre que la inventara o la completara. Su desesperación provenía del terror de estar sola, ¿pero quién de los hombres que le atraían se uniría a la hija de Stalin y cargaría con esa oscuridad?

# 13

# Posdeshielo

A finales de 1950 y principios 1960, Moscú era un lugar emocionante. Era una ciudad internacional, con festivales de música, cine y danza, congresos mundiales de literatura, delegaciones internacionales de artistas, intercambios de estudiantes extranjeros y una vida nocturna excitante. Sin embargo, tras esa fachada de cosmopolitismo todo seguía bajo el control de los comisarios culturales: la policía secreta aún estaba activa.

Casi desde el inicio, el Deshielo de Khrushchov incitó el caos político. En marzo de 1956, inmediatamente después del "Discurso secreto", mientras los georgianos se reunían en Tbilisi para celebrar el tercer aniversario de la muerte de Stalin, manifestantes estudiantiles causaron disturbios. Docenas (algunos dicen que cientos) murieron a manos de las tropas soviéticas. Irónicamente, los estudiantes protestaban contra las políticas de desestalinización de Khrushchov: había difamado al hijo preferido de Georgia. En octubre, los tanques soviéticos se dirigieron a Budapest para aplastar el levantamiento en Hungría, donde los estudiantes exigían la liberalización y el fin del dominio soviético. La estabilidad de todo el bloque soviético estaba amenazada. Los ciudadanos soviéticos esperaron ansiosos lo que sucedería.

En Rusia, un *deshielo* implica un alivio y un desastre lodoso. El Deshielo de Khrushchov iba y venía. En sus inicios nadie sabía exactamente qué esperar, pero muy pronto fue claro que la represión seguía siendo política del Partido, aunque ahora fuera intermitente. Khrushchov aplicaba políticas en zigzag, retractándose cuando era necesario para salvar su propia autoridad.

La suerte de los escritores era una especie de barómetro. En octubre de 1958, cuando le dieron el Premio Nobel a Borís Pasternak, éste le envió un telegrama al comité del Nobel: "INFINITAMENTE AGRADECIDO, CONMOVIDO, ORGULLOSO, SORPRENDIDO, ABRUMADO". Cuatro días después, el Politburó, que había prohibido su novela *Doctor Zhivago* por antisocialista y evitado que se publicara en la URSS, obligó a Pasternak a enviar un segundo telegrama en el que renunciaba al premio.[1] En febrero de 1961 la KGB se apropió y destruyó el manuscrito de *Vida y destino*, de Vasili Grossman. Sin embargo, en noviembre de 1962, a pesar de las objeciones de altos miembros del Partido, Khrushchov permitió la publicación, en *Novy Mir*, de *Un día en la*

*vida de Iván Denísovich*, la desgarradora descripción de la vida en el Gulag de Alexándr Solzhenitsin. Nadie podía predecir lo que venía: si un deshielo o una helada.

Cortesía de la autora.

En 1962 Svetlana se convirtió a la fe rusa ortodoxa y fue bautizada en la Iglesia de la Deposición del Manto. Eso iba firmemente en contra de la doctrina comunista.

La primavera y el verano de 1961 fueron particularmente duros para Svetlana. Tenía 35 años. No era una edad cómoda. Si una sigue sola, cree que se va a quedar sola. Sus hijos, ahora de 11 y 16 años, estaban en la escuela. Katia tenía sus reuniones obligatorias de los Pioneros, y Iósif se había unido a la Komsomol. Svetlana recordaba: “Estaba melancólica, irritable, inclinada hacia el pesimismo desesperanzador; más de una vez había pensado en el suicidio; tenía miedo de los cuartos oscuros, de los muertos, de las tormentas eléctricas; de los hombres vulgares, de los vándalos en las calles y de los borrachos. Mi propia vida me parecía muy oscura, tediosa y sin futuro”.[2] Bajo el exterior cuidadosamente controlado de Svetlana había tristezas y sospechas,

furias y frustraciones; heridas psíquicas que no sabía cómo afrontar, no digamos sanar.

Gradualmente se había vuelto cercana a Andréi Siniavski, su amigo del Instituto Gorki, donde trabajaba, y acudía a él por consuelo. Es claro que a él Svetlana le parecía cautivadora. Estaban sentados en una banquita cerca de la Puerta Kropotkin cuando ella mencionó el tema del suicidio. Siniavski contestó: "El suicida cree que sólo se mata a sí mismo. Sólo mata su cuerpo, y el alma después languidece, pues sólo Dios puede tomar el alma".[3] Puede ser que Svetlana haya recordado las palabras de su abuela Olga: "Sabrán dónde está su alma cuando les duela".

Ésa fue una conversación íntima que sugiere que hubo otras. Era un error grave despertar las expectativas de Svetlana. Comenzó un romance. Según su coinvestigador, Alexándr Ushakov, no tardó en correr el rumor en el Instituto Gorki de que un día Svetlana se presentó a una cena en el departamento del escritor Andréi Menshutin, con su portafolios bajo el brazo, y exigió que Siniavski se fuera con ella.[4] Más tarde, la esposa de Siniavski, María Rózanova, confirmó el incidente en una entrevista:

> Una vez, Siniavski y yo estábamos cenando en casa de un colega… Andréi Menshutin, quien, al igual que nosotros, vivía en un departamento comunal no muy lejos del nuestro. De pronto el timbre suena tres veces: Svetlana Allilúieva.
>
> Los Menshutin tenían un cuarto muy pequeño. Yo, junto con Lida, comenzamos a apurarnos para conseguirle otra silla, pero Svetlana declaró: "No voy a sentarme. Andréi, vine por ti. ¿Vendrás conmigo ahora?" Yo pregunté: "Svetlana, ¿qué hay de mí?" Allilúieva me dijo: "Mashá, tú le robaste a Andréi a su esposa, y ahora yo te lo estoy robando a ti".[5]

Era como si Svetlana siguiera siendo la "pequeña anfitriona" del Kremlin, ordenando amor y esperando que se obedeciera su orden. Rózanova describió cómo la mandíbula de su esposo "casi se cae"; le dijo tímidamente: "Andréi, ¿no crees que, mientras estudiabas la historia de la URSS, fuiste demasiado lejos?" "Claro, le pregunté al respecto, directamente. Sí, se acostó con ella una vez. ¿Y qué?"

A Rózanova se le hizo fácil culpar a Svetlana. Era "una mujer histérica, con ese padre…" Siniavski sólo era un hombre. Recordaba su famoso chiste; solía decir: "Si estoy sentado en un vagón de tren con una mujer, tengo que hacerle una oferta, como un ser humano educado". Rózanova añadió que, en una relación, la fidelidad sexual "no importa. No es lo que conecta a la gente. Sin mí, él no podría trabajar, ni vivir. Vivir… no es lo mismo que hacer la sopa". Pero nunca perdonaría a Svetlana.

Svetlana no parecía entender la doble moral sexual que floreció por todos lados en las décadas de 1950 y 1960. Ella era la "degenerada sexual", mientras que al artista Siniavski le perdonaban su devaneo sexual, necesario para su trabajo, lo que también le daba esperanzas. Las mujeres se convertían en rivales y enemigas mientras el marido las miraba despreocupado. Y Svetlana no

era nada rara al creer que su única ruta hacia una vida creativa era junto a un hombre. Se retiró de nuevo, pero debió haber sido vergonzoso enfrentarse a las habladurías en el Instituto Gorki. Más tarde escribiría con admiración sobre Siniavski y su esposa en sus segundas memorias, *Sólo un año*, sin aludir a su humillación, y supondría que podía rescatar su amistad con ambos.

Sin embargo, Siniavski sí tuvo un impacto duradero en ella. Como cristiano comprometido, probablemente influyera en su decisión de convertirse a la fe ortodoxa rusa. En la primavera de 1962 la bautizaron en una pequeña iglesia bizantina llamada Deposición del Manto, junto a la catedral Donskói, la misma iglesia en la que habían bautizado a Siniavski unos meses antes.

Aunque fuera ilegal, muchos rusos se convertían en secreto al cristianismo a principios de la década de 1960, en protesta contra el comunismo. Para algunos, era una vuelta nostálgica a una Rusia desaparecida. Otros sentían un anhelo genuino de valores espirituales. Pero para la hija de Stalin romper las reglas del Partido era peligroso. Para protegerse ambos, el padre Nikolái Alexándrovich Golubtsov la bautizó en privado y no anotó su nombre en el registro parroquial. Svetlana siempre recordaría las palabras de consuelo del padre Nikolái. “Dijo que Dios me amaba, aunque fuera la hija de Stalin.”[6] El comentario sugiere una soledad de una profundidad devastadora.

Acostumbrada como estaba a la conformidad ideológica, debe haberle conmovido mucho estar en la Iglesia de la Deposición del Manto, con sus hermosas cúpulas de cebolla, escondida en un suburbio de Moscú. Las diminutas capillas abovedadas de piedra que atraen la mirada hacia arriba, el incienso y las muchas velas que iluminan la penumbra y el cántico hipnótico del coro, han de haber sido intoxicantes después de la uniformidad gris de Moscú. Desde los días en que se asombró frente a los budas sonrientes de las yurtas de Zubalovo, Svetlana había probado el anhelo metafísico. Su búsqueda compulsiva por las religiones del mundo comenzó con su bautizo. Leyó vorazmente sobre hinduismo, budismo y cristianismo, y terminó por probar varias en su búsqueda de paz interior.

Debió haber tenido muchas razones para convertirse, pero una, sostenía, era la muerte de su hermano. En enero de 1961 Khrushchov arregló su liberación de la Cárcel Vladímirskaia, pero Vasili sólo duró tres meses, corriendo por Moscú y bebiendo con sus compinches georgianos en su restaurante preferido, Aragvi, antes de desaparecer. La familia por fin lo localizó en la Cárcel de Lefórtovo, pero estaba tan enfermo que no tuvo que cumplir su sentencia. Con su pensión de general retirado se mudó a Kazán. En quiebra y quebrantado, murió el 19 de marzo de 1962, a los 41 años de edad, tras una borrachera; dejó atrás cuatro esposas y varios hijos. Svetlana recordaba al niño que había sido tan prometedor antes de que su madre lo abandonara. Ya no lo odiaba.[7]

Ese mismo año, 1962, Svetlana se reconectó con su pasado de una forma conmovedora y

devastadora. Se encontró con su primo, Iván (Johnreed) Svanidze, a quien no había visto desde el arresto de sus padres en 1937. Stalin había mandado ejecutar a su padre en 1941. Su madre fue ejecutada en 1942. Cuando era niña, Svetlana había adorado a sus tíos. Fue el tío Aliosha quien llevó las yurtas a Zubalovo, les contaba a los niños historias de los antiguos persas e hititas y recitaba poesía georgiana. Cuando Svetlana se encontró con su hijo, Iván (como se llamaba ahora, tras abandonar el Johnreed), después de 25 años de silencio, probablemente en el Instituto de Estudios Africanos, donde era investigador, ambos se sumergieron en aquel pasado con fervor. Pero el encuentro tuvo su lado oscuro.

Svetlana quedó devastada cuando Svanidze le mostró las cartas que sus padres le habían escrito desde la cárcel, antes de sus ejecuciones. Habían supuesto que lo estaban cuidando sus parientes, pero ése no era el caso. Consciente del precio cobrado por asociarse con los hijos de los "enemigos del pueblo", la familia había tenido miedo de acogerlo. Cuando el hermano de Svetlana, Yákov, trató de ayudarlo, su esposa alegó que se pondrían en riesgo.[8]

Bajo la mano de hierro de Stalin, los hijos de los "enemigos del pueblo" se convertían ellos mismos en enemigos. Supuestamente, tras el arresto de los Svanidze, su nana acogió al Iván de 11 años, hasta que la denunciaron a ella. Entonces lo enviaron a un orfanato para hijos de los condenados y vivió varios años en un complejo rodeado de alambre de púas. Los huérfanos en tiempos de guerra eran como pecio, prescindible, los últimos en recibir comida. Para ese niño que había pasado su infancia en la acaudalada Alemania y más tarde en Londres y Ginebra, cuando su padre era presidente del Banco de Comercio Exterior soviético, el trauma debe haber sido incalculable.

A los 17 años exiliaron a Iván a Kazajistán, a trabajar en las minas. Por fin le dieron permiso de vivir en Moscú en 1956. Como la mayoría de los supervivientes, volvió quebrantado y lleno de fantasmas. A su regreso no hizo el menor esfuerzo por buscar a sus parientes. Se inscribió a la Universidad de Moscú y obtuvo un título doctoral en estudios africanos, pero nunca recobró la salud por completo.

Svetlana diría más tarde: "De pronto nos encontramos… Simplemente no podía dejarlo ir".[9] A finales de 1962 se casó con Iván Svanidze por la Iglesia ortodoxa rusa. Fue como si se unieran dos neurosis: aunque la experiencia de él fuera mucho más oscura que la de ella, ambos eran víctimas de Stalin. El matrimonio estaba condenado desde el inicio y duró menos de un año. La hija de Yákov, Gulia, recordaba a Svetlana y a Svanidze de visita, pero decía que "Iván había sufrido mucho; estaba nervioso, susceptible y además tenía un carácter extremadamente difícil".[10]

Svetlana e Iván se separaron, y aunque siempre habló de él con cariño, no admitió el matrimonio en público. Quizás le diera vergüenza. Para salvar su propia soledad, sólo había

exacerbado el dolor de él. Publicaron un anuncio de divorcio en el diario vespertino *Vechérniaia Moskvá*.[11] Hay que decir que aunque estuviera acumulando divorcios —ahora tenía tres—, Svetlana no era la única ciudadana soviética en hacerlo. Bajo el trauma emocional de décadas de dictadura, el divorcio era común.

Svetlana buscó consuelo en su círculo de amigos íntimos, muchos de los cuales eran miembros de la *intelligentsia*. Dmitri Tolstói y su esposa, Tatiana, vivían en Leningrado. Svetlana se escapaba unos días para visitarlos cada vez que podía. Dmitri era hijo del conde Alexéi Tolstói, primo del famoso Lev Tolstói. El conde, reverenciado en la Unión Soviética por sus novelas históricas, se había divorciado de la madre de Dmitri, Yulia Rozhanski, y vivía en una mansión en Moscú mientras la condesa pasaba penurias en un departamento comunal atestado con los restos derruidos de su antigua vida. A Svetlana le encantaba la sensación histórica del departamento de los Tolstói: la alacena holandesa del siglo XVIII, el precioso espejo basculante, las sillas antiguas…

Dmitri Tolstói era compositor, pero como había rehusado volverse miembro del Partido Comunista sus óperas no se montaban y se ganaba la vida impartiendo clases de música. Sin embargo, sin importar lo reducido de las circunstancias de los Tolstói, todavía organizaban fiestas en las que leían obras de poetas prerrevolucionarios y repartían manuscritos *samizdat* ilegales, como los poemas prohibidos de la nueva estrella de Leningrado, el poeta Iósif Brodski. Éste sería juzgado por parasitismo en 1964 y sentenciado a cinco años de exilio interno.

En una de esas fiestas Svetlana conoció a Lily Golden, quien recordaba así su primera impresión de Svetlana: “Una mujer pelirroja, de ojos verdes, más bien pequeñita, con ropa muy sencilla y cuyos ojos reflejaban el inmenso dolor del conocimiento negado a los demás”.[12] Lily Golden era investigadora en el Instituto de Estudios Africanos y autora de numerosos libros y artículos sobre música y cultura africanas. También fue la primera en investigar las empobrecidas y aisladas comunidades negras en el Cáucaso, descendientes de ex esclavos que habían escapado a las montañas de Abjasia y cuya existencia los soviéticos habrían preferido mantener en secreto. Tenía una historia extraordinaria. Su padre, Oliver Golden, era un estadounidense negro que huyó de Mississippi tras la Primera Guerra Mundial y fue a parar a Chicago, donde se convirtió en un marxista dedicado. Siempre decía: “El primer estadounidense blanco en darme la mano y dármela como igual era comunista”.[13] Su madre, Bertha Bialek, era judía. Como era imposible vivir en Estados Unidos como pareja interracial, viajaron a la Unión Soviética en 1931, con el sueño de ayudar a construir una sociedad justa y más equitativa. Escaparon a la represión de finales de la década de 1930, pero observaron impotentes mientras sus amigos desaparecían. Su única hija, Lily, una de las pocas rusas negras en Moscú, había crecido en Tashkent.

La noche en que Lily conoció a Svetlana en la fiesta de los Tolstói, el grupo fue a visitar al profesor Víktor Manúilov, un crítico literario e historiador de la poesía soviética que vivía en un departamento comunal cercano. Su único cuarto estaba repleto de libros que se desbordaban hasta el baño común. Los recibió amablemente, encendió el samovar y habló de San Petersburgo en los viejos tiempos. De pronto les dijo a Lily y a Svetlana: "¡Muéstrenme sus manos! A veces tengo éxito en la lectura de manos".

Cuando examinó la mano de Svetlana, aseveró que "nunca había visto una mano así. ¡Esto pertenece a una persona extraordinaria!" Lily recordaba su predicción para Svetlana: "Tu vida se divide en tres periodos. El primero, que terminó hace mucho, fue de dicha sin nubes. Tu periodo actual es difícil. Estás luchando por unirte a un príncipe extranjero… que caerá enfermo y morirá. Luego comenzarás el tercer periodo, en el que cruzarás océanos y viajarás lejos". Inquietantemente, había descrito la trayectoria exacta de la vida de Svetlana. Conocería a un príncipe, un rajá indio llamado Brajesh Singh, y tarde o temprano cruzaría océanos.

A Lily le dio curiosidad. "¿Quién es esta Svetlana?", le preguntó a Tatiana Tolstói, quien le dijo: "Svetlana Allilúieva, la hija de Stalin". Lily estaba asombrada. "Era difícil colocar a esta joven mujer modesta, de ropa tan sencilla, entre el horror que debía rodear su vida."

Conforme llegó conocer a Svetlana, Lily diría: "Era una persona muy amable, de corazón muy tierno… Le era imposible escapar a su terrible legado. Simplemente no podía confiar en la gente; ¿cómo podría, si era la hija de Stalin?" La gente la trataba "como a una suerte de fenómeno".[14] Svetlana llegó a querer a Lily, quien introdujo alegría y frescura a su hogar. Barrerían la enorme colección de grabaciones de canciones populares y espirituales africanas de Lily. Le enseñó al hijo de Svetlana, Iósif, a bailar *twist*.

Lily también conocía a Iván Svanidze como un talentoso académico de su instituto. Creía que, al casarse con él, Svetlana buscaba la absolución por los crímenes de Stalin. Le dijo a su propia hija, Yelena Khanga: "[Svetlana] hizo todo lo que pudo por ayudar a la gente que volvió de los campos a finales de los cincuenta".[15] Lily también entendió por qué la relación terminó abruptamente. Svanidze había acabado "trastornado" por sus múltiples encarcelamientos y era imposible vivir con él. Según Lily, se había vuelto paranoico respecto de sus raíces judías y quitó todos los retratos de su madre judía de los muros. Y odiaba al hijo de Svetlana porque Iósif era mitad judío.[16]

Otro amigo trascendental para Svetlana fue Fiódor Volkenstein, un profesor de química moscovita y medio hermano de Dmitri Tolstói. Durante sus largas conversaciones, Volkenstein comenzó a incitarla a escribir las memorias de su familia. "¿Pero cómo podré hacer eso?", objetaba ella. "¡Escribe! ¡Escribe! Tú puedes —le decía—. Comienza como si me estuvieras escribiendo una carta; el resto saldrá solo."[17]

En 1962 Svetlana recibió la inesperada visita de un escritor y editor francés, el marqués Emmanuel d'Astier de la Vigerie. Su amigo Iliá Ehrenburg lo había disuadido de buscarla porque era peligroso, pero aquél había encontrado su dirección por su cuenta. Simplemente se presentó a la puerta de Svetlana y le explicó que estaba escribiendo un artículo sobre su padre y quería confirmar algunos datos biográficos. Por ley, debió haberse rehusado a admitirlo por ser extranjero, pero estaba cansada de las reglas soviéticas, y hablaron durante horas. Entre los intelectuales moscovitas, D'Astier era considerado procomunista, aunque pacifista liberal.

Poco después de la primera visita de D'Astier, el vicepresidente Mikoián invitó a Svetlana a su dacha, y aunque le aseguró que no estaba prohibido reunirse con extranjeros, dijo que era "mejor no hacerlo". Luego Mikoián le preguntó si alguna vez había pensado escribir sus propias memorias. Si sí, sería insensato dárselas a extranjeros; nunca estaría en paz de nuevo. Presintiendo un riesgo, Svetlana le aseguró que no tenía la menor intención de escribir un libro. D'Astier tomó la costumbre de visitarla cada vez que iba a Moscú, y tras cada visita la convocaban al Comité Central y le preguntaban amablemente: "¿Qué quería ese francés?"[18]

De hecho, Svetlana sí estaba escribiendo sus memorias. Había aceptado la sugerencia de Fiódor Volkenstein y escribía su historia en forma de cartas para él. Llamaría a ese libro *Veinte cartas a un amigo* (publicado en español como *Rusia, mi padre y yo*). En 35 días estructuró su libro como una conversación con un "interlocutor no identificado". Para protegerlo, nunca nombró a Volkenstein como el amigo. Estaba escribiendo, como decían en la URSS, "para el cajón".

Logró enviar su manuscrito al profesor Manúilov, que les había leído la mano a ella y a Lily Golden aquella noche en Leningrado. Manúilov la llamó a mitad de la noche. "Ay, es maravilloso, no puedo dejarlo", le dijo. A sabiendas de que su teléfono estaba intervenido, Svetlana preguntó: "¿De qué estás hablando?" Él se recuperó y contestó: "Ah, claro, estoy hablando de un libro que estoy leyendo aquí" Estaba tan emocionado que había olvidado la regla soviética de la *discreción*.

Svetlana tomó el siguiente tren a Leningrado. "Querida, es un libro terminado. ¿Cómo lo hiciste? —le preguntó el profesor—. Podemos publicarlo en el extranjero." No le sorprendió descubrir que él pudiera hacer eso —podía haber sido responsable por sacar el manuscrito de Iósif Brodski del país—, pero contestó: "No. Ahora no quiero nada por el estilo". Sabía que causaría un gran escándalo, y tenía que proteger a sus hijos. "Lo entiendo por completo", dijo él, pero sí le llevó el manuscrito a un mecanógrafo, que tecleó tres copias para que circularan entre amigos de confianza.[19]

*Rusia, mi padre y yo* no es una confesión. Un exorcismo. Al escribir su libro como si estuviera dirigido a un amigo, Svetlana pudo hablar con intimidad e ignorar a todos los censores que

cargaba sobre sus hombros, incluyendo a su padre. Quería que su libro tratara de la gente, no de una era política, de todos aquellos a quienes había querido y perdido. El disfraz de las cartas (no hay saludos del tipo “querido amigo”) no tardó en desvanecerse bajo el peso de la historia que quería contar.

Su última “carta” está dedicada a su nana Alexandra Andréievna, quien, con su alegría y amabilidad, se ofrece como encarnación de todo lo bueno y perdurable de Rusia, una persona sin la que habría “perdido la cabeza”. Pinta a Alexandra Andréievna como una suerte de figura épica tolstoiana que mira a los revolucionarios con estoicismo, a sabiendas de que ellos también pasarán. Svetlana parece sugerir que fue su nana quien le dio un sentido de moralidad y una conciencia a su vida.

Svetlana termina así su libro:

> Todos somos responsables de lo que sucedió. Que el juicio lo hagan los que vengan después, los hombres y las mujeres que no conocieron la época ni a la gente a la que conocimos. Que lo haga la gente nueva para quienes estos años en Rusia sean tan remotos e inexplicables, tan terribles y extraños, como el reino de Iván el Terrible. Pero no crean que llamarán a nuestra era “progresista”, ni que dirán que todo fue por el “bien de Rusia”… Leerán esta página de la historia de su país con un sentimiento de dolor, contrición y desconcierto, y ese sentimiento los llevará a vivir su vida de otra manera.[20]

El libro es personal, saturado de una suerte de lirismo nostálgico, y ambiguo en sus juicios de los involucrados. Svetlana es nostálgica y romántica a la vez en sus idealizaciones de algunas personas, especialmente de su madre, y a veces está sesgada en su testimonio; sin embargo, la claridad de su memoria es asombrosa. No es el libro que uno esperaría de la hija de Stalin. No reveló secretos de Estado. No quería dar lecciones políticas, más allá de la condena al régimen estalinista y el repudio a un sistema en el que las metas del llamado bien común, arrancadas por medio de la conformidad ideológica, volvían absurdo al individuo. En ciertos sentidos, el libro es una carta de amor a la Rusia perdurable, con su antiguo legado y su geografía asombrosamente variada. Svetlana le aseguró a su amigo que nadie que amara a Rusia se iba de ella, pero sólo pasarían cuatro años antes de que hiciera exactamente eso.

# 14

# El brahmán gentil

En octubre de 1963 Svetlana ingresó al Hospital de Kuntsevo por una tonsilectomía. Los hospitales cambiaron ligeramente bajo el Deshielo de Khrushchov. Todavía había sanatorios gubernamentales para los miembros de la élite del Partido y sus parientes y para actores y atletas famosos de la alta sociedad moscovita, pero ahora admitían a más extranjeros. Cada año los partidos comunistas extranjeros recibían invitaciones de Moscú para enviar pacientes a tratamiento. Su presencia quizás no fuera sorprendente, pero ahora muchas veces los ponían en las mismas salas que a los pacientes soviéticos, e incluso les permitían convivir sin intérpretes ni vigilantes. Pero todavía se disuadía a los pacientes soviéticos de tener demasiada intimidad con los extranjeros.

Svetlana reparó en un hombre pequeño, encorvado y canoso que deambulaba por las salas. Era indio, y eso le interesó. Estaba leyendo una biografía de Gandhi y quería preguntarle a aquel extraño por el Mahatma, pero era demasiado tímida para iniciar una conversación con un extranjero. Sin embargo, cuando se toparon en el corredor del hospital, se sentaron en un sillón y platicaron ávidamente durante una hora. Hablaron en inglés. Él le preguntó a qué organización pertenecía, y cuando ella le contestó: “A ninguna”, pareció complacido. Brajesh Singh ya no era el comunista idealista ferviente que había sido en su juventud.

Era el hijo del rajá de Kalakankar, en Uttar Pradesh. Había estudiado inglés con tutores en un colegio en Lucknow y luego pasó gran parte de su vida en el extranjero. En Londres, en 1932, se volvió comunista. Ésa le había parecido la mejor manera de luchar por la independencia de la India. Según sus amigos, era una suerte de Puck, con un sentido del humor travieso que introdujo al “juego de la política”.[1]

Svetlana se sentía aliviada de que Singh no tuviera idea de quién era. Cuando comenzó a preguntarle por la vida en la URSS después de Stalin, ella le contestó que, aunque había habido reformas superficiales, los aspectos fundamentales de la sociedad soviética no habían cambiado.

Dominio público.

Una foto sin fecha de Svetlana y Brajesh Singh, hijo de rajá y ex funcionario comunista a quien conoció en 1963, en el Hospital de Kuntsevo.

Cuando por fin decidió decirle a Singh que era la hija de Stalin, la única respuesta de aquél fue un "¡Oh!" con acento británico. Ella sostenía que jamás le preguntó por su padre.[2]

Durante los días de su estadía en el hospital deambularon en bata por las salas o comieron juntos en el comedor, para consternación del resto de los pacientes soviéticos, que no aprobaban a Singh y resentían la incursión de Khrushchov en sus privilegios con sus reformas "liberales". Se incitó a los pacientes anglófonos a espiar las conversaciones de Svetlana y Singh, pero ellos se callaban cuando alguien se acercaba.[3] Para los soviéticos, Singh era demasiado entusiasta. Cuando pasaban junto a los adustos oficiales en el pasillo, riéndose, Svetlana temía por él.

Ella descubrió que Singh tenía una enfermedad crónica. Padecía bronquitis y enfisema y sus pulmones estaban colapsando. No tardaron en enviar a ambos a recuperarse a un sanatorio llamado la Casa del Descanso en Sochi, en el Mar Negro. Pasaron el tiempo caminando por el muelle, bajo los ojos de desaprobación de los demás pacientes. Más de un residente la jaló aparte

para decirle: “Tu padre fue un gran hombre. ¡Sólo espera, llegará el día en que sea bien recordado!”[4] Luego le aconsejaban que se mantuviera con los suyos. Algunos hasta expresaban asombro de que hubiera dejado el apellido de su padre, aunque luego podían pedirle que se sacara una foto con ellos. Svetlana estaba segura de que los pacientes y el personal enviaban reportes a Moscú sobre su mal comportamiento.

A la edad de 53 (Svetlana tenía 37), Singh estaba solo. En Viena, durante la guerra, había conocido a una chica judía y, para ayudarla a huir de los nazis, se casaron y escaparon a la India, donde vivieron 16 años. Luego ella se mudó a Inglaterra con su pequeño hijo. Singh la alcanzó, pero después de que no pudo encontrar trabajo en Inglaterra, se divorciaron, y volvió solo a la India.

Él y Svetlana se encariñaron profundamente. Aunque (o quizás porque) le llevaba 16 años, ella sintió que había encontrado un amante, un guía y un amigo. Su mundo era mucho más rico espiritualmente que el de ella; parecía tener una paz y un equilibrio interiores. Era su capacidad para pensar por sí misma lo que lo movió a él. La llamaba Sveta, o Luz; era una de las pocas palabras rusas que conocía. Por los términos de su visa, Singh tenía agendado volver a la India tras su alta del hospital, pero ahora él y Svetlana hicieron planes nuevos. Regresaría a Moscú y encontraría trabajo como traductor de textos rusos al hindi. Impulsiva como siempre, Svetlana invitó a Singh a vivir con ella.

El embajador indio en Moscú, Triloki Nath Kaul, había sido amigo de Singh desde su juventud. No le sería difícil conseguir una visa de trabajo soviética. A Singh le impresionó que Svetlana hubiera pasado toda su vida dentro de los confines de la URSS. Él volvería y viajarían a la India; le mostraría Europa. Era una fantasía encantadora, y era la época de la esperanza, la época del Deshielo.

Singh se fue a la India en diciembre. Svetlana esperó, pero había algo mal. Él debía haber obtenido una visa fácilmente. Tenía recomendaciones de Kaul y del secretario general del Partido Comunista Indio, Shripad Amrit Dange. Aunque Svetlana y Singh se escribían constantemente, no tardaron en percatarse de que sus cartas no llegaban a su destino.

Svetlana sospechaba que habían llegado reportes a Moscú de que estaba cortejando a un extranjero en la Casa del Descanso en Sochi, pero estaba equivocada. Por medio del embajador Kaul, Singh descubrió que un joven indio llamado Chandra Shekhar, secretario de un grupo de comunistas indios en Moscú, estaba reportando que Singh no era confiable. Shekhar trabajaba en la radio y proporcionaba información de la India al Comité Central del Partido Comunista Soviético y a su División Extranjera. Cuando visitó a Svetlana y a Singh antes de la partida de éste a la India, le dijeron entre risas que Singh no era comunista, sino un rajá.[5] Todavía era normal que cuestiones de pureza ideológica descarrilaran la carrera de alguien, y la mejor forma

de avanzar en el sistema era traicionar a alguien más.

Svetlana fue a ver al vicepresidente Mikoián. Éste le dijo que había hablado con Khrushchov, quien fue empático. Mikoián dijo que todo estaría bien y que debería llevar a Singh de visita. Le gustaría conocerlo.

Los retrasos fueron insoportables para Svetlana, pero en marzo de 1965, unos 16 meses después de su partida, Singh por fin obtuvo su visa para volver a Moscú. Svetlana y su hijo, Iósif, fueron a recibirlo al Aeropuerto Sheremétievo el 7 de abril. El hombre que bajó del avión estaba enfermo y visiblemente envejecido. Svetlana no dudó. Aunque le habían asignado un departamento estatal a Singh, insistió en que fuera a casa con ellos. Iósif y Katia le dieron la bienvenida. Iósif diría más tarde:

> Singh era una persona agradable, culta, amable… Era muy disfrutable estar con él… Era calmado y paciente y también sabía cómo ver las cosas con un sentido del humor peculiar… Vino a vivir con nosotros, y para Katia y yo era el esposo de nuestra madre, y lo tratamos con respeto. Creo que era feliz.[6]

Svetlana era, realmente y por fin, muy feliz. Un amigo indio de Singh, el doctor Ram Manohar Lohia, miembro del parlamento indio y jefe del Partido Socialista, recordaba su visita a Singh. Aunque éste sufriera de una pierna dolorosamente hinchada y su asma estuviera muy mal, los dos hombres fueron al hotel de Lohia. Llevaban 37 años siendo amigos. Lohia le preguntó a Singh por Svetlana.

> Habló de ella con gran afecto y respeto, y yo, por lo menos, pude entender que ella le tuviera un cariño profundo. Brajesh tenía un encanto y una elegancia silenciosos, una disposición a escuchar que brotaba de su empatía innata. También tenía humor, y un no sé qué que no puedo definir en sus ojos, que a las mujeres sin duda les resultaba atractivo…
>
> De pronto pareció que era medianoche. Quise ir a la Plaza Roja y curiosear, pero Brajesh dijo que para entonces Svetlana estaría muy preocupada. Tomó un taxi a casa. Cuando dimos vuelta en su calle, vimos a Svetlana parada en la calle, obviamente buscando a Brajesh y muy alarmada. Estaba junto a mi lado del taxi, y yo salté afuera. Aunque no nos habían presentado, de inmediato comencé a sacarla de su enojo.
>
> "¿Acaso está tan enamorada de este hombre?", le pregunté.
>
> Svetlana dijo seria: "Pasan cosas, sabe: ¡accidentes automovilísticos y cosas así!"
>
> Pude adivinar a lo que se refería en realidad, sin decirlo.

Cuando Lohia convivió varias horas con la pareja al día siguiente, le impresionó mucho la sinceridad de Svetlana. En una entrevista le dijo a un reportero:

> La comparo con una flor; no con una rosa, porque las rosas no son tan tiernas, sino con un jazmín o una orquídea, que tienen un aroma sutil que no se entromete ni te apabulla.
>
> También me pareció una mujer de muchas tristezas y que una vida de tristezas la había transmutado en una

mujer callada y encantadora. Durante todas esas horas que pasamos juntos no la oí hablar en alto ni con escándalo una sola vez. La única ocasión que le oí un filo a su voz fue después, en la India, cuando dijo en un tono duro y áspero: "¡Odio la política! ¡Odio la política!"[7]

Ahora Svetlana tenía un plan nuevo. Estaba decidida a que Singh y ella se casaran. Claro que hay que preguntarse por qué Svetlana tenía tanta prisa por casarse con él, ella que se había casado tan precipitadamente otras tres veces, pero en este caso, además de su anhelo de permanencia usual, tenía una razón muy pragmática. Singh necesitaba el estatus de ciudadano soviético, que el matrimonio le daría, para estar seguro contra la expulsión. Al principio había querido casarse con él para poder cumplir su fantasía de viajar por Europa. Pero ahora la idea del matrimonio se volvió urgente. Singh estaba muy enfermo. Svetlana creía que si iban a la India, a un clima al que estaba acostumbrado, podría salvar su vida. Él se negó a volver sin ella, y ella necesitaba ser su esposa para viajar con él.

Pero los vientos políticos que siempre habían tallado la vida de Svetlana volvieron a cambiar para mal. En octubre de 1964 Khrushchov fue depuesto. Había cometido demasiados errores: su alcoholismo, su mal manejo de la crisis de los misiles de Cuba y su Deshielo impredecible que trastornó el *statu quo* en la Unión Soviética y Europa del Este. Lentamente, una revolución de palacio conspiró para sacarlo. Leonid Brézhnev fue elegido primer secretario del presídium, de hecho el dirigente del país, y compartía el poder con Alexéi Kosyguin como presidente del Consejo de Ministros y con Nikolái Podgorni como presidente del Sóviet Supremo. Esos conservadores no tardaron en detener las reformas menores.

El 3 de mayo Svetlana y Singh visitaron la oficina moscovita en la que tenían que registrarse los matrimonios con extranjeros. Al día siguiente convocaron a Svetlana al Kremlin. Fue una experiencia espeluznante. Pasó por la Puerta Spasski y entró al edificio del senado diseñado por Matvéi Kazakov. Había vivido más de 20 años en aquel departamento del primer piso, y era el mismo edificio sombrío, con las mismas alfombras rojas, las frías paredes de madera, los techos abovedados. Entró a la oficina de Kosyguin en el segundo piso, la oficina que había sido de su padre. Se enfrentó al extraño sentado en su escritorio. No lo conocía.

Su primera pregunta fue por qué había dejado de asistir a las reuniones del Partido. Insistió en que debía "reincorporarse al colectivo, ocupar [su] lugar debido". Ella le explicó que tenía que hacerse cargo de su familia y que ahora tenía un esposo enfermo.

Ante la palabra *esposo*, Kosyguin reaccionó con enojo. Sólo existe el registro de la conversación que hizo Svetlana, en el que Kosyguin suena como la dictadora loca que encontró *Alicia a través del espejo*: el Rey Rojo, por así decirlo: "¿Qué has tramado? ¿Tú, una mujer joven y sana, una deportista, no podrías haber encontrado a alguien aquí, es decir, a alguien joven y fuerte? ¿Qué quieres con ese hindú viejo y enfermo? ¡No, estamos todos sumamente en

contra, sumamente en contra!”[8]

Sin importar el matiz de la conversación, ahora era oficial. Kosyguin, en nombre del gobierno, le negó el derecho de registrar su matrimonio con Singh. Nunca se lo permitirían. Mientras salía, sintió el sarcófago del Kremlin cerrándose de nuevo sobre ella.

Svetlana volvió a acercarse a Anastás Mikoián para que la ayudara con su matrimonio. Ya los había asistido al conseguirle a Singh un contrato con la editorial soviética Progreso.

“¿Por qué necesitan casarse?”, le preguntó. Él y su esposa habían vivido 40 años en unión libre. “El matrimonio formal no tiene importancia para el amor.” Luego le advirtió sobre las amistades con embajadores extranjeros. “Ese Kaul es muy ambicioso —dijo—. No como los demás indios. Aléjate, aléjate de él.”[9]

Aquel otoño, en 1965, el Instituto Gorki, donde Svetlana seguía trabajando, estaba en revuelo. En septiembre su amigo Andréi Siniavski y su colega escritor Yuli Daniel fueron arrestados por difundir propaganda antisoviética. Los acusaron de permitir que sus novelas, que representaban una sociedad soviética surreal y amenazadora, fueran reproducidas como *samizdat*, copias a máquina compartidas clandestinamente entre amigos. Incluso habían permitido que sus obras se publicaran en Occidente bajo los respectivos seudónimos Abram Terts y Nikolái Arzhak. El Deshielo de Khrushchov había terminado oficialmente y comenzó la era represiva de Brézhnev. Ahora cualquier persona descubierta con un *samizdat* podía esperar que la castigaran brutalmente, y todos estaban asustados.

El juicio de Siniavski y Daniel inició el 10 de febrero de 1966. A pesar del intento de intervención por parte de organizaciones como Pen International, Daniel fue sentenciado a cinco años y Siniavski a siete de trabajo forzado en campos de prisioneros.[10]

Svetlana estaba asombrada. Era grotesco, feo, inadmisible. Volvía cada noche a casa y le contaba a Singh del tipo de juntas que sucedían en el Instituto Gorki, y él le preguntaba: “¿Pero por qué? ¿Por qué?… ¿Siete años de prisión por escribir libros? ¿Sólo porque un escritor escribe libros?”[11]

Entonces su amigo Alexándr Ushakov se había convertido en secretario del Partido en el Instituto Gorki. La atmósfera era tensa. Incluso antes del supuesto juicio, organizaciones como el Sindicato de Escritores fueron obligadas a condenar a Siniavski y a Daniel en proclamaciones conjuntas, como en los viejos tiempos, cuando Stalin había establecido el sistema de condena y rechazo colectivos. Tras el juicio, los comités del Partido en los institutos hicieron circular una carta oficial a la *Gaceta Literaria* en la que aprobaban las sentencias. Se lanzaron campañas contra los que se abstuvieron de firmar.

Ushakov recordaba haber dirigido la junta del Partido en el Instituto Gorki. “De pronto arrestaron a Siniavski. Nadie sabía… Teníamos que tomar alguna postura al respecto.” Ushakov

les dijo a los miembros del Partido: “No deberíamos pensar que lo hicimos nosotros. Todo está turbulento en nuestro país y éste es el contexto en el que vivía Andréi”, lo cual quería decir que Siniavski sabía a lo que se atenía al publicar sus libros fuera del país. Posteriormente, Ushakov describió la entrada repentina de Svetlana.

> Svetlana entró. No era miembro de la junta de Partido. Entró a la junta del Partido y después de que hice mi discurso, estaba entendido que yo apoyaba la idea de mantenerlo todo dentro del instituto. De pronto se levanta y da un discurso político en defensa de Siniavski. Y yo le digo: “¿Quién te invitó?” Le digo: “Ahí está la puerta. Nosotros no te invitamos aquí”. Más tarde les dijo a algunos de mis conocidos: “Sashá [Ushakov] se está volviendo grosero. Me corrió de la junta del Partido”. Yo no fui grosero, pero debió haberlo sabido. Podía ir a la Plaza Roja o escribirle una carta al TsK [Comité Central]. ¡Como si algo dependiera de nosotros![12]

Svetlana no era disidente. Evitaba lo que llamaba política, pero por segunda vez hizo una protesta pública; en su discurso en defensa de Siniavski dijo que el Instituto Gorki tuvo que haberlo apoyado en público y que el personal nunca debió haber sido forzado a firmar una carta de denuncia abierta. Era vergonzoso que aquellos que se habían negado a firmar fueran sometidos a una cacería de brujas.[13] Harta con la hipocresía brutal de todo el asunto, aquel verano renunció al instituto.

Singh se sentía muy preocupado. El Politburó estaba encabezando el regreso de la ortodoxia del Partido Comunista. Las tensiones en Moscú entre la vieja guardia y los reformistas crecían y estaban separando familias y amistades; las batallas ideológicas se propagaban. Singh, que siempre alentaba la escritura de Svetlana, dijo que tenía que enviar su manuscrito de *Rusia, mi padre y yo* al extranjero. Cualquier departamento podía ser registrado con una orden; cualquier manuscrito, confiscado. Singh consiguió enviar una copia del manuscrito de Svetlana al embajador Kaul, quien se lo llevó a la India en enero de 1966, seguro en su valija diplomática.

Entonces comenzó el aislamiento de Singh. Había caído bajo la sombra del descontento gubernamental y sus antiguas amistades indias dejaron de visitarlo. Su sobrino, Dinesh Singh, quien escaló hasta convertirse en viceministro del Departamento de Relaciones Exteriores bajo el gobierno prosoviético de Indira Gandhi, dejó de contestar sus cartas. Sólo su hermano Suresh Singh siguió escribiéndole desde la aldea de Kalakankar. Únicamente los viejos amigos de Singh, el embajador Kaul y el embajador Murad Ghaleb de la República Árabe Unida, siguieron visitándolo.[14]

Pero todas las maquinaciones políticas no tardaron en volverse irrelevantes. Claramente Singh era un enfermo terminal. Lo admitieron en la Policlínica Intourist, donde erróneamente le diagnosticaron tuberculosis. Por fin Svetlana lo llevó de vuelta al Hospital de Kuntsevo. Hizo varias visitas, cada vez más enfermo. Hasta en Kuntsevo habían cambiado las reglas. Los

extranjeros ahora estaban aislados en un piso especial y sus amigos necesitaban pases oficiales para visitarlos. Aun así fueron sus amigos embajadores.

Svetlana comenzó a pasar todo el día con él. Cuando tenía la fuerza suficiente, iban al jardín. Ella se sentaba a sus pies, y él, con los ojos cerrados, le ponía la mano en la cabeza y le hablaba de la India y a veces le leía los himnos védicos. Por la noche, en casa, discutía su caso con Iósif, que ahora estudiaba medicina en la universidad. Iósif consultaba sus libros. El pronóstico no era esperanzador. Singh quería regresar a la India. Desesperada, Svetlana le escribió a Brézhnev, rogándole que le permitiera llevarlo allá. Su estancia sería breve. Él no viviría mucho tiempo.

No fue Brézhnev, sino Mijaíl Súslov, el ideólogo en jefe del Partido, quien contestó. La convocó al Cuartel General del Partido Comunista en la Plaza Vieja. Cuando volvió a pedir permiso para registrar su matrimonio, le contestó que su padre había establecido una ley contra los matrimonios con extranjeros. Había sido buena idea. Le dijo que no le permitirían ir al extranjero. ¿Por qué querría hacerlo? Era antipatriótico. Si Singh quería regresar, era su asunto. Nadie iba a impedírselo.

Súslov predijo que habría provocaciones políticas si viajaba a la India. Los periodistas la acosarían en el aeropuerto. Era la hija de Stalin. Le exigió que volviera a trabajar en su colectivo; debería tomar "una posición adecuada para [su] nombre famoso".[15] Ella trató de sugerirle que si Singh moría, sería una mancha pública para la Unión Soviética. Súslov contestó fríamente que Singh estaba siendo bien atendido. Si moría, moría.

Singh sólo se rió cuando Svetlana le reportó los pormenores de su entrevista con Súslov. Para los indios, Súslov era un internacionalista, un marxista moderno modelo, aunque su esposa y su hijo nunca se hubieran aventurado fuera de la Unión Soviética.

Por fin, Singh le pidió a Svetlana que lo sacara del hospital y lo llevara a casa. El domingo 30 de octubre llegaron de visita amigos y colegas de Progreso. Cuando por fin estuvieron solos, Brajesh le dijo a Svetlana, con una resignación tranquila que era desconcertante y conmovedora: "Sveta, sé que voy a morir hoy". Le dijo que había soñado con un buey blanco jalando una carreta. "En la India, cuando tienes ese sueño, significa que viene la muerte."[16] Ella no le creyó.

A las 7:00 a.m. del lunes él señaló su corazón y luego su cabeza y dijo que podía sentir que algo palpitaba. Y entonces murió.

A la mente de Svetlana vino el recuerdo de la muerte de su padre, la única otra que había presenciado. Recordó su lucha indignante, su miedo de cara a la muerte, su aterrador último gesto de acusación. La muerte de Singh fue rápida y pacífica; su último gesto fue hacia su corazón. Pensó: "Cada hombre tuvo la muerte que merecía".

Con la partida de Singh, Svetlana sentía que algo había cambiado en ella. "Alguna línea

interna de demarcación" había sido trazada. Algo estaba perdido por completo. Todavía no sabía lo que eso significaba. Extrañamente, también experimentaba una suerte de paz. No lloró. Sentía la presencia reconfortante y benevolente de Singh, flotando.

Apresuradamente llamó a los amigos indios de Singh. No quería que su cuerpo cayera en manos de la burocracia soviética. Los amigos acudieron. Leyeron algunos versos del *Bhagavad-gita* en sánscrito. Quemaron madera de sándalo. Trasladaron el cuerpo de Singh al crematorio.

Ahí, el 1º de noviembre de 1966, algunos de sus amigos del Instituto de Literatura Universal se presentaron mientras se despedía de Singh, a quien nunca conocieron. Svetlana se conmovió cuando su hijo, Iósif, besó el cuerpo en la frente para decir adiós. Singh había expresado el deseo de que esparcieran sus cenizas en el Ganges, aunque no esperaba que sucediera. Mientras colocaba la urna en su dormitorio, tomó una decisión. Personalmente esparciría sus cenizas en el río sagrado.

Esperando que la rechazaran, les escribió a Kosyguin y a Brézhnev. La mañana siguiente a la entrega de sus cartas, la convocaron al Kremlin. Sorprendentemente, Kosyguin le dijo que podía ir. El sobrino de Singh, Dinesh Singh, un político astuto, había intervenido ante Indira Gandhi para asegurar un funeral tradicional a su tío. Le permitirían asistir a Svetlana siempre y cuando los indios se aseguraran de que evitaría cualquier contacto con la prensa extranjera. Aquella noche recogió sus documentos relevantes, firmados por el jefe del Departamento General del Comité Central, Konstantín Chernenko.[17]

El 7 de noviembre escribió una carta elegiaca (en inglés) al hermano y a la cuñada de Singh:

> Mis queridos Suresh y Prakashwati:
>
> Me es muy difícil tratar ahora de expresarles mis sentimientos y mi duelo. Pero sé tanto de ustedes por mi querido Brajesh, que los quería tanto y estaba tan apegado a ustedes…
>
> Necesito… pasar unos días tranquilos en la ribera del Ganga, ver sus aguas mansas, observar sus grandes olas. Sólo tendré mi visa dos semanas, pero tan sólo una semana en Kalakankar me dará la mayor satisfacción y consuelo…
>
> Fui tan feliz con él, a pesar de la enfermedad, doctores, hospitales y todo aquello. Me enseñó tantas cosas buenas… Le estoy tan agradecida al Destino por haber podido conocer a Brajesh y por los tres largos años en que mi vida estuvo llena de él y de su amor.
>
> *Svetlana.*[18]

Expidieron su pasaporte el 11 de noviembre. Recibió una cortés carta del sobrino de Singh, Dinesh Singh, con una invitación para quedarse en su casa, pero también le pedía que retrasara su visita hasta el 12 de diciembre, cuando el parlamento indio tuviera descanso y él estuviera libre.

Era claro que Dinesh sería responsable de Svetlana.

Durante el mes y medio que esperó, Svetlana apenas salió del departamento. Estaba montando guardia junto a la urna de Singh, como si temiera que la abdujeran si el gobierno cambiaba de parecer. Iósif anunció que iba a casarse con su novia. A finales de noviembre tuvieron una corta ceremonia civil. Aunque Svetlana y Grigori Morózov, el padre de Iósif, llevaban 20 años divorciados y él se había vuelto a casar, él y Svetlana se pararon juntos en la ceremonia, tomados de la mano. El evento fue alegre. Svetlana creía que Singh estaba presente, su "alegre alma… calentándonos".[19]

El 19 de diciembre de 1966 Svetlana esperaba en su departamento con su hijo, Iósif; su esposa, Yelena, y su hija, Katia, para averiguar si su vuelo de la 1:00 a.m. en el Aeropuerto Sheremétievo sí saldría a la India. El clima era terrible. La nieve cubría la ciudad. Comenzaba a soplar una ventisca. El teléfono estuvo ocupado toda la noche. No paraba de llamar al encargado para obtener nuevas del vuelo, y sus amigos no paraban de llamar para preguntarle si era cierto que había obtenido permiso para viajar fuera de la URSS. Era un privilegio extraordinario viajar a la India.

Por fin, su encargada, una tal señora Kassirova, del Ministerio de Relaciones Exteriores, se presentó. Hubo un jaleo antes de la partida de Svetlana. La esposa de Iósif, Yelena, había tomado la maleta de noche de Svetlana para dársela. Ella le gritó: "¡No toques eso!"[20] Yelena no sabía que contenía la urna de porcelana con las cenizas de Brajesh. Iósif se enojó por la brusquedad de su madre, Yelena parecía ofendida y Svetlana estaba desconsolada. No había tenido tiempo para darle más que un beso en la mejilla a Katia. Había organizado mal su despedida.

Partió al aeropuerto a eso de las 10:00 p.m. con su hijo, su amiga Lily Golden y la señora Kassirova. En el coche cundió el silencio. En el aeropuerto, Svetlana se apresuró hacia la sección reservada para "pasajeros con destino al extranjero". Apenas tuvo tiempo de abrazar a Iósif, que estaba melancólico. Se asomó por el muro de vidrio para ver la cara triste de su hijo. Fue el último vistazo que tuvo de él durante 18 años. Por su parte, Iósif comentó: "Ni soñé el epílogo que tendría ese viaje".

Y luego estaba en el avión con la señora Kassirova. Singh siempre le había prometido que vería su aldea, Kalakankar. Ésta era la versión que le había asignado el destino, con su urna ocupando el asiento a su lado en el vuelo a la India. No ignoró la ironía de que, como era la hija de Stalin —"propiedad estatal", como se llamaba amargamente—, le habían negado el permiso de acompañar a Singh a la India en vida, pero le habían dado una visa para llevar sus cenizas de vuelta a su país tras su muerte.

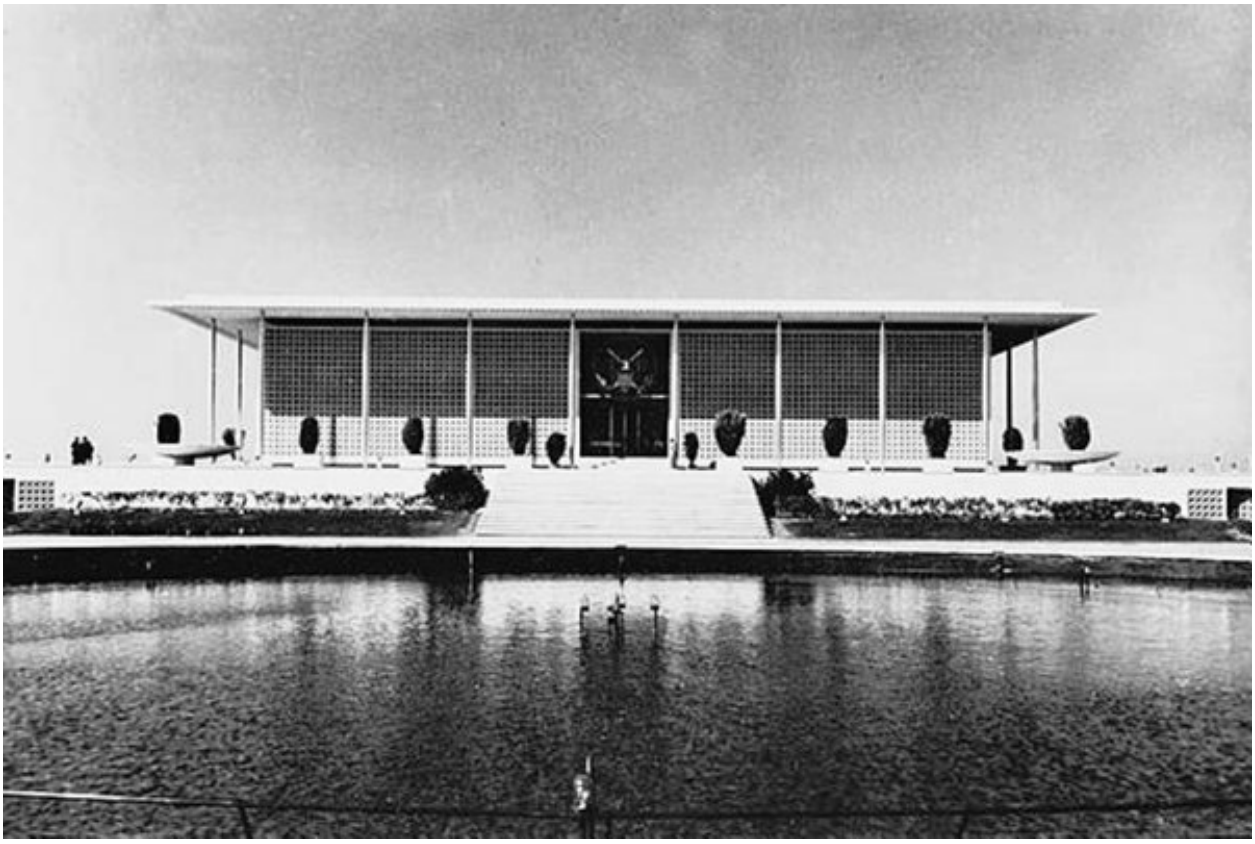
# 15

# En la ribera del Ganges

Cuando Svetlana descendió del avión en Delhi el 20 de diciembre en compañía de su encargada, la señora Kassirova, se encontró con que el segundo secretario Súrov y otros dos funcionarios de la embajada soviética la estaban esperando para recibirla. La metieron bajo tierra tan rápido que la prensa india nunca se enteró de su visita. Le confiscaron su pasaporte, visa y boleto de avión. Aunque había esperado quedarse en casa del sobrino de Brajesh, Dinesh Singh, la llevaron a una casa de huéspedes en el terreno de la embajada soviética, en el centro de Delhi, y le dijeron que ahí se quedaría. Le asignaron una habitación vacía excepto por una mesa y una cama. La habían sanitizado: le quitaron el teléfono. Tendría que hacer todas sus llamadas desde el edificio de la embajada, donde habría personal listo para monitorear sus conversaciones.[1]

El embajador I. A. Benedíktov por el momento estaba fuera de la ciudad, pero la llevaron a conocer al *chargé d'affaires*, Nikolái Smirnov. Sirvieron el desayuno en el comedor de la embajada; en la mesa había una gran botella de coñac. Hicieron una ronda de brindis en honor del tan querido señor Brajesh Singh. Entonces le dijeron a Svetlana que se habían alterado los planes. La situación en Delhi era inestable. Las elecciones se avecinaban en febrero, y la oposición, en particular el proestadounidense Partido Swatantra, estaba lanzando ataques contra el gobierno socialista de la señora Gandhi. Sería insensato que Svetlana fuera a Kalakankar. Celebrarían una ceremonia solemne y digna en la embajada, y el sobrino del señor Singh llevaría sus cenizas de vuelta a su aldea.

Tras el vuelo nocturno, Svetlana estaba exhausta, pero reunió su ingenio para el regateo. Aceptó quedarse en la casa de huéspedes mientras estuviera en Delhi, pero sólo ella podría llevar las cenizas de su esposo a Kalakankar. Era la invitada de Dinesh Singh y Suresh Singh, viejos amigos de las familias Nehru y Gandhi. Tras una larga sesión con el *chargé d'affaires* Smirnov al día siguiente, se acordó que iría a Kalakankar, siempre y cuando mantuviera su visita en secreto, evitara cualquier contacto con la prensa y viajara en compañía de la señora Kassirova. Regresaría a Moscú el 4 de enero.



Colección de New York World-Telegram y Sun Newspaper Photograph (Biblioteca del Congreso).

El 6 de marzo de 1967 Svetlana entró a este edificio —la embajada de Estados Unidos en Delhi— y anunció su intención de desertar.

Svetlana no tardó en extender sus libertades. Caminaba sola por las calles alrededor de la embajada soviética y convivía con los locales con una despreocupación de la que nunca se había creído capaz. En una caminata notó la embajada de Estados Unidos, con su amplia e imponente escalinata y sus árboles de Navidad, tan sólo a 100 metros de la embajada soviética. Se imaginó las festividades del interior y siguió caminando.

Evitando expresamente a la señora Kassirova, Svetlana pasó tres días visitando Delhi con la hija del embajador Kaul, Preeti. El caos de carros de culíes y ciclistas corriendo por los bulevares, vendedores callejeros con guirnaldas de flores, saris de colores brillantes en los escaparates atestados y los infinitos mendigos que las importunaban al pasar, no se parecía a nada que hubiera visto antes. Descubrió que era una buena viajera, con un ojo atento, y no tardó en intuir los estratos sociales de Delhi. Las capas superpuestas de eras y cultura, de clases: la colonia de mendigos afuera del hotel de primera clase Oberoy, los vehículos de lujo, los espectaculares que fosforecían los nombres de películas en inglés, como *Doctor Zhivago*, la dejaron maravillada. Para alguien que había estado 40 años encerrada en una sola cultura esa muestra de otra fue intoxicante.

Visitó el hogar de los Kaul y el embajador le mencionó que tenía su manuscrito. Su hija le había leído las primeras páginas. Ella le agradeció mucho, pero no lo recogió. Quizás no tuviera planes para él, pero era más probable que supiera que registrarían su cuarto en el complejo soviético.

El 25 de diciembre tomó el vuelo a Lucknow, pero no sin algunas frustraciones. Cuando Dinesh, que iba a acompañarla, no se presentó, insistió en que Súrov la llevara a su casa. La limusina de Smirnov los interceptó en la carretera. Quería que volviera a la casa de huéspedes, pero se resistió. Los funcionarios soviéticos estaban en una posición difícil. Tenían que seguir las órdenes de Moscú y a la vez no ofender a los indios. Cuando llegó al hogar de los Singh, Dinesh dijo que no podía viajar a Lucknow, pero que podría ir con su hija Reva.

En el aeropuerto de Lucknow, Svetlana y Reva, bajo la sombra de la señora Kassirova, fueron recibidas por el coche de la familia y recorrieron las tres horas de camino a la remota Kalakankar, una antigua aldea al borde del Ganges. Llegaron al Raj Bhavan, el Palacio del Rajá, un enorme edificio blanco al final de una larga vereda. Parecía un gran barco de vapor en el puerto listo para partir. Había un guardia en el patio, con una lanza en alto, junto al portón cerrado. El palacio pertenecía a Dinesh Singh, quien había heredado la función de rajá de su padre, lo que significaba que Brajesh y su hermano Suresh se habían convertido de hecho en los parientes pobres. Dinesh tenía un puesto público como miembro local del parlamento y dirigía una fundación familiar, mientras sus tíos vivían en una pobreza relativa. Aun así, todavía eran parte de la familia regente local.

Tan pronto como llegaron Svetlana, Reva y la señora Kassirova, comenzó la ceremonia del funeral de Brajesh. Suresh tomó la urna de los brazos de Svetlana.

Una procesión de hombres, encabezados por Suresh, se dirigió a la costa arenosa. Sólo los hombres tenían permitido cargar las cenizas. Svetlana y las mujeres observaron desde la terraza mientras los botes partían a aguas profundas. En medio del río, sumergieron lentamente las cenizas de Brajesh en el Ganges. Svetlana se descubrió llorando las lágrimas que había contenido durante meses.[2]

Invitaron a Svetlana a quedarse en el palacio, pero ella prefirió seguir al hermano de Brajesh, Suresh, a su hogar más modesto, y le dieron el cuarto en el que Brajesh había vivido cuando estaba en la India. La casa se estaba desmoronando, el empobrecimiento de sus residentes era aparente, pero la parte que ocupaba era cálida y acogedora. Junto al cuarto de Svetlana había una pequeña terraza rodeada de árboles de Ashoka y cactus de tres metros que daba a la costa arenosa del Ganges. Era como un santuario. Tomó la costumbre de sentarse ahí durante horas. Ahí se sentía “en paz, completamente bien”.

Sentía como si hubiera vuelto a su familia. Todo era como Brajesh lo había descrito. La

belleza del Ganges, los jardines, el polvo y todas las rencillas familiares. Decidió que no volvería a Moscú el 4 de enero, sino que se quedaría en la India. Su visa india tenía sello de un mes, y la división consular moscovita lo había aprobado. Insistiría en quedarse hasta que expirara esa visa, el 20 de enero. A la mañana siguiente escribió a Smirnov y al embajador Benedíktov, dejando claras sus intenciones, y le dijo a la señora Kassirova que llevara la carta a Delhi, una manera astuta de deshacerse de su encargada. Creyendo que su carrera estaba en riesgo, Kassirova se puso histérica, pero finalmente cedió. Cuando Svetlana se empecinaba, era imposible de disuadir.

Svetlana había alcanzado uno de esos momentos transformadores que parecían recurrentes en su vida. Tras el agotamiento y la tristeza de los últimos tres años, las intrusiones y las restricciones contra su vida privada, había llegado al límite. Ése sería un punto de quiebre, aunque hacia dónde quebraría todavía no estaba claro. Su esperanza era que la dejaran vivir en Kalakankar. ¿Pero cómo? Pensó en su manuscrito. Quizás podría venderlo. Ella no creía que fuera político; eran memorias familiares. Sin embargo, sabía que despertarían un intenso interés público. La familia de la que hablaba era la de Stalin. Le escribió a Kaul, diciéndole que pretendía quedarse más tiempo en Kalakankar y pidiéndole que le enviara el manuscrito.

Suresh y su esposa se conmovieron profundamente ante la facilidad con la que Svetlana se adaptó a su forma de vida. Cuando un periodista le pidió que caracterizara a Svetlana, Suresh dijo:

> Después de todo, era la hija del otrora gobernante de Rusia, y nosotros creímos que quizás vivíamos con demasiada sencillez aquí. Pero Svetlana es la más sencilla de las mujeres. No tiene la más mínima pretensión ni aire de superioridad. Asumía quehaceres que mi propia mujer no está acostumbrada a hacer. Tenemos sirvientes, pero Svetlana lavaba y planchaba su propia ropa, ayudaba a limpiar y a picar verduras y no nos presentó ningún problema. Ojalá que regrese. Aprendimos a quererla y creemos que ella nos quiere.[3]

Svetlana entró sinceramente a la vida india, usaba sari y comía los alimentos vegetarianos de la familia. Caminaba por la aldea y visitaba a los viejos amigos de Brajesh, pero no se hacía ilusiones respecto de las complejidades y los compromisos de la vida en la India. El sistema de castas, con sus reglas aparentemente inerradicables, le pareció inquietante. Por muy venida a menos que estuviera la casa de Suresh, su esposa, Prakash, de todos modos tenía un séquito de sirvientes, cada uno con deberes asignados por casta. Sólo el cocinero, que era un brahmán, podía cocinar; otro sirviente le llevaba la comida, pero no tenía permitido cocinar; también lavaba los trastes. Dos sirvientes de casa servían la mesa, pero no podían comer los mismos alimentos; también planchaban la ropa; un “intocable” o paria limpiaba el piso y los baños. Era absurdo, pero todos respetaban la tradición. Cuando Svetlana trató de lavar su propia ropa, los sirvientes concluyeron que era de “raíces modestas” y, por lo tanto, la trataron amistosamente, lo que le divertía mucho. De todos modos era imposible caminar por la aldea y no ver la pobreza.

Decidió fundar un pequeño hospital local en nombre de Brajesh, si le permitían quedarse y si vendía su manuscrito. Le frustraba que Kaul no se lo hubiera enviado.

Escribió a París, a Louba Krassin, la esposa del editor Emmanuel d'Astier, quien la había visitado por lo menos cuatro veces en Moscú. Le dijo a Krassin que estaba en la India y que no quería volver a la URSS. ¿Creía que fuera posible publicar su libro en el extranjero? Mandar una carta así era un riesgo, pero parecía más seguro que preguntarle a cualquier persona en la India. Unos días después, recibió un críptico telegrama de París: "SÍ. POSIBLE".[4]

En menos de una semana, el segundo secretario Súrov viajó a Kalakankar a llevar a Svetlana de vuelta. No iban a persuadirla. A regañadientes, volvió a Delhi sin ella. Entonces Svetlana decidió usar el argumento de que por ley los ciudadanos soviéticos que visitaran parientes podían extender sus visas dos o tres meses. Le escribió a Kosyguin.

Mientras estaba en Kalakankar, Svetlana leía en su balcón con vista al Ganges. Uno de los libros que tomó de la biblioteca de Suresh fue un *Informe del embajador* del estadounidense Chester Bowles. La cautivó por completo. El conocimiento que tenía Bowles de la India era inspirador, al igual que su veneración por Mahatma Gandhi.[5] El libro la entusiasmó tanto que la familia de Suresh comenzó a hablar de un nuevo plan. El hijo de los Singh trabajaba como ingeniero en Seattle. ¿Por qué no iba a Estados Unidos? Entonces podía convertirse en ciudadana estadounidense y volver a la India.

Svetlana se alarmó. Si se filtraba el rumor de aquella idea a la embajada soviética, tendría graves problemas. Y de todos modos, todavía no era *su* idea. La descartó diciendo que era un paso que no daría nunca. Pero la idea se arraigó en su mente. Si tan sólo pudiera hablar con el embajador Chester Bowles… Comenzó a visualizar el edificio de la embajada en Delhi, por el que había pasado tan casualmente un mes atrás. La idea "flotaba y aparecía una y otra vez, volviendo a mí con una tenacidad inusitada".[6]

El segundo secretario Súrov volvió a Kalakankar por tercera vez y, rechazado de nuevo, envió directamente a Moscú la carta en la que Svetlana pedía quedarse. Ella sabía que era un gesto inconsecuente, pero retrasó su partida. Por fin, Dinesh le llevó el manuscrito de parte de Kaul. Le provocaba una curiosidad intensa. Su esposa le dijo que Svetlana había enviado una carta a París. Le preguntó si tenía la intención de enviarle el manuscrito a un editor francés. Ella fue evasiva. Sin embargo, le advirtió que si los funcionarios de la embajada sabían de su manuscrito, lo confiscarían de inmediato. Él le contestó: "¿Estás segura de que todavía no saben de él?" Ella le aseguró que Kaul no había dicho nada.

De la nada, Dinesh Singh le dijo que no creía que los estadounidenses la ayudarían, aunque era claro que publicarían el libro y lo convertirían en película. Aseguró que conocía en persona al embajador Bowles y que le parecía encantador, pero que no era la vía correcta. Claramente su

esposa le había transmitido la hablilla hogareña. Svetlana le aseguró que todo lo que quería era quedarse más tiempo en la India antes de volver a la URSS. Había enviado una petición formal para lograrlo. “Puede ser que funcione”, dijo él. Sintió que Dinesh se veía aliviado.

De nuevo llegó de visita el segundo secretario Súrov. Dijo que ya había superado su permiso de viaje. Había hecho lo que había ido a hacer. El Ministerio de Relaciones Exteriores indio había prolongado su visa hasta el 15 de marzo. Tenía que salir de la India el 8 de marzo.

Svetlana seguía siendo ambigua. Parte de ella quería comenzar una nueva vida. A parte de ella le aterraba la idea. ¿Cómo viviría? ¿Confiaba demasiado en su manuscrito como boleto de salida? Pensaba en sus hijos. ¿Podría separarse de ellos? Si se iba de la URSS, nunca le permitirían volver, y las cosas tendrían que cambiar incalculablemente allá antes de que permitieran a sus hijos visitarla.

Pensó en la carta cariñosa que acababa de recibir de su hijo: “¡Mamá querida, hola!… Aquí todo está en forma. Con los documentos que nos enviaste conseguimos cupones para cenas prehechas. Todo está bien, pero Katia te extraña horriblemente. Yo también te extraño mucho y quiero verte”.[7]

Por fin accedió a volver a Delhi con Súrov. Mientras se metía al *jeep* para salir de Kalakankar, volteó hacia la aldea y le dijo a Suresh Singh que algún día regresaría. Él le sonrió. No entendía que eso sólo sería posible si ella decidía no volver nunca con su familia y a su país.

Al llegar a Delhi el 5 de marzo, la recibió Dinesh Singh, quien se había vuelto extremadamente amigable: parecía encantado de que por fin se fuera. Le aseguró que la invitaría a ella y a sus hijos de vuelta a Delhi el año siguiente. Svetlana era escéptica. Tras haber retrasado tanto su regreso, los soviéticos no le permitirían salir de nuevo. Aunque le ofreció la hospitalidad de su hogar hasta su partida, el 8 de marzo, ella dijo que prefería quedarse en la casa de huéspedes de la embajada.

Pasó la noche del 5 de marzo en casa del embajador Kaul y su familia. Fue una velada de ansiedad para Svetlana. Él también parecía estar contento de deshacerse de ella. Extrañamente, le preguntó si tenía su manuscrito consigo. Era una pregunta curiosa. Ella le contestó por instinto que lo había enviado a París. Le aterraba que la embajada soviética supiera de su existencia y se lo quitara, o que de alguna forma Kaul intuyera el plan que se estaba formando en su mente: ¿podría ir a la embajada estadounidense?

La mañana del 6 de marzo la recogió Súrov y la llevó a la casa de huéspedes, donde todo era un caos. La embajada se estaba preparando para la celebración del Día Internacional de la Mujer. Habría una conferencia y un programa artístico. Sólo pensar en una noche llena de vodka la asustó. Las mujeres en el patio de la embajada hablaban de ir de compras, de todo lo que iban a adquirir y luego vender en el mercado negro en Moscú. Siempre era lo mismo.

Súrov la llevó a almorzar a la casa del embajador Benedíktov. La comida fue elaborada, pero apenas la tocó: ya se había acostumbrado a su dieta india. Benedíktov miraba su vegetarianismo con desdén, lo consideraba un amaneramiento, y despotricó contra lo retrógrado de la India. A él también le alegraría deshacerse de ella. La invitó a su velada por el Día Internacional de la Mujer. Ella contestó que había prometido cenar con los Kaul. "¡Ese agente inglés!", dijo él. Pero fue una reacción automática. La prensa india creía que Kaul estaba en el bolsillo de la embajada soviética.

Benedíktov la felicitó por el éxito de su estadía y asimismo por las "concesiones" que le habían hecho: "Me parece que no tiene nada de qué quejarse". Svetlana contuvo la réplica que tenía en la punta de la lengua. Necesitaba pedirle su pasaporte a ese hombre. "Bueno, aquí estoy —dijo—, llena de regalos para mi familia. ¿Pueden devolverme mi pasaporte y mis papeles?"[8] Para su sorpresa, Benedíktov le ordenó a Súrov que fuera por ellos. Eso iba en contra de la norma. Sólo podían devolver su pasaporte a los ciudadanos soviéticos en el aeropuerto. Ese error sólo puede explicarse por el alivio de Benedíktov de que Svetlana al parecer ya se iba. Había representado bien su papel.

Volvió a la casa de huéspedes a las 3:00 p.m. Su primera idea fue cenar con los Kaul e ir a la embajada estadounidense a la mañana siguiente. Empacó su maleta grande con el manuscrito y la bolsa de regalos. Fue con el vigilante indio y le preguntó cómo pedir un taxi. Él le mostró la cabina telefónica: afuera, bajo las escaleras. Llamaría a un taxi la mañana siguiente, después del desayuno. Estaba segura de que nadie sospechaba su plan.

Caminó por el cuarto. Planchó la mascada que le había dado Preeti Kaul. Miró los regalos que compró a sus hijos. Trabajó la logística. Su abrigo sobre el brazo izquierdo, arrastrar su maleta grande, llamar al taxi.

De pronto se le ocurrió. ¿Por qué esperar? Tenía que ser ahora. De otro modo, podría cambiar de parecer. En la mañana habría gente. Perdería decisión. Sería mejor irse bajo el abrigo de las sombras. Había una recepción en la embajada soviética en honor del mariscal Matvéi Zajárov, jefe de personal de las fuerzas armadas rusas. La fiesta por el Día Internacional de la Mujer ya estaba en pleno en el club de la embajada. Todos se emborracharían más. Benedíktov y su personal suponían que estaba cenando con los Kaul. Nadie estaría buscándola. Se iría esa noche.

Decidió llevarse sólo la maleta pequeña, en la que empacó una toalla de la casa de huéspedes, la jabonera, un par de zapatos, un abrigo de verano y la bolsa en la que había cargado la urna con las cenizas de Brajesh Singh. Ahí metió su manuscrito.[9] Desempacó su maleta grande y tiró su contenido por ahí, para que si alguien entraba a su cuarto pareciera como si todavía siguiera empacando. En la cama yacían los regalos para sus hijos: una *hookah* de Benares y pantuflas bordadas en oro para Iósif y su esposa, brazaletes de Lucknow para Katia. Dudaba que fueran a

recibir esos regalos, y por un momento su decisión flaqueó.

Era poco después de las 6:00 p.m. Fue a llamar al taxi. Estaba oscuro bajo las escaleras. Buscó a tientas los números. El despachador le preguntó dónde estaba. ¿La embajada rusa? No, la casa de huéspedes rusa.

Esperó en el portón. No llegó el taxi. Pasaron invitados de la embajada en automóviles. Su terror creció; le asustaba que Preeti llegara a recogerla para cenar, que la vieran deambulando. Todo se vendría abajo. Después de 20 minutos, llamó de nuevo. Apareció un taxi. Volvió a la casa de huéspedes por su maleta pequeña y se subió al asiento trasero. "¿Conoce la embajada estadounidense?", preguntó. "Claro —dijo el conductor, sorprendido—. Está aquí cerca." Pero como si entendiera lo que tramaba Svetlana, primero se metió por un callejón oscuro, pasó por el complejo soviético y sólo después entró a la larga vereda de la embajada estadounidense. Ella le echó un vistazo al precioso estanque. De pronto estaba parada a los pies de una amplia escalinata. La subió con piernas temblorosas. El joven marino que estaba de guardia se levantó de su escritorio y abrió la puerta. Cuando trató de explicarle que la embajada estaba cerrada a esa hora, le mostró su pasaporte soviético. El guardia la llevó sin hablar a una pequeña sala, le dijo que se sentara y esperara. Luego desapareció en las profundidades del edificio.

TERCERA PARTE

# Huida a Estados Unidos

# 16

# Ópera bufa

Las 10 horas de diferencia entre Washington y Nueva Delhi jugaron a favor de Svetlana. Ya estaba en el aire de camino a Roma cuando la maquinaria diplomática de Washington se sobrecargó. El subsecretario de Estado, Foy Kohler, obviamente estaba enojado por la precipitada decisión del embajador Bowles de ayudar a la desertora. Comenzó a controlar los daños de inmediato.

El 6 de marzo el secretario de Estado, Dean Rusk, envió un telegrama secreto urgente a Llewellyn Thompson, el embajador de Estados Unidos en la Unión Soviética, para informarle que Svetlana Iósifovna Stalin, hija de Iósif Stalin, le había pedido asilo a Estados Unidos. Estaba viajando con un boleto abierto a Roma en compañía de un oficial de la embajada. No tenía reservación después de Roma. Rusk explicó:

> Se ha aconsejado al embajador Reinhardt [el embajador estadounidense en Italia] que sentimos que sería indeseable que Svetlana procediera a Estados Unidos, tanto políticamente como desde el punto de vista de su propia seguridad. Creemos urgente que se hagan todos los esfuerzos para arreglar un asilo más seguro en Suiza, España o Italia, y le hemos pedido al embajador Reinhardt que se esfuerce al máximo para persuadirla de que tal vía [es] de su conveniencia.[1]

Dean Rusk llamó por teléfono al presidente Lyndon Johnson a las 4:30 p.m. de ese día para reportarle la situación.[2]

El 7 de marzo, el embajador Llewellyn Thompson envió un telegrama urgente desde Moscú para aconsejarle a Dean Rusk: “Entre más podamos desafanarnos de esta operación, mejor será desde el punto de vista de nuestras relaciones con los soviéticos. De cualquier forma culparán a Estados Unidos de facilitar la salida del sujeto de la India y quizás acusarnos de secuestro”.[3]

Cortesía de Robert y Ramona Rayle.

El oficial de la CIA Robert Rayle, asignado a la embajada en Delhi, tuvo la tarea de sacar a Svetlana de la India antes de que los soviéticos descubrieran que había desertado.

Svetlana no pudo escoger un peor momento. Aunque es posible que haya sido la desertora más famosa en denunciar el comunismo y, bajo otras circunstancias, habría sido una herramienta propagandística invaluable en el empate de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la URSS, había elegido el momento incorrecto. El gobierno de Johnson justo en esa coyuntura estaba ratificando un convenio consular con los soviéticos.

El convenio tenía el objetivo de establecer funciones consulares en ambos países. Les daría inmunidad penal total a los funcionarios consulares y al personal, y aseguraría la protección de los paisanos. Cada gobierno sería notificado del arresto de uno de sus ciudadanos antes de dos o tres días. Hasta entonces, un ciudadano estadounidense de visita en la URSS podía ser mantenido incomunicado durante nueve meses o más mientras esperaba cargos. Pero un bloque de senadores había estancado aquel convenio, citando el peligro rojo. Lo último que Rusk y su personal querían era que una desertora famosa descarrilara el proceso.

Que ambos gobiernos se tomaban el tratado en serio está claro por los gestos de buena fe que los dos expresaron. Unos meses antes, un joven de Arkansas, Buel R. Wortham, había sido

sentenciado a tres años en un campo de trabajo ruso bajo el cargo de “cambiar dólares por rublos del mercado negro y robarse un oso de hierro de un hotel en Leningrado”. El 11 de marzo, cinco días tras la deserción de Svetlana, la Corte de Apelación soviética revocó la sentencia y liberó a Wortham con una multa de 5 000 rublos. Del lado estadounidense, Ígor Iványov, un agente soviético acusado de espionaje en 1964 y sentenciado a 20 años de cárcel, estaba bajo fianza a la espera de una apelación por clemencia ejecutiva. El embajador soviético en Estados Unidos, Anatoli Dobrynin, había dejado claro que, a causa de la revocación en el caso de Wortham, la Unión Soviética esperaba “cierto crédito” en la clemencia para Iványov.[4]

Alexéi Kosyguin, presidente del Consejo de Ministros, tenía programado llegar a Estados Unidos a finales de junio para discutir de todo, incluido Medio Oriente, la guerra de Vietnam y el control armamentístico. La tregua estaba en el aire. Svetlana no sólo era inconveniente: era una amenaza. El gobierno de Johnson no necesitaba tenerla entre manos. Tenían que contenerla.

Mientras Bob Rayle y Svetlana seguían a medio vuelo, el jefe de estación de la CIA en Roma llamó al jefe del servicio de inteligencia italiano, el almirante Eugenio Henke, para decirle que la CIA tenía una desertora en camino y que necesitaba el apoyo de los italianos. “¿Me despertó a medianoche para decirme eso?”, contestó Henke. “Sí, bueno, déjeme decirle quién es”, contestó el jefe de la CIA. Henke estaba furioso. “Okey —dijo—, puede entrar, pero tiene que irse mañana.”[5] Dijo que esperaría hasta la mañana para decirle al ministro de relaciones exteriores, Amintore Fanfani, quien no estaría complacido. Los comunistas tenían una delegación fuerte en el parlamento italiano en esa época, y si los urgían los soviéticos, podrían causar muchos problemas al gobierno de coalición cristiana en el poder.

Cuando Bob Rayle y Svetlana bajaron en Roma del vuelo de Qantas, a las 6:00 a.m. del 7 de marzo, Rayle estaba convencido de que sólo era una escala y que procederían inmediatamente a Estados Unidos. Le sorprendió, pues, que el subjefe de su oficina en Roma los recibiera en la puerta de arribos con las malas noticias.

Le informaron a Rayle que el Departamento de Estado se negaba categóricamente a permitir a Svetlana proceder hacia Estados Unidos. Foy Kohler sostenía que las relaciones con la URSS se estaban entibiando. Incluso cabía la posibilidad de un deshielo. Rayle y muchos de sus colegas creían que ese deshielo era “una ilusión y sólo existía en la imaginación de Kohler”.[6] Pero la decisión de Kohler significaba que Svetlana estaba en tierra. Desde el aeropuerto, Rayle y Svetlana fueron llevados a una casa de seguridad, un pequeño departamento en Roma, en el que se instalaron para esperar.

Cuando el almirante Henke le informó a Fanfani esa mañana que la hija de Stalin había aterrizado en Italia, Fanfani explotó. “Saca a esa gente del país de inmediato, y no quiero que quede evidencia de que estuvieron aquí.” El almirante Henke contestó: “Okey, técnicamente

diremos que el Tránsito Internacional en el aeropuerto en Roma está extendido para incluir el departamento internacional en el que se están alojando temporalmente".[7] Con ese truco, Svetlana y Rayle nunca estarían *legalmente* en Italia.

Durante los siguientes días el Departamento de Estado contactó a los gobiernos de Australia y Nueva Zelanda, pero ambos le negaron el asilo a Svetlana. Sudáfrica estaba dispuesta a admitirla, pero dado su historial de *apartheid*, ella se rehusó a considerar esa opción.

Por fin llegaron noticias de los suizos: considerarían aceptar a Svetlana por un periodo corto. Pero la decisión no podía confirmarse hasta que el Consejo Suizo (o gabinete) se reuniera, lo que tomó varios días. Los italianos estaban furiosos por el retraso, pero, como dijo Rayle, "el almirante Henke estaba reacio a arrestarnos y deportarnos". El Departamento de Estado prometió a los italianos que si los suizos no se manifestaban antes del viernes en la mañana, los dos fugitivos partirían de inmediato a Estados Unidos.

Durante los días siguientes, Rayle y Svetlana se volvieron amigos. Su departamento italiano tenía una pequeña sala y un cuarto, asignado a Svetlana, y el teléfono sonaba sin parar. Con cada llamada, Rayle se veía más pálido y más consternado, pero la tranquilidad de Svetlana le sorprendió positivamente. Más tarde ella diría: "Me habían entrenado para no tomar decisiones por mí misma, para esperar y ser paciente, y sobre todo para mantenerme cortés".

A Rayle le divertía que cada mañana la hija de Stalin le hiciera el desayuno, preparara la comida con el mandado que entregaba el guardia de seguridad y lavara los platos. Cuando cenaron con Chianti, ella recordó que a su padre le encantaban los buenos vinos y conocía las mejores marcas y cosechas. A él le pareció muy inteligente. No estaba "consentida ni era caprichosa", como podría esperarse de la princesa del Kremlin. Aunque el aburrimiento en el departamento fuera insoportable, compartieron buenas risas.

Pero Rayle vio a Svetlana caer en momentos de profunda tristeza al hablar de su hijo, Iósif, y de su hija, Katia, a quienes había abandonado. Se había convencido de que estarían bien. En un momento oscuro, se sentó y les escribió una carta de seis páginas:

> *9 de marzo de 1967*
>
> ¡Mis queridísimos hijos, Kate, Helen [la hija de Iósif, Yelena] y Joe!
>
> Me temo que les dirán toda suerte de mentiras —a ustedes y a todo mundo— de mí. Quizás les digan que me he vuelto loca, o que me secuestraron, o que ya no estoy. No crean nada. Quiero explicarles en persona cómo llegó a mí la decisión de no volver a Rusia. Nunca esperé hacerlo cuando estaba saliendo de Moscú en diciembre. Por eso ni siquiera traje conmigo sus fotografías…
>
> Podría vivir en Rusia —como muchos otros lo hacen— como hipócrita, escondiendo mis verdaderas opiniones. Más de la mitad de nuestra gente vive así. No tenemos oportunidad de criticar, no tenemos prensa ni libertades y tampoco nadie quiere arriesgarse…
>
> La muerte de mi esposo cambió mi naturaleza. Siento que me es imposible seguir siendo silenciosa y tolerante… Mis queridos… por favor tengan paz en sus corazones. Sólo estoy haciendo lo que mi conciencia

me ordena hacer.

*Su madre.*[8]

Cuando Svetlana pidió a los estadounidenses que le enviaran la carta a sus hijos, le dijeron que era demasiado política. Nunca la entregaron.

Mientras tanto, el reportero del *New York Times* en Nueva Delhi, Tony Lucas, había estado reconstruyendo la historia. Por medio de fuentes anónimas descubrió que la madrugada del 7 de marzo Svetlana había salido de la India en compañía de alguien de quien se decía que era el segundo secretario de la embajada de Estados Unidos, Robert Rayle. Al revisar el manifiesto de pasaje de todos los vuelos que salieron de Delhi, concluyó que Svetlana y su escolta estaban en Roma. Obviamente no fue el único periodista en hacerlo.

A las 3:00 a.m. del viernes, Rayle y Svetlana despertaron con la noticia de que la prensa internacional los había rastreado en Roma. Los italianos querían que se fueran. Esperaron las siguientes cinco horas a que los corrieran. Por fin partieron al aeropuerto bajo vigilancia. Estaban a punto de abordar el vuelo de las 3:00 p.m. a Londres, y de ahí a Estados Unidos, cuando Rayle llamó a un amigo a la embajada para despedirse. “No te subas al avión”, le dijo su colega. Los suizos se habían manifestado.[9]

Tenían que reunirse con el cónsul suizo en el aeropuerto a las 8:00 p.m., para que les diera la visa de Svetlana. Una mujer joven de la embajada estadounidense le llevó un impermeable verde oscuro; lentes oscuros, que se negó a usar, y una pequeña maleta roja para sus pocas prendas y su manuscrito. Como no estaba legalmente en Italia, no podía pisar suelo italiano, y por lo tanto sólo podía mirar los sitios de interés de Roma desde la ventanilla del auto de camino al aeropuerto, mientras ella y Rayle reían y cantaban “Arrivederci, Roma”.[10]

Svetlana debió haber pensado que estaba en una película. Obtener su visa se convirtió en una persecución automovilística. Dos coches, ella en uno y el cónsul suizo en el otro, rodearon el cantero de flores frente al aeropuerto durante lo que pareció una eternidad, hasta que por fin la transfirieron al otro carro. Un secretario con un frasco de tinta y un sello de hule lacró su visa, bromeando por la operación encubierta. Ella volvió a su coche. Pero el vuelo 615 de Swissair a Ginebra estaba retrasado cuatro horas. Svetlana y Rayle regresaron a esperar a la casa de seguridad.

Entonces la película se convirtió en farsa. Cuando ella y Rayle volvieron al aeropuerto, la terminal estaba inundada de periodistas y fotógrafos internacionales. Un camión de televisión había logrado apuntar sus reflectores hacia la puerta de salidas. Asustados de que pudieran fotografiar juntos a Rayle y a Svetlana, los italianos insistieron en que abordaran el avión por separado.

Rayle se escurrió por inmigración y subió fácilmente al avión, pero cuando el coche que

llevaba a Svetlana llegó a la puerta, fue asediado por los *paparazzi* y tuvo que volver. Se gestó un nuevo plan: Svetlana entraría de contrabando al avión en uno de los pequeños tractores que jalan los carros de equipaje. Se ocultó detrás del nervioso conductor.

Pero cuando el tractor se acercaba al avión, un funcionario italiano corrió hacia él. Había demasiados reporteros. "Atrás, atrás", gesticuló salvajemente, y el azorado conductor viró, el motor se apagó y, ya que se encendió de nuevo, los reporteros cruzaron el asfalto vacío hacia el otro lado de la pista. Mientras tanto, Rayle estaba parado en la puerta abierta del avión, negándose a moverse hasta que abordara su "esposa". "Mi esposa fue al baño de mujeres en la terminal y no ha vuelto. Tenemos que esperarla", dijo. Se llevaron las escaleras portátiles, pero Rayle se plantó en la compuerta abierta y se negó a moverse. Logró atrasar 15 minutos el vuelo. Por fin, un oficial de seguridad italiano le hizo señas. Svetlana no abordaría. Las escaleras volvieron y Rayle desembarcó, temiendo que los italianos hubieran arrestado a Svetlana.[11]

Lo llevaron a un cuarto en el sótano de la terminal, donde se arremolinaban unos 40 oficiales de seguridad. El coronel a cargo gritaba como demente en el teléfono. Por fin Rayle se enteró de que el maletero había llevado a Svetlana a un almacén al otro extremo del aeropuerto y la había abandonado en un hangar vacío.

Sola en el hangar oscuro, Svetlana encontró una puerta y entró a lo que parecía una bodega aeroportuaria, donde se sentó acuclillada en un pozo de escaleras y esperó casi una hora en espeluznante silencio. Despierta desde las 3:00 a.m., estaba exhausta y realmente asustada. Cuando Rayle la encontró, aunque se abrazaron y rieron, su compostura por fin se había disuelto. Los dos hallaron refugio en el departamento de un oficial de policía local y esperaron. La peor noticia era que su maletita roja con el manuscrito había sido registrada en el avión y ya estaba de camino a Ginebra.

Los frustrados italianos estaban tan desesperados por deshacerse de sus encargos indeseados que exigieron que los estadounidenses fletaran un avión. Estacionaron un avión de pasajeros Vickers Viscount en un rincón alejado y oscuro de la pista, listo para el vuelo a Ginebra. Aparte de la tripulación entera, Rayle y Svetlana fueron los únicos pasajeros en ese vuelo de la 1:00 a.m. Ése sería su primer viaje a Europa. Roma no contaba. Nunca estuvo oficialmente en Roma.

En el avión a Ginebra, Rayle le dio consejos pertinentes. No debía admitir que había salido del área de tránsito en Roma; si la prensa la fastidiaba con preguntas difíciles, sólo debía decir: "Sin comentarios". No debía aceptar al primer editor que quisiera su libro, sino conseguir el mejor trato posible. Rayle les escribió a sus superiores: "Planea mantenerse como escritora en Occidente, así que ese manuscrito es lo único que hay ahora entre ella y el hospicio".[12]

Pero no tardó en haber otra dimensión de la historia. Tony Lucas, del *New York Times*, descubrió por medio de fuentes anónimas que Robert Rayle era un agente de la CIA encubierto.

Lucas llamó a la embajada estadounidense en Delhi y dijo que si no le daban una renuncia de responsabilidad, entregaría la nota.[13] La embajada se negó a comentar. La fachada de Bob Rayle como segundo secretario cayó. La deserción de Svetlana en compañía de un oficial de la CIA fue titular de los periódicos de todo el mundo.

Cuando Rayle entregó más tarde un informe obligatorio al Departamento de Estado sobre la "personalidad" de la desertora y su "adaptabilidad a diferentes entornos", describió a Svetlana como "la desertora más absolutamente cooperativa que he conocido en mi vida". Como dijo Rayle: "Reconoce que no se le puede considerar un ser humano normal y ordinario y que sus actos tienen implicaciones políticas… Les resultará una persona cálida y amable que corresponde la calidez y la amabilidad. Creo que les parecerá genuinamente agradable". Añadió: "Es una persona muy estable".[14] Pero advirtió que parecía muy ingenua, como si nunca hubiera vivido "en ningún mundo real", y que necesitaría ayuda para abrirse camino en Occidente.

La madrugada del 11 de marzo, Svetlana "cruzó el límite invisible entre el mundo de la tiranía y el mundo de la libertad".[15] Por supuesto, nunca sería tan simple. La extraña travesía de la segunda mitad de su vida estaba por comenzar, pero si esperaba escapar a la sombra del nombre de su padre, se equivocaba trágicamente.

# 17

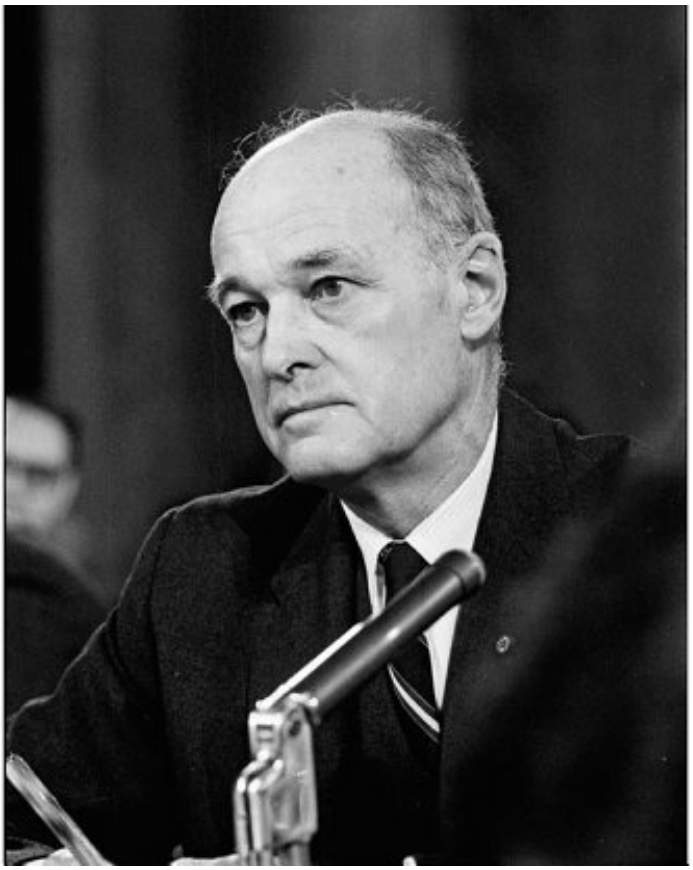
# Furia diplomática

Temprano por la mañana del viernes 10 de marzo, el primer y el segundo secretarios de la embajada soviética en Nueva Delhi llegaron a la propiedad de los Singh en Kalakankar. Dijeron que Svetlana había desaparecido del complejo soviético y exigieron saber dónde estaba. El hermano de Brajesh Singh, Suresh, dijo que no tenía la menor idea. Justo en ese instante el conserje de la propiedad entró corriendo para anunciar que la BBC estaba reportando que Svetlana había llegado a Roma. El rostro del primer secretario palideció de terror.

> "¡Ya fue! ¡Estamos acabados! ¡Ay, Dios mío!"
>
> "¡Así que sí cree en Dios a fin de cuentas, ¿no?", se burló Suresh.
>
> "Por favor, Lal Suresh —dijo el primer secretario—. Esto es terrible. ¡No puedo discutir a Dios ahora!"[1]

Ésa es la historia que le gustaba contar a Suresh Singh, y es posible que sea cierta, pero Moscú ya sabía que Svetlana había salido de la India. Quizás los secretarios hayan corrido a Kalakankar esperando contra toda esperanza que todo fuera un error y que hubiera vuelto ahí. Su deserción pendía sobre sus cabezas. No la habían vigilado lo suficiente. Si Stalin hubiera estado vivo, los habrían fusilado.

Tras bambalinas, la diplomacia jugaba ping-pong a un ritmo furioso. En Nueva Delhi, el embajador Chester Bowles recibió una carta con fecha del 9 de marzo del señor Chandra Shekhar Jha, secretario del exterior indio en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en la que expresaba su asombro de que "Madame Svetlana Aluleva *[sic]*, ciudadana soviética… obtuviera una visa estadounidense y un boleto de avión y fuera escoltada hacia Estados Unidos por un funcionario de la embajada estadounidense".[2]



Cortesía de la Biblioteca del Congreso, LC-U9-15312, #22A.

Como había sido embajador de Estados Unidos en la Unión Soviética cuando murió Stalin, el diplomático George Kennan, fotografiado aquí en 1966, asumió la responsabilidad de encargarse de Svetlana cuando comenzó su nueva vida en Estados Unidos.

Los soviéticos lo estaban caracterizando como secuestro y avergonzando al gobierno de la India.

Bowles contestó que "Madame Aluleva *[sic]* entró a la embajada por iniciativa propia". Cualquier intento de la URSS por sugerir lo contrario sería "demostrablemente falso y malicioso". Le aseguró a Jha que tenía los intereses de la India en mente. Si Svetlana hubiera acudido a la prensa como había amenazado, la India habría incursionado en una pesadilla diplomática. Le había ayudado a salir en concordancia "con tradiciones estadounidenses que se remontan a nuestros primeros días como nación".[3]

Todo seguía el estilo del control de daños diplomático. Sin embargo, al final del expediente de la Administración Nacional de Archivos y Documentos (NARA, por sus siglas en inglés), que incluye la carta de Bowles a Jha, hay una nota adjunta desconcertante, escrita varios días más tarde, que contiene un chisme que escuchó el embajador estadounidense en Moscú: "Desde Moscú, 13 de marzo de 1967: antecedente probablemente útil. Por favor pasar a personas

apropiadas en Departamento… Comentario hecho en curso conversación casual en juego de póker semanal noche 12 de marzo… [Henry] Shapiro de UPI dice que Svetlana Stalin reputación de ninfómana".[4]

El chisme de que Svetlana era ninfómana era el tipo de información útil que podía archivarse para uso futuro si el juego se ponía sucio. La primera reacción de la URSS ante la huida de Svetlana fue de silencio controlado, pero tenía que responder en público pronto. La noticia de su deserción estaba llegando al pueblo soviético por Radio Free Europe y Radio Bemba, y el régimen estaba preocupado.[5] Se reportaba que Svetlana llevaba un libro que había escrito. ¿Qué sabía? No era probable que su padre le hubiera confiado secretos de Estado, ¿pero qué hablillas podría ofrecer de los dirigentes actuales? Conocía todas sus historias. La televisión estatal soviética reportó fríamente:

> Svetlana Allilúieva, hija de Iósif Vissariónovich Stalin, está fuera del país. En 1966 recibió una visa de salida para Nueva Delhi, para acompañar los restos de su difunto esposo, un ciudadano indio que murió en la Unión Soviética. Cuánto tiempo permanezca Svetlana Allilúieva fuera de nuestro país sólo es de su incumbencia.[6]

Cualquier ciudadano soviético que haya escuchado eso habrá descubierto la mentira. Nadie era libre de viajar por voluntad propia. Si hubiera leído aquella nota, Svetlana habría reaccionado con amargura. Ahora el gobierno llamaba "su esposo" a Brajesh.

Al principio, las autoridades soviéticas fueron incapaces de creer que Svetlana hubiera huido y de hecho buscaron para ver si se había escurrido a Moscú de alguna forma. Según su primo, Leonid Allilúiev, la KGB fue al departamento de él y su esposa en la Casa del Embarcadero y, en su ausencia, interrogaron a su suegra. Pero para la mayoría de la familia no hubo repercusiones inmediatas. Como dijo Leonid Allilúiev: "Cuando Svetlana se fue, la única persona en nuestro gobierno que lo comentó fue Kosyguin… Unas pocas palabras y fue todo. Por eso eran las autoridades. No hablaban de nada de lo que no debiera hablarse".[7]

Por supuesto, eso fue en público. Tras bambalinas, el Politburó y la KGB ya planeaban su venganza contra Svetlana y los estadounidenses. Estaban seguros de que su deserción era una conspiración estadounidense iniciada para avergonzar al gobierno soviético en vísperas del quincuagésimo aniversario de la Revolución rusa. El régimen estaba decidido a desquitarse de Svetlana de cualquier forma posible.

Cuando Svetlana y Robert Rayle descendieron a la pista en el aeropuerto de Ginebra —los únicos dos pasajeros en salir del avión— los arrancaron de las garras de los reporteros que gritaban preguntas. Reunida con la pequeña maleta roja que contenía su manuscrito, le recordaron a Svetlana las condiciones de su estadía: sin declaraciones políticas. Pero su llegada fue noticia mundial y todos los periodistas querían la nota. El reportero de la CBS Marvin Kalb se

quedó en Suiza tres semanas, más tiempo que cualquiera de los demás, pero nunca logró acercarse a Svetlana. “Hubo muchas mentiras intencionales en Suiza”, reflexionó en retrospectiva.[8]

Llevaron a Svetlana a una posada en Beatenberg, cerca del Jungfrau, en los Alpes Berneses, y le dieron papeles con el nombre de Fräulein Carlen, con la historia de que era una mujer irlandesa recién llegada de la India. Sola en el comedor de la posada, escuchó por radio el anuncio, en nítido alemán, de la deserción de la hija de Stalin. Extrañaba a Robert Rayle. En el aeropuerto de Ginebra había saltado inmediatamente a un coche que lo esperaba, y los ansiosos reporteros lo persiguieron hasta la frontera francesa. Entonces ya estaba de camino a la India.[9]

El Departamento de Estado de Estados Unidos cedió la responsabilidad de Svetlana a los suizos, quienes insistieron en que los estadounidenses se quedaran en el fondo, al alcance de la mano. Antonino Janner, el jefe cincuentón de la sección de Europa del Este del Ministerio de Relaciones Exteriores Suizo, tomó el control. Cuando estuvo claro que los periodistas internacionales estaban apuntando hacia Beatenberg, se llevaron a Svetlana a un hospicio dirigido por monjas católicas como casa de descanso para sacerdotes en Saint Antoni, luego a la Visitation de Saint Marie, un convento cerca de Friburgo, donde su identidad permaneció como un misterio. Ordenaron a las monjas que no hicieran preguntas. Ella acababa de ver *La novicia rebelde* en Delhi y debió de haber sentido que estaba en el tráiler. Le asignaron de guardaespaldas a policías del Cantón de Friburgo vestidos de civil, que la acompañaban en sus salidas de turista y le permitían conducir su Volkswagen sedán. Su primera respuesta fue de euforia. “¡Tenía un sentimiento de asombro por haber escapado de los soviéticos! Recordaré eso hasta cuando esté muerta”, le dijo más tarde a un amigo.[10]

Comenzaron a llegar cientos de cartas de desconocidos, algunas sólo con Suiza por dirección, y muchas con propuestas de matrimonio. Un ex saltimbanqui soviético, ahora ciudadano australiano, ofreció casarse con ella, al igual que un oficial naval inglés. El dueño de una lancha en Florida, indignado de que no le hubieran dado entrada inmediata a Estados Unidos, la invitó a quedarse con su familia.[11]

El viernes 10 de marzo el ex embajador George Kennan recibió una llamada telefónica. Donald (Jamie) Jameson, experto de Rusia en la CIA y amigo de Kennan, estaba en la línea. Jamie dijo: “Tenemos una deserción tremenda”.[12] Quería que Kennan leyera un manuscrito y le dijera lo que pensaba al respecto. Era, por supuesto, *Rusia, mi padre y yo*, de Svetlana. La CIA le había sacado varias copias en Roma. Jameson preguntó si, ya que lo leyera, Kennan estaría dispuesto a volar a Ginebra para conocer a Svetlana.

Por sugerencia de Chester Bowles eligieron a Kennan para encargarse de Svetlana. Bowles le había escrito a Dean Rusk que deberían considerar a “[Svetlana] una oportunidad para

permitirnos promover nuestros objetivos políticos". Pero necesitaban a alguien como Kennan para mantenerla en orden e incitarla a "verse en una posición especial para ayudar a mejorar las relaciones entre la URSS y Estados Unidos". Kennan también debería aconsejarle respecto a un editor. "Como le hace mucha falta el dinero, es probable que se conforme con la gente incorrecta por la razón incorrecta", dijo Bowles.[13]

George Kennan sí era el hombre apropiado. Sentía cariño por Rusia desde hacía mucho y había sido embajador en la Unión Soviética un breve tiempo, antes de que Stalin lo expulsara en 1952. Era el autor de la política estadounidense de la posguerra de contención del imperio soviético. Los soviéticos deberían ser libres de operar en su propia esfera de influencia, esencialmente el bloque oriental, siempre y cuando no desafiaran la supremacía estadounidense. Estaba seguro de que el comunismo tarde o temprano se autodestruiría por su propia paranoia e ineficiencia. Después de retirarse del servicio diplomático, ahora era miembro del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, y por lo tanto técnicamente un civil, pero seguía teniendo lazos estrechos con el gobierno estadounidense.

Ahora Kennan estaba a punto de leer un libro escrito por la desertora más inesperada de todas. Cuando el manuscrito de Svetlana por fin llegó a Estados Unidos y se lo entregaron el 16 de marzo, aunque estaba enfermo y en cama, lo leyó en una noche. Quedó profundamente conmovido. Pensó que era un libro brillante que le interesaría a cientos de miles de personas. Fue a Washington al día siguiente para conocer al procurador general Nicholas Katzenbach.

Aunque Kennan vivió nueve años en la Unión Soviética, Svetlana estuvo tan bien escondida en el Kremlin que nunca se la había encontrado. Era claro que la idea de conocerla le emocionaba, pero también creía que era un problema. Le dijo a Katzenbach que si el gobierno la llevaba a Estados Unidos en la pobreza, tendría que meterla a una casa de seguridad. Sin embargo, si vendían su libro por adelantado, llegaría con dinero en la bolsa en vez de bajo la tutela del gobierno.[14]

Chester Bowles ahora le estaba sugiriendo al asistente del presidente, Walt Rostow, que deberían considerar a Svetlana no como una posible bomba de tiempo sino como un recurso. Sólo necesitaba que la persuadieran de reescribir su libro. "Si, después de tratar los años del estalinismo, hiciera énfasis en lo liberal de la nueva generación soviética y en la esperanza de que podía desarrollar una relación más cooperativa con Estados Unidos, el impacto favorable sería enorme."[15] Pensó que Kennan era el hombre indicado para persuadirla. Pero Svetlana acababa de presenciar cómo este "nuevo régimen liberal" había condenado a Andréi Siniavski y a Yuli Daniel a campos de trabajos forzados por publicar sus libros. Les habría preguntado a los estadounidenses en qué universo vivían.

Kennan creía que si el libro se vendía, Svetlana necesitaría un buen abogado que entendiera lo

delicado de la situación que planteaban ella y su libro. Inmediatamente pensó en su viejo amigo y vecino de Princeton, Edward Greenbaum, a quien todo el mundo llamaba de cariño *el General* (había sido general brigadier durante la Segunda Guerra Mundial). Greenbaum, en ese entonces de 77 años de edad, era socio del prestigioso despacho neoyorquino Greenbaum, Wolff & Ernst. Kennan sintió que dejaría a Svetlana en buenas manos.[16]

El día antes de que Kennan partiera a Ginebra, su esposa, Annelise, le habló por teléfono a Greenbaum, a las 6:00 p.m., para decirle que Kennan necesitaba verlo con urgencia. Greenbaum cruzó los prados de Princeton. No necesitaba leer el libro de Svetlana para entender el valor de la empresa. Kennan le pidió que estuviera listo para un vuelo a Ginebra. Si Svetlana estaba de acuerdo con que Greenbaum la representara, le enviaría un telegrama contundente: "TODO ARREGLADO".[17]

Kennan voló a Suiza el 22 de marzo. Su llegada fue ultrasecreta. Tenía una coartada para evitar los interrogatorios de la prensa. Supuestamente iba a visitar a su hija en una escuela suiza y a dar conferencias en la Universidad de Ginebra. Janner le dijo a Svetlana: "Es un gran honor y una gran suerte para ti esta reunión. Es uno de los mayores expertos en Rusia. Voy a traerte sus libros".[18]

Svetlana quedó atónita cuando le dijeron en Italia que el gobierno estadounidense no la quería en su territorio. Ahora no tenía idea de qué esperar de Kennan. Cuando el cortés diplomático llegó al hogar de Antonino Janner, la felicitó por sus memorias. No tardó en quedar claro que las había leído minuciosamente. Kennan tomó una decisión. Protegería a Svetlana, pero también cuidaría de que no la usaran en Estados Unidos como propaganda antisoviética. En su larga relación con ella, siempre tuvo que equilibrar dos cosas: "Su admiración genuina hacia ella y sus otras responsabilidades".[19] Más tarde le diría al *New York Times* que la mejor ayuda para ajustarse a su nueva vida le vendría a Svetlana "de terceras partes, no de gobiernos ni de nadie que tuviera un interés comercial en su futuro".[20] De hecho, sin embargo, el Departamento de Estado estaría controlando los hilos del asunto.

Kennan le aseguró a Svetlana que si quería ir a Estados Unidos, seguramente conseguiría un editor. Había un interés internacional en su libro y le ofrecerían sumas sustanciales de dinero. Necesitaría abogados para negociar con los editores y conseguir su visa. Sugirió a Greenbaum. Había tenido cuidado de asegurarse de que Janner, representante suizo, estuviera presente en su discusión, e hizo énfasis en que sólo estaba dando sugerencias. La decisión era suya, pues "ésa era la esencia de la sociedad libre en la que estaba ahora". Ella sonrió irónica y aceptó, pero luego añadió, realista: "A fin de cuentas, ¿qué otra opción tengo?"

Durante una cena a la luz de las velas, Kennan habló de su familia y sus amigos estadounidenses que estaban ansiosos por conocerla. Dijo que le impresionaba su dominio del

inglés. Para Svetlana, el ritmo con el que se estaban acomodando las cosas parecía surreal. No tardó en decirle a Janner y a otros que Kennan era “como un Dios para mí” y que “todo un mundo nuevo se había abierto” cuando le ofreció su consejo.[21]

Kennan le reportó al Departamento de Estado que estaba muy impresionado por la “inteligencia, estabilidad y sinceridad” de Svetlana. Estaba seguro de que su decisión de presentarse en la embajada estadounidense en Delhi no había sido un “capricho irracional”. Su libro tenía mérito literario. Estaba implacablemente opuesta al régimen soviético. Además, escribió, “tiene acero en el alma”.[22]

Ella diría más tarde que era el tipo de apuesta que siempre hacía. Cuando salió del complejo soviético en Delhi sólo tenía la dirección de la embajada estadounidense.

> Lo que tendría que hacer después, al día siguiente, no lo sabía y no pensé al respecto. Sin planear por adelantado —como siempre— sólo imaginaba vagamente cómo sería mi nueva vida… A veces, por la noche, soñaba con las calles de Moscú, los cuartos de mi departamento; despertaba con sudor frío. Para mí, ésa era la pesadilla.[23]

La pesadilla era lo que había pasado en esa ciudad y pensar que podría regresar a ella por la fuerza.

# 18

## Abogados trabajando

El 25 de marzo Edward Greenbaum viajó a Suiza con su asistente legal, Alan Schwartz. Éste sólo sabía que iban a ayudar a una "dama en apuros". No fue sino hasta que estaban en el aire que le dijeron que su cliente era la hija de Stalin. Los dos hombres se detuvieron en Milán, donde Kennan los estaba esperando para darles instrucciones, y luego fueron en coche a Berna. Su misión era asegurarle contrato editorial a Svetlana, para que pudiera entrar a Estados Unidos como particular y así reducir el lastre político que implicaba para el Departamento de Estado. Cuando conocieron al funcionario suizo Antonino Janner, éste les advirtió que no sólo la prensa sino también los rusos estaban buscando a Svetlana como locos.[1]

Esa noche, Janner los llevó a un hotel remoto, y así lo recordaba Alan Schwartz: "Ahí estaba. Era una persona muy cálida. A los dos nos pareció encantadora".

El 29 de marzo Svetlana firmó dos cartas poder para el despacho de Greenbaum, Wolff & Ernst. La primera le daba a su abogado el derecho a actuar en su representación en materia de inmigración; la segunda le concedía todos los derechos sobre cualquier libro presente o futuro que escribiera.

Cuando firmó los documentos, Svetlana sólo pensaba una cosa: cooperar. Sabía cómo era las cosas. Los dirigentes de la cúpula hablaban entre sí y de repente desaparecían. Cuando Greenbaum le aseguró que su libro podía ganar dinero, ella dijo que esperaba ganar suficiente para tener un coche y un perro. Bromeó: "Debería ser un perro 'gitano' ", porque ella estaba llevando una vida de gitana.[2]

El 30 de marzo Greenbaum y Schwartz volvieron a Nueva York. Ahora necesitaban conseguirle una visa estadounidense a Svetlana. Greenbaum acordó una junta con el procurador general, Nick Katzenbach, junto con Charles Bohlen, del Departamento de Estado, quien era experto en la Unión Soviética, y varios oficiales de la CIA, incluyendo a Donald Jameson, el jefe de la rama de la CIA a cargo de los desertores soviéticos y demás operaciones encubiertas. Para entonces, Jameson, víctima de polio, estaba confinado a una silla de ruedas; lo más probable era que hubiera contraído el virus de la polio de un desertor de Alemania Oriental al que interrogó en

1955. Jamie, como le decían, era encantador, estaba bien versado en literatura rusa y se dedicó a ayudar a Svetlana en persona.

UPI.

Cuando Svetlana desertó, abandonó a Iósif y a Katia, quienes, en octubre de 1967, aparecieron por televisión en Alemania Occidental, para pedirle en público que volviera.

Alan Schwartz estuvo presente en la junta.

> Estaban todos sentados a la mesa, hablando de lo que había pasado, y quedó claro que el gobierno estadounidense todavía no quería tener nada que ver con esto, por lo menos en la superficie. Pero teníamos que conseguir algún tipo de seguridad, saber que, si venía, no la echarían, que tendría algún documento que le permitiera quedarse. Sin la intervención de Donald Jameson no sé qué habría sido de Svetlana. Lo mejor que pudimos conseguirle fue una visa de turista de seis meses.[3]

Después, Greenbaum llamó por teléfono a Cass Canfield, el presidente de Harper & Row, y le preguntó si podía visitarlo en su casa de la Calle 38 Este esa noche, para hablar de un asunto urgente. Cuando llegó a la casa, Canfield y Evan Thomas, el vicepresidente ejecutivo, lo estaban esperando. Les informó que representaba a Svetlana Allilúieva, quien había escrito un libro en 1963 y estaba ansiosa por publicarlo. Les aseguró que nadie sabía que había escrito un libro. Añadió una cláusula. El gobierno suizo le había pedido que mantuviera el libro en secreto, y

“había otras cosas por considerar que volvían esencial mantener la noticia en secreto”.[4]

Greenbaum no explicó las “otras cosas a considerar”, pero seguramente estaba aludiendo al deseo del Departamento de Estado de actuar en silencio. En vista de la necesidad de secrecía, dijo que él y Alan Schwartz decidieron no abrir el manuscrito de Svetlana a una subasta, lo que “perturbaría su seguridad”, sino que sólo se lo ofrecería a Harper & Row. Canfield sí que estaba interesado. Después de negociar, el 14 de abril, Harper & Row firmó el contrato, y pagaron 250 000 dólares por los derechos en lengua inglesa en Estados Unidos.

Greenbaum llamó luego a Arthur Sulzberger, entonces editor del *New York Times*, para venderle los derechos de serialización (era íntimo amigo de la familia Sulzberger). Sulzberger ofreció 225 000 dólares por seis entregas. En un acuerdo de cooperación con el *Times*, *Life* compró los derechos para serializar el libro dos días después que él por la suma de 400 000 dólares. Todavía faltaban los derechos del Book of the Month Club (325 000 dólares) y los derechos del libro y la serialización en el extranjero. Greenbaum había logrado todo eso a mediados de abril.[5] Nadie había leído el manuscrito, pero todos estaban seguros de que un libro escrito por la hija de Stalin sería eminentemente vendible.

Ahora Greenbaum necesitaba un traductor. Kennan propuso varios nombres, y no tardaron en abordar a Priscilla Johnson McMillan, una periodista y traductora de 39 años de edad.[6] McMillan había trabajado como traductora en la embajada estadounidense en Moscú a mediados de los años cincuenta, e incluso conoció a Svetlana en 1956, cuando trató de ir de oyente a un curso sobre la novela soviética, que impartía en la Universidad de Moscú. Cancelaron el curso: Khrushchov acababa de dar su “Discurso secreto”.

McMillan voló de inmediato a Nueva York para reunirse con Greenbaum. El manuscrito de Svetlana había sido entregado a Harper & Row en la Calle 53 Este, número 10, donde estaba guardado bajo llave. Leyó el manuscrito durante una semana, pero no le permitieron sacarlo del edificio. Cuando le pidieron que escribiera una sinopsis para vender los derechos al extranjero, tuvo que hacerlo de memoria una noche en su cuarto de hotel. El libro la conmovió profundamente. “No podía creer lo que veía. Y pensar que la hija de Stalin era capaz de escribir eso. Y nunca superé el enorme respeto y asombro que me inspiró haber leído ese manuscrito.”[7]

Greenbaum creía que era imperativo que McMillan conociera a Svetlana y persuadió a Harper & Row de que la mandaran a Suiza. Mientras Greenbaum la preparaba para el viaje, terminó en el centro de una comedia.

> *El General* [como llamaban sus amigos a Greenbaum] me entregó sus instrucciones en el Williams Club de la Ciudad de Nueva York, un restaurante muy concurrido en el que me encontré a un par de personas que

> conocía, y en el Algonquin, donde se reunía todo Nueva York. *El General* Greenbaum estaba muy sordo y me daba instrucciones a voz en cuello. Y para que pudiera oírme, yo tenía que contestarle a voz en cuello. Fue un milagro que todo el asunto no saliera en los periódicos mucho antes… Me entrenó en lo que tenía que decir si me encontraba con alguno de mis amigos periodistas en la recepción del hotel en Zúrich. "Si te topas con Marvin Kalb en la recepción, ¿qué vas a decir? Bueno, Marvin, qué maravilla, ¿no te encanta esquiar aquí?" Fui a Fráncfort en secreto y tomé un tren a Zúrich.[8]

McMillan conoció a Svetlana en el hogar de Janner y se reunió de nuevo con ella en una suerte de posada en Neuchâtel. Había llevado un capítulo de muestra de su traducción, que le mostró a Svetlana en el piso de arriba, en la recepción, con un perico gritando de fondo. Eso divirtió a McMillan: estaba bastante segura de que el perico no tenía línea directa con el *New York Times*. "El comentario de Svetlana fue que me apegaba demasiado a su original, pero que por lo demás le gustaba." En cuestión de días, McMillan estaba de vuelta en Estados Unidos.

Mientras el frenesí continuaba en Nueva York, para Svetlana la euforia del escape había pasado y cayó en una depresión brutal. Extrañaba a sus hijos. El 4 de abril por fin recibió una carta de su hijo, Iósif, en la que se lamentaba por no haber tenido noticias suyas.

> ¡Saludos, querida mamá!
>
> Nos sorprendimos mucho cuando, el 8 de marzo, fuimos al aeropuerto y no te encontramos… Cuando *Tass* anunció que te habían concedido permiso para quedarte en el extranjero todo el tiempo que quisieras, más o menos dejamos de preocuparnos y la vida volvió a su rutina normal; eso si damos por descontado que hasta hoy Katia sigue sin poder encarrilarse, y nosotros, a decir verdad, no entendemos nada…
>
> Mamá, todos tus amigos preguntan por ti. Sería bueno que nos escribieras y nos dijeras qué decirles. Hasta que nos veamos. Te mandamos un beso.
>
> *Iósif y Katia*.[9]

Svetlana acudió desesperada a Antonino Janner. Debía haber una manera de llamar a Iósif por teléfono. Janner la llevó en coche a un pequeño hotel en la cercana Murten (Morat), donde rentaron un cuarto con teléfono y hablaron a Moscú con un nombre ficticio. Para asombro de Svetlana, su hijo contestó, aunque Katia no estaba en casa. Hablaron media hora, y aun así pareció que no se dijo nada. Él no le preguntó nada, y ella sólo tartamudeó una y otra vez que no iba a regresar. Pensó que sería peligroso para él si supiera demasiado. Él contestó: "Sí, sí te entiendo".[10] Entonces cortaron la línea. A partir de entonces, cada vez que intentaba contactar a su hijo en Moscú, el operador contestaba que la línea estaba muerta.

Tras esa llamada dolorosa, Svetlana le habló a su amiga Lily Golden. Cuando Lily contestó, oyó la voz de Svetlana, que le preguntaba: "¿Hay alguien en tu casa?" Lily dijo que no, pero la absurda pregunta la dejó atónita. "Todas las agencias de espionaje del mundo tenían que estar escuchando sus llamadas, por lo menos la KGB y la CIA." Svetlana parecía casi histérica, y Lily

recordaba que “comenzó a enlistar todos los nombres del gobierno y del Partido Comunista, y dijo todos los crímenes y actos terribles que había oído de ellos y de su padre en el extranjero. Yo me quedé ahí, teléfono en mano, paralizada de terror”. Lily cambió el tema de la conversación para expresar su consternación ante el daño que les estaba causando a sus hijos la partida de Svetlana, y le preguntó cómo había podido abandonar a sus amigos.[11] No tardaron en convocar a Lily a las oficinas de la KGB e interrogarla, como a cada uno de los amigos de Svetlana, pero se negó a la exigencia del interrogador de declararla “loca”.[12]

Cuando la verdad de la deserción de Svetlana golpeó al país, la KGB abordó a sus hijos y les exigió que denunciaran a su madre. Leonid y Galina Allilúiev creían que Iósif podía haberse resistido al principio. “Como resultado de cierta presión que tenía”, Iósif y su joven esposa dejaron su departamento en la Casa del Embarcadero y se mudaron a los suburbios, pero no tardaron en volver al centro de Moscú, y le ofrecieron a Iósif la oportunidad de trabajar en el profesorado del Primer Instituto Médico, de donde se había graduado.[13] La prensa soviética ahora reportaba que Iósif decía que su madre era “inestable”. Quizás sintiera: ¿por qué debería ser leal si ella fue la que los desertó?

Al mirar atrás, más de 30 años después, Iósif le diría a un entrevistador que le había ocultado toda la situación a Katia, y que a él no lo había presionado la KGB: “Nadie me torturó con fuego ni hierros candentes”, aunque añadió que un oficial de la KGB sí se presentó en la universidad y le dejó su número de teléfono.[14] Declaró que quería a sus dos abuelos y que su madre “se había arruinado sola”.

Olga Rádlova, la hija del químico Fiódor Volkenstein, quien era el interlocutor secreto de *Rusia, mi padre y yo*, recordaba: “Mi padre tenía el manuscrito de este libro. Recuerdo que cuando Svetlana se fue, Osia [Iósif] llamó a mi padre y le preguntó si tenía algo de Svetlana. Y mi padre dijo: ‘Sí, tengo algo. Tengo una bolsita en el pasillo, envuelta en periódicos, pero nunca la he abierto. No sé qué tenga adentro’. Bueno, claro que era el manuscrito de Svetlana. Iósif vino y recogió el manuscrito”.[15] Cuando la KGB fue a visitar a Iósif y a Katia en la Casa del Embarcadero, los agentes no sólo confiscaron el manuscrito, sino también las fotos familiares del escritorio bajo llave de Svetlana.

Svetlana pasó su tiempo en Friburgo meditando melancólica en el jardín del convento. Robert Rayle le había comprado en Roma *Doctor Zhivago*, de Borís Pasternak; por fin lo habían publicado en ruso, en Milán. Era la primera vez que lo leía, porque nunca había logrado conseguir una copia *samizdat* en Moscú. Caminó entre los árboles de tuha del jardín y lloró: por el libro, por sus hijos, por su país perdido. Y le escribió una carta abierta “a Borís Leonídovich Pasternak”, que había muerto en 1960.

En ella se lamentaba por su “amada, sufrida y confundida Rusia”, donde había dejado a sus

hijos a merced de la “insoportable vida soviética, una vida tan diferente de todo lo demás que nunca podrán imaginarse los rusos en el extranjero, ya sean amigos u hostiles”.

Pensó en su amigo Andrusha (Andréi Siniavski), exiliado siete años en un campo de concentración, cargando cubetas de agua, su ropa en hilachas, como el personaje de Pasternak, Yuri Zhivago. Nada había cambiado. “Al igual que antes, los gendarmes y los policías son los primeros críticos de la obra de un escritor… ¡Ahora pueden juzgarte por una metáfora, mandarte a un campo por figuras retóricas!” Svetlana se sentía lacerada hasta los huesos.

Se preguntaba si realmente había entendido que estaba perdiendo a sus hijos cuando tomó su decisión impulsiva de no volver a Rusia. “Probablemente no.”[16] Pero cuando leyó *Doctor Zhivago*, la realidad la golpeó como una descarga eléctrica. La tragedia de la separación de un hijo impuesta por un régimen que no conocía límites también era la historia de Zhivago y Lara.

A mediados de abril Alan Schwartz voló de regreso a Suiza. Aterrizó en Fráncfort y tomó el tren a Basilea, sintiéndose “bastante asustado, viendo todo el tiempo a mi alrededor para ver quién estaba ahí”. Los rusos, los indios, la prensa internacional y, para entonces, otros editores internacionales buscaban a Svetlana. Antonino Janner estaba esperando a Schwartz cuando bajó del tren. Janner lo llevó con ella. Aquella noche, durante la cena, Svetlana se sinceró con su joven abogado. No dejaba de decirle a Schwartz, de 34 años, que “le recordaba a su hermano, Yákov, quien había muerto en un campo de reclusión alemán”.[17]

Dos abogados suizos, Wilhelm Staehelin y Peter Hafter, se unieron a su equipo legal, y en una junta de dos días revisaron los contratos de su manuscrito.

Greenbaum había inventado para Svetlana una compañía llamada Patientia, en Lichtenstein, donde los impuestos, por supuesto, eran bajos. El 20 de abril Svetlana firmó los derechos de su manuscrito inédito para Copex Establishment, Vaduz, Liechtenstein. El contrato decía en parte:

> AHORA, POR LO TANTO, en consideración de una cantidad de U. S. $1,500,000.00 (dólares estadounidenses un millón quinientos mil) la SRA. ALLILUEVA en adelante asigna a COPEX ESTABLISHMENT todos sus derechos, títulos e intereses en todo el mundo para el manuscrito arriba mencionado…
>
> El precio de U. S. $1,500,000.00 se pagará como sigue:
>
> - Un pago inicial de U. S. $73,875.00 se ha realizado hoy.
> - El saldo de U. S. $1,426,125.00 se paga en facturas que se le han entregado a la SRA. ALLILUEVA hoy. [18]

Un millón y medio de dólares era una suma impresionante en ese entonces, pero los tratos con Harper & Row, los derechos de serialización con el *New York Times* y *Life* y las ventas en el extranjero habían sido excesivamente lucrativas. A Svetlana le iban a pagar por plazos. Alan Schwartz recordaba: “Creo que la razón de las facturas deben de haber sido los impuestos.

Porque cuando se vence una factura, te gravan el dinero que obtengas. Puede haber sido una manera de extender los pagos, en vez de pagar 750 000 dólares de impuestos por 1.5 millones”.[19] Hasta Greenbaum debió haberse sorprendido por la cantidad de dinero que estaba generando el libro de Svetlana. Sólo las memorias de Churchill se habían vendido mejor.

Svetlana vería hacia atrás y diría que no había entendido nada. ¿Qué sabía de dinero, de contratos, de la ley estadounidense? Cuando preguntó a los abogados qué era Copex, le dijeron que era un “órgano legal”. Recién salida de la URSS no podía concebir qué podría ser un *órgano legal*.[20] Ni siquiera sabía lo que era una cuenta bancaria. Se sentó pasivamente durante los dos días de juntas para seguir las discusiones, con un inglés apenas adecuado para la jerga legal de sus abogados. Sólo podía pensar en que no tenía que causar problemas. No debían mandarla de vuelta a la Unión Soviética. Tenía que firmar todo lo que le dieran los abogados.

Cuando caminaba por las calles empobrecidas de Kalakankar, tan sólo unas semanas atrás, se había imaginado instalar un hospital en nombre de Brajesh Singh. Ahora le dijo a Greenbaum que quería usar su dinero para hacer eso. Así lo recordaba Alan Schwartz: “Estábamos muy escépticos respecto de la idea de formar una fundación en no sé qué hospital en la India en memoria de su amante, pero accedimos a sus deseos”.[21]

Se establecieron dos fideicomisos: el Fideicomiso Caritativo Allilúieva y el Fideicomiso Allilúieva. Su fideicomiso caritativo pagaría 200 000 dólares para construir el hospital Brajesh Singh, con 250 000 guardados en inversiones para pagar el mantenimiento. El resto del dinero de Svetlana fue al Fideicomiso Allilúieva, del que recibiría 1 500 dólares al mes para vivir. Sentía que era más que suficiente.[22]

Robert Rayle le había advertido que su manuscrito era lo único que se interponía “entre ella y el hospicio”. La había vuelto millonaria.

Es posible que ésa fuera la peor fortuna que tuviera. Ya no era una desertora con principios que había rechazado el comunismo; era una mujer muy rica. “¿Qué pensaba hacer ahora que era rica?”, fue una de las primeras preguntas que los periodistas le hicieron cuando por fin llegó a Estados Unidos.

Las represalias propagandísticas fueron intensas. Los comisarios estaban encantados de señalar que Svetlana siempre había ido *tras el dinero*. Allilúieva “es una difamadora de primera clase del sistema soviético e incluso de su propio padre. Sólo haremos énfasis en que los dólares difícilmente le darán éxito a una mujer sin país, que abandonó su hogar, su país y su familia y se complació al servicio del anticomunismo”.[23]

De pronto se recordó que en 1941 los alemanes habían tirado panfletos propagandísticos sobre Moscú que aseguraban que Stalin estaba depositando enormes sumas de dinero en bancos suizos, listo para huir. Nadie lo había creído en ese entonces, pero ahora su hija se había detenido en

Suiza.[24] Hasta los ciudadanos soviéticos ordinarios estaban desconcertados.

Los rumores llegaron a Washington. El 15 de junio, en un artículo titulado “300 millones de dólares en oro para Svetlana”, el *Washington Observer Newsletter* escribió que Svetlana en persona había insistido en detenerse en Suiza. “¡La verdadera razón es que quería recoger los 300 millones de dólares en oro depositados en un banco en Berna! [por] el viejo ‘sanguinario Pepe’ Stalin.”[25]

Los suizos ahora estaban presionando a los estadounidenses para que les quitaran a Svetlana de las manos. Aunque les parecía poco exigente y le tenían cariño, su seguridad era un lastre para su pequeña Agencia de Relaciones Exteriores. El secretario de Estado, Dean Rusk, le dijo al presidente Lyndon Johnson que ahora creía que deberían permitirle la entrada a Svetlana, pero estrictamente como visitante privado.[26] El Departamento de Estado informó a los medios que estaba viajando a Estados Unidos con una visa de turista de seis meses por invitación de su empresa legal estadounidense, Greenbaum, Wolff & Ernst, para consultar a sus editores sobre su libro. El Departamento de Estado tenía las manos limpias.

Muy temprano, la mañana del 21 de abril recogieron a Alan Schwartz en su hotel. Svetlana ya estaba en el auto. Tenían programado tomar un vuelo de Swissair a Nueva York con nombres falsos. Schwartz recordaba: “El aeropuerto estaba rodeado de guardias de seguridad con uniforme y armas. Svetlana estaba decidida a asegurarse de salir de ahí en una pieza, y yo también”. En el vuelo, Schwartz le advirtió: “Van a pedirte que digas algo cuando llegues. ¿Quieres que diga algo por ti?” Ella contestó: “No, no, quiero hablar por mí misma”.[27]

Pero Greenbaum ya había contratado a la empresa de relaciones públicas Hill & Knowlton para que se encargara de Svetlana, y Kennan había escrito el borrador de la declaración que haría al desembarcar.

> Vine a este país porque me enfrento al problema de hacer una nueva vida fuera de Rusia y me gustaría conocer Estados Unidos, pero también porque aquí es donde pretendo publicar material que he escrito y me gustaría estar en contacto con mis editores. No sé cuánto tiempo voy a quedarme aquí… Por el momento estoy cansada por el viaje y me gustaría tener unos días de privacidad antes de encontrarme con la prensa de nuevo.[28]

El trabajo de Kennan era evitar que Svetlana dijera cualquier cosa que pudiera comprometer las relaciones estadounidenses con la Unión Soviética. Pero todavía no conocía a Svetlana. Ella no planeaba usar su discurso diplomático cuidadosamente diseñado. Quería dejar bien claro por qué había dejado la Unión Soviética. No era sólo para publicar un libro, sino para protestar por el trato que ella y los artistas e intelectuales rusos habían recibido del actual gobierno soviético.

Svetlana podría haberle dicho al Departamento de Estado que sus esfuerzos por aplacar al

Kremlin eran absurdos. Nada que dijeran los estadounidenses podría convencer a los soviéticos de que la CIA no había preparado, organizado y financiado su deserción. En el nivel más profundo, los funcionarios soviéticos necesitaban creer que la habían secuestrado. No podían aceptar la idea de que hubiera actuado libremente, así que su primera reacción sería tratar de secuestrarla de vuelta. En una entrevista en aquel agosto, en casa del vicepresidente ejecutivo de Harper & Row, les explicó esa creencia a los periodistas desconcertados por la furia del Kremlin:

> No pueden creer que un individuo, una persona, un ser humano, pueda tomar decisiones por sí mismo. Aún no pueden creer que abandoné Rusia por decisión propia, que no fue una conspiración, que no estuvo organizado, que no hubo ayuda. No pueden creerlo. Sólo creen en actos dictados por alguna organización —el colectivo, sí— y siempre están muy enojados al ver que aunque han tratado durante 50 años de que la gente de Rusia piense igual, tenga las mismas opiniones… el mismo punto de vista político… Cuando ven que todo el trabajo hecho en 50 años fue en vano y la gente todavía tiene algo propio, se enojan mucho.[29]

# 19

# La llegada

El FBI estaba vigilando a un agente soviético llamado Vasili Fiódorovich Sanko. El 13 de abril de 1967 la Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado le envió un memorándum al FBI en el que le informaba que le habían expedido una visa G-2 a Vasili Sanko para asistir a la Quinta Sesión Especial de la Asamblea General de la ONU. J. Edgar Hoover respondió en persona al memo, indicando que el sujeto, Vasili Sanko, había participado en el intento de secuestro de un ciudadano soviético en Australia en 1954. Svetlana Alliloueva *(sic)* aparecía mencionada en el documento del FBI.[1]

Enzo Biagi, un periodista independiente italiano, y Martin Ebon, un escritor germano-estadounidense, estaban trabajando en notas sobre Svetlana con fuentes dentro de la Unión Soviética, y reportaron que un agente de la KGB llamado Vasili F. Sanko llegó a Nueva York el 20 de abril (un día antes que Svetlana) con un pasaporte diplomático.[2] Estaba identificado como chofer de la misión soviética a Naciones Unidas. En 1954 Sanko, junto con otros tres agentes, secuestró a Yevdokía Petrova, esposa de Vladímir Petrov, un oficial de la KGB que había desertado en Australia 17 días antes. Los agentes soviéticos obligaron a la señora Petrova a abordar un avión de pasajeros australiano en Sydney con destino a Moscú, pero el piloto recibió instrucciones de aterrizar en el aeropuerto de Darwin. Liberaron a la señora Petrova y, junto con su esposo, le concedieron asilo político.

Obviamente alertado ante un posible plan de secuestro, el 19 de abril Greenbaum llamó a su oficina a Albert y George Paloesik, dos hermanos que manejaban el Despacho de Detectives Fidelity. Decían tener experiencia escoltando celebridades: una vez habían escoltado a Errol Flynn.

El viernes 21 de abril Svetlana y Schwartz lograron escabullirse sin que los notaran en el jet DC-8 de Swissair, con destino a Nueva York. No anunciaron la presencia de Svetlana a bordo a los medios de comunicación hasta una hora después del despegue.

AP Photo.

El 21 de abril de 1967 Svetlana pisó suelo estadounidense por primera vez en el Aeropuerto John F. Kennedy.

Ella fue la última de los 40 pasajeros en desembarcar cuando aterrizó el vuelo, a las 2:45 p.m. Docenas de policías vestidos de civiles estaban en sus puestos en la puerta de llegadas, y una estrecha red de seguridad rodeaba la pista. Miembros de la Oficina de Servicios Especiales del Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York miraban desde la plataforma de observación del Edificio de Llegadas Internacionales, que había cerrado al público a las 2:30. Los reporteros comentaron cómo “bajó a brincos las escaleras” hacia suelo estadounidense y parecía incapaz de dejar de sonreír. Se trepó a una pequeña caja para elevarse al alcance de las cámaras y, frente a montones de periodistas acordonados detrás de barricadas policiales, dijo: “Hola a todos. Estoy muy feliz de estar aquí”.

Disculpándose por su torpe inglés, Svetlana aseguró al público que abandonar la URSS había sido su decisión, basada en la angustia que había sentido por la muerte de su esposo, Brajesh Singh, y el subsecuente trato que le había dado su gobierno. Había ido a Estados Unidos a buscar la autoexpresión que por tanto tiempo le habían negado en su país. “Yo sí creo en el poder del intelecto en el mundo, sin importar en qué país vivas. En vez de luchar y derramar sangre sin necesidad, la gente debería trabajar más unida para el progreso de la humanidad. Creo que el

hogar de uno es cualquier lugar en el que pueda sentirse libre."[3]

El agente de la KGB, Vasili Sanko, parece haberse limitado a sus deberes de chofer, aunque la CIA y el FBI siguieron tomándose en serio la posibilidad de un "plan de extracción". ¿Era creíble la amenaza? En su obituario de Vladímir Semichastny, titulado "Principal conspirador de la KGB muerto a los 77", el corresponsal de Reuters Ron Popeski escribió: "Semichastny, jefe de la KGB en 1967, les dijo a los reporteros que Brézhnev lo retiró del cargo y lo remplazó con el futuro jefe del Partido Comunista, Yuri Andrópov, tras un intento fallido de sacar a la hija de Iósif Stalin, Svetlana Allilúieva, de Estados Unidos".[4] No está claro si esto sea confiable o sólo un rumor, pero Andrópov fue nombrado jefe de la KGB el 18 de mayo de 1967, tres semanas después de la llegada de Svetlana a Estados Unidos. De cualquier manera, el servicio de seguridad personal de Svetlana se quedó.

Tras su breve encuentro con la prensa, Svetlana y Alan Schwartz subieron al asiento trasero de un auto conducido por Albert Paloesik. La traductora de Svetlana, Priscilla Johnson McMillan, había ofrecido la propiedad de su padre en Locust Valley como refugio. Cuando llegaron a la propiedad, los hermanos Paloesik, armados con escopetas, montaron puestos de guardia. Priscilla y su padre esperaban a Svetlana. Ahora viudo, Johnson estaba emocionado por la distracción de darle refugio, con todo el revuelo de intriga y misterio que implicaba. Aquella noche, en la acogedora sala revestida de madera, vieron las noticias de la llegada de Svetlana.

Greenbaum programó la primera conferencia de prensa de Svetlana para el 26 de abril, cuatro días después de su llegada. Sucedería en la Terrace Room del Hotel Plaza, y la transmitirían por satélite con Telstar. Un día antes de su presentación, Greenbaum ensayó con ella preguntas probables y le reportó a George Kennan que era "optimista respecto de la conducta de Svetlana en una conferencia de prensa". Dijo que la había "interrogado 'brutalmente' sobre algunos de los aspectos más sensibles de su vida" para ver cómo aguantaba, y le sorprendió su "compostura y habilidad", como si llevara toda la vida dando conferencias de prensa.[5] Greenbaum no indicó cuáles eran esos "aspectos sensibles", pero las fuentes estadounidenses de inteligencia ya estaban confirmando que la línea que los soviéticos iban a marcar con Svetlana era que era promiscua, anormal, que no estaba en su sano juicio y que definitivamente era incapaz de escribir un libro. De hecho, iban a intentar adjudicarle su libro a la CIA.[6]

Al día siguiente, llevaron a Svetlana al Hotel Plaza. Les habían indicado a los reporteros que entregaran sus preguntas por escrito una hora y media antes de la conferencia de prensa, que sería a las 2:00 p.m. Una de las primeras preguntas vino de Bob Schakne, de CBS News, quien le preguntó si desaprobaba el régimen de su padre. Contestó:

> Claro que desapruebo muchas cosas, pero creo que muchas otras personas, que siguen en nuestro Comité

> Central y Politburó, deberían ser responsables de las mismas cosas de las que sólo lo acusaron a él… De esas cosas horribles, matar a la gente injustamente, siento que la responsabilidad era y es del Partido, del régimen y de la ideología como un todo.

Cuando Gabe Pressman, de la NBC, le preguntó qué hizo que "reevaluara las condiciones en Rusia" y desertara, contestó que la oposición del gobierno a que se casara con Brajesh Singh fue "disgustante", pero también añadió que otro factor fue el juicio de Siniavski y Daniel. "La manera en la que trataron y sentenciaron a dos escritores hizo que perdiera la confianza en la justicia. Perdí la esperanza que había tenido antes de que nos íbamos a volver liberales." Si la gente del Departamento de Estado esperaba que Svetlana no expresara sus opiniones políticas, los había decepcionado.

Habló de sus hijos. "No son culpables de nada y no creo que puedan castigarlos por algo." De su riqueza reciente: "No voy a volverme una mujer muy rica. Es completamente imposible que yo me vuelva rica aquí". Planeaba donar la mayor parte del dinero. Ante la pregunta de si le molestaba el revuelo mediático, contestó: "No puedo entender por qué, cuando escriben algo de una persona nueva, por qué tienen que mencionar… qué está comiendo de almuerzo". Pero añadió: "Más información es mejor que nada de información". Al preguntarle si se convertiría en ciudadana estadounidense, dijo que "tiene que haber amor antes de casarse", y soltó una carcajada. "Si amo a este país y este país me ama, entonces se arreglará el matrimonio."[7]

Describieron su desempeño como "impactante, seguro, asombroso". John Mapes, su jefe de relaciones públicas, les comentó a los reporteros: "Es una exhibicionista intelectual. Necesita una audiencia. Es una Nabokov femenina, con un carácter muy fuerte".[8] Al final de su conferencia de prensa los periodistas le dieron una ovación de pie. Sin perder un instante, sus encargados se la llevaron de vuelta al aislamiento.

Sin embargo, al día siguiente Svetlana recibió una carta devastadora de su hijo, Iósif, que le mostró a Priscilla con manos temblorosas. Greenbaum le había retenido la misiva hasta después de la conferencia de prensa, a sabiendas de lo mucho que la devastaría. Era una carta fría y enojada en respuesta a su conversación telefónica en Suiza:

> Cuando hablamos por teléfono y oí todo lo que tenías que decir, estaba tan perdido que no pude contestarte con coherencia… Las cosas no son para nada tan simples como pareces creer…
>
> Debes admitir que, después de lo que has hecho, tu consejo desde lejos de ser valientes, mantenernos juntos, no desanimarnos y no dejar ir a Katia, fue, por decir lo menos, extraño… Creo que por tu acto te apartaste de nosotros y, por lo tanto, por favor, permítenos vivir como mejor nos parezca…
>
> *Iósif*[9]

Svetlana no podía dejar de sollozar. Quería huir, esconderse de toda la hospitalidad y

curiosidad de la gente que no entendía y que parecía creer que todo estaba bien ahora que era *libre*.

Comenzaron a llegar canastas llenas de correspondencia para Svetlana, notas amistosas de bienvenida a Estados Unidos, propuestas de matrimonio, invitaciones a unirse a organizaciones religiosas y la variación ocasional: "¡Vuelve a casa, perra roja! Nuestra gata es mejor que tú. Ella sí se ocupa de sus hijos". Ésa le caló muy profundamente.[10]

La deserción de la hija de Stalin fue un suceso tan importante que la prensa internacional inundó la propiedad Johnson. Los periodistas se estacionaban afuera de la reja y espiaban desde los arbustos. Los helicópteros rondaban el cielo tomando fotos. La policía local mantenía la casa bajo vigilancia 24 horas al día. A Svetlana le gustaba dar largas caminatas sin descanso en el bosque cercano, pero los hermanos Paloesik insistían en acompañarla. Le tomaron mucho cariño, en particular cuando se quitó una rosa del saco y se la dio a Albert. "Es tan linda. Casi comienzan a agradarme los rusos", dijo él.[11]

Pero la vida doméstica en la propiedad Johnson le brindó un refugio muy cálido. Svetlana no tardó en tomar el asiento de la madre de Priscilla en la cabecera de la mesa: el señor Johnson se sentaba en el otro extremo, y Priscilla quedó relegada al centro. Para Priscilla, Svetlana era como "la presidenta de la junta, una persona muy capaz". Cuando el nombre de Alexéi Kosyguin surgía, el señor Johnson decía: "Ay, supongo que es un hombre muy agradable". Pero Svetlana respondía: "Ay, no, para nada". Priscilla recordaba: "Uno por uno, de cualquier nombre que surgiera, daba un muy buen bosquejo, breves esbozos precisos. Era muy impresionante".[12] Leía los ataques soviéticos en su contra que reportaban los periódicos y explicaba lo que en realidad estaban diciendo.

Priscilla se consideraba una suerte de kremlinóloga, pero el "toque [de Svetlana], su instinto de lo que en realidad estaban diciendo era increíblemente preciso, mucho, mucho mejor que el mío, y creo que mucho mejor que el de cualquiera".

Pero la casa de los Johnson no tardó en sentirse como la Grand Central Station. Todo el mundo quería conocer a Svetlana. Gente a la que Priscilla no había visto en años comenzó a caer de visita. El teléfono sonaba 98 veces al día. Cualquiera que bajara las escaleras por la noche se habría tropezado con un detective privado. Era demasiado. Cuando los hermanos de Priscilla fueron de visita y vieron el caos, insistieron en que Svetlana debía irse. Había tanta gente indeseada en la casa que tenían miedo de que los antiguos sirvientes de su padre lo abandonaran. Pero al padre de Priscilla le encantaba tener a Svetlana de huésped. Poseía buen sentido del humor y solía decir: "Le caigo bien a Svetlana porque le recuerdo mucho a su padre".

Priscilla fue a ver a Greenbaum y le aconsejó que tenían que acordar una fecha para la partida de Svetlana. "¿Me salvarías de tener que asumir la culpa?", le preguntó. "Supongo que me di

cuenta de que, no importaba quién, por así decirlo, la corriera de nuestra casa, iba a estar furiosa, porque no tardé en comprender que las partidas y las despedidas y no ser bienvenida iban a inducir esa reacción." Odiaba hacer que Svetlana no se sintiera bienvenida una vez más.[13]

Priscilla viajó a Atlanta, Georgia, a ver a su esposo, quien amenazaba con divorciarse por sus largas ausencias: apenas se habían casado el diciembre anterior. Una noche Svetlana la llamó, iracunda. "Los incitaste a restaurar los cortes de mi libro. No se suponía que lo hicieras. ¡No te correspondía hacerlo!" Se enojó más y más. "Te estás metiendo en cuestiones editoriales que no te incumben." Priscilla estaba en curva. "Era como si un tanque o un camión muy pesado te atropellara."

George Kennan había recomendado cortes menores al manuscrito. Uno era una carta a Alexéi Kápler que Svetlana había incluido. Como Kápler seguía vivo, podría ser peligroso para él que se revelara su contenido.[14] Otro corte fue el comentario de que Stalin no practicaba deportes sangrientos porque no soportaba ver sangre. Kennan debió haber pensado que esa declaración era demasiado ofensiva.

Priscilla tenía un motivo secreto para querer restaurar los cortes. Cuando el libro estaba escrito a mano, le habían pedido que estimara su longitud y había dado una cuenta de palabras muy errónea. El editor había sobrevendido los derechos de serialización y le daba miedo que quedara muy poco para el libro. Pero le dolió y también le desconcertó la furia desatada de Svetlana en su llamada telefónica. Parecía serle muy fácil ignorar toda la hospitalidad que había recibido en el hogar de los Johnson durante su estadía de seis semanas. ¿De dónde vendría su ira? ¿Era simplemente que había picado su vanidad de escritora? Su amigo ruso, el profesor Manúilov, le dijo que nunca permitiera que nadie le cambiara una palabra a su libro. Cualquiera que fuera el caso, después de la explosión, aparte de llamadas de negocios, ella y Priscilla quedaron distanciadas para siempre.

# 20

## Un personaje misterioso

Se decidió que Svetlana pasaría el verano con la hija de George Kennan, Joan, y su familia. George Kennan y su esposa, Annelise, estarían en África, donde él tenía una gira de conferencias. El 6 de junio los hermanos Paloesik llevaron a Svetlana a la remota granja de 80 hectáreas de Kennan en Berlín Oriental, Pennsylvania.

Llamada el Jardín de los Cerezos por la obra de Chéjov, la granja parecía la propiedad campestre de un latifundista ruso. La casa estaba llena de recuerdos que los Kennan habían llevado de vuelta de Rusia: viejos grabados, porcelana, mesas laqueadas Fedoskino. Hasta habían colgado una fotografía enmarcada del Embarcadero del Kremlin. Construida en el siglo XIX, la casa tenía dos columnas grandes en la fachada que creaban una suerte de porche. Joan recordaba muchas noches en las que ella y Svetlana se sentaron ahí viendo hacia los campos, mientras Svetlana hablaba con nostalgia de la estepa rusa. Los dos hijos de Joan ya estaban en la cama y su esposo trabajaba en la ciudad y sólo iba los fines de semana.

Después de dos semanas, Svetlana les dijo a los hermanos Paloesik que no le gustaba tener guardias, que en Estados Unidos tenía más que en el Kremlin. Los hermanos le dieron un bolígrafo de regalo de despedida, con la inscripción: "PARA SVETLANA. ÚSALO CON FELICIDAD. AL Y GEORGE".

Cuando Svetlana recibió la devastadora carta de su hijo unas semanas atrás, le escribió desesperadamente a George Kennan. Ahora, su respuesta consoladora desde Johannesburgo por fin estaba en el buzón.

> No deberías permitir que [la carta] cimbre tu confianza en ti misma… Al hacer lo que hiciste en Delhi, obedeciste las necesidades más profundas de tu propia naturaleza. Si hubieras vuelto a la URSS entonces no sólo habrías vuelto como enemiga del sistema, sino en cierto sentido como enemiga de ti misma. Todo eso tampoco le habría hecho bien a tu hijo…
>
> Querida Svetlana, incluso ante esta gran tristeza, ten confianza en que de alguna manera que probablemente ni tú ni yo seamos capaces de concebir ahora, todo ese valor y fe serán reivindicados… y para él también.[1]

Copyright © Marilyn Silverstone/Magnum Photos.

Con el adelanto de su libro *Rusia, mi padre y yo*, Svetlana se compró un Dodge sedán en 1968. Se imaginaba que cruzaría Estados Unidos en él.

El 23 de junio la largamente esperada cumbre entre el presidente Johnson y el primer ministro Kosyguin se efectuó en el pequeño pueblo de Glassboro, Nueva Jersey; era la reunión que demostraba el deshielo entre los dos países, en cuyo nombre Foy Kohler y el Departamento de Estado habían rechazado al principio la petición de asilo de Svetlana. El *New York Times* reportó que las pláticas sobre Medio Oriente, Vietnam y el control de armas nucleares duraron cinco horas, sin efecto aparente. “No sólo no se resolvieron las cuestiones difíciles entre ellos, sino que pareció no haber ningún acuerdo subsidiario en relación con ellas.”[2]

Dos días después, mientras Svetlana y la familia Kennan cenaban en la cocina de la granja y escuchaban la transmisión por radio, oyeron la conferencia de prensa de Kosyguin en Naciones Unidas. La Tercera Guerra Árabe-Israelí (la Guerra de los Seis Días) acababa de terminar hacía dos semanas y, denunciando a Israel, Kosyguin declaró el apoyo soviético a los árabes vencidos. Casi como acotación, le preguntaron a Kosyguin por Svetlana. Oyó su voz familiar: “Allilúieva es una persona moralmente inestable y es una persona enferma y sólo podemos sentir lástima por aquellos que quieran usarla para cualquier objetivo político o… [para] desacreditar al país

soviético”.[3]

Joan y su esposo, Larry Griggs, se rieron, pero Svetlana podía oír el enojo de Kosyguin. También podía oír que el intérprete estaba modificando su tono. Sabía lo que significaba. El Comité Central, el Partido y la policía secreta habían deliberado. La campaña anti-Svetlana había comenzado. De hecho, aunque probablemente no lo supiera, la KGB ya tenía un nombre en código para ella: *kukushka*, una palabra que tiene el doble sentido de “pájaro cucú” y “convicto prófugo”.[4] Del comentario aparentemente improvisado de Kosyguin entendió que el nuevo jefe de la KGB, Yuri Andrópov, tenía sed de venganza.

Comenzaron a aparecer artículos condenatorios en *Pravda* e *Izvestia*. El peor fue un comentario de Serguéi Izvekov, el Patriarca Pimen I, el (obispo) metropolitano ruso ortodoxo de Krutitsy y Kolomna, publicado en *Izvestia* el 1° de julio. Pimen seguía la línea del Kremlin:

> Últimamente, nuestra prensa y la prensa extranjera reportan que la conciencia de mucha gente honesta ha sentido asco por las declaraciones hechas por Svetlana Allilúieva. Esta mujer, que ha tenido varios esposos, que abandonó a sus hijos, que se ha convertido en traidora de su pueblo y expone la desnudez de su padre, intenta hablar de religión, de creer en Dios. La imagen moral de esta mujer, que lo ha vendido todo por dólares, sólo puede despertar asco y enojo.[5]

La campaña anti-Svetlana no tardó en volverse internacional. Una versión resumida del comentario de Pimen apareció en Londres en el *Daily Express* y en el *Evening News*, y un periódico comunista italiano, *Paese Sera*, publicó un artículo que sostenía que Svetlana sufría crisis nerviosas y ataques de histeria frecuentes, y que así había sido toda su vida.[6]

Fue una coincidencia desafortunada que Svetlana desertara en 1967, el quincuagésimo aniversario de la Gran Revolución Rusa de 1917, celebrado el 7 de noviembre. Peor aún, su editorial, Harper & Row, había decidido sacar *Rusia, mi padre y yo* en octubre. La KGB estaba segura de que los estadounidenses buscaban humillar a la Unión Soviética en la víspera de su celebración más importante en la historia.

Eligieron a un agente de la KGB de nombre Victor Louis para lidiar con Svetlana. Ya había tratado de contactarla en la residencia Johnson en abril. Cuando Priscilla McMillan contestó su llamada, sintió asco. Conocía a Louis de sus tiempos en Moscú. “Nunca odié tanto conocer a alguien como odié conocer a Victor Louis.”[7]

Vitali Yevguénievich Luí (Victor Louis) era una figura misteriosa. Cuando el periodista estadounidense John Barron develó a los espías soviéticos, identificó a Louis como el agente de desinformación más celebrado de la KGB.[8] Como estudiante de 19 años, Louis había sido arrestado en Moscú. Sostenía que fue por su asociación con extranjeros, pero es más probable que haya sido porque estuvo en el mercado negro. Pasó nueve años en el Gulag, donde otros

prisioneros, como el escritor disidente Arkadi Belinkov, quien pronto se volvería amigo de Svetlana, declaraban tener evidencia clara de que Louis trabajaba como informante para el director del campo de trabajo.[9]

Cuando liberaron a Louis, su estilo de vida espléndido —un Volkswagen, trajes extranjeros, reuniones en el bar de la embajada estadounidense— habría bastado para que lo arrestaran como espía, pero no pasó nada. No tardó en trabajar en el extranjero para el *London Evening News* y finalmente en el *Evening Standard*, donde cabe suponer que mucho de su trabajo consistiera en filtrar documentos manipulados por la KGB a la prensa inglesa. Pero parecía capaz de jugar en ambos bandos. También estuvo involucrado en la publicación de manuscritos de disidentes prohibidos en la Unión Soviética. Para 1965 ya había acumulado suficiente riqueza para comprarse una espléndida casa de campo en la colonia de escritores de Peredélkino, a las afueras de Moscú.

A Victor Louis se le ocurrió una estrategia ingeniosa para sabotear el libro de Svetlana. El hijo de Nikita Khrushchov, Serguéi, a quien Louis se acercó más tarde con una oferta para vender las memorias de su padre en Occidente, obtuvo la anécdota de Louis en persona. “Cada paso que daba Svetlana resonaba ruidoso en los pasillos del poder en el Kremlin.” Con el prospecto inminente de una publicación en octubre, “Vitali Yevguénievich propuso, bajo su responsabilidad, como particular, hacerle algunos cortes al libro para quitar aquellos pasajes que más alarmaban al Kremlin, y para sacar el libro unos meses antes de la fecha de estreno oficial”.[10] Cuando el libro real saliera, sería una noticia vieja. Louis le informó a la KGB que los ingresos de la venta le pertenecerían exclusivamente a él, porque él asumiría la inconveniencia del proyecto. La KGB estuvo de acuerdo.

Luego de obtener una copia del manuscrito del hijo de Svetlana, Iósif, la KGB se la dio a Louis, quien se la vendió de inmediato a la editorial londinense Flegon Press, por 5 000 libras. Alec Flegon, un ruso rumano, tenía la reputación entre los editores londinenses de ser un pirata que publicaba literatura soviética prohibida contrabandeada fuera de la URSS por turistas, estudiantes y, quizás, fuentes más nefastas, pero que nunca pagaba regalías a los escritores en la Unión Soviética.[11] Él sostenía que era un tercero inocente que había obtenido el manuscrito legalmente de su agente, “invariablemente honesto”, que lo había sacado de Rusia el 27 de julio.

La editorial británica de Svetlana, Hutchinson, que había pagado 50 000 libras por el libro sin haberlo visto, y *The Observer*, que había comprado los derechos de serialización, estaban furiosos, pero no era fácil perseguir a Flegon.[12] Como la Unión Soviética no era miembro del Acuerdo Internacional de Derechos de Autor, Hutchinson no podía reclamar una infracción de derechos de autor. En lugar de eso, el 31 de julio la compañía presentó un requerimiento ante la Suprema Corte de Londres por abuso de confianza, sobre la base de que Svetlana le había

confiado el manuscrito a gente que no tenía derecho a compartirlo con otros. Les concedieron el requerimiento. Harper & Row y Hutchinson inmediatamente se apresuraron a imprimir una versión rusa del libro.

Irónicamente, el plan de la KGB le resultó contraproducente. Si Victor Louis no hubiera intentado prevenir la publicación de *Rusia, mi padre y yo*, el lanzamiento del libro se habría atrasado hasta que terminara el quincuagésimo aniversario de la Revolución. Estadounidenses influyentes como Arthur Schlesinger presionaron para que la fecha de publicación fuera en noviembre. Schlesinger le dijo a su amiga Patricia Bohlen que, durante su reciente visita a Moscú, los soviéticos habían apelado ante él para que pidiera al gobierno de Estados Unidos que atrasara la publicación.

Bohlen se indignó. "¿Qué tenía que hacer Arthur, quien se alborota por la censura soviética, tratando de conseguir que nuestro gobierno interfiriera con los planes de los editores?"[13] De hecho, Evan Thomas había estado dando rodeos y sugiriendo que Harper & Row considerara el 13 de noviembre como fecha posible, pero cuando estuvo claro que Victor Louis estaba vendiendo una copia apócrifa, fue imperativo sacar el libro lo antes posible.[14]

Victor Louis logró vender su versión apócrifa del libro de Svetlana, junto con una colección de 200 fotografías, a la revista alemana *Stern*. A mediados de agosto, *Stern* publicó el primero de cuatro artículos sobre el "Álbum secreto de la hija de Stalin", en el que resumía anécdotas del libro de Svetlana, a quien llamaba "un conejito manso". También imprimieron las fotografías privadas que habían confiscado de su escritorio en la Casa del Embarcadero.[15]

En las "conversaciones" de *Stern* con Iósif, en un artículo titulado "Madre está un poco jodida", citaban a Iósif refiriéndose al "carácter inestable" de su madre, a su "liviandad", a su "carácter salvaje" y a sus "estados mentales vacilantes". Iósif supuestamente describió entonces una visita privada que él y Katia hicieron al Mausoleo en la Plaza Roja, para ver a Stalin embalsamado. "Llevé a Katia de la mano y nos acercamos de puntitas al sarcófago… Estaba oscuro y silencioso. No puedo recordar si sentí algo. Era algo como miedo y asombro mientras veíamos a nuestro abuelo yaciendo ahí encerado y sin vida… No es ningún secreto que me enorgullezco de mi abuelo hasta el día de hoy." Iósif parecía estar siguiendo instrucciones de la KGB. Querían difamar a Svetlana, y ya había comenzado la rehabilitación de la imagen de Stalin. *Stern* comentó secamente: "La sombra de su abuelo ofrece muchas conveniencias: 200 rublos de pensión gubernamental y dos departamentos del gobierno… Katia tiene su propio caballo. Iósif se fue de vacaciones al Cáucaso después de pasar cuatro meses en el ejército".[16]

Mientras tanto, el periodista italiano Enzo Biagi había estado trabajando en la historia de Svetlana. Quizás porque fuera conocido por sus simpatías comunistas, le dieron acceso a los parientes de Svetlana. (Sin permiso oficial, nunca habría podido conocerlos.)

En una entrevista con Iósif Allilúiev, Biagi preguntó: “Si tu madre se apareciera en la puerta, ¿qué harías?” Iósif respondió con frialdad: “Obviamente gritaría de alegría… Ella fue la que nos abandonó”. Le dijo a Biagi: “Sólo nos volveremos a encontrar en una situación: si regresa… Éste es nuestro país”.[17]

Biagi habló con el antiguo amante de Svetlana, Alexéi Kápler, quien dijo que estaba atónito por su deserción. “Cuando oí de su partida no podía creerlo. Tengo mis propias ideas sobre las mujeres rusas; he conocido a muchas… Creo que algo terrible, algo anormal debió de haberle pasado a Svetlana, quizás algún tipo de enfermedad.” Su acto era imperdonable. Kápler citó a Turguénev: “Rusia puede vivir sin nosotros, pero nadie puede vivir sin Rusia”.

Cuando Biagi le preguntó al escritor Iliá Ehrenburg acerca de los comentarios de Iósif sobre su madre, Ehrenburg respondió críptico: “Haría mejor en venerar a su padre [Morózov], que es judío y tiene sus propios problemas”. Estaba apoyando implícitamente el repudio de Svetlana por el gobierno actual al criticar él mismo sus políticas de antisemitismo, aunque sólo aquellos que estaban acostumbrados a leer el lenguaje cifrado de los ciudadanos soviéticos lo entenderían. Para Ehrenburg, decir más habría sido peligroso.

Después de leer el libro de Biagi, que tradujeron de prisa al inglés, Svetlana estaba harta. Un día, a finales del verano, cuando no había nadie en la granja de los Kennan más que el hermano de 18 años de Joan, Christopher, sus hijos y su niñera, los llamó a todos a la veranda. Le pidió a Christopher que le llevara el líquido inflamable para la parrilla. Les dijo a los niños que iban a ser testigos de una ceremonia solemne: “Voy a quemar mi pasaporte soviético en respuesta a las mentiras y la calumnia”. Todos vieron con los ojos muy abiertos cómo se incendió el pasaporte. Cuando terminó, Svetlana “sacó el puñado de cenizas y les sopló. Se las llevó el viento”.[18]

Sin embargo, sí hubo un consuelo que restauró una pizca de su dignidad. Aquel junio, el *Atlantic* publicó su artículo “Para Borís Leonídovich Pasternak”. Había trabajado con el traductor británico de Pasternak, Max Hayward, a quien le presentó Priscilla McMillan antes de su desencuentro. En su breve prefacio al artículo, Hayward le expresó un generoso halago: “Las reflexiones de Svetlana Allilúieva iluminan el sentido de la obra de Pasternak como ningún otro comentario lo ha hecho antes”.[19] Había trazado paralelos entre el terrible destino de Zhivago y la devastación de su propia familia y de su país perdidos. Como Hayward era el traductor al inglés de *Doctor Zhivago*, sus palabras tenían peso. Lo invitaron a visitar a la familia Kennan en la granja del Jardín de los Cerezos a principios del verano.

Joan Kennan se sorprendió cuando Svetlana eligió instalarse en el tercer piso de la casa, que se ponía insoportablemente caliente en los meses de verano. Había otros cuartos más cómodos abajo, pero Svetlana eligió ese espacio porque ahí era donde Kennan tenía su estudio. Una pared estaba cubierta de libreros pintados de blanco, como sus libreros lo habían estado en Moscú, y

los estantes estaban llenos de libros, periódicos y revistas rusas. La enorme mesa de madera inundada de sol, que le servía de escritorio a Kennan, ahora era suya. Pero el tercer piso también tenía la conveniencia de una puerta que aislaba las partes superiores de la casa. Joan Kennan comentó que Svetlana y Max subían al tercer piso y cerraban la puerta. "Definitivamente había un interés romántico de parte de Svetlana, y creo que estuvo bastante soñadora un rato, porque creo que pensaba que se irían juntos hacia el atardecer."[20]

Max Hayward era una persona interesante. Dos años mayor que Svetlana, inició su carrera en el mundo de la diplomacia, había trabajado a finales de la década de 1940 en la embajada británica en Moscú y una vez sirvió de intérprete al embajador británico en una visita a Stalin en el Kremlin. En ese momento era profesor de políticas literarias soviéticas en Saint Antony's College, Oxford.

Saint Antony's era el "colegio espía";[21] se rumoraba que tenía conexiones con la rama londinense del Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC), una de las operaciones encubiertas de la CIA más efectivas de la Guerra Fría, que apoyaba revistas y organizaba congresos internacionales para acercarse a los intelectuales tras la Cortina de Hierro. Aquel mismo mayo de 1967, por fin se confirmó que la CIA, por medio del CLC, tenía más de 10 años financiando en secreto la prestigiosa revista británica *Encounter*.

Cuando el artículo de Svetlana sobre Pasternak salió aquel junio y la KGB se dio cuenta de que Max Hayward estaba trabajando con ella, lo expusieron en la prensa soviética como espía de la CIA. No había evidencia de lo anterior, pero Hayward sí que era uno de los académicos extranjeros considerados *personae non gratae* por la Unión Soviética. En el delirante mundo de la intriga de inteligencia de los sesenta, era fácil concluir que habían seleccionado a Hayward para encargarse de Svetlana. George Kennan y Arthur Sulzberger lo conocían bien por los veranos que habían pasado juntos en Spetses. Para algunos, solamente era un "ladilla" a quien le gustaba presumir a sus acaudalados contactos estadounidenses, pero para sus amigos era un brillante lingüista que trabajaba duro y era generoso con su talento.[22]

Svetlana estaba encantada con Max. Pasaban su tiempo en el tercer piso hablando de Rusia en ruso, de "todo bajo el sol". Nadie entendía sus problemas y sus preocupaciones mejor que Max Hayward. Estaba en la granja tan seguido que Joan Kennan terminó lavándole la ropa.[23]

Svetlana no tardó en enamorarse de Max. Era halagador y estaba claro que la admiraba, pero tampoco tardó en descubrir que estaba en una situación complicada. Priscilla McMillan, que lo conocía bien, lo explicó así:

> Max era una persona cuya idea del cielo era venir a Nueva York y quedarse en el Chelsea, donde Dylan [Thomas], [Judy] Collins y Leonard Cohen se habían quedado, y beber mucho. Hubo una vez en que se fue a supervisar la traducción maltesa de *Doctor Zhivago*. Todos nos reímos. O cuando se trató de traducir *Un día*

> *en la vida de Iván Denísovich* [de Solzhenitsyn], y yo y mis amigos lo encerramos en un cuarto en el Centro Ruso de aquí y le llevamos de comer para que no pudiera salir y beber toda la noche, y pudiera traducirlo a tiempo para la fecha límite.[24]

Según Priscilla, quienquiera que tuviera una aventura con Max tenía que ser lo suficientemente lista "para saber que no era material de matrimonio. Pero Svetlana tenía un tropismo por los hombres y no habría aplicado a tal nivel de sofisticación".

Joan Kennan recordaba haber recogido a Max en la estación de trenes en Harrisburg durante una de sus visitas. Claramente estaba desconcertado por haberse enredado con Svetlana. Dijo que parecía que esperara casarse con él. Joan no estaba segura de si tenían una relación física ni de quién sedujo a quién, pero, en todo caso, Svetlana esperaba estar con Max. A mediados de agosto hizo una presurosa retirada a Inglaterra. Sin embargo, Svetlana no era tan fácil de desalentar.

Cuando George Kennan regresó de África al final del verano, aunque Max le había pedido que no lo hiciera, Svetlana discutió sus planes con él. Max, le aseguró a Kennan, había dicho que regresaría a Estados Unidos por un mes en Navidad, y la había invitado a alcanzarlo en Oxford. Iba a ayudarla a escribir un segundo libro. Kennan conocía a Hayward. Le aconsejó a Svetlana, gentilmente, que sería difícil para ella llegar a Inglaterra ahora que había quemado su pasaporte soviético.

Aquel octubre por fin recibió una carta de Max en la que informaba que le era imposible salir de Oxford. Svetlana le escribió a Joan Kennan diciéndole que no sabía qué había pasado. Tenían que ser las calumnias de Moscú. Despotricó: "¿Por qué escapé de la URSS, para encontrarme aquí, en este país libre, con algo que me hace sentir otra vez 'propiedad del gobierno' en lugar de un ser humano libre?" Dijo que le aterraba estar sola. "No puedo imaginar mi vida sola, no está en mi naturaleza vivir por mi cuenta. Mi vida sólo puede desarrollarse en torno de alguien, y tú sabes todo lo que he perdido… Quedarme sola justo al principio de cierto tipo de vida nueva me parece totalmente insoportable."[25]

Es conmovedor que se rehusara a ver más allá de las evasivas de Max. Creía en los sentimientos de Max, en su compasión. Tenía un futuro con él, pero el mundo la había condenado a la soledad. El amor era un melodrama, un añorar a la persona que nunca llegaba y serle fiel. ¿Quién sino su padre le había enseñado la dinámica del amor? Pero eso no era algo que Svetlana pudiera examinar, porque habría implicado confrontar las cicatrices psicológicas, los traumas y las pérdidas de su horrible infancia. El romance con Max se apagó.

Los implacables ataques arreglados por la KGB —provenientes de su hijo, de sus amigos, de sus compatriotas— que aparecían en los periódicos soviéticos e internacionales eran lacerantes, y debió de haberse sentido totalmente expuesta. ¿Quién podría entender por lo que estaba pasando? Había acudido a Max Hayward, el erudito e impecable traductor del ruso, por protección. Dada

su fortaleza exterior, Hayward probablemente no tuviera idea de su vulnerabilidad.

Svetlana ahora había probado la intoxicante libertad del escape, ¿pero hacia qué? Del silencio absoluto de la URSS había entrado al mundo de la prensa libre, y era objeto del escrutinio de todos. Sabía que "creerían más las mentiras difundidas sobre mí que cualquier cosa que yo dijera o escribiera. El nombre de mi padre es demasiado odioso, y estoy viviendo bajo su sombra".[26] Ahora era una exiliada: su país, sus raíces, sus hijos y todos sus seres queridos le habían sido amputados. Cuando sus nuevos conocidos cerraron sus puertas y se recogieron con sus familias, estuvo completamente por su cuenta. Es difícil imaginar un ser humano más solo que la hija de Stalin.

# 21

# Cartas a un amigo

Svetlana dejó la granja de los Kennan a mediados de agosto y se dirigió a Nueva York con el propósito de prepararse para la publicación de *Rusia, mi padre y yo*. Aquel otoño sería frenético, pues se mudó de hogar en hogar, y casi siempre era huésped de gente que conoció por casualidad y se había ofrecido a acogerla. Habría sido divertido de no ser por la campaña de vilificación contra su libro y la constante atención intrusiva de los periodistas que buscaban a la hija de Stalin.

El 15 de agosto, mientras se quedaba en casa de Evan Thomas, se encontró con 15 editores de las distintas revistas que estaban serializando su libro, incluyendo algunas de Inglaterra, Finlandia, Japón, Israel, Grecia y Brasil. La publicidad de *Rusia, mi padre y yo*, en particular las calumnias de Victor Louis, habían despertado algunas preocupaciones. A Svetlana casi le divirtió su reacción inicial ante ella: "¡Cómo me veían al principio! No sé qué esperaban encontrar, ¿una proverbial *babá* rusa con zapatos de mimbre, o una georgiana de pelo oscuro con bigote y pipa en la boca, como mi padre? Lo que quiera que fuera, después de dos horas se encalidecieron conmigo".[1]

Su conducta impresionó a los editores: no era la mujer inestable que presentaban Victor Louis y algunos otros. Pero a ella le frustró que no parecieran comprender su argumento principal. Rusia era una paradoja; toda su vida consistía en paradojas, y hasta que los occidentales por fin reconocieran eso, nada estaría claro. Quería que entendieran que la Rusia supuestamente revolucionaria se había convertido en un Estado reaccionario y represor, que muchos rusos aún mantenían milagrosamente un clima de libertad psicológica y un anhelo de internacionalismo que la convertía en un país emocionante. Rusia no sólo era el sistema carcelario del Gulag y el Estado policiaco en el que Occidente se concentraba al retratar a los disidentes. La diminuta comunidad de intelectuales era un medio vibrante y creativo, por lo menos en las cocinas privadas, y lo extrañaba profundamente. Había tanta propaganda paranoica que perdió la esperanza de que Occidente llegara a comprender el enigma que era Rusia.

Copyright © Marilyn Silverstone/Magnum Photos.

En 1969 Svetlana estaba trabajando duro en su segundo libro, *Sólo un año*.

Svetlana pasó las siguientes dos semanas en Nantucket, con Alan Schwartz y su familia. El lugar la sumergió en una nostalgia meditabunda y restauradora. Sintió que estaba de vuelta en Koktebel, en Crimea, una aldea costera en la que se reunían artistas y amigos.

> Nantucket era toda colores apagados: gris, cielos nublados, dunas amarillas, brezo púrpura en la ciénega y, por supuesto, el océano que cambiaba cada día, cada hora. Inconstante, caprichoso, a veces gris, otras azul, y luego de nuevo negro, con la espuma blanca de la ira. Uno nunca se cansaba de contemplar aquel temperamento difícil y cambiante. Quizás por eso todos los rusos amaban tanto el mar… Pushkin le hablaba al mar. Pasternak lo escuchaba. Gorki dijo: "El mar reía".[2]

El 10 de septiembre apareció la primera de 12 entregas de *Rusia, mi padre y yo* en el *New York Times*. Cuando abrió ansiosa el periódico, le pasmó ver directamente una fotografía de su propia colección. La fotografía había sido tomada en Sochi. Ella tenía siete años y se retorcía en los brazos de su padre mientras él la besaba y le hacía cosquillas con su bigote. El extracto se llamaba "La muerte de mi padre". Durante los días subsecuentes, en 12 números, leyó los angustiantes subtítulos: "Cómo se suicidó mi madre", "Mi amorío con Kápler", "Dos matrimonios fracasan", "Mi hermano muere en desgracia", "Beria se apodera de nuestro hogar".

Varias fotografías estaban mal etiquetadas. En una habían identificado a su institutriz como su madre; en otra, la niña no era ella, sino una desconocida. Se quejó con Evan Thomas de que tomar los extractos de aquí y allá en el libro e ilustrarlos con fotografías robadas la hacía sentirse confusa y disgustada, pero no había nada que hacer.[3]

A finales de septiembre se mudó a la casa de su editor Cass Canfield, en Bedford Village. Fue ahí donde recibió su primera copia de *Rusia, mi padre y yo*. El libro fue un consuelo después de la serialización. Estaba prístino: no había fotografías ni títulos sensacionalistas. De pronto le pareció milagroso estar ahí, en Estados Unidos, con un libro en las manos que había escrito para el cajón cuatro años atrás, en Moscú. Nunca se había imaginado que la gente podría leerlo.

Sin embargo, de todos modos tenía razones para sentirse ansiosa. La KGB la tenía en la mira. Recibió una carta inesperada de una mujer llamada Madame Boiko, una empleada de la embajada soviética a quien había conocido brevemente en Moscú. Madame Boiko quería verla y hablar con ella, e incluso le ofrecía sus servicios para entregar una carta o un paquete a sus hijos. "Pienso en usted con frecuencia, por la noche. ¿Hay una sola persona aquí con la que hablaría usted? Conozco a los estadounidenses, la vida de los demás les es indiferente, no les interesa." [4] De pronto, esta desconocida se mostraba preocupada por su soledad. Estaba segura de que los oficiales de la KGB en la embajada soviética le habían dictado la carta.

En octubre, el oficial de la CIA, Donald Jameson, le escribió a George Kennan:

> Como quizás ya te enteraste por Svetlana y Alan Schwartz, los soviéticos la han abordado de maneras nuevas e interesantes. El asunto de la carta de Madame Boiko… sólo [es] parte de la historia. Dos oficiales de la KGB en Nueva York se la han mencionado recientemente a sus contactos. En ambos casos, el contenido de sus comentarios parecía presagiar un intento de incitar a Svetlana a volver a la Unión Soviética por razones familiares.[5]

El 18 de octubre —Svetlana recordaba la fecha porque el encuentro había sido muy importante para ella— se encontró con Alexandra Lvovna Tolstoia, la hija de 83 años del famoso autor de *Guerra y paz*. Encarcelada por los bolcheviques en 1920 y liberada después, Tolstoia había preferido el exilio en Estados Unidos. Svetlana viajó para visitarla en Valley Cottage, en el condado de Rockland, una colonia que estableció dedicada a los principios de no violencia de su padre; sin duda fue un encuentro épico entre hijas. Svetlana idolatraba a Tolstói y había visitado su hogar en Yásnaia Poliana, en Rusia, varias veces. Durante una cena rusa de *borshch*, *kasha* de alforfón, pan de centeno, arenques y vodka, le dijo a Tolstoia que le gustaría ayudar a su Fundación Tolstói.

A finales de octubre, como había dicho que lo haría, Svetlana comenzó a distribuir el dinero de su fideicomiso de caridad. El *New York Times* reportó en un titular flameante: "LA SEÑORA

ALLILÚIEVA DONA 340 000 DÓLARES".[6] Las donaciones incluían 90 000 dólares a organizaciones que ayudaban a rusos necesitados en el extranjero; 50 000 dólares a la Fundación Tolstói; 10 000 dólares a la Sociedad de Beneficencia para los Niños Rusos, con base en Nueva York; 5 000 dólares al Fondo para la Ayuda a Escritores y Científicos Rusos en el Exilio; 5 000 dólares a *Novy Zhurnal*, una revista literaria disidente en Nueva York notoria por su oposición al juicio de Daniel/Siniavski; 10 000 dólares para el Hogar del Niño Ruso en París, y 10 000 dólares para la Aldea Pestalozzi de los Niños en Suiza. Fue su abogado, Edward Greenbaum, quien llamó al *New York Times* para informar de las donaciones.

Alexandra Tolstoia había supuesto que la oferta de Svetlana era casual. Entrevistada por el *Times*, dijo que la señora Allilúieva le parecía "una buena mujer, muy sincera. Creo que sufre. Los rusos deberían ser más amables con ella". El editor de *Nóvoie Rússkoie Slovo*, el periódico en ruso más antiguo de Estados Unidos, comentó crípticamente: "Si se castigara a los niños porque sus padres son culpables, haríamos lo mismo que hicieron los comunistas en Rusia".

Cuando se llevó a cabo la celebración del jubileo del quincuagésimo aniversario de la Gran Revolución Rusa el 7 de noviembre y las estaciones de radio de extrema izquierda de Estados Unidos halagaron sin fin a la Unión Soviética por su progreso socialista, Svetlana apagó el radio. Para ella era un día de duelo; pasó el día melancólica por la muerte de su madre.

Al igual que muchos exiliados del bloque soviético, Svetlana no aprobaba a la extrema izquierda. Vio con consternación el movimiento *hippie* y las protestas contra la guerra de Vietnam de 1967. "No hay sociedad ideal", dijo amablemente, pero por lo menos "de aquí uno puede irse".[7]

Le escribió a Joan Kennan:

> Me fue tan difícil, y por fin, ahora, cuando puedo relajarme y tratar de olvidar toda preocupación, me siento completamente exhausta. Parece como si toda mi fuerza se hubiera ido, el último verano, el otoño, el libro, las reseñas, las entrevistas televisivas y toda esa propaganda difamatoria que sigue saliendo de Moscú, todo eso por fin me ha arruinado. Ya no siento más fuerza para resistirme a todo eso.[8]

En el número del 8 de diciembre del *New Yorker*, el crítico literario y experto en Rusia Edmund Wilson, que aún no conocía a Svetlana, escribió un largo artículo que reivindicaba por completo sus quejas de que la malentendían. Pocos críticos tenían la autoridad de Wilson. Castigó a la prensa: en su ansiedad por explotar los aspectos sensacionalistas de su historia, la había vulgarizado. La revista *Stern* había puesto en duda su veracidad. Los periodistas televisivos que la entrevistaron fueron hostiles, como si desearan degradar su tema. La revista *Esquire* logró el punto más bajo con una fotografía de portada de Svetlana pintada con un bigote de Stalin, con lo que implicaban que estaba aprovechándose de la infamia de su padre.

Wilson explotó:

> Así es como Estados Unidos ha explotado a Svetlana y al mismo tiempo la ha acusado de explotarse a sí misma. Los soviéticos la denuncian como traidora y un instrumento de Estados Unidos, e intiman que está fuera de sí, mientras que los emigrantes rusos blancos, que no quieren creer que la hija de Stalin pueda tener nada bueno, declaran que su estancia en Suiza fue con el propósito de recoger dinero que su padre había guardado ahí, y que su interés por la religión es una pretensión impúdica, pues en realidad es una espía soviética. La última idea que parece ocurrírseles a estos críticos es que… puede que haya salido de la Unión Soviética con algo así como un sentido de misión: repudiar el "sistema" de su padre y tratar de hacer enmiendas por sus crímenes. Nadie parece preguntarse cómo sería ser la hija de Stalin, criada con el evangelio de la lucha de clases y más tarde testigo de los horrores que se obligó a producir a tal evangelio, y al mismo tiempo descubrir que se es una mujer seria, afectuosa y espiritual… ¿Por qué los únicos motivos que se imaginan de ella casi siempre son sólo sórdidos?[9]

Esa reseña fue muy importante para Svetlana. Se había acostumbrado a los ataques despiadados contra su padre en la URSS durante el Deshielo, ataques que también cayeron sobre ella, pero en Occidente había esperado una recepción distinta, ingenuamente. Es asombroso que haya absorbido los golpes y continuado. Tenía un optimismo inquebrantable, forjado por años de sobrevivir a tantas pérdidas crueles, a tantas decepciones y a tanto dolor. De alguna forma siguió creyendo en el futuro. ¿Acaso era meramente el producto de haber crecido en la cima de la pirámide y haber aprendido a detentar el poder desde ahí? Sus detractores decían eso, pero ella aseguraba que su optimismo estaba basado en una comprensión espiritual de la profundidad de la naturaleza y del bien.

En 1963, todavía atrapada en la URSS, había terminado *Rusia, mi padre y yo* con un epílogo dirigido a las futuras generaciones que vieran hacia atrás, "hacia la historia de su país con un sentimiento de dolor, contrición e indignación":

> Espero que no olviden que el Bien nunca muere, que siguió viviendo en los corazones de los hombres incluso en tiempos oscuros, y que estaba escondido donde nadie pensó buscarlo, que nunca murió ni desapareció por completo.
>
> Todo lo que está vivo y respira en nuestra atormentada Tierra, todo lo que florece y da frutos, sólo vive por virtud y en nombre del Bien y de la Verdad.[10]

Es una declaración impresionante para la hija de Stalin. Muchos quisieron descartarla como retórica, sentimentalismo, ilusiones o evasión hipócrita. Sin embargo, Svetlana nunca abandonaría esa creencia en el bien. ¿Cómo explicarlo? Quizás cuando los seres humanos sufren pruebas de la profundidad que padecieron los rusos, encuentran otras dimensiones del ser interior. Andréi Siniavski le había enseñado mucho a Svetlana sobre la creencia en el Bien, que mantuvo viva durante sus días en el Gulag. Tenía menos que ver con las nociones occidentales

del bien, la ausencia del mal, que con la voluntad de afirmar el bien de cara al mal. Svetlana siguió adelante cuando otros sin duda se habrían rendido. Algo la impulsaba a levantarse cada vez. Y las pruebas seguirían casi indefinidamente.

# 22

# Un rechazo cruel

En diciembre de 1967 George y Annelise Kennan tenían buenas noticias para Svetlana. Le habían conseguido una casa en renta en Princeton. Llevaba nueve meses de nómada, viviendo como invitada en casas ajenas, y sería un alivio instalarse. La casa en la Calle Elm 85 pertenecía a Dorothy Commins, una música profesional cuyo esposo, un editor neoyorquino, había muerto recientemente. Commins estaba partiendo en una gira mundial para recolectar canciones infantiles y juegos musicales y dejó su lujoso hogar para que Svetlana lo rentara un año.

La casa tenía una sala de tamaño suficiente para recitales de música, una biblioteca llena de partituras y discos, y un piano de cola. Había buenos grabados y acuarelas en los muros y viejos objetos decorativos de plata y bronce regados por los cuartos. En todos lados también había flores de plástico, que Svetlana arrumbó discretamente en cajones. Sólo llevó sus cajas de libros, enviados por desconocidos de todo el mundo, y la ropa que había coleccionado desde su llegada.

El FBI fue informado tan pronto Svetlana se mudó a la Calle Elm 85 y la mantenía monitoreada, creyendo, con razón, que los soviéticos aún no se habían rendido con la hija de Stalin.[1] Sabían que estaba trabajando en un segundo libro. Si se iba de Princeton más de dos días, se sentía incómoda a menos que metiera sus papeles en una caja de seguridad en el banco.

El 19 de diciembre se sentó en una mesita en la Princeton Inn con Annelise Kennan y Louis Fischer. Había pasado exactamente un año desde que dejara a su hijo en el aeropuerto de Moscú, en medio de una nevada furiosa, y volara a Nueva Delhi. ¿Quién habría podido predecir que el vuelo la llevaría a esa mesa? “¡Brindemos por este año de libertad!”, dijo Louis Fischer.[2] Svetlana conoció a Fischer un poco más de un mes antes, en una cena en casa de los Kennan, el 12 de noviembre, y él asumió la tarea de mostrarle cómo vivir en Estados Unidos. Había tanto que no sabía. Una de las primeras cosas que hizo fue acompañarla a un banco en Princeton para abrir una cuenta bancaria y enseñarle a hacer el balance de su chequera.

Copyright © Marilyn Silverstone/Magnum Photos.

En una foto tomada en 1969, Svetlana se para orgullosa afuera de la Calle Wilson 50.

Svetlana estaba emocionada por su nueva vida de libertad, aunque, para sorpresa de nadie, seguía buscando a alguien para compartirla. Se sintió profundamente atraída por Louis Fischer. Éste tenía 71 años cuando conoció a Svetlana, pero seguía siendo tan carismático y vivaz como en los tiempos en que *hemingwayaba* mejor que Hemingway. Es difícil imaginar una carrera más volátil y un hombre más seductor.

Fischer creció en el gueto judío de Filadelfia, hijo de inmigrantes rusos. Después de luchar con el ejército británico en Palestina durante la Primera Guerra Mundial, se casó con una rusa y comenzó a trabajar como corresponsal especial europeo para *The Nation*. "Nosotros los corresponsales éramos una gran fiesta de póker casi permanente", recordaba.[3]

Fischer conocía bien Rusia. Entusiasta por la Revolución rusa, había vivido nueve años en Moscú hasta el Gran Terror de 1937, cuando abandonó el país, dejando atrás a su esposa y a sus dos hijos. Gracias a la intercesión de Eleanor Roosevelt, finalmente llevó a su familia a Estados Unidos, pero los abandonó de nuevo, diciendo que prefería vivir en hoteles.[4]

La mayor fama de Fischer se debía a su cobertura de la Guerra Civil española. Había trabajado con Hemingway, con el novelista André Malraux, con John Dos Passos; conoció a Gandhi y a

Churchill. Había pocos hombres famosos con quienes no se hubiera encontrado. Cuando lo conoció Svetlana, había publicado 10 libros, incluida una biografía de Stalin escrita un poco a las prisas y completada en 1952, y una biografía de Gandhi. Fischer ahora era profesor en Princeton, afiliado a la Escuela Woodrow Wilson de Asuntos Públicos e Internacionales. Irradiaba seguridad. La sola magnitud de su vida, su ligereza enciclopédica, era emocionante.

Y ahora Fischer estaba sentado frente a la hija de Stalin en un restaurante de Princeton. Para él, claro, ella era una oportunidad. Svetlana tendría la historia desde adentro. Desde el principio, estaba claro que Fischer estaba menos interesado en Svetlana que en la idea de Svetlana: como hija de Stalin, estaba en el centro del huracán de la historia del siglo XX.

Fischer estaba obsesionado con Stalin. En 1927, con una delegación de líderes sindicales e intelectuales estadounidenses, pasó seis horas entrevistándolo. Describió a un Stalin de "ojos astutos", una "frente baja" y "dientes feos y cortos, negros y dorados cuando habla", pero quedó impresionado. Stalin era "poco sentimental, con voluntad de acero, sin escrúpulos e irresistible".[5] *Irresistible* no era exactamente la palabra que uno esperaría, pero según los recuentos de la gente cercana a Stalin, el *vozhd* podía ser carismático y hasta seductor.

El autor yugoslavo Milovan Đilas corroboró la evaluación de Fischer. Conoció bien a Stalin y lo describió crudamente como "frío" y "calculador", un hombre de "dogmatismo fanático", aunque dijo que "la suya era una naturaleza apasionada y de muchas caras, no obstante que todas las caras fueran iguales y tan convincentes que parecía que nunca disimulaba, sino que siempre vivía realmente cada uno de sus papeles". Cualquier cosa que quisiera "podía abordarla manipulando y amasando la realidad y a los hombres vivos que la conformaban".[6] Stalin tenía la capacidad de concentrarse con tal intensidad en la persona con la que estaba hablando, que el otro se sentía conectado íntimamente, casi como si durante ese instante viviera en la realidad que él, Stalin, inventaba. Uno casi podría decir lo mismo de Fischer. Su don de la atención lo hacía un periodista brillante y un seductor consumado.

Svetlana declararía que Fischer fue el primer hombre en capturar su imaginación con la intensidad de su amante de antaño, Alexéi Kápler. A sus 41 años de edad debió haberse sentido otra vez de 16. De hecho, se comportó como si los tuviera.

Quizás no sea sorprendente que a Svetlana le pareciera atractivo Louis Fischer. Era un gran personaje, exuberante. Pero, a su manera, ella también lo era. Su antiguo amante David Samóilov aseguró que había algo del tirano en la exuberancia emocional de Svetlana. Cuando alguien le atraía, se sumergía en la relación hasta que consumiera todo lo demás.

La aventura con Fischer llevaba un tiempo gestándose, pero para Svetlana el clímax llegó cuando la invitó a acompañarlo a la ceremonia en memoria del doctor Martin Luther King, en la Capilla Universitaria de Princeton. Ella le había llamado a Fischer cuando oyó la noticia del

asesinato del doctor King el 4 de abril. La sorpresa y la angustia habían sido palpables en la voz de él.

Después de pasar la noche juntos, le escribió a Fischer que, en la ceremonia, mientras estaban sentados bajo la luz filtrada por los ventanales azules y amarillos y tocaba el órgano, había tenido la "extraña sensación" de que ella y él estaban "unidos". "Fue nuestra boda, la unión de dos almas para estar siempre juntas, para sólo hacerse el bien el uno al otro. Eso es algo que Martin Luther King nos dejó a ti y a mí, porque él seguramente dejó su corazón con nosotros, con todos *los presentes* aquella tarde en la Capilla Universitaria."[7]

Pero Fischer pareció no conmoverse por el romanticismo de Svetlana. No estaba buscando un alma gemela. El motivo central de su vida era su trabajo, y a los 71 años, amaba su independencia. En su siguiente encuentro, unos días después, fue decididamente frío. "Sentí el dolor más duro de la inutilidad", se quejó ella.

> Bueno, querido, tomaste mi vida en tus manos, ahora HAZ ALGO con ella: tírala, apriétala contra tu corazón, ponla a un lado amablemente, métela al congelador un rato para mantenerla ahí… HAZ ALGO, si en verdad te intereso yo y mis sentimientos. PERO, por favor, POR FAVOR, no sólo juegues el juego con ella… Mi única paz es cerca de ti, cuando te abrazo y tus manos ESTÁN EN TORNO DE MÍ.
> *Svetlana*.[8]

Después de haber levantado sus expectativas, Fischer parecía estar en retirada de su pasión arrasadora. Le advirtió que necesitaba su independencia para trabajar. Ella replicó: "Tú no necesitas una querida… disculpa mis palabras vulgares. Yo tampoco busqué nunca un amante. Los dos necesitamos algo más: calor, amistad, comprensión… Es amor. Todo mundo lo necesita".[9] Para junio le estaba asegurando que seguiría su "camino". "No te buscaré y no llamaré por teléfono." [10] Hasta prometió escribirle cartas más cortas.

Desafortunadamente no podía controlar su enojo. En un ataque de ira, irrumpió en su casa y le devolvió todas sus cosas, incluyendo un anillo que le había dado. Tres días después, en una carta de cinco cuartillas, trató de explicarle por qué había estado tan molesta. Es una carta muy triste.

Volvió a casa después de un encuentro insatisfactorio con él: se dio cuenta de que él se había asegurado de tener a su ama de llaves presente para evitar sus expectativas pasionales. Luego descubrió sin querer que su excusa para detener su encuentro —que debía almorzar con un embajador— era mentira. En realidad tenía un almuerzo casual con Dmitri Nabókov, el hijo de Vladímir Nabókov, y su esposa.

Llegó a casa de un humor horrible, que como siempre reconoció era su propia culpa: no debió haberlo visitado de sorpresa. Luego descubrió que una rata había muerto en su garaje. Fue un drama doméstico normal —probablemente algún vecino había puesto veneno para ratas—, pero

para Svetlana fue traumático.

> El animal parecía agonizante, respiraba profundamente, no podía huir y me veía con esa horrible expresión de una criatura moribunda, no muy diferente a un ser humano… La rata no podía salir de mi garaje; no venía de mi casa, sino de fuera, y sólo vino aquí a morir. Cerré con llave la puerta del garaje a la cocina y no pude cenar nada. De vez en cuando abría la puerta para ver. La rata se arrastraba lentamente de un lugar a otro. Las moscas ya estaban paradas en su lomo.
>
> Louis, esa noche fue una pesadilla. No dormí, pensando en ese animal en mi garaje. Estábamos las dos solas en toda la casa… Yo pensaba en mí de las maneras más sombrías y trágicas, como si fuera como esa rata, a quien nadie puede amar ni necesitar en realidad… Esa rata era como algo muy MALO en mi propia alma.
>
> Y —en media hora— Burgi llamó para decirme la horrible noticia de Robert Kennedy… [Habían asesinado a Kennedy el 5 de junio a medianoche.]
>
> Y por supuesto, ya estaba de un humor trágico y la horrible noticia sólo DEMOSTRABA que NO hay justicia en este mundo, así que la respuesta vino a mi mente muy rápido. Todo es tan malo porque Louis ya no me ama. [11]

Es difícil saber cómo reaccionó a esa carta un hombre como Louis Fischer. Su candor y la intensidad de su sentimiento podrían haberlo conmovido. Conocía la historia de Svetlana: había pocos que conocieran la muerte de forma tan íntima como ella. Pero él era demasiado cínico y mundano para querer hacerse cargo de su descarnada necesidad.

La aventura continuó, pero en secreto. Cuando los Kennan la invitaban a cenar, Svetlana sugería que sería lindo que el señor Fischer los acompañara. Fischer tomó la costumbre de llamarla por teléfono diariamente a las 10:00 a.m., e iba a la Calle Elm 85 para sentarse una hora o dos mientras ella le leía páginas del nuevo libro en el que estaba trabajando. Pero cuando estaba lejos, lo cual era frecuente, ella le mandaba cartas parlanchinas y se conformaba con la garantía de su cariño continuo.

El anzuelo para Svetlana era que, al igual que Fiódor Volkenstein había hecho antes con su primer libro, Fischer la estaba incitando a escribir. Trabajaba arduamente con su nuevo manuscrito, pero le escribió: “Necesito una ayuda. No significa que necesite un editor ni un consejero ni un coautor, no, pero me hace mucha falta la ayuda de la sircunstancia [*sic*], la ayuda de una atmósfera que me rodee… Necesito tu presencia… aunque sea silenciosa”.[12]

Mientras tanto, 15 meses después de su deserción, las intrigas políticas seguían rondando sobre la cabeza de Svetlana. Cuando Robert Rayle y su esposa, Ramona, regresaron de la India aquel abril, el jefe de Rayle en la CIA le pidió que fungiera como oficial en el caso de Svetlana. No sólo sería responsable de su bienestar, sino también de su “explotación” para el máximo beneficio del gobierno estadounidense. La idea ahora era convertir a Svetlana en el centro de una “campaña propagandística” contra la Unión Soviética.[13]

Rayle le dijo que era mala idea. Si la CIA trataba de convertir a Svetlana en "vocera pública y patrocinada contra la URSS", se sentiría manipulada y podría volverse contra Estados Unidos. Rechazó el puesto.[14]

Entonces el jefe de Rayle acudió a Donald (Jamie) Jameson. Fue una elección sabia. Svetlana no tardó en confiar en Jamie y en encariñarse con él. Cuando la visitó en Princeton, le dijo a Louis Fischer que su " 'amigo invisible' de Washington" estaba en la ciudad.[15]

Probablemente fue Jameson quien facilitó su solicitud de "estatus de residente". En junio de 1968 tomó el autobús a Nueva York para ir por su credencial de residente y su permiso de reingreso. Alan Schwartz la acompañó al Servicio de Inmigración y Naturalización.[16] "Los dos estábamos tan preocupados, como niños antes de un examen —le escribió a Fischer—. De hecho me siento un poco diferente después de eso, de alguna forma más tranquila. Al ir a casa en el autobús ayer me sentía total, totalmente en casa."[17]

Le dijo a Fischer que mientras estaba en la ciudad, *el General* (su abogado, Edward Greenbaum) le había dado otra "clase de astronomía", como llamaban a sus pláticas de finanzas. "Se me hace muy difícil y entiendo muy poco, pero lo intento." Su dinero estaba invertido a nombre de la compañía de Greenbaum, Wolff & Ernst, en un banco neoyorquino, que le enviaba transferencias mensuales a su cuenta bancaria en Princeton. Cuando quería comprar algo grande, tenía que pedir a sus abogados que le mandaran un adelanto.

Una de las cosas que compró aquel verano fue un Dodge sedán verde botella de cuatro puertas, que tuvo por 10 años. Tenía la fantasía de recorrer el país, pero no contaba con licencia de conducir. Por las noches se sentaba ante el volante de su coche, recordando sus días de adolescente, cuando manejaba a escondidas por las calles de Moscú con sus primos Allilúiev. Por fin, el hijo del jardinero se ofreció a enseñarle cómo usar una transmisión automática. Pasó su examen de manejo. Ahora se sentía libre: podía ir a cualquier lado.

Aquel mes de julio, después de haber entregado un resumen y un primer capítulo de su nuevo libro, firmó un contrato con Harper & Row por un adelanto de 50 000 dólares (Copex Establishment no estuvo involucrada). La cantidad reflejaba las ventas medianas de *Rusia, mi padre y yo*. Como había temido Priscilla McMillan, Greenbaum había sobrevendido los derechos de serialización, la gente leía los extensos extractos y no compraba el libro. Pero para Svetlana el dinero no tenía valor real; sólo estaba feliz de trabajar de nuevo.

Seguía recibiendo tanta correspondencia que añoraba una secretaria en lugar de todos sus abogados y agentes. Una carta en particular debió haberla conmovido profundamente. Era del escritor ruso Arkadi Belinkov:

*18 de agosto de 1968*
Querida Svetlana Iósifovna,

> Leí su libro hace cuatro meses en Moscú, pero, por supuesto, no podía expresarle desde allá el enorme significado que tiene, sus altos logros literarios y su papel en nuestro destino. La gente lee libros como éste por la noche y en una sentada, de ellos se escriben citas que recorren la ciudad y vuelven a ti como relatos casi irreconocibles. Ustedes los moscovitas recuerdan todo esto muy bien.
>
> El primer libro que me dieron el día de mi libertad fue el suyo. Ahora lo regalo yo para que cada uno de mis nuevos amigos se sienta tentado a darme gran felicidad espiritual.
>
> Le escribo como autora de un libro impresionante, que muestra su increíble conocimiento de la historia agonizante del pensamiento cultural ruso; usted es una camarada en este difícil oficio de la escritura.[18]

En 1944, a la edad de 23 años, arrestaron a Belinkov por escribir una novela antisoviética y hacerla circular entre sus amigos. Traicionado por un *stukach* (informante), lo sentenciaron a muerte hasta que el conde Alexéi Tolstói intercedió ante Stalin. Pasó 12 años en el Gulag, uno de ellos en una celda ocupada antes por Alexéi Kápler. "El cuarto seguía lleno de historias suyas", le escribió a Svetlana. Liberaron a Belinkov en 1956, pero la represión del gobierno de Brézhnev lo empujó, a él y a su esposa, Natalia, a huir a Alemania Occidental en 1968, y luego a Estados Unidos. Que el de Svetlana fuera el primer libro que leyera cuando llegó a Occidente, y que se lo diera a sus amigos, era la mayor aprobación que podría desear.

Svetlana llamó por teléfono de inmediato para decir que le encantaría conocer a los Belinkov. Iría de visita de regreso de un viaje a Boston. La idea de que alguien pudiera ir de visita de manera tan casual todavía los impresionaba. En un libro que escribieron juntos Natalia y Arkadi Belinkov, Natalia describió aquel primer encuentro en Greenwich:

> Era de estatura promedio, una mujer frágil y pelirroja, gentil y de corazón cálido. Al mismo tiempo, el parecido de Svetlana con su padre hacía que cualquiera que hablara con ella se sintiera un poco incómodo… Imagínense una casa que yo ya describí como "rural" en los suburbios de Nueva York. (La tranquilidad en el parque al otro lado de las ventanas.) La cara del camarada Stalin se inclina sobre su víctima fugitiva, y las manos de su hija tocan suavemente los hombros encorvados de Arkadii. Y una voz tranquila: "Todo va a estar bien. Todo va a estar bien". ¿A quién estaba persuadiendo Svetlana en ese momento: a él o a sí misma?
>
> ¡Nuestros destinos "extranjeros" eran tan similares! Acordamos que en cuanto tuviéramos oportunidad iríamos a Princeton. "¡Tomaremos té en la cocina! ¿Sí?" (Svetlana sentía alegría por la renovación de las costumbres moscovitas.) "Una noche en la cocina, con una taza de suave té moscovita, podría ser una revelación"… escribió en uno de sus libros.[19]

El 10 de septiembre los Belinkov tomaron el autobús a Princeton. Les impresionó la espaciosa casa de Svetlana en la Calle Elm, con su piano de cola, y les divirtió encontrar ramos de flores de plástico saltando de los armarios de blancos en los que los había arrumbado Svetlana. Los tres pasaron la mayor parte del tiempo en la gran cocina, bebiendo té y platicando de sus fugas, de sus amigos compartidos en Rusia y de la represión del momento bajo Leonid Brézhnev. Los Belinkov ya eran conscientes de la conducta sin tacto de la comunidad de emigrados rusos hacia

Svetlana. Natalia Belinkov lo puso así: “Algunos trataban a Svetlana con absoluto desprecio por ser la hija de un tirano; otros la adulaban como si fuera una princesa heredera, y otros no estaban en contra de casarse con ella, o por lo menos, de pedirle dinero prestado”.[20] Los Belinkov estaban ansiosos por asegurarle que su amistad era genuina.

Durante gran parte de aquel verano Louis Fischer no estuvo en Princeton. Viajaba con frecuencia a Nueva York y había volado a París a mediados de agosto para trabajar en el manuscrito de su nuevo libro, *Russia’s Road from Peace to War: Soviet Foreign Relations 1917-1941* [El camino de Rusia de la paz a la guerra: relaciones internacionales soviéticas 1917-1941], publicado por Harper & Row en 1969. La noche del 20 de agosto de 1968 entraron tanques soviéticos a Checoslovaquia. Todos se tambaleaban de impresión por la terrible noticia, aunque Svetlana explicó que era una jugada lógica para el régimen de Brézhnev. Le dijo a George Kennan que la invasión debía ser un indicador de disturbios y de disenso en la cúpula del Politburó, lo que podría llevar a más sucesos inesperados.

No tardó en oír acerca de los arrestos en Moscú. Le escribió a Fischer:

> ¿Sabías que Pável Litvinov está arrestado? ¿Y Larissa Daniels y muchos más? Arkadi dice… que recibió hace poco una carta de Moscú que decía que simplemente comenzaron a agarrarlos y asfixiarlos… Hasta ahora los sucesos en Checoslovaquia están atrayendo la atención de un público minoritario, unos cuantos poetas e intelectuales; horrible.[21]

Mientras continuaba la represión, se preocupó por sus amigos —las autoridades estaban arrestando a tantos— y estaba desesperada por tener noticias de sus hijos. Sabía que los Komsomols y el Partido Comunista estarían ejerciendo una presión brutal en toda la juventud: la menor declaración o acto provocaría la expulsión de una universidad. “Todo esto complica en serio mi contacto con mis hijos —le escribió a Fischer—. Es inevitable. En serio estoy intentando evitar el peligro. Siempre estoy tratando de adivinar si Katia aplicó y fue aceptada en la MGU [Universidad Estatal de Moscú].”[22]

A distancia, la relación con Fischer siguió sin problemas. Le mandaba cartas parlanchinas, trataba de contestar sus preguntas sobre miembros del Politburó como Zhúkov y Mikoián, y le aseguraba: “Sé bueno y tranquilo, mi querido Louis; te abrazo con ternura, como siempre. Beso tus preciados ojos, tus manos, tu cara”.[23] A finales de agosto Louis estaba en una playa en Túnez, editando el manuscrito de su libro, y le enviaba a Svetlana notas breves en hojas del hotel. Ella le contestaba con locuaces cartas de amor.

Una buena noticia era que había encontrado una casa en la Calle Wilson 50. Los Kennan se habían percatado de que estaba a la venta y la urgieron a que no perdiera la oportunidad. Decidió verla porque no quedaba lejos de la casa de Fischer, cerca de Bayard Lane, y ya que la vio, supo

que tenía que comprarla. Le impresionó bastante el precio —60 000 dólares—, pero no era extravagante para Princeton. Tenía 50 000 del adelanto de su libro nuevo, pero todavía tenía que pedir los 10 000 restantes a sus abogados neoyorquinos. Había comenzado a molestarle tener que pedir su propio dinero.

Era una casa de madera típica de Nueva Inglaterra, acogedora y compacta, con un estudio grande, una terraza adorable y un pequeño patio trasero lleno de cornejos, forsitias, manzanos silvestres y arbustos de lilas. Le recordaba su dacha en Zhukovka, donde pasó todos los veranos con sus hijos. Los cuartos de arriba hasta estaban dispuestos de la misma forma que los de Katia y Iósif. "Estoy teniendo premoniciones extrañas con esta casa —le dijo a Fischer—. Analogías extrañas: lindas y tristes. Esta casa me está llamando a su interior." [24] Se sentía cansada de vivir en casas ajenas, y por lo menos Fischer descubriría por fin cómo era su "estilo de vida" personal. Podría mudarse el 20 de diciembre.

Fischer llegaba de Túnez el 17 de septiembre. Svetlana fue a su casa a llevarle unas flores de bienvenida para recibirlo. Cuando su ama de llaves, la señora Duffs, la dejó entrar, encontró en una repisa las pertenencias íntimas de una joven llamada Deirdre Randall, que supuestamente trabajaba como su "asistente de investigación, pero en realidad era su amante". Svetlana le escribió furiosa a Fischer sobre esa "evidencia de [sus] mentiras". Concluyó: "Nunca habría esperado que fueras tan deshonesto conmigo".[25]

Pero en esa telenovela que estaba armando Fischer (debió haber sido adictivo tener mujeres peleándose por él), eso era exactamente lo que ella podía esperar. Como de costumbre, las mujeres convirtieron a la otra en su enemiga. Randall le informó tímidamente a Fischer que Svetlana había llamado por teléfono: su voz era tan "elaboradamente siniestra como las películas de Eisenstein".

> Creo que está completamente loca y que una de nosotras va a terminar con un ícono enterrado en el corazón. Mi mami me dijo que no me metiera con hombres casados. Si llegas a casa a una hora razonable, será mejor que le hables. En serio me siento horriblemente. Odio que me acosen. Y lo que más detesto es tener miedo, y ella es tan vulgar que creo que sé cómo se sentía hablar con Stalin.[26]

Svetlana decidió terminar la relación y le escribió a Fischer que lo mejor sería que se separaran. Pero no podía exorcizar sus sentimientos por él tan fácil. A finales de octubre confesó: "Estoy tan asustada sin ti… toda mi vida se está derrumbando, no puedo hacer nada, voy a morir o volverme loca… No me dejes sin contacto contigo, es inhumano. No puedo pensar, no puedo trabajar, todo se me sale de las manos".[27]

Pidió verlo el 31 de octubre. Dijo que era un día triste y significativo para ella, a dos años de la muerte de Brajesh Singh. Podían ir a desayunar. No le ofrecería eso a nadie más que a él *aquel*

día; por lo menos tenía que reconocerlo. No le habló por teléfono, porque él le había dicho que no lo hiciera, pero le rogó que no la dejara completamente sola ese día. Fischer no fue.

Sí hubo una buena noticia durante esa época oscura. Recibió por correo una fotografía de su hospital en Kalakankar. Lo nombró Hospital Brajesh Singh. Le escribió a Joan Kennan: "Tú sabes lo que significa la ayuda médica para una gran zona rural, en la que miles de personas —mujeres y niños— no tienen doctor. Este hospital les brindará tratamiento gratuito. Me hace sentir perfectamente satisfecha que a fin de cuentas sí he hecho algo por la gente".[28] Joan, que había trabajado para el Cuerpo de Paz en Tonga, entendería, a diferencia de otras personas a las que "casi no les importan los demás en absoluto". La piedra claramente era para Fischer. Le dijo a Joan que había terminado su nuevo libro. Todo lo que necesitaba era un mes más para darle forma y editarlo.

Pero Svetlana no podía dejar de rumiar. El 22 de noviembre le pidió a Fischer que le devolviera sus cartas de amor. Dijo que le perturbaba pensar que su archivo estuviera administrado por la señorita Randall. Quería destruir las cartas ella misma; no podía confiar en que él lo hiciera: "Ya no creo UNA SOLA PALABRA de lo que digas, así que no me voy a calmar hasta que me sean devueltos esos documentos".[29] Fischer contestó de manera oficiosa:

> *24 de noviembre de 1968*
> Querida Svetlana:
>
> Las cartas le pertenecen al destinatario.
>
> Tus cartas dirigidas a mí por lo tanto son mías y no tienes derecho a ellas ni derecho a pedir que las devuelva, ni cortésmente ni mucho menos "categóricamente". Sin embargo, ya que estás ansiosa por tenerlas, te las mandaré cuando tenga tiempo de buscar entre mis papeles.

Fischer obviamente guardó una copia al carbón de esa carta, pues se quedó en su archivo, y ciertamente nunca encontró tiempo para devolver las otras cartas de Svetlana.[30]

La nota fue un rechazo cruel. Con ese gesto Fischer se lavó las manos de toda responsabilidad. Probablemente fue entonces cuando Svetlana marchó otra vez a su casa, esta vez para exigir la devolución de sus cartas y otras cosas. Lo que sucedió después es muy triste.

Como todas las historias adheridas a Svetlana, tarde o temprano ésta se volvería accesible al consumo del público. Años después, la periodista Patricia Blake, que había trabajado como cotraductora con Fischer, escribiría en un artículo de *Time*:

> Una noche de otoño de 1968, [Svetlana] llegó furiosa a la casa de Fischer. Él estaba adentro con su asistente editorial, Deirdre Randall, pero ignoró los toquidos y los gritos de Svetlana. Tal como Randall recuerda la escena, Svetlana rabió afuera de la casa durante más de una hora, llorando y exigiendo la devolución de sus regalos a Fischer: un reloj de viaje y dos velas decorativas. Cuando Svetlana rompió los páneles de vidrio en

los costados de la puerta, en un intento por entrar a la fuerza, Fischer llamó a la policía. Llegaron dos oficiales y encontraron a Svetlana histérica, con sangre escurriéndole de las manos cortadas.[31]

El chisme zumbó por Princeton, una ciudad nada habituada a tal extravagancia emocional: Svetlana era inestable, ¿pero qué se podía esperar de ella? A fin de cuentas, era la hija de Stalin. Blake no identificó a Randall como la amante de Fischer.

Uno habría esperado por lo menos un poco de discreción, si no empatía, de Deirdre Randall, porque sabía quién era Louis Fischer. En una de sus cartas lo reprendió: "¿Qué clase de hombre ve a tres mujeres en las mismas horas? ¿Quién permitiría tal cosa? Bueno, sólo quiero ser la última".[32] Le dijo a su hijo George que "Lou" tenía un "ego horrible, duro, grueso, cabezadura y temible", pero adoraba al hombre, y sí logró ser la última de sus novias.[33] Fischer murió poco más de un año después, el 15 de enero de 1970. Randall trabajó los siguientes dos años en la preparación final de su libro.

Siete años después, Svetlana seguía siendo un buen tema de conversación en las cenas. Priscilla McMillan recordaba una fiesta en la que surgió su episodio de romper el vidrio de la puerta de Louis Fischer. En sus memorias, George Kennan contó que lo habían sacado de una fiesta para acudir a la estación de policía. Se presentó con su traje digno, pañuelo blanco en el bolsillo, un diplomático en toda la extensión de la palabra, y la policía dijo: "Ah, otra vez usted".[34] Joan Kennan declaró que, según ella, sólo habían llevado a Svetlana a la estación de policía una vez.[35]

Uno piensa en Svetlana ante esa puerta, pegándole durante una hora hasta que rompió el vidrio y sus manos sangraron, y se imagina que estaba golpeando con furia a todos los fantasmas de su pasado que le habían fallado: su madre, su padre, su hermano, sus amantes. Y ahora, su nueva vida.

# 23

# Sólo un año

Svetlana ocupó su nueva casa en la Calle Wilson 50 el 20 de diciembre de 1968. La mudanza no fue el suceso alegre que había anticipado. Les habló a sus viejos amigos Albert y George Paloesik, del Despacho de Detectives Fidelity, y les pidió que la ayudaran a mudarse. Había comprado muebles útiles y alegres para la sala y el comedor, y un escritorio para el estudio; en el escritorio puso el juego de plumas que Al y George le habían dado el verano anterior. Sobre la mesa de la cocina estaban las flores secas que había dejado de un vendedor de aspiradoras. Odiaba las flores secas, pero ésas habían sido un regalo del vendedor —dijo que normalmente cobraba por ellas—, así que se las quedó.

El 24 de diciembre recibió una postal de sus hijos. La fecha, tan cercana a la celebración de Año Nuevo, era sospechosamente precisa. Dudó que la hubieran enviado ellos. Estaba segura de que venía por medio de la embajada soviética, y que era una sádica burla. ¿Por qué estaba sola? Si volvía a casa, podría estar con sus hijos.

A finales de enero, Edmund Wilson y su esposa, Elena, la invitaron a visitarlos a su casa en Wellfleet, en Cabo Cod. Wilson era un apasionado de todo lo ruso y hablaba bien la lengua. Había visitado la Unión Soviética en 1935 y regresado como defensor de un socialismo al estilo soviético, pero después de los juicios falsos de 1937-1938 y el pacto de Stalin con los nazis en 1939, repudió por completo el comunismo soviético. Svetlana y su valiente acto de deserción le fascinaban. Su esposa, Elena, cuyas raíces en parte eran rusas, estaba muy nerviosa por conocerla; le dijo a su esposo que tenía un prejuicio contra la hija de Stalin. Pero Svetlana resultó no ser lo que esperaban. Wilson escribió en su diario:

> Svetlana nos impresionó a todos. Tiene más de 40, pero no parece de su edad. Es muy bonita, y con su carácter y su cerebro debe de haber tenido hombres detrás de ella toda la vida. Sus apariciones en la televisión y en fotografías dan una falsa impresión suya, porque la hacen ver mucho más grande y sustanciosa de lo que es. Es pequeña, de cabello lindo, suave y café, ojos bastante grandes y redondos de un tono peculiar de verde pálido, una nariz un poco elongada y picuda, de pájaro, y una boca pequeña. Tiene manos y pies pequeños. Elena dice que la manera en la que usa sus manos demuestra que ha estado asustada toda su vida: chasquea sus deditos delgados como si estuviera acostumbrada a repeler algo. Es simple y está

bien educada; es más bien tímida, pero con opiniones muy firmes.[1]

Copyright © Marilyn Silverstone/Magnum Photos.

Por comprometida que estuviera con su nueva vida, Svetlana no podía olvidar su pasado: aquí está fotografiada en 1969, mientras miraba fotos familiares.

Wilson no tardó en descubrir lo feroz que podía ser Svetlana. Cuando discutieron sobre la Unión Soviética, le pareció muy pesimista. Le preguntó si no había oposición política en Rusia en ese momento, y ella contestó con desdén que cinco o seis personas protestando por un juicio literario (el juicio de Daniel y Siniavski) en un país de 200 millones de personas, un puñado de poetas ignorados en la Plaza Roja mientras los tanques invadían Praga, ¿eso qué peso tenía? Pensaba que Brézhnev y Kosyguin era totalmente mediocres, incapaces de gobernar Rusia, y no tardarían en tumbarlos, y las cosas empeorarían. Cuando Wilson mencionó que los escritores Leonid Leónov y Valentín Katáev parecían “buenos tipos”, ella contestó: “Nosotros tenemos una opinión diferente de ellos”, y le dijo que los dos habían votado en contra de Pasternak en el Sindicato de Escritores.

El propósito de Wilson al invitar a Svetlana a Wellfleet era que conociera a su amigo Paul Chavchavadze, quien creía que sería un excelente traductor para su nuevo libro. Chavchavadze, un príncipe georgiano del Cáucaso, había huido a Rumania y luego a Estados Unidos, donde trabajó en una oficina de mensajería. Hacía poco había comenzado a escribir novelas y a trabajar de traductor.

El apellido de soltera de su esposa, Nina, era Románov. Su padre, el tío del zar, murió a manos de los bolcheviques mientras intentaba salir de Rusia. Su madre fue reina de Grecia, y Nina era gran duquesa. Aparentemente, tanto Nina como Paul eran encantadores y podían ser muy divertidos, y nunca se quejaban de su catastrófico cambio de fortuna.

Durante la cena aquella primera noche, Svetlana se mantuvo moderada y silenciosa. Cuando Nina Chavchavadze mencionó que había visitado el Kremlin, Svetlana contestó: “Su Kremlin y mi Kremlin son diferentes”. No le divirtió la broma de Paul de que no tardarían en surgir reportes de que las dos grandes familias de Georgia y de Rusia —los Chavchavadze y los Stalin— se habían reunido. Y sin embargo, cuando Svetlana y Nina tuvieron oportunidad de hablar en privado, la calidez de Svetlana salió a flote. Hablaron de sus hijos, y a Svetlana le quedó claro que Nina no la juzgaba.

No pasó mucho tiempo para que Svetlana tomara regularmente el camión a Wellfleet para visitar a los Chavchavadze. Nina siempre se complacía en contar a sus amigos sobre la primera visita de Svetlana a su casa, con George Kennan. Hubo un accidente en la cocina. El lavabo se había tapado y cinco centímetros de agua cubrían todo el piso. Svetlana dijo: “Yo puedo hacer esto. Déjenmelo a mí”, y se arremangó y trapeó el suelo. Nina comentó: “Si alguien me hubiera dicho que un día la hija de Stalin iba a fregar mi piso, habría creído que estaba loco”.[2] Para Svetlana, los Chavchavadze parecían un alivio después del convencionalismo de Princeton, donde se quejaba de que las damas “se ponían calcetas” para caminar una o dos cuadras por la calle.

No es de sorprender que Svetlana no pudiera abandonar tan fácilmente su relación con Louis Fischer. A principios de febrero se encontraron por accidente en la Calle Principal, en Princeton. El 3 de febrero le escribió:

> Querido Louis:
>
> Este estado de malicia y dolor en el que estamos los dos ahora es contraintuitivo e injusto… Pero la peor parte es saber que yo lo hice todo sola… Olvidarte a ti y todo lo demás, todo lo que estuvo, lo que no está en mis manos… no tiene sentido intentarlo. Las estupideces están olvidadas y todas las cosas buenas permanecen… Pero un callejón sin salida es un callejón sin salida; y sé cómo salir de ahí.
>
> *Svetlana.*[3]

Fischer accedió a reunirse con ella en marzo en su viejo lugar preferido, la Princeton Inn. Ese

mes le escribió que había tenido miedo de abrir viejas heridas, pero "resultó que tú fuiste muy emotivo y yo estuve muy contenta". No tenía que preocuparse; no le iba a hablar por teléfono. Esperaría a que él le hablara. Una mujer con la fuerza para desafiar al Kremlin se estaba enredando otra vez en líos emocionales. Siguió traduciendo su biografía de Mahatma Gandhi al ruso, una tarea que había comenzado, sin paga, como gesto de amor. Le dijo a Louis que podía sentirlo entre líneas, aunque se quejó: "SOLÍAS ser mejor, tengo que decirlo".[4] A mediados de abril podía decir que todo lo que necesitaba era su sonrisa por teléfono. Le aseguró que se estaba "reformando según el espíritu de Gandhi. Es muy difícil, pero es posible. Besos".[5]

A finales de abril le escribió a Annelise Kennan, que había estado al margen del drama, para asegurarle que ella y Louis habían logrado hacer las paces. "No te preocupes, Annelise querida: no habrán *[sic]* más vidrios rotos."[6] Le dijo a Annelise que estaba organizando fiestas de cumpleaños para sus hijos. Katia cumplía 19 el 4 de mayo; Iósif, 24 el 22 de mayo.

Cuando en junio visitó Harper & Row, les preguntó casualmente a sus editores cuánto le estaban pagando a Paul Chavchavadze por su traducción, porque sabía que necesitaba dinero desesperadamente. La cantidad era satisfactoria, pero luego le dijeron que le estaban pagando 4 000 dólares a Louis Fischer por editarlo. Sorprendida, le escribió a Fischer:

> No lo entiendo en absoluto. ¿Deberían los editores pagar la amistad? ¿En serio crees que has hecho tanto trabajo con mi manuscrito para que lo estimen en cifras tan altas? ¿Y qué hay de la calidez y el aliento, que fue la parte más importante de tu participación en mi trabajo? ¿Te rehusaste a recibir ese pago de Harper & Row o pensaste que estaba bien?… Todavía tengo la esperanza de que sea un error. Pero me gustaría que tú me lo dijeras.[7]

No podía creer que Fischer hubiera recibido dinero. Sólo le había dado aliento. El libro era de ella.

Fischer no contestó, pero a principios de agosto le envió el manuscrito de su traducción de la biografía de Gandhi, obviamente con la esperanza de que continuara trabajando en él. Ella se lo envió de vuelta, a nombre del "Sr. Fischer", y dijo que fácilmente podría encontrar un mejor traductor. Le deseó "buena salud y una vida pacífica".[8] Rara vez volvió a mencionar a Fischer.

Svetlana entonces asumió el tormento de supervisar la publicación de su nuevo libro. Al igual que el primero, *Sólo un año* era autobiográfico. Era un recuento del extraordinario viaje que había hecho de la Unión Soviética a la India, a Suiza y a Estados Unidos, todo durante el mismo año.

Su editor estadounidense, Cass Canfield, le había advertido a su editor británico: "Estamos lidiando con una dama bastante complicada y mis consejos tienen poco efecto. Ella decide sola".[9] Le aseguró a su traductor, Paul Chavchavadze, que era muy abierta a sugerencias de estilo,

“pero no es receptiva a sugerencias sobre la forma y el contenido del libro. Siente que el libro debe ser completamente suyo y quedarse como está”.[10]

Muchos reseñistas habían concluido que su propósito en *Rusia, mi padre y yo* fue exonerar a Stalin echando la culpa de sus crímenes a Beria. Ella sentía que no entendían que su primer libro había sido una memoria de familia privada, escrita casi como catarsis cuatro años antes de desertar. La publicó sin revisiones porque era auténtica respecto de sus sentimientos de entonces. Beria había convertido a sus parientes en objetivos por sus conexiones georgianas: sabían demasiado de él.

Pero desde 1963 había leído mucho y estuvo expuesta a otras culturas. Sabía quién era su padre. La descripción en *Sólo un año* de cómo reconoció gradualmente sus crímenes es devastadora.

> En la familia en la que nací y crecí nada era normal, todo era opresivo, y el suicidio de mi madre fue el testimonio más elocuente de la desesperanza de la situación. Los muros del Kremlin a mi alrededor, la policía secreta en la casa, en la cocina, en la escuela. Y encima de todo un hombre gastado y terco, aislado de sus antiguos colegas, sus viejos amigos, de todos los que le habían sido cercanos, de hecho de todo el mundo, que con sus cómplices había convertido el país en una cárcel en la que todo el que tuviera una pizca de espíritu y mente estaba siendo extinguido; un hombre que despertaba miedo y odio en millones de hombres: ése era mi padre…[11]

Quería ofrecer un retrato real de Stalin. A fin de cuentas, lo conocía de manera íntima.

> [Mi padre] sabía lo que hacía. No estaba loco ni engañado. Con cálculos fríos había cimentado su propio poder, temeroso de perderlo más que de otra cosa en el mundo… Explicar las cosas así —como locura— es lo más fácil y simple, pero no es cierto y no es una explicación. Él no creía en ideales, sino sólo en las luchas políticas realistas de los hombres. Tampoco romantizaba a la gente: estaban los fuertes, que eran necesarios; los iguales, que estorbaban, y los débiles, que no le servían a nadie.
>
> No creo que haya sufrido nunca cargos de conciencia.[12]

Pero Svetlana tenía un argumento más sólido que presentar. Su padre no era el único responsable. Un dictador necesita cómplices. En 1966, antes de desertar, leyó *Conversaciones con Stalin*, de Milovan Đilas, y *Stalin: una biografía política*, de Isaac Deutscher, y fue capaz de comprender la historia de la lucha política por el poder supremo que había librado Stalin en el Partido Comunista contra todos sus antiguos colegas. Reeditó, alteró y añadió cosas a la *Breve historia del* PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), para excluir a todos sus rivales, en particular a Trotski. Ese texto servía como historia *oficial*, y se distribuyeron millones de copias. “Mi padre necesitaba que ese ‘libro de texto’ sacara de la historia, de una vez por todas, a los que se habían interpuesto en su camino”, escribió.[13] Pero no era la historia *verdadera*. La historia

verdadera era que había muchos participantes en el juego de ruleta política que Stalin había ganado, y después de su muerte, el Partido lo siguió jugando.

Svetlana coincidía en que Khrushchov había izado "el estandarte de la liberación", y lo recordarían por su esfuerzo "de llamar las cosas por sus verdaderos nombres. Los tímidos esfuerzos a medias de ese hombre vital, alegre y tozudo rompieron el silencio de muchos años". Pero Khrushchov también era responsable de los sangrientos sucesos en Hungría y de la matanza de estudiantes universitarios en Georgia, estudiantes cuyos cuerpos habían yacido en las calles porque se prohibió a sus parientes recogerlos. Sus 11 años en el poder fueron una seudoliberación. Nada había cambiado. "Los *sputniks*, los festivales, los jubileos y la consciencia ahogados en vodka a cada oportunidad: '¡Somos los más grandes!' '¡Somos los mejores, los más rápidos, la vanguardia!' " El antisemitismo seguía en auge: no había judíos en el Comité Central. "En la década de 1960 en la Unión Soviética podían negarte un trabajo por ser judío."

Luego, en su libro, Svetlana hizo lo impensable. No sólo criticó al gobierno soviético de ese entonces como neoestalinista, advirtiendo que restablecer los "méritos" de Stalin sería desastroso no sólo para la URSS sino para el mundo. También rastreó el sistema soviético de vuelta, por medio de Stalin, hasta sus raíces en el leninismo. Ése era territorio sagrado: "Lenin puso los cimientos de un sistema unipartidista, del terror y de la supresión inhumana de todos los disidentes… Todos los esfuerzos por blanquear a Lenin y convertirlo en santo son inútiles".[14]

Edmund Wilson recibió una copia de *Sólo un año* para reseñarla antes de la publicación y le escribió a su amiga Helen Muchnic que pensaba que el nuevo libro de Svetlana era "genial —muy diferente al primero—, y me temo que la va a meter en problemas".[15] Cuando vio a Svetlana a principios de septiembre, le sugirió que su libro era una bomba de tal magnitud que quizás los soviéticos simplemente lo ignoraran. Ella dijo que no eran tan listos. "Dirían, como lo habían hecho con su primer libro, que había sido escrito por la CIA y circularían escándalos sobre su vida personal."[16] Un reportero de la revista *Look* la entrevistó y le preguntó cómo recibirían los rusos su libro. Ella contestó: "Es un libro anticomunista. Lo recibirán como reciben los libros anticomunistas".[17]

Tuvo razón. *Sólo un año* enfureció a la KGB. ¡Había envilecido a Lenin! Las minutas supervivientes de una junta del Comité de Seguridad del gobierno, dirigida por Yuri Andrópov, esbozan la estrategia de ofuscación deliberada que estaba tramando el gobierno soviético para sabotear su libro. Los soviéticos extenderían el rumor de que Svetlana ni siquiera había escrito esa obra. El enemigo lo había escrito como parte de una campaña antisoviética. El enemigo estaba decidido a difamar el nombre de Lenin en el centenario de su nacimiento.

Ultrasecreto:
5 DE NOVIEMBRE DE 1969

No. 2792-A
Referencia: Moscú

Recientemente, en el periódico *The New York Times* y otras publicaciones estadounidenses han aparecido varios artículos que resaltan la publicación de *Sólo un año*, que propone la idea de que STALIN fue culpado injustamente por "dictadura y Estado policial". En realidad, lo heredó todo de LENIN y "fue precisamente LENIN el responsable de todo lo que está pasando en la URSS…"

Teniendo en mente lo mencionado arriba, la meta de distraer al público global de la campaña de calumnias llevada a cabo por el enemigo usando el libro de S. Allilúieva *Sólo un año*, se recomienda la siguiente acción:

Por medio de cartas entre Iósif Allilúiev y Yekaterina Allilúieva y el Politburó "TsK KPSS", en el que se discuta la indignación ante la conducta traidora de su madre, para preparar y publicar en el extranjero cartas de los hijos de S. ALLILÚIEVA…

Publicar en la prensa occidental la tesis de que el nuevo libro de S. ALLILÚIEVA es resultado de los esfuerzos colectivos de individuos que pueden incluir a: D. *[sic]* KENNAN, L. SCHIFER, M. DILAS, G. FLOROVSKI, A. BELINKOV y otros que se recomiendan como enemigos de la URSS, con especialidad en falsificar la historia del gobierno soviético. Al mismo tiempo, incluir los materiales actualmente a disposición de la KGB, información para comprometer personalmente a esos individuos.

Dirigir una carta a la dirección de S. ALLILÚIEVA de parte de la *intelligentsia* soviética conocida, que conocen personalmente a S. ALLILÚIEVA (el escritor Soloújin; el director de cine Kápler; el editor en jefe de la revista *La Pantalla Soviética*, Pisarevski; el profesor Miasnikov, que fue asesor académico de S. ALLILÚIEVA cuando defendió su tesis), y otros, que contenga una protesta emotiva contra la falsificación de los hechos que rodean al gobierno soviético, y la calumnia contra V. I. LENIN. Tal carta puede enviarse a S. ALLILÚIEVA por medio de la KGB, con el cálculo de que valga la pena publicarla en el extranjero…

El representante del Comité de Seguridad del Gobierno,
*Andrópov*.[18]

Ese documento ultrasecreto estaba entre los papeles personales de Svetlana. Cómo y cuándo lo obtuvo sigue siendo un misterio, pero es probable, aunque no verificable, que haya llegado a ella por medio de la CIA. Cómo reaccionó puede adivinarse. Probablemente pensara: "Sí, así es como trabaja la policía secreta en mi país", y su plan para distorsionar la realidad y robar su libro le pareciera repulsivo y predecible. La clara evidencia de la descarada manipulación de sus hijos habría sido extremadamente dolorosa, aunque también predecible. Por supuesto, no habría culpado a Iósif ni a Katia; sabía que, al igual que todos los que caían bajo el escrutinio de la KGB, sus hijos no tenían opción.

En los agradecimientos, Svetlana cometió el generoso error de agradecer a todos los que habían leído su manuscrito en ruso. Entre otros, a George Kennan, Louis Fischer, Robert Tucker, Gueorgui Florovski, Milovan Đilas y Arkadi Belinkov y su esposa. De ahí obtuvo la KGB su lista de la autoría "colectiva".

Arkadi y Natalia Belinkov sí habían leído el manuscrito. En sus memorias, publicadas en 1982, Natalia Belinkov explicó:

> Al igual que muchos escritores que han quedado cortados de su medio familiar y todavía no se han adaptado al nuevo, necesitaba lectores. Mientras visitábamos [a Svetlana], asumimos ese papel. Arkadi tenía una muy buena opinión de ese manuscrito. Sólo tenía dudas sobre el capítulo más importante para Svetlana: "La ribera del Ganges". Quizás frenara el desarrollo de la trama principal…
>
> Nosotros no sabíamos, ni Svetlana, que al mismo tiempo que leíamos el libro, lo estaban leyendo en los lugares correctos. Lo estaban leyendo con mucho cuidado. Como resultado, el jefe de Seguridad del Estado, Andrópov, en diciembre de 1969 ordenó al Departamento de Propaganda que "esparciera ideas en la prensa occidental de que el nuevo libro era resultado de un trabajo colectivo de gente como Kennan, Fischer, Đilas, Florovski y A. Belinkov". No, a él [Andrópov] no le preocupaba que "La ribera del Ganges" frenara la trama principal del libro. Estaba salvando la reputación de Lenin.[19]

Kennan leyó la primera parte de *Sólo un año* y le dijo a Svetlana que era muy bueno. Ella no le ofreció leer el resto. Hizo unos cuantos comentarios editoriales, pero nada sustancioso. Gueorgui Florovski era profesor en Princeton; mencionarlo fue una cortesía, como lo fue mencionar a Đilas, a quien Svetlana sólo había visto una vez.

Svetlana le dio la copia mecanografiada en ruso al historiador de Princeton Robert Tucker. Él y su esposa eran sus vecinos, a quienes había conocido poco después de llegar a Estados Unidos, cuando Tucker trató de persuadirla de dar clases en la Universidad de Princeton. Él planteó preguntas, ofreció sugerencias y le aconsejó que cambiara el título. En marzo, Svetlana le dijo a Louis Fischer que Tucker había "hecho 'comentarios' casi en cada página, pero no me molesté en hacerle caso".[20]

En un retrato de Svetlana escrito para el *Washington Post* en 1984, titulado "Svetlana heredó su defecto trágico", Robert Tucker se quejó de que casi no había oído sus consejos y de que su innecesario agradecimiento en el posfacio le causó un "momento desagradable" cuando visitó la Universidad Estatal de Moscú en 1970. Su escolta soviética le había saltado encima cuando tenía la guardia baja y le dijo de manera intimidante que había leído *Sólo un año*, y comentó groseramente que era propaganda estadounidense antisoviética.

> Nosotros la conocimos como estudiante aquí y ni siquiera podía escribir un ensayo final sola… Luego se inclinó muy cerca de mí y dijo con una voz intensa: "Usted escribió ese libro". Si él creía eso, le contesté, no entendía a Svetlana. No era alguien que aceptara fácilmente las sugerencias críticas de otro, mucho menos que permitiera que alguien más escribiera su libro. Ofendería su orgullo de autora. Ante eso, el intercambio terminó con una sonrisa gélida en el rostro de nuestro escolta.[21]

El papel de Louis Fischer fue importante al inicio. Era amante de Svetlana. Ella le había leído la primera parte de su manuscrito durante esos días en Princeton en los que el romance floreció, pero él ya se había ido a París y a Túnez a mediados de agosto, mientras ella seguía escribiendo

el libro. Cuando regresó, su relación era tan agria que difícilmente podría haberse ofrecido como lector. Sin embargo, su presencia en las etapas iniciales de la escritura probablemente influyó en su tono. *Sólo un año* era un libro más político que *Rusia, mi padre y yo*, pero como le dijo a su amiga Lily Golden en su conversación telefónica desde Suiza, ahora sabía mucho más de los crímenes del gobierno soviético, y estaba indignada.

Veinticinco años después, Meryle Secrest, quien escribió una biografía del arquitecto estadounidense Frank Lloyd Wright y se acercó a Svetlana con la idea de escribir la suya (una idea que Secrest finalmente abandonó), le preguntó directamente por la "autoría colectiva" de *Sólo un año*. Svetlana declaró: "Nadie ha escrito nada por mí. Yo lo escribí todo".[22]

Irónicamente, el único ámbito en el que Svetlana admitiría más tarde que no había sido cándida en *Sólo un año*, fue en la descripción de su experiencia en Italia y Suiza. El Departamento de Estado de Estados Unidos le dejó claro que nunca debería revelar el papel que habían desempeñado los italianos en su "parada" en Roma, porque fue ilegal, y los suizos le habían pedido que no hablara de su papel político en su deserción.

Aquel otoño, Svetlana leyó capítulos de su libro en la Voz de América. La Oficina de Relaciones Exteriores soviética protestó inmediatamente ante la embajada estadounidense en Moscú, que contestó que lo que una escritora leyera al aire era asunto privado de ella. El gobierno soviético estaba tan furioso que el 19 de diciembre, dos días antes del nonagésimo aniversario del nacimiento de Stalin, el presídium del Sóviet Supremo (el consejo ejecutivo del parlamento), pasó un decreto en el que le quitaban a Svetlana la nacionalidad soviética. La acusaron de "mala conducta [y de] difamar al ciudadano titular de la URSS", un crimen que su padre había inventado en 1938, durante el Gran Terror.[23] Cuando los medios de comunicación estadounidenses le preguntaron su reacción ante esa noticia, dijo que estaba exultante. Conmemoró el suceso escalando con un amigo al techo del Empire State.[24]

Pero no tardó en tener una preocupación mucho más seria: *Sólo un año* estaba teniendo repercusiones peligrosas para sus amigos en la Unión Soviética. Al escribir la sección de su libro titulada "Nos veremos de nuevo", Svetlana había querido honrar a la *intelligentsia* rusa y protestar contra su trato. Esos soviéticos no eran los conformistas grises que pensaba Occidente, sino individuos muy originales y de talentos únicos. Pero debió de haber sabido que retratar a sus amigos los pondría en riesgo.

Una de las leyes tácitas de la Unión Soviética era que nunca debías hablar. Había cambiado nombres, pero no le fue difícil a la KGB identificar a la gente a la que se refería. No hay duda de que disfrazar a la especialista negra en canciones y cultura africanas con el nombre "Bertha" no era protección para Lily Golden. Lily descubrió que cada vez la seguían y la vigilaban más. Animaron a los escritorzuelos del Partido, que llevaban mucho tratando de correrla del Instituto

de Estudios Africanos, a acosarla. Descubrió que un “amigo” estaba revisando los títulos de los libros que sacaba de la biblioteca, mientras otro reportaba todos sus encuentros con extranjeros. Ya la habían metido a la lista negra de los viajes a conferencias académicas en el extranjero, y cualquier esperanza de que levantaran esa prohibición desapareció. Lily se defendió y resistió el aislamiento, pero le sorprendió que Svetlana la hubiera expuesto.

Los primos de Svetlana, Alexándr y Leonid Allilúiev, declararon después que ninguno de sus parientes, ni siquiera sus hijos, había sufrido.[25] Sin embargo, Lily Golden sostenía que todos los amigos mencionados por Svetlana fueron puestos en una lista y les prohibieron viajar.[26]

No está claro si Svetlana sabía del impacto que su libro estaba teniendo en sus amigos en la Unión Soviética, pero le dijo a la gente que estaba harta de escribir libros. Aunque tenía una idea para un nuevo libro basado en las cartas que estaba recibiendo de todo el mundo, ahora decía que no planeaba escribir más. Pasarían 15 años antes de que publicara su siguiente libro. Pero no fue el agotamiento ni el asco por la recepción de sus libros lo que causó la interrupción. Se dirigía hacia un desastre completamente nuevo y desgarrador.

# 24

# El fiasco de Taliesin

Svetlana llevaba tres años en Estados Unidos y seguía recibiendo cartas de desconocidos de todo el mundo. En noviembre de 1969 comenzaron a llegar misivas persistentes de Olgivanna Wright, la viuda del arquitecto Frank Lloyd Wright, en las que la exhortaba a ir a Arizona a visitar la Sociedad Taliesin. Svetlana no sabía mucho del famoso arquitecto, y sus amigos trataron de advertirle que la "Sociedad", como se hacía llamar la Escuela de Arquitectura de Wright, era extraña, pero en los libros y los panfletos que le mandaba Olgivanna, Taliesin se veía extremadamente hermosa.

Svetlana había planeado un viaje de un mes a California para conocer a varios de sus nuevos amigos por correspondencia, y decidió detenerse una semana en Phoenix. Sería una experiencia estadounidense que añadir a su lista. En realidad, estaba desesperada por dejar atrás a Louis Fischer y las hablillas de Princeton.

Había un anzuelo inesperado en las cartas de Olgivanna Wright, quien le escribió que su hija mayor, Svetlana, había muerto en un accidente automovilístico 20 años atrás. Qué extraña coincidencia que Svetlana tuviera el mismo nombre mágico, que significa "iluminada". El nombre en sí mismo era un talismán. Según Olgivanna, estaban destinadas a conocerse.

Svetlana tenía una fantasía igual de atractiva. Sabía que Olgivanna era montenegrina y tan sólo cuatro años más vieja que su propia madre, Nadia, sería si estuviera viva. Se imaginaba a una mujer con la apariencia georgiana de su madre. Ella lo recordaba así: "Las dos esperábamos que algo muy importante saliera de ese encuentro; a las dos nos importaban las preciadas imágenes y las fantasías… Aparte de esa extraña conexión, en realidad no esperaba nada emocionante del desierto de Arizona".[1]

Cortesía de John Amarantides.

Svetlana se casó con Wesley Peters, el arquitecto en jefe de la Fundación Taliesin de Frank Lloyd Wright, el 4 de abril de 1970, en el complejo Taliesin West, en el desierto sonorense.

Svetlana no tenía idea de que estaba por encontrarse con una titán que ya había tramado el papel que interpretaría en el mundo de Taliesin. Pocos podían resistirse a Olgivanna Wright.

Olga Ivánovna Lazovich nació en el reino de Montenegro, en los Balcanes, en 1897, y su herencia genética fue la ferocidad. Su padre era presidente de la Suprema Corte, y su madre, una generala del ejército montenegrino que había cabalgado de niña detrás de la silla de su padre para combatir a los turcos. Olga miraba a su madre, la generala, con asombro y miedo. A los 14 años de edad, la mandaron a Batumi, en el Mar Negro, a vivir con su hermana. Mientras visitaba amigos en Tiflis, Olga encontró su ruta de escape. Ya de 19 años, se casó con un arquitecto letón de nombre Valdemar Hinzenberg. Sobrevivió la Revolución bolchevique de 1917 en Tiflis y aprendió lo que era la inanición. No tardó en dar a luz a su hija Svetlana. En Tiflis conoció al "maestro espiritual" armenio Gueorgui Ivánovich Guiurdzhíev. Por coincidencia, la familia Guiurdzhíev conoció a Iósif Dzhugashvili antes de que fuera Stalin. Les había rentado un cuarto

cuando era estudiante en el Seminario de Tiflis. Se hizo memorable por no pagar la renta.[2]

Cuando Olga conoció a Guiurdzhíev se había transformado en místico y enseñaba su disciplina espiritual de danza cósmica basada en su teoría de cuerpos astrales, por medio de la cual uno podía alcanzar la conciencia superior del verdadero "yo" y averiguar las leyes del universo. Para evitar a los bolcheviques, Guiurdzhíev huyó a Constantinopla, donde estableció la primera versión de su Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre. Olga se le unió con su hija de tres años, Svetlana. La ruta hasta convertirse en la esposa de Frank Lloyd Wright fue ardua y la llevó por Francia hasta Chicago, donde lo conoció en una presentación de teatro en noviembre de 1924. Él decía que se enamoró de inmediato de Olgivanna, como la rebautizó. A finales de enero ella se había mudado de manera permanente a Taliesin. Tenía 25 años.

Cortesía de Ann Zane Shanks.

Frank Lloyd Wright diseñó originalmente la propiedad de Taliesin West como su casa de invierno.

Wright construyó la primera Taliesin en su propiedad de Spring Green, Wisconsin, en 1911. Tres años después, mientras hacía negocios en Chicago, un sirviente, en lo que se creyó un ataque de locura, le prendió fuego a la casa después de haber cerrado y clavado todas las puertas y dejado sólo una pequeña trampilla abierta. Mientras la gente de adentro salía gateando por esa

trampilla, los mataba con un hacha. Devastado, Wright juró reconstruirla, y ya en 1932 había establecido la Sociedad Taliesin. Siete años después, expandió Taliesin para incluir una segunda propiedad, Taliesin West, en Arizona, que servía de casa de invierno para la Sociedad.

Taliesin no era una escuela: era un experimento de vivienda comunal revolucionaria. El genio excéntrico de Wright —sus edificios espectaculares, sus coloridas arengas antiautoritarias y su toque de clarín por una "arquitectura orgánica"— atrajo aspirantes a arquitectos a Taliesin. Los estudiantes pagaban una cuantiosa cuota anual para participar; eran ellos los que labraban las piedras con trabajo agotador y construían las estructuras, cuidaban los jardines, recolectaban la basura, hacían el quehacer, servían la comida y, en el poco tiempo que les quedaba, trabajaban en sus restiradores. Desde la muerte de Wright en 1959, Olgivanna había administrado toda la empresa y, aunque no supiera nada de arquitectura, tenía la última palabra en todo.

Olgivanna asumió el papel de monarca reinante y gurú espiritual de la Sociedad. Los rituales dancísticos que organizaba en Taliesin, llamados danzas "cósmicas", eran rituales de Guiurdzhíev. Cada domingo por la mañana daba clases obligatorias sobre la búsqueda de una conciencia superior, casi siempre leyendo los libros de Guiurdzhíev. Sostenía haber absorbido los métodos de Guiurdzhíev para deconstruir a una persona y *rehacerla* en su búsqueda del verdadero "yo".

Los acólitos de Olgivanna la defendían. Decían que "a veces tenía que romper cabezas para rellenarlas con algo nuevo".[3] Uno de los aprendices, Rupert Pole, aunque admiraba a Olgivanna, admitía que era "una mujer muy intrigosa, poderosa y egoísta". Tenía un círculo íntimo que llegó a ser conocido como "la banda de la cocina", porque la gente esperaba horas en la cocina para consultarla. Bill Calvert, otro aprendiz, declaró que casi siempre aceptaba sus críticas como válidas, pero que había pintado su raya en las "pláticas de cocina", donde se esperaba que "contaras intimidades". Los matrimonios de los aprendices casi siempre se arreglaban durante esas pláticas.[4]

Hasta su acérrimo defensor Bill Calvert comentó: "Ten en mente que la señora Wright estaba manejando una rama de la corte del zar… Su meta era mantener… intacta Taliesin, y lo hizo de una manera brillante".[5] Olgivanna tenía el don de un dictador para la politiquería astuta.

Kamal Amin, un arquitecto egipcio-estadounidense que entrenó con Frank Lloyd Wright y se quedó con la Sociedad, explicó que Olgivanna coleccionaba gente famosa, sobre todo si eran ricos. "Necesitaba mantener su extravagante estilo de vida." Olgivanna había leído *Sólo un año*, y, como dijo Amin, Svetlana era "una noticia fresca".[6] Claramente había oído el chisme y, quizás porque creció en los Balcanes, creía que Svetlana se había detenido en Suiza para recoger el oro y los millones de rublos que supuestamente Stalin guardó para ella en un banco suizo. Su plan era simple. Casaría a Svetlana con su arquitecto en jefe, William Wesley Peters, y la

fundación se quedaría con su dinero.

La historia de Wesley Peters era compleja. Había llegado a la Sociedad Taliesin como aprendiz de 20 años en 1932 y se enamoró de inmediato de la hija de Olgivanna, Svetlana. Tan sólo ocho meses después de la apertura de la Sociedad, él y Svetlana, de 16 años, huyeron de Taliesin. Tres años más tarde, los rebeldes, ahora casados, volvieron, quizás porque comprendieron que sólo el entorno encapsulado de Taliesin podía alimentar la vida estéticamente hermosa a la que aspiraban. Para 1946 la pareja tenía dos hijos y Svetlana estaba embarazada de nuevo.

Y entonces sucedió el fatal accidente automovilístico, el 30 de septiembre de 1946. Svetlana volvía de la ciudad con sus dos hijos cuando su *jeep* se volteó en un puente angosto que cruzaba una ciénaga del río Wisconsin. Ella y uno de sus hijos se ahogaron. Se había quejado continuamente con Peters de que el *jeep* con toldo que la obligaban a conducir era peligroso, y le había rogado que comprara un coche cerrado convencional, pero él siempre se negó a hacerlo. Peters creyó que el accidente era su culpa. Ahora les debía al señor y a la señora Wright no sólo su lealtad sino también una deuda de sangre. Por lo tanto, decía la gente, estaba completamente bajo el poder de Olgivanna. Su aprendiz, Aris Georges, explicaba que Olgivanna tenía "un poder sobre Wes que de hecho era muy inquietante. Lo mandaba llamar y lo hacía pedazos. Y sin embargo se volvía y lo reconstruía, porque era el pilar del que no podía prescindir desde la muerte de Wright".[7]

Necesitaba dinero para manejar esa empresa de dos grandes propiedades y mantener a los arquitectos, a sus esposas y a los aprendices. Necesitaban benefactores. Olgivanna había elegido a Svetlana como benefactora.

Svetlana voló a Phoenix en marzo y la recibió en el aeropuerto la hija de Olgivanna, Iovanna. En el camino de Phoenix a Scottsdale, ésta le contó a Svetlana acerca de la muerte de su media hermana, Svetlana, repitiendo el nombre como si tuviera un significado mágico. "¡Espero que seas mi hermana!", dijo. Cruzaron el vasto desierto de Paradise Valley, con sus extensas planicies polvorientas y rocas insoladas bajo un cuenco de cielo azul brillante hasta la meseta, que se sentía como la cima del mundo. El viaje fue completamente hipnotizante.

Olgivanna, con su gran danés negro a los pies, esperaba entre las arcadas de buganvillas. Pequeña, delgada, de pelo oscuro y vestida elegantemente con un sombrero turquesa que protegía su piel pálida, se veía completamente como la viuda regia. Olgivanna abrazó a Svetlana repitiendo su nombre varias veces, como si se dirigiera a su hija. No era lo que Svetlana esperaba. "No tenía nada de la belleza soñadora de mi madre, de su timidez, de su humildad", recordó Svetlana. Ésa era una imagen de fotografías: no tenía recuerdos visuales de su madre, ni podía imaginarse cómo se habría visto a una edad avanzada.[8] De todos modos, Olgivanna fue

extremadamente cálida y hospitalaria.

Le mostraron a Svetlana su propia residencia para huéspedes privada y le dijeron que se preparara para una cena de bienvenida en las habitaciones de la señora Wright. Como no tenía un vestido largo, el atuendo requerido para las festividades en Taliesin West, Iovanna le ofreció varios de los suyos. Eran creaciones exquisitas de raso y seda, pero Svetlana aún era demasiado consciente para ponerse aquel disfraz y se quedó con su propio vestido verde conservador.

Estaba fuera de lugar. Los hombres y las mujeres reunidos en torno de la chimenea de Taliesin usaban *smoking* y vestidos de noche elegantes. Le presentaron a un hombre alto y distinguido bien entrado en sus cincuentas, con un *smoking* color arena y una ondulada camisa lavanda, con un pendiente de oro en el cuello y muchos anillos en los dedos. Parecía pavorreal, pero su cara era seria. “Svetlana, él es Wes. Wes, te presento a Svetlana”, dijo Olgivanna, aparentemente empujada a vincular esos nombres de nuevo. Svetlana no esperaba conocer al antiguo esposo de la hija muerta de Olgivanna.

Alfred Eisenstaedt/life Picture Collection/Getty Images.

Esta fotografía de Olgivanna Lloyd Wright, la tercera y última esposa del arquitecto, fue tomada en 1971, cuando ya llevaba más de una década viuda.

En la cena, sentaron a Svetlana junto a Peters, quien se mantuvo reservado y casi siempre en silencio. A partir de su rostro Svetlana concluyó de inmediato que Peters estaba “triste, solo y completamente infeliz”. Incluso en ese “traje loco” parecía de alguna forma “noble” y distinto a los demás.[9]

A la mañana siguiente, Wesley Peters tocó a su puerta. Dijo que Olgivanna le había encargado que le mostrara Taliesin. En el *tour*, aún emocionado por el concepto de arquitectura orgánica de Wright, le explicó cómo los edificios, con sus líneas horizontales y su textura de piedra áspera, se incorporaban a la perfección al paisaje desértico. Dijo que Wright y sus estudiantes lo habían construido todo a mano, tallando las gigantescas rocas de las colinas. Svetlana ocultó su consternación. Para ella todo se veía sombrío, “como tumbas antiguas”.

Pero su guía era “agradable y galante” y parecía tener “una decencia a la antigua”. Cuando Peters la llevó a Scottsdale en su Cadillac, le pareció “difícil no quedar encantada”. Su compañía silenciosa y relajada le hablaba de timidez.

En Scottsdale, Peters la llevó a tiendas donde se vendía joyería indígena de la Costa Oeste. Ella decidió que quería comprar un anillo como recuerdo de su visita, y él insistió en escogerle el mejor. Cuando se puso en el dedo el que Peters había elegido, sintió un golpe repentino y la cruzó un pensamiento. “¿Me voy a casar con este hombre? El pensamiento me asustó porque no apreciaba nada más en ese entonces que mis recién descubiertas libertad e independencia. La pregunta no se fue, y no me oí un ‘no’ definitivo. Era peligroso.” [10]

En el camino de vuelta a Taliesin, Peters estuvo casi todo el tiempo en silencio. Ella lo observó. “No importa lo que diga; no charlamos; sólo me siento junto a él.” Le recordaba a Brajesh Singh, que también hablaba poco. “Era esa misma sensación de tranquilidad, de paz, de serenidad interior.” Se dijo a sí misma, con pánico: “No te metas en esto… ¡Debo tener cuidado! ¡Debo tener cuidado!”.[11] Comenzó a sentirse impaciente por el día de su partida.

Cuando le informó a Olgivanna que se iría pronto, ella insistió en que se quedara por lo menos hasta las celebraciones de Pascua, y a Svetlana le pareció grosero rehusarse. Como era la tradición, se sentó con los arquitectos y sus esposas y pintó huevos de pascua. Se preguntó cuándo trabajaba esa gente. Cuándo trabajaba Wesley Peters. Siempre la estaba paseando. Incluso se preguntó: “¿Qué significaba todo eso, en realidad?” Sin embargo, retrasó su partida. [12]

En esos momentos cruciales, Svetlana siempre combatió su escepticismo y se dejó llevar por sus sentimientos. Lo llamaba someterse al destino, al río que la llevaba adelante. No pareció ocurrírsele que Olgivanna hubiera orquestado ese destino en especial. Quizás fuera ingenua o simplemente estuviera necesitada, o quizás Olgivanna era una manipuladora brillante y le había

tendido bien la trampa. Kamal Amin explicó que, desde el inicio, Olgivanna "envolvió a Svetlana en una capa de protección invisible e impenetrable".

Olgivanna había elegido a Wesley Peters para Svetlana. Era alto, guapo, carismático, tenía un pasado trágico y estaba totalmente bajo su control: el candidato perfecto. Todos en Taliesin disfrutaron ver el progreso del cortejo cada vez más "relámpago". El hecho de que Svetlana y Peters se sentían sexualmente atraídos uno por el otro era palpable para todos.

A Amin no se le ocurrió advertirle a Svetlana. La vio como una persona de necesidades en bruto. "Coexistía con una incertidumbre, una inconsistencia y una inseguridad persistentes sobre lo que le deparaba el futuro."[13] Como había leído sus libros, conocía su historia: la desgarradora pérdida de su madre ante el suicidio y los arrestos, encarcelamientos y asesinatos de sus parientes y amigos. Amin pensó que quizás Wes podría hacerla feliz, aunque lo dudaba.

Durante la segunda semana, Wesley Peters invitó a Svetlana a cenar a Trader Vic's, en Scottsdale. Entonces se sinceró y habló de la primera Svetlana, su amada esposa, y del trágico accidente automovilístico por el cual se sentía responsable. Aunque llevara 24 años viudo, hablaba como si el accidente acabara de ocurrir. Escuchó a Svetlana mientras hablaba de su infancia, de sus matrimonios fallidos, de la muerte de Brajesh Singh. Cuando el restaurante cerró, seguían hablando.

Svetlana dijo: "Me gustas mucho", y de pronto pareció que hablaban de quedarse juntos. Tal como lo recordaba Svetlana, Wes dijo: "Ah, me alegra mucho. Le voy a decir a la señora Wright".[14]

El 4 de abril, tan sólo tres semanas después de su llegada a Taliesin West, para sorpresa de muchos de sus amigos en Princeton, Svetlana y Wesley Peters se casaron. De hecho, lo que sus amigos no entendían era que ese hombre le haya sido irresistible precisamente porque le propuso matrimonio y no una relación casual. Ella esperaba enhebrar su vida con la de él.

Una broma se esparció por Taliesin. Se decía que Svetlana debería ponerle a su siguiente libro *Sólo tres semanas*.[15]

Invitaron a un puñado de personas a la boda al atardecer, que se llevó a cabo en la pequeña sala de Taliesin. Olgivanna le presentó triunfante a Svetlana a cada uno de los huéspedes: "¡Mi hija, Svetlana!" Svetlana de pronto estaba asustada, pero su preocupación era ser sólo un sustituto de otra mujer y que esperaran que se quedara en su sombra. ¿Cómo podría "jamás satisfacer el deseo de todos" de ocupar el lugar de la primera Svetlana?[16] Pero era demasiado tarde para dudar. No quería creer que nada en esa boda precipitada pudiera estar mal.

Sólo un invitado, Alan Schwartz, representó a la novia en la boda. Svetlana llamó a Schwartz a su oficina y le dijo:

> “Alan, ¿recuerdas cuando te conté de mi hermano y dijiste: ‘Si alguna vez me necesitas, ahí estaré’?” Yo dije: “Sí, lo recuerdo”. Ella dijo: “Necesito que vengas a Taliesin. Necesito que vengas mañana”. Yo pregunté: “¿Por qué?” Y ella dijo: “Sólo necesito que vengas. ¿Tienes una corbata rosa?” Así que dije: “Creo que tengo una corbata rosa”. Ella dijo: “Trae la corbata rosa”.[17]

Schwartz viajó a Taliesin sin la menor idea de por qué lo requerían tan desesperadamente. Un coche lo recibió en el aeropuerto y lo llevó a Taliesin. Svetlana estaba parada en la entrada del complejo, junto a un desconocido alto. “Alan, él es Wes”, dijo. Luego llevó a Schwartz a las habitaciones para invitados y le preguntó si quería un *gin-tonic*. “Mejor me tomo algo —contestó —, porque no sé qué hago aquí.” Ya estaba un poco suspicaz, pues notó que, aunque había entradas de teléfono, habían quitado todos los auriculares de su cuarto. Svetlana dijo: “Me caso en una hora”.

Esa noche hubo una gran fiesta con todos los arquitectos, estudiantes e invitados. Lo único que Alan Schwartz recordaba de verdad era la felicidad casi infantil de Svetlana. “Uno quedaba atrapado en su impulsividad. Te jalaba y te sentías indefenso.” También notó que Olgivanna Wright se aseguró de saber dónde estaba en todo momento.

Tenía programado volar de vuelta después de la boda, pero Olgivanna lo persuadió de cambiar su boleto para la tarde siguiente, para que pudiera asistir a la fiesta. Sabía que Schwartz era el abogado de Svetlana. A la mañana siguiente, llegó en su carrito de golf para darle un *tour* por la propiedad. “Me mostró dónde había pasado esto, dónde había pasado aquello. Quería darme buena impresión, pero deseaba asegurarse de que sólo viera y oyera lo que ella quería que viera y oyera.”

Kamal Amin recordaba: “El brillo del evento permaneció durante algún tiempo cuando los medios de comunicación internacionales atraparon la historia y pusieron a Taliesin en el centro de la intriga, uno de los lugares preferidos de Olgivanna”.[18]

Había una dimensión de la intriga de Olgivanna que sólo se descubriría después. Mientras ocurría la boda, a las 2:30 p.m. del 4 de abril, se expidió una escritura de renuncia en Dodgeville, Wisconsin. Wesley Peters había usado toda su herencia familiar para comprar a la fundación varias hectáreas llamadas Hillside, adyacentes a la propiedad original de Wright en Spring Green. Quitaron el nombre de Peters de la escritura de la propiedad de Hillside. El título quedó registrado a nombre de la Fundación Frank Lloyd Wright, con lo que se bloqueó cualquier derecho que Svetlana pudiera tener a la propiedad como la nueva esposa.[19]

La mañana después de la boda Svetlana se mudó a las habitaciones de Wes. Aunque era el arquitecto en jefe, sólo tenía un pequeño cuarto con un sofá-cama, una regadera y una terraza. La novia desayunó en el comedor comunal. Y descubrió que, ahora que ya no era una invitada, sino un miembro de la Sociedad, se esperaba que asistiera al té matutino y vespertino, y a las comidas

compartidas a mediodía y por la noche. Aunque protestó ante su nuevo esposo diciendo que preferiría un poco de privacidad, Wes había estado viviendo como soltero desde el fallecimiento de su primera esposa y no tenía la menor intención de cambiar sus costumbres. Trató de hacer entender a Svetlana que ahora eran una pareja pública. Grupos de turistas deambulaban por las salas de Taliesin, traían dinero, y algunos habían ido a ver a la hija de Stalin. Wes le dijo que debió haber esperado estar a la vista.

El día después de su boda ella se percató de que Wes no era tan "encantadoramente silencioso como el primer día" ni estaba tan "triste" como se lo había imaginado. Ahora sentía que lo contrariaba constantemente. Parecían encantarle las fiestas interminables y quería que ella estuviera ahí, aunque pensara que eran una pérdida de tiempo horrible. Ella no entendía que la fundación siempre estaba en una cacería desesperada de ingresos indispensables. Las fiestas eran como expediciones para pescar mecenas, todo un trabajo. Sin embargo, Svetlana tenía una voluntad igual a la de Wes. Estaba decidida a ser feliz y quedarse feliz. Tal como ella lo dijo: "Me lancé al camino de la domesticidad, y nada podía detenerme".[20]

El primer problema era que Wes fue un gastador compulsivo; ese impulso, como Olgivanna le había advertido dos días antes de su boda, llegaba a un nivel patológico. Aunque no tenía salario, Wes usaba sus numerosas tarjetas de crédito para comprarse coches nuevos, perros, regalos extravagantes para los aprendices, joyas y vestidos para las mujeres de Taliesin e incluso regalos para gente a la que apenas conocía. Se hallaba al borde de la bancarrota personal y su granja familiar estaba a punto de ser recobrada por el banco.

Poco tiempo después de casarse, Svetlana informó a sus abogados neoyorquinos que asumiría el control de su fideicomiso personal y exigió que transfirieran su dinero al despacho de abogados de su esposo, Lewis, Roca, Scoville, Beauchamp & Linton, en Phoenix. Le dijo a George Kennan: "Mi independencia financiera se ha vuelto muy importante para mí… Por favor, no te preocupes por mí, cuento con Wes, con su amor y su protección".[21] Planeaba pagarles a los acreedores de Wes. Sería su regalo de bodas, y de cualquier manera, eso era lo que hubiera hecho una esposa estadounidense. En retrospectiva, explicó: "Estaba tratando de sanar todas las viejas heridas de mi esposo".[22] Parecía creer que una vez que su amor lo "sanara", Wes quedaría curado de su adicción al dinero.

A pesar de los valientes esfuerzos de sus abogados por disuadirla, Svetlana se mantuvo firme; al parecer no retrocedió cuando ella y Wes fueron al banco y descubrió que las deudas de él llegaban a medio millón de dólares.

La gente de Taliesin nunca salía de vacaciones, aparte de sus travesías semestrales a través del país, cuando se mudaban de su residencia de invierno en Arizona a su residencia de verano en Wisconsin. De todos modos, Svetlana y Wes lograron tener unas vacaciones de cuatro días en

San Francisco, quedándose con la hermana de Wes, Marge, y su esposo, Sam Hayakawa. A partir de las conversaciones familiares, Svetlana comprendió que la extravagancia de Wes había sido un problema desde su juventud. Mientras estaban en San Francisco, Wes pasó cada instante libre de compras en la ciudad: compró arte, tapetes, joyería. Svetlana sólo lo vio como parte de su amor por los objetos hermosos. Wes le compró a Svetlana vestidos de brocado de plata y oro. Le divirtió modelárselos. Recordaba con nostalgia: "Disfruté inmensamente verlo elegir ropa para mí… ¡Nadie había hecho eso para mí en toda mi vida!"[23]

En Taliesin, Svetlana parecía conforme con disfrutar su nuevo estatus. Parada junto a su atractivo hombre, le emocionaba que se dirigieran a ella como la señora Peters. Sin embargo, al parecer no era la esposa dócil que fingía ser. En una de las cenas elegantes en la que debía fungir de anfitriona, se volvió furiosa contra Wes. No está claro qué causó la pelea: al pagar sus deudas, quizás descubrió que seguía comprando regalos extravagantes a las esposas de los aprendices. Para el pasmo de los invitados reunidos, Svetlana le dio una bofetada a Wes.[24] Apenas llevaban un mes de casados.

Tan sólo había sido una riña. En junio le escribió a su amigo Jamie (Donald Jameson), que seguía manejando su caso en la CIA: "Qué bendición para mí haber conocido a ese hombre".[25] Jamie obviamente era un conducto de información sobre sus hijos. Le preguntó: "Si de casualidad escuchas algo de mis hijos de una fuente más confiable que los reporteros soviéticos, por favor házmelo saber. Les mandé tarjetas de 'Feliz cumpleaños' en mayo, como de costumbre, pero no he oído nada de ellos desde diciembre de 1968".

Decidida a convencer a Jamie, y quizás a sí misma, de que tenía el matrimonio perfecto, terminó su carta: "Puedo decirte lo feliz que estoy de tener un hijo de 28 años, Brandoch Peters, que es un joven encantador. Está administrando la granja de su padre en Spring Green, Wisconsin, aunque es músico de profesión. Tengo demasiada suerte en verdad… Los mejores deseos de parte de Wes.[26]

Tras su entusiasmo por su nuevo hijastro yacía su perenne ansiedad por sus propios hijos. Siempre estaba buscando rutas seguras de información sobre ellos. Cuando oyó que el joven arquitecto Kamal Amin iría de visita a su nativo Egipto, le pidió que le escribiera a su amigo el embajador egipcio en Moscú, el doctor Murad Ghaleb. El doctor Ghaleb no contestó, pero por casualidad Amin se lo encontró en el elevador del Hotel Sheraton en El Cairo y de inmediato se lanzó al tema de los hijos de Svetlana; le pidió su ayuda para conseguir un poco de información sobre ellos. El embajador le dio la espalda y salió del ascensor sin decir una palabra. Había miedo en sus ojos.[27] La KGB no había olvidado a Svetlana. Tenía muchas razones para estar buscando seguridad.

# 25

# El cortesano de la montenegrina

Cada verano, los arquitectos y sus aprendices hacían la larga travesía en coche de vuelta a Taliesin East en Spring Green, Wisconsin. Svetlana y Wes zarparon en su Cadillac. Por fin lo tenía para ella sola, y no tardó en sentir que el Wes cariñoso había vuelto. Mientras pasaban por el Gran Cañón, el Valle de los Monumentos, Mesa Verde, Colorado Springs y las planicies de Kansas y entraban a los hermosos campos verdes de Wisconsin, Wes le cantó canciones graciosas, le recitó poemas jocosos y le contó relatos fascinantes de la historia de los lugares que veían. Parecía querer que conociera su Estados Unidos. A pesar de las constantes llamadas de negocios desde y hacia hoteles y en las cabinas telefónicas en el camino, esa trayectoria se convertiría en un recuerdo preciado. Svetlana creyó que Wes sería suyo mientras pudiera alejarlo de la Sociedad.

Cuando llegaron a Spring Green, Svetlana descubrió que las habitaciones de Wes en Taliesin East consistían en dos cuartos, con una cocina y un baño junto a su oficina, definitivamente una mejora; pero las mismas hordas de turistas vagaban por las salas. Se estaba instalando cuando recibió noticias de sus abogados en Greenbaum, Wolff & Ernst en Nueva York de que los administradores del Fideicomiso de Beneficencia Allilúieva habían recibido una carta de la Fundación Frank Lloyd Wright en la que solicitaban una donación anual de 30 000 dólares.

Los administradores habían contestado que era completamente imposible realizar una donación de esa cantidad porque el fideicomiso era pequeño, con un ingreso anual mucho menor a 30 000 dólares y que el dinero ya estaba dedicado a financiar al Hospital de la Fundación Brajesh Singh en la India. Le tomó un tiempo a Svetlana procesar eso. Recordaba que Olgivanna había dado a entender que, ya casada, podía entregar sus bienes personales a la Fundación Frank Lloyd Wright, donde viviría y estaría bien proveída.[1] Svetlana volcó su furia contra Wes. Estaba pagando sus cuentas, no las de la Fundación F. L. W. Él comentó con un suspiro: “Querida, haz tu mejor esfuerzo por mantener una buena amistad con la señora Wright. Porque si no lo haces, vamos a tener una tragedia”. Ella seguía disfrutando la felicidad de su viaje juntos, así que decidió que ese asunto de dinero era un malentendido. También descartó la advertencia

de Wes.[2]

Cortesía de John Amarantides.

John Amarantides, arquitecto y estudiante de Frank Lloyd Wright, tomó esta cándida foto de Wesley y Svetlana en Taliesin, en 1970.

Lo mejor eran sus visitas con Wes a su granja, que llamaba Aldebarán. Era en una casa a la antigua, con construcciones anexas y bastantes hectáreas de bosques y campos bucólicos. Su hijo superviviente, Brandoch, la cuidaba. Aunque llegó a tocar como chelista con la Sinfónica de Múnich, Brandoch había renunciado a la música. Ahora le confesaba a su madrastra que soñaba con tener una granja de ganado. A Svetlana se le ocurrió un nuevo plan. Pagaría los gravámenes de la granja de Wes y financiaría una empresa agrícola conjunta. A “sus dos hombres”, como le gustaba llamarlos, pareció emocionarles la idea. En privado, pensaba que podía librarse de Taliesin. Por lo menos en el verano, Wes podía trabajar en Taliesin y vivir en la granja.

No tardó en ser momento de regresar a Taliesin West, en Arizona, pero en septiembre Svetlana tenía noticias sorprendentes para Wes. Mientras caminaba por los campos de su nueva

propiedad, comenzó a sentirse joven y vital, con una sensación de bienestar que había experimentado 20 años atrás. Cuando visitó al doctor, le confirmó que estaba embarazada.

Svetlana estaba entusiasmada. A su edad, 44 años, aquel era un gran regalo. El niño sería la compensación del destino por sus hijos rusos a los que había abandonado. Cuando se lo dijo a Wes, él definitivamente se sorprendió, pero pareció alegrarse. Sin embargo, cuando éste le reportó la noticia a Olgivanna, ella enfureció: no había lugar para niños en Taliesin: desviaban la "energía del trabajo". Durante los últimos años de Wright, las mujeres con bebés habían sido exiliadas a una tienda de acampar en el extremo más alejado del complejo de Arizona, y los solicitantes con niños eran rechazados. Svetlana tenía que deshacerse del niño. "Las mujeres de la edad de Svetlana no dan a luz en Estados Unidos", le dijo Olgivanna a Wes. ¿Cómo había sido tan descuidada?[3]

A Wes le tomó un poco de tiempo hacer acopio de valor para confrontar a Svetlana, pero por fin le preguntó: "¿No vas a hacer nada al respecto?" Ella sintió a Olgivanna detrás de la pregunta de Wes y contestó enojada: "¿Por qué esa dictadora siempre interfiere con las vidas humanas? Bueno, claro, porque ésa es la naturaleza de todos los dictadores".[4] Sus palabras tarde o temprano llegaron a Olgivanna.

Cuando por fin llevaron a cabo la travesía otoñal de vuelta a Arizona, Svetlana recordó por qué amaba a Wes. Lejos de la Sociedad, seguía siendo cálido y parlanchín. Era menos temerario al volante. Creyó que estaba pensando en su hijo. Ahora tenía la certeza de que el problema era que Wes actuaba como esclavo de Olgivanna, y muchos estaban de acuerdo con esa percepción. Edgar Tafel, que había trabajado en Taliesin, comentó: "Wes Peters se acerca a los 60 años de edad y no puede tener sentimientos propios sin consultar a sus superiores".[5] A "Svetlana le impresionaba pensar que su esposo, grande e imponente, le tuviera miedo a esa pequeña viejecilla con cara de pergamino arrugado".[6]

Ella y Wes decidieron que debían remodelar su pequeño departamento para hacerle lugar al bebé. Svetlana tenía la esperanza de una cocina y un baño, pero él concluyó que no eran necesarios: arruinarían el diseño. Mientras peleaban constantemente por las remodelaciones y él descartaba sus sugerencias, le sorprendió lo terco que podía ser. Al final de los tres meses de trabajo de los asistentes, le presentaron una factura por 30 000 dólares, la cantidad exacta que la fundación le había solicitado a su fideicomiso de beneficencia.[7]

Svetlana no podía imaginar tener a su bebé en Taliesin, y aceptó agradecida una invitación de la hermana de Wes, Marge Hayakawa, y su esposo, Sam, para ir a California a parir. Wes la llevó a Mill Valley y luego se fue a Irán, donde estaba trabajando en un proyecto de seis millones de dólares, el Palacio de Perla (Palacio Moravid) para la princesa Shams, la hija del shah. Para recordarle que estaba con ella aunque estuviera lejos, acordó con la florista local que le mandara

flores diariamente, con cartas que dejó ahí: “Te estoy extrañando”.[8] Esas 50 tarjetitas hechas a mano estaban entre las cosas que siempre rescató Svetlana. Para alguien externo, son inquietantemente reminiscentes de las notas que le enviaba su padre cuando era niña, en las que le declaraba su cariño *in absentia*. La habían entrenado para alimentar su añoranza con tan poco, y cuando se enfrentaba a la evidencia contraria, siempre trataba de forzar su versión de la realidad. Pero su fantasía doméstica tenía poco sentido para Wes.

Svetlana dio a luz a una niña hermosa y sana, Olga Margedant Peters, el 21 de mayo de 1971. Había elegido nombrar a su hija en honor de su abuela Olga, aunque Wes probablemente estuviera encantado de poder congraciarse con Olgivanna. Su nuevo concuño, Sam Hayakawa, la llevó al hospital. Wes se apareció unos días después, con un equipo de televisión local para filmar a la madre y a la hija. Le encantaba la publicidad. Svetlana pensó que el interés público en el nacimiento de la nieta de Stalin había sido brutalmente invasivo. Él no era el que recibía las cartas que decían: “¡Qué horrible a tu edad!” y “Estados Unidos no necesita herederas de Stalin”, aunque en realidad la mayoría de las cartas fueran cálidas y de felicitación.[9]

De sus largas conversaciones con Marge Hayakawa, Svetlana logró entender que la devoción de Wes por Taliesin era absoluta. “Ha invertido demasiado de sí mismo ahí”, le dijo Marge. Svetlana concluyó con tristeza: “Me correspondía a mí ceder, ajustarme a sus costumbres, alterar toda mi naturaleza si era necesario, para seguir tras él”.[10] Voló de vuelta a Wisconsin con su nuevo bebé.

Wes parecía contento con su nueva familia. Dijo que siempre había querido una hija. Ella atesoraría las hermosas palabras que expresó cuando visitaron a unos amigos en Wisconsin con la bebé Olga: “Me has devuelto a la vida. Estuve muerto todos estos años”. Estaba sorprendida. “Era más de lo que esperaba oír de nadie.” [11]

Svetlana aún albergaba esperanzas por la granja de ganado en Aldebarán. Aunque la manada de ganado Holstein que le compró a Brandoch había muerto en el invierno, envió dinero para adquirir otra; la segunda costó 92 000 dólares.[12] Cuando estaba sentada con su bebé en el porche mientras sus hombres inspeccionaban la granja, tuvo un momento de dicha:

Cortesía de Ann Zane Shanks.

Svetlana y Olga fotografiadas en 1971 en Arizona.

> No podía olvidar esa hora feliz hace cuatro años, en el verano de 1971, cuando Wesley y yo teníamos una pequeña granja cerca de aquí. Olga acababa de nacer hacía tres meses y yo estaba atendiendo la carreola mientras me sentaba en el porche de madera de la pequeña granja que teníamos. Había un gran lebrel irlandés tirado apaciblemente a mis pies… Podía ver, en la vereda cerca del portón, a Wesley y a su hijo mayor con las manos en los bolsillos, caminando lentamente a casa mientras discutían asuntos de la granja. La mecedora se balanceaba, Olga estaba dormida y pensé: ¡Alto! Detén este momento para siempre. Tengo una familia, un hogar en mi nuevo país y, de ahora en adelante, mi vida será así: armoniosa, segura y llena de la luz de la tarde.[13]

Lo sorprendente es que eso fue todo lo que tuvo de la vida doméstica en su granja: una hora.

Cuando Wes y su hijo volvieron al porche, Brandoch dejó muy claro que si albergaba la idea de mudarse, no era bienvenida. Dijo que necesitaba privacidad para sí mismo y para su novia, que iba a visitarlo con frecuencia. Wes coincidió con su hijo y le dijo a Svetlana que no quería que se “entrometiera” en el negocio y que la necesitaba en el departamento de Taliesin. Ella estaba sorprendida y dolida. De pronto entendió que Brandoch nunca se había considerado su

hijo; ella sólo era su banquera. No había calidez; nunca habían sido una familia. Pero todavía no estaba lista para rendirse con Wes. Lanzada en su "camino a la domesticidad" tenía que seguir luchando.

Se confesó con Annelise Kennan.

> Siento que soy egoísta, egocéntrica, y que no tengo experiencia en absoluto de la vida de casada. Pasé casi toda mi vida sola, divorciada y con mis hijos. No sé *cómo* ser una buena esposa de la manera más usual y normal. Y eso es lo que más necesita Wes… Hay algo dentro de mí que me priva de la posibilidad de ser una esposa realmente buena… *Tengo* que encontrar maneras de superar eso… Muy tarde, ¿no? Por favor, no te rías de mí. Por favor, ayúdame. Sabes, tú *eres* tan perfecta en este difícil ámbito del conocimiento… Annelise, simplemente *no puedo* romper esta familia. *Tengo* que salvarla… Pero no sé *cómo* construir mi hogar, cómo crear; por favor, dime: ¿cómo?[14]

Ver el corazón de una relación, entender la transgresión de una personalidad en otra es virtualmente imposible. Sin duda, Wesley Peters a veces debió de haber sentido que había invitado a un tornado a su segura existencia de soltero, pero había convertido a Svetlana en una de las piezas de colección de Taliesin por voluntad propia. Como admitió a su pesar su aprendiz Aris Georges, quien admiraba profundamente a Wesley Peters y a Svetlana, Wes y Olgivanna manipularon juntos a Svetlana, aunque declaró que Wes no era libre de sentimientos de culpa.[15]

Sin embargo, es difícil exonerar a Wesley Peters. Su uso despreocupado del dinero de Svetlana era inmoral. En retrospectiva, en sus momentos más amargos y reveladores, Svetlana pudo ver que la habían usado. "Se casó conmigo por mi nombre; si fuera Nina o Mary nunca habría volteado a verme. Pero el atractivo principal fue el dinero."[16] El mítico oro suizo de Stalin, su larga sombra, la había envuelto. Todo era muy triste. Era aún más triste que Svetlana estuviera hecha a la medida de sus necesidades. Tenía en la cabeza un molde idealizado del hombre que le ofrecería seguridad y serenidad permanentes, y que la necesitaría. Por el momento, aún no estaba lista para rendirse, pero Wesley Peters nunca fue el hombre para la vida doméstica que imaginaba.

De vuelta en la fundación, Kamal Amin vio crecer la animosidad entre Olgivanna y Svetlana, pero le echó mucha de la culpa a la última. "El residuo del resentimiento [entre ellas] se exageró por la naturaleza taciturna de Svetlana… Su conducta suave y dulce camuflaba 40 años de enojo contenido y acumulado durante su vida en la Unión Soviética."[17] Pero uno también podría preguntar cómo había contenido su enojo tanto tiempo.

La gota que derramó el vaso, justo antes de la travesía de vuelta a Arizona, fue cuando Olgivanna la convocó a sus habitaciones privadas para hablar. Olgivanna le dejaba claro que la guerra entre ellas era culpa de Svetlana.

Cuando le preguntó qué le desagradaba tanto de Taliesin, Svetlana no pudo decir “todo”, así que dijo que sólo quería estar en paz. Le aseguró a Olgivanna que todo estaría bien. De pronto Olgivanna jaló a Svetlana hacia sí y la miró a los ojos profundamente. Svetlana estaba paralizada.

> Comenzó a respirar lenta y profundamente, todavía mirándome. Perdí toda volición y me quedé ahí inmóvil; el miedo entró en mí como una onda fría, pero no podía moverme. Después de unos momentos de tensión me desplomé llorando, todavía con sus manos en las mías. Y entonces hice algo que nunca habría hecho por voluntad propia: besé esas manos suyas varias veces. Sólo entonces me soltó. Estaba complacida. “Nadie olvida nunca estos momentos”, dijo lentamente.

Svetlana corrió hacia Wes, todavía temblando y sollozando, y le dijo que la señora Wright había tratado de hipnotizarla. Nunca más iría a ver a esa mujer. Tal como recordaba la escena, Wes, con una indiferencia helada, la llamó histérica y la sermoneó.

> La señora Wright te quiere, pero eres incapaz de responderle de la misma forma… No entiendes este lugar en lo absoluto. Es un privilegio vivir en Taliesin; el mejor modo de vida imaginable. Pensé que te daba esta oportunidad con nuestro matrimonio. Si no aprecias esto, no sé cuál sea nuestro futuro. No puedes quedarte en nuestra granja porque quiero que mi esposa esté donde yo estoy. Tienes que encontrar la manera de acoplarte.[18]

La petulancia de su reacción, tal como la reportó Svetlana, probablemente con precisión, es impresionante, si tomamos en cuenta que él y Olgivanna le habían tendido la trampa.

Svetlana ahora veía a Taliesin como un eco inquietante y siniestro de algo que conocía demasiado bien. Olgivanna era igual a su padre. Sus ojos cafés tenían “el brillo amarillo de gato salvaje” que solían tener los ojos de Stalin, que decía: “Aquí está el jefe”. Te miraba profundamente a los ojos, hurgando para encontrar lo que estuvieras intentando esconder; su padre “también tenía una manera de mirar así”. En la cena, Olgivanna controlaba la mesa y todos tenían cuidado de anticipar sus reacciones, igual que en la mesa de Stalin. Al igual que Stalin, Olgivanna reescribió la historia para corregir cualquier cosa que cuestionara su papel, y sostenía que el genio de Frank Lloyd Wright sólo había florecido después de conocerla, aunque para entonces él tuviera 60 años y ya fuera mundialmente famoso. ¿Cómo había hecho Svetlana para aterrizar en un lugar de Estados Unidos que hacía eco del mundo opresivo de su padre, con su “culto a la personalidad”?[19]

Svetlana le escribió a George Kennan que Taliesin estaba “gobernado, suprimido, dominado y adoctrinado de la manera más eslava (montenegrina) y dictatorial por la vieja (de 69 años) que es una buena política, que tiene un sentido común muy agudo y un deseo tremendo de GOBERNAR”.

Había dejado la dictadura y la falsa ideología en su país y ahora, en este "país más democrático y libre del mundo", había aterrizado "en un pequeño Reino Montenegrino", con "una corte y cortesanos devotos, igual que en la residencia de Kuntsevo de mi padre".[20]

Svetlana tomó una decisión. No se doblegaría ante ese yugo psicológico ni dejaría que su hija, Olga, quedara atada de esa forma. Le horrorizaba pensar que tendría que irse.

Esta vez, cuando la caravana de Taliesin se dirigió a Arizona, en lugar de hacer su precioso recorrido por el país, ella, Wes y Olga volaron. Cuando Wes regresó a trabajar a Irán, ella se quedó por su cuenta. Ahora mantenía una guerra abierta contra Olgivanna. Kamal Amin recordaba una cena particularmente brutal. Él, Olgivanna, su hija Iovanna y Svetlana se sentaron a la mesa. Svetlana comenzó a quejarse, ligeramente histérica, del horario de trabajo de Wes. "Trabaja demasiado duro todo el tiempo; se va a morir." Olgivanna contestó con los dientes rígidos y un tono de acero: "Tú también".[21]

Svetlana había tenido suficiente. Cuando los amigos de Wes, Don y Virginia Lovness, llegaron de visita, esta última declaró que Svetlana les pidió que se la llevaran a ella y a Olga con ellos. Aparentemente le dijo a Virginia: "Alguien trató de quemar Taliesin antes y no hizo un buen trabajo. Pero yo lo voy a quemar y voy hacer un buen trabajo".[22] Creyendo que en serio Svetlana podría prenderle fuego a Taliesin, Virginia le advirtió a Olgivanna, quien contrató a un guardia privado para proteger la propiedad. Svetlana se retiró a su cuarto con Olga. Cuando Wes regresó, le pidió que les llevara la comida a su habitación.

Según Kamal Amin, Olgivanna "tenía la inusual capacidad de diseñar e implementar conflictos, luego retirarse astutamente a una postura solitaria y asumir el papel de víctima… En el proceso reunía a su alrededor al pequeño grupo de seguidores, que a su vez trataba de ampliar el círculo, diseminando la línea del partido".[23] La línea del partido consistía en que Svetlana era beneficiaria de la generosidad caritativa de la Fundación Frank Lloyd Wright. Olgivanna le había facilitado el matrimonio con un hombre maravilloso. Taliesin era un lugar en el que podía nutrir sus capacidades creativas, cosa que no había hecho antes. Svetlana era "terca e ingrata"

Aquella Navidad, Olgivanna ensayó un último gesto de reconciliación, a todas luces para asegurar su propia exoneración. Acudió descalza a Svetlana y le ofreció aretes de diamantes. Ésta los aventó y dijo: "¡No puedes comprar mi amistad!" Cuando la hija de Olgivanna, Iovanna, la oyó decir aquello, gritó: "¡La voy a matar! La voy a matar".[24] Habían llegado al límite, y Wes por fin accedió a mudarse de Taliesin. Pero entonces Svetlana comenzó a preocuparse por el dinero. La granja de Aldebarán estaba resultando un pozo sin fondo. Desde el primer desembolso, había gastado medio millón de dólares adicionales en reparaciones y compra de tierras, un total de unos dos tercios de su anticipo inicial de millón y medio de dólares.[25]

Cuando Svetlana le escribió a George Kennan para pedirle consejo, él inmediatamente acudió

a su hija, Joan. El esposo de ésta, Walter Pozen, trabajaba en la oficina de Washington del prestigioso despacho de abogados Stroock & Stroock & Lavan. Durante meses, Joan había estado recibiendo regalos extraños e inesperados por correo de parte de Svetlana y de Wes: joyería indígena de turquesa, perfumes caros y, una vez, cuatro exquisitos vestidos de noche en un solo envío.[26] Los regalos la perturbaron, y se preocupó por Svetlana.

Pozen comenzó a revisar las finanzas de Svetlana. El abogado que representaba al Valley National Bank indicó que la institución financiera estaba extremadamente angustiada por la cuenta de Svetlana y por los interminables préstamos que se hacían a su nombre. Pozen comenzó a sentir que "algo horrible" estaba pasando. Mandó a uno de sus socios, un abogado estatal, a Spring Green, primero a Taliesin y luego al banco. Los dos estaban impresionados. "¿Cómo podía haber hecho eso? Sólo asumía deudas, se arrogaba todas las deudas personales de Wes Peters, y había mucho, mucho más." Pozen concluyó que su esposo y su hijastro casi la habían aniquilado.[27]

La estancia de Svetlana en Taliesin había durado poco menos de dos años. Unos días después de la Navidad de 1972 se mudó con su bebé Olga. Había encontrado una casa de dos habitaciones con una pequeña terraza y una chimenea, completamente amueblada, a unos 15 minutos de camino. Firmó la escritura a nombre del señor y la señora Peters, con la esperanza de que Wesley la siguiera. Una joven residente local, Pamela Stefansson, que había sido niñera para Svetlana en Taliesin y que estaba dedicada a Olga, se mudó con ellas. Svetlana se sintió agradecida con la muchacha.

Svetlana había logrado establecer una amistad muy estrecha en Spring Green con una mujer de nombre Elizabeth Coyne. Ésta había tenido un hijo a los 45 años de edad y sabía con lo que estaba lidiando Svetlana como madre madura. Svetlana hizo un último gesto de rebeldía antes de irse de Taliesin. Había un piano en Taliesin que nadie parecía usar. Como supuestamente nada le pertenecía a ningún miembro individual, Svetlana se hizo la inocente. El piano era propiedad pública. Le preguntó a Coyne si quería un piano. Los mudanceros se presentaron en Taliesin, cargaron el piano y se lo llevaron. Cuando Herb Fritz, el verdadero dueño del piano, apareció, el piano ya no estaba.[28]

A finales de febrero la Fundación Frank Lloyd Wright publicó la declaración de que Wesley Peters pedía el divorcio. Los reporteros cayeron sobre Svetlana. A sus preguntas ella contestó que no quería divorciarse, que simplemente no podía vivir en Taliesin. "Yo creo en la propiedad privada. Ellos viven una vida comunal en la fundación. Comparten sus ingresos, su comida, su vida. Todos trabajan, incluidos los niños [es de suponer que se refería a los dos hijos adolescentes de Iovanna]. Por eso me fui de Rusia."[29] El *Danville Register* y el *New York Times* publicaron en su titular: "LA HIJA DE STALIN ABANDONA A SU ESPOSO".

En el *Danville Register*, Wes replicó: “Me temo que su mente ha sido condicionada por años de entrenamiento comunista hasta el punto en que rechaza la vida altamente individualizada. Mira [Taliesin] con los ojos de alguien condicionada para rechazar los principios reales de la democracia”. Añadió que Svetlana “vino aquí y estaba ansiosa por casarse conmigo demasiado rápido”.[30]

En un segundo artículo en el *New York Times*, titulado “LA HIJA DE STALIN DEBATE CON SU ESPOSO POR LA SEPARACIÓN”, Wesley mostró un poco más de gracia, pues dijo: “Lo último que quiero es decir algo en contra de Svetlana. La quiero mucho”, y “Fue un error de mi parte permitir que se casara con una persona como yo”. Su separación fue “una de las grandes tragedias de mi vida”.[31] Sostuvo que Taliesin era “la quintaesencia de la democracia. Frank Lloyd Wright enseñaba un nivel más alto de individualidad que cualquier persona que conozca… Claro que hay un líder”.

Puesta justo al lado de este segundo artículo, el *Times* publicó una nota titulada “Custodia de una tradición: Olgivanna Lloyd Wright”, en la que Olgivanna citaba: “Nuestra vida en Taliesin está basada en el principio democrático: se trata a la gente joven según su mérito. Con los pocos antecedentes de ricos o aristocráticos tenemos más dificultades”. A los extranjeros con títulos, explicó Olgivanna, les costaba trabajo “someterse a las órdenes de gente con antecedentes mucho más modestos que los suyos”. Entonces el *Times* identificó a Svetlana como alguien que había crecido, “de hecho, como princesa soviética, hija de Stalin”. Aniquilaron a Svetlana.

Cuando la hija de Olgivanna, Iovanna, fue entrevistada mucho después, declaró: “Nadie la rechazó nunca. Fue ella la que nos rechazaba y era muy suspicaz”. Y luego añadió gratuitamente que el libro de Svetlana “era fruto de un escritor fantasma en el gobierno. Era la hija de un asesino”.[32]

Walter Pozen trató de hacerle comprender su situación financiera a Svetlana, pero se desesperó pues llegó a la conclusión de que ella no tenía idea de lo que era el dinero. Como parte de la élite soviética, no había tenido que entenderlo. Cuando por fin tuvo dinero, lo regalaba. Según Edmund Wilson, seguía enviándole 300 dólares al mes a Nina, la viuda del traductor Paul Chavchavadze, quien había muerto hacía poco y a quien le tuvo tanto afecto.[33] Joan Kennan diría: “Me parecía que la riqueza de *Rusia, mi padre y yo* nunca había sido real para ella, sino tan sólo una vuelta más de la rueda de la Fortuna. La aldea en la India, el hijo de Wesley con problemas en la granja, todos esos animales, los regalos caros a sus amigos”.[34]

Pozen estaba seguro de que tenía que haber alguna manera de arreglar las cosas. Si Wes y su hijo se habían llevado todo su dinero, debían devolvérselo. En realidad, la granja le pertenecía a Svetlana, o por lo menos tenía un derecho legal sobre ella. Pozen por fin encontró una solución: un amigo de Brandoch dispuesto a prestarle el dinero para comprar los derechos de Svetlana en

la granja. Eso por lo menos dejaría a Svetlana con un poco de dinero, que, si se invertía correctamente, le proporcionaría un ingreso.

Le tomó a Pozen unos 10 meses negociar el acuerdo. Hubo muchos abogados involucrados. Svetlana llamaba a Pozen constantemente a Washington, hasta el punto en que temía que le dijeran que la señora Peters estaba en la línea. Ella decía: "Walter, no sé…" Por fin hubo un acuerdo entre Wes y Svetlana listo para firmarse al día siguiente. Pozen estaba cenando con Joan cuando sonó el teléfono. Era Svetlana. Pozen recordaba sus palabras: "Ay, Walter querido, ¿crees que estemos haciendo lo correcto? Y esto y lo otro, y no necesito el dinero, y así y asá, y le daré esto y le daré…" Pozen siempre se arrepentiría de su exasperada respuesta. Le dijo: "Svetlana, no puedes comprar de vuelta a este hombre". Ella colgó.[35] No se firmó el acuerdo.

Aunque su comentario sobre comprar a Wes había sido grosero, le asombró que Svetlana pudiera tirar a la basura 10 meses de esfuerzo en un ataque de rabia cuando podría haber tenido el dinero que la liberara. Pero Svetlana no veía las cosas así. Se quejó con Joan Kennan de que todo de lo que hablaban los estadounidenses era de dinero. Al terminar su matrimonio, "no quería conflictos ni odios ni reclamaciones".[36]

Cuando Joan contestó con una carta reconfortante, Svetlana le escribió otra vez para explicarle por qué había cambiado de opinión en el último momento. Sabía que Walter había actuado con sabiduría y que quizás sí habrían "ganado el juego". "Ya estábamos a cinco minutos de ahí." Pero insistió: "Tengo que salvar toda la amistad y la paz posibles con Wes, por Olga… No puedo pelearme con él". La mañana del cumpleaños de Olga le dijo a Joan que había asistido al servicio en la iglesia ortodoxa griega, en Phoenix. "Lloré por él, por mí, por nuestra pequeña hija, y gradualmente sentí que todo mi odio —o lo que quiera que fuera— se iba… Perdí el juego, en cierto modo. Pero desde el otro punto de vista también gané algo. Un día Wes lo va a reconocer, aunque no sea capaz de hacerlo ahora."[37]

Cuando por fin firmó un acuerdo con Wes, en julio, Svetlana renunció a todos sus derechos en la granja y no exigió ingresos ni pensión alimenticia. ¿Qué caso tenía? Nadie en Taliesin, ni siquiera el arquitecto en jefe, Wesley Peters, recibía un salario personal. Todos los importes de los proyectos iban directamente a la Fundación Frank Lloyd Wright, que pagaba los gastos de los arquitectos. Olgivanna aseguraba que estaban bien compensados con alojamiento, un coche y beneficios de salud, y de cualquier manera la supervivencia de Taliesin estaba en primer lugar. Nadie se quejaba. Exigir una pensión a Wes sólo habría implicado una acritud constante. Cuando Wes por fin pidió el divorcio, un año después, Svetlana no se presentó en la Corte. Dijo que todavía tenía dinero en inversiones que le darían un ingreso cómodo. De hecho, según Walter Pozen, quizás había salvado entre 200 000 y 300 000 dólares en inversiones protegidas, aunque Pozen creía que probablemente fuera menos y no generaría suficiente dinero para vivir de él.

Svetlana decidió que su única opción era volver al terreno familiar de Princeton. Mientras cargaban sus pertenencias en el camión de mudanzas y veía el letrero: “En venta” en su casa, ocupada tres meses, sólo sintió una fría devastación. Wes había acordado volar con ella y Olga a Filadelfia. En el vuelo apenas hablaron. ¿Qué había que decir? Cuando llegó su taxi para Princeton, Wes besó a Svetlana y se fue. Se sintió como una derrota, pero, irónicamente, de toda la debacle había salido el mayor regalo: su hija. Sin Olga, quizás Svetlana no habría sobrevivido.

# 26

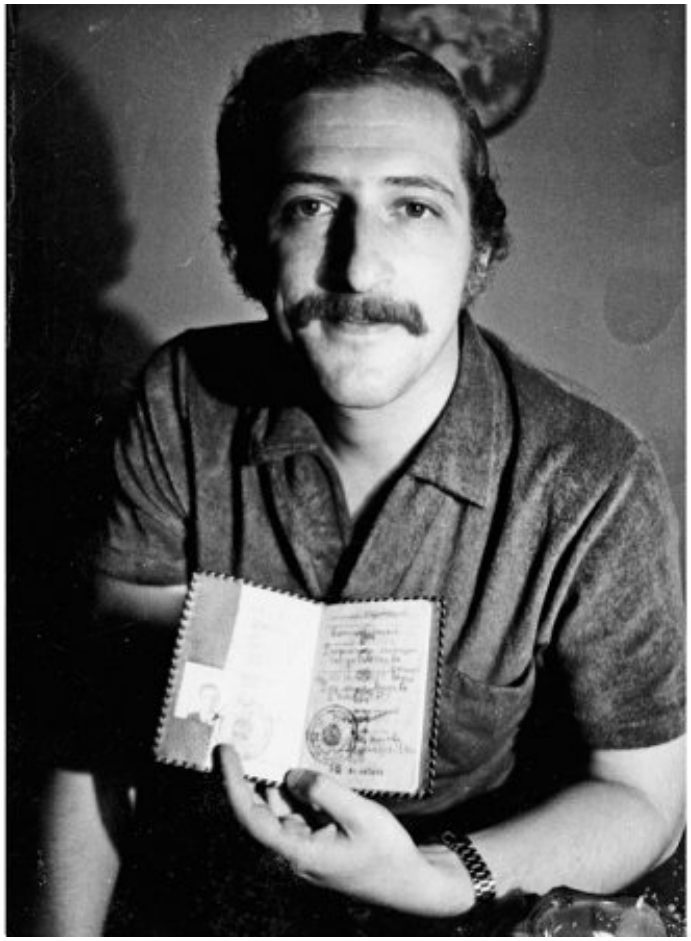
## La hija de Stalin cortando el pasto

Cuando Svetlana y Olga llegaron a Princeton a principios de agosto de 1972, los Kennan, que estaban en Europa, les prestaron su casa hasta que llegaran sus muebles de Wisconsin y pudieran mudarse de vuelta a la Calle Wilson 50. El primer vistazo de su antigua casa fue decepcionante. Los inquilinos anteriores habían pintado la casa blanca de rojo y añadido un porche con mosquitero y un garaje para dos autos que cortaba la preciosa terraza y el patio trasero, arruinándolos. Pero ésa era la casa en la que había conocido la comodidad y la seguridad, y las quería de vuelta. Aún tenía dudas: ¿había dejado a Wes demasiado pronto? Le escribió a Annelise Kennan que seguía enamorada de él. “Sólo ahora puedo ver el tamaño de mi infelicidad.”[1] Wes seguía prometiendo visitarla. Siempre era amistoso por teléfono.

Svetlana ahora era una madre soltera de 46 años criando una bebé. Ésas eran las cartas que había revelado en su última apuesta, y estaba decidida a sacar lo mejor de ellas. En general, fingía alegría. Le dijo a Annelise: “Somos bastante felices en nuestra Calle Wilson”.[2]

Para el segundo cumpleaños de Olga, Wes envió flores y juguetes magníficos, pero para el asombro de Svetlana, él no se apareció. Le escribió a George Kennan:

> Toda mi vida me acostumbré a idealizar y a romantizar al hombre que amara, y siempre me tomó un tiempo largo y doloroso ser capaz de ver a un hombre tal como es en realidad; sólo entonces encontraba alivio. Aunque Wes nos demostró que no le importamos mucho, y de cierta forma no fue amable conmigo ni siquiera cuando vivíamos juntos, aún no puedo librarme de los buenos recuerdos que tengo de él.[3]



Copyright © George Krimsky, Libros Raros y Colecciones Especiales, Biblioteca de la Universidad de Princeton, Papeles de George F. Kennan (MC076).

Iósif, el hijo al que abandonó Svetlana, posa con su pasaporte en 1975, en esta fotografía que George Kennan recibió de un periodista estadounidense anónimo.

Ahora le decía a Kennan: “La única meta de mi vida es criar a esta niña preciosa de la manera correcta —de la manera estadounidense—, sobre la cual en realidad no sé mucho”. Svetlana ya no podía permitirse un ama de llaves y un jardinero.

Mientras los periódicos anunciaban que Wesley Peters buscaba el divorcio, ella compró una podadora y se unió al ruidoso coro de maridos que cortaban el césped los fines de semana. Todos los vecinos fingían que no era la hija de Stalin cortando el pasto.

Tuvo que aprender todo de la vida doméstica estadounidense desde cero. Hella McVay, maestra de una escuela privada local, la Escuela Diurna Campestre Stuart, recordaba haberse topado con Svetlana en la tienda de abarrotes Acme. Svetlana estaba parada en el pasillo con Olga en el carrito, y se veía totalmente perdida. McVay debió de haber parecido abordable. “Svetlana se me acercó y dijo, muy tímida, muy callada: ‘Disculpe. Me encantaría hacer un cono de helado para mi hija. Dígame cómo hacer eso’.” McVay fingió que no sabía quién era Svetlana

y se tomó la tarea muy en serio; le mostró cómo hacer la bola de helado y apilarla en el cono. "¡Pensó que era una maravilla! Y me llenó de gracias… y luego nos despedimos de beso." McVay y Svetlana se volvieron amigas.

> Me importaba mucho no violar su privacidad, porque una siempre leía sobre el miedo que tenía Svetlana sólo de ser la hija de Stalin. Digo, creo que las mujeres en general sabemos que siempre estamos a la sombra de un hombre hasta cierto punto, pero estar a la sombra de un monstruo que mató a mucha gente, es decir, a 10 veces más gente que Hitler… Svetlana quería desaparecer. Y siempre dijo que tenía dos hijos, pero que no eran hijos libres. Quería una hija aquí, ya tarde en su vida, una hija nacida en un país libre… Ésa era la frase que usaba. Lo recuerdo.[4]

Claro que Svetlana se sentía sola. Los viejos amigos como Paul Chavchavadze y Edmund Wilson habían muerto, pero todavía estaban los Kennan y también unos cuantos amigos nuevos. Y continuó su voluminosa correspondencia. Había conocido al escritor Jerzy Kosinski en Princeton en 1970. Hablaron durante muchas horas, y sintió que, como era polaco, la entendía a ella y ella a él. Le escribió:

> Cuando se trata de hablar —a la manera en que nosotros, los intelectuales rusos, estamos acostumbrados a hablar— entonces tengo que darme de topes contra la pared. Estoy haciendo mi mejor esfuerzo por "estadounidentizarme" en eso, es decir, no hablar (ni pensar) a la manera de esos intelectuales rusos viejos y pasados de moda. Logré algún éxito. Ahora puedo tener una buena charla de coctel estadounidense bastante buena. Pero a veces extraño ese lujo de hablar-una-hora-con-alguien-que-entienda. Tenía mucho de este lujo en Rusia… nada más, pero mucho de ése… Era muy refrescante, sabes. He tenido un poco del mismo lujo con George Kennan, con Alan.[5]

Su cierre fue encantador. Le deseó "suerte (los escritores necesitamos suerte). ¿Qué más? Mucha risa, que da buena salud. Un poco de paz interior, si te gusta (hay gente a la que no)" y le recordó que tenía libertad, aun más que ella.

En su novela *Cita a ciegas,* Kosinski metió a Svetlana como personaje y capturó a la perfección la sorpresa que cualquier ruso expatriado habría sentido al conocerla. Por casualidad, su personaje ficticio, Levanter, se convierte en vecino de la hija de Stalin en Princeton:

> Su solo nombre, incluso por teléfono, era suficiente para conjurar visiones de su pasado moscovita, y para él se convirtió en un vínculo directo con el poder asombroso que había ejercido Iósif Stalin… Levanter le mostró [a su amigo Romarkin] unas cuantas fotografías de Svetlana Allilúieva. Tomando las fotos con reverencia, como si estuviera manejando reliquias frágiles e irremplazables, Romarkin las extendió con cuidado en la mesa del café y estudió cada una. "No puede ser —susurró—. La hija de Stalin es estadounidense. No puede ser." Negó con la cabeza. "Si en un cuarto de siglo tú y yo podemos vivir la vida bajo Stalin y luego recorrer medio mundo y conocer a su hija como una vecina ordinaria, bueno, supongo que eso significa que todo es posible."[6]

Como conocía las complejas reacciones que evocaba, Svetlana en general evitaba a la comunidad rusa. Evguenia Tucker, la esposa del eminente historiador Robert Tucker, recordaba a un amigo que dijo de Svetlana: "¡No en mi casa!" Y cuando Evguenia replicó: "Bueno, ella no lo hizo. Fue su padre", el amigo simplemente dijo: "¿Por qué debería darle la mano?"[7]

A Svetlana sólo le quedaba su fe en Dios y buscó consuelo en una Iglesia. Su idea de Dios era, como la llamaba, "informal". Como todas las religiones eran iguales, la Iglesia no importaba, aunque evitaba a la comunidad ortodoxa rusa.

Un nuevo ministro asistente había llegado a la Iglesia Episcopal de Todos los Santos de Princeton. Él y su esposa, Rosa, acababan de volver después de nueve años de trabajo misionero en Uganda. Rosa Shand recordaba su primera impresión de Svetlana, hincada una fila delante de ella del otro lado del pasillo en la iglesia, un domingo. "Estaba inclinada tan bajo que la veía como una bola de pelo indómito naranja." Con los ojos bajos, su postura era de penitencia. ¿De qué se arrepentía? ¿Del abandono de sus hijos? ¿De sus fracasos? Estaba tan recogida que nadie se atrevía a molestarla.

Rosa Shand había leído su libro *Rusia, mi padre y yo*. Svetlana, sentada ahí en una iglesia suburbana de Princeton, era lo más cerca que había llegado a "los manantiales oscuros de la historia". Después del servicio, Svetlana invitó a los Shand a visitarla en su casa. Halló algo en la joven pareja a lo que reaccionaba de manera intuitiva; quizás ellos, también, parecían aturdidos por su reentrada al acaudalado Princeton. Y Svetlana no tardó en visitarlos a ellos, aunque pidió que nadie más estuviera presente cuando fuera, porque le era difícil encontrarse con extraños inesperados. En muy poco tiempo, Rosa tuvo una cirugía de espalda.

> Sucedió muy rápido, como ocurría todo cuando Svetlana se decidía a algo, y decidió que sería nuestra amiga. Apenas habían pasado tres semanas, después de que tuve una operación de espalda, cuando Svetlana me acogió en su casa. Fue el primero —aunque lejos del más generoso— de esos gestos rusos que me llenó de asombro, me hizo sentir mi propia cautela inhibitoria… Una ya podía sentir el germen en ella: ese negarse a calcular… En ese punto, el gesto de Svetlana era un acercarse… un simple impulso hacia el compañerismo y la amabilidad. En todo caso, era un gesto que difícilmente podía imaginarme que ofreciera un miembro de mi propia familia.[8]

Svetlana declaró que Rosa necesitaba tiempo para recuperarse. Su esposo, Philip, se encargaría de los niños. "Debes tener paz y desayunar en cama", dijo. Rosa era aprensiva. "La historia borrascosa [de Svetlana] me sacaba el aire de los pulmones." ¿De qué podrían hablar? Pero se sentía tan agradecida que aceptó su oferta.

Resultó que hablaron sobre todo de niños y jugaron con Olushka (el apodo cariñoso de Svetlana para Olga). Svetlana dijo que no le preocupaba demasiado su hija Katia. Katia había

descubierto su pasión por la ciencia a los 11 años de edad y era muy cercana a su padre, Yuri Zhdánov. Era Iósif el que la inquietaba. Para entonces ya era doctor, ¿pero qué cicatrices cargaba? No sólo por su abandono; ¿se sentiría culpable por la forma en que la KGB lo había forzado a denigrarla? ¡No era nada! ¿Qué opción tenía? Hablaba con tanta nostalgia de sentarse con su hijo a la mesa de la cocina, riendo, llorando, discutiendo de todo en su viejo departamento en la Casa del Embarcadero, que Rosa se imaginó que casi lo conocía.

A Rosa le impresionó la ausencia total de cualquier signo de rusidad en el hogar de Svetlana y la colección de aparatos modernos en su cocina. ¿Cómo había encontrado una prensa para ajos eléctrica? "Televisión", le dijo Svetlana. Parecía estar trapeando eternamente el piso de la cocina, ya inmaculado. "No quería ser distinta, quería que las cosas le salieran bien, dominar las costumbres estadounidenses."

Una mañana, cuando Svetlana no se había dado cuenta de que ya estaba despierta, Rosa la espió en la cocina a través de la puerta abierta de su cuarto.

> Me pareció que veía todo lo que había escondido con cuidado. Miré desesperada. No se estaba moviendo, pero no se podría decir que descansara. Estaba sentada en un banco en medio de la cocina, el trapeador tirado, su espalda recta, antinatural, sosteniendo su pelador de berenjenas automático como si tuviera que encajar como robot en el lustre de latón de esa cocina. Miraba por la ventana sin esperanza, ansiosa, tan preocupada por fingir que pertenecía ahí con aparatos a los que estaba claro que no iba a sobrevivir. Abruptamente sentí una impotencia ante las pérdidas que la carcomían… ¿Qué en el nombre de los corredores torcidos de la historia estaba haciendo Svetlana aquí, aferrándose a un pelador de berenjenas en la elegancia exclusiva de Princeton?

Pero Rosa podía hablar de libros y para Svetlana ésa era una suerte de salvación. Discutieron con vodka las ideas del filósofo-teólogo danés Søren Kierkegaard, cuyas teorías existenciales de la fe como pasión conmovían tanto a Svetlana. Hablaron de Simone Weil, la teóloga y mística francesa, y de su trágica historia. Y siempre estaba Pasternak. Pero el escritor favorito de Svetlana era Dostoievski. ¡Ah! Esa historia, *El jugador*. Rosa decía que prefería a Chéjov. Cuando Rosa mencionó que se deleitaba en la poesía pícara de Marina Tsvetáieva, Svetlana la interrumpió como sólo ella podía hacerlo: "Tsvetáieva no es nada. Déjala, era débil: se suicidó". Rosa tenía que leer el *Réquiem* de Anna Ajmátova. Esa poesía tenía grandeza moral.

*Réquiem* era el ciclo de poemas de Ajmátova sobre los horribles años del Gran Terror en la Rusia estalinista de finales de los años treinta, cuando se había formado cada día durante 17 meses en la prisión en Leningrado para entregar un paquete a su hijo Lev, arrestado por actividades contrarrevolucionarias. Comenzaba con el famoso momento en que una vieja en la fila le susurró: "¿Puede describir esto?", y Ajmátova dijo: "Sí, sí puedo". La secuencia poética era su réquiem por Moscú, sus calles ensangrentadas por las ruedas de las Marías Negras, las

torres del Kremlin como el “muro de los lamentos” y “jeroglifos cortados por el sufrimiento en las mejillas de la gente”.[9]

Tan pronto como Olga tuvo la edad para ingresar a preescolar, Svetlana se lanzó en busca de una institución privada. Tenía la suspicacia de un emigrado ruso contra las escuelas públicas controladas por el Estado; creía que los padres que las recomendaban estaban engañados por alguna noción de socialismo “benevolente”. No quería “ninguna escuela estatal; ningún *nada* estatal”.[10]

Millie Harford era la directora fundadora de la Escuela Diurna Campestre del Sagrado Corazón Stuart. Harford recordaba cómo conoció a Svetlana. Había acompañado recientemente a su esposo que era académico a una visita a la URSS, durante la cual visitó escuelas rusas. Entrevistada por el *Princeton Packet*, el diario local, a su vuelta, dijo que había sido una experiencia fascinante: las escuelas de la URSS tenían planes de estudios interesantes, apenas distintos de los de Estados Unidos.

De la nada, Svetlana llamó a Millie Harford y se la comió viva por su diplomacia periodística; “diplomático” era una palabra que Svetlana detestaba. Millie nunca conoció a Svetlana, pero admitió que no había sido sincera. Las escuelas soviéticas en realidad le habían parecido restrictivas; parecía que a los niños los desalentaban para expresarse y les enseñaban a conformarse. Svetlana dijo: “Quiero conocerla”.

“Nos conocimos. Fue encantadora. Me cayó bien de inmediato.”

Olga, de tres años, no tardó en estar inscrita en un grupo de preescolar en la Escuela Stuart. La colegiatura era cara: 1 500 dólares al año. Aunque Princeton estuviera dividido entre dinero viejo y dinero nuevo, muchos estudiantes de Stuart venían del conjunto internacional. El esposo de una de las maestras había crecido en la Polonia comunista y recordaba todos los libros con fotografías propagandísticas de Svetlana, el “gorrioncito”, sentada en las piernas de su padre, como ejemplo para los niños polacos de la hija amada. Le pareció irónico que su hijo jugara con la nieta de Stalin.

Svetlana y Millie Harford se volvieron amigas íntimas. Harford la invitaba con frecuencia a cenar con invitados discretos, pero una cena en particular quedó grabada en su mente. La reunión de esa noche fue íntima.

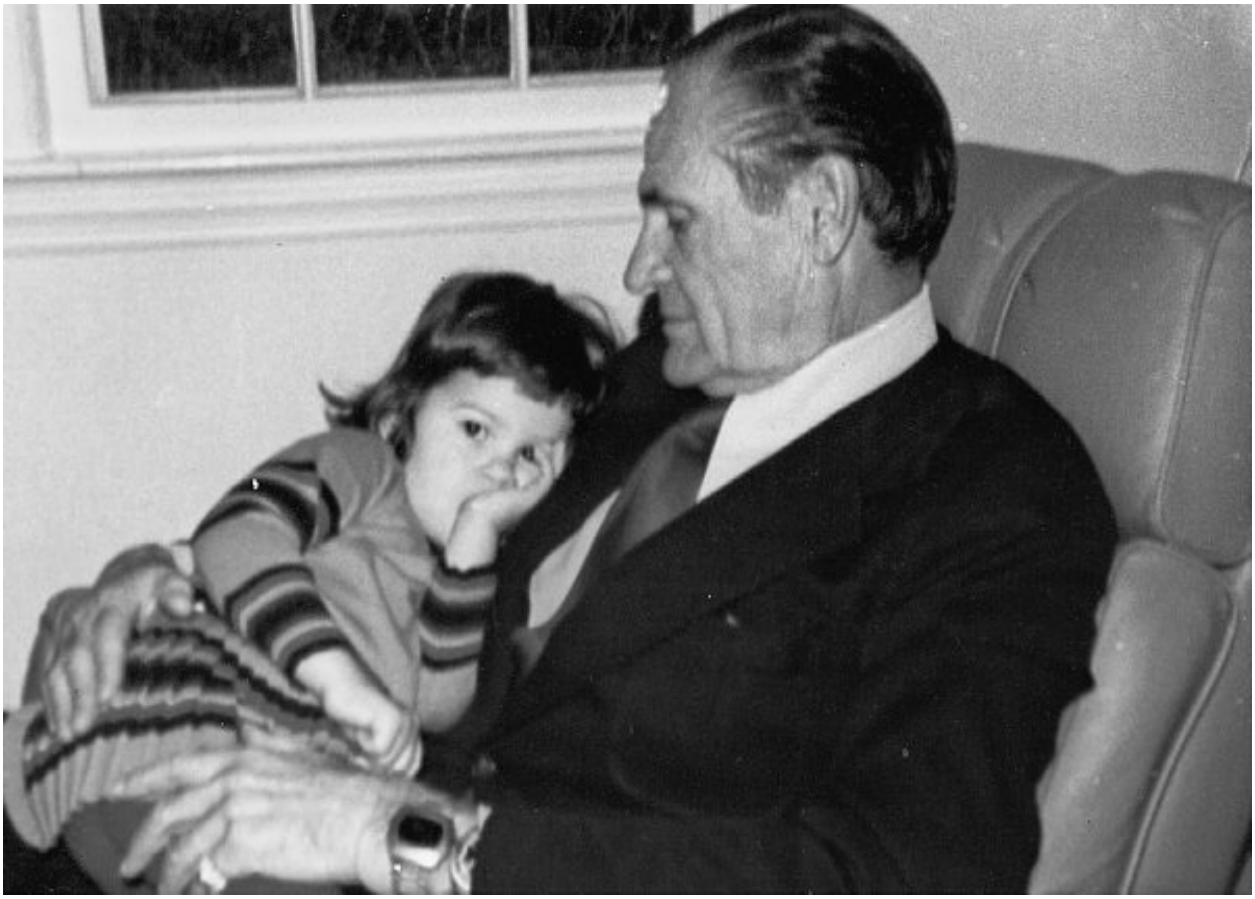
> Svetlana contó la historia, tan conocida, acerca de cómo por la noche, cuando su padre y sus compañeros bebían y ella ya estaba dormida o leyendo, él la jalaba de sus “colitas” y le decía: canta y baila para nosotros. Y era muy doloroso, muy doloroso. Creo que lo que la hizo hablar fue que mi esposo le pidió a nuestro hijo, que era fan de los Beatles y acababa de aprender a tocar la guitarra, que tocara para nosotros. Y Chris se negó. Y Jim dijo: “Vamos, Chris”. Y él dijo: “No, no quiero”. Y entonces Svetlana se paró y dijo: “Déjalo ser. Déjalo ir. Porque cuando yo tenía su edad, mi padre me sacaba cuando estaba muy tranquila y sola y me hacía salir a sus fiestas. Fiestas masculinas, fiestas de hombres. Y me ponía en la mesa y me decía: ‘Baila’ ”.

> Y nos mostró cómo bailaba. Fue al armario y sacó un sombrero y un bastón y llevó a cabo la danza, zapateando.[11]

Mientras bailaba, los invitados la miraban, paralizados por lo desgarrador del espectáculo.

Svetlana nunca estuvo completamente libre de miedo. La cantidad de cartas de desconocidos se había reducido. Ahora quizás sólo había 10 al día. Algunas la entristecían. Un hombre quiso saber por qué su padre trataba a su pueblo así, pero incluso ella, su hija, no lo sabía. Sin embargo, otras cartas le causaban una ansiedad profunda. Escribió para decirle a Jamie (su encargado en la CIA) que justamente después de su llamada telefónica regular, el 6 de noviembre, había recibido "una carta de un odio horrible" de una mujer que se presentó como profesora de la Universidad de Roma. "No me importa que me maldigan, pero también maldijo a Olga. Eso es —creo yo— algo más allá de la política, un sentimiento animal."[12] Pensar que podrían lastimar a Olga era inquietante. Le dijo a Jamie que se había sentido segura en Arizona, donde estuvo muy aislada. ¿Por qué se había mudado de vuelta a Princeton?

Tenía otras preocupaciones por la pequeña Olushka. A todos en la escuela les parecía una niña adorable, vivaz, independiente, con grandes ojos negros que los atrapaban, pero Olga no hablaba. Dirigieron a Svetlana a un terapeuta del habla, quien le pidió que llenara un cuestionario. Cuando el doctor lo leyó, su rostro palideció. Svetlana resumió: "Los padres de Olga eran viejos. Mi madre tuvo un colapso nervioso y se suicidó. Mi hermano murió alcohólico". Parecía no haber mencionado quién era el abuelo de Olga. Quizás no tuviera que hacerlo. El doctor, nervioso, le dijo que le llevara a la niña de vuelta. Le revisarían el oído; quizás no podía escuchar. Svetlana se sintió enferma. "Volví a casa llorando, con el temor de que sin duda intentarían hallar toda suerte de defectos hereditarios en mi hija."[13] Pero cuando Olga cumplió cuatro años, Svetlana estaba encantada de poder decirle a Annelise Kennan: "¡Olga no deja de hablar todo el tiempo! ¡Nunca había visto a una niña tan parlanchina!"[14]



Colección privada de Svetlana Allilúieva; cortesía de Chrese Evans.

Wesley Peters sostiene a su hija, Olga, en 1974, cuando él y Svetlana ya estaban divorciados.

Noviembre de 1974 fue particularmente difícil para Svetlana. Le escribió a Rosa Shand que había caído en una melancolía desesperada, que creía que Dios la había abandonado. “Todo me abandonó, hasta las palabras de oración.” Para ella aquel era el mes negro de la muerte, el mes del suicidio de su madre. Al leer al teólogo Dietrich Bonhoeffer encontró las palabras para describir por lo que había pasado. Le dijo a Rosa que era una “crisis de fe”. “Una tentación del Espíritu. Si nunca has pasado por eso, espero que nunca lo hagas.” [15] Cuando la desolación de su horrible soledad la confrontaba, Svetlana sólo podía tratar de resistir.

Creyendo que los pondría en peligro, Svetlana siempre tuvo mucho cuidado de no intentar contactar a sus hijos en Moscú directamente. Sin embargo, el 5 de agosto de 1975, George Kennan recibió una carta sorprendente de un periodista estadounidense no identificado en Moscú, entregada en valija diplomática por medio del Departamento de Estado. Decía: “Querido señor Kennan: le escribo a nombre de Iósif G. Allilúiev, quien me ha pedido que me ponga en contacto con su madre por su deseo de visitar Estados Unidos”. El periodista decía que Iósif le pedía a su madre que le consiguiera una visa de turista de tres meses. Era una petición muy

extraña. A mediados de los setenta prácticamente ningún ciudadano de la Unión Soviética tenía permitido viajar, sin supervisión, fuera del bloque oriental, y cualquier contacto con extranjeros dentro de la URSS seguía considerándose traición.

Firmando su carta sólo como "Un amigo", el escritor explicó que por medio de un compañero común había conocido a Iósif, que ahora era médico y daba clase en el Primer Instituto de Moscú, divorciado, con un hijo de cinco años. Aparentemente, Iósif le dijo al escritor que había denunciado a su madre en 1967 porque estaba amargado y se había sentido traicionado, pero también porque "lo habían presionado mucho para que la denunciara". Ahora, sin embargo, Iósif se retractaba: "La entiendo por completo. Me tomó nueve años hacerlo". Iósif quería que sus intenciones se mantuvieran en secreto. Nadie, ni siquiera su padre ni su media hermana, Katia Zhdánov, sabía de su deseo de visitar a su madre. Iósif nunca habló abiertamente de deserción, aunque había indicios de que podría no querer volver a su país.[16] Dentro del sobre había varias fotografías, incluida una de Iósif con su pasaporte en la mano. El periodista anónimo decía que estaba poniendo en riesgo su propio trabajo al fungir como intermediario, pero que quería la primicia exclusiva si Iósif llevaba a cabo sus planes.[17]

Kennan llevó la carta y las fotografías de inmediato a casa de Svetlana. Parecía sospechoso. ¿Quién era ese periodista? ¿Por qué la valija diplomática? ¿Por qué la carta estaba dirigida a Kennan y no a ella? Kennan le aconsejó a Svetlana que podría ser una trampa con la intención de dañar las relaciones entre Estados Unidos y la URSS.

No es difícil imaginar el estado mental de Svetlana ante la noticia. Si el periodista era de fiar, su amado hijo Iósif le estaba pidiendo alcanzarla en Estados Unidos; la había perdonado por haberlo abandonado. También entendía que contactarla de una manera tan clandestina, por medio de la embajada estadounidense, era extremadamente peligroso para él. ¿Qué pasaría si descubrieran sus planes? Y si realmente quería alcanzarla en Estados Unidos y no recibía una invitación suya, ¿podría perdonarla?

Pero había una segunda posibilidad. Todo el asunto podría ser un nuevo plan de la KGB, como lo sospechaba Kennan, lo que significaba que su hijo estaba siendo usado en su contra otra vez: las fotografías evidentemente eran auténticas. ¿Pero qué caso tenía? ¿Era para que la KGB pudiera decir que la vil hija de Stalin, una herramienta de los imperialistas estadounidenses, estaba tentando a su hijo a convertirse en traidor a su país, pero él la había expuesto con valentía?

Era imposible de penetrar. Angustiada, estuvo de acuerdo con Kennan. No podía responder. Kennan fue con su colega Mark Garrison, director de la Oficina de Asuntos de la Unión Soviética en el Departamento de Estado, quien le había dado la carta, y le pidió que le mandara un mensaje al periodista diciendo que "la madre de Iósif todavía lo quería mucho", pero que "si quería ir a Estados Unidos, tenía que mandar una carta por correo ordinario".[18]

El periodista anónimo no tardó en enviar una segunda carta a Kennan. Esta vez se identificó cono George Krimsky. Trabajaba para la Associated Press y a menudo trataba con la comunidad de disidentes. Explicó lo que había pasado. Un joven de nombre Alexándr Kúrpel se le había acercado en Moscú esa primavera y le había pedido un *aventón*. Mientras charlaban en el coche, Kúrpel le dijo a Krimsky que era amigo íntimo de Iósif Allilúiev, a quien le gustaría presentarle. Krimsky fue al departamento de Iósif, donde éste lo invitó a pasear por el parque local para que pudieran hablar con más libertad. Iósif le había pedido a Krimsky que le pasara un mensaje a su madre "sobre una posible visita".[19] Obviamente, había sido idea de Krimsky mandar la carta a George Kennan.

La segunda carta aclaraba poco, y Svetlana estaba desconsolada. Quizás ese Alexándr Kúrpel, que se había acercado primero a Krimsky, trabajara como agente provocador de la KGB cuando le había ofrecido a Krimsky ponerlo en contacto con Iósif en primer lugar. Yuri Andrópov, entonces jefe de la KGB, sin duda era ingenioso con las tácticas de intriga de la Guerra Fría. ¿Tenía razón Kennan? Él estaba seguro de que la KGB estaba tratando de avergonzar al gobierno de Carter al demostrar que la CIA todavía estaba maquinando contra la URSS por medio de Svetlana. Era una conclusión fácil para él, pero, trágicamente, ella seguía siendo el peón en medio, su corazón maternal contraído por la política de la Guerra Fría.

Aun así, Svetlana pensó en otro plan. George y Annelise Kennan iban a visitar la URSS en noviembre. Kennan podría tratar de contactar a su hijo para saber sus intenciones reales. Desafortunadamente, las cosas se habían deteriorado de pronto en la URSS. El Premio Nobel de la Paz acababa de ser concedido al científico nuclear y disidente Andréi Sájarov, y los soviéticos estaban furiosos. Aún no estaba claro si le iban a permitir a Sájarov salir de Rusia para recibir su premio. (No lo hicieron.) Pero quizás George Kennan podría encontrarse abiertamente con Iósif y preguntarle si quería visitar a su madre. Si decía que sí, George podría entregarle su petición a los funcionarios. Seguramente los soviéticos no se atreverían a negárselo a George.

Svetlana añadió que si las cosas salían mal: "Ésta podría ser la tragedia REAL… Sin duda preferiría quedarme en el mismo estado de 'incomunicación' con ambos, QUE verlos en problemas por culpa de mis meteduras de pata… La total separación de mí… es la forma más segura". Concluyó su carta:

> Quiero mucho a mis hijos, George; se lo merecen. Tú también los querrías. Pero… una no puede hacer nada para luchar contra el DESTINO; TENEMOS que esperar tiempos mejores, cuando las COSAS BUENAS sean posibles. ¡Hasta los decembristas [oficiales militares rusos que se rebelaron en 1825] volvieron de su exilio y les permitieron morir en paz en Europa! Así es la historia de Rusia, así era y así es aún.[20]

Al final, Kennan decidió que era mejor no tratar de establecer contacto con Iósif, y Svetlana

estuvo de acuerdo, aunque el silencio desde Rusia fuera inquietante.

George Krimsky reportó más tarde que, cuando volvió a la URSS, fue a ver a Iósif otra vez. Indicando que su departamento tenía micrófonos, Iósif lo llevó afuera y le dijo: “Todo esto tiene que acabar”. La KGB lo había levantado. “Sabían todo de sus contactos con Occidente. Si seguía, no tardarían en exiliarlo de Moscú. Si tenía suerte, terminaría practicando la medicina en algún lugar de la Siberia profunda.”[21] Esa conversación parecería confirmar que, de hecho, Iósif mismo había iniciado la petición de una visa, pero claro que eso no significaba que la KGB no lo estuviera usando al mismo tiempo. Pasaría un año y medio más hasta que Svetlana descubriera la verdad del asunto Krimsky/Kúrpel.

Aquella Navidad de 1975, mientras ella y Olga estaban en California visitando a los Hayakawa, cedió a un impulso irresistible y llamó por teléfono a su hijo. “¿Conejito, eres tú?”, preguntó, como siempre lo había llamado de cariño cuando era niño. Él contestó seco: “¿Crees que suenas como tú misma después de nueve años?”, e inmediatamente la línea enmudeció.[22]

# 27

## Un topo de la KGB

De pronto, aparentemente de la nada, Svetlana levó anclas en marzo de 1976, vendió su casa en la Calle Wilson, en Princeton, y se mudó con Olga a California. Mientras se quedaba con los Hayakawa esa Navidad, aceptó una invitación del periodista Isaac Don Levine para visitarlo en Carlsbad, cerca de San Diego. Sentada en la sala de Levine, miró el Pacífico azul y de pronto se sintió en casa. Los aromas de eucalipto, limoneros y naranjos, de los bosques de pinos, despertaron viejos recuerdos. Emocionalmente se estaba reclinando hacia el Mar Negro de su infancia. La vida en Princeton era cara, y su ingreso de acciones y bonos, inadecuado. Levine sugirió que California era más barata.

No era sorprendente que Don Levine la hubiera buscado. Un periodista de origen bielorruso, era un anticomunista acérrimo, hasta virulento. Era conocido por ayudar a disidentes soviéticos, pero también, a veces, por usarlos para sus propios propósitos propagandísticos. Debió de haber pensado que la hija de Stalin podría ser una poderosa arma propagandística en su arsenal. Cuando se conocieron, Levine le dio un sermón sobre liberales de la Costa Este como George Kennan, que servían al Departamento de Estado y complacían a los soviéticos. Casi de inmediato tuvo la sospecha de que Levine la manipulaba —la estaba engatusando para que firmara telegramas de protesta— y cortó de tajo cualquier amistad posible. Desafortunadamente, eso significaba que ella y Olga estaban solas en California. Había tenido la esperanza de que los Hayakawa fueran su familia, pero Sam Hayakawa, aunque le tuviera mucho afecto, se estaba lanzando al senado de Estados Unidos y tenía poco tiempo para sus parientes.

Cuando llegó a la Costa Oeste, Svetlana rentó un departamento en Oceanside, pero no tardó en encontrar una pequeña y barata casa seudojaponesa en Carlsbad que tenía un patio interior encantador y un pequeño jardín de rocas. Registró a Olga, de cinco años, en una escuela Montessori, y luego se dedicó a retomar su vida creativa. Quería escribir otro libro, pero se sintió incapaz de trabajar. Sus días quedaron vacíos. Llevaba a Olga a la escuela, a sus lecciones de música, a sus clases de danza y de natación. Mientras esperaba para recogerla, se sentaba en el coche estacionado al borde de la playa y miraba las rompientes durante horas. Bajo todas las presiones que había soportado, Svetlana se estaba derrumbando lentamente.

Cortesía de Rosa Shand.

Svetlana y Olga, de seis años, posan juntas en 1977 para esta foto navideña enviada a Rosa Shand de parte de “las Peters”.

En julio le escribió a Joan Kennan y le confió que desde su separación de Wes había estado colapsando, física y mentalmente, y estaba realmente asustada. “He tenido algo realmente como un ‘ataque’ (o ‘colapso’) nervioso… Mi creciente *hábito de beber sola* (a horas de coctel, por así decirlo), me llevó al borde de emociones totalmente incontroladas —y completamente desequilibradas—, que comenzaron a regirme a *mí*. Joanie, sé demasiado bien cómo podría desarrollarse *algo así*. Mató a mi propio hermano a los 41 años de edad.”[1] Explicó que su repentino escape de Princeton había sido un esfuerzo por cambiar su entorno por completo.

Parecía que lo único que podía lograr hacer era mantenerse en movimiento. Durante los siguientes 16 meses en California, se mudó de Oceanside a Carlsbad y a La Jolla, y compró y vendió dos casas. Su explicación para sí misma y para los demás fue que estaba buscando una buena escuela para Olga, pero en realidad estaba perdida.

En noviembre le escribió una nota larga y devastadora a Jamie (Donald Jameson). Comenzó

con su optimismo de costumbre, diciéndole que estaba tratando de escribir un libro. Trataría de Estados Unidos y la URSS, un diálogo que pudiera explicar a los dos países para la gente ordinaria. Pero había perdido el valor.

Y entonces su carta adquirió un tono profundamente inquietante:

> Desde que vine a Taliesin —y lo dejé, para mi propia infelicidad— he tenido una extraña sensación de estar hipnotizada, influida, dirigida, o como quieras llamarlo. Con mucha frecuencia —desde entonces— NO HE SIDO YO MISMA... He tenido momentos de absoluta desesperanza, tanta que no sabía qué hacer de mí… Cuando una depresión tal cae sobre mí, no puedo pensar en nada, Jamie, [sino] que algunos experimentadores [*sic*] soviéticos secretos están, probablemente, probando en MÍ sus armas psicológicas más nuevas y secretas. Armas parapsicológicas, si eso tiene sentido…
>
> Alguien ha estado tratando —desesperadamente— de tocar MI CONCIENCIA… El resultado —de este lado— fue mi nerviosismo extremo, sin razón aparente, y sobre todo, el deseo constante DE MOVERME, DE CAMBIAR DE SITIO, de ir a otro lado, donde esas ONDAS no me alcanzaran…
>
> A veces —por la noche— tengo un miedo terrible por Olga, de que vayan a secuestrarla y yo NO pueda pagar el rescate. Ésa ES mi peor pesadilla. A mí no me importa lo que pudiera pasarme a MÍ… Pero —sobre todo— LE TENGO PAVOR A LA SITUACIÓN en la que yo pudiera estar bien, pero ELLA pudiera caer en manos de especuladores políticos…

En el sobre adjuntó un recorte del *Christian Science Monitor*, con fecha del 22 de noviembre de 1976, titulado “La DIA cita investigación soviética en microondas”.

> Un nuevo informe desclasificado de la Agencia de Inteligencia de la Defensa dice que la investigación soviética exhaustiva en microondas podría llevar a métodos para causar conducta humana desorientada, trastornos nerviosos o infartos.
>
> “Los científicos soviéticos están completamente conscientes de los efectos biológicos de la radiación de microondas de bajo nivel, que podría tener aplicaciones en armas ofensivas”, dice el reporte, basado en un análisis de experimentos en animales llevado a cabo en la Unión Soviética y Europa del Este.[2]

El recorte quería ser una prueba de que tales experimentos se estaban llevando a cabo en la Unión Soviética. Continuó:

> Tengo unas migrañas de muerte, dolores de corazón, repentina presión alta, depresiones súbitas, vista deficiente y demás, y todo lo que puedo hacer es SÓLO intentar armarme de nuevo, como Humpty-Dumpty. A veces funciona; la presencia de cualquier persona AGRADABLE es una ayuda…
>
> En el momento presente me siento desesperadamente abierta, desprotegida y medio destruida… Acabamos de mudarnos a este departamento. Pero ya voy a mudarme de vuelta a la casa que compré… ¿POR QUÉ? NO LO SÉ. Ese IMPULSO VINO, y yo iré. Todos estarán sorprendidos de nuevo. Tengo que decir algo para explicarlo. Pero no sé. *Ya estoy en una suerte de callejón sin salida*…
>
> Por favor, dime qué piensas de todo esto.
>
> Tuya,

*Svetlana*.[3]

Profundamente perturbado por su carta, Jamie corrió a California para ver cómo podía ayudar a Svetlana. Su visita fue bienvenida, pero aparte de urgirle que volviera a la Costa Este, había poco que pudiera hacer.

Era como si todo el autocontrol que se requería para ser Svetlana estuviera fallando. Conforme los miedos y los terrores se abrían paso, se sentía invadida y ocupada. Siempre había censurado sus sentimientos de traición. Ahora tendría que confrontarlos. Se enfrentó a un oscuro invierno mientras trataba de mantenerse en pie. En la primavera, aún desolada, le escribió a George Kennan:

> Querido George:
>
> Definitivamente no soy un muro de piedra ni un bloque de concreto. Tampoco poseo aquellos nervios de acero, tan famosos, que le dieron nombre a mi padre. En vez de ellos, de parte de mi padre viene la hipersensibilidad y la capacidad de reaccionar a las cosas menores…[4]
>
> Reacciono CON DEMASIADA FACILIDAD, George, a las ideas, deseos, sugerencias y anhelos de los demás… Mi padre lo notó en mí, cuando era adolescente, y solía decirme enojado: "¡No me repitas lo que los demás quieren que digas, como tambor vacío! ¡Di lo que quieres de verdad: sí o no!" Me temo que notó ese punto débil en mí. Ver las cosas BUENAS no era SU talento. Pero era bastante listo con las debilidades humanas, y las despreciaba.[5]

Su autodesdén aún se filtraba por medio de la voz de su padre.

Finalmente, en marzo, Svetlana consultó a su médico familiar y, por medio de él, encontró un psiquiatra. Lo que precipitó ese gesto desesperado fue la repentina revelación de que la amargura indigesta contra Wes estaba afectando su relación con Olga. Le dijo a Joan Kennan que si Olga era terca o caprichosa, veía a su hija como "una copia de Wes". Eso era "insano (¡yo lo sabía!) e incorrecto". Sentía pánico. "Olga es mi hija más preciada (sin importar quién sea el padre)."[6]

Comenzó a visitar al psiquiatra una vez a la semana. Nunca lo identificó, lo llamaba sólo Peter, pero era importante para ella que él hubiera sido jesuita. No la juzgaba ni precipitó sus conclusiones sobre ella. Uno puede imaginarse el pasmo del psiquiatra de la Costa Oeste al encontrarse a la hija de Stalin en su diván, pero ella le dijo a Joan Kennan que era capaz de contarle a ese amable caballero acerca de "toda su vida". Le procuró la aceptación que ansiaba.

Puede ser que el psiquiatra haya sido quien la ayudó a descubrir que el cimiento de su desesperanza actual estaba en su matrimonio fallido. No eran los experimentos soviéticos de control mental lo que la paralizaba. Era duelo. Tras su deserción, el desastre de Taliesin había sido el segundo rompimiento total en su vida, y había sido una traición brutal. Debía encontrar la manera de exorcizar la ira que resultaba de la muerte de lo que había creído que era el amor de

Wes, de la sarta de traiciones durante los ataques asesinos de su padre contra su propia familia, y de ese momento aterrador en 1932 en el que su madre la abandonó y ella quedó psicológicamente huérfana.

A causa de Wes había perdido dinero, claro, y el dinero implicaba libertad, especialmente en Occidente, donde constituye la única ruta a la seguridad física. Pero más importante que eso: se había perdido a sí misma. Wes hizo añicos su confianza en sí misma. Le tomó un largo tiempo ver eso y admitirlo. Ahora tenía que reconstruirse desde cero. Era un destino brutal, pero le aseguró a Joan Kennan que estaba recuperando el valor y el orgullo que había sentido en su acto de deserción en 1967, y comenzaba a imaginar de nuevo que la madurez y la tranquilidad serían suyas.[7]

En febrero de 1977 un escándalo hizo erupción en la prensa internacional. Los soviéticos expulsaron al periodista George Krimsky (el hombre que había intentado ayudar a desertar a Iósif en la primavera de 1975) bajo cargos de espiar para la CIA. El jefe de la oficina moscovita de la revista *Time*, Mark Clark, declaró: "La verdadera razón de la expulsión de Krimsky fue su cobertura de los disidentes".[8] El gobierno de Carter contraatacó expulsando a un reportero soviético. Sin embargo, misteriosamente, y para alivio de Svetlana, el esfuerzo de su hijo por desertar no se mencionó.

Luego, en marzo, justo en la época en que comenzó a ver a su psiquiatra, recibió una carta de Alexándr Kúrpel, el ruso que había llevado a George Krimsky a conocer a Iósif en Moscú. Kúrpel de alguna forma había descubierto su dirección en California.

En su carta manuscrita de 14 páginas, Kúrpel despotricaba en un inglés incoherente de manera convulsa y aterradora. Comenzaba: "Estoy sobre la cuerda floja al no considerarla una persona indiferente en mi destino. Desde finales de enero de 1977 todo se ha puesto de cabeza y esa muy reconfortante supuesta 'cortina de acero' ha acabado en la nada". Declaró que, luego de que expulsaran a George Krimsky por ser agente de la CIA, a él, Kúrpel, lo habían detenido para un interrogatorio de siete horas por parte de un oficial de la KGB llamado Sevastiánov. Habló de manera íntima de la vida y los hijos de Svetlana. Describió haber conocido a Katia, que había "crecido esbelta y tiene una buena figura". Sugirió que Svetlana le escribiera a la Casa Blanca en nombre de Iósif. Dijo que estaba tratando de emigrar. ¿Podría ayudar? Tenía antigüedades del siglo XVII para cambiarlas por efectivo.[9]

¿Quién era ese hombre aterrador? Su carta de desahogo era absurda y siniestra. Aterrada, le escribió a George Krimsky. A principios de mayo recibió una respuesta con papel membretado de la Associated Press en Nicosia, Chipre. George Krimsky escribió de vuelta:

2 DE MAYO DE 1977

Querida señora Peters:

Sí, Alexándr Kúrpel fue quien me presentó a Iósif, y le diré lo que sé de él. En primer lugar, déjeme advertirle que tenga mucho cuidado de establecer contacto con él. Aunque no tenga prueba de sus motivos, es un personaje muy cuestionable, y me arrepiento de haberlo conocido…

En mi opinión, Kúrpel está bastante confundido y/o está trabajando para la KGB. En cuanto a lo primero, no tengo duda; en cuanto a lo segundo, hay mucha evidencia circunstancial que apunta en esa dirección, pero, por supuesto, uno rara vez puede estar seguro.

Kúrpel… me presentó a Iósif la primavera de 1975… Su hijo tenía sospechas justificadas de él… También es, si puedo añadirlo, un homosexual declarado y extremadamente afeminado en apariencia y acciones. Lo menciono porque ambos sabemos lo que eso significa en la URSS, y levanta preguntas sobre cómo y por qué una persona así puede operar tan abierta y ampliamente como ese sujeto lo hacía (o lo hace) sin problemas de las autoridades.

Iósif y yo decidimos encontrarnos en privado, sin conocimiento de Kúrpel, para discutir su situación, pero de alguna forma Kúrpel parecía saberlo. Estaba muy molesto…

Después de volver de Estados Unidos en octubre de 1975… fui incapaz de ver a Iósif. De hecho, no volví a verlo nunca, excepto brevemente frente a su departamento, cuando se rehusó a hablar conmigo. Era obvio que estaba bajo vigilancia estrecha; Iósif me hizo seña en silencio de que lo estaban observando y no quería verme…

Krimsky creía que Kúrpel estaba detrás de su expulsión de Moscú. Los soviéticos no mencionaron el intento de deserción de Iósif ni el papel que Kúrpel había desempeñado como razón de la expulsión de Krimsky. “¿Por qué?”, le preguntó Krimsky a Svetlana. “Sólo puedo pensar que la razón fue para permitirle a ese sujeto continuar operando libremente y no quedar expuesto de manera formal al ser nombrado como conspirador por la prensa oficial.”

Krimsky añadió en mayúsculas:

SIN EMBARGO, SI HUBIERAN LOGRADO QUE USTED INICIARA ALGUNA JUGADA PARA AYUDAR A IÓSIF, HABRÍAN SIDO CAPACES DE DECLARAR QUE USTED HABÍA LANZADO UNA CAMPAÑA PARA AYUDAR A ESE CIUDADANO SOVIÉTICO LEAL QUE HA DENUNCIADO LAS ACTIVIDADES TRAIDORAS DE SU MADRE A SALIR DEL PAÍS AL QUE AMA.

¿Entiende lo que digo? Dudo que toquen el asunto a menos que puedan demostrar que usted está tratando de sacar a Iósif…

Aunque no tenga manera de saberlo, supongo que Iósif probablemente esté nervioso, pero físicamente bien. Creo que su tentativa campaña para verla a usted le salió por la culata antes de poder iniciar en serio. [10]

¿Qué podría haber notado Svetlana en la carta de Krimsky? Lo más importante era que Iósif había iniciado el esfuerzo por establecer contacto con ella. La extrañaba y añoraba verla tanto como ella añoraba verlo a él. Lo siguiente fue que Krimsky creía que Kúrpel era un instrumento de la KGB. Lo último fue que Kúrpel era extremadamente peligroso. Krimsky sugirió que Kúrpel estaba obsesionado con ella, lo cual era aterrador. Uno puede imaginarse su repulsión y su miedo.

El primer impulso de Svetlana fue proteger a Iósif de Kúrpel escribiéndole a su padre, Grigori Morózov, quien ahora era un profesor eminente en derecho internacional. Su ex esposo tenía razones para estar enojado con ella. Cuando Svetlana desertó en 1967 cancelaron su transferencia pendiente de tres años a Naciones Unidas. Pero era amable y le tenía un cariño genuino. Escribió de vuelta de inmediato, enviando su carta desde Nueva York, donde se había detenido de camino a Moscú después de asistir a una conferencia en México.

CNY: 29-6-77

Querida Svetlana:

Recibí tu carta. Quiero decirte francamente que no cabía en mí de alegría; dejó en claro una situación muy seria, creada por gente que, sin ninguna autoridad de tu parte, ha estado usando tu nombre para sus propios fines.

Personajes, a quienes tú llamas "bastardos", ya han hecho mucho para confundir a Iósif y arruinar su vida aquí, y a mí me ha preocupado mucho eso; significa tanto para mí como para ti…

Justo antes de salir de Moscú hacia México, después de recibir tu carta, uno de esos "bastardos" ya mencionados trató de acercarse a Joe de nuevo, como si fuera de parte tuya. Y no sólo a Joe, sino que también trató de acercarse a Katherine [Katia] de la misma forma. Trató de arreglar que fuera con él a conocer a uno de los disidentes más importantes, uno de los antisoviéticos más francos. Katherine sólo corrió a ese sujeto, sin hablar mucho con él…

A esos personajes les encantaría usar a Joe y a Kate —y tu nombre— para alcanzar sus fines. Es increíble lo lejos que puede llegar la maldad humana…

Finalmente, déjame decirte… Me dio gusto oír de ti. Ha habido muchas cosas difíciles durante todos estos años, pero no me quiero detener en eso. También ha habido cosas buenas en el pasado, y tu carta, tu preocupación por Joe, me lo recordó bastante bien.

Muchas gracias por la fotografía de Olga. Ya se la pasé a Joe…

Cuídate,

*Gregory*.[11]

Svetlana le escribió de inmediato a George Kennan, enviándole la diatriba de Alexándr Kúrpel y la respuesta de Grigori Morózov. Kennan contestó con una carta afectuosa. Concluyó que la carta delirante de Kúrpel era demasiado torpe para ser una provocación directa de la KGB.

La impresión que me da el documento es que el autor es una persona muy inestable cuya cabeza ha volado, y cuya imaginación ha sido sobreactivada por la exposición a la extraña atmósfera de engaño y contraengaño prevalente hoy entre los disidentes, la KGB, los periodistas extranjeros y probablemente algunos diplomáticos insensatos de rangos menores… Estoy encantado de que hayas detectado todo eso y decidido no tener nada que ver con él…

Sigo pensando en ti con profundo cariño y afecto… Cuando piensas con cuidado en tus problemas y no actúas impulsivamente, tu sabiduría y tus juicios son de primera clase, no hay mejores…

*George K.*[12]

Pero Svetlana no estaba segura de poder deshacerse tan fácilmente de Kúrpel. Conocía a la KGB mejor que George Kennan.

En un libro llamado *Last interview* [Última entrevista], publicado en 2013, los periodistas rusos Ana Petrovna y Mijaíl Leshinski incluyeron una entrevista anterior con Iósif Allilúiev en la que le preguntaron por su intento "de alcanzar a su madre en Estados Unidos a mediados de los setenta. Iósif explicó: "Pasé por una época difícil; había fracaso en mi vida personal, las cosas no estaban saliendo bien en el trabajo. De pronto se me ocurrió que la única salida era acudir a mi madre, conectarme con mi única pariente querida. Con mi suerte, nada parecido, lo entiendo ahora, terminó siendo posible".[13]

No fue su mala suerte, sino más bien Yuri Andrópov, jefe de la KGB, quien frustró su deseo de alcanzar a su madre. En un memorándum sin fecha al Comité Central del Partido Comunista, encontrado por Petrovna y Leshinski en el archivo del Partido, Andrópov escribió:

> En una carta que interceptamos, Iósif Alliluev [*sic*] se queja de su soledad después del divorcio de su esposa, de cuánto extraña a su madre y quiere verla. Está establecido que tiene intenciones de ir al extranjero. En los últimos años, Iósif Alliluev desarrolló irritación, perdió interés en la vida social y abusa de sustancias alcohólicas. Parece racional que el Ministerio de Salud de la URSS le ofrezca más atención como joven doctor y que el Ministerio de Sóviets de la URSS cambie su departamento por uno mejor.[14]

El tono de preocupación benevolente apenas es irrefutable. Iósif se asustó mucho cuando se dio cuenta de que la KGB había interceptado su carta a su madre y grabado las conversaciones con sus contactos con extranjeros. Le había advertido a Krimsky: "Todo esto tiene que detenerse" o terminaría practicando medicina en Siberia. Para que Andrópov instigara la mejora en sus circunstancias debió de haber dejado muy claro que no tenía intención de desertar. Pero la tragedia de la interferencia de la policía secreta en la vida familiar está capturada en la referencia a su madre como "mi única pariente querida", cuyo consuelo había necesitado y le habían negado durante años, sobre todo cuando su vida se estaba disolviendo.

Svetlana podía consolarse con el hecho de que no había sido responsable de destruir la paz de su hijo. Ahora comenzó a reevaluar su vida en Estados Unidos. Habían pasado 10 años desde su llegada, pero a veces los sentía como una eternidad. Padeció una crisis psicológica terrible y sentía que estaba de vuelta. Había comenzado a trabajar en un libro que tomaría la forma de una libreta: momentos de una vida humana que serían como hablar con uno mismo. La extraña mezcla de su pasado ruso con su presente estadounidense le darían textura.

Aquella primavera de 1977 Donald Jameson, de la CIA, la llamó para decirle que era hora de que pensara en solicitar la ciudadanía estadounidense. En 1978 habría completado la "cuarentena" de 10 años requerida para los solicitantes que habían sido miembros del Partido

Comunista. Ella le dijo que quería convertirse en ciudadana estadounidense en Princeton, entre la gente a la que le importaba. Una de las cartas de apoyo más amables vino de George Kennan. En septiembre de 1977 le escribió para tranquilizarla:

> Mi fe básica en ti —en tu decencia y en tu sinceridad— y mi preocupación por ti en tu extraña y, para la mayoría de la gente, incomprensible Odisea nunca se ha alterado. Tu amistad y tu comprensión también han significado bastante para mí, y han sido una fuente de fortaleza en los momentos más difíciles. Siempre será así.[15]

En enero cruzó de vuelta el continente con Olga, cargando con sus pertenencias. Tomaría el Juramento de Lealtad en una corte de Nueva Jersey entre sus amigos.

# 28

## Lana Peters, ciudadana estadounidense

Cuando Svetlana llegó a Princeton en enero de 1978 encontró una casa perfecta para rentar. Se había vuelto experta en encontrar casas. Estaba en la Calle Mercer 154, cerca del centro y enfrente del gran Parque Marquand, que hacía que la zona casi se sintiera campestre. Era una modesta casa adosada con dos cuartos. En el muro de la sala colgó un platón de paja decorativo que le había mandado Joan Kennan de Tonga, y en los otros muros entachueló los coloridos dibujos de Olga, entonces de siete años. Llevó sus muebles gastados, sus libros y su archivo de cartas, y los juguetes de Olga. Cortó el pasto y plantó flores y vegetales. La vida podía empezar de nuevo.

El 18 de junio Svetlana entregó su solicitud de ciudadanía estadounidense. Le divirtió que resultara ser el Día del Padre. Podía imaginarse la reacción de su padre. La habría matado. Pensó que su madre la habría aprobado.

En esos tiempos encontró una carta en su apartado postal de la Plaza Palmer dirigida a la Universidad de Princeton y con remitente en Suecia. La carta era de Alexándr Kúrpel. Sintió un escalofrío repentino al ver aquel nombre. ¡El tipo ahora estaba en Suecia! ¿Cómo había logrado salir de la URSS? Pensó que la KGB debía de haberlo enviado a alguna misión. Puso la carta, sin abrirla, de vuelta en el buzón con la leyenda: “Devolver al remitente”, pero se quedó preocupada. ¿Sería una coincidencia que le escribiera cuando estaba solicitando su ciudadanía?

Le escribió a George Kennan: “No me sorprendería que los soviéticos ya supieran de ella [su solicitud de ciudadanía] y que vayan a usar a Alex Kúrpel y a sus posibles escritos en el extranjero para presentarme de alguna forma desagradable: la misión que le dieron hace 10 años a Victor Louis… En fin, les encanta presionarme”. Protestó: “¡Qué juego tengo que jugar, Dios mío!, ¿y por qué?” [1]

Keystone/Stringer

Una icónica toma del “Generalísimo” Stalin, tomada ca. 1920.

Kennan escribió una referencia a su favor para el Servicio de Inmigración y Naturalización.

> No tengo duda al decir que la señora Peters me parece apta, y de hecho increíblemente apta de cualquier manera, para la ciudadanía estadounidense… Durante todo este tiempo ha vivido tranquila y dignamente aquí, ha evitado la publicidad y la controversia, ha hecho todo en su poder para asegurar que su presencia aquí no sea una carga ni una vergüenza para el gobierno de Estados Unidos.[2]

¿En serio era eso lo que había estado haciendo: tratar de evitar ser una carga o una vergüenza para el gobierno de Estados Unidos? ¿Por qué habría de ser una vergüenza? De cualquier manera estuvo agradecida por el apoyo de Kennan.

Cuando le pidió a Millie Harford, su vieja amiga de la Escuela Stuart, que la llevara a Newark para fungir como una de sus referencias, Millie contestó que tenía miedo de manejar, que era una

terrible conductora. Pero Svetlana podía ser muy persuasiva. Se fueron por la autopista hacia Newark y no tardaron en perderse por las enmarañadas salidas que llevaban a la ciudad. Svetlana dijo de pronto: “Millie, estamos cruzando el puente. ¡Ésa es Nueva York!” Millie dio vuelta en U en plena rampa y regresó, con los autos tocándoles el claxon mientras Svetlana bajaba la ventanilla y se asomaba para gritar: “¡Disculpen! Somos campesinas de provincia”. A Millie aquello le pareció maravilloso. “Debió de haber habido ángeles conduciendo el coche.”[3] De alguna forma lograron llegar a Newark sin que las escoltara la policía.

Svetlana necesitaba testigos que respondieran por ella durante el examen que se aplicaba, bajo juramento obligatorio, a todos los inmigrantes. Probablemente con la ayuda de Donald Jameson había logrado localizar al cabo Danny Wall, el marino de guardia que, en aquella remota noche de Nueva Delhi, la había dejado entrar a la embajada de Estados Unidos. En verdad estaba cerrando el círculo. Con un Wall sonriente de un lado y Millie del otro pasó su examen sin un traspié.

El 20 de noviembre Svetlana regresó a Newark para tomar el juramento de lealtad. Cuando llamaron a la señora Lana Peters al frente de la sala para firmar sus documentos, notó la intensa mirada en los rostros de los otros 90 solicitantes que la observaban. Estaba encantada. La escudriñaron con la misma intensidad que a cualquier otro nuevo ciudadano, y sólo vieron a alguien llamada señora Peters. No a la hija de Stalin.

Cuando terminó la ceremonia, Svetlana le dio a Millie su manual de ciudadanía: estaba marcado y subrayado en cada página; tan cuidadosamente lo había estudiado. Millie recordaba a Svetlana radiante después de la ceremonia, aunque ésta se quejó de que cuando tomó el juramento de lealtad le molestó su promesa solemne de “tomar las armas para proteger a la República”. Dijo: “Nunca podría dispararle a nadie, en ninguna circunstancia”.[4]

Si Svetlana creía que al volver iba a encontrar al Princeton que había conocido unos años atrás, estaba equivocada. Ella ya no era el atractivo que fue en las cenas de Princeton. Ahora era una madre soltera en condiciones difíciles y necesitada de niñera.

No era bienvenida en la comunidad de exiliados rusos. Cuando fue con Millie Harford al condado de Rockland para visitar a la hija de Tolstói, Alexandra, Millie recordaba su duro reproche: “Dijo que Svetlana no había hecho suficiente con su vida”.[5] El director estadounidense de Radio Liberty, George Bailey, que conocía a Svetlana, recordaba que esas palabras habían sido más duras. Cuando Svetlana se negó a unirse a ella “en su lucha contra el comunismo”, Tolstoia la había llamado una *svoloch*, una canalla. A Tolstoia no le importaba que Svetlana sintiera que su activismo pudiera dañar a sus hijos en Moscú.[6]

Svetlana comenzó a sentir que había un creciente sentimiento antisoviético en Princeton, como legado de la propaganda de la Guerra Fría. En la escuela se percató de que rara vez invitaban a

Olga a casa de sus amigos. Le dijo a Joan Kennan que le preocupaba Olga. ¿Acaso Olga también se vería forzada a vivir bajo "la sombra constante del nombre de su abuelo"? Svetlana estaba indignada de que la gente nunca identificara a Olga con su abuelo estadounidense. "Simplemente no sé cómo vaya a vivir su vida", decía.[7]

Por el momento, Olga vivía en un mundo de adultos, de los "tíos", como Jamie, que iban de visita, o de las buenas amistades que iban a cenar a casa. "Mis mejores amigos en esos tiempos eran cuarentones, cincuentones y sesentones", recordaba Olga. "Las únicas palabras rusas que conocía eran las groserías que todavía usaba Mamá cuando se enojaba por algo. Cuando venían de visita sus amigos rusos, y toda la conversación era en ruso, me sentaba ahí y me volvía loca, tratando de intervenir con esas groserías horribles."[8]

Svetlana comenzó a inquietarse por la percepción pública. Al mirar atrás, ahora pensaba que su llegada a Estados Unidos había sido "vulgar". Sentía que no la habían presentado como una desertora con principios que rechazaba al gobierno soviético represor, sino como una mujer que vendía un libro. Creía que todos pensaban que seguía siendo millonaria. Había prometido dar tres cuartas partes de su dinero a la caridad, y no lo había hecho.

Durante su primer verano de vuelta en Princeton, Bob Rayle y su esposa, Ramona, la invitaron a unírseles en sus vacaciones en los Outer Banks de Carolina del Norte. Tan pronto como se encontraron, ella y Bob recordaron, como lo hacían siempre, aquel lejano día de marzo de 1967 en que llamaron a Rayle a la embajada en Nueva Delhi con noticias de una desertora. Lo actuaron todo: su primer encuentro con la "dama rusa", su explicación de que era la hija de Stalin, y la respuesta de George Huey: "¿Te refieres *al* Stalin?" En especial les encantaba representar el episodio de Keystone Kops en el que nunca estuvo "legalmente" en Italia. Le dijo a Bob que en realidad no había entendido por qué no podía ir a Estados Unidos. Simplemente había "varias razones". Esperando que los soviéticos estuvieran furiosos y a sabiendas de que la difamarían, concentró todo su esfuerzo en ser lo más agradable posible.[9] Siempre le estaría agradecida a la gente de la embajada de la India, en particular al embajador Chester Bowles, quien valientemente corrió un riesgo al ayudarla, y a Bob Rayle, cuya carrera sentía que había arruinado cuando lo expusieron como oficial de la CIA. Él siempre le aseguró que simplemente lo habían reasignado. Pero ahora comenzaba a ver que su entrada a Estados Unidos había estado orquestada por el Departamento de Estado de manera que no ofendiera a los soviéticos. ¿Por qué? Si le hubieran preguntado, fácilmente podría haberles dicho a los funcionarios que no aplacarían a los soviéticos. Se sentirían humillados. Tendrían que aferrarse a su mentira propagandística de que su deserción era un complot de la CIA. No tenía sentido que los estadounidenses intentaran aplacarlos. ¿Por qué no sólo le habían preguntado? Había habido muchos editores que querían publicar su libro. ¿Por qué no le habían permitido conocerlos?

Al leer el pasado con ojo cínico, concluyó que siempre había estado bajo el control de la CIA. En comparación con los de la KGB, sus hilos habían sido de seda, pero de todos modos había habido hilos. Comenzó a sentir que la habían controlado y supervisado desde su llegada.

Se amargó, y en el libro que estaba escribiendo se desahogó: "El público se imaginó durante años que 'fue a Suiza a recoger dinero que su padre le había dejado en bancos suizos'. Esa fantasía de mi padre comportándose como millonario occidental se afianzó en algunos lugares y echó raíces… Esa idea se creyó con tanta facilidad".[10]

Si no se hubiera detenido en Suiza, ¿habría persistido esa calumnia? El Departamento de Estado dijo que *ella* había elegido "retirarse a Suiza para descansar y recuperarse". Pero nunca fue su decisión. Ahora sentía que le habían puesto una trampa.

El rumor de todo ese oro y la riqueza que le había proveído su libro la había hecho vulnerable a Olgivanna Wright, cuyo plan, como le explicó a Joan Kennan, fue "vender a su mejor hombre por mucho dinero".[11] Svetlana había sido catastróficamente ingenua. Nunca se le ocurrió que un hombre pudiera casarse por dinero. Ésa era una trama que había visto en películas. Su padre fue tan desconfiado que le había hecho pruebas químicas al aire de sus habitaciones, nunca comía nada que no probaran antes frente a él y eliminó a todos los que le levantaban la menor sospecha. Pero ella, su hija, había confiado demasiado. Pensó que la habían amado.

Su encuentro con Taliesin había sido el "parteaguas" de toda su "experiencia estadounidense". Estaba enojada con Wes y consigo misma. Quizás pensara en el comentario de Alexandra Tolstoia de que "no había hecho suficiente con su vida". Le escribió a George Kennan con un arrepentimiento contrito. Le aseguró que nunca lo había identificado con sus "abogados neoyorquinos", pero ¿por qué no habían hecho distinto las cosas?

> PERO CUANDO, hace 10 años, George, de pronto, de la pura nada gané millones con mis memorias tan mediocres, ERA EXTREMADAMENTE IMPORTANTE —ENTONCES— que mi siguiente paso fuera el CORRECTO. Y el único paso correcto entonces era: donar lo más posible de ese dinero. Donarlo a la caridad estadounidense, a la caridad mundial por medio de Naciones Unidas, a los emigrados rusos esparcidos por el mundo, a OTROS, quienesquiera que fueran… Pero DONARLO, como prometí con mis propias palabras, en mis conferencias de prensa, en mis apariciones televisivas en la primavera de 1967.
>
> Que no se haya hecho eso es MI culpa, por supuesto. No tuve las agallas para insistir en lo que consideraba entonces que ERA LO CORRECTO. Como que me suavicé bajo todos esos murmullos de publicidad agradable y fama y pláticas lindas y cartas amigables sin fin. Me abrumó todo eso, y me rendí…
>
> Hace 10 años pude haber destruido la mala reputación de la "hija de Stalin" al donar el 80% de las regalías de mi primer libro, lo presentía; sabía que era el ÚNICO paso CORRECTO que dar. Y fallé. Fallé como cuando en el tenis uno se cae en vez de dar el revés correcto.
>
> Fui una perdedora en mi juego de apuestas altas…
>
> Hoy no soy capaz de perdonarme, y no puedo encontrar una excusa para todos los demás involucrados.[12]

¿Svetlana estaba revisando el pasado? ¿En serio había querido donar la mayor parte de su dinero? Es muy posible. Hacia el final de su vida y para sorpresa de sus amigos, siempre estaba donando cosas. Pero no admitió por completo que había sido su propia impulsividad lo que la mandó hacia Wesley Peters, y sin duda eso debió de haber pasado por la mente de Kennan mientras leía su carta.

Ahora, irónicamente, el dinero era una preocupación constante para Svetlana. Un amigo de Princeton sugirió que debería reimprimir sus primeros dos libros en un solo volumen. Probablemente no obtendría mucho dinero, ¿pero por qué no? Había sido un éxito de ventas 12 años atrás. Pero no tardó en descubrir que aún no podía reimprimir *Sólo un año*. Seguía en imprenta y supuestamente en venta, aunque no pudiera encontrar copias en las librerías. También, para su sorpresa, descubrió que no era dueña de los derechos de su primer libro, *Rusia, mi padre y yo*.

En Suiza, en 1967, el despacho de Greenbaum, Wolff & Ernst había creado Copex Establishment en Lichtenstein para encargarse de su visa y de los derechos de su libro. Eso había sido por conveniencia y por evadir impuestos, pero sin duda legal, porque no era ciudadana estadounidense. Pero, sin pensarlo, le había cedido todos sus derechos a Copex.

En 1967 el despacho Greenbaum estableció dos fideicomisos para Svetlana. Cuando exigió que le enviaran su dinero a la cuenta que tenía con Wes en Wisconsin en 1970, el fideicomiso personal, el Fideicomiso Allilúieva, había sido disuelto. Pero el segundo fideicomiso, el Fideicomiso de Beneficencia Allilúieva, continuaba. Por razones de impuestos, lo habían convertido en 1968 en un fideicomiso irrevocable, administrado por una junta de la que ella era miembro. Según el abogado de *copyright* que contrató, E. Parker Hayden Jr., cuando se disolvió Copex, en 1972, los derechos y las regalías de su libro habían sido asignados no a ella, sino a su Fideicomiso de Beneficencia Allilúieva. Aunque fuera miembro de la junta, dijo que nunca le informaron nada al respecto. ¿Por qué los abogados no le habían devuelto sus derechos? Edward Greenbaum murió en 1970 y es posible que haya habido un poco de confusión, pero no se hizo el menor esfuerzo por corregir el error, si lo hubo. Para Svetlana, era como si los abogados le hubieran robado su libro. Estaba furiosa. Como cualquier autor lo habría hecho, sintió que aquello constituía una profunda violación personal.

Svetlana entonces hizo algo que había evitado hacer durante años. Invitó a una periodista, Sharon Schlegel, del *Trenton Times*, a su casa para que la entrevistara. Quería que el mundo supiera que no era millonaria. El largo artículo de Schlegel fue reimpreso en el *Washington Post*, con el título “Ya no quiero ser Svetlana”. Schlegel comenzó con un retrato de las modestas condiciones de vida de Svetlana y repitió la historia de su deserción, su divorcio de Wesley Peters y su dinero perdido.[13] Citó a Svetlana: “No soy una persona codiciosa que haya venido

aquí a ganar dinero… Vine aquí a vivir en el mundo libre, como enemiga del comunismo. Hice algunos sacrificios [se refería a sus hijos]". También dijo que ahora creía que "los honorarios legales cobrados por sus primeros abogados estadounidenses… fueron exorbitantes".

Schlegel entrevistó a representantes del despacho Greenbaum, Wolff & Ernst y reportó su respuesta: "Los abogados [no mencionados] conectados tanto a la venta de su libro como a su serialización niegan que nunca se le haya informado por completo y destacan que de hecho estaba ansiosa por la serialización a nivel mundial. Dicen que su recuento es 'patético y confundido: ha pasado por mucha infelicidad' ".

Hacia el final de su artículo, Schlegel reportó la indignada respuesta de Svetlana a un recorte de periódico que declaraba: "A sus 53, la señora Peters se está escondiendo del público".

"Bueno, no me estoy escondiendo del público. Estoy criando a esta niña. Y toma tanta de mi fuerza y estoy cansada la mayor parte del tiempo… Ése es el interés número uno en mi vida y no considero que tales tareas sean de segunda." Svetlana no entendía la misoginia estadounidense. En la cultura soviética, sobre todo después de que las purgas y la guerra habían reducido tan drásticamente la proporción de hombres a mujeres, una madre soltera que criara a una hija sola casi era la norma.

Finalmente, Schlegel preguntó: "¿Ha valido la pena, después de todos los malentendidos y desilusiones que han sucedido estos 12 años?" Svetlana contestó: "¡Ay, sí! ¡Ay, sí!… Viré mi vida de un camino a otro con mi propio esfuerzo… Fue una oportunidad única; nunca había salido antes del país, sabe. Una vez en tu vida puedes tomarlo o dejarlo. Yo lo tomé. Nunca me arrepentiré".

Svetlana se resintió por el artículo publicado. Era condescendiente y no aclaraba nada. Se lo envió a George Kennan, con el comentario:

> Nuestros queridos Greenbaum, Wolff & Ernst ahora se atreven a decir que "de hecho estaba ansiosa por la serialización a nivel mundial" e incluso que "conocía cada detalle del dinero que ganaban". Y etcétera, interminablemente. Su nombre no se menciona [Schlegel no había identificado al despacho de abogados], ni el tuyo, pero el MÍO siempre está abierto a cualquier calumnia.

Kennan no contestó. Svetlana le escribió de nuevo, mordaz:

> La hipocresía, incluso la honorable y presentada como "buena imagen", nunca lo llevará a uno al destino deseado. Todos los esfuerzos serán infructuosos. Mejor ser "vulgar" y franca, que no es tan digno ni del mejor de los gustos… Adiós, George. Siento que te hayas asociado con mi nombre tanto tiempo —frente al ojo público—, espero no haber manchado tu IMAGEN demasiado con mi sola existencia. Vas a estar bien, honrado y respetado… Por favor no te molestes más por mí.[14]

Seguía siendo rusa. Una carta enojada suya podía sentirse como si te estuviera desollando. Lo sabía. Pensaba que parte del problema era su "torpe inglés". Incluso cuando los estadounidenses hablaban directamente, siempre ofrecían "fórmulas corteses". Desafortunadamente, nunca había sido muy buena en eso, ni siquiera en su lengua nativa, pero "en un idioma extranjero todo pensamiento inevitablemente parece simplificado hasta un punto de vulgaridad desagradable. Y ser directa suena casi grosero".[15] Era como la abuela Olga, que siempre decía: "Mi lengua es mi enemiga". Al superar el enojo, Svetlana no tardó en escribir a Kennan una carta de disculpa. Aunque no esperaba que continuara su estrecha amistad, quería que Kennan supiera que ella no era, en sus palabras, "una *cerda* ingrata".

Pero le escribió con más candor a su hija Joan: "A mis 53 años me siento cansada, asqueada y muy *amargada* por muchas cosas que he pasado en Estados Unidos desde 1967. ¡*No* soy la misma persona que tú y Larry conocieron *entonces*, Joanie!"[16]

Kennan finalmente sí hizo un esfuerzo infructuoso por ayudar a Svetlana a recuperar sus derechos de autor, pero siempre rechazó la idea de que la hubieran manipulado de alguna forma. Kennan le explicó a Donald Jameson de la CIA que sí, él había sugerido el despacho Greenbaum. Éste era su vecino, y eso significaba que "yo podía manejar el asunto por medio de él sin peligro de que se filtrara prematuramente a 10 000 editores hambrientos, que matarían por llegar a Svetlana". Sin duda, los abogados le habían cobrado "una suma sustanciosa por sus servicios, pero como la volvieron una mujer rica… no podía esperarse menos". Que se hubieran aprovechado de ella de manera deliberada estaba "totalmente fuera de discusión". Era muy probable ella no entendiera todos los detalles de los acuerdos, ¿pero qué cliente no había estado en esa posición? Aconsejó que, después de tanto tiempo, deberían devolverle los derechos si era "legalmente posible. Pero debería ser sin comentarios contra sus abogados".[17]

Svetlana ahora estaba descubriendo por su cuenta que no tenía las habilidades necesarias para sobrevivir en un sistema capitalista. Durante sus primeros 40 años nunca había administrado dinero; cuando estaba desesperada pudo pedirle a su nana Alexandra Andréievna, que de hecho recibía un salario, un préstamo. En su círculo de amigos intelectuales, los que tenían un poco lo compartían. Todo en Estados Unidos parecía tener que ver con dinero y éxito, y ella no poseía ninguno de los dos. Había trabajado en el prestigioso Instituto Gorki y podría haberse adscrito a una universidad estadounidense, como hacían muchos ex disidentes, pero sabía que como hija de Stalin siempre sería un fenómeno, una curiosidad. Debía ganar dinero escribiendo, pero no podía reimprimir sus primeros dos libros ni podía conseguir un contrato para un tercero.

Svetlana no necesitaba mucho dinero para ella —vivía de forma muy austera—, pero la impulsaba una idea fija que le venía de su madre. Su hija debía tener la mejor educación, y eso implicaba inscribirla en una escuela privada. Vio declinar sus ingresos: ahora sólo obtenía unos

18 000 dólares al año de sus inversiones, una suma que no era escasa a finales de los setenta, pero necesitaba varios miles más sólo para la Escuela Stuart. Su solución fue seguirse mudando. Se cambió cuatro veces en los siguientes años. Cuando se trataba de elegir entre pagar las cuotas de escuela privada de Olga o pagar la hipoteca, reducía los gastos de ésta. Aquel primer año recibió a una maestra de la Escuela Stuart como inquilina.

Cuando su contrato en la Calle Mercer venció, en enero de 1979, se compró una casa en Morgan Place 40 y luego, en la primavera de 1980, la vendió. Les dijo a sus amigos que era una mala propiedad, cara de mantener, y que estaba contenta por haberse librado de las preocupaciones de ser dueña. Encontró una casa en renta en la Avenida Aiken 53. Le escribió a su vieja amiga Rosa Shand, que se había quedado con ella en esos primeros días de Princeton cuando se estaba recuperando de una operación de espalda, para decirle que de su casa nueva podía llegar a pie al centro de Princeton. Aunque no era grande, le aseguró a Rosa que, si quería enviar a sus hijas a la escuela en Princeton, podían acomodarse para que cupieran. Estaba planeando quedarse ahí, a menos que la renta sobrepasara sus límites.

La verdad era que había una parte de Svetlana a la que le encantaba mudarse. Olga recordaba el Día de las Madres en la Avenida Aiken cuando tenía nueve años. Le preparó el desayuno a su madre y se lo llevó a la cama. La vio acostada ahí, mirando pensativa por la ventana como si mirara a lo lejos. Svetlana dijo: “Es Día de las Madres, siento que quiero hacer algo especial para mí”. Olga respondió: “Okey”, suponiendo que su madre quería salir a uno de sus largos paseos en coche por el campo. Pero Svetlana preguntó: “¿Qué te parece si nos mudamos otra vez?”[18]

En la primavera de 1981, cuando la renta de su casa en la Avenida Aiken subió de 550 a 600 dólares al mes, Svetlana comenzó a buscar otro lugar para comprarlo en Princeton, pero no pudo encontrar nada que pudiera permitirse. Olga ahora era alta, de piernas largas como su padre, muy bonita, y más notablemente terca que su obstinada madre. Svetlana la llevaba a sus clases privadas de piano y guitarra, francés y equitación. Pero parecía que Olga era infeliz en la Escuela Stuart.

La directora había cambiado, y en su memoria, décadas después, Olga recordaba que había llegado a odiar la escuela. Los niños no sabían que Olga era la nieta de Stalin —Stalin no significaba nada para ellos—, pero sabían que era parte rusa y habían absorbido la suspicacia de sus padres contra los rusos. Olga estaba segura de que no era rusa sino estadounidense. Insistió en cambiarse el nombre a Chrese. A partir de entonces su madre debía llamarla por el apodo estadounidense que había elegido.

Irónicamente, había un prejuicio añadido. No sólo su madre era divorciada y rusa; tampoco era católica. Cuando Olga llegó a cuarto año en 1980 se encontró con la maestra infernal. “Era horrible por lo que hacían pasar a las niñas no católicas.” Ella y otras dos niñas —Rebecca y

Jasmine, una judía y la otra polaca— eran las únicas tres niñas sin bautizar en la escuela, y terminaron condenadas al ostracismo. “Había asamblea de oración, pero no para todos. No te permitían comulgar. Te ibas temprano a casa el Miércoles de Ceniza, porque no podías participar en la ceremonia.”

Olga recordaba haber acudido a su madre en casa y preguntar: “Entonces, ¿puedo ser católica?” Pero eso no iba a pasar. Cuando Svetlana pidió que la bautizaran como católica, le dijeron que ya la habían bautizado en la Iglesia ortodoxa rusa y que no podían bautizarla dos veces. Olga recordaba:

> Yo no sabía que había paranoia contra los rusos. No sabía quién era mi abuelo. No sabía que hubiera un problema con que una mujer estuviera divorciada, sin padre en la casa. No sabía nada de eso. Sólo sentía la ira… Me señalaban en clase, me llevaban a un lado, me avergonzaban, me humillaban, me golpeaban con el bastón en la mano… En realidad era una niña lista a la que le gustaba aprender, pero era muy, muy tímida, y estaba aterrada de mi entorno. Ésos fueron los días en que odiaba ir a la escuela. Lo odiaba.

Una mañana, Olga, que acababa de cumplir 10 años, huyó de su casa. Después de prepararle el desayuno e ir a su cuarto a despertarla, Svetlana encontró su cama vacía. Olga había dejado una nota: “Mamá, me fui de la casa. Nos vemos en la estación de autobuses el miércoles. Lo siento, pero tengo que irme”.

Svetlana estaba petrificada. Aún en su bata, corrió a la vereda y cruzó la calle, y comenzó a golpear las puertas de los vecinos. No, su hija no estaba ahí. La parada de autobuses para Nueva York estaba a la vuelta de la esquina, en la calle principal. ¿A dónde iba Olga? Un vecino amable simplemente fue hacia su Oldsmobile, le hizo una seña reconfortante con la mano y salió a buscarla. Svetlana reportó su desaparición a un indiferente oficial de policía. Estaba aterrada. ¿Debería buscar a su hija? ¿Debería sentarse y esperar? ¿Había sido “demasiado severa con ese espíritu independiente, demasiado exigente”? Al contar el incidente más tarde, dijo: “En serio me asusté hasta los huesos”.[19]

No tardó en haber un toquido en la puerta. Su vecino, sonriente, estaba ahí parado junto a Olga. Ella sostenía un ramo de narcisos y se los ofrecía tentativamente a su madre. Había estado en una tienda comprando un lápiz y una libreta cuando la encontró. Olga saltó a los brazos de su madre y dijo que nunca iba a huir de nuevo.

Svetlana comenzó a pensar en lo costosa que era la vida solitaria para Olga, una niña exuberante y extrovertida que de pronto estaba recibiendo boletas de calificaciones terribles en la Escuela Stuart. Les dijo a sus amigos que su brillante hija necesitaba “más libertad y entornos menos ‘uniformados’ ”.[20] Se mudarían de nuevo; encontrarían otra casa.

Svetlana entendía que sus amigos solían creer que algún tipo de inestabilidad psicológica era

la causa de sus migraciones constantes, y ella misma lo había pensado alguna vez. Pero ahora, en su mente, la educación de Olga siempre era el motivo de sus mudanzas. Sin embargo, en los recuerdos de infancia de Olga, ella y su madre se mudaban cada noviembre, el mes en que la madre de Svetlana, Nadia, se suicidó: esa pérdida máxima aún la consumía; era el mes que, según su hija, Svetlana asociaba con “la muerte, morir, la muerte de todo”.[21] De hecho, casi siempre se mudaban en primavera, pero para la niña fue la tristeza de su madre lo que se quedó en su memoria como la razón de sus mudanzas. Olga era intuitivamente lista, por supuesto, como suelen serlo los niños. Svetlana estaba canalizando todas sus ansiedades hacia el destino de su hija. Era el único destino que de alguna forma podía controlar.

# 29

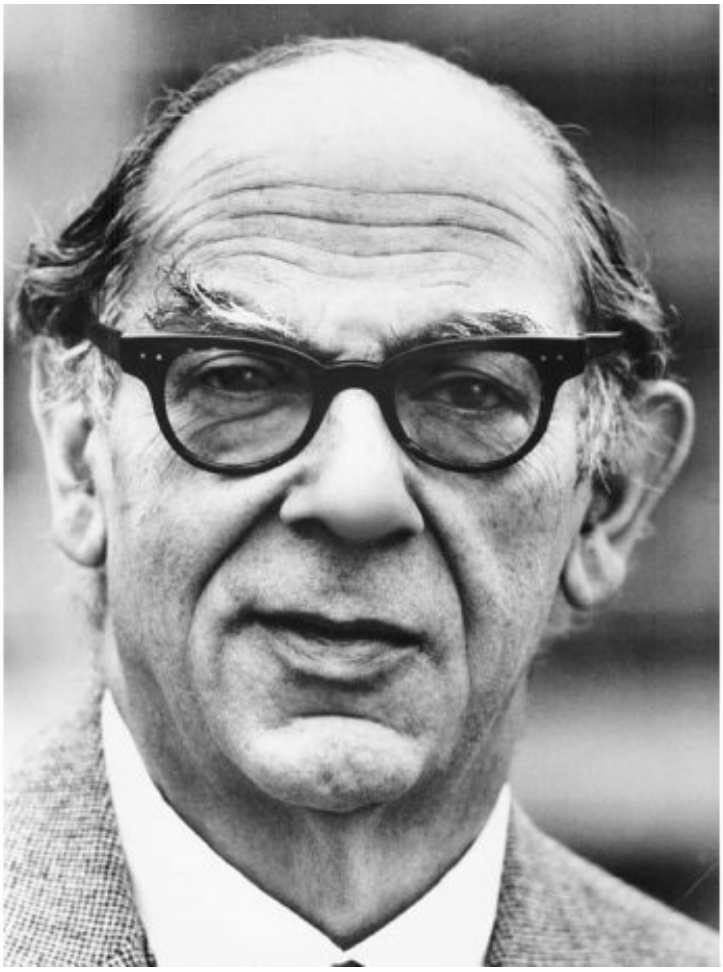
## La jungla moderna de la libertad

Por suerte para Svetlana, su amiga Rosa Shand, que había estado viviendo en Texas, se mudó de vuelta a Nueva York con su familia en el invierno de 1981. El Seminario Teológico General de la Iglesia Episcopal le había asignado a su esposo, Philip, un departamento en un edificio neogótico de piedra gris del siglo XVIII en la Calle Nueve. Los techos de tres metros y medio le daban una apariencia de Viejo Mundo al cavernoso espacio cuyo centro era la cocina, donde Rosa había pegado postales en todas las alacenas. Tan pronto como llegaba de visita, Svetlana gravitaba hacia la cocina, donde bebían té, o vodka, "con moderación",[1] y continuaban sus conversaciones sobre la fe, la literatura y los hijos. Los ojos de Svetlana jugueteaban por las alacenas con puertas de vidrio. "Alacenas de vidrio —dijo—; era la cocina en la que había crecido. Era la cocina que nunca creyó ver en Estados Unidos." [2]

Habían pasado casi 10 años desde que Rosa se sentó por primera vez a la mesa con Svetlana. Aunque subió de peso, Svetlana seguía siendo bonita cuando sonreía, con sus impresionantes ojos azul pálido y sus manos que cortaban el aire para dar énfasis a lo que platicaba. A Rosa le divertía la manera en que Olga manipulaba a su madre. Pensaba que, con su hija, Svetlana era a la vez "ultrasolícita y de acero". Decía: "No me interrumpas", pero al siguiente instante, las dos estaban abrazadas y soltando risitas.[3]

Svetlana comenzó a visitar a Rosa lo más frecuentemente que podía hacerlo. Cenaban en el comedor a la luz de las velas. Una noche memorable, al abrir una botella de champaña, Philip torpeó con el corcho y Svetlana tomó el control. Para el deleite de la familia, no tardó en tener el corcho volando y la champaña vertida hábilmente en una copa adyacente, mientras explicaba: "[Mi] padre se tomaba el tiempo para enseñar bastante bien las cosas importantes".[4] De pronto, Svetlana estaba evocando su amada Moscú: "Sus domos de cebolla bajo la nieve, la belleza siempre verde y goteante de sus panteoncitos escondidos y tranquilos, el tintineante mundo de los témpanos" y la diminuta iglesia ornamentada que la consolaba cuando miraba por la ventana de su departamento en la Casa del Embarcadero. La hija de Rosa, Kristin, se escurrió al piano para tocar el tema de *Doctor Zhivago* como fondo para las historias de Svetlana. Ésta no era la

única que sollozaba al abrigo de la oscuridad en la sala iluminada por las velas.



Cortesía de los administradores del Fideicomiso Literario Isaiah Berlin 2015, reproducida con permiso de los administradores..

Sir Isaiah Berlin, a quien Svetlana conoció en 1970.

Svetlana y Rosa vagaban por las calles invernales de Nueva York con Olga, visitaban librerías y museos y subían pesadamente las escaleras de la Estatua de la Libertad. También iban a conciertos, lo que hacía que Svetlana sintiera nostalgia por los tiempos en que llevaba a su hijo, Iósif, a conciertos en el Conservatorio de Moscú… Casi podía verlo sentado junto a ella. Qué extraños eran los giros del destino, que ahora tenía a Olushka a su lado en Estados Unidos. En cierta ocasión, Vladímir Ashkenazi le envió a Svetlana boletos de palco en Carnegie Hall, y Rosa se enteró de que era un amigo al que Svetlana no había visto en seis años. Había estado viviendo en Islandia y luego en Suiza desde su deserción, en 1963, cuando la presión de la KGB para convertirlo en *stukach* (informante) se había vuelto extrema. También conoció a su amigo el chelista Mstislav Rostropóvich, que desertó en 1974 y al que también le habían revocado su ciudadanía soviética en 1978.

Aquel mes de mayo Rosa vio una maravillosa película nueva llamada *Oblómov*, estrenada en Rusia en 1979, que parecía hecha para Svetlana. La llamó para decirle que tenía que ir a verla a Nueva York. Svetlana dijo que en sus días de estudiante había conocido a la estrella, Oleg Tabakov, y también al director, Nikita Mijalkov. Éste había sobrevivido a los censores soviéticos haciendo películas líricas sobre las estaciones en Moscú, películas sin gente.[5]

Después de dejar a Olga paseando con Philip en la Village, Rosa y Svetlana fueron al cine a la matiné. Cuando la película comenzó con la imagen de un niño corriendo por una cocina cálida y saliendo feliz a una estepa verde llena de flores veraniegas que filtraban la cegadora luz del sol, Svetlana se sintió transportada de inmediato a la cocina de Zubalovo, donde su nana, Alexandra Andréievna, la bañaba en la tina de hierro con el agua caliente que corría desde el tanque, los leños que ardían, el fuego que crepitaba, y el cuarto lleno de vapor. Aún recordaba las manos gordas y cálidas de su nana. Su madre siempre estaba fuera, haciendo algo más importante. Cuando terminó la película y corrieron los créditos mientras se cerraba el telón, Svetlana se quedó sentada, en silencio, impresionada. Permanecieron una hora en el cine oscuro y abandonado, mientras Svetlana lloraba. Para Rosa, el momento fue de cierta manera transformador. “Lo supe: ése era otro plano de experiencia. Estaba más allá de mí conmoverse así por el arte. Esto era ruso, o Svetlana, o un color disparatado del alma.”[6]

Pero la película tenía un elemento más desgarrador que Svetlana no le mencionó a Rosa. Comienza y termina con imágenes de Oblómov niño corriendo entusiasmado por verdes prados. Es una secuencia de ensueño, un recuerdo de esperar, de añorar a su madre, que volvió de un largo viaje y a quien el niño tiene instrucciones de no despertar. La madre nunca aparece en la película: sólo es una ausencia. Es imposible no imaginarse a Svetlana sacudida por la voz del niño gritando con intensa emoción por la madre que nunca aparecerá.

*Oblómov* llevó a Svetlana de vuelta a sus raíces rusas. Había insistido con vehemencia en que su hija sería estadounidense, le había dado a Olga la mejor educación estadounidense y había eliminado de manera deliberada todo lo ruso de la vida de la niña. Se negó a enseñarle a Olga la lengua rusa. Claramente estaba aislando a su hija de su historia. Sabía el costo para Olga de que la identificaran como nieta de Stalin, pero nunca había examinado la cuota que su sacrificio había cobrado en su propia psique. Se lamentó con Rosa de que se hubiera desconectado de la “música y fragancia de mi lengua materna. Lo he suprimido todo y lo he silenciado. ¡Quédate ahí, adentro, pero cállate!” Fue una cirugía terrible. “Mi alma estaba llorando, como en la cárcel, y yo no sabía por qué. Ahora está liberada.”[7] Ése era el mensaje de *Oblómov*.

Y entonces, en aquel verano de 1981, se hizo el silencio. Rosa no oyó de Svetlana hasta septiembre, cuando le escribió para decirle que su vida había caído en el caos otra vez durante el verano y que había perdido la paz, comentándole con triste ironía que después de la película

“algún tipo de brisa fresca atravesó con fuerza todo mi ser… pero sólo por un rato”.[8]

Como necesitaba una residencia más barata que la de la Avenida Aiken 53, en junio Svetlana pasó un mes frenético a la caza de un nuevo hogar. Por fin firmó un contrato para comprar una pequeña casa en la cercana Lawrenceville, un sitio suburbano a unos 20 minutos de Princeton. Decidió probar el sistema de educación pública e inscribió a Olga en la Escuela Intermedia de Lawrenceville.

Y luego, a principios de julio, se fue de viaje a Inglaterra. Aquel febrero, el periodista y personalidad mediática británica Malcolm Muggeridge, conocido por su propaganda conservadora cristiana, le había escrito para invitarla a una entrevista en la BBC. Le proponía una discusión sobre el resurgimiento del cristianismo en la Unión Soviética. Dijo que ella, que había estado en el núcleo del “aparato materialista-ateo”, debía tener algunas ideas al respecto.[9] Al principio se negó, quejándose de que después de cada aparición pública siempre manipulaban sus palabras y estaba cansada de las cartas de odio que venían después, “de la izquierda y de la derecha y del mero centro”. Sólo quería vivir en paz y evitar el “odio innecesario”.[10] Pero poco a poco la idea de viajar a Inglaterra se volvió muy seductora.

Svetlana salió hacia Londres a principios de julio de 1981. Pasó cinco días con Malcolm y Kitty Muggeridge en Park Cottage, su casa de campo cerca de Robertsbridge, en Sussex del Este. La entrevista resultante, “Una semana con Svetlana”, seleccionada a partir de 20 horas de plática, finalmente fue transmitida por BBC 2 el siguiente mes de marzo. La visita resultó ser un interludio tranquilo: las caminatas bucólicas por las veredas campestres inglesas eran terapéuticas. Quizás haya reflexionado que su vida habría sido así de cómoda si no hubiera perdido todo su dinero.

Envió a Olga a Wisconsin para pasar el mes de julio con viejos amigos, y esperaba que su hija se reconectara con Wesley Peters. En secreto, Svetlana solía pensar que seguía casada con Wes, quizás porque él y Olga se parecían tanto. En el recuerdo de Olga, el encuentro fue un descalabro. Sí, vio a su padre, pero “sólo era un desconocido reservado”.[11] Cuando Svetlana decía que a Wes le gustaba algo, Olga contestaba mordaz: “¿Y qué?”, a lo que su madre respondía tímida: “Te debería importar”.[12]

A su regreso, Svetlana se tiró de vuelta al caos de su vida, retomando el ritual de desempacar y explorar su nuevo barrio. Le desagradó de inmediato. No había lugar para caminar. Las calles estaban llenas de coches por las noches; extrañaba los preciosos árboles de Princeton. Pero había firmado un contrato para comprar la casa y estaba atrapada. Se regañó. Debió de haber sabido que no era buena idea hacerles caso a los agentes de bienes raíces. Esperó ansiosa a que volviera Olga de Wisconsin. Sin su hija, deambuló por la casa vacía, con la esperanza de que las cosas se acomodaran.

Luego descubrió, para su horror, que el director y la mayoría de los niños en la nueva escuela de Olga eran ucranianos. ¿Cómo reaccionarían los ucranianos cuando descubrieran quién era Olga? Muchas de las cartas de odio que recibía eran de ucranianos que le decían: "Cáete muerta, o vuelve al Moscú rojo al que perteneces".[13]

Una clave para la psicología de Svetlana era que a veces se convencía de explicaciones paranoicas para hacer lo que en realidad quería hacer; en este caso, mudarse. Si los administradores de la escuela hubieran descubierto que Olga era la nieta de Stalin, ¿habrían dicho algo? La Escuela Stuart protegía la privacidad de Svetlana y de Olga.

Por supuesto, la paranoia era una reacción refleja de la mayoría de los exiliados políticos soviéticos. Ni hablar de la hija de Stalin. Era defensa propia en automático. Las purgas y la hambruna en Ucrania habían sido especialmente brutales durante el régimen de Stalin. Sólo haría falta una persona para iniciar una campaña de odio. Svetlana decidió que no podía correr el riesgo. No podían vivir en Lawrenceville. Tenía que mudarse otra vez.

Cada vez que se sentía acorralada, Svetlana actuaba precipitadamente y tomaba decisiones frenéticas. Encontró otra casa, esta vez en la cercana Pennington, y la compró, con lo que vació aún más la parte principal de sus inversiones. Ahora era dueña de esa casa y de la de Lawrenceville, y ya casi no tenía dinero. Le escribió arrepentida a Kitty Muggeridge: "Siento que soy una mala madre".[14]

Svetlana había retomado el contacto con una vieja amiga georgiana, Utia Dzhaparidze, ahora profesora en Hartford College, en Connecticut. Utia se horrorizó al enterarse de que Svetlana estaba viviendo en el pueblo suburbano de Pennington. ¡Pennington arruinaría a Olga! Las dos terminarían como "Archie Bunkers". Olga necesitaba la ciudad de Nueva York para conocer el mundo. Utia sugirió varias escuelas privadas. Svetlana le escribió a Rosa: "Estaba TAN FELIZ de que alguien me dijera todo eso. Y ya estaba tomando nuestras *vidas* en sus manos".[15]

Uno de los peores legados de la infancia de Svetlana era su terror a actuar por su cuenta y que le salieran mal las cosas. Y casi invariablemente, acudía a un hombre. Le dijo a Rosa: "*Sé que no logré* abrirme camino en esta jungla moderna de la libertad a la que corrí hace 14 años". Y reportó las palabras de Utia. " 'Ludka [el hijo de Utia] *es un hombre* y PUEDE tomar tu vida en sus manos y ayudarte a ti y a Olenka', me gritaba, y yo me derretía como helado bajo el sol." Aunque creía que su propia sumisión era un fracaso, Svetlana parecía incapaz de resistirse. Le dijo a Rosa: "*He perdido mi voluntad propia por completo*. A menos que algo o alguien me tome de la mano y la jale con fuerza en la dirección correcta, no sería capaz de hacer las cosas por mí misma".[16]

Alguien diagnosticaría a Svetlana como maniaca-depresiva, o bipolar, pero tal diagnosis no tomaría en cuenta las presiones bajo las cuales aún vivía como hija de Stalin. Era como si

Svetlana tuviera dos modos: sumisión abyecta y rebelión total. Se había casado con un judío contra el deseo de su padre mucho antes de desertar de su país, un acto por el cual creía, sin equivocarse, que la habría matado. La censura de su padre se arrastraba por su mente mucho después de su muerte. Siempre estaba luchando por encontrar su propia autoridad, su propio camino. Aceptaba abyecta el consejo de los demás y luego se rebelaba. Cada paso nuevo estaba inevitablemente cargado de dudas. ¿Estaba haciendo lo correcto? Pero también podría decirse que parte de esa dinámica era un rasgo de la psicología soviética. Para sobrevivir en la Unión Soviética era normal, e incluso necesario, identificar un mecenas o un protector para poder refugiarse bajo sus alas.

Svetlana no estaba pensando en Nueva York, sino en Europa. Como muchos emigrantes europeos, creía que los niños estadounidenses eran indisciplinados. Olga ya era una pequeña rebelde. Svetlana le dijo a Rosa: "*Actuamos exactamente* como lo describen todos esos horribles libros madre-hija que he visto… Mi hija estadounidense me da todo ese desacuerdo constante sobre cualquier cosa".[17] Olga era una chica muy brillante a la que le iba mal en la escuela. Si pudiera adaptarse, un internado inglés o suizo con altos estándares educativos la pondría de nuevo en el buen camino.

Svetlana mandó solicitudes de beca a internados británicos y suizos de habla inglesa, y les advirtió a sus amigos, si pedían información a su nombre, que nunca mencionaran quién era. Lo último que necesitaba era reportes en los periódicos estadounidenses de que estaba abandonando Estados Unidos. Prefería mantenerse invisible. Poco antes, cuando la invitaron a asistir a un almuerzo presidencial en la Casa Blanca para conmemorar el centésimo cumpleaños de Franklin Delano Roosevelt, le escribió a Nancy Reagan para decir que estaba enferma.[18] El prospecto de fungir como suplente de su padre la horrorizó.

En febrero de 1982, cuando Svetlana visitaba a Rosa y ella y los Shand estaban todos sentados a la mesa para cenar a la luz de las velas con la música de Handel de fondo, sonó el teléfono. Era el filósofo británico sir Isaiah Berlin, quien preguntaba por Svetlana. A Rosa le intimidó la voz del gran hombre, el mismo hombre que había viajado a Rusia a conocer a Anna Ajmátova. Svetlana explicó que Berlin era un amigo al que había conocido en 1970. Estaba en Nueva York e iba a hablar con él de mudarse a Inglaterra. Era uno de los que podían decirle lo que más le convenía. Que le dijeran qué hacer era lo que necesitaba en ese momento.

Svetlana le dijo a Berlin que quería volver a una vida intelectual. Qué extraño era que incluso bajo las severas presiones de la vida cultural en la URSS, fuera más fácil tener una vida intelectual intensa allá que en Estados Unidos, donde había estado sonámbula durante 15 años.[19] Berlin le dijo que tenía que volver a escribir. Que se olvidara de escribir sobre Estados Unidos. Debería volver al principio e intentar ver su vida entera. Debería escribir de la vida de

familia con su padre. Pero Svetlana contestó que el problema era que “no había tenido una vida de familia”. A su padre nunca le había interesado cómo procediera ella, aunque a ella le habría gustado que lo hiciera. Pero, bueno, para ser justos, a ella tampoco le interesaba lo que él estaba haciendo. Ella y su padre habían pasado su tiempo juntos en silencio, él casi siempre echando humo de ira.

Berlin le aseguró que tenía razón al suponer que sería menos visible en Inglaterra.[20] Los británicos valoraban la privacidad. Le ofreció mandar una carta de recomendación a Hugo Brunner, su editor en Chatto & Windus, advirtiéndole que cuando se trataba de editores, era, por supuesto, siempre mejor ser escéptico y luego tener una agradable sorpresa.

El 6 de abril, Svetlana partió a Londres para conocer a Hugo Brunner, a quien le pareció encantadora y cautivadora. Ella le dijo que tenía dos proyectos en mente: un conjunto de historias sobre Estados Unidos, que serían un ejercicio de calentamiento para el gran libro que pretendía escribir, y un largo trabajo autobiográfico que aún no estaba lista para definir explícitamente. Brunner le dio la carta que necesitaba para su solicitud de visa:

> 8 DE ABRIL DE 1982
>
> La señora Lana Peters, que desea vivir y trabajar en el Reino Unido, es una escritora distinguida y exitosa. Se dedicará a su carrera en este país. Actualmente trabaja en dos libros, y es nuestra intención publicar ambos.[21]

Rosa arregló que Svetlana se quedara en Londres con unos amigos a los que ella y Philip conocían desde sus días de misioneros en Uganda. Por medio de ellos, Svetlana conoció a Terry Waite, que entonces fungía como asistente del arzobispo de Canterbury, aunque en unos años se volvería conocido cuando, mientras trataba de negociar una crisis de rehenes en Líbano, él mismo fue secuestrado y mantenido como rehén durante casi cinco años.

Por coincidencia, Rosa estaba en Inglaterra, visitando a unos amigos en Cambridge, cuando llegó Svetlana. Los hijos de los anfitriones de Rosa iban a una escuela de cuáqueros llamada Escuela de los Amigos, en el pueblo cercano de Saffron Walden, y Rosa pensó que a Svetlana quizás le interesaría verla. Después de acordar una junta con el director, Waite, Rosa y Svetlana partieron a Saffron Walden en Domingo de Pascua. A Svetlana, la propiedad de 200 años de antigüedad le pareció hermosa, y el director, simpático. Con la intercesión de Waite, inscribieron a Olga. En la mente de Svetlana el futuro estaba decidido. Estaba trabajando con un editor. A partir de sus generosas cartas, suponía que Berlin la había tomado como protegida. Olga pasó los exámenes de admisión para la Escuela de los Amigos. Todo lo que tenía que hacer Svetlana era sobrevivir hasta el otoño.

Pero entonces la solicitud de visa de Svetlana se puso difícil. Sir Isaiah le escribió a su amigo

Francis Graham-Harrison, describiendo a Svetlana como “una dama digna, seria, intelectual, un poco melancólica (lo que no es sorprendente, en sus circunstancias), de presencia y encanto considerables”. Sí sentía que se comportaba un poco como una “princesa de una corte alemana menor” o como “una exiliada distinguida en una tierra extranjera”, pero había leído sus libros y estaba claro que tenía talento literario. Su carta concluía: “Mi interés en esto es el de alguien a quien el predicamento de la señora Peters le pareció uno difícil, y ella, un ser humano bastante noble y sin duda conmovedor… No se me ocurre ninguna objeción a dejarla venir a vivir aquí algún tiempo”.[22] Graham-Harrison envió una nota al Ministerio del Interior. La visa de Svetlana salió.

Para el 1º de agosto Svetlana había logrado vender su casa de Lawrenceville y la de Pennington, y recuperar buena parte de su capital. Los amigos de Rosa le consiguieron un departamento en Cambridge que pudiera permitirse. A finales de agosto ella y Olga volaron a Gran Bretaña para comenzar su nueva vida.

CUARTA PARTE

# Aprender a vivir en Occidente

# 30

# Calle Chaucer

Svetlana se mudó a su piso en la Calle Chaucer 12-B. La casa le pertenecía al doctor Donald Denman, un profesor de economía agraria en Cambridge. Era húmeda y sombría, con esa peculiar atmósfera claustrofóbica típica de las casas victorianas inglesas, aunque había un jardín trasero hermoso y sustancial, que llegaba hasta un arroyo. La Calle Chaucer estaba a las afueras de Cambridge, y la caminata a la ciudad pasaba por los jardines botánicos, a lo largo de un riachuelo serpenteante. El nido en el ático de Svetlana era un remanente del siglo XIX: pequeño, sin calefacción central. El agua caliente goteaba hacia la tina y el viento frío entraba por los agujeros de ventilación detrás de la estufa de gas. Bromeó en cartas a Rosa Shand que la construcción le recordaba "mi antigua Rusia". "Muy nostálgica y *fría*."[1] Había otros dos departamentos con inquilinos en la casa.

Olga estaba internada en la Escuela de los Amigos y Svetlana tomaba el camión o el tren desde Cambridge para recogerla los fines de semana. La escuela, fundada en 1702 como institución cuáquera dedicada al internacionalismo, dominaba el pueblo mercante medieval de Saffron Walden, con sus calles estrechas y sus callejones hacia los que las casas se inclinaban como vecinos amigables.

Olga recordaba: "Siempre nos estábamos mudando. Era ir y venir entre California, Carlsbad, Princeton, dar vueltas por Nueva Jersey, todo el tiempo era una casa nueva". Con la estabilidad recién encontrada, estableció amistades íntimas con las chicas de su dormitorio. Sus amigas más cercanas venían de Brunei, Kuwait, Uganda, Zimbabue, Sudáfrica y, por supuesto, Inglaterra. No tardó en tener una maravillosa sensación de pertenencia:

> La prensa estaba zumbando cuando nos mudamos a Inglaterra, pero de alguna forma Mamá logró mantenerme bien refugiada. Aún no sabía nada de mi abuelo. [Amigos] era una escuela increíble en la que me aceptaron y florecí. De hecho fui capaz de tener una personalidad por primera vez en la vida.[2]

Cortesía de Rosa Shand.

En esta fotografía de 1984, una Olga de 13 años posa con un bulldog en una feria británica.

Sin Olga presente para estructurar sus días, Svetlana trató de recoger los hilos de su vida de escritura. Después de su largo silencio como escritora, en su ático en el que el húmedo frío inglés penetraba hasta los huesos, pasó un doloroso otoño dudando de sí misma. Estaba leyendo *Habla, memoria*, de Vladímir Nabókov. Su obra era muy buena. ¿Por qué tendría ella la temeridad de pensar en escribir en inglés? Se expondría al ridículo. Y sin embargo descubrió que no podía escribir en ruso.

Le había escrito a Berlin poco después de su llegada. “Hugo Brunner quiere que escriba en mi lengua materna.” Pero le dijo a Berlin que escribir en ruso le traía “un sentimiento de dolor, que raya en la culpa”. Evocaba el pasado: su padre, el suicidio de su madre, todas esas vidas desaparecidas, el sufrimiento de sus amigos, el abandono de sus hijos… todas las pérdidas de las que se había estado huyendo “detrás de la cortina estadounidense”. Después de 15 años, ¿no era

momento de librarse de sus "*camuflajes* graciosos e *hipócritas*"?[3] Pero no podía ponerse a trabajar. Confesó que necesitaba aliento constante. Se imaginaba que el círculo de Berlin debía ser parecido al de los Tolstói en Leningrado o incluso al de sus colegas en el Instituto Gorki —Berlin había nacido en Rusia, a fin de cuentas— y podría deleitarse de nuevo en ese "inútil" hábito de los intelectuales rusos: discutir durante horas por el mero placer de hacerlo, como si fuera un deporte.

Pero mientras tanto tenía preocupaciones urgentes. Sus ahorros ahora estaban reducidos: tenía un ingreso anual de 8 000 a 9 000 libras pero eso tenía que durar y lo estaba gastando rápidamente con las cuotas del internado de Olga y los costos de su propia manutención frugal.[4] Su única solución era publicar un libro nuevo, lo que estaba decidida a hacer. Estaba segura de que lo único que necesitaba era una directiva clara de su editor, un contrato y el apoyo moral de Berlin. Le escribió a sir Isaiah que quizás debería estar geográficamente más cerca de él para sentirse incitada a trabajar más seguido.[5]

Noviembre, el mes que Svetlana identificaba con "la muerte de todo",[6] había traído su usual espiral descendente. Pero entonces, el 17 de diciembre, después de 15 años de silencio, Svetlana recibió una llamada de su hijo. Habló casualmente, como si una llamada telefónica fuera un incidente normal y no una onda sísmica. Parecía que el gobierno soviético le había dado permiso de establecer contacto con su madre. Svetlana estaba eufórica. No tardó en haber llamadas y cartas afectuosas entre ellos. Descubrió que Iósif se había vuelto a casar: esperaba que algún día conociera a su nueva esposa, Liuda. Iliá, su hijo, ahora tenía 13 años y vivía con su madre, Yelena. Cuando preguntó por su hija Katia, Iósif le dijo que Katia ya estaba casada, tenía una niñita y estaba viviendo en la remota Kamchatka, en Siberia, donde trabajaba como geofísica, pero no pudo decirle mucho más. Él y su hermana ya no estaban en contacto. No tenía fotografías de Katia que mandarle. Sus cartas solían incluir peticiones de algún texto médico en especial. Olga y Svetlana corrían en expediciones para arrasar las librerías de Cambridge y Londres, buscando volúmenes que podían costar hasta 200 libras.[7]

Cuando Iósif por fin le envió a Svetlana una fotografía suya reciente, quedó atónita. El desconocido en la foto se estaba quedando calvo, era de mediana edad y tenía una expresión triste en los ojos. En cierta forma, se parecía a su hermano Vasili. Corrió al teléfono, despertó a Iósif a medianoche y, sin más preámbulo, gritó: "Estás bebiendo. Conozco esos ojos hinchados". Él se enfureció, por supuesto, pero debió de haber dejado pasar la erupción, pues ella no tardó en escribirle a Rosa Shand: "El tiempo y la distancia no han cambiado nada… De alguna forma sí siento a mis tres [hijos] ahora juntos conmigo".[8] Estaba segura de que algún día le permitirían a Iósif viajar para verla.

Reanudó su voluminosa correspondencia. En una de sus caminatas diarias al apartado de

correos conoció a Jane Renfrew, una profesora de Cambridge y arqueóloga muy renombrada. Sabiendo quién era, Renfrew le invitó un café. Tomaron la costumbre de sentarse en la cálida cocina para charlar. Svetlana no tardó en contarle de su pasado en la URSS. Habló de su padre, de lo difícil que había sido crecer y darse cuenta exactamente de quién era. Renfrew recordaba haber pensado: "No puedes elegir a tu padre". "Era duro para ella, muy duro. A fin de cuentas, era su padre, y su padre sí le mostró cierto cariño." Dijo: "Sólo quería que ella hablara, porque necesitaba hablar".[9]

Philippa Hill, viuda de un reconocido físico con algunas conexiones familiares remotas en Rusia, también vivía en la Calle Chaucer, y ella también le tomó cariño a Svetlana, a quien recordaba como muy cálida. Sólo "necesitaba que la dirigieran fuera de sus refunfuños y entonces podía ser una maravillosa contadora de historias de su pasado".[10] Pero Hill entendía que Svetlana podía ser difícil. "En realidad Svetlana no sabía cómo manejar la vida, supongo. Ésa era la verdad de las cosas." Hill pensaba en ella como "casi una gitana": "vivía una vida ambulante".[11]

Una de las amigas más cercanas de la escuela de Olga era una chica llamada Emily Richardson, y la madre de Emily y Svetlana no tardaron en hacerse amigas. Rosamond Richardson vivía en una preciosa cabaña con techo de paja en Saffron Walden y había convertido su garaje en un pequeño estudio con un sofá-cama, que Svetlana usaba cuando se quedaba a dormir. Svetlana bautizó al estudio como "la dacha". Richardson reía con el recuerdo de la mañana en que Svetlana llegó a desayunar y dijo: "Espero que no te importe. Moví los muebles". Había movido la cama al otro extremo del cuarto porque quería ver hacia el otro lado. "Era absolutamente adorable."

> En serio me encantaba el alma de Svetlana… Es difícil de definir, pero hay algunas personas que simplemente tienen una dimensión y una suerte de profundidad en algún lugar de su alma… Podía reaccionar con profundidad a las demás personas, con una calidez enorme… Había una suerte de espiritualidad profunda en Svetlana. Dios en el sentido más amplio posible, pero siempre, por supuesto, insatisfecha con su presentación, de tal forma que ni siquiera la mística india podía cumplir con sus exigencias… [Esa hambre] era tan poderosa como para mantenerla en ese camino, por así decirlo, para que no se desviara sólo por no encontrarlo.

Pero Richardson también entendía que Svetlana podía "cambiar como el clima. Era muy engañosa". Richardson sentía que eso "tenía que ver con una herida emocional que nunca había sanado". "Tenía tanto optimismo y una energía increíble, lo que por supuesto podía canalizarse por el callejón equivocado para ella, y hacia un montón de enojo." Estaba exhausta por las ideas erróneas que la gente le endilgaba. "Quería tener control sobre todo eso, ¿no? Hasta cierto punto era comprensible, porque había tantas interpretaciones que pesaban sobre ella."

Richardson creía que ésa era la tragedia de Svetlana. Todos reflejaban sobre ella el hecho de que fuera la hija de Stalin —la gente no podía evitarlo—, así que un autoconocimiento impoluto era casi imposible. “No estoy segura de que pudiera verse a sí misma como era en realidad.” Pero Richardson sentía que lo único que mantenía a Svetlana en el mundo era su amor por Olga. “Su amor mutuo nunca se destruyó ni se derrochó.”[12]

Ahora Svetlana comenzaba a tener dudas sobre la Escuela de los Amigos. Cuando se quejó con Terry Waite de que la escuela no conseguiría que su hija entrara a Oxford ni a Cambridge, él contestó: “No entiendes. Necesita que la acepten. Va a ser una adolescente. Los cuáqueros son las únicas personas que le van a dar lo que necesita. Va a tener una buena educación aquí, pero lo más importante es que va a estar segura”.[13]

Waite tenía razón. En la Escuela de los Amigos el acoso escolar era inaceptable. Tal como lo recordaba Olga, si te descubrían fumando o bebiendo, o besando a un chico, te castigaban. “Pero cualquier forma de racismo, sexismo —¡Dios nos libre!— o pelea: expulsión inmediata. Hasta ponerse apodos era inaceptable.” La escuela la protegía y eso sería invaluable. La primera prueba llegó a principios de abril, durante su primer año en la escuela.

El *Daily Mail* descubrió que la nieta de 11 años de Stalin (cumpliría 12 en mayo) estaba viviendo en Saffron Walden y que su madre residía en Cambridge, en la Calle Chaucer. Los reporteros cayeron sobre la Escuela de los Amigos justo antes de las vacaciones de Pascua, la primera semana de abril. Olga recordaba ese incidente con una suerte de indignada diversión.

> Todos los chicos se estaban yendo; algunos de nosotros nos quedábamos una noche más. Yo me iba a quedar una noche más. Y de pronto uno de los maestros me dijo que me iba a llevar a casa. A Cambridge, que estaba como a una hora y media. Pensé que eso era realmente raro. Pero nosotras no teníamos coche, así que sólo me imaginé que Mamá no quería venir en camión a recogerme. Tuve que agacharme mientras salíamos por los portones. El maestro me dijo que me acostara en el asiento trasero y me cubriera con una sábana. Y había *paparazzi* rodeando los portones. Y yo no podía entender qué estaba pasando. Y supuse —recuerdo haber pensado que les estaba pasando a todos los chicos— que por alguna razón estaban teniendo que sacar a todos los chicos de contrabando de la escuela, ¡no sabía por qué! Así que llegué a casa y había reporteros afuera, en la banqueta, y al frente de la casa.[14]

Svetlana estaba muy enojada. Había querido contarle a Olga de su abuelo a su manera y sólo cuando pensara que su hija estaba lista. Sentó a su hija, le mostró una foto de Churchill, Truman y Stalin en la Conferencia de Potsdam en Alemania, en julio de 1945, y dijo: “Ése es tu abuelo”. Décadas más tarde, Olga recordó: “Mamá me contó todo, y me mostró las fotos y trató de explicarme. Digo, yo apenas tenía noción de los presidentes de Estados Unidos en ese entonces”. Svetlana la consoló. “No te preocupes por eso, eres tan estadounidense como el pay de manzana: tu padre es de Estados Unidos.”

Svetlana sabía que tenía mucho más que decir, pero no podía obligarse a decirlo. ¿Cómo le dices a tu hija que su abuelo era Iósif Stalin? Le preguntó a Jane Renfrew si podía hablarle a Olga de Stalin, pero Renfrew se negó, y sugirió que Svetlana se lo pidiera al director de la Escuela de los Amigos.[15]

Cuando Olga volvió a la escuela al final de la semana, otra vez llevada por un maestro, los reporteros seguían al acecho. Su foto había estado en todos los periódicos. Los reporteros repetían obstinadamente el apodo que había adquirido en la escuela, "Santos Palos de Hockey", por sus piernas largas y su origen estadounidense. Ninguno de los adolescentes tenía mucha idea de quién era Stalin, pero Olga sí recordaba que una de sus compañeras de cuarto en el dormitorio exclamó: "Por Dios, he estado durmiendo junto a una rusa todo este tiempo. Pudo haberme matado mientras dormía".

Los artículos de periódico que siguieron hicieron públicos los detalles que Svetlana había escondido con tanto cuidado: la escuela a la que asistía Olga, sus cuotas (3 000 dólares), una descripción del departamento de Svetlana y el nombre del casero. Cuando los reporteros la contactaron, contestó brusca: "No le concedo entrevistas a nadie… No hay absolutamente nada que agregar a la única verdad de que estamos aquí en Inglaterra por la educación de mi hija". A finales de mayo, hasta el *New York Times* había tomado la noticia: "La hija de Stalin vive en una ciudad universitaria británica".[16] La fuente de mucha de la información parecía ser Malcolm Muggeridge, a quien citaron diciendo que Svetlana era una mujer quebrada por el miedo a su padre, cuya muerte había llegado como un alivio. Era vulgar; era doloroso. La verdad era mucho más compleja que eso. Al concluir que Muggeridge era el *soplón*, Svetlana estaba lívida. Había violado la privacidad de su hija. La había expuesto. En su ira sin bridas, le escribió: "Maldigo el día en que le escribí… Es usted una de esas naturalezas demoniacas obsesionadas que deberíamos *evitar* a toda costa".[17]

Al mismo tiempo que la prensa la acosaba, Svetlana les expresaba sus frustraciones a Isaiah Berlin y a su esposa. Desde su llegada, sólo se habían encontrado dos veces para almorzar en un café. ¿Era eso amistad? Berlin le había dado muchas más esperanzas. Él era el que la había buscado en Estados Unidos. Fue su consejo lo que la llevó a Inglaterra. Extirpó todas sus raíces por su recomendación, y sin embargo no le había presentado a un solo amigo.[18]

Aquel verano logró reanudar el trabajo con su manuscrito y no tardó en enviarle un borrador de 200 páginas a Hugo Brunner en Chatto & Windus. Como esperaba unas memorias familiares del Kremlin, Brunner no estaba complacido. Le escribió de vuelta que el manuscrito quedaría mejor con un editor estadounidense. Le deseó buena suerte y le dijo que le encantaría escuchar cómo salían las cosas.[19] La brusquedad casual del rechazo de Brunner hizo un corte profundo.

Svetlana estaba atrapada en un lío. A la gente sólo le interesaba la Svetlana del Kremlin, lo

que pudiera decir sobre Stalin. Sabía que podía ganar una fortuna escribiendo sobre Stalin, pero se rehusaba a ser la biógrafa de su padre.[20] Quería contar su propia historia. Su manuscrito, "Música lejana", era la narración de su llegada a Estados Unidos, su matrimonio con Wesley Peters y el trato sin escrúpulos que le dio Olgivanna Wright. También delineó lo que sentía había sido su manipulación a manos de los abogados e incluyó sus contratos con Copex en un apéndice. Renunciando a su paternidad, le dedicó su libro al espíritu de su madre, Nadia. "Soy hija de Nadia Allilúieva, no de Stalin", escribió desafiante.[21]

Entonces volvió su atención de vuelta a Isaiah Berlin, a quien pidió que leyera su manuscrito. Cuando no contestó, Svetlana quedó atónita. Pensó que su secretaria, Pat Utechin, debía de haberlo vuelto en su contra.

Utechin fue extremadamente amigable, incluso antes de que Svetlana llegara, y le ayudó a instalarse en Cambridge. Cuando Svetlana mencionó que su hijo, Iósif, la había llamado, Utechin dijo que conocía a muchos catedráticos de Oxford que viajaban a Moscú. Podrían lograr encontrarse con su hijo y traerle noticias. Pero después de su emoción inicial, Svetlana lo dudó. De pronto le estaba enviando a Utechin largas epístolas: ¿acaso la persona que Utechin tenía en mente sabría lo que estaba haciendo? De lo contrario, podría ser peligroso para su hijo. ¿Acaso los catedráticos de Oxford serían discretos? Si no, ella misma podría convertirse en objeto de habladurías en Oxford. Aunque era británica, Utechin había estado casada con un ruso y tenía profundas conexiones en la comunidad de exiliados rusos. Svetlana estaba segura de que se había convertido en objeto de rumores.

Utechin se convirtió en el enemigo. ¿Acaso Berlin le había endilgado a su secretaria? Quizás la mujer no le había entregado las cartas o no le había ofrecido un retrato claro de sus circunstancias. Le escribió con rabia a Berlin: "No logro comprender qué salió mal". Había esperado más de un humanista de su estatura. "Que Dios le dé justicia plena, de acuerdo con sus falsas promesas y sus garantías hipócritas. Su secretaria no es más que una perra falsa, una agente de inteligencia (¡tenga cuidado!) y una mentirosa. *Odio el día en que hablé con usted* en Nueva York en enero de 1982: había *[sic]* hecho pedazos mi vida."[22]

Evidentemente Svetlana estaba fuera de control, pero uno no podía crearle expectativas y luego frustrarlas sin consecuencias. Berlin le había ofrecido amistad; ella tenía una comprensión típicamente rusa de la amistad. Lo consumía todo y no tenía fronteras. Esperaba el mundo de parte de Berlin. No parecía ocurrírsele que su apoyo se había basado en una amabilidad casual; él tenía su propia vida profesional muy ocupada, con sus propias prioridades. Cuando se sentía herida, Svetlana perdía todo control. Incluso había admitido ante Berlin que, una vez que comenzaba "a hacer mis propias especulaciones, tratando de 'visualizar' las cosas… me dejo llevar y todo se hace mierda por completo".[23]

Berlin estaba atónito por lo que llamó “su amarga, violenta y muy hiriente carta”.[24] Hizo lo que había ofrecido hacer: recomendarla con su editor y escribir una carta para intervenir ante el Ministerio del Interior. Ella le contestó, más tranquila, que nunca había esperado convertirlo en “chivo expiatorio” de todos sus infortunios, pero que sí esperaba más comprensión de alguien como él. Debió de haber mostrado más magnanimidad y generosidad. Estaba amargamente decepcionada.[25]

Cuando llegó el verano, parecía haber recuperado la ecuanimidad. Leyó *Recuerdos, sueños, pensamientos*, de Jung, y estaba fascinada con su teoría de la necesaria integración de la persona y el yo en la evolución de la psique. Le escribió a Berlin para disculparse por sus “muy malos modales y mucho mal genio”. Era demasiado tarde en su vida para cambiar su genio georgiano, como lo llamaba, pero se sentía avergonzada. Se había “enojado de una *manera más caliente. Me enojé con demasiada gente,* aquí en GB, allá en EUA… Como este estado mental no es sano, no pude enfriarlo rápidamente”. Pero ahora podía verse en su “*ridícula pose*”.[26] Sin embargo, si Svetlana hubiera sabido lo que estaba pasando tras bambalinas, habría estado apoplética, hasta asustada. Vera Suvchínskaia Traill, una emigrada escritora rusa que vivía en Cambridge, mostró un interés privado en Svetlana y en su hija.

Traill le escribió a sir Isaiah Berlin aquel marzo para preguntarle desde hacía cuánto tiempo conocía a Svetlana. Ella la había conocido apenas en el septiembre anterior, “pero incluso en estos pocos meses mi sentimiento es que se está poniendo peor: paranoia aguda, obviamente heredada de… (tres oportunidades para adivinar)”. Traill ahora estaba preocupada por la hija de Svetlana, “a merced de una madre en tal estado”. A ojos de Traill, tenían que salvar a Olga. Le dijo a Berlin: “Si necesita evidencia que apoye el diagnóstico de paranoia, puedo enviarle algunas muestras del tipo de cartas que escribe: ‘intrigas internacionales’, ‘agentes de la KGB’, ‘agentes triples’, etc., etc. En tiempos de su papá, fusilaban a la gente por menos”.[27]

Traill se había convencido a sí misma de sus propios motivos morales, pero de hecho no le habría interesado el bienestar de Olga si Svetlana no hubiera sido hija de Stalin. Sublimado en su preocupación había un deseo de venganza no reconocido. Berlin le escribió de vuelta para decirle que la seguridad de Olga ciertamente era preocupante, pero que él no podía ayudar. Había cortado con Svetlana. Sugirió que Traill le escribiera al padre de Olga, el señor Peters, que vivía en una suerte de comuna de arquitectos en Tucson, Arizona.

Inconsciente de ese chisme, Svetlana parecía haber surgido de lo que llamaba “su estado mental insano”. Compró una nueva residencia, diciendo que sería más barata que pagar renta. En junio estaba enviando a sus amigos su nueva dirección: Calle Bateman 55, Piso 3. El departamento tenía un cuarto grande, que servía de sala, comedor y estudio, y habitaciones adyacentes. Instaló su escritorio de pino con su máquina de escribir y sus libreros con las

fotografías de Iósif y Katia de jóvenes. Había hecho que le enviaran unas pocas de sus posesiones, incluidos sus dos preciosos tapetes navajos, de Estados Unidos, donde habían estado almacenadas con amigos. Ella y Olga fueron a las islas Sorlingas para disfrutar unas vacaciones de dos semanas. Entonces ya casi había agotado sus escasos ahorros. Todo parecía estar en una extraña suerte de suspenso.

Aquel verano, Lancer International Press, en la India, finalmente publicó *Música lejana*. Lancer pagaba muy poco, pero Svetlana seguía complacida. Le escribió a Rosa Shand: "TENGO copias de autor en mis manos: conoces el sentimiento cuando una ve su manuscrito por fin IMPRESO".[28]

Y tenía una segunda razón para estar alegre. Hacía poco había recibido una carta de Iósif en la que le decía que el gobierno soviético estaba dispuesto a darle permiso de viajar a Finlandia; estaba seguro de que el gobierno lo dejaría salir. Ella sólo tenía que ir a Finlandia y podrían abrazarse. Le dijo a Olga que pronto conocería a su hermano.

Svetlana corrió a hablar con su amiga Jane Renfrew. Le preguntó: "Si mi hijo viniera de Moscú, ¿lo verías?" Y quedó encantada cuando Renfrew contestó: "Por supuesto". Pero no tardó en resbalarse de la euforia atolondrada a las profundidades de una oscuridad que conocía demasiado bien. Le dijo a Renfrew que Iósif había hablado por teléfono y dicho: "Madre, no te he visto en 17 años. Estoy realmente enfermo. En serio quiero verte".[29]

Se le ocurrió que debería ir a Moscú a verlo. Prefirió rumiar la idea sólo con una amiga, Philippa Hill, a quien le dijo que Iósif estaba en el hospital. La necesitaba. Philippa tenía hijos y nietos. Debía de saber cómo se sentía Svetlana. Todo lo que dijo fue: "Bueno, creo que tienes que ir, ¿no?", aunque le preocupaba Olga, quien no hablaba una palabra de ruso.[30]

Ya había habido pistas de la soledad y la desilusión de Svetlana. Le escribió a su amigo Jerzy Kosinski en septiembre:

> Si alguna vez escapo de vuelta a Moscú, nadie debería sorprenderse… A lo que me enfrenté en este supuesto Mundo Libre fue suficiente para matar… el entusiasmo hasta de un hombre fuerte. Yo NO soy un hombre fuerte, ni tengo "Nervios de Acero" [aludiendo a Stalin]… Mi hijo es mi único amigo… Estar con Iósif es mi único deseo, que aún no puedo alcanzar. Él fracasará en el Mundo Libre como yo lo hice, así que la única manera es regresar.[31]

La verdad era que había llegado al límite de su resistencia. Tenía muy poco dinero, sin duda insuficiente para sobrevivir más que unos pocos meses. Estaba varada en un país extranjero, pero una retirada a Estados Unidos no ofrecía un cambio en sus posibilidades. No había encontrado un editor que le pagara y parecía estar desplazada como escritora. Ya no le alcanzaba para la educación de Olga, y su imagen de sí misma como madre, basada en el modelo de su propia

madre, era que debía darle a su hija una educación excelente. Lo más devastador de todo era que su hijo estaba enfermo en el hospital y le había pedido que fuera a verlo. Sabía que su huida de vuelta a la Unión Soviética sería sorprendente, pero ya no le importaba provocar otro incidente internacional. Sus razones personales mataban a las del Estado. Quizás parte de ella incluso quería hacer un corte de manga a los que sentía que la habían decepcionado.

El 11 de septiembre de 1984 Svetlana tomó el tren de Cambridge a Londres. En su bolsa guardaba una carta para el embajador soviético en la que solicitaba permiso para volver a la URSS. Cuando se identificó y por fin pasó por los registros de seguridad, un hombre con el traje marrón familiar de un funcionario soviético la recibió sin compromisos y aceptó su carta, diciéndole que la enviarían a Moscú. "No decidimos nada aquí, ¿lo entiende?" Tenía que regresar en siete días.

Una semana después, el *chargé d'affaires* la recibió entusiasta y la invitó a tomar el té. Dijo que podía volver de inmediato. Ya se habían hecho planes. Tenían que evitar el Aeropuerto Heathrow, donde podrían reconocerla; Gatwick sería mejor. La embajada las llevaría a ella y a su hija a Grecia, donde podrían quedarse algunos días en la embajada soviética, y luego el avión las llevaría a Moscú. Nunca nada sucedía tan rápido en la Unión Soviética. Svetlana objetó. Dijo que no podía irse tan pronto. Su hija seguía en clases y todavía no le había dicho que saldrían del país. Tenían que esperar a la mitad del periodo escolar. El *chargé d'affaires* acordó reticente que podía partir a finales de octubre.

En el tren de regreso a Cambridge, Svetlana se sentó aturdida mirando los árboles y las casas de la campiña de Essex flotar por la ventana, y se preguntó cómo reaccionaría Olga. Supo, de nuevo, que había iniciado un proceso que parecía imposible de detener. ¿Se le habrá ocurrido que había ecos inquietantes de su huida precipitada 17 años antes?

Al principio le dijo a Olga que iban de viaje a Grecia, pero cuando Olga vio a su madre hurgando en sus pertenencias y destruyendo sus papeles y su correspondencia, supo que se traía algo entre manos. La noche antes de su partida Svetlana por fin le dijo a su hija que iban a la URSS a visitar a su hermano y a su hermana.

Olga estaba furiosa. ¿Por qué su madre no se lo había dicho? ¿Cuánto tiempo iban a quedarse? Ni siquiera había podido despedirse de sus amigas. Tuvieron una pelea amarga, y por primera vez Svetlana cedió. "Okey —dijo—. No vamos." Pero despertó a Olga a las 3:00 a.m., justo antes de que llegara el taxi del aeropuerto.

Mientras cerraba la puerta de su nuevo departamento detrás de ella, con el refrigerador aún medio lleno de comida, y ella y Olga se subieron al taxi del aeropuerto sólo con el equipaje que pudieron cargar, Svetlana trató de evitar confrontar el hecho de que había manejado mal el asunto. Debió de haber preparado mejor a su hija, ¿pero qué opción tenía? Era imposible que Olga les dijera a sus amigas. Si se filtraba la noticia de que la hija de Stalin volvía a la URSS,

retumbaría en los titulares de toda la prensa internacional. Los británicos o los estadounidenses quizás habrían intentado detenerla.

Todo lo que Olga podía pensar era: “Se acabó. Mamá va a querer a Iósif ahora”.[32]

Svetlana había invitado a almorzar a Rosamond Richardson al día siguiente. Richardson caminó arduamente hasta la Calle Bateman con sus dos hijos pequeños y tocó a la puerta. No hubo respuesta. Revisó su agenda para confirmar que tuviera la fecha correcta, la hora correcta. Era muy raro. Svetlana simplemente no estaba.

Svetlana había dejado instrucciones con un agente de bienes raíces para que vendiera su nuevo departamento en la Calle Bateman. Le tocó a Philippa Hill vaciarlo. Mientras metía cosas en cajas, Philippa decidió enviarle por correo los preciados tapetes navajos a la Unión Soviética, pero, junto con casi todo lo demás, simplemente desaparecieron.

# 31

# De vuelta en la URSS

Eran finales de octubre de 1984 cuando Svetlana y Olga dejaron atrás el otoño inglés, se escabulleron totalmente inadvertidas al aeropuerto caliente y polvoriento de Atenas y tomaron un taxi a la embajada soviética. Ahí, un joven diplomático, Yuri Andrópov, hijo del recién fallecido líder soviético, y su esposa a la moda las recibieron. Al principio, Svetlana se sintió reconfortada por la presencia de lo que le pareció una generación joven de nuevos funcionarios soviéticos, hasta que la invitaron a tomar el té con los burócratas sombríos y grises de costumbre, que le dieron una analepsis de su encuentro en la India, 17 años antes, con el embajador Benedíktov. Sólo la entusiasta Olga mitigaba la artificialidad de la situación. Olga estuvo muy ocupada en Atenas.

> Mamá hacía lo que fuera que estaba haciendo. A mí me paseaban con chaperón por todos lados, me mostraban la Acrópolis. Y yo compraba regalos. Me habían dicho que tenía todos estos parientes: un hermano, una hermana, sobrinas y sobrinos. Así que tenía un montón de gente a la cual comprarle regalos. Y había leído que a los rusos de verdad les gustaban los Adidas y no podían conseguirlos, así que le estaba comprando Adidas a todo el mundo.[1]

A esa niña de 13 años no le importaba que no supiera cuánto calzaban todos esos desconocidos. Cuando Svetlana se unió a la expedición, compró un vestido bordado para la hija de Katia, Ania, y algunas chucherías divertidas para Iósif y su esposa. En los tres días que tuvieron antes del vuelo de Aeroflot a Moscú, Olga se enamoró de Atenas. Se rió cuando leyó más tarde un reporte en un periódico que decía que había tratado de suicidarse saltando del balcón del hotel.[2]

AP Photo.

A su regreso a Moscú, en 1984, Svetlana ofreció una conferencia de prensa en las oficinas del Comité Nacional de las Mujeres Soviéticas.

El 25 de octubre Svetlana y Olga dejaron atrás el calor ateniense y se dirigieron al invierno moscovita. Mientras el avión descendía en círculos sobre el vasto paisaje vacío de Rusia, borrado aún más por una sábana de nieve, a Svetlana le sorprendió descubrir que no sentía nada. Era la exiliada que volvía; debería estar llorando.[3]

Le pidió a Iósif que no fuera al aeropuerto: habría sido demasiado emocional encontrarse en público. Los funcionarios soviéticos que la esperaban en la entrada VIP parecían tensos. Una mujer joven se le acercó con un ramo de flores: "¡Bienvenida a casa!" Conforme entraban a Moscú, Svetlana apenas reconocía la ciudad: la ruta estaba bordeada, bloque tras bloque, de monótonas torres departamentales.

Las escoltaron al Hotel Sovietski, uno de los más caros de Moscú, que daba a la Leningradski Prospekt. Subieron su elegante escalinata y entraron a su recepción de mármol blanco por las puertas giratorias. Ahí estaba Iósif.

Una parte de la psique de Svetlana aún cargaba la imagen del joven de 21 años que había dejado en el Aeropuerto Sheremétievo en 1966: delgado, atractivo, con humor en los ojos. El

hombre de 39 que la miraba parecía cansado y más avergonzado que contento de verla. Iósif estaba mirando a una mujer de 58 años que era su madre, pero a la que no había visto en 18.

Svetlana siempre construía una fantasía sobre cómo sucederían las cosas. Ella y Olga estaban volviendo a una familia que las amaba y las acogería. Tíos, tías y vecinos rodearían a Olga y le prodigarían cariño. No habría recriminaciones ni remordimiento. El momento congelado se disolvió, y el padre de Iósif, Grigori Morózov, que siempre había sido cercano a su hijo, dio un paso adelante, seguido por la esposa de Iósif y su hijo de 14 años, Iliá. Iósif se movió para abrazar a su madre y luego, tomando a su esposa de la mano, dijo: "Mamá, ella es Liuda".

Todo el encuentro fue incómodo. Iósif ignoró a Olga. Quizás le preocupara más que a su madre le cayera bien su nueva esposa. A Svetlana no le cayó bien. Le desagradó de inmediato Liuda, que parecía mucho más vieja que su hijo, pero se dijo que no debía entrometerse. El chico, Iliá, estaba parado al lado, incómodo. Sólo la presencia de Grigori hizo que el reencuentro fuera menos torpe. Charló afectuosamente con Olga, en mal inglés, y las guió al elevador. De otra forma se habrían quedado congelados en el piso de mármol blanco.

El gobierno le había asignado a Svetlana una lujosa *suite* de dos habitaciones. Incluso ahí el reencuentro no salió bien, pues se tropezaron en ruso y en inglés. Liuda llenó un jarrón con agua para las flores que le había dado el Comité de Mujeres Soviéticas a Svetlana. Ésta pensó: "Por lo menos es *práctica*". Olga miraba a esos extraños. Grigori dijo que se verían abajo en el restaurante, donde había reservado una mesa. Le recordó a Svetlana que el Sovietski otrora era famoso por su coro de cantantes gitanos. Siempre salía en las novelas. ¿No lo recordaba? No lo hacía. En el baño, Olga se volvió enojada hacia su madre. ¿Ése era su hermano, que supuestamente la quería? La había mirado de arriba abajo sin decir nada. Ni siquiera la abrazó.[4]

En el restaurante, Iósif y Svetlana se tomaron de la mano, pero les fue imposible hablar. La música era demasiado ruidosa. Grigori se pegó amablemente a Olga, tratando de mantenerla entretenida. Iliá se quedó tenso y con la lengua atada. Liuda los miraba fríamente. El festín familiar de vodka, caviar, arenques y pepinillos yacía sobre la mesa.

Olga recordó la velada como totalmente perturbadora.

> Toda esta mesa larga y enorme llena de gente bebiendo y comiendo y hablando en ruso, y sólo está este tipo [Grigori] sentado aquí y hablando conmigo. Y me está hablando como si tuviera seis años. Y tengo 13. Pero era uno de los pocos que hablaban inglés. Un inglés realmente horrible. Aquella primera noche fue horrible, y pensé: "Ay, Dios, mamá va a quedar reunida con Iósif. Se acabó. Estoy acabada".[5]

Svetlana había esperado una efusión de amor de su hijo y parecía incapaz de anticipar que su reacción podría ser compleja. Ella creía que todos esos años había sido fiel en su amor por sus hijos. ¿Pero él cómo iba a saberlo? Todo lo que Iósif sabía era lo que había reportado la

propaganda del Kremlin: su madre era una estadounidense antisoviética, inestable y rica que les llevó chucherías griegas como regalos de regreso a casa. Tomaría tiempo disipar esa versión. Envuelta en su propia nostalgia y ahora angustiada, Svetlana perdió de vista a Olga, sentada entre esos desconocidos. Recordaría con remordimiento: "Es asombroso cómo, cuando el corazón ya tomó una decisión, la razón sólo brinda a detalle cualquier confirmación posible".[6]

Al día siguiente un amigo de Iósif del Instituto de Relaciones Exteriores llevó champaña y flores y preparó a Svetlana para la llegada, aquella tarde, de dos funcionarios de Relaciones Exteriores, que la iban a ayudar "a comenzar su reajuste a la vida soviética". Lo primero en la agenda sería reinstaurar la ciudadanía soviética de Svetlana y confiscar su pasaporte estadounidense, y el de Olga.

Los *paparazzi* internacionales ya acechaban afuera del hotel. Cuando Svetlana y Olga emergieron, un reportero le preguntó a Olga: "¿Eres Olga Peters?" Svetlana agarró a su hija por el brazo y la jaló de vuelta al hotel. Fue la primera vez que Olga comenzó a comprender quién era su madre en realidad.[7]

El 1º de noviembre el Sóviet Supremo recuperó a la ciudadana Allilúieva por decreto especial. El 2 de noviembre un breve anuncio de su regreso apareció en *Izvestia* y en las noticias vespertinas.

"La entrada es gratis. Pero pagas al salir", como solía decir el segundo esposo de Svetlana, Yuri Zhdánov.[8] Ella sabía que tendría que pagar un precio por el permiso de regresar, y lo pagó en una conferencia de prensa de 70 minutos el 16 de noviembre, en las oficinas del Comité Nacional de las Mujeres Soviéticas, ante una audiencia restringida de periodistas extranjeros y soviéticos. Acompañada por funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores y un intérprete, Svetlana leyó una declaración preparada en ruso y corrigió ocasionalmente al traductor, que la leyó en inglés. Parecía sosegada y habló sin emoción, comenzando con una breve saga de su vida en Occidente. Tras su deserción a Estados Unidos en 1967, declaró que terminó en manos de "abogados, empresarios, políticos y editores que convirtieron el nombre de mi padre, mi propio nombre y mi vida en una mercancía sensacionalista… Me convertí en la mascota preferida de la CIA y de aquellos que incluso llegaron a decirme qué debería escribir y qué no".[9] Más tarde, Svetlana declararía que su intérprete soviético la había traducido mal. Ella había dicho: "Me trataron bien, pues era la mascota de todos", y nunca había mencionado a la CIA. Eso probablemente fuera falso: la declaración reflejaba lo que les había dicho varias veces a sus amigos. Sin embargo, probablemente sea cierto que, como no tenía otra opción, simplemente accediera a las exigencias del ministerio. "Yo quería hablar y contestar preguntas. Ellos querían que ciertas cosas estuvieran ahí. Me hicieron escribir textos en ruso, que aprobaron. Me sentí muy incómoda. Yo sólo quería decir: 'Vine para reunirme con mis hijos'." [10]

Para el gobierno soviético, el regreso y la contrición pública de la hija pródiga de Stalin era un golpe propagandístico. Había preparativos para una gran celebración el año siguiente, por el cuadragésimo aniversario de la victoria soviética contra la Alemania nazi. El Politburó estaba ocupado rehabilitando a Stalin como genio militar y diplomático brillante. Los documentales por televisión mostraban a Stalin dirigiéndose al ejército en la Plaza Roja en 1941, con las tropas de Hitler apenas a 30 kilómetros de Moscú; con su uniforme de mariscal posando con Roosevelt y Churchill en Teherán y Yalta, y cautivando a Truman y a Clement Attlee en la Conferencia de Potsdam, cuando les dio la vuelta a sus aliados en la negociación. Un largometraje basado en *Los diez días que estremecieron el mundo*, de John Reed, estaba rejuveneciendo la revolución bolchevique como si la hubieran dirigido hombres apasionados y con principios. Pero toda esa propaganda ocultaba un gobierno frágil. Svetlana había vuelto a la URSS en un momento muy trémulo. Konstantín Chernenko, secretario general del Comité Central del Partido Comunista, que sucedió a Andrópov como dirigente del país, estaba viejo, enfermo y rara vez se le veía en público; moriría en menos de un año. Tras bambalinas, mientras la economía se desintegraba, los reformistas en el Partido Comunista estaban combatiendo a la vieja guardia.

La reacción de la prensa estadounidense por el regreso de Svetlana fue de una indignación predecible. ¿Quién creía que era? ¡Desertar del mundo libre de vuelta a los comunistas! Los titulares retumbaban: "LA HIJA DE STALIN DE VUELTA EN LA UNIÓN SOVIÉTICA DESPUÉS DE 17 AÑOS". [11] Dos artículos en especial eran completamente condenatorios, ambos escritos por sovietólogos que habían conocido en persona a Svetlana.

El profesor Robert Tucker tituló su artículo "Svetlana heredó su defecto trágico". Afirmando que la conocía, Tucker describió a Svetlana como alguien impulsada por sus demonios internos, que expresaba "indignadas recriminaciones" contra todo el mundo, su ex esposo estadounidense, Wesley Peters, incluido. Se rehusaba a hablar de Stalin porque no podía admitir que "ella era —de cierta forma— como su padre": su "voz callada", sus ojos con ese "brillo amarillo", su "imperiosidad interior", su renuencia a aceptar críticas. Svetlana había rechazado las sugerencias editoriales de Tucker para su libro, de las cuales la principal había sido su sugerencia de cambiar el título por *La despedida*. A diferencia de su padre, "quien destruía a aquellos con los que rompía", todo lo que ella podía hacer era huir. "Es la hija de su padre de una manera que finalmente la llevó de vuelta a la deslibertad… el último infortunio que le legó el terrible hombre que fue su padre." [12]

El otro artículo fue un largo texto en la revista *Time*, escrito por la periodista y traductora Patricia Blake, miembro del círculo íntimo de Princeton y amiga cercana de Max Hayward, de quien Svetlana se había enamorado muchos años atrás. En su artículo, "La saga del 'Gorrioncito' de Stalin", no reveló que conocía a Svetlana.

Blake tenía una reputación complicada, y muchos la consideraban por lo menos simpatizante de los círculos de inteligencia estadounidense. Vsévolod Kóchetov, editor de la revista soviética *Oktiabr*, escribió una despiadada sátira acerca de Blake en la que la "representaba como una hermosa espía del equipo de Encuentro de la CIA que se acostaba con todo el mundillo literario soviético".[13] Eso era una calumnia, pero estaba claro que tenía presencia como periodista glamorosa interesada en intrigas soviéticas.

Para su artículo en *Time*, Blake entrevistó a Wesley Peters y a los Hayakawa, al igual que a los vecinos de Svetlana en la Calle Chaucer: Jane Renfrew recordaba a Blake como alguien particularmente hostil.[14] "La historia de la vida de Svetlana es la crónica de su batalla perdida contra el espectro de su padre… a quien se parecía fatídicamente", escribió Blake.

También declaró erróneamente: "No hubo brazos abiertos esperando a Svetlana en la URSS", e "insatisfecha por la fría recepción oficial de la que fue objeto, exhibió su mal genio ante las autoridades soviéticas". Le negaron un "coche, una dacha o cualquiera de los demás beneficios que disfrutan las familias de la élite soviética". Todas ésas eran falsedades.

Blake se concentró en especial en los fracasos de Svetlana como madre. Sugirió que Svetlana "frustraba" los esfuerzos de Wesley Peters por visitar a su hija e insinuó que Olga había vivido en Washington con la familia del senador Hayakawa de 1977 a 1981. Los demás inquilinos de la Calle Chaucer reportaron que constantemente "hostigaba" a su hija. "Podíamos oírla hasta cuando le subíamos el volumen a la televisión y cerrábamos las ventanas." En la escuela de Olga, una maestra de medio tiempo, Fay Black, comentó que Svetlana le había prohibido a su hija "usar pantalones ajustados y tops brillantes, como las demás chicas" y "que deambulara por la ciudad después de clases".[15]

Cuando establecieron contacto con Wesley Peters, no ayudó. "Mi reacción es de sorpresa y preocupación, por supuesto, de que nuestra hija esté volviendo a Rusia… pero no hay nada que yo sepa que pueda hacer al respecto."[16] El posesivo "nuestra" debió de haber sido incómodo para él. Después de separarse de Svetlana, sólo había visto a su hija cuatro o cinco veces.

Cuando Svetlana finalmente leyó el artículo de Blake, fue un golpe duro. En lo único en lo que sentía que había tenido éxito era en la crianza de su hija. Y ahora le negaban hasta eso. Olga fue rápida al defender a su madre. "Sí", admitió, ella y su madre peleaban, pero eso no cambiaba el amor entre ellas:

> Para mi madre, lo primero era la educación. La Escuela de los Amigos obviamente no me iba a meter a Oxford ni a Cambridge. La manera de criar de mi madre no era complaciente. Si estaba siendo maleducada o si estaba hosca por algo, me tocaba regaño… Nunca sentí que abusara de mí, ni nada parecido. Estoy diciendo esto con amor absoluto. Me mantuvo lejos del borde del precipicio, más que nada.[17]

George Kennan tuvo una larga conversación con Fritz Ermath, oficial de inteligencia nacional para la URSS y Europa del Este. El Departamento de Estado y la CIA estaban preocupados por la vuelta de Svetlana, convencidos de que iban a explotarla para fines propagandísticos e inseguros de lo que podría decir. Lo que salió de esa conversación sigue siendo información clasificada, pero sin duda habrían llegado reportes de agentes de la CIA desde Moscú.[18] Por el momento, Svetlana no parecía una amenaza. Después de su conferencia de prensa, no hizo más declaraciones.

Mientras tanto, en Moscú, a Svetlana le estaban dando el tratamiento VIP. En cuestión de días, una maestra aprobada por el gobierno comenzó a ir al hotel cada mañana para enseñarle ruso a Olga, mientras Svetlana encontraba una buena escuela. No tardó en quedar claro que la educación "libre" de Olga no iba a proceder como había imaginado. En la primera escuela, la directora sugirió que sería difícil tener a Olga en el salón, y Svetlana comprendió que era el fantasma de Stalin el que no era bienvenido. En otra, a partir de la actitud y el estilo del subdirector, Svetlana vio que Olga sería tratada como una celebridad. Por supuesto, Svetlana debió haberlo anticipado, pero expresó sorpresa porque "30 años después de la muerte de mi padre, las pasiones políticas en torno de su nombre aún eran tan fuertes y candentes".[19] La maestra de ruso siguió yendo a su *suite* en el hotel.

Después de las primeras dos semanas, a Svetlana le mostraron un gran departamento de lujo en un complejo de 16 pisos en la Calle Spiridonievka (ahora Calle Alexéi Tolstói) con una vista panorámica de Moscú y de las torres del Kremlin a lo lejos. La bien conocida Casa de Recepciones, donde los corresponsales moscovitas se encontraban, se hallaba en la misma cuadra. A Svetlana le habían perdonado su deserción traidora, pero esperaban que cumpliera. Sugirió que ella y Olga preferían un departamento más modesto.

Olga recordaba: "Trataron de darnos lo mejor de todo —los sementales blancos—, pero mi madre señalaba el burro y decía: nos quedamos con ése; el asunto comenzó a ponerse raro muy rápido". Después de la relativa austeridad de su vida en Inglaterra, Olga no comprendía por qué recibían un trato tan excesivo. El rechazo de su madre ante tal generosidad "hizo el aterrizaje más suave, pero todo fue muy impresionante".[20]

Una de las primeras personas a las que fue a visitar Svetlana fue a su amigo Fiódor Volkenstein, a quien le había dirigido *Rusia, mi padre y yo*. Los 18 años transcurridos no habían sido amables con él. Estaba viejo y enfermo, y su esposa había muerto. Además, estaba enojado con Svetlana. "¿Por qué regresaste? ¿Por qué? Estamos todos acostumbrados al hecho de que vivas en el extranjero. Tus hijos estaban bien, lo sabías. ¿Qué vas a hacer aquí ahora? Ya puedes ver que tu regreso está siendo usado como propaganda. ¡No necesitas eso!"[21] Volkenstein moriría unos meses después.

Olga y Svetlana visitaban a Iósif y a su esposa en su departamento moscovita y en su dacha en Zhukovka, cerca de la vieja casa de campo de Svetlana. A Olga le parecía que Iósif tenía una vida muy cómoda, con todo lo que necesitaba, incluyendo un chofer a su disposición, pero todos la miraban como si ella fuera la que usara ropa de diseñador. Incluso como niña de 13 años, Olga quedó impresionada por lo mucho que bebían. Al mirar atrás, reflexionaría: "Iósif tenía un problema con la bebida, un mal hígado. Tenía los ojos amarillos y se veía mucho más viejo de lo que debería un hombre de su edad".

Svetlana difícilmente apaciguaba los ánimos. Confrontó a Iósif sobre su alcoholismo, y él contestó enojado. Su sugerencia a Liuda de que la llamara "mamá" fue recibida con frialdad. Cuando Svetlana le pedía a Iósif que pasara por el hotel —necesitaba hablar con él a solas—, él buscaba excusas para no hacerlo. Cuando él le pedía dinero, ella le daba lo que tuviera, pero le preguntaba para qué lo necesitaba, y él le gritaba. "Bueno, no vine para oír esto", decía Svetlana. Ella no estaba dispuesta a imaginarse que su hijo aún cargara con un resentimiento profundo como consecuencia de que los hubiera abandonado a él y a su hermana. Sólo concluyó que lo habían sovietizado en los años transcurridos.

Svetlana había tenido la esperanza de que Katia fuera de visita desde Kamchatka. Aunque era una larga distancia para viajar, no se habían visto en 18 años. Sabía que Katia ahora estaba viuda. Su esposo se disparó con un rifle, supuestamente por accidente. Cuando Katia por fin escribió de vuelta, su carta fue fría y violenta. Llamó a Svetlana una traidora a la patria y se negó a verla y a permitir que viera a su nieta.

Todas las relaciones familiares se estaban disolviendo. Era noviembre y Svetlana sentía que estaba condenada y ahogándose.

Svetlana visitó a Stepán Mikoián y a su esposa, Ella, que siempre habían sido amables con ella, y Olga pasó tiempo con sus cuatro tíos. Svetlana aún los llamaba los chicos Allilúiev: los hijos de Anna y Pável, con los que alguna vez había jugado en las yurtas de Zubalovo.

Un día, a las 7:00 a.m., Svetlana y Olga se presentaron sin anunciarse a la puerta de Lily Golden. La hija de Lily, Yelena, despertó a su madre para decirle que una mujer extraña de nombre Svetlana pedía verla. Medio dormida, Lily dijo: "¿Qué Svetlana? Hay muchas Svetlanas". Cuando Yelena regresó para decir que era Svetlana Allilúieva, Lily inmediatamente le dijo que se vistiera y se fuera al trabajo y nunca le mencionara a nadie que Svetlana había ido de visita. Claramente sentía que seguía siendo peligroso estar conectada con ella de cualquier manera. A la vuelta de Yelena esa noche, Lily se rehusó a hablarle del encuentro a su hija.[22]

Al parecer Lily no dio rienda suelta a su enojo por haber aparecido en *Sólo un año*, sino que prefirió ser amable por el bien de Olga. Probablemente le advirtiera a Svetlana que nunca aceptarían a Olga en Rusia. Siempre sería un trofeo o una paria, y nunca le permitirían ser ella

misma. Olga recordaba: “Cuando conocí a Lily, sólo recuerdo querer aferrarme a cada palabra suya. Sólo quería que se quedara. Sólo quería que estuviera cerca todo el tiempo”.[23]

Svetlana estaba empezando a comprender que había cometido un terrible error al volver a Moscú, y encontró a un confidente de sus reflexiones ansiosas en Alexándr Burdonski, el hijo de su hermano Vasili. Cuando lo vio por última vez era un adolescente. Ahora era un reconocido director de teatro en Moscú.

La infancia de Burdonski quedó fracturada cuando Vasili se divorció de su madre y tomó la custodia de los hijos. A él y a su hermana simplemente los dejaban encerrados en un cuarto, hambrientos y viviendo en la suciedad y en la mugre, y su nueva madrastra, Katia Timoshenko, los golpeaba con frecuencia, mientras ella y Vasili seguían la alta vida de fiestas con su séquito de atletas olímpicos, pilotos de carreras y ases del aire. Cuando por fin lo enviaron a la dura escuela militar Suvórov, lo sintió como una liberación. Después de soportar susurros a sus espaldas —“Mira, ¡el nieto de Stalin!”— había asumido el apellido de su madre.[24]

Burdonski admiraba a Svetlana. “Siempre me gustó su hogar, en la dacha o en Moscú. De ella aprendí a tener buen gusto. Sin excesos. Recuerdo su excelente biblioteca con fotografías de Ulánova, Shaliapin y Ajmátova. Es extraño lo que se te queda de niño.” Solía observar con añoranza su tierna relación con su nana:

> La admiraba como mujer y como ser humano. No puedo decir eso de todos mis parientes. La quería mucho. Claro que era difícil. Era una personalidad con carisma… Siento compasión por ella, y a veces parece que la comprendo muy bien. Cada una de sus acciones, al parecer inesperadas y espontáneas, para mí son comprensibles. La guardo en mi corazón. Siembre estoy de su lado.[25]

Burdonski y Svetlana sostenían largas conversaciones fumando en las noches en su departamento o paseando a su perra Lialka por las oscuras calles moscovitas. Quizás sólo él, como ruso, podía entender lo que ningún estadounidense podría hacer: que al abandonar Rusia en 1967 ella había arrancado “todo su sistema de raíces”. Había tenido que dejar atrás no sólo a sus hijos, no sólo los paisajes y las calles, sino a toda la gente con la que estaba conectada espiritualmente.

Svetlana podía hablar con Burdonski de sus hijos. Le confesó que sentía una culpa enorme por haberlos abandonado, pero no podía comprender por qué Iósif, en particular, la había rechazado tan categóricamente. Para Burdonski no era desconcertante. “No se habían visto en casi 20 años. El chico al que había dejado ahora era un hombre distinto y en verdad no le gustaba en lo que se había convertido.” Iósif tenía una vida cómoda como cirujano, con todos los servicios que eso acarreaba. Estaba dentro del sistema de seguridad que disfrutaba la élite. Burdonski sentía que Iósif “era muy dependiente de su esposa, una mujer de poco encanto. Estaba muy bajo su

influencia pragmática y mercantil". Comprendía que la esposa de Iósif se sintiera ofendida: Svetlana, una mujer rica, ni siquiera les había llevado regalos decentes.

Burdonski y Svetlana hablaron de Stalin, sobre todo de su muerte. Ella recordó su último gesto, que aun la acechaba; aquel puño alzándose desafiante. "Era ira, un rechazo iracundo a su muerte. Su alma por fin se había fracturado." Recordó cómo, hacia el final, su padre le pidió que lo visitara. "¿Sabes? Fui allá y el segundo día me estaba volviendo loca. Era muy difícil comunicarse con él porque siempre tenía un diálogo interno. No era posible entrar en esa conversación." Y dijo: "Para mí era una tortura. Y él lo vio y dijo: 'Vete. Veo que estás sufriendo. ¡Vete!' "

Burdonski comprendió que la actitud de Svetlana hacia su padre cambiaba constantemente. "A veces prevalecía una actitud, una suerte de cariño, sí, pero otras ocasiones, por el contrario, lo rechazaba por completo." Cualquiera que tratara de desentrañar su actitud tenía que comprender su complejidad.

> Stalin se había convertido en una suerte de socavón, de mito, una suerte de drenaje en el que se vaciaba todo. Toda su identidad —contradictoria y difícil— se volvía casi invisible en todo eso. Tan sólo una silueta. Svetlana sabía tantas verdades de él, incluso comparada con todos nosotros, sin mencionar comparada con los que escriben sobre él. Las leyendas se adherían a su nombre. Eso provocaba ira en ella. Creo que un tipo de explosiones —explosiones de ira— era característico de ella. Creo que era por causa de una sensación de impotencia interna. De impotencia por tener cualquier efecto o influencia.

Burdonski creía que su padre, Vasili, había sido débil. Fue "un producto de la gente, los gorrones y las lacras que lo rodeaban". Pero Svetlana era la hija de Stalin. Tenía su "inteligencia organizada", su "increíble voluntad". Pero no tenía su maldad.

> Es fácil acusar a todo el mundo. Lo más difícil es ponerse en el lugar de Svetlana. Ninguno de nosotros ha estado en ese lugar. Y nadie sabe lo que se siente. Sólo puedo decir una cosa… Las princesas o las hijas de algunos líderes… todos sus intentos por ser más humanas, por sólo ser una mujer, por sólo ser una madre, por sólo ser una ciudadana, están condenados. Están condenados. No hay islas desiertas. Las alcanzarán y las encontrarán en cualquier lugar. Su destino es tan interesante… por sí mismo tan interesante, todo su camino, toda su búsqueda de algún refugio espiritual que nunca podrán encontrar… Yo comprendí que nunca lo encontraría, aunque ella pensara que sí. Es una de las figuras más trágicas que conozco… figuras trágicas. Y el destino la trató con mucha crueldad. E injustamente.[26]

Pero quizás la misma Svetlana sea la más sucinta al describir la tragedia de su vida. "Eres la hija de Stalin. En realidad ya estás muerta. Tu vida ya terminó. No puedes vivir tu propia vida. No puedes vivir ninguna vida. Sólo existes en referencia a un nombre."[27]

Enfrentada con el desastre de su regreso a Moscú, Svetlana supo que tenía que correr de

nuevo. Pero ¿a dónde podría llevar a Olga ahora? Pensó en Tbilisi, que había visitado sólo una vez hacía mucho tiempo, cuando fue allá con Vasili y su medio hermano, Yákov, para conocer a la madre de Stalin. En su recuerdo, Georgia se parecía un poco a Grecia: cálida, fértil, extranjera.

Le escribió al gobierno pidiendo permiso para mudarse a una parte más remota de la Unión Soviética, lejos de los ataques de la prensa occidental. Prometió cooperar con las autoridades locales en Tbilisi y evitar hablar con la prensa extranjera o ser demasiado visible. Sabía cómo escribir ese tipo de cartas y estaba lista para prometer casi cualquier cosa con tal de salir de Moscú. Estaba segura de que la vida en Georgia sería independiente (por lo menos en cierto grado) del centro, porque Georgia existía en la frontera entre el mundo ruso y el asiático.

# 32

## Interludio en Tbilisi

El 1° de diciembre de 1984 Svetlana y Olga partieron a Georgia. Habían estado en Moscú apenas un poco más de un mes. Los picos y los valles de la Cordillera del Cáucaso brillaban blancos de nieve mientras volaban sobre lo que Svetlana recordaba como un paisaje tropical. Era invierno en Tbilisi y hacía frío, aunque no tanto como en Moscú. En el aeropuerto volvieron a recibirlas los funcionarios, pero los georgianos parecían más casuales. Madre e hija fueron llevadas a una moderna residencia estatal y les asignaron un departamento de dos habitaciones en el otro extremo de la Chavchavadze Prospekt, al borde de la ciudad.

A los ojos jóvenes de Olga, era un "palacio" en el que se quedaba la gente importante. Recordaba que se sentía como una suerte de complejo: el terreno incluía una granja con renos, que tomó por costumbre visitar a diario. Ella y su madre se alojaron en el edificio principal, con puertas de vidrio y pisos de mármol. El complejo tenía su propio cine. Comían en el ostentoso comedor y tenían personal de limpieza y un chofer al que podían recurrir.[1]

Ante la insistencia de Svetlana, las mudaron a un departamento más pequeño y sin amueblar en el mismo complejo. Ella y Olga recorrieron las tiendas y los mercados locales y llenaron el departamento de artesanías y artefactos georgianos; lograron que el lugar se sintiera mejor, pero no tardaron en escuchar sermones en el comedor. Svetlana se quejaría más tarde de que el otrora jefe del Partido, Eduard Shevardnadze, había orquestado todo: las había mandado al borde de la ciudad precisamente para que necesitaran un chofer que pudiera reportar sus actividades. Era el mismo trato VIP que en Moscú, pero por lo menos ahí las cosas eran menos ostentosas.

Olga estaba perpleja.

AP Photo/Borís Yurchenko.

En esta fotografía de 1986, miembros del Politburó soviético votan durante una sesión. *Primera fila, de izquierda a derecha:* el primer ministro Nikolái Ryzhkov, Andréi Gromyko y el líder soviético Mijaíl Gorbachov. *Fila intermedia, de izquierda a derecha*: Vitali Vorotnikov, Lev Zaikov y Mijaíl Solómentsev. *Fila superior:* el jefe del Partido en Moscú, Borís Yeltsin (izquierda), y el ministro de relaciones exteriores, Eduard Shevardnadze.

> Me llovía prácticamente de todo, pero era tan irreal. Me llevaban amigos para jugar cuyos padres eran miembros aceptados del Partido. Todos estaban tratando de hacer cualquier cosa con tal de mantenerme contenta… Quería montar a caballo: me encantaba la equitación. En un parpadeo tenía un entrenador personal y ya me estaba adiestrando para una carrera. Quería nadar. No, no podía sólo ir a nadar. Me entrenó una campeona olímpica… Me gustaba dibujar. De pronto iba al mejor instituto de arte. ¡Tenía 13 años! Parecía que la gente no tuviera pasatiempos allá. Entrenabas para hacer algo de por vida.[2]

Olga tenía profesores particulares de ruso y georgiano, y tomaba lecciones de matemáticas y geografía; iba a la Escuela de Equitación con su instructor, Zurab, y a sus clases de arte. La vida comenzó a tener una suerte de ritmo. La niña estableció un vínculo estrecho con la familia de su maestra de georgiano, Londa Guedevanishvili. Ella y su madre visitaban con frecuencia a esa familia, en la que se sentían aceptadas por quienes eran y no por su genealogía. Olga llamaba al cariño de los Guedevanishvili un tipo especial de amor georgiano: Londa no dejaba de mandarles rosas y fruta, que encontraban a la puerta de su departamento.

Svetlana decidió una mañana llamar por teléfono a un pariente lejano de la familia Allilúiev, Leila Sikmashvili, para preguntarle si le daría clases de música y voz a Olga. Leila no tardó en ir dos veces a la semana para enseñarle a Olga canciones populares georgianas. Sus amigos georgianos comenzaron a decirle Oliko y la reclamaron como una de los suyos. Los adolescentes escuchaban cautivados sus historias sobre la vida en Estados Unidos.

Mientras tanto, Svetlana se sentía como un fantasma caminando por las calles de Tbilisi. La gente se le quedaba viendo sorprendida, tanto los que idolatraban a Stalin como el hijo preferido de Georgia, como los que habían sido víctimas de sus crímenes. De hecho, Svetlana casi siempre se sentía muy sola. Mucha gente, con el hábito del miedo incrustado y segura de que estaba bajo el escrutinio de la KGB, la evitaba.

La mayoría de los domingos Svetlana y Olga asistían a misa en la Catedral Sioni, que daba al Río Kurá. Las dos quedaron hechizadas por la exquisita calidad del coro georgiano que entonaba la liturgia. Sólo ahí, le parecía a Svetlana, la gente podía escapar de la agobiante pobreza y la temible represión que aún permeaba Georgia. Sólo ahí se sentía anónima y en paz. Por supuesto, eso era una ilusión. Incluso en Sioni la gente sabía quién era ella.

Svetlana seguía escribiéndole a su hija Katia, que había dicho: “Ningún tipo de contacto”. Todas sus cartas regresaban. El padre de Katia, Yuri Zhdánov, entonces profesor de bioquímica en la Universidad de Rostov, le escribió una misiva amable y le envió fotos de Katia y su hija, pidiéndole a Svetlana que fuera paciente. “Katia es increíblemente autosuficiente e independiente. No escucha el consejo de nadie.”[3] Ni su hijo ni su nieto le escribieron ni fueron de visita.

El chofer, Zhora, llevaba a Svetlana y a Olga al campo para que intentara recobrar sus raíces georgianas. Visitaron el pueblo de Gori, donde nació su padre, y donde un monstruoso santuario de columnas corintias cubría la humilde casa de dos cuartos y una sola cama en la que dormía la familia Dzhugashvili. No había chimenea; cocinaban en una ollita sobre una *karasinka* (una hornilla de queroseno). A Olga le impresionó tanta miseria.

Cerca de ahí había un museo de dos pisos igual de monstruoso, con entrada de mármol y escalinata, que ahora trazaba la historia de la gloria de Stalin. Svetlana detestó la exposición y en lugar de eso buscó recuerdos de su abuela paterna. Lo único que quedaba de la madre de Stalin eran sus lentes. Svetlana había rechazado la invitación de la curadora en jefe del museo, Nina Ameridzhibe, a asistir a la ceremonia en honor del 105 aniversario del nacimiento de Stalin aquel 21 de diciembre, justo después de su llegada. Ameridzhibe declaró que un millón de personas visitaron el museo en 1984, rompiendo todos los récords previos.[4]

Aun así, cada vez que iban a un museo, o hasta a la iglesia, la gente se les quedaba viendo. Olga era joven y resistente, pero a Svetlana aquello le estrujaba las entrañas.

> Mi mayor carga estaba en la necesidad que sentían todos de expresar su admiración por "el gran hombre" que había sido mi padre: algunos acompañaban las palabras con lágrimas, otros con abrazos y besos, unos pocos quedaban satisfechos con declarar el hecho. No podía evitar el tema ni las confrontaciones en playas, en comedores, en la calle… Estaban fascinados con su nombre, su imagen y, como estaban obsesionados, no podían dejarme en paz. Era una tortura para mí. No podía decirles lo compleja que era mi opinión de mi padre ni mi relación con él. Tampoco podía decirles lo que querían oír, así que se alejaban de mí enojados. Constantemente estaba tensa y nerviosa.[5]

Olga estaba molesta por el duelo que tenía su madre por Iósif. "Me tenías a mí", decía. "¿No era suficiente para ti? ¡No! También los querías a todos ellos. ¡Mira lo que te ganaste! Deberíamos estar viviendo en Inglaterra como antes. ¡Tú te lo buscaste!"[6]

Había muchas cosas que le encantaban a Olga de Georgia y de los amigos que hizo, pero también había "muchas adversidades". Para mencionar una, su madre estaba bebiendo demasiado, y ella también. Las invitaban a festines georgianos que aún seguían la tradición del *tamada* (maestro de brindis) que proponía brindis continuos. "¡Yo tenía 14 años! ¡En Georgia había cenas interminables con cuatro botellas de vino y tenías que brindar en el cuerno de un carnero! También los niños. No podías no brindar."

Aun más inquietante era el problema que estaba teniendo Olga con la atención masculina. Había descubierto que las chicas extranjeras eran consideradas fáciles bajo los estándares georgianos, y como ya era tan alta y bonita, se convirtió en blanco de los hombres. "Los viejos siempre me toqueteaban. Era horrible, y si alguna vez me dejaban sola… Simplemente no podía soportar que me dejaran sola… No creo siquiera haber pensado en chicos antes." Y había otro problema. A los 14 años Olga estaba en edad casadera.

> En Tbilisi tenían una tradición: no era inaudito que raptaran a una chica. Si habías estado fuera de tu casa, en otro edificio con un hombre durante la noche, tenías que casarte con él. De lo contrario, te exiliaban de la sociedad. Le sucedió a una chica de 14 años que conocí. Era aterrador. Y yo era una soltera bastante buena. ¡Raptar a la nieta de Stalin habría sido un buen premio! Estaba en riesgo…
>
> Tenía esa sensación de desesperanza. ¡Esto es lo que vamos a estar haciendo el resto de nuestra vida! Claro que era maravilloso ir al ballet y ver a los amigos. Y hubo muchos días buenos. Pero yo estaba en mi papel, como si fuera esta mariposa superficial de sociedad que podía ser feliz en cualquier situación.[7]

Mientras tanto, en Inglaterra y Estados Unidos Svetlana y Olga no habían sido olvidadas. En Cambridge, Vera Traill había asumido la misión de rescatar a Olga de su madre. Le escribió a sir Isaiah Berlin. "Estoy hiperactiva por Olga." Había encontrado la dirección de Svetlana en Tbilisi por medio de un viejo amigo y estaba buscando a cualquiera que fuera a Georgia que pudiera rastrearlas. "Debe ser alguien con ruso perfecto (es decir, un emigrado), inteligente y discreto",

dijo. Encontró una pareja que iba a Tbilisi, pero eran ingenuos sin remedio. “Regresarán sin nada o los expulsarán por espías.”

Aparentemente, Traill estaba en contacto con Wesley Peters. Le dijo a Berlin:

> William Wesley Peters (siempre firma con los dos nombres completos) pidió la dirección de Olga, solicitó una visa, le negaron ambas cosas y ahora está tirado en la desesperación. Podría hacer más, por supuesto —como mínimo, mantener contacto regular por correo o por teléfono—, y yo sigo picándolo, pero lo que lo retiene, creo, es que no está seguro de si va a ser bienvenido. Siente que no hizo suficiente por Olga y se siente culpable; además, aparentemente vio una carta escrita por O. desde Cambridge, que contenía una “referencia hostil” de él.

Traill reportó que luego le escribió a la Escuela de los Amigos. “Explicándoles que quiero alentar a Wes Peters a mayores esfuerzos, dije que estaría agradecida si pudieran preguntar a los amigos de O. si alguna vez había dicho algo lindo de su papá.” La respuesta de la escuela le pareció “monstruosa”, y se la reenvió a Berlin. “Va a tener que pellizcarse en cada párr.… Falsa, pomposa, completamente irrelevante. Me siento indignada y asqueada. Creía que los cuáqueros eran buenos samaritanos; son conocidos por ayudar en hambrunas y plagas. ¿Por qué de pronto ese miedo frenético a ‘involucrarse’?” Berlin decepcionó a Traill. Montó en ira cuando él también se negó a involucrarse.[8]

Pero la gente a la que Svetlana le importaba estaba preocupada de manera genuina. Joan Kennan de alguna manera había conseguido la dirección de Svetlana en Tbilisi, probablemente por medio de su padre. Sin duda, la CIA la conocía. Svetlana no cabía en sí de gusto al recibir su carta y envió de vuelta fotografías de Olga, lamentándose: “¡Mi Katia no quiso verme (vernos) ni una vez! Y yo pensé todos estos años que me estaban extrañando mucho. Qué ciega”.[9]

Rosa Shand también había logrado conseguir la dirección de Svetlana, probablemente por medio de Utia Dzhaparidze, su amiga georgiana en Nueva York, y le escribió: “Tu peregrinación ha sido valiente, y sigues explorando, y confío en que de alguna forma le encontrarás sentido a todo como lo hizo tu amado Dostoievski… Te quiero”.[10]

La verdad era que a Svetlana no le estaba siendo fácil encontrarle sentido a su peregrinación, y Rosa, debajo de sus consuelos, estaba genuinamente ansiosa. Utia Dzhaparidze le escribió a Rosa para darle una idea clara del aislamiento de Svetlana. Había oído de amigos de su hermano en Tbilisi que veía con frecuencia a Svetlana y a Olga. Temía que Svetlana fuera “una conocida peligrosa para él”.[11] Había pasado 15 años en los campos de trabajos forzados y su familia seguía en la lista negra.

Tras su bravuconería, de hecho Svetlana estaba buscando desesperadamente una manera de salir de la URSS. Ahora se daba cuenta de que Olga no podría vivir en Georgia ni en ninguna

parte de Rusia. Ella había llevado a su hija ahí y todo ese fiasco era su culpa. Por suerte para Svetlana, las cosas estaban cambiando en Moscú. Chernenko por fin había muerto y en marzo de 1985 Mijaíl Gorbachov llegó al poder. Había rumores de que éste era liberal, pero Svetlana veía que actuaba con cautela, aún cercado por los comunistas inflexibles que había heredado de sus predecesores. En diciembre de 1985 Svetlana reunió valor y le escribió a Gorbachov para pedirle permiso de irse. Llevaban un año en la URSS. No recibió respuesta.

En febrero tomó el tren a Moscú. Había hecho ese viaje de norte a sur todos los veranos de su niñez; los vagones, con sus literas, no habían cambiado nada. Pero esa vez el viaje fue una suerte de tortura, pues contemplaba la nueva trampa a la que había entrado. ¿Algún día les permitirían salir de su jaula de oro?

El 25 de febrero, día del Vigésimo Séptimo Congreso del Partido Soviético (el primer congreso presidido por Mijaíl Gorbachov como secretario general), Svetlana se dirigió a la embajada estadounidense. Ahora esa ciudadana soviética y ningún ciudadano soviético podía entrar a una embajada extranjera. Milicianos rusos la detuvieron y se la llevaron. Esa misma tarde, dos funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores se reunieron con ella para discutir su situación. Le informaron: “Su hija puede volver a su escuela en Inglaterra… como ciudadana soviética, por supuesto, y volverá aquí con usted en las vacaciones”.[12] Le aconsejaron que se mudara de vuelta a Moscú.

Dos días después, en Tbilisi, Svetlana logró llamar por teléfono al director de la Escuela de los Amigos para decirle que Olga volvería a clases. Él contestó que la escuela estaría encantada de recibirla de vuelta. Lo mejor sería que volviera antes del 16 de abril, a tiempo para el inicio del periodo de primavera. Impresionada por haber establecido contacto con Inglaterra con su propio teléfono —debían de haber abierto la línea, aunque suponía que la monitoreaban—, Svetlana llamó a Sam Hayakawa en San Francisco, para decirle que Olga tenía permiso para irse. Lo urgió a que llevara la información a los noticieros, para que los soviéticos no pudieran retractarse. Le rogó que le hiciera saber a la embajada estadounidense en Moscú que ella también quería volver, pero que le habían confiscado el pasaporte estadounidense. “¡No puedes imaginarte en lo que me metí!”, se lamentó. Hayakawa recientemente había sido electo al senado de Estados Unidos. La reconfortó. “Está bien. Todo va a estar bien.”

Olga ahora tenía permiso de irse, pero Svetlana debió de haber estado aterrorizada de que ella estaría atrapada en Moscú y separada de su hija. ¿Podría perder un tercer hijo? Le escribió de nuevo a Gorbachov, esta vez incluyendo una petición formal al Sóviet Supremo para renunciar a su ciudadanía soviética.

Svetlana volvió a Tbilisi a tiempo para celebrar su sexagésimo cumpleaños. Unos cuantos amigos le prepararon un festín georgiano y cantaron acompañados de sus guitarras. No les dijo

nada de sus planes. ¿Para qué hacerlos "cómplices"? Recordaba la noche con cariño: "Duetos, tríos, una secuencia interminable de canciones melódicas tradicionales sobre amor, muerte, separación y añoranza". Miró cantar a Olga, mientras se acompañaba con el piano. Era hermoso y triste. Se sintió agradecida por la generosidad de esos georgianos, que les habían extendido una amistad tan cálida a ella y a su hija. Y durante ese único instante se deshizo del peso de sus ansiedades.

Mientras Svetlana estaba en Moscú, Olga logró adquirir un pequeño cachorro pekinés, al que llamó Maka. Svetlana también descubrió que su hija, que cumpliría 15 años en mayo, había desarrollado un romance adolescente con un hombre mayor. Estaba preocupada. ¿Podría ser un embrollo que lo complicara todo? Tenían que irse de inmediato. Sabía que debía manejar a Olga con cuidado. Le dijo que pronto irían de viaje a Moscú, pero que no tenía que preocuparse: volverían de visita.

El 20 de marzo, la víspera de su vuelo fuera de Tbilisi, con el insoportable estrés de la incertidumbre de quedar abandonada sola en Moscú, Svetlana sufrió lo que parecía un infarto. Aquella noche de jueves se fue a la cama con un dolor en el pecho y en su brazo izquierdo; apenas podía respirar. Despertó a Olga y le pidió que fuera por un doctor. ¡Cómo podía estar pasando eso justo cuando preparaba su escape! Olga se aterrorizó al ver a su madre ponerse azul. Pensó que se estaba muriendo.

En el hospital de Tbilisi los doctores determinaron que Svetlana no tenía un infarto, sino un espasmo cardiovascular causado por estrés. Le ordenaron quedarse dos semanas en el hospital, para hacerle una revisión minuciosa. Svetlana sospechó de inmediato. ¿Por qué dos semanas y por qué entonces? Cuando un conocido de un amigo conectado al hospital le aseguró que su condición no requería una estadía tan larga, concluyó que esas órdenes venían de Moscú. Las autoridades estaban tratando de prevenir que se fuera de Georgia.[13]

Tenía razón, por supuesto, al creer que Moscú conocía todos sus movimientos. De hecho, la misma noche de su hospitalización, el Politburó estaba discutiendo su destino. Un documento ultrasecreto, con fecha del 20 de marzo de 1986, registró la minuta de la junta presidida por Mijaíl Gorbachov por lo menos con otros 15 funcionarios del Partido, incluyendo a los camaradas Andréi Gromyko y Yegor Ligachov.

Entre los temas en la agenda estaban la guerra en Afganistán (discutieron el estado psicológico de los líderes) y un telegrama de Adén —en ese entonces, la URSS era el principal apoyo de Yemen— pidiendo permiso "para ejecutar a 50 personas". Lo desaprobaron con el argumento de que "ese tipo de acciones podrían exacerbar el conflicto interno".

Entonces, el camarada Gorbachov dijo: "Hay una cosa más", y les leyó la carta de Svetlana Allilúieva a los hombres en la mesa. El camarada Víktor Chébrikov, presidente del Comité de

Seguridad del Estado (la KGB), comentó: “Las primeras cartas eran buenas, había gratitud. Parece que había 50% de los problemas, que ni siquiera mencionó. Hoy la llevaron al hospital [en Tbilisi] con un infarto”.

Gorbachov respondió: “Tenemos que averiguar la opinión de su hija y reunirnos en persona”.

Después de discutir un poco, decidieron que el camarada Ligachov se reuniría con ella.[14]

Svetlana tenía razón al suponer que la policía secreta estaba al tanto de ella, pero su ansiedad de que el gobierno estuviera tratando de controlarla rayaba en la paranoia. De hecho, no sabían qué hacer con ella. Tristemente, fue entonces cuando su hijo, Iósif, decidió hablarle por teléfono. No tuvo oportunidad de ofrecerle su conmiseración. Estaba iracunda. ¿Por qué la llamaba en ese momento? No se había molestado en llamarla en *15 meses*. Por lo menos podría haberle hablado a Olga. ¿Tenía vínculos tan estrechos con las autoridades que supo de inmediato que estaba en el hospital? Le preguntó brutalmente: “¿Qué pasa? ¿Pretendes enterrarme pronto? Aún no es hora”.[15] Los dos colgaron.

Estaba segura de que las autoridades estaban tratando de usar a su hijo para evitar que ella se fuera. Quizás había pasado demasiado tiempo en la Unión Soviética. Los hábitos de sospecha estaban tan arraigados en ella, como en sus conciudadanos, que nada podía tomarse al pie de la letra. Siempre había que leer entre líneas.

De hecho, las autoridades ahora pensaban que sería buena idea sacarla del país. Como comentó su primo Leonid Allilúiev: “Svetlana era una bomba: Stalin, su deserción. Ya había tantos problemas gubernamentales que querían deshacerse de ella”.[16] Lo único en lo que pensaba Svetlana era en salir del hospital antes de que alguien la “envenenara”. Simplemente salió caminando aquel domingo, cuando no había doctores cerca, y tomó el tranvía a casa.

Su partida en compañía de Olga sería una despedida silenciosa más. Ni un alma en Tbilisi se dio cuenta de que sería permanente.

Cuando la maestra de piano de Olga, Leila Sikmashvili, descubrió después que no iban a regresar, nunca perdonó a Svetlana. Al mirar atrás, diría que uno de los grandes arrepentimientos de su vida fue que debió de haber secuestrado a Olga. Olga podría haberse casado con aquel novio —el hombre nunca dejó de quererla— y podría haber tenido una vida feliz en Georgia como madre de seis hijos.[17] La desconexión entre la versión georgiana y la estadounidense de la felicidad no podría ser más clara. Cuando Olga se enteró de que volvería a la Escuela de los Amigos, se sintió en la luna.

Svetlana y Olga, cargando con Maka, volaron a Moscú el 27 de marzo. Dejaron atrás la mayoría de sus pertenencias: libros, papeles, legados. Dejar cosas atrás nunca molestó a Svetlana. Tal como decía Olga: “Siempre estaba dejando cosas por todo el mundo”.[18] Era como si Svetlana se negara a cargar su historia con ella. Pero Olga se empecinó: no iban a dejar

atrás a Maka.

Se registraron en el Hotel Sovietski. Tuvieron un cuarto mucho más pequeño esa vez, porque Svetlana lo estaba pagando. Olga recibió un pasaporte soviético con una visa de salida y entrada (el documento especial necesario para viajar al extranjero), que habían solicitado en Georgia. Le permitirían viajar a Inglaterra como colegiala soviética. Svetlana aún no tenía un documento así. Nada de su salida de la URSS estaba claro. Terminaron quedándose en Moscú durante 20 días, hechas un manojo de nervios, esperando noticias.

Svetlana pasó muchas noches en vela caminando por las calles de Moscú con su sobrino Alexándr Burdonski. Una noche se volvió hacia él y dijo: "¿Quieres preguntarme por qué pretendo irme?" "Sí", contestó. "¿Puedes entender este sentimiento? Camino por Moscú… No hay nadie aquí. Sólo cruces. Cruces por todos lados… cruces, cruces, cruces."

Entendió que estaba diciendo que el "entorno de las personas cercanas e interesantes para ella ya no estaba. Ninguna de las personas por las que sentía nostalgia existía ya". Sólo después reflexionaría que había

> necesitado venir aquí para despedirse para siempre de todo. Era necesario regresar para comprender que poco había cambiado —en la psicología de las autoridades principalmente—; nada había cambiado. Y cuando le ofrecieron de nuevo vivir aquí, darle un departamento, darle esto, darle lo otro, darle una dacha, instalarse de nuevo como una loba entre banderas rojas, todo eso por segunda vez, todo su ser, categóricamente y con furia, lo rechazó.[19]

Burdonski también se percató de que Svetlana tenía que salir de la URSS para proteger a Olga. Ésta le resultaba "encantadora, una criatura completamente salvaje, con un carácter que había heredado de Svetlana". Bajo su superficie tranquila, Svetlana siempre había sido una mujer rebelde en un mundo en el que la rebelión era impensable. "No importa cuánta presión recibiera; seguía siendo una criatura desobediente. Y Olia [Olga] también era una criatura desobediente. Como su madre." Burdonski sabía que Olga nunca podría sobrevivir en el represivo sistema soviético. "Claro que había conflicto; eran tan parecidas, pero estaba claro que se querían mucho."

Un día, una joven mujer bien vestida, eficiente y alegre de la embajada estadounidense se coló al Hotel Sovietski con el pretexto de que iba a visitar a otra delegación (una visita a un ciudadano soviético por parte de un funcionario de la embajada estadounidense estaba totalmente prohibida), y tocó a la puerta de Svetlana. Olga no había visto a una estadounidense en mucho tiempo y comenzó a llorar al instante. Svetlana siempre incitaba a su hija a que hablara por sí misma. Cuando alguien le preguntaba lo que pensaba Olga, Svetlana decía: "¡Pregúntenle a ella!" Ahora, la funcionaria de la embajada estadounidense le preguntó a Olga si quería volver a Inglaterra. Los pensamientos de un novio esperándola en Tbilisi se desvanecieron como humo.

“Sí”, dijo Olga, hablando tan elocuente y diplomáticamente como pudo.[20] Cuando la mujer regresó una semana después, abrió su portafolios y sacó dos pasaportes estadounidenses, uno para Olga y otro para Svetlana. Esta última creía que el senador Hayakawa había usado su influencia con George Shultz, el secretario de Estado de Estados Unidos con Ronald Reagan, y había movido los sus influencias.[21]

El 3 de abril Svetlana recibió una llamada de un funcionario de Relaciones Exteriores, que le dijo: “Puede irse con su pasaporte estadounidense si no quiere esperar a la cancelación de su ciudadanía soviética. Eso tomará un poco de tiempo”.[22] El 5 de abril el camarada Ligachov la invitó a hablar. Un chofer la llevó a Staraia Ploshchad (la Plaza Vieja), a las oficinas del Comité Central. El corredor, con su alfombra al estilo del Kremlin, se veía y olía exactamente igual que en los días en que conoció al camarada Súslov para pedirle permiso de registrar su matrimonio con Brajesh Singh. Sintió que estaba en una mala película, una falsificación en la que la primera y la última escena se repetían inverosímilmente.

Mientras un secretario estaba cerca registrando su conversación en taquigrafía, Ligachov la despidió. “La patria sobrevivirá sin usted. La pregunta es: ¿sobrevivirá usted sin la patria?”[23] Y añadió: “Compórtese”, con lo que se refería, por supuesto, a no dar más entrevistas, ni a escribir más libros. Y por supuesto que Svetlana desobedecería. La burocracia soviética creía que los libros eran bombas. Ella también. Ay, pero pocos en Occidente, hacia donde iba de vuelta, creían que los libros tuvieran tal poder.

Le consiguieron un boleto por medio de la embajada estadounidense. Programaron su vuelo un día después del de Olga, por Swissair, con una escala en Zúrich antes de proceder a Estados Unidos. Svetlana y Olga pasaron sus últimos días en Moscú entretenidas con “los chicos Allilúiev”. Los medios internacionales ya estaban hablando al Hotel Sovietski. Hasta habló el padre de Olga, Wes. Svetlana pensó: “Mejor tarde que nunca”, aunque sí se preguntó si el motivo de su llamada era por el bienestar de Olga o por arreglar su propia imagen pública antes de que arremetiera la prensa. En el *Washington Post* reportaron que había pasado un año trabajando por el regreso de Olga.[24]

Los tíos y la madre de Olga se despidieron de ella en el Aeropuerto Sheremétievo. Fue un momento extraño cuando le dio el beso de despedida a su madre. Podía ver que Svetlana estaba asustada, aunque tratara de esconder su miedo con valentía. “Aún no estaba segura si iba a poder salir. No, hasta que estuviera en el avión.”

Cuando aterrizó en el Aeropuerto de Heathrow a la mañana siguiente, Olga se saltó la aduana y la llevaron por la salida para diplomáticos. Emergió ante un mar de *paparazzi* y sintió un pánico repentino: ¡no le había preguntado a su madre qué tenía que decir en esas circunstancias! “Ése fue mi primer encuentro relámpago con los *paparazzi*… las cámaras en mi cara. Fue

impresionante. Y estuve en las noticias toda la noche, y todo el día siguiente. En todos los noticieros.” [25]

A un mes de sus 15 años, Olga era impresionantemente serena y segura. Para ella estaba claro que la prensa quería demonizar su experiencia. Cuando los reporteros le preguntaron qué se sentía estar de vuelta, les dijo que tenía ganas de ver a sus amigos. Cuando le preguntaron si aún se consideraba estadounidense, contestó: “Claro”. ¿Se arrepentía de su tiempo en la Unión Soviética? “No”, dijo. “Fue una gran experiencia como para cualquiera.” Y añadió: “Lo único que quiero hacer es ir directo a la escuela y estudiar”.[26]

La Unión Soviética aún consideraba que Olga era una ciudadana soviética que iba a un internado británico. Pasó la noche en la embajada soviética y al día siguiente la escoltaron a Saffron Walden. “Huimos de los *paparazzi*, como en una persecución de película. Por suerte no nos mataron.” Aquella tarde, el director de la escuela fue a su dormitorio y dijo: “Antes de que vuelvas a clases, tienes que dar una conferencia de prensa”. El auditorio escolar estaba atestado de reporteros y curiosos. Olga recordaba que, al verlos, pensó: “Qué aspecto tan loco de mi vida”. “Nunca fue tan loco antes y no ha sido tan loco desde entonces.”[27]

Svetlana estaba programada para salir de Moscú el 16 de abril. No hizo ningún esfuerzo por establecer contacto con Iósif para despedirse y les pidió a sus primos que no la acompañaran al aeropuerto. Creía que nunca más volvería a ver a los “chicos”, ahora cincuentones y sesentones, aunque hubieran sido tan amables con ella, pero la despedida habría sido demasiado emotiva. Alexándr Allilúiev dijo que aceptaron. “La situación era muy tensa. Yo no soy alguien tímido”; pero si algo salía mal y las autoridades se negaban a dejarla abordar el avión, sabía que ella había llegado a su límite. “Sentí que podía hacer una locura.”[28]

La mañana de su partida, Svetlana entregó su pasaporte soviético y su cartilla de pensión a un representante de la Oficina de Relaciones Exteriores soviética que la esperaba en la recepción del hotel. Él le dijo amablemente que Olga había llegado a Londres sana y salva. “Qué chica tan agradable y lista”, dijo. Un representante de la Misión Georgiana la llevó al aeropuerto, donde la alegre joven de la embajada estadounidense la escoltó directamente al avión de Swissair en la pista, porque no tenía visa de salida en su pasaporte estadounidense. Llevaba cargando a Maka. Cuando Olga insistió en que se llevara a Maka, Svetlana estaba horrorizada. “Por Dios, soy esa mujer. ¡Estoy viajando con un perrito!” Pero resultó que el cachorro pekinés fue un consuelo. A Olga le divertía pensar en su madre en el avión con su perrito faldero ladrando y todo. “¡Mamá era la señora huraña con el perrito huraño!”

El avión aterrizó brevemente en Suiza, así que Svetlana estaba siguiendo la misma ruta que tomó 19 años atrás. Pero era un viaje muy distinto. La embajada estadounidense en Moscú había arreglado su retorno como ciudadana estadounidense, y ella eligió volver a Wisconsin. No hubo

*paparazzi* para recibirla en el Aeropuerto O'Hare de Chicago. Sus viejos amigos Robert y Derry Graves la llevaron a Spring Green. Graves le consiguió una pequeña granja de madera en renta. Les dijo a los reporteros que la contactaron que no quería hablar de su vida personal. "Yo los llamo si quiero desmentir declaraciones hechas sobre mí. De lo contrario, el público no tiene por qué saber dónde estoy."[29] Y se deslizó de nuevo al anonimato.

Svetlana se negó a arrepentirse, pero comenzó a examinar sus últimos 18 meses en la URSS. ¿Por qué había ido? ¿Por qué le habían dado permiso a su hijo de comunicarse con ella aquel diciembre de 1982, después de más de 15 años de silencio? Sus llamadas y sus cartas eran muy cariñosas; se iban a encontrar en Finlandia. Luego estaba en el hospital y la llamó para que fuera. ¿Había estado orquestado todo? Después de su primer encuentro, Iósif fue muy frío, y apenas se vieron otra vez. ¿Era todo un plan de la KGB para tenerla de vuelta?

Todas las familias constituyen narraciones cerradas, difíciles de leer desde afuera. Según Iósif, los parientes de Svetlana tuvieron varias opiniones acerca de por qué había vuelto.

Su primo Alexándr Allilúiev nunca creyó en un complot de la KGB. Iósif era un hombre cálido y muy inteligente al que quería mucho. La propia Svetlana había tomado la impulsiva decisión de ir a la embajada soviética en Londres en el otoño de 1984 para pedir permiso de regresar. Y ya que estaba de camino no había vuelta atrás.[30]

En contraste, Leonid Allilúiev y su esposa, Galina, no le tenían mucho cariño a Iósif. A Galina en especial le parecía un hombre frío y cínico, un poco *snob*; recordaba los muchos desaires que le había hecho. Pero ellos tampoco creían que hubiera participado en un complot. Según ellos, los soviéticos estaban tan sorprendidos como todo el mundo cuando Svetlana se presentó en la embajada; pero claro que, ya que estaba de vuelta en Moscú, el gobierno había querido usarla con fines propagandísticos.[31]

Pero su sobrino Alexándr Burdonski tenía otra opinión. Él creía que el regreso de Svetlana sí había sido orquestado. El complot empezó hacía mucho tiempo, cuando Kosyguin seguía vivo. Fue idea suya. "Traerla de vuelta, algo relacionado con Afganistán. Una distracción, quizás, del desastroso curso de la guerra. Yo conocí a alguien cercano a uno de los parientes de Andrópov. Esa persona me dijo que la idea existía. Como una forma de truco político: Stalin ha vuelto." [32] Svetlana sería Stalin resucitado en un momento en que los cimientos políticos de la Unión Soviética estaban trémulos y era necesario rehabilitar la imagen del dictador para restablecer el orden y apuntalar la credibilidad del Partido Comunista.

Svetlana siguió afirmando que la habían orillado a volver. Sí, había tomado una decisión impulsiva y desastrosa cuando en secreto visitó la embajada soviética en Londres, pero lo había hecho porque creía que su hijo la necesitaba. Todas esas cartas… Pero él no la quería para nada. Una vez más, la habían orillado a actuar su papel; había caído en la trampa.

En una entrevista en 2005, Iósif en persona descartó la idea de que hubiera manipulado a su madre. Cuando hablaron por teléfono, dijo:

> Yo estaba en una situación difícil. No podía decirle simplemente que no viniera. Que sólo se quedara ahí sentada y no hiciera olas. Si le hubiera dicho eso, ni siquiera sé lo que habría pasado. Pero tampoco la persuadí. Sólo un par de veces expresé la idea de que la gente de alguna forma vive con su familia y no del otro lado del océano. Quizás tomó eso como una tentación.[33]

Una de las teorías más indignantes vino del viejo amigo de Svetlana, Andréi Siniavski, y su esposa, María Rózanova, que vivían exiliados en París. Siniavski le dijo a un periodista del *Daily Mail* de Londres, Nicholas Powell, que un agente soviético de nombre Oleg Bítov, que trabajaba para la KGB, había tramado el regreso de Svetlana. Rózanova sostenía: "Fuentes extremadamente confiables en Alemania hablan de una aventura entre Bítov y Svetlana mucho antes de que la pareja volviera a desertar". Él había desertado a Italia en septiembre de 1983, buscó asilo en Gran Bretaña y luego, a mediados de agosto de 1984, desapareció. La próxima vez que se supo de él, estaba en Moscú.

La CIA creía que la KGB lo había secuestrado de vuelta a la URSS. Para un ruso, tenía más sentido que fuera parte de un complot de la KGB, y los Siniavski aseguraban que el punto del complot era orillar a Svetlana Allilúieva a volver a la URSS. Siniavski señaló que tan pronto como Andrópov subió al poder, al hijo de Svetlana, Iósif, le permitieron que la llamara. Y luego Bítov la convirtió en su "querida", comprometiéndola a regresar con base en su romance. Cuando le preguntaron si le sorprendió que Svetlana volviera a desertar, se reporta que la esposa de Siniavski dijo: "Las princesas siempre son caprichosas. En todos los cuentos de hadas".[34]

La conexión entre Bítov y Svetlana era totalmente mítica. Años después se revelaría que Bítov había desertado, pero luego, extrañando a su familia, volvió voluntariamente a la Unión Soviética.[35] Él y Svetlana nunca se conocieron.

En la víspera de la perestroika (reestructuración), con Gromyko enfermo aún en el poder, era fácil creer en conspiraciones. Lo que es seguro es que nunca nada estaba claro en los círculos soviéticos. Pero que Svetlana de hecho creyera, con razón o no, que su propio hijo fuera capaz de tal hipocresía, era otra traición desgarradora más.

Fue su amiga cercana Utia Dzhaparidze la que se metió en la psique de Svetlana. Dzhaparidze aún temía por Svetlana. Como figura pública, Svetlana no era vista como la mujer que en realidad era: "una mujer valiente, totalmente generosa y honesta". En cambio, era "lo que cualquier periodista raído, maligno y tonto quería hacer de ella". Era un gallito de badminton en el juego de la Guerra Fría, forzada por su famoso nombre a desempeñar un papel político. Lo que la gente esperaba de ella era "condena total: en Oriente, de Occidente; en Occidente, de Oriente.

Es una situación terrible”.[36] Aún peor porque corrompía el único lugar que un refugiado y exiliado podía reclamar como su hogar: el mundo de la familia y la memoria privada.

# 33

# La realidad estadounidense

Svetlana se instaló en su refugio de la granja en Spring Green. Aunque todo a su alrededor le hablaba de Wesley Peters, quien ahora gobernaba el cercano Taliesin —Olgivanna Wright había muerto el año anterior—, su aislamiento le resultó reconfortante. Después del caos de los meses previos era un consuelo sentarse sola en la escalera de su porche, viendo cómo despertaba el paisaje primaveral y los cerezos silvestres envolvían las laderas. Esperó con ansias el fin de cursos de su hija, cuando volvería a casa para sus vacaciones de verano. Por supuesto que a Svetlana le preocupaba cómo reaccionarían los estadounidenses ante ella ahora que estaba de vuelta. Esperando ser objeto de recriminaciones, les escribió cartas a amigos como Annelise y Joan Kennan y Bob y Ramona Rayle, con la esperanza de que la comprendieran.

A finales del verano de 1986 compró una cabaña de caza en una propiedad de dos hectáreas adentro del bosque. Estaba a unos 20 kilómetros de Spring Green, en una zona conocida como Pleasant Ridge, en el municipio de Dodgeville. Un arquitecto había diseñado la cabaña como lugar de retiro, con puertas de vidrio corredizas que se abrían hacia el bosque, tan aislada que los venados acudían a la puerta trasera al atardecer. Era una casita preciosa, los impuestos eran mínimos y a Svetlana le encantaba la idea de que nadie podía encontrarla. Sus finanzas eran muy precarias. Había dejado dinero en un banco inglés para Olga, y los Hayakawa la ayudaban para que pudiera volver a Estados Unidos en las vacaciones, pero como necesitaba ganar dinero, Svetlana estaba ocupada restableciendo contactos con agentes y editores, en un intento por que saliera *Música lejana* en Estados Unidos. También lanzó una campaña para rehabilitar su reputación.

En febrero de 1987, unos 10 meses después de su vuelta de la URSS, envió dos cartas. La primera estaba dirigida en general a “viejos amigos y antiguos mecenas”. Se quejaba de su retrato en la prensa estadounidense como alguien que “odiaba Estados Unidos” (se refería en específico al artículo de Patricia Blake en la revista *Time*). “Yo NUNCA dije eso… Podrían ustedes decir que… EN el vigésimo aniversario de mi adopción de este país como el mío… sí lo amo PORQUE SÍ AMO a mi hija estadounidense.”[1]

Cortesía de Rosa Shand.

Svetlana y Olga juntas afuera de la cabaña de caza Pleasant Ridge, en Wisconsin, 1994.

En la segunda carta, dirigida simplemente a “amigos” y enviada a unas 30 personas, dijo que estaba tratando de ganarse la vida como escritora, pero “mis libros están en una suerte de círculo vicioso”. No podía reeditar sus primeras dos obras y nadie quería el tercero. Sólo tenía suficiente dinero para un mes más y estaba pidiendo ayuda para mantener su casa en el bosque. “Me es difícil rogar, pero tengo que seguir escribiendo. Éste es el peor momento que he tenido.”[2]

A la mayoría de sus amigos les molestó, e incluso les ofendió, su carta de súplica. En Estados Unidos nunca se le pedía dinero a la gente. Pero al escribir su carta, Svetlana estaba actuando bajo un supuesto ruso o soviético básico. Dentro del propio círculo de amigos, si alguien tenía necesidad, lo típico era prestarle dinero. La palabra rusa para tomar prestado equivalía a “tomar”, lo que implica que preguntarse por la devolución era insignificante.[3] No era vergonzoso pedir ayuda.

Svetlana trató de ver si podía revocar su Fideicomiso de Beneficencia Allilúieva, que aún tenía 275 000 dólares. Gastó 200 000 para construir el Hospital Brajesh Singh y lo mantuvo 20 años. Los informes financieros habían sido escasos. Quizás ahora que estaba desamparada fuera hora

de que alguien más siguiera con el proyecto. Pero la Corte Superior del Condado de Mercer dictaminó que, aunque legalmente tenía permitido reasignar a los beneficiarios, no podía reclamar el dinero para sí misma, porque el fideicomiso era irrevocable durante su vida. Redirigió las donaciones al Centro Médico de Princeton y a la Escuela Diurna Campestre Stuart. [4]

Buscó otras fuentes de ingresos. Aquel mes de mayo aceptó una invitación para dar una conferencia sobre Gorbachov a estudiantes de historia en el Mundelein College, en Chicago. Resumió su evaluación de Gorbachov en una carta a Philippa Hill:

> Quiere *glasnost*: apertura, ¿pero *dónde están* los periódicos independientes y *abiertos* en los que la gente pueda descargar sus opiniones? Aún no hay *ninguno*. A menos que cambien y *minen* su propio régimen unipartidista y permitan —de manera legítima— *otros partidos*, no pueden tener "apertura". Aún todo son palabras, palabras, palabras. Pero llegará, sin embargo, si no Gorbachov, el siguiente tipo que en la cima tendrá que pedir reformas, de cualquier manera.[5]

Sin embargo, a pesar de la perspicacia de su evaluación sobre Gorbachov, Svetlana descubrió que la audiencia sólo quería hacer preguntas sobre su padre, lo que la hizo sentirse tan indefensa que pensó que tendría un colapso nervioso. Ése fue el fin de su carrera como conferencista. Le dijo a Rosa Shand: "Siempre estoy en las nubes de una ilusión u otra, una positiva o una negativa... NUNCA voy a aprender a vivir en la realidad estadounidense. Me supera".[6]

Svetlana no lo sabía, pero había una estrategia tras bambalinas para conseguirle dinero. No les envió su carta desesperada a George y Annelise Kennan a propósito. No podía rogarles a ellos, pero otros amigos les reenviaron su carta y Kennan decidió poner algo de su parte. Le escribió a Frank Carlucci, asistente del presidente en asuntos de seguridad nacional, adjuntándole una copia de la "carta circular" que "Svetlana (Dzhugashvili) Peters" les había enviado a sus amigos. Después de ofrecer un resumen de la historia de Svetlana, Kennan comentó:

> Obviamente sola se ha ganado sus problemas y merece poca simpatía personal… Sin embargo, a varios de sus ex amigos, aunque se den cuenta por completo de su responsabilidad en su propio apuro, les costaría trabajo quedarse de brazos cruzados y mirar cómo se convierte en pordiosera. Y me pregunto si sería aconsejable, desde el punto de vista de nuestro gobierno, permitir que eso sucediera… En vista de la manera sensata y generosa en que fue tratada por las autoridades soviéticas [cuando regresó en 1984], creo que daría muy mala impresión, pues invitaría a comparaciones odiosas y no sería beneficioso para nuestro gobierno, si ella y su hija (que es una chica agradable e inocente de toda complicidad en las locuras de su madre) se convirtieran en cargas públicas. Como mínimo, tal acontecimiento se prestaría a una explotación propagandística adversa.[7]

Kennan sugirió que se apartara una pequeña anualidad de 300 000 dólares, de la cual pudieran

hacerse pagos regulares a Svetlana, “necesariamente clandestinamente”. En unas pocas semanas, Fritz Ermath, de la CIA, le habló por teléfono a Kennan para decirle que estaba seguro de que se resolvería el asunto, aunque tomaría un poco de tiempo.[8]

Durante el siguiente invierno en su cabaña de caza, Svetlana trabajó en un nuevo manuscrito llamado “Un libro para nietas”. Iba a ser un recuento de su regreso con Olga a la URSS. Escribió sus interminables cartas e hizo algunas traducciones. A sabiendas de que sus finanzas eran precarias, su viejo amigo Bob Rayle puso de su parte. “Traté de ofrecerle ayuda de la CIA, pero invariablemente rehusaba aceptarla.”[9] Por fin logró ponerla en contacto con Iliá Levkov, un emigrado ruso que tenía una pequeña editorial en Nueva York llamada Liberty Publishing. Aquel invierno, Levkov sacó *Música lejana* en ruso. El adelanto fue mínimo, pero también le daba cada tanto un libro para que lo tradujera al ruso, lo que le redituaba un poco de dinero.

En junio de 1988 Svetlana le escribió a Rosa Shand con noticias sorprendentes. Tenía algo que confesar. Se había enamorado de un hombre. Su nombre era Tom Turner. “Después de años y años de ‘corazón congelado’, amo a un hombre, y no puedo decirte qué alegría, regeneración y luz tan grandes me trae. Todo sigue en la etapa de ‘desarrollo’.”

Texano de nacimiento, Tom Turner era un solterón de 52 años de edad, 10 años más joven que Svetlana. Vivía en San Luis, Missouri. Se conocieron dos años antes en Illinois, en casa de un amigo, y mantenían una amistad por correspondencia, pero recientemente habían comenzado a verse. Svetlana le dijo a Rosa que sólo unos cuantos amigos conocían su secreto.

> Todo se está desarrollando hermosamente ENTRE los dos… Creo que PUEDE convertirse en la relación más feliz y maravillosa para los dos… NO debería pensar antes de tiempo, eso NO es BUENO… Por favor, mantenlo en secreto. A veces estoy tan contenta que quiero gritar: “¡Tom es un hombre maravilloso!”, pero no debería hacerlo.[10]

Era como si tuviera miedo de anticipar la felicidad, esperando que, si hablaba, se la arrebatarían. Pasaban largas horas al teléfono, y ella hacía el viaje de 650 kilómetros en autobús para pasar el fin de semana con él en Saint Louis, o él iba a visitarla a Wisconsin.

Turner tenía un pasado interesante. Fue aprendiz de arquitecto con Buckminster Fuller, pero luego trabajó como empresario. También era un terciario dominico, o hermano laico. Esos individuos, casados y solteros, trabajaban en la comunidad. Le encantaban la música y todo lo ruso. Completamente indiferente al linaje de Svetlana, disfrutaba llevarla a conocer a sus amigos. Olga seguía en la escuela en Inglaterra y nunca conoció a Turner, pero Svetlana le mandaba largas cartas en las que le describía sus hermosas veladas cocinando juntos; al parecer, Tom le había dicho que era una gran cocinera y que sería una magnífica esposa. En cierto punto Olga pensó que se iban a casar, algo que añoraba en secreto. Y entonces llegó la terrible noticia… Tras

varios meses de amistad, a Tom le diagnosticaron cáncer terminal.

Parecería que la vida de Svetlana estaba destinada a girar en círculos trágicos. Una vez había ayudado a morir a Brajesh Singh; ahora tendría que consolar a un agonizante Tom Turner. Y lo hizo. Tom no estuvo en cama sino hasta el final de su enfermedad. Su relación cariñosa, con su terrible trasfondo, continuó hasta el fin.

Mientras Tom Turner moría, Svetlana sufrió otro colapso de sus esperanzas. A finales de enero de 1989, a tres meses de cumplir 18 años de edad, Olga sorprendió a su madre, al huir de la escuela, con un "dulce novio hippie" llamado Hayden. Un fin de semana en que le dieron permiso de visitar la propiedad familiar de Hayden —su padre era un acaudalado banquero londinense— los jóvenes amantes huyeron a Brighton. Estaban viviendo en un estudio: un cuarto con cocina y baño comunes. Tan pronto como Svetlana se enteró de que su hija había dejado la escuela, les ordenó a sus amigos que fueran a Brighton a tocar a la puerta de Olga y Hayden —eran demasiado pobres para tener teléfono—, pero nadie parecía capaz de persuadir a Olga de que volviera a la Escuela de los Amigos. Frustrada, Svetlana estableció contacto con el padre de Hayden y reservó un vuelo a Londres el 5 de febrero. Irían juntos a Brighton para regresar a sus hijos a casa.

Una mañana, Hayden se asomó por la ventana del estudio: "¡Dios mío! Es mi papá". Olga se asomó también y dijo: "¡Dios mío! Es mi mamá". Cuando rememoraba aquella mañana, Olga recordaba a su madre con cariño.

> Había volado hasta allá para hacerme ver claro y básicamente devolverme a la escuela. Pero cuando vio cuán enamorados estábamos, mamá —tan romántica como era— simplemente no pudo obligarnos a que nos separáramos. Éramos una pareja hermosa y completamente feliz. Vio algo de su pasado. Su padre le había hecho eso cuando apenas tenía 16 años, cuando se enamoró de Kápler. No me lo iba a hacer a mí. Supongo que esperaba que yo pudiera arreglarlo sola. Cosa que hice. Hayden y yo finalmente volvimos a Londres y cortamos. Pero mi madre tuvo que ir de vuelta a Londres aquel día con el enojado padre de Hayden, que bufaba: "¿Es en serio? No va a… no… así no es como hacemos esto…" Pero nos dejaron ahí, sí.[11]

Una desconsolada Svetlana voló de regreso a Wisconsin. Claro que estaba enojada. Olga no tendría las calificaciones de excelencia para entrar a la universidad. Sus sueños para la educación de su hija se frustraron, mientras que Hayden tenía a su padre rico. En abril puso en venta su cabaña de caza y se mudó a un departamento en Madison.

Tom Turner murió el 3 de junio de 1989. Cuando Svetlana asistió a su funeral en Saint Louis, la conmovió la manera tan cálida en que su familia la aceptó. Le escribió una sombría nota a Philippa Hill, en Cambridge. Cuando su "amigo más querido y más cercano" murió, aunque "los dos sabíamos que llegaría, su muerte fue un golpe. NO TENERLO en carne y hueso ES muy triste". [12] La nota es enternecedora en su estoicismo. Svetlana estaba bien entrenada en la pérdida.

En agosto, dos meses después de la desaparición de Tom Turner, ingresaron a Svetlana en la sala de emergencia de un hospital de Madison, con lo que parecía un infarto.

Le escribió a Philippa Hill que sentía que se estaba hundiendo más y más lejos de su "ideal". "El enojo vuelve enfermizo al corazón… Me estoy agrietando en cada juntura." Y luego se soltó a despotricar. Estaba enojada con los "editores estúpidos, los periódicos estúpidos, los políticos estúpidos en mi tele todas las noches. Hasta el estúpido de Gorbachov, que ARRUINÓ una OPORTUNIDAD tan BUENA de GRANDES REFORMAS en la URSS… Dejó pasar su Hora Suprema". Terminó su carta a Philippa: "Bueno, al pobre de Tom le encantaba hablar de esto, de la política y eso. Ahora no tengo con quién hablar. Maldita sea. Es tan triste".[13] Luego recibió la cuenta de su estadía de emergencia en el hospital, que casi arrasa con sus ahorros.

Cómo sobrevivía financieramente Svetlana siempre fue un misterio, pero parecería que la solicitud de George Kennan a Fritz Ermath para que la ayudara —"necesariamente clandestinamente"— había tenido respuesta. Durante algún tiempo estuvo recibiendo pagos mensuales regulares por traducir para una agencia en Washington. Decía que no conocía el nombre de sus "benefactores". Les dijo a George y Annelise Kennan: "No sé QUIÉN decida mi destino. Supongo que gente en Washington… Sombras anónimas. Todo ultrasecreto. A mí NUNCA me preguntaron". [14]

Pero había comenzado a inquietarle todo el asunto. Aunque los cheques llegaran con regularidad, era común que no hubiera trabajo de traducción. Uno de los cheques tenía el nombre y la dirección de una editorial llamada Crocker, en Massachusetts. Les escribió para preguntarles por sus encargos, pero no recibió respuesta.

Después de Navidad le escribió a Rosa Shand para decirle que había hecho un nuevo descubrimiento. "La gente de la CIA en Washington, D. C., decidió pagarme una 'pensión' *tras la fachada* de trabajo de traducción. ¿Puedes imaginarte *esa* estupidez?… *Creen* que al pagarme dinero NO me están humillando."[15] Le dijo a Rosa que había establecido contacto con su empleador y que él (no identificó quién era, pero sí supuso que era un oficial de la CIA) le informó que la compañía no existía. "Pensábamos que usted lo sabía."

Iracunda, protestó: "Sentí como si me hubieran tomado el pelo. Era una fachada". "Nunca había sido la espía de nadie y no podía vivir de una pensión ni de la asistencia, o lo que sea, de la CIA."[16]

¿Era sincera su indignación? ¿No sospechaba que su benefactora podría ser la CIA? Parecería que, en su mente, siempre y cuando estuviera haciendo trabajos de traducción legítimos, no estar segura de la fuente en Washington no era un problema. A muchos disidentes soviéticos los mantenían de alguna forma. El año anterior había habido audiencias en el senado, presididas por Sam Nunn, para indagar el estado general de los desertores soviéticos en Estados Unidos; se

sintió decepcionada cuando no la llamaron a declarar.[17] Sin embargo, aceptar un estipendio regular directamente de la CIA era otro asunto: la ponía al nivel de Victor Louis, de la KGB. Bob Rayle insistió en que invariablemente rehusaba sus ofertas de apoyo de la CIA. Quizás por ser rusa podía imaginarse que un día le pedirían que pagara de vuelta su generosidad.

Precipitadamente, Svetlana decidió escapar. Había sufrido una caída desoladora; sola en su departamento de Madison, sin Tom, sin Olga. Había entrado a otro callejón sin salida. Como la Unión Soviética se desintegraba y la "Gorbymanía" inundaba Estados Unidos, estaba segura de que nunca publicarían su manuscrito recién completado, "Un libro para nietas", en Estados Unidos. Tenía una invitación abierta para visitar a una vieja amiga, Madame Helen Zamoiska, en Muret, Francia, y a los Siniavski, con quienes había retomado la correspondencia. Ellos insinuaron que quizás podría encontrar un editor francés. Por encima de todo estaba, por supuesto, su anhelo de estar más cerca de Olga.

Cuando Olga volvió a casa aquel diciembre, Svetlana le dijo que se iba a mudar a Francia. La mudanza, como de costumbre, fue rápida. Olga llevó sus viejos muebles a tiendas de segunda mano, regateó precios y empacó el resto de las cosas de su madre, que iban a enviar a Inglaterra. Svetlana tuvo una última cena con Wesley Peters en su restaurante de costumbre, el Don Q Inn, en la cercana Dodgeville. Él fue lindo; la plática que sostuvieron esa ocasión fue buena; hablaron de la educación futura de Olga. Y luego se fue.

Viajó primero al sur de Francia, y luego pasó varias semanas de retiro en un convento católico en Toulouse, del que hablaba con frecuencia con nostalgia. Visitó a los Siniavski en París, pero resultó que no fueron útiles para ayudarla a encontrar un editor francés. Claramente no había oído el embuste que le habían filtrado al *London Times* en 1984, de que había sido atraída de vuelta a la URSS por el agente de la KGB, Oleg Bítov. De haberlo sabido, se habría ahorrado un viaje frustrante.

¿A dónde podría ir? Había levantado campamento por completo en Wisconsin. El único lugar al que podían llevarla ahora sus pies era Inglaterra. Olga estaba trabajando en un banco y rentando en Muswell Hill con tres amigos. Invitó a su madre a que se les uniera. Svetlana se quedó cuatro meses con ellos, pero por supuesto ese arreglo no duraría mucho tiempo.

Era como si Svetlana hubiera dado un paso al vacío, pero entonces una piedra hubiera emergido para sostenerla. Su antiguo casero en Cambridge, el profesor Donald Denman, la puso en contacto con sir Richard Carr-Gomm, un filántropo que fundó la Sociedad Morpeth, una beneficencia sin fines de lucro que administraba muchos complejos de viviendas con financiamiento privado en Londres, para gente respetable en apuros e indigentes. Svetlana se mudó a Delgarno Gardens 24, en Kensington del Norte, donde tenía un cuarto y compartía la cocina y el baño con otros cinco residentes, un extraño eco de los viejos departamentos comunes

de Moscú.

Con sus amigos estadounidenses, elogió la benevolencia británica. “Los trabajadores de caridad ingleses son gente muy especial.”[18] Les aseguró: “No me molesta vivir de la caridad. No me molesta tener muebles de un camión de beneficencia. No me molesta. No me humilla en absoluto. No quería vivir de una pensión considerable, originada en la CIA, porque creía que no era correcto. Tenía cuatro libros que podía publicar y podía obtener dinero de mi trabajo literario”.[19]

Angela Lambert, una periodista del *Independent*, logró rastrear a Svetlana en marzo de 1990, poco después de su llegada a Londres. Lambert debió de haber tocado algo en Svetlana, porque le habló con un candor extraordinario. Le dijo que ya no tenía la “agradable ilusión” de que pudiera escapar a la *etiqueta* de ser hija de Stalin. Y añadió: “En parte fue mi propia culpa”:

> Viví mi vida como pude —aunque pude haberla vivido mejor— dentro de cierto marco limitado llamado Destino. Hay algo fatal en mi vida. No puedes lamentar tu destino, pero yo sí lamento que mi madre no se haya casado con un carpintero. Nací en el destino de mi padre. Nací bajo ese nombre y esa cruz, y nunca logré saltar fuera de él. Sólo seguí pasivamente el camino de mi peregrinación.[20]

*Pasiva* no es precisamente la palabra que mucha gente le habría aplicado a Svetlana, pero así se veía ella.

Los que veían a Svetlana como la princesa del Kremlin parecían pensar que la habían criado con una indulgencia de cuento de hadas. En lugar de eso, como a todos los ciudadanos soviéticos, la entrenaron para seguir un estricto código de obediencia. A los soviéticos les decían dónde vivir, dónde trabajar, adónde no viajar. Svetlana buscaba en los demás —los protectores, los mentores, los guías— la dirección que debía tomar. A eso se refería con su pasividad. Pero luego se enfurecía: consigo misma y con ellos por controlarla. “Nunca pude emerger con mi propia capacidad”, se lamentó. No reconocía que les había hecho frente a todos.

Le dijo melancólica a Lambert:

> Quiero una cosa: que se publiquen mis libros. Sólo sueño que mi historia por fin llegue a los lectores. Por lo menos podría esperar que pueda convencer a los lectores de mi libro de que no he tenido nada que ver con la filosofía de mi padre ni con lo que hizo. Entonces sentiré que he hecho algo. Sin eso, veo mi vida completamente inútil.[21]

Alisó con manos delicadas el mantel que cubría la mesa a la que estaban sentadas y le sonrió a Lambert. “Ha sido una vida dura, querida: dura de escuchar; dura de vivir.”

Aquel noviembre le envió a Rosa Shand una tarjeta de Navidad de una línea: “Queridísima Rosa, creo… que estoy viva después de este año horrible. Debo estar mejor ahora”.[22] Pero su

optimismo había comenzado a sonar un poco falso. Hasta para ella.

# 34

## “Nunca uses falda ajustada si pretendes suicidarte”

El 3 de mayo de 1991 el amigo de Svetlana, Jerzy Kosinski, se suicidó. Envolvió su cabeza en una bolsa de plástico y se asfixió; dejó una nota: “Me voy a dormir ahora durante un poco más de tiempo que lo normal. Llámenlo Eternidad”.[1] Cuando leyó sobre su muerte en los periódicos londinenses, Svetlana quedó profundamente impresionada. La inundaron las memorias de los tiempos en que ella y Olga lo visitaron en Nueva York, cuando las llevaba de paseo por Central Park en un carruaje tirado por caballos, mientras su esposa Kiki tomaba fotos. Había firmado su copia de su novela *El pájaro pintado*: “Para Svetlana, que entiende”.[2] ¿Qué entendía? Debió de haber sabido que Kosinski vivió desde 1982 bajo acusaciones de plagio, de usar escritores fantasma y de haber distorsionado los hechos de su experiencia como sobreviviente del Holocausto. Los defensores de Kosinski, como Zbigniew Brzezinski (consejero de seguridad nacional durante el gobierno de Carter), sostenían que el gobierno comunista de su Polonia natal lo había difamado.[3] ¿Era eso lo que Svetlana, también calumniada por los comunistas soviéticos, entendía? Pero ella creía que Kosinski tenía una buena vida: una esposa hermosa, un departamento precioso, sus libros publicados. Y ahora era lo que ella llamaba un suicida.

La noticia del suicidio de Kosinski la puso en una espiral descendente. Estaba viviendo sin dinero en el Londres gris y lluvioso, sin idea de qué cartas le iba a repartir la suerte. Un día de aquel mayo caminó al Puente de Londres y miró hacia abajo, a las lodosas aguas del Támesis. Levantándose su estrecha falda, trató de escalar el barandal. Una mano fuerte la jaló de vuelta al pavimento. Por el rabillo del ojo vio una figura baja y fornida, con una roja cara irlandesa y un pelo canoso bajo un impermeable oscuro, que se alejaba rápidamente de la escena. Dos jóvenes gendarmes la levantaron y la metieron en una patrulla. Mientras la llevaban a casa, platicaban del partido de futbol en el radio. Cuando llegaron a su puerta, le dijeron severos: “¡Nunca vuelva a hacer eso!” Esa noche en cama trató de ponerse una bolsa de plástico en la cabeza. No funcionó. Se quedó dormida. A la mañana siguiente despertó y todo parecía una horrible pesadilla.[4]

Colección Meryle Secrest, Archivos de la Institución Hoover, Universidad de Stanford. Cortesía de Chrese Evans.

Svetlana y Olga juntas, *ca*. 1994.

Cuando Olga vio a su madre esa misma semana para su almuerzo ritual en un pub, Svetlana le contó acerca de su intento de suicidio. Habló casualmente, como si estuviera describiendo un paseo por el parque.[5] Pero algo había cambiado. Svetlana ahora entendía de qué se trataba el suicidio. Sucedía en un instante demente y por razones dementes. Era un día oscuro, llovía, el viento volteaba el paraguas, alguien no respetaba la cita para almorzar, algo desataba la desesperanza. “Tienes que estar muy enojada, enojada como todos los diablos, con todos o con alguien o con cualquiera o con todo.”[6] Su padre le había gritado a su madre durante una cena: “Oye, tú”. Si el suicidio de Nadia no hubiera funcionado, se habría levantado al día siguiente y hubiera seguido adelante. Svetlana recordó que su nana había dicho que cuando encontraron su cuerpo, parecía como si su madre se hubiera estado arrastrando hacia la puerta, como si se arrepintiera de lo que había hecho. Podrían haber salvado a Nadia.[7]

En el pub, Svetlana hasta bromeó con Olga: “Nunca uses falda ajustada si pretendes

suicidarte". Olga creía que su madre ahora comprendía la desesperanza de su propia madre. El suicidio podía ser sólo un accidente impulsivo, cuando no había nadie cerca para detenerlo. Olga pensaba que Svetlana por fin había perdonado a su propia madre por abandonarla.

Aquel mes de julio Olga decidió que iría a Wisconsin durante sus vacaciones del banco. Quería intentar acercarse otra vez a su padre. Le daría una sorpresa. Una semana antes de su vuelo, recibió la noticia de que Wes había sufrido un infarto. Cuando llegó a Taliesin la noche del 16 de julio su padre ya estaba inconsciente, y murió durante la noche. De inmediato llamó a su madre para avisarle. Svetlana no lloró; sólo no paraba de repetir: " 'Ay Dios, ay Dios, era un hombre tan bueno', y luego su voz se perdió en el silencio, como si hubiera dejado el teléfono sobre el buró y simplemente se hubiera ido".[8]

De vuelta a su vivienda de caridad en Londres, Svetlana lloró por su ex esposo: "No sabía cuán profundo seguía estando dentro de mí. *Era* un buen hombre en muchos aspectos; fue el entorno desafortunado (en Taliesin, etcétera)… muchas envidias y odios a nuestro alrededor, lo que destruyeron lo que *pudo* ser —en otras circunstancias— una buena vida familiar".[9]

Olga ahora había crecido y pasó de ser la hija de Svetlana a su amiga más íntima. Con su hija, Svetlana nunca se contenía. "Hablamos de muchas cosas dolorosas." Olga podía ver el matrimonio de sus padres a la distancia. Cuando Svetlana conoció a Wes no tenía la sensación de tranquilidad necesaria para tomar una decisión correcta. "Ciega a las muchas señales de alarma en Taliesin, acabó perdidamente enamorada." Olga sentía que su padre nunca habría podido darle a su madre el amor que necesitaba. "Ni poniendo aparte su genio particular habría estado a su altura intelectualmente."[10]

Olga veía el dolor de su madre. A veces Svetlana caía en lo que su hija describía como "los terrores nocturnos de una niña sola y perdida". "Era como si pasara una nube; como si su cerebro comenzara con un pensamiento y lo siguiera hasta el punto en el que ya no tuviera ningún control sobre él ni hacia dónde iba." A veces sucedía cuando Svetlana estaba escribiendo, pero otras ocasiones no parecía haber nada que lo provocara, o era un momento trivial, como "la leche que se derrama". "Se ponía inconsolable." "Algo disparaba un volcán de pensamientos, recuerdos, dolor, angustia, miedo de que algo surgiera y saliera a la superficie para arrasarla." Olga creía que su madre, tan profundamente incomprendida, era una mujer que necesitaba amor incondicional. "La gente que se ha quedado con ella el mayor tiempo, que sigue siendo parte de sus amigos, es la que vio eso. Han visto el volcán."

Svetlana siempre parecía capaz de encontrar amigos. Aquel mes de julio conoció a Nina Lobánov-Rostovski, cuyo esposo era miembro de la familia aristocrática Lobánov-Rostovski. Unos días antes, Nina salía al supermercado cuando el portero de su condominio en North Kensington la detuvo para preguntarle: "Madame, ¿sabe a quién vi pasar esta mañana? A la hija

de Stalin, Svetlana Stalin".

Nina contestó: "¿Es posible eso, David? ¿Qué estaría haciendo en este barrio?" David dijo: "Creo que iba a la Sociedad Morpeth, en el siguiente condominio. ¿Debería mandarla con usted si vuelvo a verla?" Segura de que había cometido un error, Nina dijo: "Sí, hazlo, David".

El 17 de julio —Nina recordaba la fecha con precisión— estaba en su cocina preparándose para una cena cuando sonó el timbre. Suponiendo que uno de sus invitados había tenido la delicadeza de enviar flores, abrió la puerta y ahí estaba Svetlana, igualita a sus fotografías. Se disculpó por la intromisión: "Su portero dijo que unos rusos vivían aquí y que sería bienvenida". Nina contestó: "¿Le gustaría tomar una taza de té?" "¿Conoce a algún ruso que rechace el té?", replicó Svetlana.[11]

Aquella noche, Nina le preguntó a su esposo si le molestaba que la hija de Stalin hubiera ido de visita. Stalin había encarcelado a toda su familia y ejecutado a su padre, Dmitri Iványovich Lobánov-Rostovski, en 1948. Él dijo que no le molestaba siempre y cuando se asegurara de que Svetlana nunca llegara cuando él estuviera en casa.[12] Svetlana comenzó a ir regularmente.

Nina no tardó en descubrir que la amistad con Svetlana podía ser demandante. "Era muy inteligente, bien educada, bien leída y podía ser cálida, encantadora y buena compañía. Era una escritora soberbia y poética." Pero también era voluble. Cuando percibía que alguien podía hacerle daño, se enfurecía, indignada enviaba una carta y luego se disculpaba. "Pobre Svetlana. Era como si la hubieran desollado. Era ultrasensible y todo la lastimaba."

Aquel verano de 1991 Svetlana de pronto tuvo noticias magníficas. Descubrió que *Un libro para nietas* había sido publicado en junio en la revista moscovita *Oktiabr*.[13] Le envió el manuscrito a su vieja amiga Olga Ríkina, quien lo llevó a la revista sin avisarle. Como la Unión Soviética no había firmado el acuerdo internacional de derechos de autor, no era inusual que un escritor se enterara, después del hecho, de que su obra había sido publicada sin permiso. Pero la manera en que se enteró Svetlana fue totalmente inesperada. Recibió una carta de su hija Katia, en la que decía que le gustaba su libro.

Svetlana no tardó en recibir una llamada de Katia. Fue impresionante oír su voz después de 25 años de silencio. Sonaba como ella misma, como la adolescente de 16 que Svetlana había abandonado en 1966. La joven hija de Katia, Ania, le escribió una nota a su abuela: "¿Te encantan los animales?" Svetlana estaba extasiada. A sabiendas de lo pobre que era, Nina le dio dinero para comprar tarjetas telefónicas para que le hablara a su hija en casetas públicas, porque su residencia no tenía teléfono.

Aquel mes de septiembre, por medio de contactos rusos, Svetlana buscó a un vulcanólogo estadounidense, Thomas Miller, que hacía viajes anuales de su base en Alaska para consultar a los vulcanólogos de Kamchatka. Svetlana le pidió que le llevara una carta a su hija, la señora

Katherine Zhdánov, en Kliuchi.

Svetlana no tardó en concebir la idea de llevar a Katia y a Ania a Londres para una breve visita. Hasta discutió con Tom Miller la posible ruta de avión que podría tomar su hija.[14] Le pidió 1 500 libras a Nina para pagar los boletos de avión. Nina no tenía tanto dinero, y además sabía que su esposo se pondría furioso ante el descaro de Svetlana de pedirle esa cantidad. En lugar de eso, le dijo a Svetlana que el inquilino de arriba era un respetable periodista libanés que admiraba mucho sus libros y sin duda estaría dispuesto a pagar esa cantidad para entrevistarla. Svetlana se puso roja y explotó. "¿Quién creía que era, dispuesta a aceptar dinero para hablar de sí misma?… Salió a trancos y me mandó varias cartas enérgicas." [15] Les tomó seis meses reparar su amistad.

Cuando Tom Miller le escribió que había conocido a Katia profesionalmente, Svetlana preguntó ansiosa: "¿Habla un poco de inglés?" Sabía tan poco de la vida de su hija ahora, que la idea de su pequeña y voluntariosa Katia monitoreando erupciones volcánicas le divertía. "Estoy segura de que los volcanes harán erupción exactamente cuando presione algún botón en su escritorio."[16] Le pidió a Miller que le llevara chácharas a su nieta. Bajo presión de Svetlana, Olga también le envió una carta desde Estados Unidos a Miller, para que se la entregara a su hermana.

Miller, de hecho, tenía entendido que Katia era alcohólica, o una alcohólica de clóset, y al igual que su abuelo, bastante autoritaria, aunque no se lo dijo a Svetlana. Pero bueno, había tan poco que decir. Katia tenía la reputación de ser una ermitaña que sólo salía de su cabaña para recoger el periódico o ir a su puesto. Los demás rusos se negaban a hablar de ella. "Déjela en paz", decían. "Es viuda. Ya tuvo suficiente."[17] Katia le mandaba a Svetlana notas ocasionales, aunque no decía casi nada de su vida. Olga recordaba a su madre abriendo ansiosamente una carta de Katia que contenía una fotografía, sólo para descubrir que era la foto de un volcán. La carta describía el volcán con detalle.[18]

A pesar de que lo negara, ser indigente en Londres debió de haber sido humillante para Svetlana: no le alcanzaba para llamar a su hija por teléfono, comprarle un boleto de avión, ni siquiera para alojarla, aunque era improbable que Katia hubiera ido. Aun así, ante la mayoría de sus amigos, Svetlana declaraba aceptar su pobreza, y es cierto que pocos recordaban que se quejara. Le escribió a Rosa Shand:

> *Prefiero vivir como lo hago*. Siempre hay algún equilibrio —armonía, contrapeso— en el Plan General de nuestra vida, diseñado, sin duda, por el Creador: y si yo tuve mis *primeros* 40 años viviendo *en la cima* de la sociedad (en la URSS), entonces *tengo que terminar en la humildad total*, humilde en esta frugalidad simple en la que *estoy ahora*. Todo está bien, todo es correcto; y el *Equilibrio* está restaurado.[19]

Sin duda hay un orgullo terco en su declaración, pero no era totalmente convincente.

Svetlana estaba en manos de trabajadores sociales que resultaron muy amables. Cuando se quejó de que la música alta de los residentes más jóvenes no la dejaba dormir, la mudaron a la residencia Ladbroke Grove, que pertenecía a la Sociedad de Beneficencia Carr-Gomm. En cuanto entró a su cuarto en Ladbroke Grove 280, la dejó atónita el aura del lugar. “Era soleado. Era pacífico. Era perfecto.”[20]

Pero ahora Svetlana por fin estaba por su cuenta. Olga se había casado brevemente con su mejor amigo, un joven galés, en parte para poder trabajar en Londres. En la boda, Svetlana usó un *canotier* de papel en señal de protesta, porque una se casaba por amor. A Olga, que había heredado el sarcasmo de su madre, le pareció fantástico y divertido. Sin embargo, no tardó en mudarse de vuelta a Wisconsin para trabajar en la tienda de artesanías tibetanas en Spring Green, donde había laborado durante los veranos. En los siguientes años visitó a su madre en Londres en las escalas durante sus expediciones a Nepal, Dharamsala y otros destinos asiáticos para comprar arte y textiles tibetanos.

Nina Lobánov-Rostovski podía ver que Svetlana se sentía sola sin su hija y comenzó a invitarla a las raras cenas durante las cuales su esposo estaba de viaje de negocios. En una de esas fiestas, Svetlana conoció a Hugh y Vanessa Thomas. Él había escrito un libro seminal, que Svetlana admiraba profundamente, sobre la Guerra Civil española, y no tardó en ser una visitante regular en su casa. A Vanessa, Svetlana le parecía absorbente.

> Recuerdo que Hugh y yo pensábamos que era como una princesita, viviendo en esa celda en la misma calle. Era tan sencilla, pero era terriblemente espléndida porque era muy educada. Hablaba francés y alemán y muy buen inglés. Tenía muy buenos modales, pero humildes: ¡era la hija del jefe de Estado de la mitad del mundo! No quiero decir que se diera aires de grandeza, para nada. Era espléndida de la manera en que lo sería una princesa si viviera en una celda. Nunca se comportaba como pobre, nunca hablaba de dinero. Estaba por encima de eso de manera esencial. Como que encajaba con gracia. Claro que hablamos de nuestros hijos. Las dos estábamos enamoradas de nuestras hijas.[21]

El hijo de Vanessa, Inigo Thomas, trabajaba para la *London Review of Books*, y le envió una petición a Svetlana para que escribiera algo. Sin embargo, cometió el error de dirigir su carta a “Svetlana Allilúieva”. Ésta le habló a Vanessa casi apoplética, diciendo que no estaba usando ese nombre y que su hijo la había expuesto. Vanessa se disculpó profusamente, pero ya tomaba las explosiones de Svetlana como otra parte del paisaje. “Svetlana añoraba una explosión para que pudiéramos recoger las piezas de nuevo. Yo soy muy inglesa. No podía tomarme todo ese drama ruso en serio.”

Por supuesto, la prensa le siguió el rastro a Svetlana. Apareció un artículo en la revista estadounidense *People*. “Lana Peters, una mujer solemne con chamarra abultada, prefiere estar

sola en las abarrotadas calles de Londres mientras hurga tranquilamente en tiendas de antigüedades y en la biblioteca. ¿Quién sospecharía que alguna vez fue conocida como Svetlana, la única hija del infame dictador soviético Iósif Stalin?"[22] Una fotografía de Svetlana con el ceño fruncido acompañaba el texto.

Pero el círculo de amistades de Svetlana se estaba ampliando. Por medio de Nina conoció al diplomático mexicano Raúl Ortiz. Apenas iniciando la sesentena, Ortiz era elegante, un escritor talentoso y un lector apasionado de Proust. Iban juntos al cine, a fiestas en la embajada, a conciertos y, "de vez en cuando, a un restaurante. Ortiz sentía que había muchas Svetlanas. "Reflejaba las expectativas que uno tuviera de ella. Yo era un personaje exótico. Le encantaban las fotografías de árboles en primavera, con nuevas flores brotándoles. Conocerme y establecer una amistad la llevó a una nueva primavera."[23] Nunca hablaron de la política en la Unión Soviética. De hecho, lo que lo hacía único para Svetlana era que estaba fuera del círculo de los personajes obsesionados con la URSS.

Cortesía de la autora.

La residencia de Svetlana en Ladbroke Grove 280, entonces propiedad de la Sociedad de Beneficencia Carr-Gomm, se ve casi igual en 2015 a cuando vivía ahí, a principios de la década de 1990.

Ortiz reconoció que Svetlana lo veía como un portal a otra vida: “Es un error creer que Svetlana estaba corriendo de algo; más bien siempre estaba corriendo hacia algo, hacia una versión de la vida que sería diferente, que cumpliría con sus expectativas de lo que podía ser una vida plena”.

Svetlana conoció a Laurence y Linda Kelly en un coctel en casa de los Thomas. Cuando su padre fue embajador británico en la URSS, a finales de la década de 1940, Laurence Kelly pasó seis meses en la embajada británica aprendiendo ruso. Conocía de primera mano la paranoica cultura que el padre de Svetlana había incitado durante la Campaña Anticosmopolita y el Complot de los Médicos. Cuando le presentaron a Kelly como el autor de una biografía del famoso poeta y novelista decimonónico Mijaíl Lérmontov, a Svetlana quedó atónita, y luego explicó que Lérmontov era uno de sus poetas preferidos. Kelly no tardó en mostrarle su biblioteca especializada en Lérmontov. Juntos se deleitaban con el poema que Lérmontov escribió cuando el zar lo exilió al Cáucaso: “Hasta luego, apestosa Rusia”. Entonces Kelly estaba investigando la historia de Georgia y prometió mandarle a Svetlana cualquier cosa de interés que encontrara.

Svetlana de vez en cuando le contaba a Kelly anécdotas inesperadas y entretenidas sobre su padre, en una de las cuales Stalin “perdía la paciencia” con su perico.

> La compañía de tabaco inglesa Dunhill, fabricante de pipas, le había regalado a Stalin una pieza particularmente fina. En su departamento en el Kremlin, su perico domesticado solía imitar los horribles sonidos de aclararse la garganta y escupir que hacen los fumadores de pipa cuando la encienden. Un día, Stalin la estaba pasando mal, firmando muchas listas con Mólotov, y llegó a casa de un humor terrible. El perico comenzó su rutina. Stalin sacó su pipa Dunhill y mató al perico en el instante.[24]

A Kelly, Svetlana le pareció inmensamente entretenida. “La pobre Lana era el último pez varado en una sociedad que no podía entenderla.”

Después de su vuelta de la URSS, Svetlana retomó su amistad con Rosamond Richardson. Ésta ya era bien conocida por sus libros de jardinería y cocina; tenía un talento especial para escribir sobre comida en su contexto natural. En una visita a Saffron Walden, mientras tomaban el té, Svetlana se volvió de pronto hacia Rosamond y dijo: “Deberíamos hacer un libro juntas”. [25] Svetlana proponía un libro basado en las entrevistas de Richardson con ella. En su mente, por fin podría hablar de los Allilúiev y de la sucesión de mujeres fuertes en su familia. Quería que se comprendiera cómo las había destruido la Revolución. Sólo el enojo y el humor negro habían salvado a su abuela. En sus últimos años, la madre de Nadia, Olga, vivió sola en el Kremlin. Una vez le explicó a Svetlana cómo sobrevivía. “¿Sabes? Me preparo mucho té. Lo

pongo en la mesa y digo: 'Bitte schön' [Adelante], y después: 'Danke schön' [Muchas gracias], y luego bebo."[26] Su abuela no podía hacer nada para detener a Stalin, pero su autodisciplina y su humor negro la mantenían en pie.

Al escuchar las historias de Svetlana, Richardson sintió lástima. "¡Cuánto has sufrido!" A lo que Svetlana respondió que ella no había sufrido. Era la gente que volvía de los campos la que había sufrido. A menudo pensaba en su amiga Irina Gogua, que fue muy cercana de Nadia. Gogua había sido arrestada a mediados de los años treinta y pasó 17 años en prisión y el exilio. Nunca habló con detalle de esos años, pero sí explicó cómo sobrevivió. Svetlana repetía las palabras de Gogua como si estuvieran marcadas con fuego en su memoria. "Me construí una teoría. Tenía que aceptar lo que me había pasado. Era completamente injusto. Yo no había hecho nada, pero tenía que aceptarlo. De lo contrario, veía a las personas que no podían aceptarlo, que azotaban la cabeza contra los muros y protestaban, y muy pronto estaban muertas, porque no podían soportar aquello." Y Svetlana añadía: "Oh, sí, la gente se vuelve sabia ahí. Cuando se trata de lo peor, te vuelves sabio".[27]

El proyecto con Richardson no tardó en concretarse en un libro sobre la familia Allilúiev. Svetlana, emocionada, hizo varias llamadas telefónicas a Moscú, a miembros de la familia que rara vez hablaban en público. Les dijo: "Ábranle la puerta a Rosamond. Es una persona auténtica".[28] Con la bendición de Svetlana, Richardson voló a Moscú con su intérprete y pasó una semana entrevistando a los primos y a la familia extendida de Svetlana. Los miembros de la familia le hablaron con candor y sus voces emergieron como una narración trágica de encarcelamientos, muertes y desapariciones bajo el mandato de Stalin.

Los problemas comenzaron cuando Richardson volvió a Londres. Svetlana había esperado escuchar y transcribir las cintas, pero Richardson no se las ofreció. Sabía que Svetlana podía ser "difícil", como ella decía, y algunos miembros de la familia no eran totalmente halagadores al hablar de ella. Además, las conversaciones de la familia trataban acerca de "cómo era vivir bajo la sombra de Stalin, y estaba claro que algunas cosas terribles iban a salir de abajo de las piedras. Yo sabía lo frágil que era Lana emocionalmente y no quería molestarla con cosas que no necesitaba conocer".

Más tarde, Richardson admitiría que se había equivocado. Svetlana podía aguantar todo. Y entonces le dio varios de los capítulos de su libro. Svetlana le escribió a su prima Kyrá en Moscú que no estaba impresionada. Kyrá recordaba: "Dijo que a Rosamond le gustaba demasiado la política. Pero yo creo que todo lo que nos hicieron a los Allilúiev fue política. Si no era política, ¿qué era?"[29] Pero Svetlana estaba enojada: Rosamond estaba escribiendo otro libro sobre su padre, no la memoria familiar de los Allilúiev que ella esperaba. Cuando lo publicaron en 1993, la foto de Stalin adornaba portada y contraportada. Tristemente, no podía haber sido de otra

forma. Era Stalin, y la brutalidad que él y Beria (como insistía la familia) habían cometido contra los Allilúiev, lo que estaba en el centro de los recuerdos familiares. Richardson recibió una carta muy turbadora de Svetlana. “Recuerdo haber pensado que si ella hubiera sido Stalin, yo habría estado muerta. En serio sentí el poder de Stalin en esa carta. Bajó la reja del castillo.”[30] Richardson no volvió a oír de Svetlana.

Y respecto del libro, Svetlana se lavó las manos, aunque no sin escribir una carta dirigida a la *London Review of Books* en la que insistía en que ella y Richardson iban a escribir un libro juntas sobre el lado materno de la familia Stalin, hasta que Richardson la excluyó. Añadió un comentario fuerte: “Como autora de recetarios, la señora Richardson no parece estar particularmente bien calificada para escribir sobre historia de Rusia”.[31] Tenía razón. La fortaleza del libro no estaba en su recuento histórico, sino en sus penetrantes entrevistas.

Cuando presentaron *The Long Shadow* (La larga sombra), Richardson invitó a la prima de Svetlana, Kyrá, y a la hija de Leonid, Olga, a Londres. Svetlana no sólo se rehusó a ir a la presentación, sino también a ver a sus parientes. Todos pensaron que era extremadamente mezquino de su parte: se estaba comportando vengativamente, igual que su padre. Pero, de manera irónica, su razón no era el enojo por el libro de Richardson.

Cuando Kyrá regresó a Moscú se enteró de la razón por la que Svetlana la había excluido. La familia de Kyrá reportó que recibió varias llamadas iracundas de Svetlana mientras aquélla no estaba presente. Había un nuevo escándalo. Antes de su salida hacia Londres, un periodista británico entrevistó a Kyrá y reportó que estaba “buscando evidencia de que Stalin había asesinado a su esposa Nadezhda Serguéievna Allilúieva”. Aunque Kyrá estuviera lívida en aquel momento —“Yo nunca dije las cosas que me atribuyeron”—, y sus parientes la llamaron sin parar para aconsejarle que publicara una refutación, no hizo nada: “El pay ya se había cocido”. Svetlana leyó la entrevista en la prensa británica y no pudo perdonar a Kyrá por tal embuste. “¡Ya puedo imaginar su reacción a la acusación de que Stalin asesinó a su madre!”, recordaba Kyrá, pero de hecho sí conocía la reacción de Svetlana. La noche antes de que Kyrá y su sobrina partieran de Londres, encontraron un sobre que habían pasado por debajo de la puerta de su cuarto de hotel. No tenía nota, sólo la fotografía de Kyrá recortada de un periódico londinense, a la cual le habían quitado la cara.[32]

En 1995, cuando los Kelly fueron a su cabaña en el Distrito de los Lagos y Svetlana los acompañó, le preguntaron a su amiga Mary Burkett si podían llevarla al té. Burkett vivía en una casa que era patrimonio nacional llamada Isel Hall, justo saliendo de Penrith. Svetlana se enamoró de inmediato de Isel Hall y, al final del té, preguntó si podía ir a cuidar de Mary, que tan sólo era dos años mayor que ella. Podría ser su cocinera.[33] Burkett, tan franca y quisquillosa como Svetlana, se negó. Pero no tardaría en producirse una de las amistades más

importantes de Svetlana.

Mary Burkett era una mujer inusual. En 1962, cuando tenía 38 años, ella y su amiga Genette Malet de Carteret, ambas arqueólogas amateurs, decidieron ir en su Land Rover desde el Distrito de los Lagos hasta Persia, en busca del legendario castillo perdido de Girdkuh. El viaje fue peligroso. Cerca de Doğubeyazit, en Turquía, las dos mujeres estuvieron bajo fuego cuando la policía local las confundió con contrabandistas. Todo el viaje en coche y *ferry* tomó siete meses y medio. Cuando Burkett volvió a Inglaterra, se convirtió en una experta mundial en el antiguo arte del fieltro.[34]

En su correspondencia, Burkett se dirigía a Svetlana como "querida nómada". Aunque Svetlana no viajara lejos, siempre estaba descartando su pasado. "El apego crea tristeza, el axioma budista más viejo", le dijo a Mary.[35] Svetlana llamaba a Mary "querida guerrera". La admiraba como una luchadora que había forjado su propia vida.

Mientras Mary hacía sus viajes a conferencias sobre fieltro o se iba a cazar nuevos especímenes a Suiza, Polonia, Siria, Yemen o Georgia, Svetlana la veía con anhelo desde lejos. Le dijo a Mary que había deseado tanto visitar Marruecos, Jordania, Arabia Saudita, Egipto… e India otra vez. Le mandaba nombres de contactos y expertos en lingüística, hablaba con conocimiento de los patrones de fieltro tibetanos, hablaba de las yurtas de su niñez en Zubalovo, y señaló la sucesión de tapetes enviados como regalos al Kremlin que marcaron la política que forjó su juventud: tapetes del Cáucaso cuando su madre estaba viva; luego, tapetes persas durante la guerra, y después de 1949, tapetes chinos.

De vez en cuando abordaba temas políticos con Mary. "Politiquería maquiavélica por todos lados", le escribió en una carta. Por lo que leía y oía en el radio, las cosas estaban completamente fuera de control en Rusia. Su hija vulcanóloga estaba sin paga, como todos los científicos, y no respondía sus cartas. Le preocupaba que la mezcla de humillación nacional, enojo, complejo de inferioridad y palabras engreídas sobre el resto del mundo llevara a alguna forma de nacionalismo agresivo. Occidente debía recordar que Rusia era una cultura antigua con mucha dignidad. El orgullo era un motor importante, pero peligroso. "Ser ruso implica nunca disculparse", le dijo a Mary. "Aun hoy, los rusos son incapaces del duelo y la expiación por los crímenes de Stalin… Ese no encarar el mal augura un mal futuro. Veo todo desde el lado oscuro. Por favor, discúlpame por eso."[36]

Svetlana estaba trabajando una idea nueva: reunir los cuatro libros que había escrito en un solo volumen, que llamaría *Peregrinación encantada*. Sería el resumen de su vida. Cuando un reportero le preguntó en 1996 si era feliz, contestó:

> ¿Qué es la felicidad? Estoy satisfecha, y cuando tienes 70 años eso no está mal. Me la he pasado muy bien y muy mal. Nunca me considero una mártir. ¿Por qué habría de quejarme? Quejarse es lo peor del mundo. No

te hace bien. Puede ser que tenga una cruz que cargar, pero no estoy sufriendo.[37]

# 35

## Querida, no han cambiado nada

A mediados de septiembre de 1995 Svetlana decidió mudarse a Cornualles, donde ella y su hija Olga habían pasado varias vacaciones a principios de los años ochenta. Estaba descubriendo que el apoyo que recibía de la Sociedad Carr-Gomm ya no bastaba para llevar una vida razonable en Londres y que una beneficencia afiliada llamada Abbeyfield administraba varias residencias en Cornualles. Se imaginó que la pequeña aldea de Mullion, en la costa este de Mount's Bay, le ofrecería silencio y hermosas caminatas por la naturaleza. Sin multitudes. La residencia, llamada Casa Melvin, era compartida por ocho mujeres mayores, con un ama de llaves. Posada sobre un risco, se sentía más como una casa de huéspedes familiar que como un hogar de beneficencia, y hasta tenía un cuarto de visitas para los amigos de los residentes. Tras instalarse en su pequeña habitación con sus 10 macetas de geranios, le escribió a Mary Burkett que se sentía "muy vieja, muy vieja por dentro. Digo, a veces siento todas las cosas que cargo dentro".[1] Se preguntaba cómo hacía Mary para vivir con todos los fantasmas que deambulaban por Isel Hall. Sus propios fantasmas nunca la dejaban.

Pero luego, a principios de 1996, tuvo una oportunidad inesperada de exorcizar por lo menos algunos de sus fantasmas. En 1995 su primo Vladímir Allilúiev escribió sus memorias, *Crónica de una familia*, y se las envió a Svetlana, pidiéndole que las tradujera al inglés. Vladímir era hijo de la hermana de Nadia, Anna, y de Stanislav Redens. Cuando leyó su libro, Svetlana quedó atónita. Vladímir estaba proclamando un regreso nostálgico al pasado estalinista de Rusia y el renacimiento del poder soviético disfrazado de "¡un álbum familiar de los parientes de Stalin! ¡Qué pesadilla tan oscura!"[2] Desempolvó su máquina de escribir rusa y escribió una larga reseña del libro, que le envió a Olga Ríkina, quien logró que se transmitiera por la radio rusa.[3]

Colección Meryle Secrest, Archivos de la Institución Hoover, Universidad de Stanford; cortesía de Rebecca Sadler.

Svetlana y Olga celebran el Año Nuevo juntas en 1999.

Que su primo estuviera tratando de blanquear el pasado le parecía increíble. Escribió su reseña en ruso elocuente y luego la tradujo de prisa al inglés, para mandársela a sus amigos británicos y estadounidenses, con la esperanza de que la publicaran en Occidente. (No lo hicieron.) Escribió como si hubiera sufrido una conmoción. ¿En serio podía ser Volodia?

> ¿Volodia, cuyo padre había sido arrestado y pereció en prisión (y al que rehabilitaron póstumamente)? ¿Volodia, cuya madre, una mujer totalmente apolítica y débil de salud (tenía tuberculosis), tuvo que soportar seis años de confinamiento solitario? ¿Es éste el Volodia que había tenido tanta supervisión del NKVD, la GPU, la MGB y cualquier otro nombre que hayan tenido esas agencias, como la había tenido toda nuestra sufriente familia? ¿Es éste el mismo "Volodéi" que era ingenioso de joven… y no tenía miedo de reírse de todo ese mundo de opresión, mentiras y peligro mortal…?

Resumió los argumentos de Volodia con asco: "También perdonemos a Stalin por su desconsideración de las normas de la democracia y de las leyes", porque supuestamente era

“severo pero justo, algo así como Iván el Terrible”, y era “el gran patriota de la patria y el más grande comandante de guerra”. Temblaba ante la idea de un resurgimiento del culto a su padre.

Protestó contra los esfuerzos de Volodia por blanquear el historial de su hermano Vasili; Vasili, el que había metido a prisión al general Alexándr Nóvikov sólo por cuestionarlo, el que “despreciaba la ley” por su maltrato a su primera esposa e hijos, y el que tenía borracheras desenfrenadas. Ahora debían perdonarlo porque “es nuestro”.

Pero el golpe más profundo para Svetlana era que Volodia creía que el suicidio de su madre había sido resultado de “su enfermedad”. Contestó: “Basta, Volodia. Me parece que estoy en una sala oscura y solitaria del Kremlin donde, lentamente, los acusadores de mi MADRE aparecen con su veredicto. ELLA FUE, en realidad, LA VÍCTIMA del sistema”. Volodia había suprimido a su madre de la historia relegándola a una simple “mujer enferma”.

Svetlana creía que Volodia no había escrito su libro *apologético* solo, y de hecho algunos miembros de la familia Allilúiev coincidían en que había inserciones extrañas, probablemente como condición para la publicación de la obra.[4] El libro incluía “Una carta de gratitud de los campesinos a Redens”, el padre de Volodia. ¿Qué gratitud, quería saber Svetlana, cuando chequistas como Redens usaron violencia brutal para forzar la colectivización en los pueblos? El libro sugería que las purgas de los años treinta y de los años de la guerra, incluyendo el exilio de grupos étnicos enteros, habían sido “una defensa legítima de la retaguardia”, y luego culpaba a Yézhov y Yagoda, de la KGB, por cualquier exceso, que después había “corregido la justicia de Lavrenti Beria”. “¿Cómo podía escribir tales cosas Volodia?”, preguntó. Sus propios padres fueron víctimas de “nuestro pariente más peligroso: el tío Iósif”.

Su último comentario condenatorio fue que Volodia surgía de sus páginas como un “antisemita convencido”. Yulia Meltzer (esposa de Yákov), Alexéi Kápler, y el viejo Morózov (el padre del primer esposo de Svetlana)

> terminaron todos en prisión por orden de ese mismo poderoso pariente nuestro [Stalin]. Volodia no tiene una sola palabra de compasión por ellos. ¿Ha olvidado por completo esos hechos? Y qué hay de todo el horrible antisemitismo de mi hermano Vasili, que llamaba a mi hijo un “zhidenok” [judiíto]. El abuelo y la abuela Allilúiev no tenían tales actitudes. Ellos llegaron después, introducidos en años posteriores por las mismas OGPU, VChK, MVD, KGB, por sus tendencias crueles, clasemedieras, fascistas…
>
> Escapar hacia el pasado es la peor enfermedad que puede sucedernos… Ese pasado maravilloso que de pronto envió sus tufos mortales, como una tumba abierta. ¿Por qué necesita eso nuestro Volodia?[5]

Le escribió a Philippa Hill que bajo el nombre de su primo los *apparatchiks* comunistas estaban tratando de restaurar el “antiguo régimen”. Millones de rusos añoraban ahora “el Glorioso Pasado bajo ese hombre sabio, nuestro líder único e incomparable (mi padre)”. “Qué Superpotencia tan linda hemos sido… No podemos culparlos. Los engañaron y engañaron.”[6]

Justamente un mes después, un artículo desdeñoso apareció en el *London Times*. Citando las palabras de un sacerdote italiano en el semanario popular *Chi*, el periodista Richard Beeston, instalado en Moscú, escribió: "Ahora, a la edad de 70, Svetlana Allilúieva supuestamente ha decidido pasar sus años restantes como monja, en sus palabras, 'para expiar los pecados de mi padre' ".[7] Aparentemente, una monja católica en Chicago había revelado la dirección de Svetlana en Cornualles. Svetlana le escribió a Philippa Hill que esos reportes la hacían ver como una vieja tonta. ¿Por qué? La publicación del artículo del *Times* era demasiada coincidencia. "¡Tengo que suponer que es la respuesta de la KGB a *la patada que les di*!"[8] Aunque muchos podrían llamarla paranoica, podemos perdonar a Svetlana por creer que, con Victor Louis muerto, la KGB había encontrado a alguien más para plantar anécdotas vergonzosas sobre ella en la prensa internacional.

Le escribió de nuevo a Philippa: "Nunca debemos olvidar la *continuidad* de los métodos policiales rusos y de la *sucesión* de *toda* la crueldad violenta de su dirigencia cuando nada más funciona. He puesto *el pie* en el centro de la olla hirviente de la pasión actual y por lo tanto no puedo esperar que me reciban allá los Defensores del Viejo Orden, sino *sólo el lado liberal*".[9] Dos años después, en 1998, cuando mataron a la activista de derechos humanos Galina Starovóitova en la entrada de su edificio en San Petersburgo, el asesino sólo le confirmó a Svetlana lo que había creído. La FSB (como abreviaban a la nueva KGB) era una estructura de poder paralela en la Rusia "democrática" de Borís Yeltsin, y podía actuar con impunidad. Al escribirle a Philippa sobre el asesinato de Starovóitova, dijo: "Querida, no han cambiado nada. Qué horror".[10]

Svetlana se mudó de nuevo. Abbeyfield tenía una vacante en una vieja casa victoriana en la cercana Redruth, justo cuando la necesitaba. Le dijo a Mary Burkett que estaba empacando su yurta y relocalizándose en pastura nueva; era el impulso nómada de gitana que había heredado de su abuelo Serguéi. Se mudó a la Calle Clinton 52, Redruth, y dijo que le encantaba el pueblito con sus estrechas calles victorianas. Y el mar estaba a tan sólo 30 minutos en autobús.

Olga ahora la llamaba por teléfono, le enviaba regalos desde Estados Unidos y le escribía regularmente para preguntarle qué le hacía falta. Con nadie con quien hablar, Svetlana caminaba por las colinas y las veredas costeras, y tomaba fotografías de paisajes locales. Cuando era adolescente, su hermano Vasili le enseñó a revelar fotografías en su cuarto oscuro del Kremlin. Philippa le mandó de regalo un pase gratis a la galería de arte del Tate en Saint Ives. También le envió dinero para zapatos de caminata, por lo cual Svetlana quedó extremadamente agradecida.

En enero de 1997 la Sociedad Abbeyfield cayó en una crisis financiera repentina y parecía que Svetlana tendría que mudarse a un nuevo hostal. Se negó. Olga había dicho que, en caso de emergencia, simplemente podía volver a casa. Svetlana viviría con ella. Se mudó brevemente a

una casa de Carr-Gomm en la Calle Carack 7, en Saint Ives, y esperó impaciente mientras Olga compraba una casa en Spring Green. Acordaron la fecha de su vuelta a Estados Unidos en noviembre. Le escribió a Mary Burkett: "Sólo ocho meses más… Ay, cómo deseo estar con mi Olga en su cocina y cocinar mi propia comida… ¿Qué ha pasado con mi vida, Mary?… Tengo la sensación de que todo cambiará en cuanto cruce el Atlántico. Ni siquiera me importa cómo, sólo sé que cambiará".[11]

Linda Kelly no tardó en llamar a Svetlana con la impactante noticia de que se había suicidado la hermana de Nina Lobánov-Rostovski en París. Svetlana sabía lo que eso significaba y, desenterrando pensamientos dolorosos de su madre, trató de consolar a Nina.

> Linda Kelly dijo que tu hermana en París murió trágicamente, y ahora habrá un vacío en tu vida… Siempre es muy triste y aterrador cuando alguien elige ese tipo de muerte; sin duda, es un caso de locura momentánea, del que una (estoy segura) se arrepiente en el instante en que piensa de manera consciente. Los seres queridos *que quedan atrás* se quedan horrorizados y sin comprender, pero es demasiado tarde, y *de hecho* su interferencia antes no habría cambiado lo que *decidió* internamente quien perpetra el acto violento. *65 años* después de que mi madre hizo lo mismo, *sigo* sin poder entender… aceptar… perdonar. Me molesta que *fuera* una de las personas *más queridas* para mí, y que, aun ahora, soy incapaz de *comprenderla*. Y si *ella* tan sólo supiera la cantidad de destrucción terrible que les causaría *a los demás a su alrededor*, probablemente se detendría en el último instante. Me hizo estudiar a C. G. Jung durante décadas, para encontrar una explicación en su obra, pero sólo he encontrado una división absoluta entre la conciencia *y* el inconsciente, *el abismo entre los dos*, y demasiado pocas pistas de cómo explicar al último en términos de la primera. ¡Basta! Tienes suficiente dolor sin mí.

Le dijo a Nina que ahora volvía a Estados Unidos. Aunque se había sentido "excluida, humillada, menospreciada" por muchos, Nina siempre había sido amable. "*Has sido informal* conmigo, *desprejuiciada, dispuesta a comprender*, y *de lo más generosa*. ¿*Qué más* puede pedir alguien? *Por favor no me recuerdes como una bestia totalmente horrible* y como una mujer ingrata, porque no soy ninguna de las dos."[12] Uno puede imaginarse el cuidado con el que subrayó esas palabras al escribir su carta, para que cargaran con todo el peso de su agradecimiento.

Mary Burkett fue a Cornualles para una última visita. "Nos sentamos en la isla y salió el sol y las gaviotas volaron a nuestro alrededor. Tuvimos una suerte de conclusión. Ella se iba a Estados Unidos, se iba a lo desconocido, y le emocionaba."[13]

El 3 de noviembre, Svetlana se fue. Los últimos años habían sido difíciles, o como ella decía, "al nivel de un indigente inglés".[14] Parecía que de lo único que se arrepintió en ese entonces fue de que no pudo encontrar a nadie en la casa dispuesta a tomar sus 10 geranios enmacetados, que ahora estaban floreciendo.

# 36

# Retorno final

Svetlana estaba contenta de volver a Spring Green. Ahora tenía 71 años y le parecía que había cerrado el círculo: insistía en que ésa sería su última migración. Era característico que dijera que sus años en Inglaterra habían sido "una total pérdida de tiempo",[1] hasta que pudo reflexionar y ponerse nostálgica, como si tuviera que desechar el pasado por completo antes de expulgarlo poco a poco para recordar los buenos momentos.

Olga había comprado la casa que estaba rentando y acogió inquilinos en el departamento de arriba para ayudar a pagar la hipoteca. Llenó la casa con sus bordados y sus estatuas indias y tibetanas. Madre, hija y dos gatos se prepararon para un precioso Día de Gracias y de Navidad. Svetlana le escribió a Mary Burkett que Olga se había convertido en su "guardián, amiga y todo lo demás". Estaba por completo en las "jóvenes manos" de su hija, pero experimentaba un sentimiento extraño: "Me encanta la independencia".[2] Era una ambivalencia psicológica familiar: necesitar subsumirse por completo en alguien más y sin embargo estar a cargo de la situación. Trató de no criticar a Olga. Les mandó a sus amigos fotos del Río Wisconsin, con sus islas llenas de flores, y de su lugar preferido, Orion Boat Landing, asegurándoles que le encantaba Spring Green.

El arreglo duró unos 14 meses, hasta que Olga y Svetlana admitieron que, por mucho que intentaran fingir lo contrario, la brecha generacional entre 27 y 72 años era demasiado amplia para salvarla. Svetlana se quejó con su viejo amigo Bob Rayle de que Olga era una criatura social, como su padre, y le encantaba la compañía y la música alta (del tipo que ponía a castañetear los dientes de Svetlana). La casa era como una estación de trenes a puerta abierta.[3]

Para Olga, esos meses fueron duros. "Era mi 'vieja' madre… Ella podía envejecer, pero yo no. Se volvía más vieja y sabia, y yo me quedaba joven." Por mucho que quisiera a su madre, estaba claro que era imposible que vivieran juntas, aunque a veces su compasión por Svetlana le rompía el corazón. "Creo que vivir era la parte difícil para ella. Mi madre nunca dominó eso… Sobrevivía, pero no vivía."[4]

Cortesía de John Amarantides.

Svetlana en Spring Green, Wisconsin, en 2002, con su gato Black Nose.

Pero ahora, como ciudadana mayor estadounidense que había pagado impuestos y cumplido con los requisitos correspondientes, Svetlana tenía derecho a seguridad social. Por acuerdo mutuo, se mudó a una residencia para ancianos en febrero de 1999. Svetlana concluyó: “Tengo que encontrar maneras de ser feliz donde esté». Tenía sus libros, su radio, las visitas de su hija y sus pocos buenos amigos.

Elizabeth Coyne, que la había ayudado con Olga de bebé en Taliesin hacía muchos años, y a quien le había dado el piano de Taliesin, murió trágicamente en un accidente automovilístico, pero sus hijos, Michael Coyne y Kathy Rossing, recordaban a Svetlana con cariño. Para ellos Svetlana era sólo Lana. “No era importante quién fuera su padre.”

Kathy Rossing dedicaba mucho tiempo a Svetlana porque le conmovía la sencillez de la relación de Svetlana con Jennifer, su discapacitada hija adulta. “Nuestra hija tiene una suerte de radar. Creo que nació con él. Sabe quién es sincero y quién no, y Lana tenía el mismo radar.” A Lana le encantaba husmear en las tiendas de segunda mano con Kathy, donde compraba

chacharitas para su hija, diciendo: “Toma. Éstas son para Jenny”.[5]

A principios de 2001, Olga se mudó a la Costa Oeste para trabajar y estudiar contabilidad. Svetlana estaba desolada y se preguntaba cómo sobreviviría sin ver a Olga tres o cuatro veces por semana. Claro que era irónica: Olga la iban a dejar cuidando a sus dos viejos gatos. Sin embargo, estaba orgullosa de ella y les presumía a sus amigos que su hija tenía iniciativa. Olga le mandaba dinero cada vez que podía, y hablaban cada fin de semana.

Aun así, para Svetlana el dinero siempre era limitado. Ella habría sido la primera en decir que los catálogos de regalos que le llegaban por correo fueron su perdición. Tal como lo recordaba Kathy Rossing, “le encantaban esos catálogos, subrayarlos y circularlos. ‘¿Y qué te parece éste?’, preguntaba. ‘Muy caro’, contestaba yo. Y el correo no podía leer su letra, y yo era la que tenía que llamar para rastrear los objetos perdidos”.

Cuando Olga llegaba en Navidad había un intercambio de regalos. A Svetlana le encantaba que le regalaran cosas. “Era como una niña en eso. Se ponía como loca cuando llegabas con una bolsa, por la expectación. No mucha gente le llevaba regalos, así que cuando ocurría, era un momento de diversión para ella, así como para nosotros.”

Pero también le encantaba regalar los regalos. “Le comprabas algo que creías que le gustaría y, en cuanto lo abría, decía: ‘Ay, esto sería maravilloso para tal o cual’. Era descarada al respecto. No estaba tratando de ofender; así era.” Svetlana casi nunca lograba que el dinero le durara hasta final de mes, y sin embargo siempre estaba regalando cosas. Una vez, Michael Coyne le dio 100 dólares para que se comprara algo, sólo para descubrir que les había entregado el dinero a unas mujeres que habían comprado un granero y estaban adoptando gatos callejeros.[6]

En sus últimos años, Svetlana siguió siendo una nómada, pero la geografía en la que se movió fue mucho más reducida. Se mudaba de ida y vuelta entre dos casas de retiro, Ridgeview Commons y Richland Hill, y también de ida y vuelta dentro de Spring Green. En parte era porque le encantaba mudarse, pues creía que el siguiente lugar sería mejor. Pero a veces se mudaba porque creía que los periodistas, o algo peor, la habían rastreado.

Michael Coyne recordaba sus múltiples cuartos. Aunque mucha gente aún creyera que Svetlana tenía un estilo de vida espléndido, de hecho “vivía de ropa usada, en suéteres agujereados, envuelta en cobijas”. Tenía un VHS viejo que le había dado Olga, y ésta y Coyne buscaban películas viejas en las tiendas de Goodwill para dárselas. Todavía le gustaban las películas de Elizabeth Taylor, porque recordaba, de cuando era niña en el Kremlin, haber visto a la Taylor y aquellos caballos. Su pequeña radio tenía una antena, en la que intentaba sintonizar la BBC. Cuando alguien la visitaba, la encontraba leyendo, quizás una biografía de Georgia O’Keeffe o las memorias de Anna Dostoievski, de su esposo. O escribiendo. Si podía, trataba de persuadir a un amigo de que la llevara a su restaurante preferido en su querido Río Wisconsin,

donde se sentaba en el muelle, comiendo una hamburguesa y bebiendo una copa de zinfandel, viendo a los pájaros alzarse sobre el agua como lo habían hecho hacía mucho tiempo en el Zubalovo de su infancia.

Para entonces Svetlana había desarrollado una escoliosis severa y tenía una horrible joroba de viuda, al grado de que debía usar caminadora, a la que llamaba su "propulsor de cuatro ruedas". Le aseguró a Coyne que no tenía que preocuparse cuando salía a caminar, "como la reina Victoria", con su bastón. Cuando era joven, su hermano le enseñó la manera correcta de caer.

Iba a la tienda de segunda mano a comprar ropa. Encontraba una camisa de hombre demasiado grande, le arrancaba las costuras y la recosía para que le quedara perfecta, con lo que casi lograba disfrazar su deformidad. Decía que había aprendido ese truco de sus sastres moscovitas.

Coyne admiraba a Svetlana: "No era una persona feliz. Se reía de vez en cuando, pero era muy seria". Y seguía teniendo opiniones fuertes. "Si algo no le gustaba, lo hacía saber." También poseía un optimismo forzado. Le gustaba citar a Alexéi Kápler: "Mi viejo amigo, muerto hace mucho [Kápler murió en 1979] en Moscú, solía decir: 'La vida es como una cebra. Pasas por las rayas negras, pero sabes que seguirán las blancas' ".[7]

Svetlana siempre se mantuvo al tanto de la política rusa. En 1997 le confesó a Bob Rayle que no había creído que la URSS "colapsaría por completo" tan pronto. Esperó cambios en el interior del Partido, como sucedió en China, pero "los acontecimientos fueron más allá de lo que todo el mundo creía". Pero con su sarcasmo usual le advirtió a Bob que quizás los cambios no fueran tan profundos. "El viejo borracho de Yeltsin y todo el 'aparato' detrás de él siguen siendo los viejos 'bolchis', sólo que ahora se disfrazan de otra cosa."[8]

Cuando su amigo el vulcanólogo Thomas Miller le dijo que planeaba realizar una visita a Rusia en enero del año 2000, ella le dijo que tuviera mucho cuidado, sobre todo si pretendía llevar dinero a los científicos, lo que fácilmente podrían interpretar como injerencia extranjera. Miller creía que su "juicio sobre cómo funcionaba el poder era impecable".[9] El 31 de diciembre de 1999, cuando Vladímir Putin se volvió presidente interino tras la inesperada renuncia de Borís Yeltsin, le advirtió a Miller:

> Rusia (según yo) se está deslizando rápidamente de vuelta al pasado: ¡con ese *horrible* ex ESPÍA de la KGB como presidente interino! En serio espero y creo que la gente *no* vote por él para la Presidencia; pero bueno, claro que las elecciones siempre se pueden arreglar… La Guerra Tchetchena [Chechena] —"La Gloriosa"— fue azuzada con el viejo método de provocación ruso. ¡Los tchetchenos —por enérgicos que sean— *nunca* saldrían de sus montañas para *bombardear* "ciudades en Rusia Rusia"! Así *no* funciona su guerra de guerrillas; eso lo hizo la KGB. Y cuando Artiom Borovik (reportero investigativo) *quiso ver* más a fondo este asunto de la Guerra Tchetchena, y *cómo comenzó*, las *mismas fuerzas* se *deshicieron* de él en silencio. [En la víspera de las elecciones presidenciales del año 2000 en Rusia, Borovik murió en un accidente de avión justo antes de que se publicara su investigación acerca de la bomba de un departamento en Moscú y su artículo

sobre la infancia de Vladímir Putin.]

*Yo sé todo esto de los Tiempos del Comunismo Clásico y la Guerra Fría*. Los líderes extranjeros de estas democracias deberían *boicotear* a Putin, pero en vez de eso están esperando abrazarlo, con buenas jarras de vodka. Ay, Thomas, ten cuidado. Los días de la posible democracia terminaron en Rusia.[10]

Le dijo a Michael Coyne que Putin estaba resucitando el culto a la personalidad de su padre. Coyne recordaba: "Las cosas que hacía Putin para infundir el recuerdo de Stalin, ya fueran estatuas u otras cosas; no estaba de acuerdo con él".[11] Y, lentamente, Svetlana comenzó a creer que ella también se convertiría en uno de esos símbolos. Le dijo a Bob Rayle que tenía miedo de que la deportaran de vuelta a Rusia. O de que, tras su muerte, quizás falsificaran un testamento que declarara que quería que sus restos se enterraran en su patria.[12]

Para Rayle, por supuesto, esas ideas eran claramente paranoicas. Es poco probable que al presidente Putin le preocupara repatriar a la hija de Stalin, viva o muerta. Pero Svetlana estaba pensando como rusa, para quien los símbolos significan mucho. Su paranoia tenía una lógica: no era ella, Lana Peters, quien les interesaba a los rusos; les interesaba terminar la historia de la grandeza de Stalin: el regreso de la hija pródiga que Occidente se había robado, pero que realmente nunca había abandonado a su padre. No le parecía inconcebible que sus cenizas fueran parte de los monumentos para conmemorar la resurrección del gran Stalin.

Le escribió de vuelta a Rayle, quien obviamente había descartado sus preocupaciones.

Me alegra saber, sin embargo, que la idea de que "me manden a casa" por petición de los comunistas o KGBístas, te parezca descabellada. Yo también creo que es descabellada. Pero también lo es todo el asunto de la guerra chechena, y que el ex espía rojo se convierta en el nuevo presidente de Rusia. La gente sabe quién soy —aquí y allá— y eso BASTA… Nadie aquí me necesita como Lana Peters; ellos me necesitan como Svetlana Stalin.[13]

Le dijo a Rayle que, por supuesto, todos en Rusia, en su infancia, habían crecido paranoicos y temerosos. ¿Qué esperaba? Pero si alguna vez la deportaban a Rusia, llegaría muerta, porque se suicidaría en el camino.

Quizás para todos los viejos el mundo se estreche y el miedo se expanda hasta llenar el pequeño círculo de la propia existencia. Kathy Rossing estaba consciente de que Svetlana casi siempre vivía con miedo. Ahora creía que los agentes de inteligencia rusos podrían secuestrarla en las calles de Richland Center. Cuando Kathy descartó la idea, Svetlana contestó: "Tú no sabes de lo que son capaces. Yo vi desaparecer gente. No entiendes. Vi desaparecer gente a todo mi alrededor y no regresaron". Y Kathy pensó: *"Tiene razón. Yo vengo de un contexto distinto…"* "Lana podía ver que volvían muchas cosas que habían estado presentes en el gobierno de su padre. Creía que Putin idolatraba a Stalin y se estaba diseñando a su semejanza. Siempre tuvo

miedo de que fuera responsabilidad de su hijo Iósif venir por su cuerpo."

Svetlana contrató a un abogado en Spring Green para redactar un documento legal que prohibiera a Iósif tener acceso a su cuerpo o a sus restos. Kathy y su hermano le ayudaron a pagar los honorarios de su abogado para tranquilizarla. Le dio a Kathy una lista de nombres en el Departamento de Estado y otros contactos. "Si desaparecía, ahí estaría, y teníamos que conseguir que el gobierno se involucrara para traerla de vuelta."[14]

Svetlana le escribió a Bob Rayle que sufría dolor físico. Se sentía vieja y utilizada y quería decir la última palabra sobre su destino. "*Quiero* restaurar mi reputación y carácter de *mujer decente*. Quiero *restaurar* mi *nombre* como *escritora* que escribe sus libros *sin* fantasmas contratados. *Quiero* que mi nombre, Svetlana, no suene como *amenaza*."[15] Su preocupación más profunda era que la gente aún creyera que era una mujer rica. Algunos incluso decían que se disfrazaba de beneficiaria de asistencia pública. Uno de los novios de Olga le preguntó: "¿Tiene acceso a esos fondos, guardados en Suiza?" Un expatriado húngaro no dejaba de acosarla: "Dígame, en secreto, ¿dónde guarda esos fondos suyos?" [16] Que ella misma hubiera decidido detenerse en Suiza era una mentira "digna del Kremlin". Se quejó con Bob: "Me lastima y afecta mi vida HASTA hoy".

En 2005, a los 79 años de edad, Svetlana les escribió a Bob y Ramona Rayle una serie de cartas numeradas. Era como si esperara repetir la estructura de su primer libro, *Rusia, mi padre y yo*. Esas cartas pretendían corregir las calumnias del pasado. Volviendo a viejas heridas, recontó la narración de su deserción y su llegada a Estados Unidos, rabiando contra los abogados, los banqueros, los diplomáticos y los periodistas que la habían estafado y calumniado.

La furia de Svetlana era desmedida y casi impresionante. Ya que empezaba, no podía controlar sus invectivas y se desahogaba sin control, lo que hacía que muchos compararan su furia con la de Stalin. Pero también podría decirse que su enojo era particularmente ruso: servía de catársis. Nunca pudo comprender el hábito estadounidense de la amabilidad diplomática. "Ay, cuánto odio ese hábito estadounidense", se quejaba. " '¿Cómo estás?' '¡Bien!' '¡Genial!' ¡Puede ser que acabes de enviudar, pero TIENES que decir BIEN!"[17] Abrazó su dolor; sentía que la habían usado, sin importar las conveniencias diplomáticas. Pero sus "Cartas a Bob y Ramona Rayle" se extinguieron junto con su enojo, y descartó la idea de publicarlas.

Svetlana conoció a Marie Anderson en el otoño de 2005. Un amigo le preguntó a Marie si le podía ayudar a Svetlana a mudarse a una residencia nueva —con sólo unas pocas cajas— porque tenía coche. Svetlana no había perdido nada de su persuasión. Marie comenzó a llevarla a todos lados. Recordaba vívidamente la ocasión en que volvieron al departamento de Svetlana en Richard Center y encontraron a un desconocido sentado en el vestíbulo. Con un acento muy fuerte, preguntó si conocían a Lana Peters. Había tocado a su puerta, pero ella no contestó. Marie

respondió: “No, no realmente”, y Svetlana dijo: “Quizás se fue de fin de semana”. Después de volver a su cuarto, Marie se quedó con Svetlana, que evidentemente estaba asustada. No pasó mucho tiempo antes de que tocaran a la puerta. Era un oficial de policía local, que sabía quién era Svetlana. Aparentemente, el hombre, acompañado de una mujer, traía un coche rentado con placas de Nueva York. La mujer había llamado por teléfono al dueño de la casa de retiro, y el dueño, suspicaz, llamó a la policía para que le echara un ojo a Lana. El desconocido declaró que lo único que quería era que Svetlana le firmara su libro. La policía escoltó a la pareja fuera de la ciudad.[18]

En un viaje en el que una tarde pasaron por Spring Green en 2006, Bob y Ramona Rayle se detuvieron a visitar a Svetlana. Ella los llevó a visitar la tumba de Wesley Peters y luego los invitó a un restaurante en el que ella y Bob recordaron sus tiempos en la India durante 1967. ¿Cómo había tenido la fuerza para tomar una decisión tan monumental? En una carta subsecuente, le escribió: “*Hoy en día, débil y temerosa*, a menudo me sorprende *haberlo hecho*. No *tenía* miedo de *nada*… en ese entonces. Me encanta recordar esos tiempos… *lo divertidos que fueron*”.[19] Su deserción fue su huella en el mundo. Había “abofeteado al gobierno soviético en la cara”. Había engañado a todos.

En 2010 el periodista David Jones la rastreó en el Richard Center, donde, como escribió: “Lana Peters, o Svetlana Stalin, como la conocían antes de que el matrimonio le quitara la mancha del apellido”, se estaba “escondiendo”. Doblada por la escoliosis y con unos pants grises y una blusa rosa, se veía “como una jubilada estadounidense hasta la médula”. Cuando se lo comentó, ella preguntó: “¿Por qué no?” Llevaba tanto tiempo en Estados Unidos que se sentía estadounidense. Le gustaban las hamburguesas, las películas estadounidenses y hablar inglés. Él quería saber si había perdonado a su padre, una pregunta que disparó “su legendario mal genio”. “¡Yo no perdono nada ni a nadie! Si pudo matar a tanta gente, incluyendo a mis tíos y a mi tía, nunca voy a perdonarlo. ¡Nunca!… Destruyó mi vida. ¡Quiero explicárselo a usted: destruyó mi vida!”[20] Ésa resultó ser su última entrevista.

Sin embargo, Olga creía que, de alguna forma, en los últimos dos años de su vida, su madre alcanzó una paz inesperada. “De pronto se tomó las cosas con filosofía… Cuando sucedían cosas que antes la habrían tumbado, era capaz de sacarse el enojo con risas.” Olga se decía: “¿Quién eres y qué le hiciste a mi madre?” “Volvimos a nuestros días felices, realmente dichosos. Fue divertido.”[21]

Quizás una de las cosas que consolaron a Svetlana fue que un nuevo amigo, el autor Nicholas Thompson, tuvo la amabilidad de establecer contacto con la oficina de derechos de autor en Washington y se aseguró de que el *copyright* de *Rusia, mi padre y yo* volviera a su nombre. Priscilla Johnson McMillan también permitió, generosamente, que sus derechos de la traducción

al inglés pasaran a Svetlana.[22] Ahora podía dejarle su libro a su hija.

Svetlana parecía haber llegado al tipo de decisión de la que le había hablado a su amiga Linda Kelly: "Llegué a la conclusión de que lo *más importante* en la vida NO son los 'logros', sino la capacidad humilde, pero muy difícil, de seguir siendo una misma".[23]

En 2011 le diagnosticaron cáncer terminal. Le escribió a Mary Burkett aquel mes de mayo: "Me estoy deshaciendo".[24] Y a Philippa Hill le dijo: "Me estoy preparando lentamente para dejar este mundo".[25] A menudo hablaba con Kathy Rossing acerca de la muerte. Para consolarla, Kathy le contó de la muerte de su hermano. Lo habían mandado del hospital a casa. Ella entró a su cuarto —tan sólo faltaban 24 horas para su muerte— y él le dijo: "Ya. Madre vino por mí". Kathy le dijo a Svetlana: "Vas a ver a toda la gente que ha fallecido antes de ti, a tu nana, a tu madre y a tu abue"; pero Svetlana sólo la miró y dijo: "¿Y qué hay de la gente a la que no quiero ver?" Kathy supo por su expresión a quién se refería. "No supe cómo contestarle… Sin duda, creo que le tuvo miedo a la muerte un tiempo, pero luego, no sé cómo, lo resolvió en su interior, y parecía estar bien con su partida."

Svetlana quería que la cremaran, y al principio le pidió a Kathy que se asegurara de que esparcieran sus cenizas en Orion Boat Landing, en el Río Wisconsin. Pero luego dijo: "No podemos hacer eso porque cuando la gente se entere de que mis cenizas están ahí, van a pensar que contaminé su río". Sin importar cuánto le aseguró Kathy que lo podían hacer en secreto —"Tenemos una canoa. Nadie tiene por qué enterarse"—, Svetlana permaneció inflexible. Alguien se enteraría. También preparó un documento legal. El señor Stafford, de la funeraria, tenía instrucciones de recoger su cuerpo en el hospital, llevarlo de inmediato al crematorio, y entregar sus cenizas a Olga: "Hecho y entregado antes de que nadie tuviera oportunidad de hacer nada más con ellas".

Le dio a Kathy una fotografía que quería que exhibieran en su funeral. A Kathy le pareció totalmente hilarante. Era la imagen de un mar amplio y vacío bajo la luna llena, roto tan sólo por la cola de una ballena que abría la superficie y estaba a punto de caer. Svetlana escribió atrás de la foto: "Adiós a todos de parte de su Pez. (Pon la fecha: _____ )".[26]

En noviembre Svetlana empeoró y la transportaron al hospital de Pine Valley. Le pidió específicamente al personal del nosocomio que no llamaran a Olga. No quería que su hija viera su cuerpo inerte. Ella había visto el cadáver de su propia madre y se había alejado aterrada, aquella lejana mañana en el edificio GUM, en Moscú. A partir de entonces, cargaba con esa última imagen de su madre en la mente. Kathy creía que Svetlana quería ahorrárselo a su hija. "No creo que se diera cuenta de lo mucho que la lastimaría al excluirla, cuando ella habría querido estar ahí." Los doctores por fin persuadieron a Svetlana de que llamara a Olga. Le dijeron: "Su hija merece saber".

Su declive fue tan repentino que Olga no sabía que su madre estaba muriendo. Acababa de pasar con ella el mes anterior, y habían hablado del regreso de Olga en Navidad. Reservó un vuelo de inmediato. Cuando llegó demasiado tarde, los doctores le dijeron que no habría importado si hubiera llegado a tiempo. Tenían órdenes de no admitirla en el cuarto de hospital de su madre. Olga estaba enojada y dolida con Svetlana: su madre seguía protegiéndola después de tantos años. Se había perdido la muerte de su padre. Habría querido estar ahí para su madre.

Kathy Rossing estuvo con Svetlana hasta el final. Svetlana no podía hablar, pero sabía que Kathy estaba ahí. Apretó su mano y la vio con una mirada extraña en los ojos. Kathy puso la mano de Svetlana en torno del escapulario que siempre usaba, pero parecía que "no estaba lista para irse". Le pidió a una enfermera que llamara a un clérigo local. Cuando llegó éste, le ofreció a Svetlana palabras de paz para reconfortarla. "Fue cuestión de minutos y luego se fue. Creo que fue más que una coincidencia. Ya que el clérigo le dijo algunas palabras, falleció en paz." A diferencia de su padre al final, ella no luchó. "Su respiración sólo se volvió más y más débil." Qué difícil era *lograr* la propia muerte. Ella lo hizo con gracia.

Svetlana murió el 22 de noviembre de 2011, en el mes de miseria, a los 85 años de edad, como había predicho que lo haría, y un poco más de dos semanas después del aniversario de la muerte de su propia madre, 79 años atrás.

Dejó sus últimas palabras para su hija en una carta escrita a máquina. Habló como si no estuviera escribiendo antes de su muerte, sino después de ella.

> Siempre estoy contigo, de manera amorosa. Recuérdalo. Nosotros, que ahora no tenemos rasgos corporales, sólo espíritu, te amamos en la Tierra de todos modos. Por lo tanto, no llores por nosotros. Nunca, nunca llores por nosotros. Porque tus sollozos sólo nos molestan aquí. No podemos hacer nada al respecto. Pero nosotros, los espíritus ahora, siempre te amamos. Podemos sentir a veces… Tú puedes sentir a veces… un viento suave o un aliento que toca tu piel. Es nosotros. Somos nosotros. Yo sé que, como ahora soy, también, sólo un espíritu, sólo un alma… ¿sólo?, ay, podemos hacer mucho desde aquí. Podemos protegerte de un desastre, podemos abrazarte, ahí… como un capullo cálido. Podemos sanar todos tus problemas autoinfligidos porque, desde aquí, muy arriba de la Tierra, podemos ver muy bien. Y siempre podemos ayudarte. Pero nunca, nunca llores por nosotros; más bien piensa en nosotros siempre con una sonrisa. Te amamos por los siglos de los siglos. Digo NOSOTROS… porque somos muchos aquí, almas amorosas. Hasta mi madre tan perpleja; por fin se libró de esas confusas preocupaciones terrestres, y aquí es un alma hermosa como siempre lo había sido. Todos te amamos. No llores por nosotros. Te amamos. Tu Mamá. Perdón por la mala mecanografía. ¡Ay, no mejoré ni siquiera aquí![27]

Olga recogió las cenizas de su madre y las esparció en el Océano Pacífico. Había perdido a la persona que más la quería, y su duelo sería largo.

# Agradecimientos

Escribir *La hija de Stalin. La extraordinaria y tumultuosa vida de Svetlana Allilúieva* me llevó de Toronto a Moscú, San Petersburgo, Tbilisi, Gori, Londres, el Distrito de los Lagos, Washington, Princeton, Nueva York, Portland y otros más. Me gustaría agradecer a quienes me ayudaron en mi travesía: la hija de Svetlana Allilúieva, Chrese Evans, por su impresionante apertura en nuestras largas horas de conversación y correspondencia; a Sim Smiley, que me guió por el laberinto de la inteligencia, y a mi asistente de investigación, Anastasía Kostriukova, por su invaluable ayuda en investigación de archivo, entrevistas y mucho más. Me gustaría agradecer también a Olga Allilúieva, que me presentó a su familia moscovita; a Alexándr Allilúiev; a Leonid y Galina Allilúiev; a Alexándr Burdonski; a Linda y Lawrence Kelly; a Vanessa Thomas; a Nina Lobánov-Rostovski; a Mary Burkett; a Rosamond Richardson; a Joan Kennan; a Robert y Ramona Rayle; a Kathy Rossing, Rosa Shand y Priscilla McMillan. También me gustaría expresar mi gratitud a los historiadores Lynn Viola, Stephen Cohen y Alan Barenberg por compartir su pericia en historia de Rusia, al igual que a mis asistentes de investigación Liza Kobrinski, Andreas Vatiliotou, Nadia Ragbar y Olexándr Melnyk.

Asimismo debo dar las gracias a mi brillante y valiente editora Claire Wachtel, vicepresidente y editora ejecutiva de HarperCollins EUA; a la increíblemente servicial Hannah Wood, editora asociada, Harper Perennial, y a Jane Beirn, directora de publicidad, por su paciencia e inventiva incansables. Quiero dar las gracias a mi editora canadiense, la inspiradora Iris Tupholme, vicepresidente y editora ejecutiva de HarperCollins Canadá, que me ha apoyado durante toda mi carrera; a su asistente, Doug Richmond, que siempre fue generoso con su tiempo y sus consejos, y a Miranda Snyder, de cuyas habilidades organizativas tanto dependo. Le debo gratitud a mi agente, Jackie Kaiser, con cuya agudeza y entusiasmo siempre puedo contar. Finalmente, le tengo la deuda más profunda a mi esposo, Juan Opitz, quien mantuvo su paciencia y su apoyo durante el largo proceso de investigación y escritura; siempre es mi defensor más apasionado.

## ENTREVISTAS

EN ESTADOS UNIDOS

Chrese Evans (Olga Peters), Marie Anderson, Michael Coyne, Aris Georges, Millie Harford, Priscilla Johnson McMillan, Joan Kennan, Hella McVay, Thomas Miller, Walter Pozen, Robert y Ramona Rayle, Anne Reeves, Kathy Rossing, Alan Schwartz, Meryle Secrest y Evgeniya Tucker.

EN RUSIA

Alexándr Pávlovich Allilúiev, Leonid Stanislávovich y Galina Ivánovna Allilúiev, Alexándr Burdonski, Marina Rafaílovna Kaul, Yelena Khanga, Diana Kondráshina, Stepán Anastásovich Mikoián y Alexándr Mirónovich Ushakov.

EN GEORGIA

Nestán Charkviani y Leila Sikmashvili.

EN INGLATERRA

Mary Burkett, Pamela Egremont, Philippa Hill, Linda y Laurence Kelly, David y Clarissa Pryce-Jones, Jane Renfrew, Rosamond Richardson y Vanessa Thomas.

EN CANADÁ

Olga Leonídovna Allilúieva y Frances Sedgwik.

EN MÉXICO

Raúl Ortiz

# Lista de personajes

## EN LA URSS

### *El hogar de Stalin*

**Vissarión "Besó" Dzhugashvili:** el padre de Stalin; nacido en Georgia; zapatero.

**Yekaterina "Keké" Dzhugashvili:** la madre de Stalin; nacida en Georgia; costurera y lavandera; Stalin fue su único hijo superviviente.

**Iósif "Sosó" Vissariónovich Dzhugashvili:** el padre de Svetlana; nacido en Gori, Georgia; nombre de revolucionario: Kobá; adoptó el nombre Stalin ("de acero") en 1913.

**Nadezhda "Nadia" (Allilúieva) Stálina:** segunda esposa de Stalin y madre de Svetlana; nacida en Bakú, Azerbaiyán.

**Vasili "Vasia" Stalin:** hermano de Svetlana; nacido en Moscú en 1921; murió de alcoholismo.

**Yákov "Yasha" Dzhugashvili:** medio hermano de Svetlana; primogénito de Stalin por su primera esposa; nacido en Tbilisi, Georgia; capturado por los alemanes en 1941; muerto en campo de prisioneros de guerra en 1943; su segunda esposa, Yulia Meltzer, fue arrestada en 1941 y liberada en 1943.

**Artiom Serguéiev:** adoptado por Stalin cuando su padre murió en un accidente de tren en 1921; vivió con los Stalin hasta el final de la década de 1920, cuando volvió a vivir con su madre.

**Alexandra Andréievna Bychkova:** sirvió como nana de Svetlana y de sus hijos; murió en 1956.

**Carolina Til:** ama de llaves letona que trabajó para los Stalin de 1927 a 1937, cuando la despidieron durante el "Gran Terror".

**Mijaíl Klímov:** guardaespaldas de Svetlana; testigo reticente del amorío con Alexéi Kápler, 1942-1943.

**Valentina "Valechka" Istómina:** fiel ama de llaves de Stalin y compañera íntima, según rumores; sirvió en la dacha de Kuntsevo de Stalin desde 1934 hasta la muerte de éste.

### *Parientes de Svetlana*

*Los Allilúiev*

**Olga Allilúieva:** abuela materna de Svetlana; nacida en Georgia de ancestros alemanes; madre de cuatro hijos.

**Serguéi Allilúiev:** abuelo materno de Svetlana; ferrocarrilero y revolucionario bolchevique; presentó a Stalin a la familia Allilúiev en 1900.

**Pável Allilúiev:** hermano de Nadia; murió de un infarto en 1938; su esposa, Zhenia, fue arrestada en 1947 y liberada en 1954.

**Anna Allilúieva:** hermana de Nadia; arrestada en 1948 y liberada en 1954; su esposo, Stanislav Redens, fue comisario del Pueblo para Asuntos Internos en Kazajstán y ex jefe del OGPU en Ucrania; fue ejecutado en 1940.

**Fiódor Allilúiev:** hermano de Nadia, nacido en 1898; tuvo un colapso nervioso en 1918-1919, durante ejercicios de entrenamiento en la guerra civil rusa.

*Primos de Svetlana y compañeros de infancia*

**Hijos de Pável y Zhenia Allilúiev:** Kyrá, arrestada en 1948 y liberada en 1953; Serguéi, y Alexándr.

**Hijos de Anna y Stanislav Redens:** Leonid; Vladímir.

*Sobrino de Svetlana*

**Alexándr Burdonski:** hijo del hermano de Svetlana, Vasili Stalin; rechazó el apellido Stalin y asumió el apellido materno Burdonski; fue un reconocido director de teatro.

*Svanidze*

**Yekaterina "Kató" Svanidze:** primera esposa de Stalin; georgiana; casada en 1906; murió de tifo en 1907.

**Alexándr "Aliosha" Svanidze:** hermano de la primera esposa de Stalin, Kató; trabajó para el Banco Soviético de Comercio Exterior hasta su arresto y ejecución en 1941; su esposa, María Svanidze, ex cantante de ópera georgiana; llevaba un diario; fue ejecutada en 1942; único hijo: "Johnik".

**Mariko y Sashiko Svanidze:** hermanas de la primera esposa de Stalin, Kató; Mariko fue ejecutada en 1942.

*Esposos de Svetlana en la URSS*

**Grigori "Grisha" Morózov:** amigo judío de Vasili; casado en 1944; divorciado en 1947; se convirtió en profesor de derecho.

**Yuri Zhdánov:** hijo del presidente del Sóviet Supremo, Andréi Zhdánov; casado en 1949; divorciado en 1951; jefe del Departamento de Ciencia del Comité Central a los 28 años de edad.

**Johnreed "Johnik" (Iván) Svanidze:** enviado a un orfanato para hijos de los condenados; exiliado a Kazajstán para trabajar en las minas; regresó a Moscú en 1956; se casó con Svetlana en una boda de iglesia en 1962; divorciado después de un año.

**Brajesh Singh:** hijo del rajá de Kalakankar en Uttar Pradesh; esposo por unión libre; conoció a Svetlana en 1963; murió en 1966.

*Hijos de Svetlana en la URSS*

**Iósif Allilúiev:** hijo de Grigori Morózov nacido en 1945; fue neurólogo; su primera esposa fue Yelena; su hijo, Iliá; su segunda esposa, Liuda; murió en 2008.

**Katia Zhdánov:** hija de Yuri Zhdánov; nacida en 1950; trabajó como vulcanóloga en Kamchatka; su hija, Ania.

*Amantes de Svetlana en la URSS*

**Alexéi Kápler:** guionista judío; amorío platónico, 1942-1943; exiliado por Stalin al Gulag durante 10 años.

**Yuri Tomski:** hijo de Mijaíl Tomski, líder sindical que se suicidó en 1936; fue criado como huérfano en el Gulag.

**David Samóilov:** nacido en 1920; judío; fue uno de los poetas rusos más importantes de la posguerra; murió en 1990.

**Andréi Siniavski:** escritor disidente; arrestado con Yuli Daniel en 1966; sentenciado a siete años en el Gulag por actividad antisoviética; liberado en 1971, emigró a París con su esposa, María Rózanova, en 1973; murió en 1997.

*Círculo de amigos rusos de Svetlana*

**Sergó Beria:** amigo de infancia en la Escuela Modelo 25; hijo de Lavrenti Beria.

**Iliá Ehrenburg:** periodista; autor de la novela *El deshielo* (1954), que le dio nombre al periodo postestalinista.

**Lily Golden:** investigadora en el Instituto de Estudios Africanos y autora de artículos sobre música y cultura africanas.

**Kyrá Golovkó:** actriz; su esposo, Arseni; director de personal de la Marina de la URSS; tenía amigos en la Casa del Embarcadero.

**Borís Gribánov:** editor en Children's Literature Press; amigo de David Samóilov.

**Stepán Mikoián:** hijo del ministro de Stalin, Anastás Mikoián; su esposa, Ella.

**Marfa Peshkova:** nieta de Maxim Gorki; casada con Sergó Beria.

**Olga Rífkina:** compañera en la Escuela Modelo 25; amiga de toda la vida.

**Fiódor Volkenstein:** profesor de química en Moscú; inspiró a Svetlana a escribir *Rusia, mi padre y yo*.

*Ministros y funcionarios de Stalin*

**Lavrenti Beria:** mingreliano; jefe de la policía secreta de Stalin desde 1938; miembro del Politburó a cargo de la bomba atómica; arrestado tras la muerte de Stalin; fue ejecutado en 1953.

**Nikita Khrushchov:** compañero de Nadia en la Academia Industrial; primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética de 1953 a 1964; depuesto en 1964; "Discurso secreto" en 1956 responsable de la política de desestalinización; murió en 1971.

**Serguéi Kírov**: secretario del Partido en Leningrado; asesinado en 1934; su asesinato fue preludio del "Gran Terror".

**Anastás Mikoián:** viceprimer ministro, 1937; presidente del Sóviet Supremo de la URSS, 1964; murió en 1978.

**Viacheslav Mólotov:** primer viceprimer ministro de 1942 a 1957; despedido por Khrushchov; retirado en 1961; murió en 1986.

**Polina Mólotov:** esposa de Viacheslav; amiga íntima de Nadia Stalin; comisaria de Pesca; arrestada en 1948 y liberada en 1953; murió en 1970.

**Andréi Zhdánov:** presidente del Sóviet Supremo de 1938 a 1947; como jefe de Ideología, originó la Doctrina Zhdánov; despedido por Stalin en 1947; murió de un infarto en 1948.

**Ável Yenukidze:** padrino de Nadia; secretario del Comité Ejecutivo Central; despedido y arrestado en 1935; fue ejecutado en 1937.

**General Nikolái Vlásik:** jefe del servicio de seguridad de Stalin de 1931 a 1952; jefe del Directorio de Guardias; murió en 1967.

**Guénrij Yagoda:** director de la NKVD (Agencia de Seguridad e Inteligencia de la Unión Soviética) de 1934 a 1936; arrestado en 1937; fue ejecutado en 1938.

**Nikolái Yezhov:** director de la NKVD de 1936 a 1938; presidió el "Gran Terror"; arrestado en 1939; fue ejecutado en 1940.

*Víctimas de la Campaña Anticosmopolita y el Complot de los Médicos*

**Solomón Mijoels:** director del Teatro Estatal Yiddish de Moscú; jefe del Comité Antifascista Judío; asesinado en 1948, al principio de la Campaña Anticosmopolita.

**Doctor Yákov Rapoport:** patólogo soviético; víctima del Complot de los Médicos; arrestado en diciembre de 1952; fue liberado en marzo de 1953.

EN LA INDIA

**I. A. Benedíktov:** embajador soviético en la India; devolvió el pasaporte de Svetlana, lo que permitió su deserción en 1967.

**Triloki Nath Kaul:** embajador de la India en la Unión Soviética y amigo de Brajesh Singh; sacó el manuscrito de Svetlana de Moscú en 1966; su hija, Preeti.

**Señora Kassirova:** funcionaria en el Ministerio de Relaciones Exteriores; encargada de Svetlana en su viaje a la India.

**Dinesh Singh:** sobrino de Brajesh Singh; ministro de Estado en el gobierno de Indira Gandhi de 1966 a 1967; su hija, Reva.

**Suresh Singh:** hermano de Brajesh Singh; anfitrión de Svetlana durante su estadía en Kalakankar antes de su deserción.

LA EMBAJADA DE ESTADOS UNIDOS EN LA INDIA:

**Chester Bowles:** embajador de Estados Unidos en la India y Nepal en 1967; tomó la decisión de dar una visa de turista a Norteamérica a Svetlana; su periodo terminó en 1968.

**George Huey:** cónsul en la embajada de Estados Unidos en Delhi; fue el primer funcionario en hablar con Svetlana.

**Robert Rayle:** segundo secretario en la embajada de Estados Unidos en Delhi; oficial de la CIA encubierto; acompañó a Svetlana a Italia y Suiza durante su deserción en 1967.

## EN SUIZA

**Antonino Janner:** jefe de la sección de Europa del Este del Ministerio de Relaciones Exteriores suizo; se hizo cargo de Svetlana.

## EN ESTADOS UNIDOS

**Cass Canfield:** editor de Harper & Row; publicó los primeros dos libros de Svetlana.

**Fritz Ermath:** oficial de inteligencia nacional de la CIA para la URSS y Europa del Este en 1984, cuando Svetlana volvió a la URSS.

**Edward Greenbaum:** "el General"; socio del despacho de abogados neoyorquino Greenbaum, Wolff & Ernst; manejó la visa y los derechos de autor de Svetlana; aseguró un adelanto de 1.5 millones de dólares.

**Donald Jameson:** oficial de la CIA; decisivo al asegurar la entrada de Svetlana a Estados Unidos; asistió a Svetlana durante sus primeros años en ese país.

**George Kennan:** ex embajador en la Unión Soviética; miembro del Instituto de Estudios Avanzados en Princeton; su esposa, Annelise.

**Foy Kohler:** subsecretario de Estado en el gobierno de Johnson en 1967; dirigió el rechazo de asilo a Svetlana.

**Alan Schwartz:** abogado; asistente de Edward Greenbaum.

**Evan Thomas:** vicepresidente ejecutivo de Harper & Row.

## FUNCIONARIOS DEL GOBIERNO RUSO (DE 1967)

**Yuri Andrópov:** nombrado jefe de la KGB en 1967, poco después de la deserción de Svetlana; sucedió a Brézhnev como secretario general del Comité Central del Partido Comunista (CPSU) en 1982; fue presidente del Sóviet Supremo en junio de 1983; enfermó en agosto; murió en 1984.

**Leonid Brézhnev:** remplazó a Khrushchov como secretario general del CPSU de 1964 a 1982; reinició políticas represivas; murió en 1982.

**Mijaíl Gorbachov:** secretario general de 1985 a 1991; inició políticas fallidas de *glasnost* (apertura) y *perestroika* (restructuración); le concedió permiso a Svetlana para salir de la URSS en 1986.

**Alexéi Kosyguin:** primer ministro en 1964 tras la deposición de Khrushchov; compartió el poder con Brézhnev como parte de una dirigencia colectiva; murió en 1980.

**Mijaíl Súslov:** segundo secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética; ideólogo en jefe del Partido; en 1966 le negó a Svetlana permiso para casarse con Singh; murió en 1982.

### *Agentes de la KGB*

**Vasili Fiódorovich Sanko:** secuestró a Yevdokía Petrova, esposa del oficial de la KGB, Vladímir Petrov, en 1954; supuestamente fue enviado a secuestrar a Svetlana en 1967.

**Victor Louis (Vitali Yevguénievich Luí):** "pirateó" *Rusia, mi padre y yo* y lo vendió a Flegon Press en Londres; vendió fotos familiares a la revista *Stern.*

**George Kúrpel:** posible agente de la KGB; intentó tramar la deserción del hijo de Svetlana, Iósif Allilúiev, en 1975.

## ESPOSO Y PARIENTES EN ESTADOS UNIDOS

**Wesley Peters:** arquitecto en jefe de la Fundación Frank Lloyd Wright; casado con Svetlana de 1970 a 1972; murió en 1991.

**Senador Samuel Hayakawa:** profesor de inglés; presidente de la Universidad Estatal de San Francisco; senador estadounidense por California de 1977 a 1983; murió en 1992; su esposa, Marge (Margedant), hermana de Wesley Peters.

**Olga Margedant Peters (Chrese Evans):** hija de Svetlana y Wesley Peters; nacida en San Rafael, California, en 1971.

### *Fundación Taliesin*

**Olgivanna Wright:** nacida Olga Ivánovna Lazovich en Montenegro en 1897; tercera esposa de Frank Lloyd Wright (casada en 1928); alumna de G. I. Guiurdzhíev; manejó la Fundación de Taliesin desde la muerte de Wright en 1959 hasta su propia muerte en 1985.

**Iovanna Wright:** única hija de Frank Lloyd y Olgivanna Wright.

**Svetlana (Hinzenberg) Wright:** hija de Olgivanna y de su primer esposo, Valdemar Hinzenberg; casada con Wesley Peters en 1934; murió con su hijo, Daniel, en un accidente

automovilístico en 1946.

**Brandoch Peters:** nacido en 1941; hijo de Wesley y Svetlana Peters; sobrevivió un accidente automovilístico a los cinco años de edad; chelista y ranchero fallido.

*Amantes en Estados Unidos*

**Louis Fischer:** periodista; autor de 10 libros, incluida una biografía de Stalin de 1952; profesor en Princeton, afiliado a la Escuela Woodrow Wilson de Asuntos Públicos y Relaciones Internacionales cuando conoció a Svetlana en 1969.

**Max Hayward:** profesor de políticas literarias soviéticas en St. Antony's College, Oxford; traductor de *Doctor Zhivago* y del artículo de 1967 de Svetlana "Para Borís Leonídovich Pasternak".

**Tom Turner:** empresario y terciario dominico (hermano laico) de 52 años de edad; murió de cáncer en 1989, un año después de iniciar una relación con Svetlana.

*Amigos en Estados Unidos*

**Marie Anderson:** amiga en Spring Green, Wisconsin.

**Arkadi Belinkov:** sentenciado a muerte a los 23 años de edad por antisoviético; fue indultado; pasó 12 años en el Gulag; huyó con su esposa, Natalia, a Alemania Occidental en 1968, y a Estados Unidos.

**Douglas Bushnell:** acaudalado empresario de Princeton que hizo de padre sustituto para la hija de Svetlana, Olga, brevemente, en Princeton, en 1977.

**Paul Chavchavadze:** príncipe georgiano del Cáucaso; huyó a Inglaterra y luego a Estados Unidos en 1934; tradujo *Sólo un año*; su esposa, Nina, era hija del tío del zar.

**Michael Coyne:** hijo de Elizabeth Coyne, la amiga íntima de Svetlana en Spring Green.

**Joan Kennan:** hija de George Kennan; alojó a Svetlana durante el verano de 1967.

**Priscilla Johnson McMillan:** periodista especializada en asuntos soviéticos; traductora de *Rusia, mi padre y yo*; Svetlana se quedó en la residencia de su padre a su llegada a Estados Unidos.

**Thomas Miller:** vulcanólogo estadounidense; hacía viajes anuales a Kamchatka.

**Walter Pozen:** abogado; segundo esposo de Joan Kennan; ayudó a organizar las finanzas de Svetlana.

**Kathy Rossing:** hija de Elizabeth Coyne, la amiga íntima de Svetlana en Spring Green.

**Rosa Shand:** conoció a Svetlana en Princeton; le presentó a Terry Waite y a la Escuela de los Amigos cuáquera.

**Edmund Wilson:** crítico eminente de literatura estadounidense; experto en Rusia.

## EN INGLATERRA

**Sir Isaiah Berlin:** filósofo, escritor, traductor anglo-ruso; profesor en Harvard y Oxford; facilitó la mudanza de Svetlana a Inglaterra en 1982.

**Mary Burkett:** vivía en Isel Hall en Cockermouth, Inglaterra; fue especialista mundial en fieltro.

**Philippa Hill:** viuda de un físico reconocido; vecina en la Calle Chaucer, Cambridge.

**Linda y Laurence Kelly:** vecinos en Cambridge; él escribió estudios sobre Alexándr Griboiédov y Mijaíl Lermontov.

**Nina Lóbanov-Rostoski:** vecina en Londres; el padre de su esposo fue asesinado bajo el mandato de Stalin.

**Malcolm Muggeridge:** personalidad de los medios británicos, infame por su propaganda cristiana conservadora; tuvo una entrevista televisiva con Svetlana en 1981; su esposa, Kitty.

**Lady (Jane) Renfrew:** profesora en Cambridge y arqueóloga; vecina en la Calle Chaucer.

**Rosamond Richardson:** autora; amiga en Saffron Walden; escribió *The Long Shadow: Inside Stalin's Family*, en 1993, inicialmente con la cooperación de Svetlana.

**Lady (Vanessa) Thomas:** amiga de Londres; vivía cerca de Ladbroke Grove; su esposo, el historiador sir Hugh Thomas.

**Vera Suvchínskaia Traill:** emigrada rusa; su abuelo fue ministro de guerra en el gobierno provisional ruso.

### *Periodistas*

**Patricia Blake:** periodista; miembro del círculo de amigos de Princeton; Svetlana la consideraba su archienemiga por el artículo que publicó en la revista *Time* a su regreso a la URSS.

**George Krimsky:** Associated Press; intentó ayudar a desertar Iósif Allilúiev en 1975.

**Tony Lucas:** *New York Times*; expuso a Robert Rayle como oficial de la CIA en 1967 durante la huida de la India.

# Fuentes

## ABREVIATURAS DE NOMBRES DE ARCHIVOS CITADOS

### *Archivos del gobierno de Estados Unidos*

NARA: National Archives and Records Administration (Administración Nacional de Archivos y Registros), College Park, MD.

CIA CREST: CIA Records Search Tool (Herramienta de Búsqueda de Registros de la CIA), Administración Nacional de Archivos y Registros, College Park, MD.

LBJL, NSF: LBJ Presidential Library, National Security File, Intelligence File, Svetlana Alliluyeva (Biblioteca Presidencial Lyndon Baines Johnson, Archivo de Seguridad Nacional, Archivo de Inteligencia, Svetlana Allilúieva).

RRL: Ronald Reagan Presidential Library (Biblioteca Presidencial Ronald Reagan), FG 002, Peters, Lana.

FBI: Federal Bureau of Investigation, Freedom of Information Act Request, Svetlana Alliluyeva née Svetlana Stalina, 1967-1985 (Oficina Federal de Investigación, Petición de Ley de Libertad de la Información, Svetlana Allilúieva nacida Svetlana Stálina).

### *Archivos rusos*

GARF: Gosudarstvenny arjiv Rossiiskoi Federatsii (Archivo Estatal de la Federación Rusa).

RGASPI: Rossiiski gosudarstvenny arjiv sotsialno-politicheskoi istorii (Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica).

MEM: Arjiv mezhdunarodnogo obshchestva “Memorial” (Archivo de la Sociedad Internacional Memorial).

### *Archivos británicos*

NAUK: National Archives, United Kingdom, Foreign Office, Defectors, Soviet Union, Svetlana Stalin (Archivos Nacionales, Reino Unido, Relaciones Exteriores, Desertores, Unión Soviética, Svetlana Stalin).

*Archivos georgianos*

AMIG: Archivo del Ministerio de Asuntos Internos, Tbilisi, Georgia.

*Archivos universitarios*

Katherina von Fraunhofer-Kosinski Collection of Jerzy Kosinski, Mark Weinbaum Papers, and Edmund Wilson Papers: Beinecke Rare Book and Manuscript Library (BRB) [Colección de Jerzy Kosinski, Papeles de Mark Weinbaum y Papeles de Edmund Wilson: Biblioteca de Libros y Manuscritos Raros de Beinecke (BRB)], Universidad de Yale.

Cartas de Isaiah Berlin, copyright © Administradores del Isaiah Berlin Literary Trust (IBLT) [Fideicomiso Literario Isaiah Berlin (IBLT)], 2015, citadas con permiso de los administradores.

Colección Meryle Secrest, Hoover Institution Archives (HIA) [Archivos de la Institución Hoover (HIA)].

Papeles de George F. Kennan (MC076), 1871-2005 (sobre todo 1950-2000), Public Policy Papers, Department of Rare Books and Special Collections, Princeton University Library (PUL) [Papeles de Políticas Públicas, Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales, Biblioteca de la Universidad de Princeton (PUL)].

Papeles de Louis Fischer (MC024), 1890-1977 (sobre todo 1935-1969), Public Policy Papers, Department of Rare Books and Special Collections, Princeton University Library (PUL) [Papeles de Políticas Públicas, Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales, Biblioteca de la Universidad de Princeton (PUL)].

Papeles Malcolm Muggeridge, Colecciones Especiales, Wheaton College, Illinois (WCSC).

MUSEOS

Muzéi-kvartira Allilúievyj (Museo del Departamento de los Allilúiev), San Petersburgo.

Muzéi “Dom na náberezhnoi” (Museo de la Casa del Embarcadero), Moscú.

Moskovskaia obraztsóvaia shkola 25 (Shkola 175) [Escuela Modelo 25 de Moscú (Escuela 175)].

Istoriko-memorialny muzéi “Smolny” (Museo Histórico y Memorial Smolny), San Petersburgo.

Museo Iósif Stalin, Gori, Georgia.

## COLECCIONES PRIVADAS

Cartas de Allilúieva en colecciones privadas (CP) de los destinatarios: Mary Burkett, Philippa Hill, Donald Jameson, Linda Kelly, Joan Kennan, Nina Lobánov-Rostovski, Thomas Miller, Robert y Ramona Rayle, Rosa Shand, Archivo Harper & Row y Colección HarperCollins.

# Bibliografía


Allilúiev, Vladímir, *Khronika odnoi semi: Allilúievi – Stalin* [Crónica de una familia: los Allilúiev – Stalin], Moscú, Molodaia Gvardiia, 1995, 2002.

Allilúieva, Anna, y Serguéi Allilúiev, *The Alliluyev Memoirs: Recollections of Svetlana Stalina's Maternal Aunt Anna Alliluyeva and Her Grandfather Sergei Alliluyev*, trad. David Tutaiev, Nueva York, Putnam's, 1967.

Allilúieva, Kyrá, *Plemiannitsa Stálina* [Sobrina de Stalin], Moscú, Vagrius, 2006.

Allilúieva, Svetlana, "Book for Granddaughters", versión inédita a máquina en inglés. Svetlana Peters II: Archivo General, Archivos de la Institución Hoover, *Kniga dlia vnuchek: puteshestvie na rodinu* [Un libro para nietas: Viaje a la patria], Nueva York, Liberty Publishing House, 1991.

———, *The Faraway Music*, Nueva Delhi, Lancer International, 1984. *Dalekaia muzyka*, Nueva York, Liberty Publishing House, 1988.

————, "Carta a Ehrenburg, 7 de agosto de 1957", reimpresa en Borís Frezinski, *Pisateli i Sovetskie vozhdi* [Escritores y líderes soviéticos], Moscú, Ellis Lak, 2008.

———, *Only One Year*, trad. Paul Chavchavadze, Nueva York, Harper & Row, 1969. *Tol'ko odin god*, Nueva York, Harper Colophon Books, 1969.

———, "To Boris Leonidovich Pasternak", trad. Max Hayward. Atlantic 219, núm. 6 (junio de 1967), pp. 133-140.

————, *Twenty Letters to a Friend*, trad. Priscilla Johnson McMillan, Nueva York, Harper & Row, 1967. *Dvadtsat' pisem k drugu*, Londres, Hutchinson, 1967.

Amin, Kamal, *Reflections from the Shining Brow: My Years with Frank Lloyd Wright and Olgivanna Lazarovich*, McKinleyville, CA, Fithian Press, 2004.

Arlen, Michael, *The Green Hat*, Nueva York, George H. Doran Co., 1924.

Barbusse, Henri, *Stalin: A New World Seen Through One Man*, trad. Vyvyan Holland, Nueva York, Macmillan, 1935.

Barenberg, Alan, *Gulag Town, Company Town: Forced Labor and Its Legacy in Vorkuta*, New Haven, CT, Yale University Press, 2014.

Barnes, Steven A., *Death and Redemption: The Gulag and the Shaping of Soviet History*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2011.

Barron, John, KGB*: The Secret Work of Soviet Secret Agents*, Nueva York, Bantam Books, 1974.

Belaia, Galina, "Ia rodom iz shestidesiatykh" ["Soy de los sesenta"], *Novoe literaturnoe obozrenie* [Nueva reseña literaria], 70 (junio de 2006), pp. 210-228.

Belinkov, Arkadi, y Natalia Belinkova, *Raspria s vekom v dva golosa* [Dos voces en colisión con el siglo], Moscú, *Novoe literaturnoe obozrenie*, 2008.

Beria, Sergó, *Beria, My Father: Inside Stalin's Kremlin*, trad. Brian Pearce, Londres, Duckworth, 2001.

Biagi, Enzo, *Svetlana: The Inside Story*, trad. Timothy Wilson, Londres, Hodder & Stoughton, 1967.

Bowles, Chester, *Ambassador's Report*, Nueva York, Harper & Bros., 1954.

Brent, Jonathan, y Vladímir P. Naúmov, *Stalin's Last Crime: The Plot Against the Jewish Doctors, 1948-1953*, Nueva York, HarperCollins, 2003.

Charkviani, Candide, *Napikri da naazrevi* [Mi vida y reflexiones], trad. Nestán Charkviani, Tbilisi, Merani Publishing House, 2004.

Chigirin, I., *Svetlana*, Moscú, Velikolukskaia tipografiia, 2013.

Cohen, Stephen F., *The Victims Return: Survivors of the Gulag After Stalin*, Nueva York, I. B. Tauris, 2012.

Conquest, Robert, *The Great Terror: A Reassessment*, Oxford, Oxford University Press, 1990.

Deviátov, S., A. Shéfov y Yu. Yúrev, *Blizhniaia dacha Stálina: Opyt istoricheskogo putivoditelia* [La dacha Blizhnaia de Stalin: Un experimento en un manual histórico], Moscú, Kremlin Multimedia, 2011.

Đilas, Milovan, *Conversations with Stalin*, trad. Michael B. Petrovich, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1962.

Dostoievski, Fiódor, *Demons*, trad. Robert A. Maguire, Londres, Penguin Classics, 2008.

———, *The Gambler*, trad. Constance Garnett, Nueva York, Modern Library, 2003.

Eaton, Katherine B., *Daily Life in the Soviet Union*, Westport, CT, Greenwood Press, 2004.

Ebon, Martin, *Svetlana: The Incredible Story of Stalin's Daughter*, Nueva York, Signet Books, 1967.

Ehrenburg, Iliá, *The Thaw*, trad. Manya Harari, Londres, Harvill, 1955.

Figes, Orlando, *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia*, Nueva York, Picador, 2008.

Fischer, Louis, *The Life and Death of Stalin*, Nueva York, Harper & Bros., 1952.

———, *Men and Politics: An Autobiography*, Nueva York, Duell, Sloan & Pearce, 1941.

————, *Russia's Road from Peace to War: Soviet Foreign Relations 1917-1941*, Nueva York, Harper & Row, 1969.

Fitzpatrick, Sheila, *Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times – Soviet Russia in*

*the 1930s*, Nueva York, Oxford University Press, 1999.

———, *A Spy in the Archives: A Memoir of Cold War Russia*, Londres, I. B. Tauris, 2013.

Friedland, Roger, y Harold Zellman, *The Fellowship: The Untold Story of Frank Lloyd Wright and the Taliesin Fellowship*, Nueva York, HarperCollins, 2006.

Gaddis, John Lewis, *George F. Kennan: An American Life*, Nueva York, Penguin Press, 2011.

Gitelman, Zvi, *Anti-Semitism in the USSR: Sources, Types, Consequences*, Nueva York, Synagogue Council of America, 1974.

Gitelman, Zvi, y Yaacov Ro'i (eds.), *Revolution, Repression and Revival: The Soviet Jewish Experience*, Lanham, MD, Rowman & Littlefield, 2007.

Gogua, Irina Kalistrátovna, Transcripción de historias orales, Grabadas por Irina Mijaílovna Chervakova, 1987-1989, Memorial Archive (MEM), fond [almacenamiento] 1, opis [inventario] 3, delo 18, 25 de junio de 1988.

Golden, Lily, *My Long Journey Home*, Chicago, Third World Press, 2002.

Golovko, Kyrá, "Svetlana Allilúieva: odinochestvo i nasledstvo" ["Svetlana Allilúieva: Soledad y herencia"], *Izvestia*, núm. 95 (17 de octubre de 2008), p. 10.

Gribanov, Borís, "I pamiat'-sneg letit i past' ne mozhet: David Samóilov, kakim ia ego pomniu" ["Y la memoria como la nieve se sigue apilando: David Samóilov tal como lo recuerdo"], *Znamia: yezhemesiachnyi literaturno-khudozhestvennyi i obshchestvenno-politicheskii zhurnal*, 9 (2006), pp. 132-168.

Grugman, Rafael, *Svtelana Allilúieva: Piat zhiznei* [Svetlana Allilúieva: Cinco vidas], Rostov del Don, Feniks, 2012.

Hayward, Max (ed.), *On Trial: The Soviet State Versus "Abram Tertz" and "Nikolai Arzhak"*, Nueva York, Harper & Row, 1966.

Hochschild, Adam, *The Unquiet Ghost: Russians Remember Stalin*, Londres, Penguin Books, 1994.

Hudson, James A., *Svetlana Alliluyeva: Flight to Freedom*, Nueva York, Tower, 1967.

Kalugin, Oleg, *Spymaster: My Thirty-two Years in Intelligence and Espionage Against the West*, Nueva York, Basic Books, 2009.

Kelly, Catriona, *Children's World: Growing Up in Russia, 1890-1991*, New Haven, CT, Yale University Press, 2007.

Khanga, Yelena, con Susan Jacoby, *Soul to Soul: The Story of a Black Russian American Family 1865-1992*, Nueva York, Norton, 1992.

Khrushchov, Nikita, *The Crimes of the Stalin Era: Special Report to the 20*th *Congress of the Communist Party of the Soviet Union* ["Discurso secreto"], anotado por Borís I. Nikoláievski, Nueva York, The New Leader, 1962. (Traducción de *Rech'na zakrytom zasedanii XX sezda*

KPSS.)

———, *Khrushchev Remembers*, trad. Strobe Talbot, Nueva York, Bantam Books, 1971.

———, *Memoirs of Nikita Khrushchev*, vol. 1, *Commissar 1918-1945*, ed. Serguéi Khrushchov, trad. George Shriver, University Park, Pennsylvania State University Press, 2004.

Knight, Amy, *Beria: Stalin's First Lieutenant*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1993.

Kochan, Lionel (ed.), *The Jews in Soviet Russia Since 1917*, Londres, Oxford University Press, 1972.

Kolesnik, Alexándr, *Mify i pravdy o sem'e Stalina* [Mitos y verdades de la familia de Stalin], Moscú, Technivest, 1991.

Kosinski, Jerzy, *Blind Date*, Boston, Houghton Mifflin, 1977.

Kun, Miklós, *Stalin: An Unknown Portrait*, Budapest, CEU Press, 2003.

Kuromiya, Hiroaki, *Stalin: Profiles in Power*, Londres, Pearson Education, 2005.

Lenoe, Matthew E., *Closer to the Masses: Stalinist Culture, Social Revolution and Soviet Newspapers*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004.

Levin, Nora, *The Jews in the Soviet Union Since 1917: Paradox of Survival*, Nueva York, New York University Press, 1988.

Meyers, Jeffrey, *Edmund Wilson: A Biography*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1995.

Mikoián, Stepán Anastásovich, *Memoirs of Military Test-flying and Life with the Kremlin's Elite: An Autobiography*, trad. Aschen Mikoián, Londres, Airlife Publishing, 1999.

Mólotov, Viacheslav, *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics – Conversations with Felix Chuev*, ed. Albert Resis, Chicago, Ivan R. Dee, 1993.

Montefiore, Simon Sebag, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Nueva York, Knopf, 2004.

———, *Young Stalin*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2007.

Overy, Richard, *Russia's War: A History of the Soviet War Effort, 1941-1945*, Londres, Penguin, 1998.

Petrova, Ana, y Mijaíl Leshinski, *Poslednee interview* [Última entrevista], Moscú, Algoritm, 2013.

Pimánov, Alekséi, *Stalin: semeinaia tragediia vozhdia narodov* [Stalin: La tragedia familiar del líder supremo], Moscú, Eksmo Algoritm, 2012.

Preston, Paul, *We Saw Spain Die: Foreign Correspondents in the Spanish Civil War*, Londres, Constable, & Robinson, 2008.

Radzinsky, Edvard, *Stalin*, Nueva York, Anchor, 1997.

Rapoport, Yakov, *The Doctors' Plot: A Survivor's Memoir of Stalin's Last Act of Terror Against Jews and Science*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1991.

Rayle, Robert, "Unpublished Autobiographical Essay", Colección Privada (CP) de Robert Rayle.

Richardson, Rosamond, *The Long Shadow: Inside Stalin's Family*, Londres, Little, Brown, 1993.
Ríkfina, Olga, *Puti neispovedimie* [Caminos inescrutables], Moscú, Progress-Traditsia, 2003.
Rózanova, María, "Vdova znamenitogo pisatelia i dissidenta Sinyavskogo Mariia Rozanova: 'Allilúieva mne skazala, «Mashá, vy uveli Andreiia u zheny, a seichas ia uvozhu ego ot vas»' " ("La viuda del famoso escritor y disidente Andréi Siniavski, María Rózanova: 'Allilúieva me dijo: «Mashá, tú le robaste a Andréi a su esposa, y ahora yo te lo estoy robando a ti»' "), *Bulvar Gordona*, núm. 40 (232) (6 de octubre de 2009).
Rubenstein, Joshua, y Vladímir P. Naúmov, *Stalin's Secret Pogrom: The Postwar Inquisition of the Jewish Anti-fascist Committee*, New Haven, CT, Yale University Press, 2005.
Runin, Borís, *"Moie okruzhenie", Zapiski sluchaino utselevshego* ["Mi medio". Notas del que sobrevivió por accidente], Moscú, Vozvrashchenie, 2010.
Samóilov, David, *Podennye zapisi* [Notas diarias], 2 vols., Moscú, Vremia, 2002.
Secrest, Meryle, *Frank Lloyd Wright: A Biography*, Nueva York, HarperCollins, 1992.
Service, Robert, *Stalin: A Biography*, Londres, Macmillan, 2004.
Shand, Rosa, "Wheel of Fire", *Southwest Review*, 18, núm. 1 (enero de 2002), p. 87.
———, "The Will to Be: Letters of Svetlana Alliluyeva to Rosa Shand", manuscrito inédito (166 pp.) de cartas de Allilúieva a Shand con entradas del diario de Shand, CP, Shand.
Símonov, Konstantín, "Through the Eyes of My Generation: Meditations on Stalin", *Soviet Literature* (Moscú), núms. 4 (493) y 5 (494), 1989.
Siniavski, Andréi, *Soviet Civilization: A Cultural History*, trad. Joanne Turnbull, Nueva York, Little, Brown, 1988.
Smith, Douglas, *Former People: The Final Days of the Russian Aristocracy*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2012.
Sosin, Gene, *Sparks of Liberty: An Insider's Memoir of Radio Liberty* [Radio Free Europe], University Park, Pennsylvania State University Press, 1999.
Sudoplátov, Pável, y Anatoli Sudoplátov con Jerrold L. Schecter y Leona P. Schecter, *Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness*, Nueva York, Little, Brown, 1995.
Svanidze, María, "Diary of 1933-37", trad. Svetlana Allilúieva. Papeles de Meryle Secrest, Archivos de la Institución Hoover.
Taubman, William, *Khrushchev: The Man and His Era*, Nueva York, Norton, 2003.
Thompson, Nicholas, *The Hawk and the Dove: Paul Nitze, George Kennan, and the History of the Cold War*, Nueva York, Henry Holt, 2009.
Tucker, Robert C., *Stalin in Power: The Revolution from Above, 1928-1941*, Nueva York, Norton, 1990.
Vasílieva, Larissa, *Deti Kremlia: Fakty, vospominaniia, dokumenty, slukhi, legendy i vzgliad*

*avtora* [Los hijos del Kremlin: Hechos, recuerdos, documentos, rumores, leyendas y la perspectiva de la autora], Moscú, Vagrius, 2008.

———, *Kremlin Wives*, trad. Cathy Porter, Nueva York, Arcade Publishing, 1994.

Verinder, Ben, *I Felt Like an Adventure: A Life of Mary Burkett*, Langley Park, Durham, UK, Memoir Club, 2008.

Volodarskii, Eduard, *Vasili Stalin: syn vozhdia* [Vasili Stalin: El hijo del líder supremo], Moscú, Prozaik, 2012.

Wilson, Edmund, *Letters on Literature and Politics 1912-1972*, ed. Elena Wilson, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1977.

———, *The Sixties: The Last Journal, 1960-72*, ed. Lewis Dabney, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1993.

Zubok, Vladislav, *Zhivago's Children: The Last Russian Intelligentsia*, Cambridge, MA, Belknap Press of Harvard University, 2009.

## PELÍCULAS Y TELEVISIÓN

Earnest, Peter, "Peter Earnest in Conversation with Oleg Kalugin and Robert Rayle on Defection of Svetlana Alliluyeva", 4 de diciembre de 2006. Museo Internacional del Espionaje, Washington, D. C., www.spymuseum.org/exhibition-experiences/agent-storm/listen-to-the-audio/episode/the-litvinenko-murder-and-other-riddles-from-moscow.

Grupo de escritores de *Kreml-9* [serie televisiva rusa], *Svetlana Stalina: Pobeg iz semi* [Svetlana Stálina: Escape de la familia], película, dir. Maxim Ivánnikov, productores Alexéi Pimánov, Oleg Volnov y Serguéi Medvédev. Telekompaniia Ostankino y Federalnaia sluzhba ojrani Rossiiskoi Federatsii [Servicio Federal de Protección a la Federación Rusa], 2003.

"Mify o docheri Stalina" [Mitos de la hija de Stalin], *Priamoi efir s Mikhailom Zelenskim* [En vivo con Mijaíl Zelenski], Rossia-1, Moscú, 19 de diciembre de 2011.

*Svetlana*, documental por televisión, dir. Irina Guedróvich, Fabryka Kino (distribuidor), 2008.

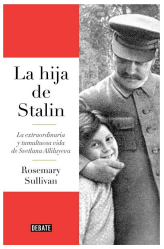
*Svetlana About Svetlana*, película, dir. Lana Parshina, 2008. Distribuida por Icarus Films, 2009.

## ENTREVISTAS INÉDITAS

Entrevistas de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, Londres, 4-17 de marzo de 1994, grabaciones de audio, Archivos de la Institución Hoover.

Entrevistas de Rosamond Richardson con Svetlana Allilúieva, Saffron Walden, 1991, grabaciones de audio, cintas 1-6, Colección Privada de Rosamond Richardson.

**Con acceso a los archivos del KGB, la CIA, y de los distintos gobiernos soviéticos, Rosemary Sullivan recompone las piezas de la increíble vida de Svetlana Alliluyeva, la hija mayor de Stalin, en una magistral biografía.**




Nacida durante los primeros años de la Unión Soviética, Svetlana creció dentro de los muros del Kremlin. Los altos cargos del Partido Comunista la protegieron del exterior ocultándole la hambruna y las purgas que arrasaban su país. Tras la muerte de su padre, y a medida que iba descubriendo la magnitud de la crueldad del régimen, Svetlana rompió su silencio y en 1967 conmocionó al mundo huyendo a Estados Unidos.

Profunda y ambiciosa, esta biografía pinta el insólito retrato de una mujer atormentada, utilizada como un peón en la Guerra Fría y, que a pesar de sus repetidos intentos por desvincularse del pasado, se vio siempre atrapada por la alargada sombra de su padre. Sullivan logra explorar un personaje complejo en un aún más complejo contexto sin nunca perder de vista la poderosa historia humana, y reabriendo a lo largo del proceso, las puertas cerradas de la brutal Historia del corto siglo XX que tanto nos fascina.

Biógrafa y poeta, **Rosemary Sullivan** (Montreal, 1947) es profesora emérita de la Universidad de Toronto. Ha publicado un total de 14 libros, dentro de los cuales cabe destacar *Villa Air-Bel* (Debate, 2008). A lo largo de su carrera, le han sido otorgadas las becas Guggenheim, Trudeau y Jackman, y fue galardonada con la Lone Pierce Medal por sus contribuciones a la Literatura y la Cultura. Desde 2012 es miembro de la Orden de Canadá.

Título original: *Stalin's Daugther*

Edición en formato digital: mayo de 2017

© 2016, Rosemary Sullivan
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Boulevard Miguel de Cervantes Saavedra, 301, 1er piso, colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo. 11520 Ciudad de México
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2017, Hugo López Araiza Bravo, por la traducción

Adaptación de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Gregg Kulick para Harper Collinsl
Fotografía de portada © Laski Diffusion / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9992-784-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin Random House Grupo Editorial

# Notas

Para abreviaturas de los archivos, véase el capítulo Fuentes.

## PREFACIO

[1] Carta a Mary Burkett, 7 de abril de 2009, colección privada (CP), Mary Burkett.

[2] Angela Lambert, *Independent*, 10 de marzo de 1990, p. 29.

[3] Robert Tucker, "Svetlana Inherited Her Tragic Flaw", *Washington Post*, 25 de noviembre de 1984, p. C1.

[4] Svetlana Allilúieva, *Sólo un año*, trad. Paul Chavchavadze, Nueva York, Harper & Row, 1969, p. 393.

## PRÓLOGO: LA DESERCIÓN

[1] Este recuento es un compuesto de detalles tomados de Allilúieva, *Sólo un año*; Robert Rayle, "Unpublished Autobiographical Essay" ("Ensayo autobiográfico inédito"), CP, Rayle; entrevista de la autora con Robert y Ramona Rayle, Ashburn, VA, 18-19 de julio de 2013; Chester Bowles, "Memorandum for the Record; Subj: Defection of Svetlana Alliloeva [*sic*]" ("Memorándum para el registro; Tema: Deserción de Svetlana Alliloeva [*sic*]"), 15 de marzo de 1967, NLJ/RAC 03-114, 26-B, LBJL, y Peter Earnest, "Peter Earnest in Conversation with Oleg Kalugin and Robert Rayle on Defection of Svetlana Alliluyeva" ("Peter Earnest hablando con Oleg Kalugin y Robert Rayle sobre la deserción de Svetlana Allilúieva"), 4 de diciembre de 2006. Museo Internacional del Espionaje, Washington, D. C. www.spymuseum.org/exhibition-experiences/agent-storm/listen-to-the-audio/episode/the-litvinenko-murder-and-other-riddles-from-moscow.

[2] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 199.

[3] Rayle, "Ensayo autobiográfico".

[4] Bowles, “Memorándum”.
[5] Rayle, “Ensayo autobiográfico”. Véase también Bowles, “Memorándum”.
[6] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 200. Véase también Rayle, “Ensayo autobiográfico”.
[7] Rayle, “Ensayo autobiográfico”.
[8] Bowles, “Memorándum”.
[9] Línea de tiempo provista por Robert Rayle en calendario, marzo de 1967, CP, Rayle.
[10] Bowles, “Memorándum”.
[11] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 189.
[12] Bowles, “Memorándum”.
[13] Entrevista de la autora con Robert y Ramona Rayle, Ashburn, VA, 18-19 de julio de 2013.
[14] Rayle, “Ensayo autobiográfico”.

## CAPÍTULO 1: AQUEL LUGAR SOLEADO

[1] Svetlana Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, trad. Priscilla Johnson McMillan, Nueva York, Harper & Row, 1967, p. 36.
[2] Rosamond Richardson, *The Long Shadow: Inside Stalin’s Family*, Londres, Little, Brown, 1993, p. 119.
[3] Simon Sebag Montefiore, *Young Stalin*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2007, p. 119. Tbilisi es el nombre histórico de la ciudad. El nombre Tiflis(i) se volvió común cuando Georgia se convirtió en parte del Imperio ruso, en 1783. Tiflis cambió oficialmente de vuelta a Tbilisi en 1936.
[4] *Ibid*., p. 166.
[5] Carta de Nadia Allilúieva a Keké Dzhugashvili, 12 de marzo de 1922, RGASPI, fond [almacenamiento] 558, opis [inventario] 11, doc. 1549, p. 40.
[6] Borís Gribánov, “I pamiat-sneg letit i past ne mozhet: David Samóilov, kakim ia ego pomniu” [“Y la memoria como la nieve se sigue apilando: David Samóilov tal como lo recuerdo”], *Znamia: Yezhemesiachny literaturno-khudozhestvenny i obshchestvenno-politicheski zhurnal* [El estandarte: una revista literaria, artística y de política general mensual], 9 (2006), p. 160.
[7] Montefiore, *Young Stalin*, p. 18. Según Montefiore, “en 1925 [Stalin] le ordenó a su secretario Tovstuja que formalizara la fecha de 1879”. Montefiore especula que Stalin había movido la fecha un año antes para evitar ser reclutado.
[8] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 95.

[9] *Ibid*., p. 96.

[10] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 18 de julio de 2012.

[11] N. S. Allilúieva a M. O. Svanidze, 11 de enero de 1926, trad. Svetlana Allilúieva, Colección Meryle Secrest, caja 4, HIA.

[12] Escritores de *Kreml-9* [serie televisiva rusa], *Svetlana Stálina: Pobeg iz semi* [Svetlana Stálina: escape de la familia], película, dir. Maxim Ivánnikov, prod. Alexéi Pimánov, Oleg Volnov y Serguéi Medvédev (Telekompaniya "Ostankino" and Federal'naia sluzhba okhrany Rossiiskoi Federatsii [Federal Service for the Protection of the Russian Federation], 2003); en adelante, Escritores de *Kreml-9*, *Svetlana Stálina: escape de la familia.*

[13] Svetlana Allilúieva, "Carta a Ehrenburg", 7 de agosto de 1957, repr. Borís Frezinski, *Pisateli i Sovetskie vozhdi* [Escritores y líderes soviéticos], Moscú, Ellis Lak, 2008, p. 606.

[14] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 223.

[15] *Ibid*., p. 29.

[16] Entrevista de la autora con Stepán Mikoián, Moscú, 24 de mayo de 2013.

[17] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 30.

[18] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 379.

[19] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 32.

[20] Stepán Mikoián, *Memoirs of Military Test-flying and Life with the Kremlin's Elite: An Autobiography*, Londres, Airlife Publishing, 1999, p. 35.

[21] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 28.

[22] Anna Allilúieva y Serguéi Allilúiev, *The Alliluyev Memoirs: Recollections of Svetlana Stalina's Maternal Aunt Anna Allilúieva and Her Grandfather Sergei Alliluyev*, trad. David Tutaiev, Nueva York, Putnam's, 1967, p. 74. En adelante, *Memorias Allilúiev*.

[23] *Ibid*., p. 139.

[24] Entrevista de Rosamond Richardson con Svetlana Allilúieva, Saffron Walden, 1991, cinta 3, CP, Richardson. Véase también Richardson, *Long Shadow*, p. 114.

[25] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 140.

[26] *Ibid*., p. 31.

[27] *Ibid*., pp. 36 y 66.

## CAPÍTULO 2: UNA NIÑA SIN MADRE

[1] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 107.

[2] Larissa Vasílieva, *Kremlin Wives: The Secret Lives of the Women Behind the Kremlin Walls—from Lenin to Gorbachev*, Nueva York, Arcade Publishing, 1994, p. 52.

[3] Hiroaki Kuromiya, *Stalin: Profiles in Power*, Londres, Pearson Education, 2005, p. 95.

[4] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, p. 16.

[5] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 108-110. Véase también recuentos de Service, *Stalin*, pp. 292-293; Montefiore, *Court of the Red Tsar*, pp. 3-22, y Edvard Radzinski, *Stalin*, trad. H. T. Willetts, Nueva York, Anchor, 1997, pp. 287-289.

[6] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, p. 106. "Hay un hoyo de cinco milímetros sobre el corazón, un hoyo abierto. Conclusión: la muerte fue inmediata por herida abierta al corazón", informe secreto del doctor Kushner, GARF 7523c.149a.2-1-6.

[7] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, p. 105; Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 112.

[8] Maria Svanidze, "Diary of 1933-37", trad. Svetlana Allilúieva, 19, Colección Meryle Secrest, caja 3, HIA. En 1994 Svetlana Allilúieva tradujo el diario de Maria Svanidze, liberado del Archivo del Politburó, Partido Comunista de la Unión Soviética, publicado en *Istochnik*, núm. 1 (1993).

[9] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, p. 12. Véase también Service, *Stalin*, p. 289.

[10] Carta a N. S. Allilúieva, 21 de junio de 1930, "To Nadezhda Sergeevna Allilúieva Personally from Stalin: Correspondence 1928-31", 7, trad. Svetlana Allilúieva, Colección Meryle Secrest, caja 3, HIA. Cuando la correspondencia (1928-1931) entre Nadezhda Allilúieva y Stalin del archivo personal de Stalin fue publicada por *Istochnik* en 1993, con comentario de Yu. Murin, Svetlana Allilúieva tradujo personalmente las cartas al inglés; reclamó los derechos en 1994.

[11] Carta a I. V. Stalin, 28 de agosto de 1929, p. 2, Colección Secrest, HIA.

[12] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 104.

[13] Kuromiya, *Stalin*, pp. 91-97.

[14] *Ibid*., p. 108.

[15] N. S. Allilúieva a I. V. Stalin, 16 de septiembre de 1929, pp. 4-5, Colección Secrest, HIA.

[16] I. V. Stalin a N. S. Allilúieva, 23 de septiembre de 1929, p. 5, Colección Secrest, HIA.

[17] I. V. Stalin a Ordzhonikidze, 23 de septiembre de 1929, p. 16, Colección Secrest, HIA.

[18] Matthew Lenoe, *Closer to the Masses: Stalinist Culture, Social Revolution and Soviet Newspapers*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004, p. 209.

[19] N. S. Allilúieva a I. V. Stalin, 27 de septiembre de 1929, p. 6, Colección Secrest, HIA.

[20] N. S. Allilúieva a I. V. Stalin, 19 de septiembre de 1930, p. 9, Colección Secrest, HIA.

[21] I. V. Stalin a N. S. Allilúieva, 24 de septiembre de 1930, p. 9, Colección Secrest, HIA.

[22] N. S. Allilúieva a I. V. Stalin, 6 de octubre de 1930, p. 10, Colección Secrest, HIA.

[23] I. V. Stalin a N. S. Allilúieva, 8 de octubre de 1930, p. 11, Colección Secrest, HIA.

[24] N. S. Allilúieva a I. V. Stalin, 12 de septiembre de 1930, 8, Colección Secrest, HIA.

[25] Irina Kalistrátovna Gogua, *Transcripción de historias orales*, grabado por Irina Mikhaílovna Chervakova, 1987-1989, MEM, fond [almacenamiento] 1, opis [inventario] 3, delo [tema] 18, 25 de junio de 1988, pp. 63-64.

[26] Entrevista de la autora con Alexándr Allilúiev, Moscú, 25 de mayo de 2013. Véase también "Mifi o docheri Stálina". Priamoi efir s Mijaílom Zelénskim ["Mitos sobre la hija de Stalin". En vivo con Mijaíl Zelenski], Rossia-1, Moscú, 19 de diciembre de 2011; en adelante, "Mitos". En vivo con Mijaíl Zelenski.

[27] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 106.

[28] Gogua, *Transcripción de historias orales*, MEM.

[29] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 112.

[30] Viacheslav Mólotov, *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics—Conversations with Felix Chuev*, ed. Albert Resis, Chicago, Ivan R. Dee, 1993, p. 174.

[31] Richardson, *Long Shadow*, p. 126.

[32] Montefiore, *Young Stalin*, p. 315.

[33] Escritores de *Kreml-9*, *Svetlana Stálina: Escape de la familia*, comentarios de Artiom Serguéiev.

[34] *Idem*, comentarios de Marfa Peshkova.

## CAPÍTULO 3: LA ANFITRIONA Y EL CAMPESINO

[1] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 43.

[2] Mólotov, *Molotov Remembers*, p. 208.

[3] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 132.

[4] Carta de S. Allilúieva a Stalin, 5 de agosto de 1933, RGASPI, KPSS fond [almacenamiento] 558, opis [inventario] 11, D 1552, doc. 14, p. 19.

[5] Candide Charkviani, *Napikri da naazrevi* [Mi vida y reflexiones], trad. Nestan Charkviani, Tbilisi, Merani Publishing House, 2004, p. 503.

[6] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 97. Svetlana corrigió la traducción de Priscilla Johnson Mc-Millan de "Housekeeper" ("Ama de llaves") a "Hostess" ("Anfitriona"), y el nombre de cariño que le daba su padre a "Svetanka".

[7] Carta de S. Allilúieva a Stalin, 15 de septiembre de 1933. RGASPI, KPSS fond [almacenamiento] 558, opis [inventario] 11, D 1552, doc. 14, p. 20.

[8] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 150.

[9] Nikita Khrushchov, *Khrushchev Remembers*, trad. Strobe Talbot, Nueva York, Bantam, 1971, pp. 310-311.

[10] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 143, 121.

[11] Entrevista de la autora con Alexándr Allilúiev, Moscú, 25 de mayo de 2013.

[12] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 154.

[13] Svanidze, "Diary of 1933-37", p. 18, Colección Secrest, caja 3, HIA.

[14] Larry E. Holmes, *Stalin's School: Model School No. 25, 1931-1937*, Pittsburgh, PA, University of Pittsburgh Press, 1999, p. 22.

[15] Holmes, *Stalin's School*, pp. 39-41.

[16] *Ibid*., pp. 10, 18.

[17] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 142.

[18] Entrevista de la autora con Diana Kondrashina de la Escuela 175 (antes Escuela Modelo 25), Moscú, 5 de junio de 2013.

[19] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 19 de julio de 2012.

[20] Holmes, *Stalin's School*, pp. 167-168.

[21] *Ibid*., p. 123.

## CAPÍTULO 4: EL TERROR

[1] Entrevista de Rosamond Richardson con Svetlana Allilúieva, Saffron Walden, 1991, cinta 1, CP, Richardson.

[2] Svanidze, "Diary of 1933-37", pp. 11-12, Colección Secrest, HIA.

[3] Matthew E. Lenoe, *The Kirov Murder and Soviet History*, New Haven, CT, Yale University Press, 2010, p. 252.

[4] Stephen Cohen, *The Victims Return: Survivors of the Gulag After Stalin*, Nueva York, I. B. Tauris, 2012, p. 2.

[5] Gran parte del terror consistió de varias operaciones "nacionales", en las que se tomaban como objetivo nacionalidades como polacos y alemanes, lo que podría explicar el despido de Til.

[6] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 130-133.

[7] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 5.

[8] Svanidze, "Diary of 1933-37", pp. 27-28, Colección Secrest, HIA.

[9] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, p. 269.

[10] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 148.
[11] Entrevista de la autora con Alexándr Allilúiev, Moscú, 25 de mayo de 2013.
[12] Entrevista de la autora con Alexándr Allilúiev, Moscú, 27 de mayo de 2013.
[13] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, p. 269.
[14] Service, *Stalin*, pp. 352-353.
[15] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, p. 325.
[16] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 124.
[17] Enzo Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, trad. Timothy Wilson, Londres, Hodder and Stoughton, 1967, p. 70.
[18] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 151.
[19] Holmes, *Stalin's School*, p. 98, recordado por la estudiante Yulia Kapusto.
[20] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, Londres, 1994, grabación de audio, grupo 2, cinta 1, HIA.
[21] Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 148-151.
[22] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 141.
[23] Svanidze, "Foreword", "Diary of 1933-37", 2-3, Colección Secrest, HIA.

## CAPÍTULO 5: EL CÍRCULO DE SECRETOS Y MENTIRAS

[1] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 140.
[2] Entrevista de Rosamond Richardson con Svetlana Allilúieva, Saffron Walden, 1991, cinta 2, CP, Richardson.
[3] Carta de S. Allilúieva a Stalin, 5 de agosto de 1940, RGASPI, KPSS fond [almacenamiento] 558, opis [inventario] 11, D 1552, doc. 29, p. 40.
[4] Carta de S. Allilúieva a Stalin, 22 de agosto de 1940, RGASPI, KPSS fond [almacenamiento] 558, opis [inventario] 11, D 1552, doc. 30, p. 41.
[5] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 381.
[6] Carta a Mary Burkett, 2 de septiembre de 1995, CP, Burkett.
[7] Kuromiya, *Stalin*, p. 150.
[8] Mikoián, *Memoirs of Military Test-Flying*, p. 102.
[9] Kuromiya, *Stalin*, p. 151. Hay varias versiones del improperio de Stalin.
[10] Richard Overy, *Russia's War: A History of the Soviet War Effort, 1941-1945*, Nueva York, Penguin, 1998, p. 78.
[11] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, pp. 375-378.

[12] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 392.

[13] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, p. 372.

[14] Escritores de *Kreml-9, Svetlana Stálina: Escape de la familia*, comentarios de Marfa Peshkova.

[15] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 160.

[16] Carta de I. Stalin a Nadia Allilúieva, 9 de abril de 1928, p. 2, Colección Secrest, HIA.

[17] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 159-161.

[18] *Idem*.

[19] Entrevista de la autora con Leonid y Galina Allilúiev, Moscú, 17 de mayo de 2013.

[20] Overy, *Russia's War*, pp. 80-81.

[21] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, pp. 47-48. Entrevista de Biagi con la hija de Yulia, Gulia.

[22] La captura de Yákov aparece dramatizada brevemente en la película *Europa Europa*.

[23] Carta de S. Allilúieva a Stalin, 19 de septiembre de 1941, RGASPI, KPSS fond [almacenamiento] 558, opis [inventario] 11, D 1552, doc. 30, pp. 43-44.

[24] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 168.

[25] Escritores de *Kreml-9, Svetlana Stálina: Escape de la familia*, comentarios de Marfa Peshkova.

[26] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 169.

## CAPÍTULO 6: UNA HISTORIA DE AMOR

[1] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 171.

[2] Escritores de *Kreml-9, Svetlana Stálina: Escape de la familia*, comentarios de Marfa Peshkova. Véase también Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 155.

[3] Olga Rífkina, *Puti neispovedimye* [Caminos inescrutables], Moscú, Progress-Traditsia, 2003, p. 72; en adelante, Rífkina, *Caminos inescrutables*.

[4] Rífkina, *Caminos inescrutables*, p. 74.

[5] *Ibid*., pp. 87-90.

[6] Entrevista de la autora con Stepán Mikoián, Moscú, 24 de mayo de 2013.

[7] Escritores de *Kreml-9, Svetlana Stálina: Escape de la familia*, comentarios de Marfa Peshkova.

[8] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, pp. 20-21.

[9] En una entrevista con Meryle Secrest, Allilúieva dejó claro que antes de conocer a Kápler

ya sabía que su madre se había suicidado. Colección Secrest, marzo de 1994, grabación de audio, grupo 2, cinta 2, HIA.

[10] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 174-176.

[11] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, pp. 21, 26.

[12] A. Kápler, "Letter of Lieutenant L. from Stalingrad", trad. Anastassia Kostrioukova, *Pravda*, 14 de diciembre de 1942.

[13] Escritores de *Kreml-9, Svetlana Stálina: Escape de la familia*, comentarios de Marfa Peshkova.

[14] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 2, cinta 3, HIA.

[15] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 178. Éste es el recuento de Svetlana Allilúieva. La conversación esta dramatizada en Escritores de *Kreml-9, Svetlana Stálina: Escape de la familia*. El documento citado, ultrasecreto, copia núm. 1, es difícil de autenticar.

[16] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, p. 27.

[17] Gribánov, "Y la memoria como la nieve se sigue apilando", p. 159.

[18] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, p. 25.

[19] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 180-181.

[20] Carta a Malcolm Muggeridge, 21 de abril de 1981, Papeles de Malcolm Muggeridge (SC-4), WCSC.

[21] Alan Barenberg, *Gulag Town, Company Town: Forced Labor and Its Legacy in Vorkuta*, New Haven, CT, Yale University Press, 2014, p. 70.

[22] Escritores de *Kreml-9, Svetlana Stálina: Escape de la familia*, comentarios de Vladímir Allilúiev. Véase también Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 185.

[23] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 150.

[24] Carta a Malcolm Muggeridge, 21 de abril de 1981, WCSC.

## CAPÍTULO 7: UNA BODA JUDÍA

[1] Kuromiya, *Stalin*, p. 158.

[2] Mólotov, *Molotov Remembers*, p. 209.

[3] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 162-163. Entrevista de la autora con Leonid y Galina Allilúiev, Moscú, 17 de mayo de 2013. El primo de Svetlana, Leonid Allilúiev, declaró que si Vasili o Svetlana sabían del intercambio propuesto, ninguno le dijo a nadie más en la familia, y no fue de conocimiento público: "Si tal intento hubiera sucedido, no habría sido

posible ninguna ‘comunicación pública’. En nuestro país, estaba fuera de discusión”.

[4] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 2, cinta 3, HIA.

[5] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, pp. 445-446.

[6] Carta a la autora de Stepán Mikoián, 10 de agosto de 2013.

[7] Carta a la autora de la profesora Lynne Viola, 20 de julio de 2014.

[8] Overy, *Russia’s War*, pp. 158-160.

[9] Carta a la autora de Stepán Mikoián, 10 de agosto de 2013.

[10] Carta núm. 2 a Robert Rayle, 23 de agosto de 2005, CP, Rayle.

[11] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 134.

[12] Ríkina, *Caminos inescrutables*, pp. 93-94.

[13] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, p. 116.

[14] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 2, cinta 6, HIA.

[15] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 152; véase también *Rusia, mi padre y yo*, p. 187.

[16] Escritores de *Kreml-9*, *Svetlana Stálina: Escape de la familia*, comentarios de Marfa Peshkova.

[17] John Lewis Gaddis, *George F. Kennan: An American Life*, Nueva York, Penguin Press, 2011, p. 194.

[18] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 2, cinta 6, HIA.

[19] Overy, *Russia’s War*, pp. 287-289.

[20] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, Londres, grabación de audio, grupo 2, cinta 6, HIA.

[21] Entrevista de la autora con Leonid y Galina Allilúiev, Moscú, 17 de mayo de 2013.

[22] Svetlana Allilúieva, *Música lejana*, Nueva Delhi, Lancer International, 1984, p. 78.

[23] Escritores de *Kreml-9*, *Svetlana Stálina: Escape de la familia*, comentarios de Marfa Peshkova.

[24] Vladímir Allilúiev, *Khronika odnoi semi: Allilúievi—Stalin* [Crónica de una familia: Allilúiev-Stalin], Moscú, Molodaia Gvardiia, 1995, 2002, p. 189.

[25] *Svetlana*, documental televisivo, dir. Irina Gedrovich, Fabryka Kino (distribuidor), 2008, comentario de Svetlana Allilúieva. Véae también entrevista de Rosamond Richardson con Svetlana Allilúieva, Saffron Walden, 1991, cinta 4, CP, Richardson.

[26] El decreto de 1936 se llamó “Sobre la protección de la maternidad y la infancia”. Catriona Kelly, *Children’s World: Growing Up in Russia, 1890-1991*, New Haven, CT, Yale

University Press, 2007, p. 103.

[27] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 191; *Sólo un año*, p. 384. Para confirmar la descripción de Svetlana de las cenas de Stalin, véase Milovan Đilas, *Conversations with Stalin*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1962, pp. 76-77.

## CAPÍTULO 8: LA CAMPAÑA ANTICOSMOPOLITA

[1] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, p. 6.

[2] Nicholas Thompson, *The Hawk and the Dove: Paul Nitze, George Kennan, and the History of the Cold War*, Nueva York, Holt, 2009, p. 61.

[3] Thompson, *Hawk and the Dove*, p. 83.

[4] Entrevista de la autora con Alexándr Allilúiev, Moscú, 25 de mayo de 2013.

[5] Richardson, *Long Shadow*, p. 215.

[6] *Ibid*., pp. 221-224.

[7] *Ibid*., p. 216.

[8] *Ibid*., p. 223.

[9] *Ibid*., pp. 230-232.

[10] *Ibid*., p. 232.

[11] Allilúiev, *Chronicle of One Family*, pp. 261-262. Vladímir Allilúiev señaló que la culpa de Anna se construyó a partir de testimonios ilegales hechos por sus parientes arrestados poco tiempo antes que ella: Y. A. Allilúieva (Zhenia), su esposo N. V. Molóchnikov, y su hija Kyrá (Protocolo núm. 22 del Comité Especial del Ministerio de Seguridad del Estado de la URSS).

[12] Richardson, *Long Shadow*, p. 231.

[13] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 196-197, y *Sólo un año*, p. 155.

[14] Entrevista de la autora con Alexándr Allilúiev, Moscú, 25 de mayo de 2013.

[15] Richardson, *Long Shadow*, p. 227.

[16] Supuestamente Beria había cometido actos traicioneros contra los bolcheviques durante la guerra civil de 1917-1920 y apenas había escapado la ejecución. De hecho, era un rumor común; Beria sostenía haber estado trabajando encubierto para los bolcheviques. Sin embargo, Beria sí pareció tener a Redens como objetivo. Redens había sido su jefe en la GPU Transcaucásica (policía secreta) hasta que Beria tramó su deposición.

[17] Richardson, *Long Shadow*, pp. 242-245.

[18] Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 153-154. No todos creían que Svetlana pudo haber atestiguado

esto. Su primo Leonid Allilúiev permanecía escéptico. Entrevista de la autora con Leonid y Galina Allilúiev, Moscú, 17 de mayo de 2013.

[19] Joshua Rubenstein y Vladimir P. Naumov, *Stalin's Secret Pogrom: The Postwar Inquisition of the Jewish Anti-Fascist Committee*, New Haven, CT, Yale University Press, 2005, pp. 2-3.

[20] Yakov Rapoport, *The Doctors' Plot: A Survivor's Memoir of Stalin's Last Act of Terror Against Jews and Science*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1991, p. 33.

[21] Rubenstein y Naumov, *Stalin's Secret Pogrom*, pp. 39-40.

[22] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 196.

[23] Carta de S. Allilúieva a Stalin, 1º de diciembre de 1945, RGASPI, KPSS fond [almacenamiento] 558, [inventario] opis 11, D 1552, doc. 33, 49-50.

[24] Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 373-374.

[25] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 56.

[26] P. Fedoseyev, "Irresponsible Thinking", *Pravda* 119, núm. 10510 (14 de mayo de 1947), p. 3.

[27] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 61.

[28] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 169.

[29] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 113, 193.

[30] Michael Arlen, *The Green Hat*, Nueva York, George H. Doran Co., 1924; mencionado en Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 113, 193.

[31] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 195.

[32] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 155.

## CAPÍTULO 9: TODO EN SILENCIO, COMO ANTES DE LA TORMENTA

[1] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 388.

[2] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 68-69.

[3] Alliluyev, *Chronicle of One Family*, p. 68.

[4] Entrevista de la autora con Stepán Mikoián, 24 de mayo de 2013.

[5] Charkviani, *My Life and Reflections*, pp. 503-505.

[6] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 192-193.

[7] Entrevista de la autora con Stepán Mikoián, Moscú, 24 de mayo de 2013.

[8] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, p. 137.

[9] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 2, cinta 8, HIA.

[10] Service, *Stalin*, p. 307. Véase también Jonathan Brent y Vladimir P. Naumov, *Stalin's Last Crime: The Plot Against the Jewish Doctors, 1948-1953*, Nueva York, HarperCollins, 2003, pp. 71-77, y Pavel Sudoplatov y Anatoli Sudoplatov con Jerrold L. Schecter y Leona P. Schecter, *Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness*, Nueva York, Little, Brown, 1995, pp. 317-318.

[11] Para el texto completo de la carta, véase Brent y Naumov, *Stalin's Last Crime*, p. 81.

[12] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 380.

[13] Beria, *Beria, My Father*, pp. 152-153.

[14] Escritores de *Kreml-9*, *Svetlana Stálina: Escape de la familia*, comentarios de Stepán Mikoián.

[15] Kyrá Golovkó, "Svetlana Allilúieva: odinochestvo i nasledstvo" ["Svetlana Allilúieva: Soledad y herencia"], *Izvestia*, núm. 95 (17 de octubre de 2008), p. 10.

[16] Figes, *Whisperers*, pp. 487-492

[17] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 391.

[18] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 197-198.

[19] Kelly, *Children's World: Growing Up in Russia*, p. 645, n. 203.

[20] Carta a S. Allilúieva de Stalin, 10 de mayo de 1950, Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 199.

[21] *Ibid*., p. 198.

[22] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 16 de julio de 2012.

[23] Golovkó, "Svetlana Allilúieva: Soledad y herencia", p. 10.

[24] Carta de S. Allilúieva a Stalin, RGASPI, KPSS fond [almacenamiento] 558, [inventario] opis 11, D 1552, doc. 37, pp. 55-56.

[25] Charkviani, *My Life and Reflections*, p. 507.

[26] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 9, HIA.

[27] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 211.

[28] *Ibid*., p. 71.

[29] Konstantín Símonov, "Through the Eyes of My Generation: Meditations on Stalin", *Soviet Literature*, Moscú, núm. 5 (494), 1989, p. 79.

[30] Khrushchov, *Khrushchev Remembers*, pp. 309-310. Khrushchov sugiere que era Año Nuevo. Allilúieva dice que la última vez que vio a su padre fue en su cumpleaños.

[31] Rapoport, *Doctors' Plot*, pp. 74-75.

[32] *Ibid*., pp. 71, 221.

[33] Konstantín Símonov, “Through the Eyes of My Generation”, pp. 87-88.

[34] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 155; Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 197.

[35] *Ibid*., p. 207. Sin embargo, hay cierta evidencia de que Stalin había comenzado a “disminuir su campaña propagandística respecto del Complot de los Médicos”. Su salud estaba demasiado afectada para llevar a cabo otro Gran Terror. Gennadi Kostyrchenko, “The Genesis of Establishment Anti-Semitism in the USSR: The Black Years, 1948-53”, en *Revolution, Repression, and Revival: The Soviet Jewish Experience*, ed. Zvi Gitelman y Yaacov Ro’i, Lanham, MD, Rowman & Littlefield, 2007, pp. 189-190.

[36] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 155.

## CAPÍTULO 10: LA MUERTE DEL *VOZHD*

[1] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 17, HIA.

[2] *Idem*. Véase también Richardson, *Long Shadow*, p. 250.

[3] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, pp. 636-637.

[4] Khrushchov, *Khrushchev Remembers*, p. 340.

[5] Amy Knight, *Beria: Stalin’s First Lieutenant*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1993, pp. 176-178. Véase también Service, *Stalin*, pp. 582-586, y Radzinski, *Stalin*, pp. 571-572. Radzinski declaraba haber entrevistado a Lozgachov.

[6] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, p. 639.

[7] William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, Nueva York, Norton, 2003, p. 237.

[8] Brent y Naumov, *Stalin’s Last Crime*, p. 212. Vinogradov había tratado a Zhdánov.

[9] Montefiore, *Court of the Red Tsar*, p. 643.

[10] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 6-7.

[11] Rapoport, *Doctors’ Plot*, pp. 151-152.

[12] Khrushchov, *Khrushchev Remembers*, p. 342.

[13] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 5-14, 215.

[14] Service, *Stalin*, p. 576.

[15] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 10.

[16] Khrushchov, *Khrushchev Remembers*, p. 347.

[17] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, p. 86.

[18] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 222.

[19] Richardson, *Long Shadow*, p. 254.

[20] Rapoport, *Doctors' Plot*, p. 20.

[21] Símonov, "Through the Eyes of My Generation", pp. 96-97.

[22] Oleg Kaluguin, *Spymaster: My Thirty-two Years in Inteligencia and Espionage Against the West*, Nueva York, Basic Books, 2009, pp. 10-11.

## CAPÍTULO 11: REGRESAN LOS FANTASMAS

[1] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 222.

[2] Cohen, *Victims Return*, pp. 33-35.

[3] *Idem*.

[4] Figes, *Whisperers*, p. 538; también Adam Hochschild, *The Unquiet Ghost: Russians Remember Stalin*, Londres, Penguin, 1994, p. 223.

[5] Rapoport, *Doctors' Plot*, pp. 187-188.

[6] *Ibid*., pp. 182-183.

[7] Richardson, *Long Shadow*, p. 232.

[8] *Ibid*., pp. 233, 244.

[9] *Ibid*., p. 234.

[10] *Ibid*., pp. 223-225.

[11] Véase correspondencia de Evguenia Aleksándrovna (Zhenia) Allilúieva, GARF, fond [almacenamiento] 9542, opis [inventario] 1, núm. 85, pp. 9-20.

[12] Richardson, *Long Shadow*, pp. 234, 241-242.

[13] *Pravda*, 17 de diciembre de 1953.

[14] Muchos, incluyendo a Svetlana, sostenían que Beria fue ejecutado unos días después de su arresto en julio. Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 375-376. Su juicio, que fue anunciado el 17 de diciembre y duró del 18 al 23 de diciembre, puede haber sido montado mucho tiempo después de su muerte. Knight, *Beria*, pp. 220-222.

[15] Richardson, *Long Shadow*, p. 256.

[16] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 218-219.

[17] *Ibid*., p. 16.

[18] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, p. 139 (entrevista con Iósif Allilúiev).

[19] Gribánov, "Y la memoria como la nieve se sigue apilando", p. 161.

[20] Escritores de *Kreml-9*, *Svetlana Stálina: Escape de la familia*, comentarios de Artiom Serguéiev.

[21] Entrevista de la autora con Leonid y Galina Allilúiev, Moscú, 17 de mayo de 2013.

[22] *Idem*.

[23] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 17.

[24] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 177.

[25] Allilúieva, "Carta a Ehrenburg", p. 607.

[26] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, p. 33.

[27] *Svetlana* (película), 2008, entrevista con Svetlana Allilúieva.

[28] Allilúieva, "Carta a Ehrenburg", p. 607; véase también entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 2, cinta 5, HIA.

[29] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, pp. 34-35.

[30] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 89.

[31] *Ibid*., p. 223.

## CAPÍTULO 12: LA HIJA DEL GENERALÍSIMO

[1] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 161.

[2] Khrushchov, *The Crimes of the Stalin Era*, pp. 3-67.

[3] Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 162, 166.

[4] Entrevista de la autora con Stepán Mikoián, Moscú, 24 de mayo de 2013.

[5] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, p. 95.

[6] Símonov, "Through the Eyes of My Generation", p. 43.

[7] *Ibid*., p. 48.

[8] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, p. 36.

[9] Golovkó, "Svetlana Allilúieva: Solitude and Inheritance", p. 10.

[10] Entrevista de la autora con Alexándr Ushakov, Instituto Gorki, Moscú, 4 de junio de 2013.

[11] *Idem*.

[12] Irónicamente, la fuente de esta anécdota es el FBI. "Anecdote about Svetlana and Synyavsky at Gorky Inst. In bio of Sinyavsky by Alfreda Aucouturier", archivo del FBI 105-163639-A.

[13] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 13, HIA.

[14] Galina Belaia, "Ia rodom iz shestidesiatyj" ["Soy de los sesenta"], *Novoie literaturnoie obozrenie* 70 (junio de 2004), p. 216.

[15] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 166.

[16] Borís Runin, "*Moie okruzhenie", Zapiski sluchaino utselevshego* ["Mi medio", Notas del que sobrevivió por accidente], Moscú, Vozvrashchenie, 2010, pp. 224-225. Véase también Miklós Kun, *Stalin: An Unknown Portrait*, Budapest, CEU Press, 2003, p. 417.

[17] Gribánov, "Y la memoria como la nieve se sigue apilando", p. 157.

[18] Entrevista de la autora con Stepán Mikoián, Moscú, 24 de mayo de 2013.

[19] Gribánov, "Y la memoria como la nieve se sigue apilando", pp. 157-158.

[20] Vladislav Zubok, *Zhivago's Children: The Last Russian Intelligentsia*, Cambridge, MA, Belknap Press of Harvard University, 2009, p. 327.

[21] Gribánov, "Y la memoria como la nieve se sigue apilando", p. 159.

[22] David Samóilov, *Podennye zapisi* (Notas diarias), 2 vols., Moscú, Vremia, 2002, vol. 1, p. 300, entrada del 17 de noviembre de 1960.

[23] *Ibid*., vol. 2, p. 30, entrada del 24 de marzo de 1967.

## CAPÍTULO 13: POSDESHIELO

[1] Ronald Hingley, *Pasternak: A Biography*, Nueva York, Knopf, 1983, pp. 237, 241.

[2] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 293.

[3] *Ibid*., p. 295.

[4] Entrevista de la autora con Alexándr Ushakov, Moscú, 4 de junio de 2013.

[5] María Rózanova, "Vdova znamenitogo pisatelia i dissidenta Siniavskogo María Rózanova: 'Allilúieva mne skazala, «Mashá, vy uveli Andreia u zheny, a seichas ia uvozhu ego ot vas»' " ("La viuda del famoso escritor y disidente Andréi Siniavski, María Rózanova: 'Allilúieva me dijo: «Mashá, tú le robaste a Andréi a su esposa, y ahora yo te lo estoy robando a ti»' "), *Bulvar Gordona*, núm. 40 (232) (6 de octubre de 2009), pp. 12-14. Esa historia se volvió común en el Instituto Gorki. Entrevista con Alexándr Ushakov, Moscú, 4 de junio de 2013.

[6] Carta a Malcolm Muggeridge, 9 de marzo de 1970, Papeles de Muggeridge, Colecciones Especiales, Wheaton College, Illinois, WCSC.

[7] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, pp. 219-221.

[8] *Ibid*., p. 80. Véase también Kun, *Stalin: An Unknown Portrait*, pp. 416-417.

[9] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 14, HIA.

[10] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, p. 122.

[11] Entrevista con Leonid Allilúiev, Moscú, 17 de mayo de 2013. Borís Gribánov recordaba

que Svetlana le presentó a su nuevo esposo en el funeral de Ashjen Lazarevna Mikoián, el 5 de noviembre de 1962. Gribánov, "Y la memoria como la nieve se sigue apilando", p. 161. Un anuncio de divorcio apareció finalmente en *Vechernaya Moskvá*. "Svanidze, Iván Alexándrovich [Calle Dobrolyubov 35, departamento 11] pidió el divorcio de Allilúieva, Svetlana Iósifovna [Calle Serafimovich 2, departamento 179]. El caso será considerado por la Corte Popular del Distrito Timiriazev." Véase Kun, *Stalin: An Unknown Portrait*, p. 417. Aunque Svetlana nunca habló de ese matrimonio, su Leonid recuerda que sucedió en una iglesia en 1962.

[12] Lily Golden, *My Long Journey Home*, Chicago, Third World Press, 2002, pp. 149-250.

[13] Yelena Khanga, con Susan Jacoby, *Soul to Soul: The Story of a Black Russian American Family 1865-1992*, Nueva York, Norton, 1992, p. 49.

[14] Khanga, *Soul to Soul*, p. 138.

[15] *Idem*.

[16] Golden, *Long Journey Home*, p. 151.

[17] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 238.

[18] *Ibid*., p. 101.

[19] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 12, HIA.

[20] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 235.

## CAPÍTULO 14: EL BRAHMÁN GENTIL

[1] Terry Morris, "Svetlana: A Love Story", *McCall's*, julio de 1967, p. 143.

[2] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 21.

[3] Comentario de Frances Sedgwik, un estudiante de intercambio en la Escuela Internacional que terminó en el hospital de Kuntsevo en 1963 al mismo tiempo que Svetlana. Entrevista de la autora con Frances Sedgwik, Toronto, 13 de noviembre de 2013.

[4] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 27.

[5] *Ibid*., p. 31.

[6] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, p. 110.

[7] Morris, "Svetlana: A Love Story", p. 143.

[8] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 37.

[9] Mikoián, *Memoirs of Military Test-flying*, p. 146; véase también Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 41-42.

[10] Max Hayward (ed.), *On Trial: The Soviet State Versus "Abram Tertz" and "Nikolai Arzhak"*, Nueva York, Harper & Row, 1966, pp. 41-42. Aunque sus defensores creían que le darían la amnistía, Siniavski cumplió casi toda su condena y fue liberado en 1971; se le permitió emigrar a París en 1973.

[11] Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 39-40.

[12] Entrevista de la autora con Alexándr Ushakov, Moscú, 4 de junio de 2013.

[13] Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 177-178. Galina Belaia, en su artículo "Soy de los sesenta" (*Novoie literaturnoie obozrenie*, 70), confirma que obligaron al personal del Instituto Gorki a firmar una carta abierta de denuncia contra Siniavski. Ella declara haberse negado a firmarla.

[14] La República Árabe Unida fue una fusión efímera de Siria y Egipto que duró de 1958 a 1961, aunque Egipto siguió portando el nombre oficial de "República Árabe Unida" hasta 1971.

[15] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 48.

[16] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 2, cinta 17, HIA.

[17] Mikoián, *Memoirs of Military Test-Flying*, p. 147.

[18] Svetlana Allilúieva, *Carta a Suresh Singh*, reimpresa en Morris, "Svetlana: A Love Story", p. 74.

[19] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 54.

[20] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, p. 114.

## CAPÍTULO 15: EN LA RIBERA DEL GANGES

[1] Morris, "Svetlana: A Love Story", p. 143.

[2] Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 72-81.

[3] Morris, "Svetlana: A Love Story", p. 143.

[4] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 99.

[5] Chester Bowles, *Ambassador's Report*, Nueva York, Harper & Bros., 1954, p. 74.

[6] Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 111-119.

[7] *Ibid*., p. 140.

[8] Morris, "Svetlana: A Love Story", p. 146, y Allilúieva, *Sólo un año*, p. 189.

[9] Marilyn Silverstone, "The Suburbanization of Svetlana", *Look*, 9 de septiembre de 1969, p. 56.

## CAPÍTULO 16: ÓPERA BUFA

[1] Telegrama del secretario de Estado Rusk a L. Thompson, embajador estadounidense en la Unión Soviética, secreto, Relámpago, 6 de marzo de 1967, LBJL, NSF, Inteligencia, Svetlana Allilúieva, NLJ/RAC 12-91.

[2] LBJL, Grabaciones y Transcripciones, cinta F67.08, lado B, PNO 3.

[3] Telegrama de L. Thompson a Rusk, 7 de marzo de 1967, LBJL, NSF, Inteligencia, Svetlana Allilúieva, NLJ/RAC 03-113.

[4] CIA CREST, NARA, Registro del Congreso, 15 de marzo de 1967, S3867-S3868; véase también CIA CREST, NARA, archivo AMB, Informe Extranjero, 5 de enero de 1967, CIA-RDP70B00338R00030009013-1.

[5] Peter Earnest, Museo Internacional del Espionaje, Washington, D. C., podcast, *Peter Earnest in Conversation with Oleg Kalugin and Robert Rayle on Defection of Svetlana Allilúieva*, 4 de diciembre de 2006, www.spymuseum.org/exhibition-experiences/agent-storm/listen-to-the-audio/episode/the-litvinenko-murder-and-other-riddles-from-moscow.

[6] Rayle, "Ensayo autobiográfico inédito", CP, Rayle.

[7] Earnest, podcast del Museo Internacional del Espionaje.

[8] Aquí con copia textual: carta de Svetlana Allilúieva a sus hijos, 9 de marzo de 1967, LBJL, NSF, Inteligencia, Svetlana Allilúieva, NLJ/RAC 03-113.

[9] Rayle, "Ensayo autobiográfico inédito", CP, Rayle.

[10] Allilúieva, *Música lejana*, p. 144.

[11] Secreto: desde Nueva Delhi, 17 de marzo de 1967, NARA, E.O. 13292, Sec. 3.5.

[12] *Idem*.

[13] Rayle, "Ensayo autobiográfico inédito", CP, Rayle.

[14] Secreto: desde Nueva Delhi, 17 de marzo de 1967, NARA, E.O. 13292, Sec. 3.5. NLJ 03-145.

[15] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 207.

## CAPÍTULO 17: FURIA DIPLOMÁTICA

[1] Morris, "Svetlana: A Love Story", p. 146.

[2] Texto de la nota de protesta india, C. S. Jha a Chester Bowles, 9 de marzo de 1967, LBJL,

NSF, Inteligencia, Svetlana Allilúieva, NLJ/RAC 03-113 E.O. 13292, Sec. 3.5.

[3] Carta a Mr. C. S. Jha, secretario de relaciones exteriores, Ministerio de Relaciones Exteriores, Gobierno de la India, de Chester Bowles, 10 de marzo de 1967, LBJL, NSF, Inteligencia, Svetlana Allilúieva, NLJ/RAC 03-113 E.O. 13292, Sec. 3.5.

[4] Desde Moscú, 13 de marzo de 1967, adjunto al texto de la nota de protesta india, 9 de marzo de 1967.

[5] Gene Sosin, *Sparks of Liberty: An Insider's Memoir of Radio Liberty* [Radio Free Europe], University Park, Pennsylvania State University Press, 1999, p. 118.

[6] NARA RG 59 Central Foreign Policy Files 1967-1969, Pol 30 USSR caja 2684, fólder POL 30 USSR: 012608, 13 de marzo de 1967.

[7] Entrevista de la autora con Leonid y Galina Allilúiev, Moscú, 17 de mayo de 2013.

[8] Conversación telefónica de la autora con Marvin Kalb, 9 de abril de 2012.

[9] Carta a la autora de Ramona Rayle, 12 de octubre de 2014.

[10] Entrevista de Rosamond Richardson con Svetlana Allilúieva (Lana Peters), Saffron Walden, 1991, cinta 4, CP, Richardson.

[11] Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 213-216.

[12] Gaddis, *Hawk and the Dove*, pp. 599-660.

[13] Carta del embajador Chester Bowles al secretario Rusk, desde Nueva Delhi, 15 de marzo de 1967, NARA, RAC NLJ 010-003-6-7.

[14] John Gaddis, entrevista con George y Annelise Kennan, Papeles de George F. Kennan, MC 256, caja 6, fólder 1, PUL.

[15] Carta de Chester Bowles a Walt Rostow, Eyes Only, 18 de marzo de 1967, LBJL, NSF, Inteligencia, Svetlana Allilúieva, Normas del Depto. de Estado, E.O. 12958, Sec. 3.5.

[16] Entrevista de la autora con Walter Pozen, yerno de George Kennan, Nueva York, 12 de febrero de 2013.

[17] Papeles de George F. Kennan, MC 076, caja 22, fólder 5: Jameson, Donald, PUL.

[18] Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 214-215.

[19] Entrevista de la autora con Walter Pozen, Nueva York, 12 de febrero de 2013.

[20] "Stalin's Daughter in the U. S. to 'Seek Self-Expression': 2 Americans Had Role in Decision", *New York Times*, 22 de abril de 1967.

[21] *Idem*.

[22] A Nueva Delhi, 6 de abril de 1967, "Foll is summary of status and recent non-Indian developments in Svetlana case: Pls pass to Ambassador Bowles", LBJL, NSF, Inteligencia, Svetlana Allilúieva, NLJ/RAC 03-113 E.O. 13292, Sec. 3.5.

[23] Andréi Sedij, "Milliony Svetlany" [Los millones de Svetlana], *Novoie Russkoie Slovo*, 15

de abril de 1973.

## CAPÍTULO 18: ABOGADOS TRABAJANDO

[1] Entrevista de la autora con Alan Schwartz, Los Ángeles, 5 de diciembre de 2013.

[2] "Stalin's Daughter in the U. S. to Seek 'Self-Expression' ", *New York Times*, 22 de abril de 1967.

[3] Entrevista de la autora con Alan Schwartz, Los Ángeles, 5 de diciembre de 2013.

[4] Carta de Greenbaum a Evan Thomas, 26 de mayo de 1967, resumiendo su recuento de los hechos, CP, Colección HarperCollins.

[5] "Publishing", *Time*, 26 de mayo de 1967, p. 38.

[6] Otros traductores en la lista eran Patricia Blake, Robert Tucker y Max Hayward.

[7] Entrevista de la autora con Priscilla Johnson McMillan, 21 de enero de 2013.

[8] *Idem*.

[9] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 226.

[10] *Ibid*., p. 228.

[11] Golden, *My Long Journey Home*, pp. 154-155.

[12] Entrevista de la autora con la hija de Golden, Yelena Khanga, Moscú, 28 de enero de 2014.

[13] Entrevista de la autora con Leonid y Galina Alliluyev, Moscú, 17 de mayo de 2013.

[14] Ana Petrovna y Mijaíl Leshinski, *Poslednee interview* [La última entrevista], Moscú, Algoritm, 2013, pp. 71-73; en adelante Petrovna y Leshinski, Última entrevista.

[15] "Mitos", en vivo con Mijaíl Zelenski, comentarios de Olga Fiódorovna Redlova.

[16] Svetlana Allilúieva "To Borís Leonidovich Pasternak", trad. Max Hayward, *Atlantic* 219, núm. 6 (junio de 1967), pp. 133-140.

[17] Entrevista de la autora con Alan Schwartz, Los Ángeles, 5 de diciembre de 2013.

[18] Allilúieva, *Música lejana*, apéndice, p. 181.

[19] Entrevista de la autora con Alan Schwartz, Los Ángeles, 5 de diciembre de 2013.

[20] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 7, HIA.

[21] Entrevista de la autora con Alan Schwartz, Los Ángeles, 5 de diciembre de 2013.

[22] Sedij, "Los millones de Svetlana".

[23] *Revista*, Oficinas del Consejo Legislativo [de la URSS], martes 23 de mayo de 1967; Nikodia Tsonev, CIA DB, Svetlana Allilúieva, artículos de prensa.

[24] Alexándr Kolesnik, *Mifi i pravdi o seme Stálina* [Mitos y verdades de la familia de Stalin],

Moscú, Technivest, 1991, p. 46.

[25] "$300 Million Gold for Svetlana", *Washington Observer Newsletter*, 15 de junio de 1967, CIA DB, NARA, AMB file CIA-RDP73B. El *Newsletter* era una hoja de chismes de la derecha, pero lo bastante importante como para que la CIA tuviera una copia en sus archivos.

[26] Memorándum para el presidente, 30 de marzo de 1967, LBJL, NSF, Inteligencia, Svetlana Allilúieva, NARA, NLJ/RAC 010.003005/18.

[27] Entrevista de la autora con Alan Schwartz, Los Ángeles, 5 de diciembre de 2013.

[28] Carta a Eddie Greenbaum de George Kennan, 15 de abril de 1967, CP, Colección HarperCollins.

[29] Greenbaum, Wolff & Ernst, transcripción de la entrevista en conferencia de prensa, 15 de agosto de 1967, CP, Colección HarperCollins.

## CAPÍTULO 19: LA LLEGADA

[1] Archivo del FBI 105-163639/53673, Confidencial: de John Edgar Hoover al director de Inteligencia, Depto. de Estado, 25 de abril de 1967. Hoover advirtió que "la divulgación desautorizada revelaría el interés investigativo de la oficina en el personal diplomático, lo que podría ser perjudicial a los intereses de defensa de la nación".

[2] Ebon, *Svetlana: The Incredible Story*, p. 153, y Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, p. 150. Nicholas Thompson lo repite en *Hawk and the Dove*, p. 228.

[3] "Stalin's Daughter in the U. S. to Seek 'Self-Expression' ", *New York Times*, 22 de abril de 1967.

[4] Ron Popeski, "Ex KGB Head Semichastny Dies at 77", *St. Petersburg Times*, núm. 636, 16 de enero de 2001. Véase también Ebon, *Svetlana: The Incredible Story*, p. 152.

[5] Memorándum para el Registro, 1° de abril de 1967. Tema: conversación telefónica con George Kennan, 31 de marzo de 1967, sanitizado, NARA, NLJ 03-145, E.O. 13292, Sec. 3.5.

[6] De EMBAJEUA TEHRAN A RUEHC/SECESTADO EMBAJEUA MOSCÚ. Tema: Svetlana, 9 de mayo de 1967, NARA, RG 59, Archivos Centrales de Política Exterior 1967-1969, Pol 30 USSR caja 2684, confidencial.

[7] "Transcript of Mrs. Allilueva's Statement and Her Replies at News Conference", *New York Times*, 27 de abril de 1967.

[8] Garry Wills and Ovid Demaris, "The Svetlana Papers", *Esquire*, noviembre de 1967, p. 178.

[9] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 317.

[10] *Ibid*., p. 314.

[11] Wills y Demaris, “Svetlana Papers”, p. 178.

[12] Entrevista de la autora con Priscilla Johnson McMillan, 21 de enero de 2013.

[13] Carta a la autora de Priscilla McMillan, 7 de julio de 2014.

[14] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 2, cinta 4, HIA.

## CAPÍTULO 20: UN PERSONAJE MISTERIOSO

[1] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 318.

[2] “Johnson, Kosygin Talk 5 Hours”, *New York Times*, 24 de junio de 1967. Kosyguin está identificado como primer ministro aunque su título fuera presidente del Consejo de Ministros.

[3] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 335.

[4] Thompson, *Hawk and the Dove*, p. 228.

[5] NAUK, Relaciones Exteriores, Desertores, Unión Soviética, Svetlana Stálina, FCO 95/14 C507421, lunes 3 de julio de 1967: entrevista del Metropolitano Pimen, *Izvestia*, 1° de julio de 1967, completa.

[6] NAUK, Relaciones Exteriores, Desertores, Unión Soviética, Svetlana Stálina, FCO 95/14 C507421, 28 de junio de 1967.

[7] Entrevista de la autora con Priscilla Johnson McMillan, 21 de enero de 2013.

[8] John Barron, KGB: *The Secret Work of Soviet Secret Agents*, Nueva York, Bantam, 1974, p. 239. El autor británico Laurence Kelly conoció a Victor Louis, que había trabajado mucho tiempo para el *Evening Standard*, cuando Louis estaba muriendo de cáncer. “Era un coronel en la KGB y murió con todos los honores de la KGB”, afirmó Kelly. Entrevista de la autora con Linda y Laurence Kelly, Londres, 24 de junio de 2013.

[9] Arkadi Belinkov y Natalia Belinkova, “O Viktore Loui: Interview v amerikanskoi bolnichnoi palate” [“Sobre Víktor Luí: Entrevista desde una sala de hospital estadounidense”], *Raspria s vekom v dva golosa* [Dos voces en colisión con el siglo], Moscú, Novoie literaturnoie obozrenie, 2008, pp. 422-428. Arkady Belinkov conoció a Victor Louis en Kazajistán del Norte, en 1954, en la Novena Ala Spasski de la Administración del Campo Correctivo y de Trabajo.

[10] Nikita Khrushchov, *Memoirs of Nikita Khrushchev*, vol. 1, *Commissar 1918-1945*, ed. Serguéi Khrushchov, trad. George Shriver, University Park, Pennsylvania State University

Press, 2004, apéndice, p. 737.

[11] "The Svetlana Memoirs", *Bookseller*, 12 de agosto de 1967, p. 1328.

[12] "Svetlana Copyright Hearing", *Bookseller*, 26 de agosto de 1967, p. 1472.

[13] Edmund Wilson, *The Sixties: The Last Journal*, 1960-1972, ed. Lewis Dabney, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1993, p. 670.

[14] Carta de Evan Thomas a Greenbaum, 2 de junio de 1967, CP, Colección HarperCollins.

[15] "Svetlana Stalin: My Father Was a Good Person", *Stern*, núm. 33 (13 de agosto de 1967), pp. 11-21. Se publicaron artículos el 13, 20 y 27 de agosto, y el 3 de septiembre.

[16] "Mother Is a Little Bit Screwed Up", *Stern*, núm. 35 (27 de agosto de 1967), pp. 33-40.

[17] Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, pp. 69, 143-144.

[18] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 340.

[19] Allilúieva, "To Boris Leonidovich Pasternak", p. 133.

[20] Entrevista de la autora con Joan Kennan, Washington, 5 de diciembre de 2012.

[21] Sheila Fitzpatrick, *A Spy in the Archives: A Memoir of Cold War Russia*, Londres, I. B. Tauris, 2013, p. 10.

[22] *Ibid*., p. 338.

[23] Entrevista de la autora con Joan Kennan, Washington, 5 de diciembre de 2012.

[24] Entrevista de la autora con Priscilla Johnson McMillan, 21 de enero de 2013.

[25] Carta a Joan Kennan, 26 de octubre de 1967, CP, J. Kennan.

[26] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 339.

## CAPÍTULO 21: CARTAS A UN AMIGO

[1] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 344.

[2] *Ibid*., p. 343.

[3] Carta a Evan Thomas, 14 de septiembre de 1967, CP, Colección HarperCollins.

[4] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 399.

[5] Carta de Donald Jameson a George Kennan, 12 de octubre de 1967, PUL, Papeles de G. Kennan, MC 076, caja 22, fólder 5, Jameson, Donald.

[6] "Mrs. Allilúieva Donates $340,000", *New York Times*, 26 de octubre de 1967.

[7] Silverstone, "Suburbanization of Svetlana", p. 59.

[8] Carta a Joan Kennan, 26 de octubre de 1967, CP, J. Kennan.

[9] Edmund Wilson, "Books: Two Soviet Households", *New Yorker*, 9 de diciembre de 1967.

[10] Allilúieva, *Rusia, mi padre y yo*, p. 255.

## CAPÍTULO 22: UN RECHAZO CRUEL

[1] NARA, RG 59, Archivos Centrales de Política Exterior 1967-1969, Política y Defensa Pol 29 USSR, To Pol 30 USSR, Memorándum de Conversión: General Edward Greenbaum a Foy Kohler, 4 de diciembre de 1967.

[2] Allilúieva, *Sólo un año*, p. 441.

[3] Paul Preston, *We Saw Spain Die: Foreign Correspondents in the Spanish Civil War*, Londres, Constable & Robinson, 2008, p. 216.

[4] *Ibid*., p. 257.

[5] Louis Fischer, *Men and Politics: An Autobiography*, Nueva York, Duell, Sloan & Pearce, 1941, pp. 90-91.

[6] Milovan Đilas, *Conversations with Stalin*, trad. Michael B. Petrovich, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1962, p. 70.

[7] Carta a Louis Fischer, 5 de abril de 1968, Papeles de Louis Fischer, MC 204, caja 1, fólder 7, 1968-69, PUL.

[8] Carta a Louis Fischer, 8 de abril de 1968, PUL.

[9] Carta a Louis Fischer, 5 de abril de 1968, PUL.

[10] Carta a Louis Fischer, 6 de junio de 1968, PUL.

[11] Carta a Louis Fischer, 8 de junio de 1968, PUL.

[12] Carta a Louis Fischer, 5 de abril de 1968, PUL.

[13] Carta a la autora de Robert Rayle, 24 de septiembre de 2013.

[14] Entrevista de la autora con Robert y Ramona Rayle, Ashburn, VA, 18-19 de julio de 2013.

[15] Carta a Louis Fischer, 27 de agosto de 1968, PUL.

[16] Servicio de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos.

[17] Carta a Louis Fischer, 27 de junio de 1968, PUL.

[18] Carta de Ark. Belinkov a Svetlana Allilúieva, 18 de agosto de 1968, Papeles de Louis Fischer, MC 24, caja 1, fólder 7, Allilúieva, Svetlana Stálina, 1968-69, PUL.

[19] Belinkov y Belinkova, *Two Voices in Clash with the Century*, p. 399.

[20] *Ibid*., p. 400.

[21] Carta a Louis Fischer, 29 de agosto de 1968, PUL.

[22] Carta a Louis Fischer, 3 de septiembre de 1968, PUL.

[23] Carta a Louis Fischer, 19 de agosto de 1968, PUL.

[24] Carta a Louis Fischer, 8 de septiembre de 1968, PUL.

[25] Carta a Louis Fischer, 17 de septiembre de 1968, PUL.

[26] Preston, *We Saw Spain Die*, pp. 261-262 y "Dede" a Fischer (s. f.), caja 10, fólder 1, Fischer Papers, PUL.

[27] Cartas a Louis Fischer, 26 y 30 de octubre de 1968, PUL.

[28] Carta a Joan Kennan, 29 de octubre de 1968, CP, J. Kennan.

[29] Carta a Fischer, 13 de noviembre de 1968, PUL.

[30] Carta de Fischer a Allilúieva, 24 de noviembre de 1968, PUL.

[31] Patricia Blake, "The Saga of Stalin's 'Little Sparrow' ", *Time*, 28 de enero de 1985, p. 49.

[32] Preston, *We Saw Spain Die*, p. 261, y carta sin fecha (1957), caja 10, fólder 1, Papeles de Fischer, PUL.

[33] Preston, *We Saw Spain Die*, p. 262.

[34] Entrevista de la autora con Priscilla Johnson McMillan, 21 de enero de 2013.

[35] Entrevista de la autora con Joan Kennan, Washington, 5 de diciembre de 2012.

## CAPÍTULO 23: SÓLO UN AÑO

[1] Wilson, *The Sixties*, pp. 754-758.

[2] Entrevista de la autora con David y Clarissa Pryce-Jones, Londres, 25 de junio de 2013.

[3] Carta a Louis Fischer, 3 de febrero de 1969, PUL.

[4] Carta a Louis Fischer, 5 de marzo de 1969, PUL.

[5] Carta a Louis Fischer, 12 de mayo de 1969, PUL.

[6] Carta a Annelise Kennan, 24 de abril de 1969, Papeles de George F. Kennan, MC076, caja 38, fólder 6, PUL.

[7] Carta a Louis Fischer, 13 de junio de 1969, PUL.

[8] Carta a Louis Fischer, 7 de agosto de 1969, PUL.

[9] Carta de Cass Canfield a W. A. R. Collins, 27 de noviembre de 1968, CP, Colección HarperCollins.

[10] Carta de Cass Canfield a P. Chavchavadze, 3 de diciembre de 1968, CP, Colección HarperCollins.

[11] Allilúieva, *Sólo un año*, pp. 141-143.

[12] *Ibid*., pp. 181-182, 358, 362, 393.

[13] *Ibid*., p. 169.

[14] *Ibid*., pp. 175-182.

[15] Edmund Wilson, *Letters on Literature and Politics 1912-1972*, ed. Elena Wilson, Nueva

York, Farrar, Straus & Giroux, 1977, p. 702, carta con fecha del 1° de julio de 1969.

[16] Wilson, *The Sixties*, p. 809.

[17] Silverstone, "Suburbanization of Svetlana", p. 55.

[18] "Andropov: KGB Meeting November 5, 1969", Colección Meryle Secrest, Svetlana Peters: Archivo General, HIA.

[19] Belinkov y Belinkova, *Two Voices in Clash with the Century*, pp. 400-401.

[20] Carta a Louis Fischer, 5 de marzo de 1969, PUL.

[21] Robert Tucker, "Svetlana Inherited Her Tragic Flaw", *Washington Post*, 25 de noviembre de 1984.

[22] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 18, HIA.

[23] "Moscow Ends Svetlana Alliluyeva's Soviet Citizenship", *New York Times*, 22 de enero de 1970, p. 3.

[24] Allilúieva, *Música lejana*, p. 48.

[25] Entrevista de la autora con Leonid y Galina Allilúiev, Moscú, 17 de mayo de 2013.

[26] Golden, *Long Journey Home*, pp. 155-156.

## CAPÍTULO 24: EL FIASCO DE TALIESIN

[1] Allilúieva, *Música lejana*, p. 56.

[2] Roger Friedland y Harold Zellman, *The Fellowship: The Untold Story of Frank Lloyd Wright and the Taliesin Fellowship*, Nueva York, HarperCollins, 2006, p. 50.

[3] Meryle Secrest, *Frank Lloyd Wright: A Biography*, Nueva York, HarperCollins, 1992, p. 510.

[4] *Ibid*., p. 512.

[5] *Ibid*., pp. 513-514.

[6] Kamal Amin, *Reflections from the Shining Brow: My Years with Frank Lloyd Wright and Olgivanna Lazarovich*, McKinleyville, CA, Fithian Press, 2004, p. 216.

[7] Entrevista de la autora con Aris Georges, Spring Green, WI, 27 de agosto de 2012.

[8] Allilúieva, *Música lejana*, p. 57.

[9] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 3, HIA.

[10] Allilúieva, *Música lejana*, p. 60.

[11] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 3,

HIA.

[12] Allilúieva, *Música lejana*, p. 62.

[13] Amin, *Reflections*, pp. 216-218.

[14] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 5, HIA.

[15] Amin, Reflections, 219.

[16] Allilúieva, *Música lejana*, p. 63.

[17] Entrevista de la autora con Alan Schwartz, Los Ángeles, 5 de diciembre de 2013.

[18] Amin, *Reflections*, p. 219.

[19] Friedland y Zellman, *The Fellowship*, p. 568. Escritura de renuncia archivada el 4 de abril de 1970, registro de tierras del Condado de Iowa.

[20] Allilúieva, *Música lejana*, p. 65.

[21] Carta a George Kennan, 3 de julio de 1970, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 6, PUL.

[22] Friedland y Zellman, *The Fellowship*, p. 568.

[23] Allilúieva, *Música lejana*, p. 68.

[24] Friedland y Zellman, *The Fellowship*, p. 568.

[25] Carta a Donald Jameson, 2 de junio de 1970, CP, Margaret Jameson.

[26] *Idem*.

[27] Amin, *Reflections*, p. 217.

## CAPÍTULO 25: EL CORTESANO DE LA MONTENEGRINA

[1] Friedland y Zellman, *The Fellowship*, p. 569, entrevista con Lana Peters, 14 de junio de 2000.

[2] Allilúieva, *Música lejana*, p. 67.

[3] Friedland y Zellman, *The Fellowship*, p. 573.

[4] Allilúieva, *Música lejana*, p. 76.

[5] Friedland y Zellman, *The Fellowship*, p. 577.

[6] Allilúieva, *Música lejana*, p. 77.

[7] Friedland y Zellman, *The Fellowship*, p. 574.

[8] Carta a Joan Kennan, 26 de junio de 1971, CP, J. Kennan.

[9] Allilúieva, *Música lejana*, p. 80.

[10] *Ibid*., p. 81.

[11] *Ibid*., p. 63.

[12] Informe financiero del despacho de abogados Strook & Strook & Lavan, 31 de mayo de 1972, "Valuation of Details of Aldebaran Enterprise", CP, J. Kennan.

[13] Svetlana Allilúieva, "Book for Granddaughters", copia a máquina inédita en inglés, Svetlana Peters II: Archivo General, HIA, publicado como *Kniga dlia vnuchek: puteshestvie na rodinu* [Un libro para nietas: Viaje a la patria], Nueva York, Liberty Publishing House, 1991, p. 186. Svetlana escribió en la hoja de título a máquina: "Versión autorizada en inglés preparada del original en ruso por la autora. 1988-1989". Fue publicado en ruso por Liberty en 1991, pero nunca en inglés.

[14] Carta a Annelise Kennan, 6 de octubre de 1971, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 6, PUL.

[15] Entrevista de la autora con Aris Georges, Spring Green, WI, 27 de agosto de 2012.

[16] Allilúieva, *Música lejana*, p. 69.

[17] Amin, *Reflections*, p. 223.

[18] Allilúieva, *Música lejana*, pp. 87-88.

[19] *Ibid.*, pp. 57, 61.

[20] Carta a George Kennan, 15 de junio de 1970, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 6, PUL.

[21] Amin, *Reflections*, p. 223.

[22] Friedland y Zellman, *The Fellowship*, p. 576, entrevista con Don y Virginia Lovness, 15 de abril de 1996.

[23] Amin, *Reflections*, p. 225.

[24] Friedland y Zellman, *The Fellowship*, p. 576.

[25] Informe financiero del despacho de abogados Strook & Strook & Lavan, 31 de mayo de 1972, "Valuation of Details of Aldebaran Enterprise", CP, J. Kennan.

[26] Entrevista de la autora con Joan Kennan, Washington, 5 de diciembre de 2012.

[27] Entrevista de la autora con Walter Pozen, Nueva York, 12 de febrero de 2013.

[28] Entrevista de la autora con Michael Coyne, 17 de diciembre de 2013.

[29] "Stalin's Daughter Leaves Her Husband", *New York Times*, 23 de febrero de 1972.

[30] "Joseph Stalin's Daughter Leaves Her Husband", *Danville Register and Bee*, 23 de febrero de 1972.

[31] "Stalin's Daughter Disputes Husband on Separation", *New York Times*, 24 de febrero de 1972.

[32] Friedland y Zellman, *The Fellowship*, p. 577, entrevista con Iovanna Wright, 24 de julio de 2000.

[33] Wilson, *The Sixties*, p. 877.

[34] Entrevista de la autora con Joan Kennan, Washington, 5 de diciembre de 2012.

[35] Entrevista de la autora con Walter Pozen, Nueva York, 12 de febrero de 2013.

[36] Carta a Joan Kennan, 23 de mayo de 1972, CP, J. Kennan.

[37] Carta a Joan Kennan, 3 de junio de 1972, CP, J. Kennan.

## CAPÍTULO 26: LA HIJA DE STALIN CORTANDO EL PASTO

[1] Carta a Annelise Kennan, 7 de agosto de 1972, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 6, PUL.

[2] *Idem*.

[3] Carta a George Kennan, 1º de junio de 1973, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 6, PUL.

[4] Entrevista de la autora con Hella McVay, Princeton, 3 de diciembre de 2012.

[5] Carta a Jerzy Kosinski, sin fecha, Colección de Jerzy Kosinski de Katherina von Fraunhofer-Kosinski, Gen. Mss. 742, caja 24, Misc. Correspondencia, BRB.

[6] Jerzy Kosinski, *Blind Date*, Boston, Houghton Mifflin, 1977, pp. 78-79.

[7] Entrevista de la autora con Evgeniya Tucker, 14 de febrero de 2013.

[8] Rosa Shand, "Wheel of Fire", *Southwest Review 87*, núm. 1 (enero de 2002), pp. 90-95.

[9] Anna Ajmátova, *Requiem and Poem Without a Hero*, trad. D. M. Thomas. El poema fue prohibido en la URSS y fue publicado por primera vez en Múnich en 1963.

[10] Allilúieva, *Música lejana*, p. 127.

[11] Entrevista de la autora con Millie Harford, Princeton, 3 de diciembre de 2012.

[12] Carta a Donald Jameson, 6 de noviembre de 1973, CP, Margaret Jameson.

[13] Allilúieva, *Música lejana*, p. 116.

[14] Carta a Annelise Kennan, 28 de julio de 1975, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 6, PUL.

[15] Carta a Rosa Shand, 25 de marzo de 1975, CP, Shand.

[16] Carta a la autora de George Krimsky, 27 de agosto de 2014.

[17] Carta de "Un amigo" a George Kennan, 5 de agosto de 1975, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 5, PUL.

[18] Thompson, *Hawk and the Dove*, p. 248, y carta de Mark Garrison, Departamento de Estado, a George Kennan, 14 de agosto de 1975, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 5, PUL.

[19] Entrevista de Nicholas Thompson con George Krimsky, 22 de junio de 2008. Véase Thompson, *Hawk and the Dove*, pp. 248-250.

[20] Carta a George Kennan, 15 de octubre de 1975, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 5, PUL.

[21] Thompson, *Hawk and the Dove*, p. 249.

[22] Sharon Schlegel, "I Don't Want to Be Svetlana Any More", *Washington Post*, 29 de julio de 1979, p. 7.

## CAPÍTULO 27: UN TOPO DE LA KGB

[1] Carta a Joan Kennan, 14 de julio de 1976, CP, J. Kennan.

[2] "DIA Cites Soviet Microwave Research", *Christian Science Monitor*, 22 de noviembre de 1976.

[3] Carta a Donald Jameson, 20 de noviembre de 1976, CP, Margaret Jameson.

[4] Carta a George Kennan, 2 de febrero de 1977, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 4, PUL.

[5] Carta a George Kennan, 23 de abril de 1977, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 4, PUL.

[6] Carta a Joan Kennan, 6 de junio de 1977, CP, J. Kennan.

[7] Carta a Joan Kennan, 25 de octubre de 1978, CP, J. Kennan.

[8] "A Carta de the Publisher", *Time*, 21 de febrero de 1977.

[9] Carta de Alexándr Kúrpel, 17 de marzo de 1977, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 4, PUL.

[10] Carta de George Krimsky a Svetlana (Mrs. Peters), 2 de mayo de 1977, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 4, PUL.

[11] Carta de Grigori Morózov, 29 de junio de 1977, trad. Svetlana Allilúieva, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 4, PUL.

[12] Carta de George Kennan a Svetlana, 14 de mayo de 1977, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 4, PUL.

[13] Petrovna y Leshinski, Última entrevista, pp. 72-73.

[14] *Ibid*., pp. 73-74.

[15] Carta de George Kennan a Svetlana, 23 de septiembre de 1977, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 4, PUL.

## CAPÍTULO 28: LANA PETERS, CIUDADANA ESTADOUNIDENSE

[1] Carta a George Kennan, 9 de julio de 1978, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 4, PUL.

[2] Carta de referencia de George Kennan al "Servicio de Inmigración y Naturalización", 14 de septiembre de 1978, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 4, PUL.

[3] Entrevista de la autora con Millie Harford, Princeton, 3 de diciembre de 2012.

[4] Allilúieva, *Música lejana*, p. 156.

[5] Entrevista de la autora con Millie Harford, Princeton, 3 de diciembre de 2012.

[6] George Bailey, "Svetlana's Flight Back Where Her Troubles Began", *Washington Post*, 8 de noviembre de 1984.

[7] Carta a Joan Kennan, 22 de diciembre de 1979, CP, J. Kennan.

[8] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 17 de julio de 2012.

[9] Allilúieva, *Música lejana*, p. 141.

[10] *Ibid*., p. 144.

[11] Carta a Joan Kennan, 30 de julio de 1986, CP, J. Kennan.

[12] Carta a George Kennan, 13 de noviembre de 1978, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 4, PUL.

[13] Sharon Schlegel, "I Don't Want to Be Svetlana Any More", *Washington Post*, 29 de julio de 1979.

[14] Carta a George Kennan, 4 de agosto de 1979, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 4, PUL.

[15] Carta a George Kennan, 13 de noviembre de 1978, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 4, PUL.

[16] Carta a Joan Kennan, 22 de diciembre de 1979, CP, J. Kennan.

[17] Carta de George Kennan a D. Jameson, 15 de junio de 1984, Papeles de Kennan, caja 22, fólder 5, Jameson, Donald, PUL.

[18] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 27 de febrero de 2013.

[19] Allilúieva, *Música lejana*, p. 137.

[20] Carta a Rosa Shand, 15 de febrero de 1980, CP, Shand.

[21] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 27 de febrero de 2013.

## CAPÍTULO 29: LA JUNGLA MODERNA DE LA LIBERTAD

[1] Rosa Shand, "The Will to Be", correspondencia inédita entre Rosa Shand y Svetlana Allilúieva, con entradas del diario de Shand, p. 26, CP, Shand. Shand señaló que Svetlana tenía "cuidado de no pedir una bebida 'ligera', y sin duda no bebía demasiado".

[2] Shand, "Wheel of Fire", p. 97.

[3] Shand, "Will to Be", p. 66.

[4] Shand, "Wheel of Fire", p. 98.

[5] Shand, "Will to Be", p. 24.

[6] Shand, "Wheel of Fire", p. 100.

[7] Shand, "Will to Be", p. 31.

[8] Carta a Rosa Shand, 21 de septiembre de 1981, CP, Shand.

[9] Carta de Malcolm Muggeridge, 2 de febrero de 1981, WCSC.

[10] Carta a Malcolm Muggeridge, 17 de febrero de 1981, WCSC.

[11] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 25 de febrero de 2013.
[12] Shand, “Will to Be”, p. 68.
[13] Carta a Kitty Muggeridge, 15 de septiembre de 1981, WCSC.
[14] Carta a Kitty Muggeridge, 24 de agosto de 1981, WCSC.
[15] Carta a Rosa Shand, 15 de septiembre de 1981, CP, Shand.
[16] Carta a Rosa Shand, 21 de septiembre de 1981, CP, Shand.
[17] *Idem*.
[18] Carta a la señora Ronald Reagan, 27 de enero de 1982, Biblioteca Presidencial Ronald Reagan, FG 002, Peters, Lana.
[19] Carta sin fecha a Isaiah Berlin, 1982, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin.
[20] Carta a Lana Peters de Isaiah Berlin, 13 de enero de 1982, administradores del Fideicomiso Literario Isaiah Berlin 2015, citado con permiso de los administradores.
[21] Carta “A quien corresponda”, de Hugo Brunner, 8 de abril de 1982, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin.
[22] Carta de Isaiah Berlin a Francis Graham-Harrison, 13 de mayo de 1982, administradores del Fideicomiso Literario Isaiah Berlin 2015, citado con permiso de los administradores.

## CAPÍTULO 30: CALLE CHAUCER

[1] Carta a Rosa Shand, 18 de octubre de 1982, CP, Shand.
[2] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 17 de julio de 2012.
[3] Carta a Isaiah Berlin, 29 de agosto de 1982, traducida del ruso, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin.
[4] Carta de Isaiah Berlin a Francis Graham-Harrison, 12 de mayo de 1982, administradores del Fideicomiso Literario Isaiah Berlin 2015, citado con permiso de los administradores.
[5] Carta a Isaiah Berlin, 17 de noviembre de 1982, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin.
[6] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 17 de julio de 2012.
[7] *Idem*.
[8] Carta a Rosa Shand, 13 de julio de 1983, CP, Shand.
[9] Entrevista de la autora con Jane Renfrew, Cambridge, RU, 23 de junio de 2013.
[10] Carta a la autora de Philippa Hill, 1° de agosto de 2013.
[11] Entrevista de la autora con Philippa Hill, Cambridge, RU, 23 de junio de 2013.
[12] Entrevista de la autora con Rosamond Richardson, Saffron Walden, 22 de junio de 2013.
[13] Entrevista de la autora con Jane Renfrew, Cambridge, RU, 23 de junio de 2013.

[14] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.
[15] Entrevista de la autora con Jane Renfrew, Cambridge, RU, 23 de junio de 2013.
[16] R. W. Apple Jr., "Stalin's Daughter Living in British University Town", *New York Times*, 22 de mayo de 1983.
[17] Carta a Malcolm Muggeridge, 20 de abril de 1983, WCSC.
[18] Carta a Aline Berlin, 15 de abril de 1983, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin.
[19] Carta de Hugo Brunner, 14 de septiembre de 1983, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin.
[20] Entrevista de la autora con Jane Renfrew, Cambridge, RU, 23 de junio de 2013.
[21] Allilúieva, *Música lejana*, p. 167.
[22] Carta a Isaiah Berlin, 3 de enero de 1984, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin.
[23] Carta a Isaiah Berlin, 18 de octubre de 1983, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin.
[24] Carta de Isaiah Berlin, 6 de enero de 1984, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin, 2015, citado con el permiso de los fiduciarios.
[25] Carta a Isaiah Berlin, 11 de enero de 1984, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin.
[26] Carta a Isaiah Berlin, 9 de septiembre de 1984, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin.
[27] Carta de Vera Traill a Isaiah Berlin, 2 de marzo de 1984, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin.
[28] Carta a Rosa Shand, 30 de julio de 1984, CP, Shand.
[29] Entrevista de la autora con Jane Renfrew, Cambridge, RU, 23 de junio de 2013.
[30] Entrevista de la autora con Philippa Hill, Cambridge, RU, 23 de junio de 2013.
[31] Edwin McDowell, "Hints of Loneliness and Dashed Hopes", *New York Times*, 3 de noviembre de 1984.
[32] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 17 de julio de 2012.

## CAPÍTULO 31: DE VUELTA EN LA URSS

[1] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.
[2] *Idem*.
[3] Allilúieva, "Book for Granddaughters", p. 62.
[4] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.
[5] *Idem*.
[6] Allilúieva, "Book for Granddaughters", p. 51.
[7] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.
[8] Allilúieva, "Book for Granddaughters", p. 61.

[9] Dusko Doder, “Stalin’s Daughter Explains Decision: Allilúieva Says She Was Manipulated by the CIA, Became Homesick for Family”, *Washington Post*, 17 de noviembre de 1984.

[10] “Stalin’s Daughter Vows: I Will Never Go Back”, *New York Times*, 19 de abril de 1986.

[11] Serge Schmemann, “Stalin’s Daughter Back in Soviet After 17 Years”, *New York Times*, 3 de noviembre de 1984.

[12] Robert Tucker, “Svetlana Inherited Her Tragic Flaw”, *Washington Post*, 25 de noviembre de 1984.

[13] Fitzpatrick, *Spy in the Archives*, p. 238.

[14] Entrevista de la autora con Jane Renfrew, Cambridge, RU, 23 de junio de 2013.

[15] Blake, “The Saga of ‘Stalin’s Little Sparrow’ ”.

[16] McFadden, “Some Say Stalin’s Daughter Grew Unhappy in the West”.

[17] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.

[18] Memorándum del secretario, 2 de noviembre de 1984, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 5, PUL.

[19] Allilúieva, “Book for Granddaughters”, p. 60.

[20] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.

[21] Allilúieva, “Book for Granddaughters”, p. 65.

[22] Entrevista de la autora con Yelena Khanga, Moscú, 21 de enero de 2014.

[23] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 27 de marzo de 2014.

[24] Entrevista de la autora con Alexándr Burdonski, Moscú, 1° de junio de 2013.

[25] *Idem*.

[26] *Idem*.

[27] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 2, cinta 14, HIA.

## CAPÍTULO 32: INTERLUDIO EN TBILISI

[1] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.

[2] *Idem*.

[3] Allilúieva, “Book for Granddaughters”, p. 146.

[4] Richard Owen, “Svetlana to Make Home in Tbilisi”, *New York Times*, 17 de diciembre de 1984.

[5] Allilúieva, “Book for Granddaughters”, p. 137.

[6] *Ibid*., p. 146. Svetlana también citó las palabras de su hija en una carta a Joan Kennan, 5 de

mayo de 1986, CP, J. Kennan.

[7] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.

[8] Carta de Vera Traill a Isaiah Berlin, 9 de julio de 1985, Fideicomiso Literario Isaiah Berlin.

[9] Carta a Joan Kennan [sin fecha] de diciembre de 1985, CP, J. Kennan.

[10] Carta de Rosa Shand [sin fecha] de febrero de 1986, CP, Rosa Shand.

[11] Carta a Rosa Shand de Utia Dzhaparidze, domingo de ramos de 1986, CP, Shand.

[12] Allilúieva, "Book for Granddaughters", pp. 145, 155-156.

[13] *Ibid*., pp. 159-160.

[14] Minutas ultrasecretas de la junta del Politburó del Comité Central de Partido Comunista de la Unión Soviética, 20 de marzo de 1986, Colección Meryle Secrest, Archivo General Svetlana Peters, HIA.

[15] Allilúieva, "Book for Granddaughters", p. 160.

[16] Entrevista de la autora con Leonid y Galina Allilúiev, Moscú, 17 de mayo de 2013.

[17] Entrevista de la autora con Leila Sikmashvili, Tbilisi, Georgia, 15 de junio de 2013.

[18] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.

[19] Entrevista de la autora con Alexándr Burdonski, Moscú, 1° de junio de 1913.

[20] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.

[21] Serie de cartas a Robert y Ramona Rayle, julio-septiembre de 2005, CP, Rayle.

[22] Raymond H. Anderson, "Talk with Stalin's Daughter: Why She Left Soviet Again", *New York Times*, 18 de mayo de 1986.

[23] Allilúieva, "Book for Granddaughters", p. 170.

[24] Sarah Booth Conroy, "The Odyssey of Stalin's Granddaughter", *Washington Post*, 15 de abril de 1986.

[25] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.

[26] "Svetlana's Girl Flies Back", *(London) Times*, 6 de abril de 1986.

[27] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.

[28] Entrevista de la autora con Alexándr Allilúiev, Moscú, 25 de mayo de 2013.

[29] "The People Who Care for Me Are in America", *Washington Post*, 18 de abril de 1986.

[30] Entrevista de la autora con Alexándr Allilúiev, Moscú, 25 de mayo de 2013.

[31] Entrevista de la autora con Leonid y Galina Allilúiev, Moscú, 17 de mayo de 2013.

[32] Entrevista de la autora con Alexándr Burdonski, Moscú, 1° de junio de 2013.

[33] Petrovna y Leshinski, Última entrevista, pp. 94-95.

[34] Nicholas Powell, "Svetlana Lured by KGB Man", *(London) Sunday Mail*, 11 de noviembre de 1984.

[35] Duff Hart-Davis, *(London) Independent*, 17 de agosto de 1994.

[36] Carta de Utia Dzhaparidze a Rosa Shand, 30 de septiembre de 1986, CP, Shand.

## CAPÍTULO 33: LA REALIDAD ESTADOUNIDENSE

[1] De Svetlana Allilúieva a “Queridos viejos amigos y antiguos mecenas”, 25 de febrero de 1987, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 3, PUL.

[2] Carta de Lana Peters a “Querido amigo” [sin fecha] de febrero de 1987, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 3, PUL.

[3] Fitzpatrick, *Spy in the Archives*, p. 278.

[4] Virginia Mills, “Judge Restores Peters as Trustee of Charity Group”, *Trenton Times*, 2 de enero de 1987.

[5] Carta a Philippa Hill, 22 de junio de 1987, CP, Hill.

[6] Carta a Rosa Shand, 29 de julio de 1987, CP, Shand.

[7] George Kennan Carta a F. Carlucci, 10 de septiembre de 1987, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 3, PUL.

[8] Memorándum para archivo: de George Kennan, 7 de octubre de 1987, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 3, PUL.

[9] Carta a la autora de Robert Rayle, 5 de noviembre de 2013.

[10] Carta a Rosa Shand, 6 de junio de 1988, CP, Shand.

[11] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 17 de julio de 2012.

[12] Carta a Philippa Hill, sin fecha, CP, Hill.

[13] *Idem*.

[14] Carta a George y Annelise Kennan, 25 de septiembre de 1988, CP, Joan Kennan.

[15] Carta a Rosa Shand, 2 de enero de 1990, desde Francia, CP, Shand.

[16] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 2, cinta 26, HIA.

[17] Carta a George y Annelise Kennan, 25 de septiembre de 1988, CP, J. Kennan.

[18] Carta a Rosa Shand, 20 de agosto de 1991, CP, Shand.

[19] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 2, cinta 26, HIA.

[20] Angela Lambert, “Stalin’s Prisoner to the End”, *(London) Independent*, 10 de marzo de 1990.

[21] *Idem*.

[22] Tarjeta de Navidad para Rosa Shand, 11 de noviembre de 1990, CP, Shand.

## CAPÍTULO 34: "NUNCA USES FALDA AJUSTADA SI PRETENDES SUICIDARTE"

[1] *Newsweek*, 13 de mayo de 1991.

[2] Svetlana Peters, "Dear Vanessa: Some Last Thoughts of an Ordinary Woman", manuscrito inédito, 49 pp., noviembre de 2005, Wisconsin, 20, CP, V. Thomas.

[3] John Taylor, "The Haunted Bird: The Death and Life of Jerzy Kosinski", *New York 24*, núm. 27 (15 de julio de 1991), p. 30.

[4] Peters, "Dear Vanessa", p. 20.

[5] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.

[6] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 1, HIA.

[7] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.

[8] *Idem*.

[9] Carta a Rosa Shand, 20 de agosto de 1991, CP, Shand.

[10] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 26 de febrero de 2013.

[11] Carta a la autora de Nina Lobánov-Rostovski, 17 de abril de 2013.

[12] El esposo de Nina era hijo de Dmitri Ivánovich Lobanov-Rostovski (1907-1948).

[13] *Oktiabr*, núm. 6 (1991), pp. 13-86.

[14] Carta a Thomas Miller, 21 de enero de 1993, CP, Miller.

[15] Carta a la autora de Nina Lobánov-Rostovski, 17 de abril de 2013.

[16] Carta a Thomas Miller, 13 de septiembre de 1993, CP, Miller.

[17] Entrevista de la autora con Thomas Miller, Anchorage, AK, 28 de septiembre de 2013.

[18] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 17 de julio de 2012.

[19] Carta a Rosa Shand, 8 de agosto de 1992, CP, Shand.

[20] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 5, HIA.

[21] Entrevista de la autora con Vanessa Thomas, Londres, 25 de junio de 2013.

[22] Alex Prud'Homme y Liz Corcoran, *People*, 10 de diciembre de 1992.

[23] Entrevista de la autora con Raúl Ortiz, Ciudad de México, 9 de diciembre de 2013.

[24] Entrevista de la autora con Laurence y Linda Kelly, Londres, 24 de junio de 2013.

[25] Entrevista de la autora con Rosamond Richardson, Saffron Walden, 22 de junio de 2013.

[26] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 1, cinta 18, HIA.

[27] Entrevista de Meryle Secrest con Svetlana Allilúieva, grabación de audio, grupo 2, cinta 22, HIA.

[28] Entrevista de la autora con Rosamond Richardson, Saffron Walden, 22 de junio de 2013.

[29] Kyrá Allilúieva, *Plemiannitsa Stalina* [Sobrina de Stalin], Moscú, Vagrius, 2006, pp. 345-351.

[30] Entrevista de la autora con Rosamond Richardson, Saffron Walden, 22 de junio de 2013.

[31] Letters: "Inside Stalin's Family", *London Review of Books*, 25 de marzo de 1993.

[32] Allilúieva, *Stalin's Niece*, p. 344.

[33] Entrevista de la autora con Mary Burkett, Penrith, RU, 20-21 de junio de 2013.

[34] Ben Verinder, *I Felt Like an Adventure: A Life of Mary Burkett*, Langley Park, Durham, RU, Memoir Club, 2008.

[35] Carta a Mary Burkett, 10 de febrero de 1997, CP, Burkett.

[36] Carta a Mary Burkett, 4 de marzo de 1996, CP, Burkett.

[37] David Jones, "Revealed", *(London) Daily Mail*, 15 de febrero de 1996.

## CAPÍTULO 35: QUERIDA, NO HAN CAMBIADO NADA

[1] Carta a Mary Burkett, 9 de septiembre de 1995, CP, Burkett.

[2] Melissa Akin, "Stalin's Daughter Shuns Public Attention", *Las Vegas Sun*, 13 de junio de 1996.

[3] Svetlana Allilúieva, "Sorry, Dear Relative", 1996, reseña de Vladímir Fiódorovitch Allilúiev, *Crónica de una familia*, Papeles de Kennan, caja 2, archivo 3, PUL.

[4] Galina Allilúieva, esposa de Leonid, también creía que alguien más había insertado material en las memorias de Vladímir, posiblemente como condición para la publicación. Entrevista de la autora con Leonid y Galina Allilúieva, Moscú, 17 de mayo de 2013.

[5] Allilúieva, "Sorry, Dear Relative".

[6] Carta a Philippa Hill, 18 de febrero de 1996, CP, Hill.

[7] Richard Beeston, "Stalin's Daughter Seeks Sanctuary by Taking the Veil", *(London) Times*, 8 de febrero de 1996.

[8] Carta a Philippa Hill, 2 de marzo de 1996, CP, Hill.

[9] *Idem*.

[10] Carta sin fecha [1998] a Philippa Hill, CP, Hill. Algunos creían que el servicio de seguridad

estatal ruso, el FSB, asesinó a Starovoitova porque estaba usando su influencia con Borís Yeltsin para oponerse al nombramiento de Yevgueni Primakov, un ex general de la KGB, como primer ministro.

[11] Carta a Mary Burkett, 6 de marzo de 1997, CP, Burkett.

[12] Carta a Nina Lobánov-Rostovski, 2 de agosto de 1997, CP, Nina Lobánov-Rostovski.

[13] Entrevista de la autora con Mary Burkett, Penrith, RU, 21 de junio de 2013.

[14] Carta a Nina Lobánov-Rostovski, 2 de agosto de 1997, CP, Nina Lobánov-Rostovski.

## CAPÍTULO 36: RETORNO FINAL

[1] Carta a Robert Rayle, 21 de noviembre de 1997, CP, Rayle.

[2] Carta a Mary Burkett, 17 de noviembre de 1997, CP, Burkett.

[3] Carta a Robert Rayle, 24 de noviembre de 1999, CP, Rayle.

[4] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 17 de julio de 2012.

[5] Entrevista de la autora con Kathy Rossing, Lone Rock, WI, 27 de noviembre de 2013.

[6] Entrevista de la autora con Michael Coyne, Washington, D. C., 17 de diciembre de 2013.

[7] *Idem*.

[8] Carta a Robert Rayle, 23 de junio de 1997, CP, Rayle.

[9] Entrevista de la autora con Thomas Miller, Anchorage, AK, 28 de septiembre de 2013.

[10] Carta a Thomas Miller, 14 de marzo de 2000, CP, Miller.

[11] Entrevista de la autora con Michael Coyne, Washington, D. C., 17 de diciembre de 2013.

[12] Carta a Robert Rayle, 30 de septiembre de 2000, CP, Rayle.

[13] Carta a Robert Rayle, 24 de enero de 2000, CP, Rayle.

[14] Entrevista de la autora con Kathy Rossing, Lone Rock, WI, 27 de noviembre de 2013.

[15] Carta a Robert Rayle, 11 de febrero de 2000, CP, Rayle.

[16] Carta a Robert Rayle, 25 de enero de 2000, CP, Rayle.

[17] Carta a Annelise Kennan, 13 de septiembre de 1986, Papeles de Kennan, caja 38, fólder 6, PUL.

[18] Entrevista de la autora con Marie Anderson, Spring Green, WI, 28 de agosto de 2012.

[19] Carta a Robert y Ramona Rayle, 19 de junio de 2006, CP, Rayle.

[20] David Jones, “Still Running from Stalin”, *(London) Daily Mail Online*, 23 de abril de 2010, www.dailymail.co.uk/news/article-1268374/Still-running-Stalin-Tyrants-daughter-84-tells-tragic-life-escaping-legacy-new-home-sleepy-U-S-farming-town.html.

[21] Entrevista de la autora con Chrese Evans, Portland, OR, 28 de febrero de 2013.

[22] Certificado de Registro, 23 de febrero de 2010, Oficina de Derechos de Autor de Washington, y correspondencia de la autora con Nicholas Thompson, 8 de junio de 2014.

[23] Carta a Linda Kelly, 14 de diciembre de 2003, CP, Kelly.

[24] Carta a Mary Burkett, 19 de mayo de 2011, CP, Burkett.

[25] Carta a Philippa Hill, 6 de mayo de 2011, CP, Hill.

[26] Entrevista de la autora con Kathy Rossing, Lone Rock, WI, 27 de noviembre de 2013.

[27] Carta a Chrese Evans, sin fecha, 2011. Pocos meses antes, Svetlana Allilúieva le dio esta carta a su abogado con instrucciones de entregársela a su hija después de su muerte. Carta a la autora de Chrese Evans, 1° de enero de 2015, CP, Chrese Evans.